

MANHATTAN BEACH JENNIFER EGAN



Lectulandia

La escasez de mano de obra causada por la segunda guerra mundial generó un vacío que propició que las mujeres norteamericanas dieran un paso adelante y ocuparan los puestos reservados a los hombres. Aquella transformación social sin precedentes es el núcleo de esta inconmensurable novela de Jennifer Egan, su primera obra de ficción desde que ganó el Premio Pulitzer con *El tiempo es un canalla* en 2011.

Alejándose de la emblemática Nueva York de los rascacielos, la autora traslada el foco a la primigenia ciudad portuaria, la de los muelles del West Side y los astilleros de Brooklyn, un mundo saturado de salitre y yodo en el que pululan gentes de toda laya que viven del mar. Allí, en ese abigarrado universo de luchadores solitarios, se desarrollan las vidas de Eddie Kerrigan, un empresario del espectáculo castigado por la gran depresión; su hija Anna, una joven audaz y combativa; y Dexter Styles, un tipo seductor que se codea con las élites neoyorquinas gracias a su matrimonio con una mujer de rancio abolengo.

Los recuerdos de Anna arrancan un día de invierno, a sus casi doce años, cuando acompaña a su padre a una lujosa mansión de Manhattan Beach para una cita con Dexter. Tras el encuentro, Anna intuye que la misteriosa corriente que fluye entre los dos hombres determinará su futuro. Al cabo del tiempo, después de que Eddie desapareciese sin dar explicaciones y ella lograra hacer realidad su sueño de ser una de las pioneras en enfundarse una escafandra y participar en peligrosas misiones submarinas, un fortuito encuentro con Styles supone un punto de inflexión en la vida de Anna. A partir de entonces, ésta empieza a entrever la compleja y dramática historia de su padre y las posibles razones de su ausencia.

Con una trama que discurre de manera hipnótica, y una heroína inolvidable, Jennifer Egan reconstruye un período decisivo de la historia del siglo xx y firma una novela rotunda, destinada por derecho propio a ingresar en el selecto club de las mejores obras literarias de nuestro tiempo.

Lectulandia

Jennifer Egan

Manhattan Beach

ePub r1.0

Titivillus 23.02.2019

Título original: *Manhattan Beach*
Jennifer Egan, 2017
Traducción: Carles Andreu

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

*Para Christina, Matthew y Alexandra Egan,
y también para Robert Egan,
nuestro tío Bob.*

Sí, como todos saben, la meditación y el agua están emparejadas para siempre.

HERMAN MELVILLE, *Moby Dick*

PRIMERA PARTE

LA ORILLA

1

Ya habían llegado a casa del señor Styles cuando Anna se dio cuenta de que su padre estaba nervioso. Hasta aquel momento, el viaje en coche la había distraído: habían surcado Ocean Parkway como si se dirigieran a Coney Island, aunque apenas cuatro días antes había sido Navidad y hacía demasiado frío para ir a la playa. Y luego estaba la propia casa, un palacio de ladrillo dorado de tres plantas, rodeado de ventanas y de un sinfín de ondeantes toldos a franjas verdes y amarillas. Era la última casa de una calle que iba a dar a la orilla del mar.

Su padre aparcó el Duesenberg J junto a la acera y apagó el motor.

—Bichito —le dijo—, en casa del señor Styles no guiñes los ojos al mirar.

—Pues claro que no los guiñaré.

—Lo estás haciendo ahora.

—No —dijo ella—, los estoy entornando.

—No hay ninguna diferencia —replicó él—: «entornar» es lo mismo que «guiñar».

—Para mí no.

Su padre se volvió bruscamente hacia ella.

—No lo hagas.

Y entonces fue cuando se dio cuenta. Lo oyó tragar saliva y sintió una punzada de desazón en el estómago. No estaba acostumbrada a verlo nervioso. Distraído sí, y también absorto.

—¿Por qué no le gusta al señor Styles que la gente guiñe los ojos? —preguntó ella.

—No le gusta a nadie.

—Nunca me lo habías dicho.

—¿Quieres volver a casa?

—No, gracias.

—Te puedo llevar a casa.

—¿Si guiño los ojos?

—Si sigues dándome dolores de cabeza, como ahora mismo.

—Si me llevas a casa vas a llegar muy muy tarde —dijo Anna, y pensó que quizá le daría una bofetada. Ya lo había hecho una vez: después de que ella le soltara una sarta de palabrotas que había oído en los muelles, la mano de su padre había impactado en su mejilla como un látigo invisible. El

recuerdo de aquel bofetón todavía perseguía a Anna, con el efecto peculiar de haber intensificado su descaro y su actitud desafiante.

Su padre se masajeó el entrecejo y volvió a mirarla. Sus nervios habían desaparecido: Anna lo había curado.

—Anna —dijo—, ya sabes lo que espero de ti.

—Sí, claro.

—Pórtate bien con los hijos del señor Styles mientras yo hablo con él.

—Ya lo sabía, papá.

—No lo dudo.

Anna bajó del Duesenberg J con los ojos tan abiertos que la luz del sol la hizo lagrimear. El coche había sido de su padre hasta el crac de la bolsa, desde entonces era propiedad del sindicato, que se lo prestaba para llevar a cabo tareas sindicales. Cuando Anna no estaba en el colegio, le encantaba acompañarlo: iban a las carreras, a desayunos de comunión y otros actos de la iglesia, a edificios de oficinas donde había ascensores que los transportaban hasta las plantas más altas y de vez en cuando incluso a algún restaurante, pero nunca antes habían ido a una casa particular.

Llamaron a la puerta y les abrió la señora Styles, que tenía las cejas perfectamente delineadas, como una estrella de cine, y la amplia boca pintada de un rojo brillante. Acostumbrada a pensar que su madre era más guapa que las demás mujeres, Anna quedó desarmada ante el evidente glamur de la señora Styles.

—Esperaba poder conocer a la señora Kerrigan —dijo la señora Styles con voz ronca, sujetando la mano del padre de Anna entre las suyas. Éste respondió que su hija pequeña se había puesto enferma esa mañana y que su mujer había tenido que quedarse en casa a cuidarla.

No había rastro del señor Styles.

Educadamente, pero sin mostrar su asombro (o eso esperaba), Anna aceptó un vaso de limonada de una bandeja de plata que le tendió una criada negra con uniforme azul claro. En el suelo de madera reluciente del recibidor se atisbaba el reflejo del vestido rojo que le había cosido su madre. Al otro lado de las ventanas del salón contiguo, el mar centelleaba bajo la luz pálida del sol invernal.

Tabatha, la hija de la señora Styles, tenía sólo ocho años, tres menos que Anna. Aun así, Anna dejó que la pequeña la llevara de la mano a la «guardería», una habitación reservada exclusivamente para jugar que contenía una impresionante colección de juguetes. A primera vista, Anna distinguió una muñeca Flossie Flirt, varios osos de peluche grandes y un caballito

mecedor. En la guardería había una niñera, una mujer pecosa y de voz áspera cuyo vestido de lana se combaba como una librería sobrecargada para intentar contener sus pechos inmensos. Anna supuso, por su rostro ancho y el alegre destello de sus ojos, que era irlandesa, y temió que fuera a calarla de inmediato. Decidió mantener las distancias.

Dos niños pequeños (gemelos, o cuando menos intercambiables) intentaban ensamblar las vías de un tren eléctrico. En parte para evitar a la niñera, que se negaba a ayudarlos, Anna se agachó junto a las vías desmontadas y ofreció sus servicios. Era muy hábil con esa clase de mecanismos: hubiera podido armarlos al tacto, con los ojos cerrados. Le resultaban tan obvios que siempre pensaba que los demás no se esforzaban lo suficiente. Se limitaban a mirar, una actitud tan inútil a la hora de montar algo como intentar estudiar una imagen palpándola. Anna ensambló las dos piezas que irritaban a los niños y sacó más de la caja recién abierta. Era un tren Lionel y la calidad de las vías se notaba en la facilidad con que encajaban entre ellas. De vez en cuando, mientras las iba montando, Anna miraba de reojo la muñeca Flossie Flirt, apretujada al final de un estante. Dos años atrás, había deseado una con tal intensidad que era como si una parte de esa desesperación se hubiera desprendido y se le hubiera quedado dentro para siempre. Reencontrarse con aquel viejo anhelo en ese lugar le resultó extraño y doloroso.

Tabatha acunaba la muñeca nueva que le habían regalado por Navidades, una Shirley Temple con un abrigo de piel de zorro. La niña observaba embelesada cómo Anna montaba las vías de sus hermanos.

—¿Dónde vives? —le preguntó.

—Por aquí.

—¿Junto a la playa?

—Cerca.

—¿Puedo ir a tu casa?

—Sí, claro —dijo Anna, que ensamblaba vías con la misma rapidez con que los niños se las iban pasando: ya casi había terminado un circuito en forma de ocho.

—¿Tienes hermanos? —preguntó Tabatha.

—Una hermana —respondió Anna—. Tiene ocho años, como tú, pero es mala porque es muy guapa.

Tabatha pareció alarmarse.

—¿Cómo de guapa?

—Guapísima —dijo Anna muy seria—. Se parece a nuestra madre —añadió entonces—, que bailaba con las Follies.

Un instante después reparó en el error de haber alardeado de aquella forma. «Nunca cuentes nada a menos que sea inevitable»: la voz de su padre resonaba en su cabeza.

La misma criada negra sirvió la comida en una mesa del cuarto de juegos. Se sentaron como adultos en sus sillitas, con servilletas de tela sobre el regazo. Anna miró de reojo la Flossie Flirt varias veces buscando algún pretexto para coger la muñeca sin tener que admitir su interés en ella. Con tenerla un momento entre sus brazos se habría dado por satisfecha.

Después de la comida, y como recompensa por haberse portado bien, la niñera dejó que se pusieran abrigos y gorros y salieran por una puerta trasera al camino que comunicaba la casa del señor Styles con una playa privada. Un amplio semicírculo de arena cubierta por una finísima capa de nieve descendía suavemente hacia el mar. Anna había ido muchos inviernos a los muelles, pero nunca a una playa. Olas en miniatura asomaban bajo placas de hielo tan delgadas que crujían cuando las pisaba con fuerza. Las gaviotas chillaban y se lanzaban en picado a través del viento tumultuoso con sus vientres blanquísimos. Los gemelos se habían llevado unas pistolas de rayos de Buck Rogers, pero el viento convertía sus disparos y sus últimos estertores en una pantomima.

Anna contempló el mar. De pie junto a la orilla la embargó una sensación extraña, una mezcla electrizante de atracción y temor. ¿Qué quedaría a la vista si toda aquella agua se desvaneciera de pronto? Un paisaje de objetos perdidos: barcos hundidos, tesoros ocultos, oro y joyas, y la pulsera que le había resbalado de la muñeca y se le había caído dentro de una alcantarilla. «Y cadáveres», añadía siempre su padre con una carcajada: para él, el océano era un páramo.

Anna se volvió hacia Tabby (ése era su apodo), que temblaba junto a ella, y le entraron ganas de contarle lo que sentía. Siempre era más fácil hablar con los desconocidos. En cambio, dijo lo que siempre decía su padre ante un horizonte desierto:

—Ni un barco a la vista.

Los niños corrían hacia las olas arrastrando sus pistolas de rayos por la arena con la niñera jadeando tras ellos.

—¡Phillip, John-Martin, no os acerquéis al agua! —dijo la mujer resollando a un volumen alarmante—. ¿Ha quedado claro? —Lanzó una

mirada severa a Anna, que los había guiado hasta allí, y se llevó a los gemelos a casa.

—Se te están mojando los zapatos —dijo Tabby castañeteando los dientes.

—¿Nos los quitamos para notar el frío? —sugirió Anna.

—¡Yo no quiero notarlo!

—Pues yo sí.

Tabby miró cómo Anna se desabrochaba las tiras de los zapatos de charol negro que compartía con Zara Klein, su vecina de abajo. Luego se quitó las medias de lana y hundió sus pies blancos y huesudos, demasiado grandes para su edad, en el agua helada. Una sensación agónica le subió desde ambos pies hasta el corazón; en parte, era una llamarada de dolor que le resultaba inesperadamente agradable.

—¡¿Qué tal?! —chilló Tabby.

—Frío —dijo Anna—, terriblemente frío.

Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no retroceder, y esa resistencia no hizo más que acrecentar su excitación. Entonces se volvió hacia la casa y vio a dos hombres con abrigos oscuros acercándose por el camino asfaltado que discurría junto a la arena. Se sujetaban el sombrero para que no se lo llevara el viento. Parecían actores de una película muda.

—¿Son nuestros papás?

—A papá le gusta hablar de negocios al aire libre —dijo Tabatha—: «Lejos de oídos indiscretos.»

Anna sintió un acceso de compasión benévola hacia la pequeña Tabatha, excluida de los asuntos de su padre. Ella, en cambio, podía escuchar siempre que quería, aunque casi nunca oía nada interesante. El trabajo de su padre consistía en transmitir saludos o buenos deseos entre miembros del sindicato y otros hombres que eran amigos suyos. Esos saludos solían incluir un sobre, o a veces un paquete, que su padre entregaba o recibía con gesto indiferente: no te dabas cuenta a menos que prestaras atención. A lo largo de los años su padre había hablado muchísimas veces delante de Anna sin ser consciente de ello, y ella había escuchado sin entender lo que oía.

Le sorprendió la familiaridad, la cordialidad, con que su padre hablaba con el señor Styles. Al parecer eran amigos, después de todo.

Los dos hombres cambiaron de rumbo y empezaron a caminar por la arena hacia donde estaban Anna y Tabby. Anna salió rápidamente del agua, pero había dejado los zapatos demasiado lejos para volver a ponérselos a

tiempo. El señor Styles era un hombre corpulento e imponente, y su pelo negro, peinado con brillantina, asomaba bajo el ala ancha del sombrero.

—Oye, ¿ésta es tu hija? —preguntó—. ¿Soportando temperaturas árticas con apenas unas medias?

Anna percibió el disgusto de su padre.

—Así es —asintió él—. Anna, saluda al señor Styles.

—Encantada de conocerlo —dijo, y le estrechó la mano con firmeza, como le habían enseñado, procurando no entornar los ojos mientras levantaba la vista para mirarlo. El señor Styles parecía más joven que su padre, no tenía ni manchas ni arrugas en la cara. Anna percibió en él una actitud alerta, una tensión que se intuía incluso a través de su abrigo hinchado por el aire. Parecía estar esperando algo a lo que reaccionar, o con lo que distraerse, y en ese momento aquel algo era Anna.

El señor Styles hincó una rodilla en la arena para ponerse a su altura y la miró fijamente a los ojos.

—¿Por qué vas descalza? —le preguntó—. ¿No sientes frío o lo haces por alardear?

Anna no supo qué responder. No era ni lo uno ni lo otro, más bien ganas de sorprender a Tabby y tenerla intrigada, pero ni siquiera fue capaz de explicar eso.

—¿Para qué iba a alardear? —dijo—. Tengo casi doce años.

—¿Y qué se siente?

A pesar del viento, notó el olor a menta y licor del aliento del señor Styles. Se dio cuenta de que su padre no podía oír su conversación.

—Sólo duele al principio —explicó—, al cabo de un rato ya no notas nada.

El señor Styles sonrió como si su respuesta fuera una pelota y él hubiera disfrutado físicamente cazándola al vuelo.

—Toda una filosofía de vida —dijo, y acto seguido volvió a erguirse hasta recuperar su altura inmensa—. Es una chica fuerte —le indicó al padre de Anna.

—Así es.

Su padre evitó mirarla.

El señor Styles se sacudió la arena de los pantalones y dio media vuelta para marcharse: había agotado aquel momento y ya estaba pensando en el siguiente.

—Son más fuertes que nosotros —oyó Anna que le decía a su padre—. Afortunadamente para nosotros, no lo saben.

Anna pensó que iba a darse la vuelta para mirarla, pero ya debía de haberse olvidado de ella.

Dexter Styles notaba cómo la arena se colaba en sus zapatos Oxford mientras volvía con paso lento al camino asfaltado. Sí, la dureza que había percibido agazapada en Ed Kerrigan había florecido con todo su esplendor en aquella chica de ojos negros. Eso demostraba algo que había sospechado siempre: los hijos te delataban. Por eso, Dexter rara vez hacía negocios con alguien sin haber conocido antes a su familia. Le habría gustado encontrar a su Tabby también descalza.

Kerrigan conducía un Duesenberg modelo J de 1928 azul Niágara, una muestra tanto de su buen gusto como de lo excelentes que eran sus perspectivas antes del crac de la bolsa. Y tenía un sastre magnífico. No obstante, había algo oscuro en él, algo que contrastaba con su ropa, su automóvil e incluso con su conversación directa y hábil: una sombra, una pena. Aunque ¿quién no tenía una? O varias.

Al llegar de nuevo al camino, Dexter ya había decidido contratar a Kerrigan, siempre y cuando logaran acordar unas condiciones aceptables.

—Oye, ¿tienes tiempo para que cojamos el coche y vayamos a visitar a un viejo amigo mío? —le preguntó.

—Claro —respondió Kerrigan.

—¿Tu mujer no te espera?

—No antes de la cena.

—Y tu hija, ¿no se preocupará?

Kerrigan se rió.

—¿Anna? Su misión en la vida consiste en que yo me preocupe.

Anna había estado esperando que su padre apareciese en algún momento llamándola para que volviera a la casa, pero fue la niñera quien finalmente fue a buscarlas a las dos y les dijo, resoplando y con tono indignado, que hacía mucho frío y que debían marcharse de la playa inmediatamente. La luz había cambiado y en la sala de juegos reinaba un ambiente lúgubre y denso. El cuarto tenía su propia estufa de leña, así que la temperatura era suave. Todos comían galletas de nueces mientras miraban cómo el tren eléctrico, sacando humo de verdad por su chimenea en miniatura, daba vueltas al circuito en forma de ocho montado por Anna. Ella nunca había visto un juguete como

aquél y ni siquiera podía imaginar cuánto debía de costar. Estaba harta de aquella aventura: ya había durado mucho más de lo que solían hacerlo sus visitas sociales, y Anna estaba agotada de representar un papel para los otros niños. Tenía la sensación de que llevaba horas sin ver a su padre. Al rato, los niños dejaron el tren dando vueltas y se fueron a mirar cuentos. La niñera se había adormilado en una mecedora. Tabby estaba echada en una alfombra trenzada, apuntando su caleidoscopio nuevo hacia la lámpara.

—¿Me dejas coger tu Flossie Flirt? —preguntó Anna en tono despreocupado.

Tabby asintió con gesto ausente y Anna cogió la muñeca del estante. Las Flossie Flirts se vendían en cuatro tamaños y ésta correspondía al segundo más pequeño: no era el bebé recién nacido, sino uno un poco mayor, con ojos azules y mirada de sorpresa. Anna puso la muñeca ligeramente de costado. Tal como prometía el periódico, los iris se deslizaron hacia el rabillo del ojo para no perder de vista a Anna. Ella sintió tal explosión de alegría que casi se echó a reír. Los labios de la muñeca describían una O perfecta. Bajo el labio superior asomaban dos dientes pintados de blanco.

Como si percibiera aquel entusiasmo, Tabby se levantó de un brinco.

—Si quieres te la puedes quedar —exclamó—: yo ya no juego nunca con ella.

Anna absorbió el impacto de aquella propuesta. Dos Navidades atrás, cuando deseaba una Flossie Flirt con todas sus fuerzas, ni siquiera se había atrevido a pedirla: habían dejado de llegar barcos y ellos no tenían dinero. El intenso anhelo físico que en su día le había provocado aquella muñeca la partió en dos y la hizo dudar, aunque en el fondo sabía que, por supuesto, debía rechazarla.

—No, gracias —dijo finalmente—. Tengo una más grande en casa. Sólo quería ver cómo es la pequeña.

Haciendo un gran esfuerzo, se obligó a devolver la Flossie Flirt al estante, aunque dejó una mano sobre una de las piernecitas de goma hasta que se dio cuenta de que la niñera la miraba fijamente. Entonces, fingiendo indiferencia, le dio la espalda.

Demasiado tarde. La niñera la había visto y lo había entendido todo. Cuando Tabby salió de la sala para ver qué quería su madre, la niñera cogió la Flossie Flirt y se la lanzó a Anna.

—Quédatela, querida —dijo susurrando, pero con determinación—. A ella le da igual: tiene tantos juguetes que no puede jugar con todos. Y los otros dos también.

Anna dudó un instante tratando de convencerse de que debía de haber un modo de quedarse la muñeca sin que se enterara nadie, pero al imaginar la reacción de su padre se reafirmó en su respuesta.

—No, gracias —dijo fríamente—. Además, ya soy mayor para jugar con muñecas.

Se marchó de la sala de juegos sin volver la mirada. Sin embargo, la amabilidad de la niñera la había conmovido y subió por la escalera con las rodillas temblorosas.

Al ver a su padre en el recibidor, apenas pudo contener el deseo de salir corriendo y abrazarse a sus piernas como solía hacer de pequeña. Él llevaba el abrigo puesto. La señora Styles se estaba despidiendo.

—La próxima vez trae a tu hermana —le dijo a Anna, y la besó en la mejilla envolviéndola en un halo de perfume almizclado.

Anna le prometió que lo haría. Fuera, el Duesenberg J desprendía un brillo apagado bajo el sol de última hora de la tarde. Cuando el coche era suyo brillaba más: los del sindicato no le ponían suficiente cera. Mientras se alejaban de la casa de los Styles, Anna intentó pensar en algún comentario agudo con el que desarmar a su padre, como los que le salían sin querer cuando era pequeña, arrancándole una carcajada de sorpresa. Últimamente se había sorprendido a sí misma tratando de volver a un estadio anterior, como si hubiera perdido parte de su frescura o inocencia.

—El señor Styles no me ha parecido la clase de persona que tiene acciones en la bolsa —dijo finalmente.

Su padre soltó una risita y la atrajo hacia él.

—El señor Styles no necesita acciones: tiene varios clubes nocturnos, entre otras cosas.

—¿Y es del sindicato?

—No, no. No tiene nada que ver con el sindicato.

Aquello fue una sorpresa. En términos generales, los hombres del sindicato llevaban sombrero, y los estibadores, gorra. Algunos, como su padre, usaban uno u otra dependiendo de la ocasión. Anna no podía imaginar a su padre con un garfio de estibador cuando iba bien vestido, como aquel día. Su madre guardaba plumas exóticas de las piezas que cosía a destajo en casa y las usaba para adornarle los sombreros. Le arreglaba los trajes para que fuera siempre a la moda y le sentaran bien a pesar de su constitución endeble: desde que los barcos habían dejado de llegar hacía menos ejercicio y había perdido peso.

Su padre llevaba una mano en el volante y un cigarrillo entre los dedos; con el otro brazo rodeaba a Anna. Ella se apoyó en él. Al final, todo se reducía a ellos dos en movimiento y a Anna dejándose arrastrar por una agradable somnolencia. Entre el humo del cigarrillo de su padre percibió un olor nuevo dentro del coche, un aroma terroso y familiar que no consiguió ubicar.

—¿Por qué ibas descalza, bichito?

Anna sabía que le haría esa pregunta.

—Para sentir el agua.

—Eso es de niñas pequeñas.

—Tabatha tiene ocho años y no lo ha hecho.

—Es más sensata que tú.

—Al señor Styles le ha gustado que lo hiciera.

—No tienes ni idea de qué ha pensado el señor Styles.

—Que sí: hemos hablado mientras no nos oías.

—Ya lo he visto —dijo él volviéndose para mirarla—. ¿Qué te ha dicho?

Su mente retornó a la arena, al frío, las punzadas de dolor en los pies y aquel hombre a su lado, curioso; todo ello mezclado con las ganas de tener esa muñeca Flossie Flirt entre los brazos.

—Me ha dicho que era muy fuerte —dijo Anna con un nudo en la garganta que le ahogó la voz. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Y lo eres, bichito —dijo él besándola en la coronilla—, eso salta a la vista.

En un semáforo, su padre extrajo otro cigarrillo del paquete de Raleigh. Anna miró dentro, pero ya había sacado el cupón. Ella querría que su padre fumara más: había reunido ya setenta y ocho cupones, pero hasta los ciento veinticinco los productos del catálogo carecían de interés. Por ochocientos podías conseguir una vajilla de plata de seis servicios con un cofre personalizado, y había una tostadora automática por setecientos. Pero esos números le parecían inalcanzables. El catálogo de premios de B&W andaba justo de juguetes: tan sólo había un oso panda Frank Buck o una muñeca Betsy Wetsy con un ajuar de bebé completo por doscientos cincuenta, pero esos objetos le parecían indignos de ella. Lo que más la atraía era la diana «para niños mayores y adultos», pero no podía imaginarse lanzando dardos afilados en su pisito; ¿y si le daba a Lydia?

Ya se divisaba el humo de los campamentos de Prospect Park: estaban cerca de casa.

—Casi se me olvida —dijo su padre—, mira qué tengo aquí.

Se sacó una bolsa de papel de debajo del abrigo y se la dio a Anna. Estaba llena de tomates rojos: su olor áspero, a tierra, era el que había notado al entrar en el coche.

—Pero ¿cómo? —preguntó ella—. ¿En invierno?

—El señor Styles tiene un amigo que los cultiva en una casita de cristal. Me la ha enseñado. Le daremos una sorpresa a mamá, ¿vale?

—¿Te has marchado? ¿Y me has dejado sola en casa del señor Styles?

La asaltó un doloroso estupor: en todos los años que Anna llevaba acompañándolo a sus recados, su padre nunca la había dejado en ninguna parte; siempre había estado a la vista.

—Sólo un rato, bichito. Ni siquiera me has echado de menos.

—¿Has ido muy lejos?

—No, no mucho.

—Sí te he echado de menos.

De pronto, Anna tuvo la sensación de que había notado la ausencia del padre, el vacío de su ausencia.

—Tonterías —dijo él y la besó de nuevo—, ¡pero si te lo estabas pasando en grande!

2

Con el *Evening Journal* doblado bajo el brazo, Eddie Kerrigan se detuvo un momento delante de la puerta de su piso jadeando por la subida. Había enviado a Anna escalera arriba mientras él iba a comprar el periódico en gran medida para aplazar su vuelta a casa. El calor de los incansables radiadores se escapaba por el marco de la puerta y se expandía por el pasillo, amplificando el olor a hígado y cebolla que salía de casa de los Feeney, en la tercera planta. Su piso se encontraba en la sexta, aunque supuestamente era la quinta: una ilegalidad que un genio de la construcción había resuelto llamando «primera planta» a la segunda. Pero la principal ventaja del edificio lo compensaba con creces: una caldera en el sótano que bombeaba vapor a todos los radiadores, uno en cada habitación.

La carcajada de su hermana al otro lado de la puerta lo cogió por sorpresa. Al parecer, Brianne había regresado de Cuba antes de lo esperado. Eddie abrió la puerta con un chirrido de las bisagras repintadas. Su mujer, Agnes, estaba sentada a la mesa de la cocina ataviada con un vestido amarillo (en la sexta planta era verano todo el año). Y en efecto, delante de ella estaba Brianne, ligeramente bronceada y con un vaso casi vacío en la mano, el estado habitual de los vasos de Brianne.

—Hola, cariño —dijo Agnes, levantándose en medio de un montón de gorros con lentejuelas que había estado cosiendo—. Qué tarde llegas.

Ella le dio un beso y Eddie la agarró por las caderas firmes y sintió la punzada de excitación de siempre, a pesar de todo. Le llegó el aroma de las naranjas con clavo que ellas habían colgado en el árbol de Navidad de la sala de estar y notó la presencia de Lydia, allí, cerca del árbol. No se dio la vuelta: antes tenía que prepararse. Besar a su hermosa mujer era una buena forma de empezar; ver cómo ella le echaba agua con gas al vaso del caro ron cubano que había llevado Brianne: ésa era una excelente forma de empezar.

Agnes había dejado de beber por las noches: decía que la hacía sentirse demasiado cansada. Eddie le llevó a su hermana el vaso de tubo lleno de nuevo y con un cubito de hielo, y chocó con su vaso el de ella.

—¿Qué tal el viaje?

—Absolutamente maravilloso —dijo Brianne con una carcajada—, hasta que se torció por completo. He vuelto en un vapor.

—No es tan elegante como un yate. Oye, esto está delicioso.

—¡Pues el vapor ha sido la mejor parte! He hecho un amigo a bordo que es muy buen chico.

—¿Tiene trabajo?

—Era el trompetista de la banda —dijo Brianne—. Ya lo sé, ya lo sé, ahórrate el comentario, hermanito. Es una monada.

Sin novedad en el frente. Su hermana (hermanastra en realidad, pues eran hijos de madres distintas y habían crecido separados, además de que Brianne tenía tres años más que él) era como un magnífico automóvil cuyo propietario estaba siempre a punto de estrellarse. En su día había sido despampanante; ahora, bajo una luz poco favorecedora, era una mujer de treinta y nueve que aparentaba cincuenta.

Se oyó un gemido procedente de la sala que Eddie experimentó como un puntapié en el estómago. «Voy», pensó antes de que Agnes se lo pidiera. Se levantó de la mesa y fue hasta donde se hallaba Lydia, echada en el sillón como un perro o un gato: no tenía fuerza suficiente para mantenerse erguida. Al ver a Eddie acercándose, esbozó una sonrisa; tenía la cabeza echada hacia atrás y las muñecas dobladas como las alas de un pájaro. Buscó los ojos de su padre con sus radiantes ojos azules: unos ojos claros, perfectos, en los que no se apreciaba rastro alguno de su dolencia.

—Hola, Liddy —dijo él con frialdad—. ¿Cómo ha ido el día, pequeña?

Era difícil no sonar burlón sabiendo que Lydia no podía responder. Cuando hablaba, lo hacía a su manera, con un balbuceo sin sentido. Y no obstante se le hacía extraño no hablar con ella: ¿qué otra cosa podía hacer con una niña de ocho años que no era capaz de incorporarse por sí misma y menos aún de andar? Acariciarla y saludarla no daba para más de quince segundos; ¿y luego? Agnes lo estaría observando, ansiosa porque demostrara algo de afecto por su hija menor. Eddie se arrodilló junto a Lydia y le dio un beso en la mejilla. El pelo dorado, suave y rizado, le olía al champú carísimo que Agnes insistía en comprarle. Tenía la piel suave como la de un bebé. Cuanto mayor se hacía, más tentador resultaba imaginar qué aspecto tendría si no hubiera nacido enferma. Probablemente sería una belleza, más guapa aún que Agnes. Y que Anna, eso seguro. Pero pensar en esas cosas no servía de nada.

—¿Cómo ha ido el día, pequeña? —volvió a susurrar. Cogió a Lydia en brazos y se sentó en la butaca apretándola contra su pecho. Anna se reclinó contra él: su madre le había enseñado a no perderse detalle de aquellas interacciones. Eddie no entendía la devoción de su mujer por Lydia: ¿por qué, cuando la niña le devolvía tan poco? Anna le quitó los calcetines a su hermana y le hizo cosquillas en los pies, suaves y crispados, hasta que la niña

se retorció en los brazos de Eddie e hizo aquel ruido que en ella equivalía a reírse. Eddie lo detestaba: prefería creer que Lydia no podía pensar o sentir más que como un animal, atendiendo a su propia supervivencia. Pero su risa como respuesta a algo placentero rebatía esa creencia, y Eddie se ponía furioso, primero con Lydia y luego consigo mismo, por recelar de los pocos momentos en los que disfrutaba. Y lo mismo pasaba cuando babeaba, algo que naturalmente no podía evitar: sentía un destello de rabia, incluso el deseo de abofetearla, seguido de un espasmo de culpa. Una y otra vez, con su hija menor, la rabia y el odio hacia sí mismo engullían a Eddie como un torbellino y lo dejaban transido de pena y exhausto.

Aun así, podía ser todo tan dulce... El atardecer azulado al otro lado de las ventanas, el ron de Brianne enturbiándole agradablemente los pensamientos, sus hijas acurrucadas junto a él como gatitos... Duke Ellington en la radio, el alquiler del mes pagado. La situación podría ser peor; de hecho, era peor para muchos a finales de 1934. Eddie sentía una reconfortante posibilidad de ser feliz que lo arrastraba como el sueño, pero su rebeldía lo hizo volver en sí: «No, no puedo aceptarlo: me niego a que todo esto me haga feliz.» Se levantó de golpe, asustando a Lydia, que soltó un gemido cuando volvió a dejarla en la butaca. Las cosas no eran como deberían ser, ni de lejos: él era un hombre de orden (Eddie se lo recordaba a menudo, con ironía), y en su caso se habían vulnerado demasiadas leyes. Dio un paso atrás, se mantuvo a distancia y, después de haber renunciado a la felicidad, obtuvo su recompensa: un latigazo de dolor y soledad.

Había una silla especial que tenía que comprarle a Lydia, un artilugio monstruosamente caro. Con una hija así uno debería ser tan rico como un Dexter Styles, pero ¿acaso ese tipo de hombres tenía hijos como Lydia? Durante los primeros años de vida de la niña, cuando todavía creían que eran ricos, Agnes la llevaba cada semana a una clínica de la Universidad de Nueva York donde una mujer le daba baños de agua mineral y usaba correas de piel y poleas para fortalecer sus músculos. Ahora, aquel tipo de cuidados para Lydia escapaban a sus posibilidades, pero la silla le permitiría incorporarse, mirar las cosas, unirse al mundo vertical. Agnes creía en el poder transformador de la silla y Eddie en la necesidad de aparentar que compartía la opinión de su mujer. Y a lo mejor lo hacía, un poco. De hecho, aquella silla era el motivo por el que había buscado la amistad de Dexter Styles.

Agnes apartó los gorros y las tiras de lentejuelas de la mesa de la cocina y puso cuatro platos para la cena. Le habría encantado que Lydia comiera con ellos, se la habría sentado con mucho gusto en el regazo, pero eso habría

arruinado la cena a Eddie. Así pues, Agnes dejó a Lydia sola en el salón, gesto que, como siempre, compensó manteniendo toda la atención puesta en la niña, como si existiera una cuerda entre las dos y en un extremo estuviera ella y en el otro, su hija menor. A través de aquella cuerda, Agnes sentía vibrar la conciencia y la curiosidad de Lydia, y le infundía la confianza necesaria para que supiera que no estaba sola. Esperaba que Lydia sintiera su amor febril y toda la seguridad que intentaba transmitirle. Naturalmente, sujetar aquella cuerda implicaba que Agnes estuviera siempre ausente, o presente sólo a medias, algo que Eddie le recriminaba a menudo. Pero él se ocupaba tan poco de la niña que no le dejaba otra opción.

Alrededor de un guiso de judías y salchichas, Brianne los entretuvo con la historia de su lío con Bert. La relación ya se había deteriorado bastante en el momento en que ella le asestó el golpe de gracia y lo hizo caer de la cubierta de su yate a las aguas infestadas de tiburones de las Bahamas.

—Nunca habéis visto a un hombre nadar más rápido —dijo—. En serio, parecía un deportista olímpico. Cuando cayó rendido en la cubierta, lo ayudé a levantarse y luego quise abrazarlo: ¡era la primera cosa divertida que él hacía en muchos días! ¿Y qué hace él? ¡Intenta pegarme un puñetazo en la nariz!

—Y entonces ¿qué? —exclamó Anna con más excitación de la que Eddie habría esperado: su hermana era una mala influencia, pero él no sabía qué hacer, cómo contrarrestarla.

—Pues que lo esquivé, claro, y él estuvo a punto de volver a caer al agua. Los hombres que han crecido con dinero no tienen ni idea de pelear. Sólo los barriobajeros saben hacerlo. Como tú, hermanito.

—Pero nosotros no tenemos yates —señaló él.

—Una verdadera pena —dijo Brianne—: estarías muy guapo con gorra de capitán.

—Se te olvida que no me gustan los barcos.

—Crecer con dinero los ablanda —siguió diciendo Brianne—. Un día te levantas y se han ablandado por todas partes, no sé si me explico. Que se les ha ablandado el cerebro, digo —añadió entonces ante la mirada severa de su hermano.

—¿Y el trompetista? —preguntó él.

—Ah, es un amante de primera. Tiene unos ricitos como Rudy Vallee.

Brianne pronto volvería a necesitar dinero. Hacía ya tiempo que había dejado atrás sus años de bailarina, e incluso entonces su principal fuente de ingresos siempre eran sus novios. Pero los hombres forrados habían

empezado a escasear y una chica con ojeras y el vientre fofo de tanto beber tenía pocas probabilidades de pescar a uno. Siempre que ella le pedía dinero, Eddie encontraba la forma de dárselo, aunque tuviera que pedirlo prestado a algún usurero: le daba pavor pensar en qué podía convertirse su hermana si no lo hacía.

—En realidad, al trompetista le va bastante bien —dijo Brianne—: ha estado trabajando en un par de clubes de Dexter Styles.

Aquel nombre pilló por sorpresa a Eddie. Nunca lo había oído en boca de Brianne (ni de nadie más, de hecho), por lo que ni siquiera se le había ocurrido prepararse para tal eventualidad. Percibió la vacilación de Anna en el extremo opuesto de la mesa. ¿Se le escaparía que él había pasado el día con aquel hombre en su casa de Manhattan Beach? Eddie no se atrevió ni a mirarla. Esperaba que su largo silencio le indicara que ella tampoco debía decir nada.

—Algo es algo, supongo —le dijo a su hermana.

—Ése es mi Eddie —suspiró Brianne—. Tú siempre tan optimista.

El reloj de la sala dio las siete, lo que quería decir que ya eran casi las siete y cuarto.

—Papá —dijo Anna—, se te ha olvidado la sorpresa.

De entrada, aún alterado tras haber salvado la situación por los pelos, Eddie no entendió a qué se refería, pero entonces se acordó, se levantó de la mesa y se acercó al colgador donde había dejado el abrigo. Qué buena era Anna, se dijo admirado mientras fingía rebuscar en los bolsillos e intentaba calmar su respiración. Más que buena. Vació la bolsa encima de la mesa y dejó que aquellos tomates coloradísimos salieran rodando. Su mujer y su hermana se quedaron pasmadas, como es natural. «Pero ¿cómo? ¿De dónde los has sacado?», preguntaron confusas. «¿Quién te los ha dado?»

Mientras Eddie trataba de darles una explicación, Anna metió baza muy oportunamente.

—Alguien del sindicato tiene un invernadero de cristal.

—Qué bien viven los del sindicato —señaló Brianne—, incluso ahora, con la depresión.

—Sobre todo —la corrigió Agnes secamente. Aunque en realidad estaba contenta: que les cayeran regalos como aquél significaba que todavía necesitaban a Eddie, algo de lo que nunca tenían garantía. Cogió un poco de sal y un cuchillo y empezó a trocear los tomates encima de la tabla de cortar. El mantel de hule se fue llenando de jugo y de semillas. Brianne y Agnes se comieron los trozos de tomate entre gemidos de placer.

—Pavo para Navidades y ahora esto... Señal de que se acercan las elecciones —dijo Brianne, relamiéndose el jugo de los dedos.

—Dunellen quiere ser consejero del ayuntamiento —informó Agnes.

—¿Ese rácano? Que Dios nos asista. Vamos, Eddie, prueba un tomate.

Finalmente lo hizo y se sorprendió ante aquella mezcla de sabores salados, ácidos y dulces. Anna lo miró con una sonrisa de complicidad. Lo había hecho de fábula, mejor de lo que él habría esperado, pero aun así se sentía preocupado. ¿O se trataba del recuerdo de una preocupación que lo había asaltado en otro momento del día?

Mientras Anna ayudaba a su madre a quitar la mesa y lavar los platos y Brianne se servía más ron, Eddie abrió la ventana que daba a la escalera de incendios y salió a fumar, cuidándose de cerrarla enseguida para que a Lydia no le diera la corriente. La luz amarillenta de las farolas impregnaba la calle oscura. Ahí estaba el hermoso Duesenberg que en su día había sido suyo. Recordó con cierto alivio que todavía tenía que ir a devolverlo: Dunellen nunca dejaba que se lo quedara por la noche.

Mientras fumaba, Eddie volvió a su preocupación por Anna como si fuera una piedra que se hubiera guardado en el bolsillo y que ahora podía sacar para examinarla. Le había enseñado a nadar en Coney Island, la había llevado a ver *El enemigo público*, *Hampa dorada* y *Scarface* (a pesar de las miradas de desaprobación de los acomodadores), le había comprado *egg creams*, *charlottes russes* y café, que le dejaba beber desde que tenía siete años. Podría haber sido un chico: las medias siempre llenas de polvo y unos vestidos que en poco se diferenciaban de unos pantalones cortos. Era un bicho, una mala hierba que podría crecer en cualquier parte y sobreviviría a todo. Ella le insuflaba vitalidad del mismo modo que Lydia le hacía perder las ganas de vivir.

Pero lo que acababa de ver en la mesa era una muestra de malicia, y eso no era bueno en una niña: la transformaría de la peor forma posible. Aquella mañana, mientras se acercaba a Anna en compañía de Styles, se había dado cuenta de que su hija, aunque no se podía decir que fuera guapa, era llamativa. Estaba a punto de cumplir doce años. Ya no era una niña, a pesar de que él todavía la viera así. La sombra de aquella revelación lo había perturbado el resto el día.

La conclusión era evidente: tenía que dejar de llevar a Anna consigo. No inmediatamente, pero sí pronto. Aquel pensamiento le hizo sentir un vacío inmenso.

Cuando volvió a entrar, Brianne le plantó un beso con olor a ron en la mejilla y se marchó para reunirse con su trompetista. Su mujer estaba cambiando el pañal a Lydia encima de la tabla de madera que cubría la bañera de la cocina (una comodidad típica de Nueva York). Eddie la abrazó por la espalda y apoyó la barbilla en su hombro, recurriendo a aquella proximidad que tan natural les había resultado siempre, creyéndosela por un instante. Pero Agnes quería que besara a Lydia, que le pusiera el pañal y se lo prendiera con imperdibles procurando no pincharle la piel, tan delicada. Y Eddie estaba a punto de hacerlo (iba a hacerlo, le faltaba nada), pero no lo hizo y el impulso pasó de largo. Soltó a Agnes, decepcionado de sí mismo, y ella terminó de cambiar el pañal sola. También ella había notado la atracción de su vida anterior. «Date la vuelta y besa a Eddie —se dijo—. Sorpréndelo, olvídate de Lydia por un momento. ¿Qué tendría de malo?» Se imaginó a sí misma haciéndolo, pero no pudo. Su antigua forma de ser estaba dobladita dentro de una caja junto con los disfraces de las Follies, acumulando polvo. Un día, tal vez, sacaría la caja de debajo del somier y la volvería a abrir, pero todavía no: Lydia la necesitaba demasiado.

Eddie fue a buscar a Anna a la habitación que compartía con Lydia y que daba a la calle. Él y Agnes se habían quedado la que daba al patio de luces, con esas emanaciones malsanas que apestaban a mohó y a cenizas húmedas. Anna estaba leyendo detenidamente el catálogo de premios. A Eddie lo desconcertaba su fijación con aquel panfleto diminuto lleno de productos sobrevalorados, pero se sentó junto a ella en la cama estrecha y le entregó el cupón del paquete de Raleigh que acababa de abrir. Anna estaba estudiando una mesa de bridge con incrustaciones capaz de «soportar un uso constante».

—¿Tú qué opinas? —le preguntó su hija.

—¿Setecientos cincuenta cupones? Incluso Lydia tendría que empezar a fumar para que pudiéramos reunirlos.

Aquello la hizo reír. Le encantaba que incluyera a Lydia. Eddie sabía que debería hacerlo más a menudo, sobre todo porque no le costaba nada. Pasó otra página: un reloj de hombre.

—Podría pedir esto para ti, papá —dijo Anna—: el que fuma eres tú...

Aquello lo conmovió.

—Yo ya tengo mi reloj de bolsillo, ¿recuerdas? ¿Por qué no eliges algo para ti, que para algo eres la coleccionista?

Eddie pasó las páginas buscando los artículos para niños.

—¿Una muñeca Betsy Wetsy? —dijo ella desdeñosamente.

Dolido por su tono, Eddy pasó a una página con polveras y medias de seda.

—¿Para mamá? —preguntó Anna.

—Para ti. Ahora ya eres demasiado mayor para las muñecas.

La niña soltó una carcajada, para alivio de su padre.

—Yo nunca querré esas cosas —afirmó, y volvió a mirar una cristalería, una tostadora, una lámpara eléctrica—. Elijamos algo que pueda utilizar toda la familia —dijo exageradamente, como si en lugar de una pequeña familia fueran los Feeney, cuyos ocho hijos sanos ocupaban dos pisos y tenían el monopolio de uno de los baños de la tercera planta.

—Bichito, has hecho muy bien —señaló en voz baja— no mencionando al señor Styles en la cena. De hecho, es mejor que no pronuncies ese nombre delante de nadie.

—¿Excepto delante de ti?

—Ni siquiera delante de mí. Y yo tampoco lo haré: podemos pensarlo, pero no decirlo, ¿entendido?

Esperaba la inevitable burla de Anna, pero aquel subterfugio pareció divertirla.

—¡Vale! —dijo.

—A ver, ¿de quién estábamos hablando?

Hubo una pausa.

—Del señor Fulano —dijo finalmente Anna.

—Así me gusta.

—Que estaba casado con la señora Mengana.

—Bingo.

Anna sintió que empezaba a olvidarlo de verdad, animada por la satisfacción de compartir un secreto con su padre, de complacerlo como nadie más. Aquel día que había pasado con Tabatha y el señor Styles empezó a difuminarse en su memoria como esos sueños que se escapan por más que intentes recordarlos.

—Y vivían en el país de Quién Sabe Dónde.

Lo imaginó: un castillo junto al mar desapareciendo bajo una neblina de olvido.

—Así es —dijo su padre—, así es. Y era muy bonito, ¿verdad?

3

El alivio de Eddie al marcharse de su casa era el reverso exacto del alivio que en su día había experimentado cada vez que llegaba. De entrada, podía fumar. En la planta baja, rascó una cerilla contra el zapato y se encendió un cigarrillo, satisfecho por no haberse cruzado con ningún vecino mientras bajaba. Los detestaba por cómo reaccionaban ante Lydia, sin importar cuál fuera su reacción. Los Feeney, piadosos y benévolos: compasión. La señora Baxter, cuyas zapatillas se arrastraban como cucarachas detrás de la puerta cada vez que oía pasos en la escalera: curiosidad morbosa. Lutz y Boyle, dos eternos solterones que compartían techo pero llevaban una década sin hablarse: asco (Boyle) y rabia (Lutz). «¿No debería estar en una residencia?», había llegado a preguntar Lutz, a lo que Eddie había respondido: «¿Y usted?»

Ya en la calle, detectó un crujido de murmullos en el frío, siseos alrededor de puntas de cigarrillo encendidas. Al oír un grito de «¡salvados!» comprendió que eran chicos jugando a ringolevio: dos equipos tratando de hacer prisioneros a los del equipo rival. Era un edificio multirracial en una manzana multirracial (italianos, polacos, judíos, de todo excepto negros), pero la escena también podría haberse dado en el internado católico del Bronx donde había crecido Eddie: allí adonde fueras, por todas partes, una turba de niños.

Eddie subió al Duesenberg, arrancó el motor y prestó atención a una vibración que ya había notado antes y que no le había gustado. Dunellen se estaba cargando el coche, como hacía con todo lo que tocaba, Eddie incluido. Mientras pisaba ligeramente el acelerador y se fijaba en aquel sonido, levantó la mirada y echó un vistazo a las ventanas iluminadas del salón de su casa. Su familia estaba ahí. A veces, antes de entrar, Eddie se detenía en el descansillo y oía una algarabía festiva al otro lado de la puerta cerrada. Siempre lo sorprendía. «¿Me lo habré imaginado?», se preguntaba más tarde. ¿O es que estaban más cómodas (felices) sin él?

Siempre había un momento, justo después de que su padre se marchara, en el que todo parecía haberse ido con él. El tictac del reloj del salón hizo que apretara los dientes. La invadió una dolorosa sensación de que nada tenía sentido, parecida al enfado, y notó cómo palpitaban sus muñecas y sus dedos

mientras ensartaba cuentas en unos tocados de plumas muy elaborados. Su madre estaba adornando gorros con lentejuelas (cincuenta y cinco en total), pero la parte más difícil del trabajo solía recaer en Anna, que sin embargo no se sentía particularmente orgullosa de su destreza como costurera. Trabajar con las manos implicaba aceptar órdenes. En el caso de su madre, las órdenes procedían de Pearl Gratzky, una modista que conocía de su época en las Follies y que ahora trabajaba para espectáculos de Broadway y alguna película de Hollywood. El marido de la señora Gratzky vivía encerrado en su casa. Tenía una perforación en un costado desde la Gran Guerra que no se había cicatrizado en dieciséis años, un hecho que se invocaba a menudo para justificar los gritos histéricos de Pearl cuando no quedaba satisfecha con el resultado de un encargo. La madre de Anna nunca había visto al señor Gratzky.

Lydia se despertó de su siesta y Anna y su madre se sacudieron la pereza de encima. Anna le ató a su hermana un babero al cuello y se la sentó en el regazo mientras su madre le daba la papilla que preparaba cada mañana con verduras cocidas y tiras de carne. Lydia prestaba una enorme atención a todo: todo lo veía, oía y entendía. Anna le susurraba secretos por la noche: sólo Lydia sabía que el señor Gratzky le había enseñado a Anna la perforación hacía unas semanas, un día que había llevado un paquete de productos de costura ya terminados pero no había encontrado a Pearl Gratzky en casa. Impulsada por una osadía que parecía provenir de alguien distinto, Anna había abierto la puerta de la habitación donde descansaba el marido (un hombre alto y apuesto con la cara destrozada) y le había pedido que le mostrara la herida. El señor Gratzky se había levantado la parte superior del pijama, había apartado una gasa y le había enseñado un pequeño orificio sonrosado y brillante como la boca de un bebé.

Cuando Lydia terminó de comer, Anna ajustó el dial de la radio hasta sintonizar con la Orquesta Martell, que interpretaba estándares de jazz. Indecisas, ella y su madre se pusieron a bailar, atentas por si el señor Praeger, que vivía justo debajo, en la cuarta planta, empezaba a aporrear el techo con el mango de la escoba. Pero debía de haber salido a ver un combate de boxeo, como solía hacer los sábados por la noche. Subieron el volumen y la madre de Anna bailó con una despreocupación y un ensimismamiento impropios de ella. La escena evocó en Anna recuerdos vagos de cuando, de muy pequeña, había visto a su madre en el escenario: una visión distante, resplandeciente, bañada de luces de colores. Su madre podía bailar todo (el Baltimore buzz,

el tango, el black bottom, el cakewalk), pero ya sólo bailaba en casa, con Anna y Lydia.

Anna bailó sujetando a Lydia hasta que la laxitud de su hermana se convirtió en parte del baile. Pronto estuvieron todas coloradas. A su madre se le había soltado el pelo y se le había desabrochado la parte de arriba del vestido. Abrieron la ventana de incendios y el fuerte viento invernal las hizo toser. El pisito se estremeció y se caldeó con una alegría que parecía no existir cuando su padre estaba en casa, como si fuera un idioma que se convertía en un guirigay incomprensible cuando él escuchaba.

Cuando estuvieron acaloradas de tanto bailar, Anna apartó el tablón de madera que cubría la bañera y la llenó. Desnudaron rápidamente a Lydia y la metieron en el agua caliente. Libre del efecto de la gravedad, su figura curvada y retorcida se relajó a ojos vistas. Su madre la sujetaba por debajo de los brazos mientras Anna le masajeaba el pelo dorado y el cuero cabelludo con el champú especial de lilas. Los ojos azul claro de Lydia las miraban extasiados mientras la espuma se iba juntando en sus sienes. Les producía una dolorosa satisfacción reservar lo mejor para ella como si fuera una princesa secreta merecedora de su tributo.

Antes de que el agua se enfriara, Anna y su madre tuvieron que aunar esfuerzos para sacar a Lydia. Se formaron burbujas en los pliegues imprevisibles de su cuerpo laxo, bello a su modo, como el pabellón de una oreja. La envolvieron con una toalla y la llevaron hasta la cama, donde la secaron y le espolvorearon la piel con talco Cashmere Bouquet. Su camisón de algodón estaba ribeteado con adornos de encaje belga, sus rizos húmedos olían a lilas. Después de arroparla, Anna y su madre se acostaron junto a ella, una a cada lado, y se dieron la mano por encima de su cuerpo para evitar que se cayera de la cama mientras se dormía.

Cada vez que Anna pasaba del mundo de su padre al de su madre y Lydia, sentía como si hubiera abandonado una vida y la hubiera cambiado por otra más profunda. Y cuando volvía con su padre, recorriendo la ciudad de su mano, era de su madre y de Lydia de quienes se deshacía, hasta el punto de que a menudo se olvidaba por completo de ellas. Iba y venía una y otra vez, adentrándose en cada ocasión en un lugar más y más profundo, hasta sentir que ya no podía bajar más. Pero siempre podía, nunca llegaba al fondo.

Eddie aparcó el Duesenberg delante del Sonny's West Shore Bar and Grill, junto a los muelles. Era sábado por la noche, faltaban tres días para

Nochevieja y en la calle reinaba un silencio absoluto, prueba definitiva de que no había llegado ningún barco, ni aquella semana ni tampoco la anterior.

Saludó a Matty Flynn, el barman de pelo canoso, y cruzó el bar, enmoquetado de serrín, hasta el otro extremo, desde donde, bajo un cartel en el que aparecía Jimmy Braddock a punto de subir al ring, John Dunellen dirigía sus negocios extraoficiales. Era un tipo corpulento, con unas manos enormes, de estibador, pese a que hacía ya más de una década que no trabajaba en los muelles. Aunque iba muy arreglado, daba siempre una impresión lánguida y corrompida, como un carguero oxidado después de pasar demasiado tiempo anclado. Estaba rodeado por una banda de aduladores, suplicantes y mafiosos de tres al cuarto que le entregaban un tanto del negocio a cambio de su bendición. Ante la ausencia de barcos, sus chanchullos iban viento en popa: los obreros portuarios estaban desesperados.

—Ed —murmuró Dunellen cuando Eddie se sentó en una silla.

—Dunny.

Dunellen le hizo un gesto a Flynn para que le pusiera a Eddie una Genesee y un chupito de whisky de centeno. Entonces se sentó, aparentemente distraído, aunque en realidad prestaba atención a la radio portátil que llevaba siempre consigo (cabía dentro de un maletín), emitiendo a volumen bajo. Dunellen seguía las carreras de caballos, los combates de boxeo, los partidos de béisbol y cualquier otro evento deportivo al que se pudiera apostar, aunque sentía predilección por el boxeo. Había apadrinado a dos chicos en la categoría júnior de peso ligero.

—¿Saludaste a la novia de mi parte? —preguntó Dunellen ante la atenta mirada de Lonergan, un tipo que montaba partidas ilegales y que acababa de aterrizar en aquel círculo.

—Demasiado complicado —respondió Eddie—, esperaré hasta después de Nochevieja.

Dunellen soltó un gruñido de aprobación.

—Fácil y rápido, así debe ser.

El destinatario de aquel envío en concreto era un senador del Estado. El plan original consistía en realizar la entrega aquel mismo día, más temprano, a la salida de la catedral de San Patricio. El padre de la novia era Dare Dooling, un banquero próximo al cardenal Hayes. El cardenal en persona había oficiado las nupcias.

—Pues a mí no me ha parecido complicado —objetó Lonergan—. Había polis, sí, pero eran de los nuestros.

—¿Estabas ahí? —preguntó Eddie sorprendido. No le gustaba Lonergan: sus dientes largos transformaban su expresión en una mueca burlona.

—Mi madre fue niñera del novio —dijo Lonergan, orgulloso—. Oye, pero no recuerdo haberte visto allí, Kerrigan.

—Así es Eddie —dijo Dunellen riéndose por lo bajo—: sólo lo ves cuando él quiere que lo veas.

Dunellen se quedó mirando a Eddie, que se sintió más cercano a su viejo amigo de lo que jamás se había sentido respecto de Brianne. Eddie había salvado la vida a Dunellen y también a otro chico del internado: los había sacado, llorando y vomitando, de un remolino de la playa de Rockaway. Aunque no se mencionaba nunca, era un hecho que estaba siempre presente.

—La próxima vez me fijaré mejor —dijo Lonergan en tono desagradable— y te invitaré a una copa.

—¡Y un huevo! —bramó Dunellen, y su abrupta explosión de furia despertó momentáneamente el interés de los dos matones que lo acompañaban a todas partes. Dunellen mantenía a aquellos gigantes de nariz aplastada a cierta distancia, pues su presencia minaba la imagen paternalista que le gustaba transmitir—. Tú no conoces a Eddie Kerrigan fuera de este bar, *capisci*? ¿Crees que puede codearse con la flor y nata y luego dejarse ver con un patán como tú? Adónde vaya Eddie no es asunto tuyo: deja ya de meter el hocico donde no te llaman.

—Lo siento, jefe —murmuró Lonergan con las mejillas intensamente sonrojadas. Eddie percibió cómo rezumaba su envidia y le dieron ganas de reírse. ¡Lonergan lo envidiaba a él! De acuerdo, Eddie vestía bien (gracias a Agnes) y tenía una buena relación con Dunellen, pero era un don nadie en toda regla. Un «mensajero» no era más que eso: un tonto que llevaba una bolsa que contenía algo (dinero, por supuesto, pero él no tenía por qué saberlo) y hacía de enlace entre dos hombres que, por lo que fuera, no podían relacionarse públicamente. El mensajero ideal no tenía afiliaciones con ninguno de los interesados, vestía y se comportaba de forma neutra y era capaz de restar a esos intercambios el aire turbio que tenían por naturaleza. Eddie Kerrigan era ese hombre, alguien que parecía moverse con comodidad en todas partes: hipódromos, pistas de baile, teatros o reuniones de la Sociedad del Santo Nombre. Tenía un rostro agradable, un acento neutro y mucha experiencia a la hora de deslizarse entre unos y otros mundos. Eddie sabía convertir una entrega en algo informal: «Toma, casi se me olvida: de parte de nuestro amigo.» «Vaya, muchas gracias.»

Dunellen lo compensaba por sus servicios con un salario de subsistencia: veinte dólares semanales si tenía suerte, lo que (combinado con el trabajo a destajo de Agnes) les permitía no tener que empeñar los únicos objetos de valor que todavía conservaban: su reloj de bolsillo, que pensaba llevarse a la tumba, la radio y el reloj francés que Brianne les había regalado por su boda. Jamás un garfio de estibador había lucido más.

—¿Hay algo en cuarentena? —preguntó Eddie refiriéndose a si había barcos con destino a alguno de los tres muelles controlados por Dunellen.

—Tal vez dentro de dos o tres días, procedentes de La Habana.

—¿Con destino a uno de los tuyos?

—Nuestros —lo corrigió Dunellen—. Nuestros, Eddie. ¿Por qué? ¿Necesitas un préstamo?

—No de él —dijo Eddie señalando a Nat, el usurero que estaba jugando a los dardos y que cargaba un veinticinco por ciento de comisión semanal.

—Eddie, Eddie —lo reprendió Dunellen—, te pagaré lo de esta semana antes de que te vayas.

Eddie había llegado con la idea de tomarse una copa y marcharse, pero después de que Lonergan lo desafiara le había parecido más prudente no marcharse antes que él. Eso significaba beber con Dunellen, que triplicaba a Eddie en diámetro y llevaba una pata de palo. Eddie echó un vistazo a la puerta deseando que apareciera la bruja de Maggie, la mujer de Dunellen, y lo echara del bar como solía hacer siempre, como si Dunellen fuera un estibador que se estuviera pateando la paga y no el presidente del sindicato local y un firme candidato a convertirse en consejero del ayuntamiento. Pero Maggie no apareció y Eddie terminó cantando a gritos *The Black Velvet Band* junto con Dunellen y algunos más, todos ellos enjugándose las lágrimas. Finalmente, Lonergan se despidió.

—No te cae bien —le dijo Dunellen cuando se hubo marchado, la misma frase que habría empleado con Lonergan si Eddie hubiera sido el primero en retirarse.

—No es mal tío.

—¿Crees que es de fiar?

—Creo que juega limpio.

—Tienes buena nariz para esas cosas —dijo Dunellen—: deberías haber sido poli. —Eddie se encogió de hombros e hizo girar el cigarrillo entre los dedos—. Piensas como un poli.

—Al final habría tenido que corromperme: sería un mal policía.

Desde las profundidades de la escarpada topografía de su cabeza, Dunellen le dirigió a Eddie una mirada penetrante.

—¿La corrupción no está en los ojos del que mira?

—Supongo que sí.

—A los polis no pueden despedirlos, ni siquiera durante la Depresión...

—Sí, algo es algo.

Dunellen pareció adormilarse. Su actitud distraída hacía que algunos hombres se lo tomaran a la ligera o actuaran de forma despreocupada en su presencia. Craso error: era como uno de esos peces venenosos de los que Eddie había oído hablar, que adoptaban el aspecto de una roca para engañar a su presa. Eddie ya iba a levantarse para marcharse cuando Dunellen se volvió hacia él y le clavó una mirada húmeda y suplicante.

—Tancredo —gimió—: a ese maldito espagueti le gustan las peleas.

Alimentar la obsesión de Dunellen con los italianos le costaría treinta minutos, si no más.

—¿Cómo les va a tus chicos? —preguntó Eddie con la esperanza de distraerlo.

Ante la mención de sus boxeadores, la expresión de Dunellen se ablandó como un asado frío sobre el fuego.

—De fábula —murmuró y, para consternación de Eddie, pidió otra ronda—. Realmente de fábula. Son rápidos, son listos y escuchan. Deberías ver cómo se mueven, Ed.

Dunellen no tenía hijos, una rareza en un entorno en el que todos los hombres tenían entre cuatro y diez. Había disparidad de opiniones acerca de si el hecho de que Maggie fuera una bruja era causa o consecuencia de que su unión hubiera resultado improductiva. En cambio, había unanimidad sobre algo: si Dunellen hubiera mimado a sus hijos como mimaba a sus boxeadores (siempre eran dos), todos se habrían burlado públicamente de él. En los combates se encogía y convulsionaba como una vieja solterona que viera a su perro faldero encararse a un dóberman. Ni siquiera con la visera verde que se ponía cuando iba a ver los combates podía disimular las lágrimas que brotaban de sus ojitos crueles.

—Pero Tancredo tiene cogidos por el pescuezo a mis chicos —dijo con voz temblorosa—: lo amañará todo para no darles ninguna oportunidad.

Incluso ebrio, Eddie no tuvo ningún problema para descifrar el dilema de Dunny: Tancredo, fuera quien fuese, le exigía parte de los beneficios derivados de los pesos ligeros de Dunellen para permitirles pelear (o seguramente ganar) en determinados cuadriláteros controlados por la mafia.

Era un arreglo idéntico al que Dunellen imponía a todo tipo de negocios alrededor de sus muelles: si no pagabas, lo mejor que podía pasarte era que te quedaras sin trabajo.

—Esos espaguetis me tienen las pelotas cogidas en un cepo, Ed. Ni siquiera puedo dormir de lo preocupado que estoy.

Una de las teorías preferidas de Dunellen sostenía que «el sindicato espagueti del crimen», tal como él lo llamaba, tenía un propósito que iba mucho más allá de los objetivos obvios, es decir, aparte de enriquecerse y velar por la propia supervivencia: exterminar a los irlandeses. Su teoría se basaba en una serie de acontecimientos a los que volvía una y otra vez como si fueran las estaciones de un viacrucis: la disolución de Tammany Hall por parte del alcalde LaGuardia, la masacre del día de San Valentín en Chicago (siete irlandeses fallecidos) y los recientes asesinatos de Legs Diamond, Vincent Coll y otros. Daba igual que todos los asesinados fueran, a su vez, asesinos. Y que en la mafia no sólo hubiera espaguetis, y que todos los enemigos personales de Dunellen fueran, sin excepción, irlandeses como él: jefes de muelles rivales, responsables de contratación que le habían dado la espalda, personas resentidas con el sindicato..., y que todos ellos pudieran desaparecer, cortesía de los matones de Dunellen, hasta que, con el deshielo, sus cuerpos hinchados afloraran a la superficie del Hudson como carrozas en un desfile. Para Dunellen, el sindicato espagueti era una amenaza bíblica, cósmica; y si bien sus obsesiones normalmente no suponían un peligro para Eddie (más allá de amenazar con matarlo de aburrimiento), lo cierto es que acababa de pasar el día entero en compañía de uno de los líderes de dicho sindicato.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Dunellen dirigiéndole una mirada penetrante—. Desembucha, anda.

Del interior del fardo abstracto y medio beodo que era John Dunellen emanaba una capacidad de atención sobrenatural, como si tuviera un radar que canalizara y amplificara sus percepciones. Ahí estaba el Dunellen que la mayoría de los hombres no sabía ver hasta que ya era demasiado tarde: el que era capaz de leerte los pensamientos. Si le mentías, más te valía tener dónde meterte.

—Tienes razón, Dunny —dijo Eddie—: me habría gustado ser poli.

Dunellen se lo quedó mirando un rato más. Entonces, sintiendo que le había dicho la verdad, se relajó.

—¿Tú qué harías? —susurró—. Con lo de Tancredo.

—Yo le daría lo que quiere.

Dunellen protestó:

—¿Y por qué coño iba a hacer eso?

—A veces es mejor no luchar —respondió Eddie—. A veces lo mejor que se puede hacer es ganar tiempo, esperar una oportunidad.

De vez en cuando, como en aquel momento, el rescate marítimo que había forjado el vínculo entre ambos, y que todavía impregnaba alegóricamente todas sus conversaciones, asomaba a la superficie. Dunellen y Sheehan eran los chicos mayores; Bart poseía el cerebro y Dunny la labia. Cuando Eddie los vio braceando aterrorizados, incapaces de regresar a la costa, entró corriendo en el agua y se acercó nadando hasta donde estaban. Pasó un brazo alrededor del cuello de cada uno y gritó: «¡Dejad de luchar! Haced el muerto y que nos arrastre la corriente.»

Estaban demasiado agotados como para no hacerle caso. Pasaron un rato flotando y, cuando recuperaron el aliento, Eddie los alejó de las rocas nadando en paralelo a la costa durante más de medio kilómetro. Los tres eran como ratas de agua: llevaban saltando al mar desde los muelles de la ciudad para escapar del calor del verano casi desde que habían aprendido a andar. Medio kilómetro más allá, Eddie vio una abertura entre las olas y guió a Bart y a Dunny de vuelta a tierra firme.

—¿Cómo gano tiempo con un espagueti entrometido? —preguntó Dunellen echando humo.

—Dale algo para que se esté tranquilo —dijo Eddie—. Mantenlo satisfecho y dedícate a buscar una salida.

Era consciente de que no sólo estaba hablando con Dunellen, sino también consigo mismo; de hecho, estaba hablando acerca de Dunellen. Su viejo amigo se le había acercado mucho y Eddie sintió que lo envolvía aquel olor agrio a las cebollitas en vinagre que tanto le gustaba chupar al otro.

—Es un buen consejo, Ed —dijo Dunellen bruscamente.

—Me alegra haber podido ayudarte.

—Cuídate.

Dunellen apartó su silla. En su embriaguez, Eddie no se dio cuenta de entrada de que Dunellen lo estaba despachando sin la paga prometida, de que lo estaba castigando tras haberse mostrado frágil delante de él. En la playa había sucedido lo mismo: Eddie había arrastrado a Dunellen cogiéndolo del pelo hasta la arena, donde éste se había quedado un buen rato, gimiendo y vomitando agua de mar, antes de secarse las lágrimas y alejarse con paso lento. Había sido el otro chico, Bart Sheehan, quien había cogido en brazos a Eddie y lo había besado en las dos mejillas. Pero Dunellen no lo había

engañado entonces ni ahora: Eddie sabía que después de lo ocurrido aquel matón iba a protegerlo y así había sido: pese a su aparente indiferencia, quería mucho a Eddie.

Dunellen dirigió intencionadamente la atención hacia varios corredores de apuestas que se habían acercado a besar su anillo. Cada tanto pellizcaba billetes de un fajo y los ponía en sus manos con ensayada intimidad mientras ignoraba sus murmullos de agradecimiento. Eddie se quedó allí tercamente sentado. No se movió aun a sabiendas de que iba a marcharse a casa con las manos vacías. Según el cálculo bizantino que regía sus relaciones, esperar y no recibir nada a cambio le valdría seguramente un extra por parte de Dunellen llegado el momento.

Al ver que Eddie seguía ahí, aquél frunció el ceño. Luego su desagrado se suavizó y en una pausa le preguntó con un susurro:

—¿Cómo está la pequeña?

—Como siempre. Como siempre va a estar.

—Rezo por ella cada día.

Eddie sabía que era verdad. Dunellen era profundamente devoto: acudía a la misa de las seis y media de la mañana en la iglesia del Ángel Guardián, a veces sin haber dormido, y volvía a las cinco de la tarde para oír misa otra vez. Llevaba un rosario en cada bolsillo.

—Yo debería rezar más por ella —dijo Eddie.

—A veces, pedir ayuda a Dios resulta más difícil si es para los tuyos.

Aquella verdad conmovió a Eddie. Percibió su intimidad con Dunellen, profunda y primitiva, como si a los dos les corriera la misma sangre por las venas.

—Necesito comprarle una silla —explicó—, cuesta trescientos ochenta dólares.

Dunellen reaccionó con estupefacción.

—¿Se han vuelto locos?

—Tienen la silla —dijo Eddie—, y ella la necesita.

No había previsto pedir el dinero a su amigo, pero de pronto, en un acceso de esperanza, tuvo la intuición de que Dunellen se lo iba a ofrecer. Dios sabía que lo tenía. Incluso era posible que lo llevara encima en aquel preciso instante, en aquel fajo descomunal de dinero (tibio, como sus rosarios, por la potencia de su calor corporal).

—Nat podría ayudarte —indicó Dunellen, pensativo, tras una larga pausa—. Si yo hablara con él, te daría tanto tiempo como necesitaras. Y yo te descontaría los pagos directamente del sueldo, si te sirviera de algo.

En su estado de turbación, Eddie necesitó un momento para comprender el significado de sus palabras: Dunellen lo estaba dejando en manos del usurero. Y a juzgar por la ternura de su mirada, lo consideraba un acto de caridad.

Eddie se esforzó por no exteriorizar lo que sentía.

—Me lo pensaré —dijo en tono sumiso. Si se quedaba en el Sonny's un minuto más, Dunellen percibiría su descontento y lo castigaría por ello—. Buenas noches, Dunny —añadió, acercándole la llave del Duesenberg por encima de la mesa—, y gracias.

Se dieron la mano. Eddie salió del bar y se quedó unos minutos fuera, esperando a que el aire gélido del río Hudson le devolviera la sobriedad a bofetones, pero pronto se encontró dirigiéndose a tumbos a la estación de metro de la Interborough Rapid Transit Company más borracho de lo que creía, y tuvo que apoyarse en la fría pared de ladrillo del Sonny's. Los chirridos y crujidos de las amarras de los barcos del puerto sonaban como un rechinar de dientes. Notó el olor a cadenas oxidadas y a tablonos de madera empapados de aceite de pescado, un olor que de repente le pareció el hedor de la corrupción misma. Dunellen gozaba del afecto de las bases porque repartía billetes, pero Eddie sabía que también controlaba a los usureros, Nat incluido, y que se embolsaba parte de los intereses que cobraban y mandaba a sus matones a los deudores que no pagaban a tiempo. Una sola palabra de Dunellen y los responsables de contratación daban trabajo a un deudor durante un día para así poder deducir el pago al prestamista de su salario. Cuanto más te hundías y más te tenían en sus manos, más se esforzaban por no perderte.

«Nuestros —había dicho Dunellen—: nuestros muelles.»

Eddie se tambaleó hasta el borde de la acera y vomitó abundantemente en la calzada. Luego se limpió la boca. Y, tras mirar a su alrededor, confirmó aliviado que no había nadie en la calle.

Era consciente de que acababa de llegar a un límite. Cerró los ojos y recordó el día: la playa, el frío, la comida excelente. Un mantel blanco. Brandy. Pensó en la silla, pero no era sólo la silla lo que lo había conducido hasta Dexter Styles: era el deseo desesperado, urgente, de que algo cambiara, lo que fuera, aunque el cambio implicara cierto riesgo porque, desde luego, él prefería el riesgo a la melancolía.

4

Dos noches por semana, una dama caritativa acudía al Internado Católico de Nueva York y, después de cenar, leía en voz alta fragmentos de *La isla del tesoro*, *Las mil y una noches*, *Veinte mil leguas de viaje submarino* y otras novelas que relataban aventuras por lugares exóticos. Mientras aquella mujer, desde el atril, recorría con la mirada a la masa de chicos, Eddie trataba de imaginar lo que veía: filas y filas de manos juntas (así indicaban los chicos cuándo habían terminado de comer) y una multitud de rostros tan indistinguibles unos de otros como si fueran peniques. A lo mejor los más gordos, feos o guapos sobresalían (DeSoto, O'Brien y Macklemore, con su carita de ángel), pero no Eddie Kerrigan. Sus únicas características dignas de mención eran su habilidad para colarse por puertas que sólo estaban cerradas con una cadena y para trepar a las farolas como un mono. También sabía imitar acentos, pero era demasiado vergonzoso para presumir de ello, y una vez, en la bahía de Eastchester, había pasado más de dos minutos bajo el agua.

Su padre lo había metido en el internado a los cuatro años, después de que su madre muriera de tifus. En aquella época, el centro se encontraba todavía en la ciudad de Van Nest, en Westchester, pero cuando Eddie era ya lo bastante mayor para preocuparse por esas cosas, Van Nest había sido absorbido por el East Bronx. Cruzando Unionport Road había unos edificios independientes para chicas. (Eddie sabía que ambas instalaciones tenían un estanque idéntico, pero nunca logró averiguar si a las chicas también les gustaba pescar con las manos las recelosas carpas que merodeaban por el agua.) Brianne, cuya madre había muerto a su vez en Irlanda, había tenido que mudarse a Nueva Jersey, donde vivía su familia materna. Al principio su padre iba a visitarlo y se llevaba a Eddie a las carreras y luego a alguna taberna. Eddie apenas recordaba nada de aquellas excursiones, más allá de la angustia con que cogía la mano de su padre o cómo, vestido con pantalones cortos, intentaba seguir sus pasos feroces mientras éste se abría paso entre carros y tranvías.

Tumbado en el dormitorio inmenso, oyendo su respiración mezclada con el suspiro colectivo de todos esos chicos dormidos, Eddie se avergonzaba de su insignificancia: tenía las caderas estrechas, las facciones afiladas y ordinarias y el pelo como paja sucia. Incluso más que la visita anual de los

huérfanos al circo, Eddie anhelaba el momento en que, una vez al mes, las manos del barbero del internado le tocaban brevemente el cuero cabelludo. Aunque lo hacían con indiferencia, se relajaba tanto que casi se quedaba dormido. Pero, al cabo, se sabía tan poco importante como un paquete de tabaco vacío. A veces tenía la sensación de que la masa abrupta que lo rodeaba lo aplastaría y lo dejaría reducido a polvo, igual que las polillas secas y aplastadas que él mismo recogía de los alféizares de las ventanas del internado. A veces deseaba que lo aplastaran.

A partir de los nueve o diez años, el internado esperaba que, después de las clases, los niños ganaran algo de dinero realizando una de las múltiples tareas que se anunciaban con un cartel de SE BUSCA CHICO: repartir mensajes y paquetes, cerrar cajas en alguna de las muchas fábricas de pianos del Bronx... Los más espabilados vendían chicles, botones o caramelos en la estación de tren de Van Nest y promocionaban sus productos cantando y bailando en parejas o tríos. Los vecinos del internado los vigilaban de cerca, pues sabían que eran ellos los que les birlaban caramelos de los botes y boniatos de los carros de la compra. Eddie no estaba al margen de aquellos hurtos: nadie quería quedarse con las manos vacías cuando se repartía el botín, pero tenía la sensación de que aquellos pequeños delitos que se veía obligado a cometer lo degradaban, y se sentía sucio por la sospecha que los acompañaba a todas partes. Buscaba trabajo en otros barrios, colgándose en la parte trasera del tranvía de West Farms Road, que cruzaba el río Bronx y Crotona Park, con sus casas de piedra y ladrillo. Aunque tuviera aspecto de pobre, con los bombachos y zapatos hechos en el orfanato, Eddie se dio cuenta de que cuando se alejaba de sus compañeros podía alzar la frente y mirar a los ojos a la persona con quien hablaba, fuera quien fuese.

Una tarde de principios de otoño, a los once años, Eddie cruzaba Clermont Park hacia la pastelería de la avenida Morris para la que hacía de repartidor cuando un anciano en silla de ruedas lo llamó y le pidió que lo ayudara a poner su silla bajo el sol. Llevaba un traje cruzado y una elegante pluma naranja en la cinta del sombrero. Eddie empujó la silla tal como el hombre le había indicado y luego fue a comprarle un puro y un ejemplar del *Mirror* en un quiosco de Belmont. Después de entregárselos, se quedó junto a la silla esperando a que aquel anciano, que estaba leyendo y fumando, le dijera que podía marcharse. Finalmente, sintiendo que se habían olvidado de él, decidió hablar, y lo hizo imitando el tono rimbombante de aquella mujer que les leía historias:

—Lamentablemente, señor, el sol ha vuelto a abandonarlo. ¿Desea que lo mueva otra vez?

El anciano lo miró a los ojos, perplejo.

—¿Sabes jugar a las cartas? —le preguntó.

—No tengo baraja.

—¿Qué juegos conoces?

—El casino, el bridge, el boston, el póker...

Eddie fue lanzando nombres como quien lanza peniques, pero se dio cuenta de que con el póker había dado en el clavo. El viejo rebuscó bajo la manta de cuadros que le cubría las rodillas y le tendió a Eddie una baraja nueva.

—Siete cartas —dijo—. Repartes tú. Sin trampas.

Se presentaron y enseguida se acercaron a un banco soleado para que Eddie pudiera sentarse. Apostaron con unas ramitas que Eddie recogió y partió en fragmentos iguales y usaron la manta extendida sobre los muslos marchitos del señor De Veer como mesa. Las cartas parecían de cristal. Eddie se empapó de su olor a nuevo y le entraron ganas de lamerlas o de frotárselas en las mejillas. Perdió todas las manos, pero apenas le importó: la simple sensación de sujetar aquellas cartas y de estar sentado bajo el sol lo tenía embelesado. Pasado un buen rato, el hombre se sacó del bolsillo un pesado reloj de plata y anunció que su hermana pasaría pronto a buscarlo. Le dio una moneda de cinco centavos a Eddie.

—Pero si he perdido —dijo él. El señor De Veer repuso que le pagaba por su tiempo y su compañía y le pidió que regresara al día siguiente por la tarde.

Aquella noche a Eddie le costó dormirse: sentía palpar por todo su cuerpo la certeza de que algo nuevo, fantástico, acababa de empezar. Y en cierto modo tenía razón, puesto que muchas de las cosas que le sucedieron durante los años siguientes no habrían ocurrido de no haber conocido a aquel hombre.

—Una partida de póker entre dos apenas puede considerarse una partida —le dijo el señor De Veer en su segundo encuentro, y le propuso darle dinero para que jugara en su nombre en una partida donde lo conocían. Pero por lo visto no tenía tanto ojo como parecía y a Eddie lo echaron de mala manera de las primeras partidas a las que acudió (de alguna de ellas, incluso, lo expulsó una mujer con rulos blandiendo una escoba), hasta que, finalmente, en una tienda de puros que había frente al patio de carga de la estación, un tipo llamado Sid, fumador compulsivo de Old Golds que miraba a Eddie a través

de la nube de humo que se acumulaba bajo su visera verde, lo dejó a regañadientes que se sentara a la mesa.

Las semanas siguientes, cuando el tiempo se lo permitía, Eddie participaba en la partida de Sid durante una hora y cuarto a menos que perdiera todo su dinero antes de transcurrido ese lapso. A continuación, regresaba junto al señor De Veer y le narraba la acción carta a carta en un alarde de memoria que fue perfeccionando con el tiempo. El anciano seguía con atención sus descripciones y comentaba cada error («No, una carta alta no te sirve contra Polsky: no sabe ir de farol, la perderás»), hasta que Eddie adquirió el hábito de no revelar el resultado hasta el final para añadir suspense y acrecentar el deleite de su patrono. En las contadas ocasiones en que Eddie abandonaba la partida con más dinero del que tenía al empezar, el señor De Veer le entregaba la mitad de los beneficios. Cuando perdía, se limitaba a devolver lo que le había quedado. Eddie podría haber mentido, naturalmente: decir que había perdido cuando en realidad había ganado y quedarse con todo el beneficio, pero aquella idea sólo se le ocurrió en su versión negativa: como algo que habrían hecho los demás chicos.

El señor De Veer había sido «aficionado a los deportes», lo que al parecer significaba que le gustaban las apuestas y los caballos. Había apostado en Canfield's y en el hotel Metropole contra Goulds, Fisks y Vanderbilts antes de que «fariseos» como el reverendo Parkhurst obligaran a cerrar los mejores locales y clausuraran el hipódromo de Brighton Beach. Los caballeros a quienes les gustaba apostar eran una figura del pasado, le dijo amargamente a Eddie: habían sido expulsados por gánsteres y estafadores como Arnold Rothstein, el joven judío que ganaba a base de trampas.

—Nunca hagas trampas, ni una sola vez —advirtió a Eddie, observándolo con sus desvaídos ojos de pestañas plateadas—. Con las trampas sucede lo mismo que con la virginidad de una chica: la primera vez es la única que cuenta.

Aquellas palabras se instalaron en los oídos de Eddie con el peso insólito de una verdad que él conocía bien. Hacer trampas era una auténtica forma de vida en el internado, pero Eddie era diferente, siempre lo había sido, y el señor De Veer lo había percibido enseguida. Enseñó a Eddie a detectar dados trucados, barajas marcadas, signos de conspiración entre supuestos desconocidos, cualquier cosa que pretendiera socavar la mística actividad de la Dama Fortuna.

El señor De Veer había recibido una herida durante la Guerra de Secesión, pero había sido su «corazón derrengado» lo que dos años atrás lo había

condenado a la silla de ruedas y a los cuidados de su hermana soltera, que de inmediato le había prohibido las apuestas. La mujer aseguraba que aquella afición le había arrebatado la salud, pero él sospechaba que había echado el ojo a su pensión de militar para incrementar su colección de muñecas de porcelana, que ya contaba con cientos de ejemplares. Una tarde, justo después de una pausa invernal, Eddie regresó tarde de la partida. El señor De Veer le ordenó que se marchara en tono severo. Sin salir del parque, Eddie, herido, vio cómo una mujer corpulenta con pámela negra se acercaba con determinación firme al señor De Veer. El anciano adoptó un aspecto encorvado y frágil en su presencia y Eddie se dio cuenta de que tenía miedo a su hermana.

—¿No tienes reloj? —le preguntó a Eddie la tarde siguiente. Cuando Eddie confesó que no tenía, el anciano desabrochó la cadena del suyo—. Utiliza éste —le dijo, y depositó su reloj de plata de bolsillo en la palma de la mano de Eddie. Pesaba, y estaba grabado.

—No puedo aceptarlo, señor —balbució Eddie—. Van a pensar que...

—Es un préstamo, no un regalo —lo cortó el señor De Veer.

A finales de mayo, el señor De Veer no acudió a la cita durante cuatro días seguidos. El cuarto, un viernes, Eddie esperó toda la tarde mirando el reloj de plata a cada minuto. Finalmente se adentró en la avenida Topping, de donde había salido la señorita De Veer, y se acercó a un grupo de niñas que estaban trazando una rayuela en la arena.

—¿Habéis visto al viejo de la silla de ruedas? —preguntó.

Le respondió una niña pequeña con trenzas de un rubio ceniza y voz estridente.

—Se lo han llevado al cielo en su ataúd.

—O al infierno, ¡no sabemos qué había dentro de su corazón! —añadió una chica mayor de aspecto taimado, y todas se rieron de Eddie sin compasión, exactamente como hacían los del internado con cualquier niño desconocido que se topara con ellos.

Al notar el reloj de bolsillo encima del muslo, Eddie supo que debía encontrar a la señorita De Veer para devolvérselo, pero se acordó de las muñecas de porcelana y aquel pensamiento levantó un reproche en su interior: «¡No! ¡A ella no!» Echó a andar de vuelta a Clermont Park, obligándose a mantener un paso tranquilo, pero en cuanto dejó atrás la carreta de los helados no pudo más y arrancó a correr. Acababa de cumplir doce años y era un chico alto y escuálido; sus músculos parecían correas de piel dispuestas para ensamblar las distintas partes de su cuerpo. Pasó como una exhalación junto

al viejo casino de Clermont y las vías elevadas, consciente de que si seguía corriendo no tendría que enfrentarse al hecho de que nunca más volvería a ver al señor De Veer. Cruzó Crotona Park y el río Bronx ante el sobresalto de un grupo de niños que pescaban en el puente; atravesó granjas vacías surcadas por fantasmagóricas calles futuras; cruzó las vías del tren y llegó a lo que en su día había sido la ciudad de Van Nest. A punto de desfallecer, enfiló hacia el cine de Unionport, donde los chicos del internado hacían cola para ver una de vaqueros. Era un día como cualquier otro: sus amigos ignoraban la existencia del señor De Veer. Eddie se escondió entre ellos, y mientras los otros chicos silbaban y gritaban a los mostachudos ladrones del tren, él, por fin, se permitió echarse a llorar. La indiferencia bulliciosa de los chicos absorbió su estallido de pena y finalmente mitigó la propia pena: nada había cambiado ni desaparecido.

Después de eso, Eddie se sentía cerca de sus hermanos del internado incluso cuando se alejaba de ellos. Él era el que siempre iba y venía, siempre fue un misterio para los demás, pero la disposición de todos ellos a aceptar aquella versión parcial que tenían de él no hizo más que acrecentar su ternura hacia ellos. Todos crecieron e hicieron su camino. Algunos de los mayores se marcharon a la Gran Guerra: Paddy Cassidy murió en Rheims, muchos otros terminaron en los muelles del West Side, donde se hicieron estibadores u operarios (en función de si bebían más o menos), policías, taberneros, consejeros del ayuntamiento, líderes sindicales o directamente maleantes. Los muelles permitían interpretar más de uno de esos papeles y muchos lo hicieron. Bart Sheehan, el chico al que Eddie había salvado la vida junto a Dunellen, logró terminar el instituto, la escuela profesional ¡y finalmente licenciarse en Derecho! Esa carrera meteórica hacía que la gente lo nombrara entre susurros y con el mismo tono reverencial que empleaba para recordar a Kevin Macklemore, un chico al que un tranvía fuera de control había partido en dos en la Undécima Avenida. Sheehan trabajaba en la oficina del fiscal del Estado, aunque Eddie hacía muchos años que no lo veía. Según Dunellen (que sabía más cosas que un adivino celta), un pajarito le había contado que Bart estaba investigando al sindicato espagueti, pero Eddie sospechaba que no era sino otra de las fantasías de su amigo.

Ante la estupefacción de sus compañeros del orfanato, Eddie se sintió atraído por el vodevil, donde bailaba, cantaba mal a propósito para lograr un efecto cómico, se colgaba de las vigas del teatro como un murciélago y entrenaba su cuerpo para ejecutar fugas a lo Houdini. Trabajó una temporada entera con las Follies, donde se enamoró de Agnes, una corista recién fugada

(en sus propias palabras) de una granja de cebada de Minnesota. Después de casarse, trabajó como gerente de un teatro y empezó a estudiar para corredor de bolsa. Planeaba comprar una plaza en la bolsa al aire libre conocida como Curb Exchange, que era más asequible que la Bolsa de Nueva York, aunque a esas alturas el dinero ya no era un problema: Eddie había dado con el juego de azar perfecto para él y utilizaba sus beneficios para comprar acciones que sólo vendía para comprar más y, por supuesto, para adquirir todo lo que correspondía a su nueva riqueza. Le compró a Agnes un abrigo de marta cibelina y un collar de perlas de Black, Starr & Frost. Como el fregadero de la cocina de su piso de alquiler en la Quinta Avenida estaba hasta los topes de los cigarrillos Prince de Monaco que ambos apagaban precipitadamente sobre los restos de comida de sus platos sin terminar antes de salir disparados al dormitorio, Eddie contrató a una muchacha que iba por las tardes a limpiar. También contrató a un sastre, empezó a hacerse mandar trajes desde Inglaterra y se acostumbró a invitar a Agnes y a decenas de personas más a champán en el Heigh-Ho y el Moritz cuando ella terminaba sus espectáculos. No tenía ni idea de cómo ser rico; tanto era así que, de hecho, creía que era rico. Se llevaban a Anna a todas las fiestas y la ponían a dormir encima de una montaña de abrigos de visón. Con Lydia la cosa cambió, claro, y contrataron a una lavandera irlandesa que se encargaba de ella por las noches mientras hacía la colada.

Pero ni siquiera en su momento más dulce, cuando apenas se fijaba en los barcos que asomaban al final de las calles transversales de Broadway, Eddie dejó de hacer lo necesario para mantener su posición entre los demás irlandeses: asistía a los desayunos de comunión con los mandamases del sindicato en la iglesia del Ángel Guardián y a las reuniones de los Caballeros de Colón; compraba tickets carísimos para las cenas anuales en que se rendía homenaje a quienes más habían ascendido. En parte quería presumir de Agnes, de sus ricitos de *starlette* y de su cuerpo de bailarina. «Las chicas irlandesas se engordan con el himno nupcial», decía el chiste, y a Eddie le gustaba ver las caras de envidia y timidez de sus hermanos.

Y gracias a Dios que había mantenido esos lazos, ¡gracias a Dios! Después del crac, cuando todos los oropeles de una riqueza que Eddie descubrió de pronto que nunca había sido suya empezaron a evaporarse uno a uno (las pieles, las perlas, el piso, las pitilleras Cartier a juego) y perdió su trabajo (el teatro cerró), Dunellen le había abierto otra vez la puerta, comprado el Duesenberg y entregado una credencial del sindicato. Cuando Eddie acudía a uno de los dos pases de revista diarios (el procedimiento por el

cual quienes buscaban trabajo formaban delante del responsable de contrataciones), se colocaba un palillo encima de la oreja, lo que garantizaba que por lo menos tendría un puesto en la bodega del barco, o con suerte uno de los trabajos de carga, mejor remunerados. De otro modo, su familia habría pasado hambre. Y cuando los barcos dejaron de llegar, en 1932, Dunellen lo contrató como lacayo del sindicato: le hacía ponerse un traje de raya diplomática y le prestaba el Duesenberg para salir a hacer los recados. Una tarde, conduciendo por Wall Street, Eddie vio a un tipo que le sonaba vendiendo manzanas en una esquina. No cayó en la cuenta de quién era hasta que ya había pasado de largo: era su corredor de bolsa.

Anna oyó la llave de su padre en la cerradura y abrió los ojos. A juzgar por la densidad del silencio que había al otro lado de la ventana debía de ser muy tarde: ni un solo tranvía hacía sonar su campanilla. Caminando de puntillas, rodeó el biombo que habían instalado para la tía Brianne en la oscura sala de estar. Una vez allí se detuvo. Su padre, sin camiseta, estaba enjabonándose el torso delante del fregadero. Lo contempló fascinada. Él no podía verla desde la cocina iluminada y, durante un momento inquietante, Anna tuvo la sensación de que era alguien a quien no conocía, sin relación alguna con ella: un desconocido delgado y apuesto con una preocupación rondándole la cabeza.

Cuando su padre se fue al lavabo del pasillo, Anna aguardó en la cocina. Al regresar, él se llevó un susto al verla, pero enseguida pareció olvidarse de sus quebraderos de cabeza: volvía a ser el de siempre, y ella también.

—Bichito —le dijo en voz baja—, ¿qué haces despierta?

—Esperarte.

La levantó del suelo y estuvo a punto de perder el equilibrio. Por el olor a medicina de su aliento, Anna supo que había bebido.

—Estás cada día más grande —le dijo, apoyándose en el marco de la puerta.

—Y tú más pequeño —repuso ella.

La llevó en brazos, con paso inseguro, a través de la sala hasta la puerta de su dormitorio. La persiana de la ventana de la calle estaba abierta y, sin soltarla, su padre se apoyó en el marco. Contemplaron juntos la oscuridad. Anna sintió cómo la ciudad se expandía a su alrededor, estirando sus calles y avenidas hacia los ríos y el puerto.

—¿Oyes ese silencio? —preguntó Eddie en voz baja, como si hablara de puntillas—: es el sonido de un puerto en plena Depresión.

—No hay barcos —dijo ella.

—No hay barcos.

—Oigo un pájaro.

—Pájaros no, por favor. Todavía no.

Pero un pájaro solitario había empezado a cantar: un último vestigio de resistencia contra el invierno. Como si obedeciera a esa señal, un rastro de luz apareció en el cielo de levante.

—Has pasado toda la noche fuera de casa —dijo ella sorprendida.

—Podemos dormir hasta la hora de ir a misa —respondió él, pero esperó un momento más, apoyado en el marco de la ventana con Anna en brazos. ¿Cuántas veces más iba a levantarla así? Ya casi era demasiado alta.

—Yo duermo aquí —dijo ella rodeándole el cuello con los brazos. La piel de su padre olía a Ivory Flakes, el jabón con el que acababa de lavarse. Anna apoyó la barbilla en el hombro desnudo de su padre y cerró los ojos.

SEGUNDA PARTE

EL MUNDO DE LAS SOMBRAS

5

Todo empezó el día en que vio a aquella chica. Anna había salido a comer a pesar de la mirada de desaprobación de su supervisor, el señor Voss, que prefería que se llevaran la comida de casa y comieran sentadas en los mismos taburetes donde se pasaban todo el día tomando medidas. Anna percibía la ansiedad que se ocultaba tras aquel deseo de no perderlas de vista: era como si las chicas fueran a desperdigarse por el arsenal naval como gallinas sueltas. Aunque lo cierto era que resultaba agradable comer en el taller, un lugar limpio y bien iluminado gracias a la hilera de ventanas situadas a la altura de una segunda planta. Tenía aire acondicionado: un frío zumbido que había llenado cada rincón durante los cálidos días de septiembre, cuando Anna había empezado a trabajar allí. Ahora le habría gustado abrir una ventana y dejar que entrara el aire fresco de octubre, pero las ventanas estaban siempre cerradas para impedir la entrada de polvo y suciedad que pudiera afectar las mediciones que ella y el resto de las chicas se dedicaban a efectuar. ¿O acaso era que las piezas diminutas que medían tenían que estar prístinas para funcionar? Ninguna de ellas lo sabía, y el señor Voss no era demasiado amigo de las preguntas. Al principio, Anna había querido saber más cosas de las piececitas irreconocibles que tenía en su bandeja.

—¿Qué estamos midiendo exactamente y para qué barco es esto?

El señor Voss levantó sus cejas pálidas.

—Esa información no es necesaria para realizar su trabajo, señorita Kerrigan.

—Pero me ayudaría a hacerlo mejor.

—Me temo que no sigo su razonamiento.

—Sabría qué estoy haciendo.

Sus compañeras casadas sonrieron con discreción: a Anna le había correspondido el papel de la hermana pequeña rebelde (o tal vez lo había elegido ella misma) y disfrutaba enormemente de él. Una y otra vez se descubría buscando el modo, por pequeño que fuera, de desafiar al señor Voss sin que éste pudiera acusarla de insubordinación.

—Su trabajo consiste en medir e inspeccionar estas piezas para asegurarse de que son uniformes —dijo Voss con tono paciente, como si hablara con una disminuida— y descartar las que no lo son.

Pronto se supo que las piezas que estaban inspeccionando iban a usarse en el acorazado *Missouri*, al que se había colocado la quilla casi un año antes de Pearl Harbor en el dique seco número 4. Más tarde, la quilla se había trasladado a través de la bahía de Wallabout hasta las naves de construcción, unos inmensos recintos de metal cuyas pasarelas zigzagueantes recordaban la montaña rusa de Coney Island. Saber que las piezas que inspeccionaban iban a formar parte del acorazado más moderno jamás construido ciertamente hacía que Anna abordara su trabajo con más entusiasmo, pero no era suficiente.

Cuando sonaba el silbato de la hora de la comida, a las once y media, se moría de ganas de salir. Para poder ausentarse del edificio de forma justificada, no llevaba comida. Era consciente de que aquella estratagema no engañaba al señor Voss, pero éste tampoco podía dejar a una chica sin comer, de modo que observaba con mirada sombría cómo se dirigía hacia la puerta mientras las chicas casadas abrían sus bocadillos envueltos con papel encerado y hablaban sobre sus maridos, que se encontraban en campos de entrenamiento o incluso en el extranjero: quién había recibido una carta; pistas, corazonadas o sueños sobre dónde debían de estar en aquel momento; el miedo atroz que las embargaba... Más de una chica se había echado a llorar cuando hablaban del terror que sentían al pensar que su marido o novio pudiera no regresar. Anna no podía oírlos: aquellas conversaciones le inspiraban una gran rabia hacia aquellas chicas, que le parecían débiles. Por suerte, el señor Voss había prohibido el tema durante las horas de trabajo, a lo que Anna había respondido con un inesperado gorjeo de gratitud. Ahora cantaban los himnos de sus colegios mientras trabajaban: Hunter, St. Joseph's y Brooklyn College, cuyo himno Anna se había aprendido finalmente, algo que no se había molestado en hacer durante el año que había pasado estudiando allí.

Anna sincronizó su reloj de pulsera con el gran reloj de pared que regía su jornada y salió. Tras el silencio hermético del taller, el rugido de sonidos de la dársena siempre le resultaba chocante: motores de grúa, de camión y de tren; el maullido del acero cuando lo cortaban y partían en el taller de construcción; hombres que gritaban para hacerse oír. El olor a carbón y a aceite se mezclaba con las ráfagas con aroma a chocolate procedentes de la fábrica de la avenida Flushing. Ésta ya no producía chocolate, sino algo que los soldados podían comer cuando estaban a punto de morir de hambre. Anna había oído que aquel primo lejano del chocolate sabía a patata hervida para que los soldados

no tuvieran la tentación de tomarse un tentempié antes de tiempo. Pero el olor era delicioso.

Mientras pasaba apresuradamente junto al edificio 4, el taller de construcción, con sus mil ventanitas sucias, Anna vio a una chica montada sobre una bicicleta. En un primer momento no se dio cuenta de que se trataba de una chica: llevaba el mismo mono azul de trabajo que todos los demás, pero algo en su porte y en el gesto con que pedaleaba llamó la atención de Anna, que observó cómo la chica se alejaba con un escalofrío de envidia.

En una cantina cerca de los embarcaderos, compró un paquetito de comida por cuarenta centavos (aquel día tocaba pollo, puré de patatas, guisantes de lata y salsa de manzana), y se dirigió hacia los embarcaderos C y D, que quedaban lo bastante cerca de su taller como para que pudiera comer (a menudo de pie, aunque nunca caminando) y volver a estar sentada en su taburete a las doce y cuarto. Atracado en el embarcadero C había un barco que no estaba ahí el día anterior, y cuya aparición súbita e imponente resultaba casi sobrenatural. Con cada paso que Anna daba hacia el barco, éste parecía crecer un poco más, hasta que ella tuvo que echar la cabeza completamente hacia atrás para poder seguir la línea curva de la proa hasta la cubierta, a lo lejos. Un montón de marineros de aspecto idéntico, con esos uniformes y gorras que parecían disfraces, estaban inclinados sobre la borda para ver algo que había abajo. En ese preciso instante la alcanzó un coro de piropos. Se quedó helada y agarró con fuerza el paquetito con la comida, pero entonces se dio cuenta, aliviada, de que el objeto de tanto ardor no era ella, sino la chica de la bicicleta que pedaleaba junto al barco desde el extremo del muelle: una mata de rizos oxigenados que el viento había soltado de debajo de la bufanda. Anna la vio acercarse tratando de discernir si estaba disfrutando de ser el centro de atención o no, pero antes de que pudiera esclarecerlo, la bicicleta entró en una zona de gravilla, derrapó e hizo caer a su conductora sobre el muelle de ladrillo para burla y escarnio de los marineros. Si los hombres hubieran tenido a la chica a su alcance, sin duda se habrían dado codazos para ser los primeros en ayudarla, pero desde ahí arriba, en compañía tan sólo de sí mismos, optaron por una orgía de comentarios estúpidos.

—Ay, pobrecita, ha perdido el equilibrio.

—Qué pena que no lleve falda.

—Oye, eres guapa incluso cuando lloras.

Pero la chica no estaba llorando. Se levantó enfadada y humillada pero desafiante, y Anna decidió que le caía bien. Durante un momento fugaz se planteó ayudarla, pero luego se alegró de no haberlo hecho: dos chicas

tratando de enderezar una bicicleta habrían resultado todavía más divertidas que una sola. Además, a aquella chica no le habría gustado que la ayudaran. Con la espalda bien erguida y empujando la bicicleta, se dirigió hacia el final del muelle, donde estaba Anna, sin dar muestras de haber oído nada. Anna vio entonces que era guapísima, con hoyuelos en las mejillas, unos titilantes ojos azules y aquellos rizos a lo Jean Harlow. Además su cara le resultaba familiar, tal vez porque Lydia habría sido muy parecida de no ser por su condición. El mundo estaba lleno de desconocidas (Betty Grable entre ellas) por las que Anna sentía un afecto fraternal justamente por ese motivo, pero cuando ésta pasó a su lado ignorándola, se dio cuenta de que era una de las chicas que los periodistas habían escogido seguir el pasado septiembre, el día en que las mujeres habían empezado a trabajar en el arsenal. Anna había visto su fotografía en el *Brooklyn Eagle*.

Cuando se hubo separado a una distancia prudente del barco, la chica volvió a montar en su bicicleta y se alejó pedaleando. Anna miró su reloj de pulsera y se horrorizó al ver que llegaba ya casi trece minutos tarde. Salió disparada hacia su edificio, consciente del espectáculo que montaba con esa carrera frenética. Pasó volando junto a los inspectores de la primera planta (todos hombres), que empleaban escaleras para medir piezas de gran tamaño, y volvió a sentarse en su taburete a las 12.37 h con las axilas sudorosas bajo el jersey. Mientras trataba de controlar sus jadeos, fijó la vista en la bandeja de piezas que le entregaban cada día para que midiera. Rose, una chica casada de la que se había hecho amiga, le dirigió una mirada de alarma desde la mesa contigua.

El micrómetro era tan fácil de usar que resultaba ridículo: sólo había que sujetar, enroscar y leer. Al principio, Anna estaba encantada con su trabajo: las chicas que se dedicaban a soldar o a poner remaches habían necesitado seis semanas de preparación, pero para medir bastaba con una semana de pruebas de aptitud. Trabajaba rodeada de universitarias y el señor Voss había utilizado la palabra «élite» en su discurso introductorio, algo que la había complacido enormemente. Por encima de todo, estaba cansada de trabajar con las manos. Pero después de pasarse dos días leyendo con el micrómetro y luego poniendo un sello en el papel que le entregaban con la bandeja para certificar que las piezas eran uniformes, Anna descubrió que detestaba aquel trabajo. Era monótono y, al mismo tiempo, exigía concentración; era tedioso hasta lo soporífero y, al mismo tiempo, lo bastante importante como para requerir un ambiente estéril. Lo peor de todo era que tener los ojos clavados en el micrómetro le daba dolor de cabeza y a veces le entraban ganas de

comprobar si las piezas tenían el tamaño correcto usando sólo las manos. En una ocasión, el todopoderoso señor Voss la había pescado trabajando con los ojos cerrados. «¿Puedo preguntar qué hace, señorita Kerrigan?», le había dicho. Y cuando Anna se lo había contado (para regocijo de las casadas), él había respondido: «No es momento para excentricidades: estamos en guerra.»

Al terminar el turno, con todas vestidas de calle otra vez, el señor Voss le pidió a Anna que fuera a verlo. Nunca antes había llamado a nadie a su despacho; aquello era muy mala señal.

—¿Te espero? —le preguntó Rose mientras el resto de las casadas le deseaban suerte y se marchaban precipitadamente. Pero Anna dijo que no hacía falta, consciente de que Rose tenía un hijo pequeño esperándola en casa.

El despacho del supervisor era sencillo y de aspecto provisional, como casi todo en el arsenal naval. Después de levantarse brevemente cuando entró Anna, el señor Voss volvió a sentarse detrás de su escritorio metálico.

—Ha regresado de almorzar con veinte minutos de retraso —dijo—. Veintidós, para ser exactos.

Anna estaba de pie ante él y sentía el corazón a punto de salirse del pecho. El señor Voss era un tipo muy importante en el arsenal naval: el comandante lo había llamado por teléfono en más de una ocasión. Podía despedirla, una posibilidad que Anna nunca había considerado seriamente durante las semanas que había pasado chinchándolo para regocijo de las casadas. Pero de pronto la realidad la golpeó con toda su crudeza: había abandonado el Brooklyn College; de no estar allí, trabajando, estaría de vuelta en casa con su madre, ocupándose de Lydia.

—Lo siento —dijo—, no volverá a pasar.

—Siéntese —ordenó él, y Anna se instaló en una silla—. Entiendo que si no tiene demasiada experiencia en el mundo laboral, todas estas reglas y restricciones deben de parecerle una lata.

—He trabajado toda mi vida —aseguró ella, pero sonó falso. Estaba profundamente avergonzada, como si acabara de atisbar su reflejo en un escaparate y le hubiera parecido ridículo. Una universitaria con ganas de probar un trabajo de guerra, de formar parte de la «élite», así era como debía de verla él. Le pasaron varios eslóganes del *Shipworker* por la cabeza: LOS MINUTOS AHORRADOS AQUÍ SON VIDAS SALVADAS ALLÍ; CUANDO NO ESTÁS TRABAJANDO, TRABAJAS PARA EL ENEMIGO.

—Imagino que es consciente de que tan pronto podríamos ganar la guerra como perderla —dijo él.

Ella parpadeó.

—Sí, naturalmente.

No se podía llevar periódicos al arsenal naval por temor a que pudieran afectar a la moral, pero Anna compraba el *New York Times* cada noche enfrente de la puerta de la calle Sands.

—Es consciente de que los nazis tienen Stalingrado rodeado. —Ella asintió avergonzada y con la cabeza gacha—. Y de que los japoneses controlan el Pacífico desde las Filipinas hasta Nueva Guinea.

—Sí.

—¿Y es consciente también de que el trabajo que hacemos aquí, construyendo y reparando embarcaciones aliadas, es lo que permite que soldados, aviones, bombas y escoltas de convoyes lleguen al campo de batalla?

Anna notó un filamento de enojo que se agitaba en su interior: ya le había quedado claro.

—Sí.

—¿Y de que no sólo cientos de buques mercantes aliados han sido torpedeados desde que empezó la guerra, sino que además cada día se hunden más?

—Estamos perdiendo menos barcos que antes y construyendo más —dijo ella en voz baja, citando algo que había leído en el *Times* hacía poco—. El astillero Kaiser construyó un barco Liberty en diez días el mes pasado.

Sus palabras sonaron ofensivas de tan descaradas. Anna se preparó para una respuesta fulminante, pero el señor Voss se limitó a hacer una pausa y entonces dijo:

—Me he dado cuenta de que no trae la comida. Imagino que vivirá en casa de su familia.

—Sí —dijo Anna—, pero mi madre y yo estamos muy ocupadas cuidando de mi hermana, que está gravemente incapacitada.

Era verdad, pero al mismo tiempo no lo era: su madre le preparaba el desayuno y la cena y no le habría costado mucho prepararle también la comida; de hecho, se había ofrecido a hacerlo. Anna había adoptado de pronto la actitud irreflexiva que a menudo se descubría mostrando ante desconocidos o virtuales desconocidos. Su recompensa fue la leve sombra de sorpresa que detectó en el rostro del señor Voss.

—Lo siento —dijo—. ¿Y su padre? ¿No puede echarles una mano?

—Se fue.

Casi nunca revelaba aquel hecho, y no había planeado hacerlo.

—¿A la guerra? —preguntó él dubitativo: un hombre con una hija de diecinueve años debía de ser ya demasiado mayor.

—No, simplemente... se fue.

—¿Abandonó a la familia?

—Hace cinco años.

Si aquella revelación hubiera provocado algún sentimiento en Anna, la habría ocultado, pero no era el caso: su padre se había marchado del piso un día como cualquier otro, ni siquiera recordaba la fecha. La verdad había ido arribando gradualmente, como el anochecer: la constatación, cada vez que se descubría a sí misma aguardando su regreso, de que llevaba días esperando, y luego semanas, y meses... Y su padre no volvía. Anna tenía catorce años, cumplió quince. La esperanza se convirtió en el recuerdo de la esperanza: una zona insensible, muerta. Ya ni siquiera lograba recordarlo con claridad.

El señor Voss respiró hondo.

—Bueno, es una situación difícil —dijo—, muy difícil, para usted y para su madre.

—Y para mi hermana —añadió ella en tono reflexivo.

El silencio que se produjo a continuación fue incómodo pero no desagradable. Se trataba de un cambio. El señor Voss iba remangado, Anna se fijó en el vello rubio de sus manos y en sus muñecas fuertes y rectangulares. Percibió su simpatía, pero la estrecha rendija que suponía aquella conversación no constituía un canal a través del cual ese sentimiento pudiera fluir. Además, ella no buscaba su simpatía, sino seguir saliendo a la hora de comer.

El bullicio del cambio de turno se había aquietado. Las inspectoras nocturnas debían de estar ya trabajando en sus bandejas. Anna se acordó de la chica de la bicicleta y, de pronto, le vino a la cabeza su nombre, que había leído en el pie de foto del periódico: Nell.

—Señorita Kerrigan —dijo finalmente el señor Voss—. Tiene usted permiso para salir a comer siempre y cuando esté atenta a la hora y trabaje a pleno rendimiento.

—Gracias —exclamó Anna y se levantó de un brinco.

El señor Voss le dirigió una mirada de sorpresa, se levantó también y le sonrió, algo que Anna no lo había visto hacer nunca antes. Aquella sonrisa lo transformó, como si toda la severidad que mostraba en la planta de inspección fuera un escondrijo desde el que aquel hombre afable acababa de saludarla. Lo único que no cambió fue su voz.

—Imagino que su madre la necesitará en casa —dijo—. Buenas noches.

A la mañana siguiente, Anna atisbó la espumosa mata de rizos claros de Nell entre la marea de sombreros y gorras que inundaba la puerta de la calle Sands a las ocho menos cuarto, apenas a tiempo para marcar antes de la hora límite. En cuanto el reloj de tu taller señalaba las ocho te descontaban una hora de la paga, tanto si llegabas con un retraso de treinta segundos como de treinta minutos. Había decenas de marineros frente a la entrada, ataviados con aquellos uniformes ajustadísimos que se mandaban hacer a medida para cuando tenían permiso para bajar a tierra. Anna había oído que los pantalones tenían cremalleras a ambos lados para que los chicos pudieran ponérselos y quitárselos. A juzgar por su aspecto pálido y malsano, la mayoría de aquellos marineros debían de haber pasado la noche entera de borrachera. Dos se habían apartado del grupo y estaban apoyados en el muro con el rostro amarillento.

Nell estaba en la cola de Hardy, el marine de en medio. Su cola siempre era más corta porque de vez en cuando se lo veía meter la nariz en los termos para comprobar que no llevaran alcohol. Los guardias de la Marina abrían también paquetes, apartando cintas y mirando debajo de las capas de papel, para verificar que no contenían bombas. A los espías y saboteadores alemanes les habría encantado introducirse en el arsenal naval, y aunque la idea parecía inverosímil (Anna conocía de vista a la mayoría de los compañeros que la rodeaban), era un hecho que había espías alemanes que campaban a sus anchas por Estados Unidos. Treinta y tres habían entrado en la cárcel el enero anterior por comunicar al Reich la fecha en que zarpaba un buque mercante americano, el *ss Robin Moor*, que se había hundido tras recibir un impacto de torpedo frente a las costas de África.

Tres hombres pasaron por el torniquete entre Nell y Anna, pero el perfume de Nell seguía flotando en el ambiente cuando Anna mostró su identificación y abrió el bolso para que Hardy echara un vistazo dentro. Nell no estaba casada; Anna se dio cuenta por cómo se detenía tímidamente pasada la entrada para echar un vistazo al reloj y por sus uñas pulcramente limadas. Además, llevaba el pelo bien arreglado: estaba ante una chica que había dormido con pasadores, y eso significaba que debía de tener una cita después del trabajo, ya que aquellos rizos (que debía cubrir mientras estuviera en el taller) no podían tener otra función. Anna no era coqueta, pero a diferencia de otras chicas las coquetas no le molestaban. Al contrario, le gustaba ver cómo dominaban a los hombres por mucho que éstos pensaran que quienes

mandaban eran ellos. A Anna le habría gustado coquetear, pero no servía para eso: su franqueza era un estorbo.

—Te llamas Nell, ¿verdad? —le dijo acercándose a ella. La chica asintió, como si estuviera acostumbrada a que la reconocieran—. Yo soy Anna.

Le ofreció la mano y se dieron un apretón rápido, sin dejar de andar. Anna percibió un atisbo de irritación y desconcierto en la expresión de Nell. Como la mayoría de las chicas coquetas, no veía razón para conocer a otras chicas: las chicas eran o competidoras o parásitos, y Anna imaginó que Nell estaría preguntándose a qué grupo debía de pertenecer ella.

—Te vi caerte de la bicicleta ayer.

—Ah, es por eso... —dijo, poniendo los ojos en blanco, pero Anna ya había captado su atención.

—¿La bicicleta es tuya?

—No, de Roger. Trabaja en mi taller.

—¿Crees que me la prestaría? —preguntó Anna.

Nell se la quedó mirando.

—Él me la presta a mí y yo te la presto a ti.

Ahora que su conversación había quedado definida como que Anna quería algo y ella iba a ayudarla a conseguirlo, Nell pareció relajarse. Mientras caminaban apresuradamente por la calle Dos, Anna preguntó:

—¿Hay muchas chicas en tu taller?

—Hay algunas en el departamento de molduras, pero son unas pelmas.

—¿Casadas?

—Exacto. La mayoría de las chicas solteras son soldadoras, pero es un trabajo sucio, no lo haría nunca.

—¿Y qué pasa en el departamento de molduras?

—Pues... que hacemos moldes —dijo Nell; al parecer, la complejidad del tema superaba su interés por explicarlo.

—De barcos.

—No, de camiones de helado... No seas boba.

Anna se alegró de que hubieran llegado al taller de Nell. Cuanto más hablaban, menos bien le caía.

—¿Cómo lo hacemos para que me des la bici?

—Nos vemos en la entrada del edificio cuatro después del silbato —dijo Nell—: yo te la traeré.

—¿A tu supervisor no le importa que salgas?

—Le gusto —dijo Nell, un argumento que Anna supuso que debía de emplear (tal vez con razón) para explicar muchas de las cosas que le pasaban.

—El nuestro prefiere que no salgamos —dijo Anna, consciente de que estaba haciendo un poco de teatro al apelar a una versión del señor Voss que estaba fuera de lugar después de su reciente conversación. Daba la impresión de que se estaba presentando al casting para el papel de babosa, tal vez el único disponible.

—Prueba el lápiz de labios —le recomendó Nell—, funciona de maravilla.

—No es de éstos.

La cara de Nell era todo curvas alegres: parecía estar siempre al borde de la carcajada. Sus ojos azules, en cambio, parecían de lo más calculadores.

—No los hay de otro tipo —aseguró.

Al mediodía, cuando volvieron a encontrarse, ambas llevaban mono azul. Nell había remetido sus rizos bajo su bufanda abultada y llevaba las botas con punta de acero que les recomendaban comprarse. Aunque el *Shipworker* solía incluir historias acerca de desastres que se habían evitado gracias a esas botas, Anna no las llevaba: no le parecía necesario básicamente porque las piezas con las que trabajaba eran más pequeñas que una moneda de un cuarto de dólar.

—Déjala aquí mismo cuando termines —dijo Nell, pasándole una bicicleta Snell negra de aspecto desvencijado—, la recogeré a la vuelta. Hay una mujer delante de la puerta de Cumberland que vende unos bocadillos de ensalada de huevo de primera. Los vende en la misma puerta de su apartamento, vas a ver la cola desde Flushing.

—Gracias.

—Ten en cuenta que la ensalada de huevo no se puede poner para llevar: se echa a perder enseguida.

—Ojalá tuviéramos dos bicis —dijo Anna, que experimentó una oleada de afecto hacia aquella chica tan vanidosa como amable.

—Ni en broma, ya tuve suficiente —dijo Nell—. Además, menuda organizaríamos —añadió.

Anna montaba bastante bien en bicicleta. Pasear en bicicleta los fines de semana por Prospect Park, donde las bicis podían alquilarse por quince centavos, había sido una actividad muy popular entre la gente del Brooklyn College. Pero aquello era diferente. Para empezar, se trataba de una Schwinn de hombre con una barra de lo más inconveniente que obligaba a Anna a pedalear de pie para no correr el riesgo de darse un buen golpe en la entrepierna. Y a lo mejor ir de pie era lo que marcaba la diferencia. Fuera lo que fuese, desde el momento en que se levantó sobre los pedales y la bici

empezó a botar sobre los adoquines, Anna se sintió como si la hubiera alcanzado un rayo. El movimiento tuvo un efecto alquímico en el entorno, que dejó de estar formado por un puñado de escenas inconexas para convertirse en una máquina sinfónica por la que ella podía pasar volando, invisible como una gaviota. Pedaleó con todas sus fuerzas, casi riéndose, mientras el aire negro de hollín le llenaba la boca. Aquel primer día estaba demasiado excitada como para comer, demasiado preocupada por si llegaba tarde para arriesgarse con la ensalada de huevo. Regresó a su taburete a las doce y diez y pasó el resto del día muerta de hambre y con las manos temblorosas, sujetando a duras penas el micrómetro mientras un extraño júbilo le electrizaba todo el cuerpo.

A la mañana siguiente trabajó frenéticamente para que el tiempo pasara más rápido, y cuando sonó el silbato había completado ya tres cuartas partes de su bandeja. Nell la estaba esperando con la bicicleta. Aquel día, Anna pedaleó en dirección a las naves de construcción y pasó varias veces junto a su porosa celosía de acero atisbando, entre la geometría de las sombras, un casco tan inmenso que parecía obra de la naturaleza. Era el *uss Missouri*. A Anna, que había oído su nombre entre susurros desde que había llegado al arsenal, le pareció inquietante, casi aterrador, verlo en persona: ver el objeto.

Ahora que era capaz de medir más rápido, empezó a ayudar con sus bandejas a algunas de las chicas más lentas cuando terminaba la suya. Una tarde, el señor Voss le llevó varios planos enroscados y le pidió que los entregara en la oficina del capitán del arsenal, en el edificio 77. Alentada por la estupefacción fingida de las casadas, Anna se dirigió rápidamente hacia el sur por la avenida Morris y luego tomó la calle Seis hasta llegar a aquel edificio nuevo y anónimo que sólo tenía ventanas en la parte superior. Cogió un ascensor hasta la planta quince y de pronto se encontró rodeada de paredes cubiertas de mapas. Las ventanas sólo mostraban el cielo, pero bastó una mirada glacial por parte de una secretaria vestida con ropa de calle para sofocar el impulso de Anna de acercarse a echar un vistazo. A la tarde siguiente, el señor Voss la mandó a la misma oficina a recoger un paquete. Aunque no habría podido explicar por qué, todo ese ir y venir imbuido de secretismo le daba escalofríos: se sentía como una espía.

Pese a apenas intercambiar un saludo al entregar y devolver la bicicleta, Anna y Nell de algún modo se hicieron amigas. Aquella amistad no se parecía en nada a la que Anna había tenido con Stella Iovino o Lillian Feeney, chicas de su edificio y de su bloque con quienes solía jugar a muñecas de papel y saltar a la comba, y que se ayudaban mutuamente para cuidar de sus

respectivos hermanos menores. Tampoco era como las amistades de la universidad, chicas estudiosas de Crown Heights y de Bay Ridge. Nell no era una buena chica. Anna no sabía nada de sus secretos y eso la hacía sentirse cómoda en su presencia, libre de la máscara que hasta ahora no había sido consciente de que debía llevar con otras chicas.

Si Nell llegaba tarde, Anna la esperaba junto al edificio 4, esquivando las grúas que entraban y salían de sus puertas de establo llevando gigantescas planchas metálicas suspendidas con cuerdas. Le gustaba espiar a los soldados, con sus gruesos guantes y sus cautines. A veces, alguien se levantaba la máscara y Anna se llevaba una sorpresa al ver que era una chica. Los soldados comían sentados en el suelo con la espalda apoyada en la pared y las botas de punta de acero apuntando al centro del taller. Observándolos, Anna sentía la distancia creciente, insidiosa, que la separaba de algo urgente, elemental. Aquella sensación la había incomodado incluso antes de Pearl Harbor; de hecho, eso era lo que la había arrastrado hasta el arsenal naval el verano anterior, cuando había empezado a correr el rumor de que iban a contratar a chicas. Pero incluso allí la guerra parecía algo exasperantemente abstracto, demasiado distante como para percibirlo. De un modo u otro, Anna deseaba tocarla, y tenía la sensación de que no era la única que pensaba así. En una ocasión había visto cómo Rose frotaba furtivamente una lima de uñas contra un tubo de cobre de su bandeja. Mientras volvían a ponerse la ropa de calle en el vestuario, Anna le había preguntado qué estaba haciendo con la lima y Rose se había puesto colorada.

—Ya hablas como el señor Voss —le había dicho.

—No te lo tomes a mal —había contestado Anna—, sólo preguntaba por curiosidad.

Entonces Rose le había confesado que había grabado las iniciales de su hijo pequeño en el tubo, conmovida ante la idea de que su nombre se hiciera a la mar como parte diminuta de un barco aliado.

Al margen de la dirección que tomara (y contando que sólo iba a lugares a los que pudiera ir y volver en cuarenta y cinco minutos, con una pausa breve para devorar la comida), Anna se sentía inevitablemente atraída hacia los embarcaderos: el A al oeste y el G, el J y el K al otro lado de la bahía de Wallabout, al este, lejos de su taller. Al principio pedaleaba con actitud dubitativa, el pelo oculto bajo la gorra, decidida a no llamar la atención para que no se burlaran de ella como le había sucedido a Nell. Pero resultó que el pelo castaño de Anna era de lo más discreto si se lo soltaba. Tenía complexión «italiana», y tantos años de cargar a Lydia habían dado a sus

hombros tensos y sólidos un aire masculino. Con los ojos ocultos bajo la visera de la gorra, podía pedalear por los muelles de incógnito.

Lo hacía envuelta en un olor familiar, a pescado, sal y petróleo, una versión salobre e industrial del mar, tan compleja, tan específica que era como el olor de un ser humano en particular. La hacía evocar un pasado que Anna ya casi no recordaba. Los trajes de su padre seguían colgados en su armario con las solapas planchadas y las hombreras cepilladas; al igual que las corbatas pintadas y reforzadas con varillas flexibles hechas de barba de ballena. Parecían los trajes de un hombre que iba a volver en cualquier momento para ponérselos. Había dejado un sobre lleno de dinero en efectivo y una libreta de una cuenta bancaria de la que su madre no sabía nada. Al principio no habían visto en aquellos preparativos más que su voluntad de velar por ellas si se producía una ausencia más prolongada de lo habitual: había empezado a viajar por trabajo. Durante meses, su ausencia había sido algo volátil, con vida propia, como si su padre se encontrara en la habitación contigua o a una manzana de casa. Anna lo esperaba apasionadamente: se sentaba en la escalera de incendios con la mirada fija en la calle, pensando que lo había visto, convenciéndose de que por el hecho de pensar así iba a obligarlo a aparecer. ¿Cómo no iba a volver cuando ella lo estaba esperando tan intensamente?

Anna no había llorado. Cuando creía que regresaría en cualquier momento no tenía motivos para hacerlo, y cuando por fin dejó de creerlo ya era demasiado tarde: su ausencia se había calcificado. Cada vez que se descubriría preguntándose dónde estaría y qué estaría haciendo, se obligaba a dejar de hacerlo. Él no se lo merecía y, además, ¿de qué otro modo habría podido desquitarse?

Imaginaba que su madre debía de haber recorrido un camino similar, pero no estaba segura. Su padre se había esfumado de sus conversaciones de un modo casi imperceptible, tal como se había esfumado de sus vidas. Y a esas alturas mencionarlo les habría resultado muy extraño, y ni siquiera había por qué hacerlo.

Un día, mientras Nell le entregaba la bicicleta, Anna le dijo:

—¿No quieres quedártela algún día y salir a pasear tú?

—Ni por todo el té de China.

—¿Porque te caíste aquella vez?

—¿Sabes lo que se siente?

—No pareció que te importara lo más mínimo.

—Era la idea.

Anna caminó empujando la bici junto a Nell hacia el embarcadero C, aunque no estaba segura de si era ella quien seguía a Nell o al revés.

—Bueno —dijo Nell con una mirada traviesa—, veo que el supervisor te deja salir incluso sin pintalabios.

—Siempre y cuando no llegue tarde.

—Imagina lo que podrías conseguir si te pusieras un poco.

Los hombres dejaban de hablar cuando se cruzaban con ellas. Caminando junto a Nell todo era distinto; ¿cómo sería *ser* Nell? Aquel día no había ningún barco atracado en el embarcadero C y, cuando llegaron al final, Nell sacó una pitillera plateada del interior de su mono. El sol le arrancó un destello. Regalo de algún novio, imaginó Anna.

—¿Está permitido fumar aquí? —preguntó.

—Los hombres fuman en los muelles —respondió Nell—, y no veo ningún cartel de PELIGRO. Quiero decir... mmm, fantástico: me tapas el viento... ¡Estamos rodeadas de agua, por Dios!

Con una pericia grosera, que contrastaba con su habitual aire de refinamiento y elegancia, Nell rascó una cerilla en la suela de la bota y se encendió un cigarrillo blanco y fino que sostenía entre los labios. El humo que exhaló tenía un aspecto cremoso, exquisito, como si Nell hubiera encontrado la forma de comerse aquel viento con aroma a chocolate.

—Si van a obligarnos a llevar estos uniformes horribles, lo menos que pueden hacer es dejarnos fumar —señaló—. ¿Quieres uno?

Sólo los chicos fumaban en el barrio de Anna: las chicas lo consideraban sucio.

—Sí, gracias —dijo—, lo probaré.

Nell se puso un nuevo cigarrillo entre los labios, acercó la punta encendida del otro y dio caladas hasta que ambas puntas crepitaron con un fulgor anaranjado. A Anna, la imagen de su rostro sudoroso a la luz del cigarrillo encendido le resultó sobrecogedora, excitante. Cuando se lo puso en la boca, el filtro del cigarrillo nuevo estaba húmedo y rojo por el lápiz de labios.

—No te tragues el humo del principio —dijo Nell—: te marearás. Aunque a mí me gusta marearme.

Anna dio una calada, gozó un momento de aquel calor seco dentro de la boca y dejó que el humo se dispersara con el viento. Era verdad: era sucio, pero una suciedad que le gustaba, similar a cuando las soldadoras comían sentadas en el suelo. Ella y Nell fumaron en silencio. A través de la bahía de Wallabout, Anna contempló la grúa de martillo que se recortaba contra el

cielo. Unos días antes había visto cómo ésta levantaba una hormigonera del suelo como si fuera de juguete. Detrás se extendía el puente de Williamsburg y los edificios bajos de la costa de Manhattan, con ventanas como copos de oro bajo el cielo polvoriento.

—Una noche de éstas tendrías que ir por ahí conmigo —dijo Nell.

—¿A qué sitios vas?

—Al teatro, al cine, a algún restaurante. ¿Nunca sales a cenar por la ciudad?

Anna había tomado cerveza un par de veces con los chicos del Brooklyn College en el Fraternity House de la Tercera Avenida, pero tenía la sensación de que lo que Nell tenía en mente no eran antros universitarios.

—He llevado una vida virtuosa y de recogimiento —dijo.

Nell puso los ojos en blanco.

—Pues vaya, no sabrás cómo vestirme.

—Ya me apañaré. No arruinaré tu prestigio, te lo prometo.

Una sonrisa achinó los ojos azules de Nell.

—¿Qué tal esta noche? —dijo, y echó la colilla a la bahía—. Al fin y al cabo es viernes, aunque mañana tengamos que trabajar.

Mientras regresaban por el embarcadero C, Anna se fijó en una barcaza que había frente al dique seco 1 y que no se parecía a las dragas habituales, con sus garfios, sus aparejos y sus cobertizos sucios. Ésta estaba vacía. En un extremo había dos hombres ayudando a un tercero a ponerse un pesado traje de lona, como escuderos preparando a un caballero para la batalla. Cerca de ellos, otros dos accionaban las manivelas de lo que parecía una gran caja rectangular.

—¿Qué hacen éstos? —preguntó Anna.

—El del traje es un buzo, creo —respondió Nell—. Trabajan en los barcos desde debajo del agua. A lo mejor está aprendiendo, creo que los entrenan en esa barcaza.

—¡Un buzo!

Era la primera vez que Anna oía aquella palabra. Observó hechizada cómo los ayudantes colocaban una escafandra metálica sobre la cabeza del buzo, que quedaba encerrado. El traje era tan elemental, tan obvio, como si hubiera salido de un sueño o de un cuento. Nell también observaba, persuadida por la cara de fascinación de Anna de que estaba presenciando algo especial.

—¿Cómo sabes que es un buzo? —preguntó Anna sin apartar la mirada de aquel hombre.

—Porque es Roger, de mi taller: buscan voluntarios civiles y él quiere hacerlo por el plus de peligrosidad.

El buzo se puso de pie, se dirigió pesadamente hacia el borde de la barcaza, se dio la vuelta y empezó a bajar por una escalera de mano que descendía hacia el agua. La bahía parecía impenetrable como la piedra, pero él fue sumergiéndose hasta que su abultada escafandra era lo único que asomaba sobre la superficie. Finalmente, con un borboteo, desapareció.

En algún momento, Nell había ido a la cantina y había regresado con dos cajas de comida. Le entregó una a Anna.

—Más te vale comer rápido.

Anna se comió sus espaguetis con albóndigas con los ojos fijos en el agua. Esperaba que el buzo volviera a emerger, pero no salía. Estaba respirando bajo el agua. Intentó imaginarlo en el fondo de la bahía. ¿Caminaría o nadaría? ¿Cómo sería estar ahí abajo? Le vino un espasmo de envidia y deseo.

—¿Crees que algún día nos dejarán hacerlo a nosotras? —murmuró.

—¿Tú querías?

—¿Tú no?

Nell soltó una carcajada de incredulidad.

—No nos dejarán nunca. Pero, a lo mejor, si los hombres siguen marchándose en masa, nos obligarán...

La mente de Anna abrazó aquella idea como si fuera una moneda de la suerte: según el *Shipworker*, tan sólo en septiembre doscientos setenta trabajadores del arsenal naval habían dejado temporalmente sus puestos tras ser llamados a filas. Y cada semana se marchaban más.

—... y ése será el día en que me largaré para no volver —agregó Nell. Se había sacado una polvera del mono y estaba maquillándose la nariz y pintándose los labios.

Anna fue a devolver los cubiertos a la cantina mientras en su interior se producía una especie de seísmo que lo reacomodaba todo. De pronto vio con claridad que siempre había querido bucear para poder caminar por el fondo del mar. Pero a aquella idea la acompañaba la preocupación de que no se lo permitieran.

Después de comer, el señor Voss la mandó al edificio 77, algo ya tan habitual que las casadas ni siquiera lo comentaban. En la planta quince, Anna preguntó a la secretaria del capitán si podía mirar por la ventana, con la esperanza de atisbar la barcaza de buceo.

—Sí, claro que sí —respondió la secretaria, que con el paso de los días se había ido mostrando más amable—. Para mí la vista ya ha dejado de ser una

novedad: a veces pasa una semana entera sin que ni siquiera me asome.

Anna se acercó a la ventana. Bajo el sol de finales de octubre, el arsenal naval se extendía ante ella con la precisión de un diagrama: barcos de todos los tamaños atracados de cuatro en cuatro en los dentados muelles y, en los diques secos, inmovilizados con cientos de cabos como Gulliver sobre la arena. La grúa de martillo blandía su puño hacia el este; al oeste se alzaban las estructuras de las naves de construcción. Las vías del ferrocarril caracoleaban formando estampados de cachemir. La barcaza de buceo se había marchado.

—Cuando veo todo esto —indicó la secretaria, que se había puesto de pie junto a Anna—, siempre pienso: «¿Cómo no vamos a ganar?»

El señor Voss estaba en su despacho cuando Anna regresó al taller.

—Pase, señorita Kerrigan —le pidió en cuanto ella depositó el paquete encima de su escritorio—. Cierre la puerta, siéntese.

No habían hablado en privado desde su conversación de hacía un mes. Anna se sentó en la misma silla de la vez anterior.

—Espero que haya disfrutado comiendo fuera.

—Mucho —dijo ella—, y no he llegado tarde ni un solo día.

—Es verdad. También se ha convertido en nuestro verificador más productivo, hombre o mujer.

—Gracias, señor.

Durante la pausa que se produjo a continuación, Anna se sintió desconcertada. ¿La había invitado a sentarse sólo para charlar?

—He visto el *Missouri* —explicó ella para romper el silencio—, dentro de las naves de construcción.

—Ah —dijo él—. Imagine la botadura. Se perdió la del *Iowa*, ¿verdad?

—Por tres semanas.

A Anna no le gustaba nada pensar que esas tres semanas le habían impedido conocer en persona a Eleanor Roosevelt.

—Es tremendo ver cómo el acorazado se desliza por la nave y entra en el agua. No hubo una sola persona a la que no se le llenaran los ojos de lágrimas.

—¿Ni siquiera a usted?

Era una pregunta sincera: se le hacía imposible imaginar al señor Voss llorando por un barco, pero la frase sonó provocativa y él soltó una carcajada: toda una novedad.

—Es posible que incluso a mí se me escaparan una o dos lágrimas —dijo—, lo crea o no.

Ella sonrió.

—Pero eran lágrimas frías, seguro.

—Gélidas: cayeron sobre los adoquines y estallaron como si fueran de cristal.

Anna todavía sonreía cuando volvió a sentarse en su taburete. Se puso manos a la obra de inmediato porque tenía la sensación de que se había ausentado durante demasiado rato. Pasaron unos minutos antes de que se percatara del silencio que reinaba a su alrededor. ¿Cuánto tiempo llevaban todas calladas? Echó un vistazo a las otras chicas, pero ni una sola de las casadas la miraba, ni siquiera Rose. Aun así, Anna percibió que estaban atentas a todo lo que hacía.

Entonces lo supo: las casadas habían empezado a hablar.

6

Anna se reunió con Nell delante del Roxy para el pase de las ocho de *La llave de cristal*, con Alan Ladd, pero le bastó con ver el escote de Nell entre las solapas abiertas de su abrigo para comprender que no iban a entrar.

—He tenido una idea mejor, si eres de mente abierta —dijo Nell con un tono cantarín muy peculiar. Anna le aseguró que tenía la mente abierta de par en par y Nell prosiguió—: Un amigo mío tiene una mesa en el Moonshine. Es un club nocturno. Nos ha invitado a acompañarlo.

—No voy vestida de forma apropiada.

—Ya lo he avisado de que tendrías aspecto roñoso.

Anna se rió. En realidad, su vestido (oculto debajo del abrigo) no estaba nada mal. Cuando le había contado a su madre que una amiga del arsenal naval la había invitado al cine, pero que temía que se presentara hecha un pingo, la mujer se había puesto a arreglar prendas como una loca y había añadido hombreras y volantes a un vestido azul que Anna había comprado en S. Klein para una visita de Lydia al médico. Al mismo tiempo, como si estuviera tocando un dueto con su madre, Anna había cosido a toda prisa varias cuentas turquesa en el cuello. Nadie que supiera de ropa se dejaría engañar por aquellos apaños, pero ellas no trabajaban para miradas escudriñadoras. Como le gustaba decir a Pearl Gratzky, en tono rimbombante: «Nuestro negocio es causar impresión.»

Nell paró un taxi y le dijo al conductor que las llevara a la calle Cincuenta y tres Este.

—¡Eso son seis manzanas! —protestó Anna—. Ahorrémonos el dinero y vayamos caminando.

La respuesta a su sugerencia fue una carcajada artificiosa.

—No te preocupes: serán los últimos centavos que gastemos esta noche.

Incluso con la iluminación atenuada, los edificios al norte de Times Square emitían más luz de la que parecía brotar de sus farolas ennegrecidas y sus marquesinas sucias. Anna casi nunca estaba en Manhattan por la noche y la sorprendió ver a tantos soldados: oficiales con pesados abrigos, marineros y reclutas, militares con uniformes que no reconoció. Iban todos con prisas, como si se dirigieran a un mismo acontecimiento urgente.

—Una cosa —dijo Nell, volviéndose hacia Anna en el asiento trasero—: ni una palabra sobre lo que hacemos.

—¿Sobre...?

—¡Chist! —la cortó Nell llevándose un dedo a los labios. Esa misma tarde se había pintado las uñas de rojo pasión.

—¿Te refieres al ars...?

—¡Chist!

—¿Por qué no?

—Vamos, no te hagas la tonta —la reprendió Nell con voz de falsete.

—¿Quién se hace la tonta aquí?

Hubo un instante de silencio.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —dijo Nell con voz normal. Luego dirigió una mirada severa a Anna; el brillo del otro lado de la ventanilla le subrayaba los hoyuelos—: Tengo que estar segura de que te vas a comportar.

—No te preocupes —dijo Anna—, te prometo que no tendrás que avergonzarte de mí.

El taxi las dejó al este de la avenida Madison, delante de una puerta blanca reluciente; el portero, ataviado con sombrero de copa, las saludó como si su llegada fuera lo único que faltaba para que su felicidad fuera completa.

Entraron y se vieron súbitamente rodeadas por un estrépito que sorprendió a Anna tanto como solía sorprenderla el ruido del arsenal naval después del silencio hermético de su taller de medición.

—Mejor de lo que me esperaba —dijo Nell, estudiando su vestido después de entregar sus abrigos y sombreros en el guardarropa—, mucho mejor.

—Caramba, qué alivio —dijo Anna, pero Nell detectó su tono provocador y ladeó la cabeza sin dejar de mirarla fijamente con una sonrisa en los labios.

—Eres muy graciosa —dijo.

—Tú también —respondió Anna. Nell la tomó de la mano y la condujo hacia aquel hervidero de música y voces, y Anna supuso que aquel intercambio había sido lo más parecido a una declaración de amistad que Nell le hubiera hecho jamás a una chica, como cuando a los diez años ella y Lillian Feeney se habían convertido en hermanas de sangre. Aquello había sido posible porque el vestido de satén de color crema y escotado cuello chimenea le daba a Nell un aspecto tan deslumbrante que era impensable que Anna fuera a arrebatarse un ápice de atención masculina.

El descenso por el breve tramo de escalera que conducía al club nocturno le produjo una sensación increíble de irrealidad, como si acabara de atravesar una barrera invisible y de pronto hubiera entrado en una película. Habría

tenido que prepararse, hacer una entrada más suave, pero no hubo tiempo y se vio engullida por la orquesta, la fuente, el suelo de damero y el millar de mesitas rojas que bullían como un hormiguero. Nell se abrió paso entre las mesas deteniéndose a menudo para intercambiar saludos estridentes y entusiastas con sus ocupantes. Anna la seguía ansiosa.

Tres hombres las esperaban sentados a una mesa junto a una concurrida pista de baile en forma de óvalo. Los tres eran prácticamente idénticos, con sendos pañuelos de seda en el bolsillo de la camisa y alfileres de corbata de aspecto costoso. Su único rasgo distintivo era que uno de los tres era atractivo, y de los dos que no lo eran, uno parecía mayor que los demás. De la lluvia de cumplidos y comentarios amables que les dirigieron a voz en grito, Anna sólo logró captar palabras sueltas por encima del fragor general.

—... celebrar...

—... los japos han hecho...

—... sentados allí...

—... champán...

—... pórtate bien y...

Anna trató de prestar atención, consciente de que se estaba comportando como una sosa. Nunca se le había dado bien la cháchara: era como una comba cuyo ritmo era incapaz de reproducir para poder saltar con confianza. La guerra parecía no existir en aquel lugar, a pesar de la presencia de oficiales de uniforme. ¿Por qué no habían llamado a filas a los dos pretendientes más jóvenes de Nell?

Les llevaron unas almejas casino acompañadas de champán. El camarero, un chico al que le temblaban las manos de forma visible (debían de haberlo considerado no apto para el servicio militar, pensó Anna), lo pasó fatal para llenarles las cinco copas con un dedo de champán. Anna no lo había probado nunca: en la Casa de la Fraternidad sólo había cerveza, y el único licor que siempre habían tenido en casa era whisky. Aquella poción dorada chispeaba y burbujeaba dentro de la copa; cuando bebió un trago, notó una crepitación que le bajaba por la garganta: era dulce, pero con un regusto amargo, como una aguja apenas perceptible dentro de un cojín.

—¡Caray, esto es delicioso! —exclamó.

—Es fantástico, ¿verdad? —repuso Nell casi sin aliento—. Yo podría beberlo todo el día.

Anna estuvo a punto de bromear diciendo que deberían llevar un termo de champán al trabajo y tratar de superar el escrutinio de los marines, pero se acordó justo a tiempo de que no podía.

Se le vació la copa enseguida, pero el camarero estaba ahí mismo y se la volvió a llenar. Y de repente, como si alguien hubiera accionado el mando del horno y la envolviera una oleada de calor, la escena alrededor de Anna se suavizó y se convirtió en una mancha de luz (música, destellos y carcajadas), una «impresión», como diría Pearl Gratzky, atisbada con el rabillo del ojo, más que un lugar real. Aquel cambio hizo desaparecer todas las barreras que hasta aquel momento la habían mantenido aparte y se vio propulsada al centro de la acción con las mejillas sonrosadas y el corazón desbocado.

Empezó una canción rápida. El pretendiente joven pero no atractivo volvió a presentarse (se llamaba Louie) e invitó a Anna a bailar, quitándole hierro jovialmente a sus reticencias.

—No digas tonterías, todas las chicas bailan. ¡Vamos! —exclamó, la cogió de la mano y se la llevó a la pista. Anna se dio cuenta de que él cojeaba ligeramente. Así pues, era eso. Por un instante temió que los bailes de los años veinte que había aprendido de su madre (el peabody, el Texas tommy, el breakaway) no pudieran adaptarse a un swing a lo Benny Goodman, pero Louie se lo puso fácil acompañándola con una economía de movimientos tras la cual Anna creyó detectar una cautela extrema, seguramente para disimular su cojera, algo que conseguía a la perfección.

—¿Te lo estás pasando bien? —le preguntó—. ¿Estás segura? —Al parecer Louie se había arrogado el papel de anfitrión responsable de la felicidad de los demás—. ¿Y Nell? ¿Se lo está pasando bien? Con ésa nunca se sabe del todo.

—Se lo está pasando bien —lo tranquilizó Anna—: ella y todo el mundo.

De vuelta en la mesa descubrieron que les habían vuelto a llenar las copas. Nell regresó de la pista acompañada por su apuesto pretendiente y Anna supuso que debía de tratarse de su novio, pero mientras las dos se abrían paso entre la multitud camino del baño, Nell le susurró:

—Mi cita no aparece.

—Vaya —dijo Anna confundida—. ¿Es...?

—Se parece a Clark Gable, eso es lo que dice todo el mundo. Echemos un vistazo en la entrada.

Pero su búsqueda resultó infructuosa y Nell reaccionó irritada.

—¡Maldito canalla!

—¿No es de fiar?

—Tiene... responsabilidades. Y no siempre puede eludirlas.

—Cuando dices «responsabilidades»...

Nell asintió.

—Pero su mujer es una arpía —afirmó.

—¿Tienen hijos?

—Cuatro, pero en casa es como si no estuviera: pasa los días contando las horas que faltan para volver a verme.

—Hablas como la protagonista de un serial romántico —dijo Anna.

—No deberías escuchar esos seriales —señaló Nell—: te pudren el cerebro.

—Los pone mi madre...

—¿Por qué no habrá venido? Si soporto a los pelmas de nuestra mesa es sólo para tener un lugar donde esperar a que llegue.

—Louie no es un pelma —dijo Anna—, es un hombre muy agradable.

—Son la misma cosa —aseguró Nell.

Anna regresó a la mesa decidida a bailar con el pretendiente atractivo, ahora que sabía que no tenía ninguna relación con Nell, pero se encontró volviendo a la pista de baile con Louie, que la entretuvo señalándole a un brigadier general, a un senador del Estado y a un famoso intelectual negro. Ahí estaba también Laird Cregar, a la que había visto en *Un alma torturada* la primavera anterior, y Joan Fontaine, que había ganado un premio de la Academia por *Sospecha*, una película que a Anna le había encantado. Las historias oscuras sobre la ciudad siempre habían sido sus preferidas: el tipo de películas que hacían que te diera un vuelco el corazón cuando, al salir del cine, oías pasos a tu espalda.

—¡Conoces a todo el mundo, Louie! —exclamó Anna.

—Sí, supongo que sí —respondió él—. La pena es que ellos no me conocen a mí.

Anna lo estudió: menudo, de dientes saltones, una cara demasiado estrecha. La cojera.

—¿A qué te dedicas?

—Soy actuario —murmuró Louie, y añadió a toda prisa, antes de que Anna pudiera preguntarle qué significaba—: ¿Y tú?

Anna, que ya había evitado mencionar el arsenal naval en diversas ocasiones, estaba preparada:

—Secretaria —respondió vagamente.

—Supongo que el objetivo de los locales como éste es brindarnos la oportunidad de olvidarnos de nuestros trabajos —dijo—. El Moonshine tiene el lado escabroso justo.

—¿Dónde? —exclamó Anna—. Yo no le veo el lado escabroso por ninguna parte.

—No, no se ve. De eso se trata. Tienen una sala de juegos en la planta de arriba, sólo para grandes apostadores. Bacarrá, canasta, póker..., eso me aseguran mis fuentes. Y aquí viene gente de todo tipo, gánsteres incluidos. A las chicas os encantan los gánsteres, naturalmente...

—¡Nunca he conocido a uno! —dijo Anna—. ¿Ves a alguno?

—Bueno, el propietario es un gánster, o eso dicen. O lo fue durante la Ley Seca. Generalmente se sienta allí. —Louie señaló con los ojos la parte de atrás de la sala—. Se llama Dexter Styles. Es propietario de varios clubes, o sea que no siempre está.

—Dexter Styles —repitió Anna. El nombre le sonaba—. ¿Qué aspecto tiene?

—De púgil. Es un tipo grandullón con el pelo oscuro. Puede que esté por aquí ahora mismo, pero no logro verlo.

Marco, el pretendiente atractivo, acabó invitando a Anna a bailar. Parecía un actor de cine; tenía el pelo negro rizado, la mirada taciturna y el ceño permanentemente fruncido. Era italiano, tal vez por eso no lo habían llamado a filas. Declaró de forma somera que Mussolini era un cerdo, como si marcara una casilla, y acto seguido se quedó en silencio. Su mirada recorrió la sala de baile y Anna se dio cuenta de que no perdía de vista a Nell mientras ésta bailaba con el tercero de los jóvenes. Anna no estaba cómoda bailando con Marco y él con ella tampoco. La tercera vez que él le pisó un pie, ella se excusó, dolorida y decepcionada. En lugar de volver a bailar con Louie, se dirigió hacia el rincón donde éste había dicho que solía sentarse el propietario. Había cuatro hombres sentados a una mesa. La neblina del champán había dejado a Anna con la sensación de ser medio invisible, así que se acercó directamente a la mesa y bajó la mirada. Los hombres repararon en ella al unísono. Supo de inmediato cuál de ellos era el señor Styles y en aquel preciso instante se dio cuenta de que ya lo conocía.

—El tocador está en el otro extremo del local —dijo uno de los hombres.

—No, yo... Disculpen —dijo Anna, y se alejó. Dexter Styles era el hombre de la playa: aquella revelación llegó acompañada de un acceso de frío y calor que la desorientó, como si la sala hubiera quedado patas arriba. De pronto emergió un recuerdo perdido: un viaje en coche con su padre. Juegos con otra niña. Aquel hombre, Dexter Styles, en una playa gélida. Aquella coincidencia parecía milagrosa. Sin pararse a pensar, Anna dio media vuelta y regresó corriendo a la mesa para contárselo.

Los hombres volvieron a levantar la cabeza y la frialdad de sus miradas le hizo ver que se estaba pasando de la raya. La neblina del champán la

abandonó de golpe y se sintió desprotegida, expuesta a la hostilidad del socio más joven de Styles, un tipo de mandíbula prominente y pelo tupido y desordenado.

—Esto se está convirtiendo en una mala costumbre, cariño —le dijo—. Largo.

Dexter Styles se levantó inmediatamente y se situó entre Anna y la mesa.

—¿Cómo puedo ayudarla, señorita? —preguntó con educación, pero sin dejar de marcar distancias: sus ojos apenas le rozaron la cara. El viaje a Manhattan Beach se perdió en el pasado lejano como un corazón de manzana arrojado a través de la ventana del tren. La simple idea de evocarle le pareció absurda. Entre ambos se abrió un silencio que creció a una velocidad alarmante.

—Trabajo en el arsenal naval de Brooklyn —soltó abruptamente, y la consciencia de que había elegido mal la frase la invadió antes incluso de acabar de pronunciarla.

—No me diga —repuso Styles; por lo menos había logrado atraer su atención—. Leí en el periódico que las chicas habían empezado a trabajar allí. ¿Y qué es lo que hace?

—Mido piezas con un micrómetro —dijo—, pero hay otras chicas que se dedican a soldar, a poner remaches...

—¿A soldar?

—Como los hombres: es imposible distinguirlas hasta que se quitan la máscara.

—¿Y le parece natural que hombres y mujeres trabajen juntos?

Ahora tenía la mirada fija en ella.

—No lo sé —respondió ella ruborizándose—. Yo trabajo básicamente con otras chicas.

—Bueno, ha sido un placer hablar con usted, señorita...

—Feeney —dijo ella de forma impulsiva y le tendió la mano—. Anna Feeney.

—Dexter Styles.

Se dieron la mano y él tocó levemente el brazo de un camarero que había junto a ellos.

—Gino —le dijo—. Acompaña a la señorita Feeney a su mesa y llévala una botella de champán a cuenta de la casa, por favor. Le deseo mucha suerte, señorita Feeney.

La conversación había terminado. Dexter Styles regresó con sus compañeros y Anna vagó entre la multitud notando un zumbido en los oídos

ante la extrañeza del episodio que acababa de protagonizar. No era sólo que hubiera usado el apellido de Lillian Feeney (un nombre falso parecía de lo más apropiado en aquel lugar), sino que además con ello había ocultado la conexión entre ambos. ¿Por qué lo había hecho, cuando el señor Styles podría haber reconocido su apellido y acordarse de ella?

De vuelta en su mesa, Anna se mostró pensativa a pesar de los intentos de Louie por animarla. No lograba ver a Dexter Styles desde donde estaba sentada, seguramente no volvería a verlo nunca más. Sólo al imaginar la conversación que podría haber surgido de haber usado su verdadero apellido, comprendió el porqué de aquella finta instintiva: «¿Y cómo está tu padre? ¿Dónde está? ¿A qué se dedica?» Todas éstas eran preguntas que sin duda habrían surgido, y la simple idea de tener que responderlas la mortificó.

El camarero llegó con una botella de champán. Nell y Marco regresaron de la pista de baile; Marco parecía muy satisfecho.

—¿Qué pasa? —preguntó Nell, dejándose caer en una silla junto a Anna—. ¿Has bebido demasiado?

—Es posible —respondió ella, aunque en realidad se trataba de todo lo contrario: no había tomado suficiente champán para aplacar la repentina tristeza (el vacío, en realidad) que la abrumaba.

—Yo me iré pronto —dijo Nell.

Para Louie, aquella posibilidad equivalía a una emergencia.

—Oh, vamos, chicas —protestó—, tomad un poco más de champán: ¡nos acaban de mandar una botella cortesía de la casa! ¡Llevo toda la vida esperando una botella cortesía de la casa!

—El bueno de Louie —señaló Nell.

—A su servicio. Una cara triste significa que he fracasado.

Anna percibió el desespero que se ocultaba bajo su cháchara animada y le supo mal.

—Has estado fantástico, Louie —le aseguró Anna, pasándole un brazo por los hombros estrechos, y le dio un beso en la mejilla fría y cerosa.

—Oh-la-la —exclamó Louie.

Nell lo abrazó desde el otro lado. Marco y el pretendiente mayor y no atractivo se rieron: era imposible no desear lo mejor para Louie.

—Me voy a desmayar —dijo éste—. Si me desmayo me agarraréis, ¿verdad, chicas?

El frenesí del interior del Moonshine no tenía continuidad en la acera de la calle Cincuenta y tres. Era como pasar de un mundo a otro. Anna miró su reloj de pulsera y se llevó una sorpresa: eran ya más de la una.

—Tengo que volver a casa.

Nell no contestó. Su decaimiento era igual de exagerado que la jovialidad que había mostrado al principio de la noche.

—¿Lo verás mañana? —preguntó Anna, pero Nell negó con la cabeza.

—No puede escaparse los fines de semana, por eso me pone tan furiosa que no haya aparecido hoy. El muy canalla...

—¿Este vestido te lo compró él?

—En Palm Beach —dijo Nell—: fue de viaje de negocios a Miami y yo lo acompañé. Ahora te he escandalizado, ¿verdad? —añadió con temeraria melancolía.

—Un poco —admitió Anna—. Parece... peligroso.

—Sólo para él: yo no tengo nada que perder. Y él dice que vale la pena correr el riesgo por mí. —Sonrió apenas—. No me digas que creías que era un ángel.

—No, no lo pensaba.

—Los ángeles no existen.

Anna no dijo nada.

—Los ángeles simplemente mienten mejor, ésa es mi opinión —añadió Nell con tono taciturno—. ¿Y tú, Anna? —preguntó al cabo de un momento—. ¿Eres un ángel?

Anna oyó el susurro de hojas de otoño sobre la acera y notó el olor a gardenias del perfume de Nell. Nunca le habían hecho aquella pregunta. Todo el mundo suponía simplemente que lo era.

—No —dijo—, no soy un ángel.

Sus ojos se encontraron con los de Nell; las invadió una sensación de entendimiento mutuo. Nell la cogió del brazo, más animada. Dejaron atrás casas adornadas como joyeros.

—Pues lo disimulas muy bien —aseguró en voz baja.

—Eso es bueno, imagino.

—Podrías ser espía o detective: nadie sabría quién eres en realidad, ni para quién trabajas.

—Yo lo que quiero ser es submarinista —dijo Anna.

Conduciendo por la calle Ochenta y seis, en Brooklyn, Dexter Styles vio cómo Badger comprobaba su reloj y acto seguido alargaba una mano peluda hacia el dial de la radio, seguramente para sintonizar las noticias de las cinco y media de la mañana. Dexter se la apartó de un mamporro.

—¿A qué ha venido eso? —protestó Badger.

—No se toca el coche de otro sin pedirle permiso, ¿no te lo enseñaron en Chicago?

—Lo siento, jefe —murmuró Badger sumisamente, pero su mirada terca y desafiante no decía lo mismo. En efecto, no tardó en volver a hablar—. Es sólo que... ya estoy tocando el coche por el simple hecho de estar aquí sentado, no sé si me explico: toco el asiento cuando me reclino.

—Si quieres que te atice no tienes más que pedírmelo.

—Oye, llevas cabreado conmigo toda la noche.

Dexter lo miró de reojo. Entre los rasgos de Badger que más lo irritaban estaba ese grado tan elevado de precisión a la hora de interpretar sus estados de ánimo. Y sí, estaba cabreado, aunque ya no recordaba por qué. A lo mejor era por el simple hecho de que Badger estuviera en su coche cuando se acercaba su hora favorita: el paso de la noche al alba, cuando la luz, indecisa, se insinúa antes de ser completamente visible.

—Es por la chica —dijo, haciendo memoria—: has sido grosero con la chica que se ha acercado a mi mesa, la señorita Feeney. —Badger lo miró boquiabierto—. Que hagas algo así en el Hell's Bells, vale —dijo Dexter refiriéndose a su bar de carretera en las Flatlands, que habían visitado después de dejar el Moonshine—; o incluso en el Pines, aunque nunca oirás al señor Healey hablarle así a una clienta. Pero no en el Moonshine.

—¿Porque allí tienen demasiada clase?

—Sí, algo así.

Badger soltó un suspiro.

—En Chicago era distinto.

—Eso he oído.

Las últimas siete noches, Badger había estado taladrándole la oreja con historias sobre los fantásticos bares de Chicago, sus mujeres incomparables y su bellissimo lago, pero sobre todo recalcándole que el acuerdo al que habían llegado el sindicato del crimen y la policía iba como la seda. El caso es que a

Badger le encantaba Chicago, pero no al contrario: algo había salido muy mal en aquella ciudad ventosa y, de no haber sido por su buena suerte, el joven Badger habría terminado convirtiéndose en comida para los peces en el fondo del lago Michigan. Pero era hijo de la sobrina preferida del señor Q, y después de muchas conversaciones éste había entregado a su sobrino nieto un salvoconducto para Brooklyn, donde lo había puesto en manos de Dexter para que lo puliera y lo guiara. Lo normal habría sido que Badger le hiciera de chófer, pero antes que eso Dexter habría preferido que aquel chico fungiera como su abogado: jamás permitía que otro hombre tocara el volante de su flamante Cadillac Serie 62 de color gris nórdico, uno de los últimos en salir de la planta antes de que la empresa de Detroit se centrara exclusivamente en la producción bélica. A Dexter le encantaba conducir: dudaba que hubiera diez hombres en Nueva York que pasaran tanto tiempo al volante como él o que compraran más gasolina en el mercado negro.

—Oye, jefe, vas en la dirección equivocada.

—Eso depende de adónde quiera ir.

—Creía que me llevabas a casa.

Badger se refería a Bensonhurst, donde vivía la anciana hermana soltera del señor Q, que lo alojaba en el dormitorio de invitados.

Desde Gravesend, donde acababan de visitar el Pines, Dexter había conducido sin pensar hacia Bay Ridge. Unas semanas antes, después de visitar a un socio en una calle empinada de Fort Hamilton, había descubierto una vista extraordinaria de los Narrows. Estaba a punto de meterse en el coche cuando se sorprendió contemplando la zona de la bahía Upper en medio de la oscuridad del apagón impuesto por razones militares. Había percibido una densidad desconocida y dinámica en aquella oscuridad y de pronto sus ojos habían organizado el misterio: una procesión de barcos inmensos que abandonaban el puerto a intervalos regulares, como bestias o fantasmas. El convoy se adentraba en el mar, y en su avance silencioso había algo profundo, casi sobrenatural. Dexter esperó hasta que todos los barcos hubieron pasado: contó veintiocho, pero sin saber cuánto tiempo había durado el desfile antes de su llegada. Al final, una pequeña embarcación conserje cerraba la fila: parte de la red de protección antisubmarinos. A partir de aquel día, Dexter había adquirido el hábito de volver a aquel punto cada pocas noches con la esperanza de avistar otro convoy.

—Eres joven y estás sano, Badger —dijo con el motor al ralentí—; ¿por qué no te has alistado?

—Porque no soy un soldado.

—Un soldado es exactamente lo que eres, y yo también.

—Pero no de éstos.

—Tu tío abuelo es nuestro general.

—Desfilar no es lo mío.

Dexter le dirigió una mirada severa.

—Si el señor Q nos dijera que desfiláramos, desfilaríamos. Si nos dijera que nos pusiéramos disfraces de mono, nos los pondríamos. ¿No te habrán declarado no apto para el combate, verdad, Badger?

—¿A mí? —preguntó Badger con voz estridente—. ¡Pero si tengo ojos de siamés! Desde el tejado del hotel Drake podría ver los intermitentes de los coches hundidos en el lago Michigan.

Chicago otra vez. Mientras Badger charlaba con entusiasmo, Dexter contemplaba el puerto pensando en lo que acababan de contarle tanto en el Hell's Bells como en el Pines: el negocio iba a la baja. Los hombres no tenían suficiente gasolina para conducir hasta los bares. Seguramente, la situación sería la misma en los clubes de Long Island y las Palisades, que visitaría aquel día por la noche y el lunes.

Heels, su hombre en el Pines, le había contado otra cosa: un antiguo crupier llamado Hugh Mackey estaba causando problemas. Había apostado demasiado y pedido más préstamos de la cuenta, había metido las zarpas en la caja y había terminado en la cárcel. Y ahora amenazaba a Heels con hacerle chantaje si no volvía a contratarlo con un salario mejor. Aseguraba que había visto suficientes cosas en ocho meses como para mandarlos a todos a Sing Sing. Dexter intentó recordar la cara de Hugh Mackey. Casi siempre era capaz de ponerle nombre a un rostro, pero al contrario le resultaba mucho más difícil.

—¿Qué quería la tonta esa que volvía una y otra vez a la mesa? —preguntó Badger con indolencia.

—Esa boca.

—Ahora no me oye.

Dexter se asombró ante su insolencia y de pronto comprendió algo que se le había pasado por alto hasta entonces: Badger creía que lo protegían. Creía que por el hecho de que el señor Q lo hubiera ayudado tenía inmunidad o algo así. Al parecer, no sabía que durante su ascensión el señor Q había hecho desaparecer a su propio hermano y a dos primos. Aquel malentendido explicaría la exagerada deferencia que Badger mostraba hacia Dexter y el aire burlón subyacente a su actitud.

—Fuera del coche —dijo Dexter. Badger le dirigió una mirada de desconcierto—. Aire. Ahora mismo.

El chaval balbució algo, pero debió de darse cuenta de que Dexter hablaba en serio porque abrió la portezuela y salió a la oscuridad. Dexter arrancó de inmediato y sin hacer ruido, y miró una sola vez por el retrovisor. Apenas logró distinguir a Badger contemplando el coche mientras éste se alejaba, ataviado con aquel traje barato que Dexter le había comprado la semana anterior en Crawford's. No le sería fácil encontrar el camino de vuelta a Bensonhurst, ni siquiera en el caso de que recordara la dirección. Aquellos zapatos nuevos de cuero crujiente se le romperían enseguida. A un chaval como él no tenía más remedio que darle duro, tantas veces como fuera necesario. El lío del que el señor Q lo había sacado en Chicago no podía ser peor que el infierno en el que se encontraría en Nueva York si no era capaz de respetar la cadena de mando. La inmunidad no existía, y creerse inmune era un suicidio.

La buena noticia era que seguramente iba a pasar unos días sin tener que soportar al muchacho, al menos mientras éste se lamía las heridas. La verdad era que prefería a las mujeres: era mucho más fácil tratarlas. Le habría encantado dejar todos sus negocios en manos de mujeres de haber podido encontrar alguna tan dura como las propietarias de los bares clandestinos de su juventud: Texas Guinan, Bell Livingstone, mujeres capaces de correr por los tejados para huir de la policía en la época de la Ley Seca. Pero al parecer a las chicas modernas no les gustaban las armas, y la verdad era que no resultaba fácil llevar un revólver debajo de un vestido; ni siquiera Dexter llevaba una pistolera sobaquera: ¿para qué mandarse hacer un traje a medida en F. L. Dunne si luego echabas a perder las líneas? En cuanto a lo de llevar una pistola en el bolso, eso sólo pasaba en las películas: las armas había que llevarlas pegadas a la piel.

La hora mágica llegó mientras se acercaba a Manhattan Beach: una erupción de promesas en el cielo que a Dexter le produjo una reacción física, una expansión dentro del pecho. Le gustaba esperar la llegada de la primera luz en el extremo oriental de la playa, donde en su día habían estado situados los grandes hoteles. Su padre había trabajado en la cocina del Oriental cuando Dexter era pequeño, y aunque lo habían derribado cuando él tenía once años, todavía lo recordaba con gran precisión, como si su espectro se alzara aún a la orilla del mar con los brazos extendidos, y sus toldos, sus agujas y sus banderas se agitaran al viento. Dentro, en los kilómetros y kilómetros de pasillos alfombrados de rojo, se oía el rumor de cientos de personas (su padre

incluido) que trabajaban entre bastidores. Dexter nunca había podido visitar la playa del Oriental: era demasiado exclusiva.

El pasado febrero, justo después de Pearl Harbor, la guardia costera había cerrado el extremo oriental de Manhattan Beach y había construido un centro de entrenamiento entre las casitas de los veraneantes. Dexter se detuvo junto a la entrada; miraba al este, viendo aparecer las primeras luces. Se trataba de algo gradual, pero no lo parecía: de un segundo a otro se había hecho de día.

Su casa se encontraba en el extremo occidental de Manhattan Beach. La puerta estaba siempre abierta. En la cocina, Milda le había dejado preparada una cafetera que calentó al fuego. Se sirvió una taza y abrió las cortinas de las ventanas que daban al mar. Sólo sabía qué aspecto tenía verdaderamente el día cuando lo veía a través de aquellas ventanas. A medida que avanzaba el alba, iba revelándose con más claridad una muchedumbre de barcos, algunos de ellos anclados y en cuarentena: gabarras, barcasas y petroleros; dragaminas con el casco de madera que barrían una y otra vez el canal de Ambrose, remolcadores que pululaban como payasos de circo entre los barcos que se dirigían a la bahía Upper.

Cogió el café y unos prismáticos y salió al porche trasero, con vistas al mar. Tabatha apareció al cabo de un momento, medio dormida y con su camión de color lavanda con volantes. Dexter se alegró: su hija solía dormir hasta tarde los sábados. En su pelo de color caoba (exactamente del mismo color que el de su madre) todavía eran visibles las marcas de los pasadores que debía de haberse quitado hacía tan sólo un momento para ahorrarse las burlas de su padre.

—Buenos días, Tabby —dijo él, y le dio un beso en la mejilla que ella le ofrecía—. ¿Qué tomas? Ése es mi café.

—Pues es casi todo leche.

Tabatha se acurrucó en una silla junto a él y se abrazó las rodillas. Su camisola ligera no la protegía del viento.

—¿No hubo fiesta de pijamas anoche?

Últimamente parecía estar siempre acompañada de alguna amiga (por lo general con Natalie, de quien Dexter no se fiaba), o invitaba a dos o tres y se dedicaban a hacer pines de solapa con cera fundida o «faldas de escoba», que se conseguían mojando una falda en un bote de tinte y enroscándola alrededor de un palo de escoba para que se secara. El resultado era poco menos que detestable.

—¿Viste a alguna estrella de cine anoche? —preguntó ella.

—Pues estaban Aline MacMahon y Wendy Barrie; y Joan Fontaine, que ha ganado un Oscar.

Le estaba haciendo la puñeta mencionando sólo a las chicas.

—¿Y nadie más?

—Bueno, vi de lejos a Gary Cooper. Bastante tarde.

Tabby dio una palmada.

—¿Y qué hacía?

—Estaba felizmente sentado junto a su mujer y procuraba que no le faltara el martini.

—Siempre dices lo mismo.

—Porque es la verdad.

Pero casi nunca era la verdad: Dexter no comentaba con nadie las cosas que veía a través de la ventana oculta de la segunda planta del local. Eso se lo dejaba al señor Winchell, su amigo y cliente habitual, que era un genio del arte de hablar sin decir nada.

—¿Alguien más?

Tabby quería saber de Victor Mature: el año anterior había ido con Natalie a ver *¿Quién mató a Vicky?*, y la visión de Mature en traje de baño se había revelado como una experiencia transformadora. Ahora sus fotografías sensibleras decoraban sus libros escolares, forrados con celofán.

—Sin rastro de Victor, si es a lo que te refieres —le dijo.

—No me refería a eso —respondió ella recatadamente—. Tiene cosas más importantes que hacer que salir de noche: se ha alistado en la guardia costera.

Años atrás, cuando todavía acostumbraba a levantarse pronto, Tabby acompañaba a Dexter casi cada mañana en el porche con su vaso de leche. Entonces a él lo impresionaba lo lista que era y la atención que dedicaba a los menores detalles, y había imaginado que algún día la implicaría en sus negocios (legales, desde luego). Pero sus esperanzas respecto de Tabby se habían ido diluyendo durante el último año, cuando ésta había empezado a peinarse como Veronica Lake y a pasar horas y horas con la tabla ouija. Y, sin embargo, de vez en cuando todavía se dejaba caer por el porche a primera hora de la mañana, como si cumpliera con un ritual.

—¿Qué planes tenemos para hoy, Tabs?

—No sé, haré algo con Natalie.

—¿Algo como qué?

—Como ir a ver una película, o tal vez vayamos de compras.

Por la forma calculada en que esquivó su mirada, Dexter comprendió que iba a haber chicos. Natalie estaba obsesionada con los chicos y Tabby se

había vuelto más guapa de lo que Dexter hubiera querido. No era que deseara que su hija única fuera fea, pero una belleza ostentosa era una invitación a la dependencia: habría preferido que tuviera una belleza sutil, visible sólo para quien se fijara. Tabby se había hecho un prendedor con una caja de aspirinas pintada con laca de uñas al que se refería como su «cajita de deseos». Al parecer, dentro había un deseo secreto escrito en un trozo de papel. La idea de que Tabby tuviera secretos con él lo irritaba un poco.

—¿Te apetece echar un vistazo? —le preguntó, ofreciéndole los prismáticos, pero ella negó con la cabeza. Luego sacó una lima y empezó a limarse las uñas—. ¿Puedes contestar, por favor?

—No, gracias, papá.

—Hay muchos barcos.

—Ya los veo.

—¿Cómo, si te estás mirando las uñas?

—Los veo cada día.

Dexter cogió los prismáticos y escrutó las bulliciosas aguas grisáceas buscando la torre de mando de un submarino. La red que cerraba los Narrows protegía la bahía Upper, pero hasta donde sabía Dexter, nada podía impedir que un submarino doblara Breezy Point, en el que se encontraba Fort Tilden, y se plantara donde el mar se topaba con las rocas, justo delante de su casa. A veces, observar el océano temiendo la llegada de un submarino era como estar esperándolo; como desearlo, incluso.

—Toma —dijo él, pasándole los prismáticos para tratar de sacarla de su ensimismamiento—: vigila que los alemanes no desembarquen como hicieron en Amagansett Beach.

—¿Por qué iban a hacerlo, papá? Aquí no hay nada que sea importante.

—¿Para ayudarte con tus uñas? Eso parece muy importante.

Tabby se envolvió bruscamente con su corta bata y volvió a meterse en casa. Dexter maldijo la vanidad de su hija y su propia impulsividad: era un punto flaco.

Vació su café frío sobre las rocas y entró en casa. Ya en su vestidor, se sacó la pistola que llevaba en la funda tobillera y la guardó en la vitrina que tenía para ese fin. Colgó sus pantalones y su chaqueta en el armario, echó su camisa sucia en un rincón y, de pie delante del lavamanos con sus calzoncillos Sulka, se lavó con agua fría. Luego entró en la penumbra de su dormitorio. La exuberante extensión de la cama que él y Harriet compartían era un clarísimo desplante frente a los dormitorios estilo barracón que preferían los ancestros puritanos de su mujer. La oyó y se metió en la cama

con ella. La luz del vestidor se reflejaba en los altos pómulos de Harriet y en sus labios sensuales: era muy guapa su Harriet, guapísima; ¿por qué había supuesto que su hija lo sería menos? Estaba siempre muy compuesta, incluso durmiendo: era tarea de Dexter que no lo estuviera tanto. Así había sido desde que ella tenía dieciséis años y le suplicaba que la dejara acompañarlo en sus correrías alcohólicas, que él había interrumpido para follársela a la luz de la luna en los campos de calabazas de Long Island, con los vestidos largos de debutante rebujados encima de la cabeza y llenos de hojas. Las tensiones de la noche se habían ido acumulando en su interior como caballos de carreras inquietos en el cajón de salida. Eso bastaba para espolearlo, siempre había bastado. Estaba encima de Harriet antes incluso de que ésta se despertara.

—Buenos días, cariño —dijo ella con aquella voz ronca que había sido tan desconcertante en su juventud, hasta que se hizo mayor con ella—. Qué despertar tan brusco.

—He tenido una noche muy larga —respondió Dexter.

A la mañana siguiente, antes de la misa, el nuevo sacerdote hizo un aparte con Dexter para hablar de la campana. Tenía una «grieta invisible», lo que no sólo afectaba a su sonido, sino que además podía romperse, caer y aplastar a un feligrés. El clero consideraba a Dexter una presa fácil cuando había que hacer mejoras en la iglesia, teniendo en cuenta que el pecado era inherente a su trabajo. Ya habían acudido a él por una losa desportillada del altar, para comprar túnicas nuevas para los niños del coro y ahora por aquella campana que a él le parecía que sonaba perfectamente. De hecho, no le habría importado que sonara mucho menos.

—Me sorprende, padre —dijo cuando se detuvieron frente a unos tupidos setos en el exterior de la iglesia de Santa Margarita—. Estamos hablando de una iglesia que no hace ni veinticinco años que se construyó.

—Durante la Depresión no le dimos ningún mantenimiento ni compramos prácticamente nada —murmuró el sacerdote.

—No es verdad: su predecesor, el padre Bertoli, me pidió fondos para ornamentos y para un cáliz nuevo, por no hablar de las estaciones del viacrucis.

—Su generosidad ha sido nuestro sostén —recitó el sacerdote bajando la mirada.

Dexter lo estudió bajo la luz implacable del sol: un hombre joven con ojeras y un rubor en las mejillas que no casaba con la estación del año; un

bebedor, seguramente. Beber era un hábito menos común entre los eclesiásticos espaguetis que entre los irlandeses, pero desde luego no resultaba incomprensible, teniendo en cuenta el celibato obligatorio. Dexter, que había forjado una carrera gracias al poder de los apetitos humanos, no podía más que negar con la cabeza ante la absurdidad de que Roma siguiera insistiendo en que sus curas no satisficieran el instinto más elemental de todos. Bertoli apostaba a los caballos: Dexter se había topado con él en dos ocasiones en el hipódromo de Belmont y una en el de Saratoga (cuando debería haber estado en un «retiro espiritual»). Lo habían trasladado a una ciudad sin hipódromos. Y ahora su sustituto, un borrachín, deseaba una bebida de mejor calidad que la que podía permitirse con la miseria que le pagaban; ¿quién podía culparlo por ello?

Dexter no prestó atención al sermón: la religión no le importaba un carajo. Se había relacionado con la parroquia de Santa Margarita para que sus suegros no pudieran obligarlo a acudir a la Iglesia Episcopal. Todos aquellos puritanos, ¡por Dios! Si tenía que pasar una hora en una iglesia, que fuera rodeado de la sangre y el olor a incienso del catolicismo. Además, la misa siempre era un momento perfecto para reflexionar sobre asuntos de negocios. Aquel día se preguntaba qué debía hacer con Hugh Mackey, el crupier cargado de deudas que intentaba chantajear a Heels. Este último era el gánster más afable del mundo hasta que se cabreaba, y estaba empezando a cabrearse.

Después de la misa y de las ineludibles charlas entre vecinos delante de la iglesia, Dexter metió a toda su familia en el Cadillac y emprendió el largo trayecto hasta la casa de sus suegros en Sutton Place. Apenas había arrancado cuando los gemelos se lanzaron a hacer esgrima con unas ramas.

—¡Papá! —gritó Tabby—. ¡Diles que paren!

—¡Chicos! —exclamó Dexter con voz imperativa.

Los niños pararon en seco. Entre ambos circulaba siempre una corriente de diversión, algo así como un telégrafo.

—Ayer, en el club de caza —dijo Tabby—, se pusieron a jugar a la raqueta en la terraza y fueron los clientes quienes tuvieron que obligarlos a parar.

—No seas chivata —le espetó Harriet.

—No estábamos molestando —dijo John-Martin con tono resentido.

Por razones que a Dexter se le escapaban, a sus hijos les gustaba participar en concursos promocionales que, por lo general, se organizaban en los cines. Bailaban claqué, hacían saltos mortales, se colgaban boca abajo de algún barrote o silbaban a través de los dientes. Cuando tenían suerte, volvían

a casa con cornetas, armónicas o patines: juguetes que ya tenían o que él les habría podido comprar fácilmente. Dexter temía que fueran poco serios por naturaleza.

—El club de caza no considera que el frontón sea un deporte, ¿no? —preguntó sin poder evitar chincar a su mujer—. ¿No está en la misma categoría que las carreras de vallas?

—Hace años que no hay carreras —dijo ella—, lo sabes perfectamente.

De pequeña, Harriet había ido a esas carreras hípicas con su madre, que esperaba que su hija encontrara un marido con el pedigrí apropiado, idealmente algún británico de visita para asistir a los partidos entre Oxford-Cambridge y Rockaway. En un principio, Harriet había descrito a las asistentes al Club de Caza de Rockaway como «Un puñado de antiguallas empinando el codo y mirando lascivamente a los jugadores de polo»; más tarde ella y Dexter, en sus contadas visitas, se habían propuesto hacer valer sus votos matrimoniales por lo menos en un rincón nuevo cada vez. Pero, últimamente, Harriet había cogido un cariño inexplicable a aquel lugar: iba a menudo, se tomaba *pink ladies* con las mismas antiguallas de las que se había burlado en su día y escuchaba sus historias seniles de cuando eran debutantes y habían conocido a la reina Victoria. Incluso había empezado a jugar al golf, y todo eso molestaba a Dexter de un modo que no lograba definir.

—No deberíamos haber ido —refunfuñó John-Martin—: no encajamos.

—Juega al polo —dijo Dexter—, ya verás como encajas.

—No tenemos caballos —le recordó Phillip.

Los padres de Harriet se sentaban frente a frente en los extremos opuestos de una larga mesa en un comedor con vistas al East River, justo al sur de Hell Gate, donde el río desembocaba en el estuario de Long Island. Beth Berringer tenía la clásica cara de antigualla: un delta con infinidad de afluentes y ríos tributarios, todos ellos reseco, unido a la quijada reactiva de un dóberman. Era la única capaz de obligar a su marido a detenerse o a actuar con un parpadeo de sus ojos azules. Su hijo y sus tres hijas estaban siempre presentes, junto con sus cónyuges y parte de los catorce nietos que les habían dado entre todos, algunos de los cuales iban ya a la universidad. Dos criadas rumanas (Beth Berringer prefería a la servidumbre de ese origen) cortaron y sirvieron un asado. Arthur bendijo la mesa y acto seguido todo el mundo se puso a masticar entre un silencio sólo perturbado por el ruido del tráfico fluvial del East River... hasta que las voces de los niños rompieron la paz.

Después de bañar en nata un crujiente de manzana y comérselo, las mujeres se levantaron de la mesa y se retiraron a la cocina y la biblioteca; los niños, a la sala de juegos y los dormitorios. Sólo quedaron los hombres, que se distribuyeron alrededor de Arthur en la formación habitual: su único hijo, Arthur Jr. (al que todos llamaban Cooper), a su derecha y Dexter a su izquierda. Ambos estaban flanqueados por los dos otros yernos: George Porter, cirujano, junto a Dexter, y Henry Foster, maestro de colegio, junto a Cooper. Así empezaba una hora de conversación que Dexter llevaba toda la semana esperando.

Se dio cuenta de que Tabby estaba ociosa junto a las puertas correderas de la cocina.

—Ven, Tabs —la llamó tras pedir la aprobación del patriarca con un gesto—, siéntate un rato con nosotros.

Colocó una silla más en la esquina, entre la suya y la de Arthur. Tabby se sentó y tosió discretamente al sumergirse en la nata de humo generada por el cigarrillo de Cooper, la pipa del viejo y el puro de George Porter. Dexter y Henry Foster no fumaban: ése era el único rasgo que Dexter compartía con el maestro, que vestía un traje de tweed remendado y conducía un destartalado Tin Lizzie.

Arthur sirvió un vaso de oporto para cada uno. Había ido a parar a la banca después de retirarse de la Marina (había sido contraalmirante en la Gran Guerra), pero su erguida postura de militar no bastaba para que pareciera más alto que el promedio. Tenía las manos pequeñas y sonrosadas y el pelo ralo y canoso; vestía bien (en Brooks Brothers), pero no tanto como habría podido (en Savile Row); conducía un Plymouth de 1939 de color barro. Aquel hombre de apariencia anodina destilaba, sin embargo, más vitalidad de la que Dexter hubiera encontrado en ningún otro: admiraba a su suegro sin reservas.

—Y bien, chicos —dijo el viejo, ignorando a Tabby—. ¿Qué se cuenta por ahí?

No se refería a los periódicos. El viejo había conocido a Roosevelt cuando era gobernador y viajaba a menudo a Washington, donde había trabajado con bonos de guerra y colaborado en la creación de la Ley de Préstamo y Arriendo. Sus amigos íntimos comandaban flotas en el ejército. En otras palabras, Arthur Berringer sabía muchas cosas, pero era consciente de que sus contactos encopetados lo apartaban de la mejor parte de la experiencia humana.

Henry Foster empezó con varias noticias del pueblo de Westchester donde se encontraba su escuela secundaria, la Academia Alton: una mujer se había convencido de que la familia que vivía en la casa de al lado (vecinos desde hacía ocho años) era en realidad un grupo de espías alemanes que se hacían pasar por estadounidenses.

—Pensaba que ellos disimulaban su acento, incluso los niños —dijo—. Según ella, «se les oía el alemán de fondo». La tuvieron que ingresar en un manicomio.

—¿Qué opinas? —preguntó el viejo a George Porter, el cirujano.

—El efecto del estrés de la guerra sobre una mente frágil —contestó George—. Puede que se recupere.

Dexter se fijó en la reacción de Tabby, pero ésta mantuvo la cabeza gacha mientras le quitaba la cáscara a una rodaja de limón.

—¿Y si los vecinos son realmente alemanes? —sugirió Cooper, lo que hizo que su padre diera un respingo.

—Vamos a tener que abrir la academia por Acción de Gracias —siguió diciendo Henry—. Con los maridos en Europa, muchas madres han tenido que ponerse a trabajar... y algunos chicos no tienen adónde ir.

Con la esperanza de despertar el interés de Tabby, Dexter intervino:

—Han venido al club un par de chicas que trabajan en el arsenal naval, en Brooklyn, una como soldadora y otra como fontanera. Y al parecer son varios cientos en total.

El viejo parecía escéptico.

—¿Cientos?

—Parece peligroso —dijo Cooper mirando a su padre, aunque no quedó claro si creía que era peligroso para las chicas o para el mundo. Lo más probable era que ni él mismo lo supiera. Era una versión más débil y mucho menos inteligente de su padre: la personificación de todas las limitaciones de su estirpe. Y el viejo lo sabía: era imposible que no lo supiera con Cooper trabajando para él en el banco. En los momentos de decepción entre padre e hijo, Dexter tomaba consciencia de la naturalidad y la fuerza del vínculo que lo unía a su suegro. Cooper nunca contaría a Arthur Berringer nada que éste no supiera ya, mientras que Dexter veía y sabía cosas de las que el viejo no hubiera podido enterarse por otra vía sin comprometer su buen nombre. Él estaba más cerca de la tierra, de sus sales y minerales, de lo que los Berringer lo habían estado en muchas generaciones. Y era el único yerno que no había necesitado un solo centavo de la fortuna del viejo.

—Pues no sé, Coop —dijo su padre en tono afectuoso—, ¿por qué peligroso?

—Las chicas no tienen práctica construyendo barcos.

Tabby se fijó en la reacción de su abuelo, pero el viejo ni siquiera la miró. Era un defecto de la gente de su generación: no tenían ni idea de lo que valían las mujeres.

—Y esas chicas, ¿eran muy masculinas? —preguntó George Porter a Dexter mientras reía por lo bajo. George iba a menudo al Moonshine con su mujer, la bruja de Regina, hermana mayor de Harriet, en su Duesenberg de 1923 renovado y pintado de amarillo. Gracias a su ventana oculta, Dexter sabía que el sofisticado doctor llevaba también a otras mujeres, y George, a su vez, tenía claro que Dexter conocía sus malos pasos: todo eso hacía que su relación fuera más estrecha.

—Eran chicas normales y corrientes —dijo Dexter—, como las que se ven en los restaurantes de autoservicio a la hora de comer.

—Yo no voy a esos restaurantes —dijo el viejo—. Ilústranos, por favor.

Haber duplicado a la señorita Feeney empezaba a complicar las cosas. Lo había hecho instintivamente, por un mero deseo de evitar cualquier especulación acerca de su fidelidad: una cosa era que George Porter, hijo de un pastor y descendiente de una familia de abolengo, engañara discretamente a su mujer y otra que Dexter gozara de tanto margen. La promesa de que le sería fiel a Harriet había sido una condición indispensable para recibir la bendición del viejo, y Dexter se la había dado con mucho gusto. En ese sentido, como en tantos otros, su suegro le había hecho un favor: correr tras las faldas era un hábito tan nocivo como darse a la bebida o las drogas, a juzgar por el caos que Dexter había visto que causaba en la vida de otros hombres.

—Veintipocos... Pelo negro, nombres irlandeses —dijo—. Chicas sanas, majas, nada modernas.

—Lo bastante modernas como para ir al Moonshine —señaló Henry Foster, que no visitaba los clubes nocturnos.

—Se las veía un poco fuera de lugar —reflexionó Dexter—. Irían con alguien, imagino.

—Parece que fueran idénticas —dijo su suegro con una carcajada—. ¿Estás seguro de que no eran gemelas?

Dexter se ruborizó.

—Supongo que no me fijé demasiado.

—Oye, ¿por qué no llamo al comandante del arsenal naval? —propuso el viejo—. Estuvimos juntos en Filipinas. Podríamos organizar una visita cuando Grady regrese de Annapolis.

—¡Sí! —exclamó Tabby con un entusiasmo que los pilló a todos por sorpresa—. ¡Por favor, abuelo! Me encantaría ver el arsenal naval.

Dexter estuvo a punto de derretirse de sorpresa y orgullo.

—¿Cuándo vendrá Grady? ¿Por Acción de Gracias? —preguntó el viejo a Cooper.

Aquel nombre los predisponía positivamente a todos: a Cooper porque Grady era la joya más reluciente de su anodina existencia, y al resto ¿por qué? El chico, el mayor de los nietos Berringer, desprendía un aura radiante, como si todo el ingenio y la astucia del viejo, su don de gentes, hubieran eludido a Cooper para reaparecer de forma electrizante en su hijo mayor. Grady parecía predestinado a lograr grandes cosas, como se suele decir, e incluso Dexter envidiaba a Cooper aquel hijo.

—El martes antes de Acción de Gracias —dijo Cooper hinchándose un poco, como siempre que hablaba de Grady—, pero está muy ocupado con la graduación anticipada. Tendré que preguntar a Marsha.

—El miércoles antes de Acción de Gracias, entonces —dijo el viejo, ignorando las evasivas de su hijo—. Llamaré al almirante mañana por la mañana. Vendrás, ¿verdad, Tabatha?

Su nombre sonó extrañamente formal en los labios de su abuelo.

—Sí, abuelo —respondió ella, más calmada después de su explosión—, me gustaría mucho.

—Yo me temo que tendré que quedarme en Alton —dijo Henry—, pero estoy seguro de que a Bitsy le encantaría ir si alguien puede pasar a buscarla por la estación.

—Cuenta con ello —dijo Dexter, para alivio de Henry. Bitsy, la hermana pequeña de Harriet, había sido la esposa ideal para un maestro de escuela hasta ocho meses antes, cuando, después del nacimiento de su cuarto hijo, había empezado a mostrarse «ansiosa», en palabras del propio Henry. Ahora estudiaba ruso con un tutor particular y recitaba pasajes de Pushkin. Decía que quería viajar por el mundo y vivir en una *yurta*. El pobre Henry no sabía qué hacer.

Las hijas de George, Edith y Olive, a cuál más insulsa, merodeaban junto a la puerta con madejas de lana de color barro colgando de sus agujas de coser: algo para los soldados.

—Te estamos esperando —recriminó Olive a Tabby, que se levantó y se marchó con ellas. Dexter se regodeó en la maravillosa certeza de que su hija había hecho un buen papel.

—¿Y tú, Arthur? —preguntó a su suegro cuando las chicas se hubieron marchado—. ¿Qué has oído por ahí?

—Bueno, a diferencia de ustedes, caballeros, yo no hago nada más que escuchar detrás de las puertas —dijo el viejo—, y lo que he oído me hace pensar que se prepara algo inminente. Con nosotros a la vanguardia.

Los demás tardaron un momento en asimilar la noticia. Incluso Cooper comprendió que el viejo se refería a un ataque.

—¿En Europa o en Asia, papá? —preguntó.

—Ningún comandante digno de su rango revelaría una información así —respondió el viejo con brusquedad—. Y, naturalmente, existen más opciones que esas dos.

Dexter supuso que se refería al norte de África, donde los británicos finalmente parecían estar armándose de coraje para plantar cara a Rommel.

—Necesitamos la experiencia de la batalla —dijo como si reflexionara.

El viejo lo miró de reojo.

—Exacto.

Si era cierto, resultaba embriagador disponer de una información así de antemano. De momento, todo lo que Arthur Berringer les había contado había sido cierto. Dexter solía preguntarse por qué el viejo compartía información tan sensible con personas como Cooper, que no tenía inteligencia ni criterio; o con Dexter, que operaba siempre a ambos lados de la ley. Se le había ocurrido que a lo mejor su suegro les brindaba información falsa para ponerlos a prueba, o tal vez para usarlos como altavoces de los rumores que le interesaba propagar. Pero Dexter nunca había repetido ni una de sus palabras: tal era el poder que el viejo tenía sobre él. Y ahí estaba la respuesta: Arthur Berringer compartía sus confidencias con su hijo y sus yernos por la misma razón que Dexter siempre dejaba la puerta de su casa abierta: porque tenía el poder de obligarlos a ser leales. Pero mientras que el poder de Dexter derivaba de la fuerza física, el del viejo se había ido destilando hasta la abstracción. Los Berringer ya llevaban sombrero de copa a la ópera cuando los antepasados de Dexter todavía copulaban detrás de balas de paja en Europa. A Dexter le gustaba pensar que un día su propio poder se habría refinado tanto que sería translúcido, sin el rastro de la sangre y la tierra que lo habían producido.

—Los Aliados ganarán esta guerra —dijo el viejo.

—¿No es una afirmación un poco... prematura? —preguntó George.

—Bueno, no se lo diría a cualquiera —respondió el viejo—, pero para mí es un hecho.

—Dudo mucho que la Marina lo vea así, papá —dijo Cooper.

—No es trabajo de la Marina verlo así, hijo. Ni del ejército, ni de la guardia costera. Su trabajo es ganar. En cambio, el trabajo de los banqueros es anticipar... Es decir, el segundo trabajo, después de haber financiado la guerra.

Para Arthur Berringer, todos los logros de la humanidad, desde las conquistas romanas hasta la independencia estadounidense, eran acontecimientos subordinados a alguna maquinación urdida por banqueros (impuestos en el primer caso, la compra de Luisiana en el segundo). Como toda pasión, ésta generaba siempre un reguero de suspiros de hartazgo por parte de los miembros de su familia. Pero no de Dexter: a él le fascinaba pensar en la existencia de una verdad oscura que se ocultaba detrás de la verdad evidente y emanaba alegóricamente de ésta. Por lo mismo, ya a los quince años le habían intrigado los dos hombres que cada tercer lunes de mes iban a ver a su padre a su restaurante de Coney Island y un tercero que lo visitaba con menos frecuencia, ataviado siempre con polainas nuevas y un pañuelo rojo asomando por el bolsillo de la camisa, y al que el padre de Dexter no permitía que nadie sino él sirviera brandy.

La mirada ausente de su padre después de aquellas visitas revelaba humillación y rabia, y Dexter sabía que no debía preguntarle qué querían. Pero él se sentía atraído por aquellos hombres: la llama de un sentimiento sombrío en sus ojos, el poderío de sus manos cuando le daban una palmada o un bofetón. Con el anhelo de ganarse su favor, les rellenaba los vasos y merodeaba cerca de sus mesas cuando su padre no miraba. Poco a poco, con una consciencia animal carente de palabras, se fueron percatando de su existencia. Más tarde, cuando los soldados que habían luchado en la Gran Guerra fueron regresando a casa, Dexter reconoció en sus miradas extraviadas y en sus gestos soñolientos lo mismo que había admirado en los hombres del señor Q, pero para entonces ya sabía lo que aquellas expresiones revelaban: proximidad con la violencia.

—Obviamente —añadió Arthur riéndose—, desde la Depresión los banqueros hemos gozado del tiempo libre y de... la soledad, por así decirlo, necesarios para pensar en el futuro. La Guerra Civil nos legó un gobierno federal, la Gran Guerra nos convirtió en un país acreedor. Como banqueros, debemos anticipar qué cambios nos deparará esta guerra.

—¿Y cuál es tu previsión? —preguntó Henry, que no se fiaba de Roosevelt.

El viejo se inclinó hacia delante y respiró hondo.

—Veo este país alcanzando cotas a las que ningún otro ha llegado jamás —dijo—; ni los romanos, ni Carlomagno, ni Genghis Khan, ni los Tártaros, ni la Francia napoleónica. ¡Ja! Me miráis todos como si tuviera un pie en el loquero. «¿Cómo es posible?», os preguntáis. Porque nuestro dominio no será fruto de subyugar a los pueblos: saldremos de esta guerra victoriosos e indemnes y nos convertiremos en los banqueros del mundo. Exportaremos nuestros sueños, nuestro idioma, nuestra cultura, nuestra forma de vida. Y todo eso resultará irresistible.

Mientras lo escuchaba, Dexter sentía cómo un oscuro paraguas de preocupación se iba abriendo en su interior. Llevaba más de dos décadas siendo soldado, respetando la cadena de mando para garantizar la prosperidad y la vitalidad de la organización a la que servía: un gobierno en la sombra, un país en la sombra. Una tribu. Un clan. Y ahora, de pronto, todos eran estadounidenses: el enemigo común había provocado extraños compañeros de cama. Corría el rumor de que Lucky Luciano había llegado a un acuerdo con los federales desde su celda para extirpar a los simpatizantes de Mussolini del litoral; ¿cuál sería el lugar de Dexter cuando la guerra terminara?

—Yo ya no participaré demasiado en todo esto —continuó Arthur Berringer—: seré demasiado viejo para recoger los frutos —añadió, y acalló el murmullo de objeciones con sólo un gesto de la mano—. Será para vosotros, hijos míos; para vosotros y los vuestros. Aseguraos de estar preparados.

Su tono era informal, como si les recordara que su ferri estaba a punto de zarpar. En el silencio que se produjo a continuación, Dexter oyó un pulso rápido y vacilante, como un reloj desacompasado: su propio pulso, supuso.

El viejo apoyó las manos en la mesa y se levantó. La comida había terminado. En la sala flotaba una densa nube de humo. Los hombres se dieron la mano y se dispersaron entre un jolgorio de voces femeninas e infantiles.

La conversación dejó en Dexter una sensación de incomodidad acompañada por un deseo de marcharse a toda velocidad a través de carreteras desiertas hacia su casa. Una cena ligera, sopa y tostadas, y luego el drama policíaco que escuchaban todos juntos en la radio en lo que ya se había convertido en un ritual dominical. Y luego, a dormir: un sueño largo, profundo, aniquilador, que compensara lo poco que dormía entre semana.

Estaba buscando a Harriet cuando su hermana pequeña, Bitsy, salió precipitadamente de la biblioteca, cerró la puerta de golpe y a punto estuvo de chocar con Dexter al cruzarse con él. Al cabo de un momento salieron Harriet y Regina con aspecto de estar alteradas.

—Alguien tiene que encargarse de ella —dijo Regina—: el pobre Henry está desbordado.

—Se ha presentado voluntaria para tener citas con soldados —le explicó Harriet a Dexter.

—¿Perdón?

—Ya sabes, para enseñarles la ciudad —aclaró Regina—: el tipo de servicio a la nación que pueden prestar ciertas chicas de veinte años, ¡pero no una esposa de Westchester con cuatro hijos!

—Debemos encontrar la forma de impedirselo —dijo Harriet.

Se le hacía extraño ver a su mujer chismorreando con la mandona de su hermana mayor cuando durante tanto tiempo había sido Harriet la diana de los chismorreos de sus hermanas. Su mujer tenía un aspecto casi puritano con aquel vestido de cuello alto, y no era un pensamiento que acostumbrara a tener en relación con ella.

—Al coche —dijo.

Tabby, que tejía sin ganas junto a Olive y Edith, se levantó de inmediato, ansiosa por marcharse. Faltaban los gemelos, a quienes nadie había visto desde hacía horas. Los demás nietos se pusieron a buscarlos y revolvieron toda la casa, abriendo armarios con espejos viejos en las puertas y mirando debajo de las camas.

—¡Phillip! ¡John-Maaartiin!

Era perfectamente posible que estuvieran escondidos, y Dexter casi tuvo ganas de que fuera así para poder propinarles una zurra.

Desde la planta de arriba, y a través de una ventana trasera, vio un petrolero que se dirigía lentamente hacia el sur desde el estuario de Long Island. Una vez más oyó aquel golpeteo como el latido de un corazón desbocado. No había sido su imaginación: era un sonido real. Dexter lo siguió hasta la parte delantera de la casa y miró por una ventana que daba a la avenida York.

Ahí estaban los gemelos, golpeando aquellas bolitas rojas con sus palas con cara de concentración.

Pam-pa-pa, pam-pa-pa, pam-pa-pa, pam-pa-pa...

Todo ese tiempo habían estado jugando a frontón.

Dexter no pudo evitar sonreír.

8

Mientras conducía hacia su casa, la última y la más grande de una calle sin salida que iba a dar al mar, Dexter dejó atrás un Dodge *coupédecrépito* aparcado junto a la acera. Sentado al volante iba un hombre solo.

A Dexter el coche no le pareció conocido en absoluto, no volvió la cabeza, ni siquiera miró por el retrovisor, pero, instintivamente, algo en su interior se puso tenso y alerta. En aquella manzana nunca aparcaban coches desconocidos, nunca había niños jugando en la calle y nadie lo visitaba en casa sin llevar a la familia.

—¿Qué pasa? —preguntó Harriet.

—Nada.

Su mujer se limitó a enarcar una ceja y tampoco miró hacia atrás.

Ya en casa, Dexter fue directamente al vestidor, abrió la vitrina donde guardaba la pistola y la metió en la funda tobillera, que se ató a la pantorrilla. Después subió a la planta de arriba. Faltaba poco para que sonara el timbre de la puerta y quería montar un retablo familiar que diera a entender al visitante que aquél no era el momento ni el lugar para el negocio que lo había llevado hasta allí, fuera el que fuese.

Los gemelos estaban en el salón, jugando a hacer construcciones con Lincoln Logs. Dexter se sentó apresuradamente en un sillón con el *New York Journal-American* y un fajo de cómics dominicales.

—Chicos, venid aquí —les dijo—, os voy a leer las tiras cómicas.

La perplejidad de sus caras mientras se acercaban a la butaca hizo que Dexter se diera cuenta de que hacía bastante que no les leía tiras cómicas, seguramente más de un año. En ese tiempo habían crecido mucho, sobre todo John-Martin. Bueno, sólo tenía que leerles hasta que sonara el timbre. Dexter se sentó a sus hijos en el regazo y éstos se echaron sobre su pecho dejándolo sin aliento por un momento. No era fácil sujetar a los dos chicos y el *Journal-American* a la vez, y cuando lo lograba le resultaba imposible ver la historieta, pero persistió y acabó leyendo *El príncipe valiente* a través de una estrecha abertura entre sus cuellos. Cuando los niños empezaron a retorcerse y a reír, la inexpugnable afinidad entre ambos irritó a Dexter, como siempre. Les ordenó que se callaran y acto seguido impostó una voz alegre para leer *Zebulón y su familia*. Los gemelos adoptaron una actitud huraña, tolerándolo y poco más. Dexter clavó la mirada en la puerta principal: la rabia hacia aquel

intruso por perturbar su paz dominical se mezclaba con la impaciencia por su tardanza en aparecer.

A final sonó el timbre. Tras hacerlo esperar lo justo, Harriet abrió la puerta y saludó empleando un tono impecable. Dexter saboreó la pequeña satisfacción de poder presentar exactamente la imagen que deseaba, pero poco importó: incluso desde el umbral, resultaba evidente que aquel hombre estaba ciego de preocupación. De hecho, ni siquiera reparó en aquella escena de intimidad paternofilial.

Dexter dejó marcharse a sus hijos, que se dispersaron aliviados, y fue a saludar a su invitado. Era un hombre demacrado, casi esquelético, con una cara peculiar (extrañamente alargada, con una boca ancha y ojos en forma de media luna) que tal vez habría parecido más natural maquillada de payaso. Dexter lo ubicó de inmediato.

—Qué gran sorpresa, señor Mackey —dijo en un tono que cualquiera que lo conociera habría identificado como de reprimenda y advertencia, y estrechó la mano fría y pesada de Hugh Mackey—. ¿Qué lo trae por aquí sin su mujer?

—Está visitando a su madre —respondió Mackey, haciendo un esfuerzo.

—Pronto será la hora de la cena —dijo Dexter fríamente—. Imagino que no querrá acompañarnos.

Mackey le dirigió una mirada que traslucía estrés y aflicción: la mirada de un hombre tan desesperado que había perdido la capacidad de comportarse como era debido. Ni siquiera se había quitado el sombrero.

—No, no puedo quedarme —indicó—, pero necesito hablar con usted. Fui a verlo al club de Manhattan la semana pasada y no me dejaron entrar.

Dexter sólo pensaba en cómo podía echar a aquel hombre de su casa. Su simple presencia allí era una profanación: podría haber meado en la sala y difícilmente habría empeorado las cosas.

—Le he prometido a mi hija un paseo por la playa —dijo Dexter—, ¿por qué no nos acompaña?

Mackey le lanzó una mirada hostil. A Dexter lo exasperaban particularmente quienes rechazaban ese juego de prestidigitación que ocultaba el mundo de las sombras bajo el otro, el que estaba a la vista de todos. Mantener las apariencias importaba tanto (o más) que cualquier verdad subyacente: lo que quedaba oculto podía ir y venir, pero lo que salía a la superficie quedaba grabado en la memoria de todos.

Podía echar a aquel hombre, obligarlo a marcharse como un perro escaldado. Él mismo parecía estar esperando justo eso, a juzgar por su aspecto

desolado. Pero quién sabía qué haría Hugh Mackey a continuación. No: un paseo era la mejor solución, sacarlo de casa. Estaba a punto de ponerse el sol.

Lo dejó en la sala con Harriet, subió a la planta de arriba y llamó a la puerta del dormitorio de Tabby. La encontró sentada frente al tocador que le habían regalado por su decimosexto aniversario. Una hilera de bombillas eléctricas rodeaba el espejo y creaba la ilusión de que quien se miraba era una estrella de Hollywood. Aquel mueble recalcaba todos los rasgos negativos de la personalidad femenina.

—Tabby —dijo Dexter bruscamente—, salgamos a dar una vuelta.

—No me apetece, papá.

Dexter respiró hondo, reprimió su impaciencia y se puso en cuclillas junto a la chica. El calor que desprendían las bombillas del espejo exacerbaba el olor floral de los polvos (marca Charles of the Ritz, si mal no recordaba) que le habían regalado junto con el tocador.

—Te estoy pidiendo un favor —dijo—. Necesito tu ayuda. —La curiosidad de ella era un pozo cuya agua a menudo parecía encontrarse a gran profundidad, pero al pronunciar la palabra «ayuda», Dexter oyó un chapoteo—. Ha venido un hombre, un socio mío, que está... enfadado por algo. Si nos acompañas a la playa, no podrá quejarse.

—¿Porque yo estaré ahí?

—Eso es.

Tabby se levantó del tocador y desapareció dentro de su armario empotrado (o «vestidor», como lo llamaba últimamente). Al cabo de unos minutos volvió a aparecer con una colorida falda de patchwork, un jersey de lana de punto trenzado y una gorra de marinero. Al parecer, había concluido que su misión requería todo su encanto.

Encontraron a Harriet y a Hugh Mackey sentados en silencio en la sala. Mackey observaba el mar a través de la ventana.

—Mi hija, Tabatha —dijo Dexter haciendo las presentaciones. Mackey se volvió hacia la chica con una mirada de cansancio, como si estudiara un peso con el que no tenía más remedio que cargar. Era incapaz de comportarse, se negaba a ello.

Salieron de casa y enfilaron el camino que llevaba a la playa. Dexter se aseguró de que Tabby se colocara entre él y Mackey. Bajo el cielo cambiante, la arena tenía un aspecto inusualmente blanco, casi lunar. Normalmente, Dexter no habría abandonado el camino, pero Tabby se acercó al mar y él la siguió por la arena.

—Quítate los zapatos, papá —pidió—. No está tan fría.

Tabby se había quitado los suyos, unas zapatillas de estar por casa, y Dexter se dio cuenta de que uno de los motivos de su cambio de ropa había sido sacarse las medias de lana para poder ir descalza: al fin y al cabo estaban en la playa. Sus pies estrechos se veían blanquísimos sobre la arena, y Dexter también tuvo ganas de descalzarse, pero se acordó de la pistola que llevaba en el tobillo.

—Te creo, Tabs —dijo—, pero me los voy a dejar puestos.

Tabby no sugirió que Mackey se quitara los zapatos: viendo su cara de payaso cansado se hacía difícil creer siquiera que tuviera pies.

En la playa el silencio no existía. El viento, las gaviotas y el rumor de las olas llenaban todos los vacíos de su conversación. A lo lejos se veían barcos que avanzaban hacia Breezy Point con los faros apagados. Dexter empezó a relajarse. Intuía que Mackey trataba de encontrar la forma de exponer su caso, pero el obstáculo de Tabby se lo impedía. Caminaron hacia el este y la oscuridad. Tabby se adelantó dando saltitos y Mackey aprovechó el momento.

—Mi posición se ha vuelto bastante difícil, señor Styles —dijo con voz aguda.

—Siento oírlo.

Tabby se detuvo un instante y Dexter se apresuró a atraparla de nuevo. Sentía que Mackey buscaba el modo de canalizar la enormidad de su descontento en un lenguaje que no perturbara la superficie plácida de aquel paseo por la playa.

—Las cosas no pueden seguir así, señor Styles —insistió, ahora en un tono más afable, pues Tabby lo oía todo.

—No, supongo que no —repuso Dexter.

—Ya se lo digo yo —siguió Mackey—: es imposible.

Dexter se quedó mudo ante aquella ofensa, pero con Tabby presente no tuvo más remedio que responder en el mismo tono afable que había usado Mackey.

—Me temo que este asunto está fuera de mi control, señor Mackey —dijo—. Deben resolverlo entre usted y el señor Healey.

—El señor Healey y yo no nos entendemos.

Su voz, al mismo tiempo persuasiva, dolida y amenazante, irritaba a Dexter.

—Conozco al señor Healey desde hace veinte años —dijo— y nunca, ni una sola vez en todo este tiempo, se ha presentado en mi casa un domingo.

—¿Qué otra cosa podía hacer?

El intercambio tenía un tono informal, como si hablaran de resultados de béisbol. Dexter se colocó entre su hija y Mackey y añadió de forma tajante, con el objetivo de poner fin a la conversación:

—No puedo ayudarlo, señor Mackey.

—A lo mejor le valdría la pena intentarlo —repuso Mackey— para ahorrarse problemas en el futuro.

—¿Problemas? —preguntó Dexter en tono jovial. Tabby le había dado la mano; la sintió fría y delicada como un brazalete.

—Yo sé lo que sé —dijo Mackey—, pero no sé qué diría otra gente si también lo supiera.

Bajo el ala del sombrero, los tímidos ojos del hombre miraban al este, donde la oscuridad se cernía. Dexter percibió un pitido en los oídos. Le dieron ganas de escupir en la arena. A través de la luz crepuscular, vio los últimos rastros de sol poniente reflejados sobre la verja del centro de entrenamiento de la guardia costera. De pronto comprendió que sólo había una solución posible.

—Veré qué puedo hacer —logró contestar.

—Caramba, me alegro mucho de oír eso. Estoy... aliviado —aseguró Mackey—. Muchas gracias, señor Styles.

—No hay de qué.

Dexter también estaba aliviado. La única molestia era estar todavía en la playa con Mackey. De haber previsto aquella conclusión, habría actuado de otra forma, nunca habría involucrado a Tabby.

—Mirad lo que he encontrado —dijo ella mostrándoles una concha de vieira. Era de color naranja claro. La sostuvo contra el cielo y examinó su contorno ondulado.

—Vaya, qué preciosidad —declaró Mackey.

—Volvamos —propuso Dexter.

Al dar media vuelta, descubrieron una fiesta en el cielo poniente: estelas de un rosa estridente, como restos de fuegos artificiales. La arena también se veía rosa, como si hubiera absorbido la luz de la puesta de sol y la estuviera liberando poco a poco.

—Caray, ¿habéis visto eso? —exclamó Mackey absorto en el cielo. Parecía un hombre distinto ahora que había vaciado el buche y obtenido una respuesta tranquilizadora.

—¿No es increíble? —dijo Tabby.

Dexter intentó colocarse entre ambos: no quería que hablaran más, pero Tabby no se separaba de Mackey, alentada acaso por su cambio de humor.

—¿Tiene usted hijos, señor Mackey? —preguntó Tabby.

—Una hija, Liza, más o menos de tu edad —respondió él—. Le gusta Tyrone Power. Dicen que va a sacar una nueva película pronto, *El cisne negro*, y le he prometido que la llevaría a verla. ¿A ti te gusta Tyrone Power?

—Ya lo creo —respondió Tabby—, y Victor Mature también estrena película este mes, *Un permiso de siete días*: la filmó justo antes de alistarse a la guardia costera.

Dexter escuchaba como desde la distancia, sin apartar los ojos del espectáculo inquietante del cielo. Que Mackey hubiera mencionado a una hija no despertó ningún tipo de compasión por su parte, sino todo lo contrario. Si era padre de familia, era doblemente irresponsable por haber roto unas reglas que en el mundo de las sombras todos se sabían como el catecismo. No había excepciones. Era increíble lo mucho que les costaba a algunos metérselo en la cabeza, siempre creyendo que ellos eran la excepción.

Mackey era una rata. A su familia le iría mejor sin él, sobre todo viendo lo poco que se había esforzado para protegerla. Dexter lo dejaría en manos de Heels y sus chicos. Lo tenía tan claro como si ya hubiera sucedido; de hecho, había sucedido ya, desde el momento en que él había tomado la decisión.

—Yo tengo un primo, Grady, en la escuela naval —estaba diciendo Tabby.

—Vaya, un universitario. Mi hijo está en el ejército.

—Teóricamente tenía que licenciarse el próximo junio, pero ahora lo han avanzado a noviembre... La Marina necesita más oficiales.

—Sí, no me extraña, con la de chicos que están mandando a las islas Salomón.

Dexter quería que Tabby se alejara de aquel tipo horrible, de aquel bocazas, pero una distancia exasperante los separaba aún de su casa. Harriet había cerrado las cortinas opacas y parecía que nadie viviera allí.

—Oye, ¿sabes lo que voy a hacer? —dijo de pronto Mackey, dirigiéndose a Tabby—. Creo que yo también me voy a quitar los zapatos.

—¡Sí, genial! —exclamó Tabby aplaudiendo.

—Tenemos que volver —murmuró Dexter, pero entre su hija y Mackey se había formado una entente que no podía romper.

Mackey se sentó en la arena, se arremangó el pantalón y a continuación, metódicamente, como si intentara ganar tiempo, se quitó los calcetines. Tabby sonrió a Dexter. Debía de creer que había cumplido a la perfección con su cometido, pues no había habido ninguna discusión.

Durante el rato interminable que Mackey tardó en quitarse los calcetines, las manchas rosadas desaparecieron del cielo como si alguien las hubiera apartado de encima de una mesa. Quedó un azul verdoso tan cristalino y puro que parecía que fuera a tintinear si le dabas un golpecito con una cuchara.

—No he hecho esto lo bastante a menudo —dijo Mackey con un suspiro, y miró a Dexter con su cara de payaso cansado—. ¿Y usted, señor Styles?

No estaba claro a qué se refería. ¿A los zapatos? ¿A la playa?

—No —admitió Dexter—, seguramente no.

Mackey se levantó. Llevaba los zapatos en una mano mientras que con la otra se sujetaba el sombrero. Sus pies grandes y pálidos se ensancharon obscenamente sobre la arena. Dexter no podía ni mirar.

—Corramos, señor Mackey —dijo Tabby—. Corramos por la arena.

—Madre mía, ¿correr? —preguntó Mackey, y luego soltó una carcajada hueca que a oídos de Dexter sonó como un estertor—. De acuerdo, como quieras. Corramos por la arena, ¿por qué no?

Y echaron a correr levantando nubes de arena blanca y gritando mientras se adentraban en el ocaso.

TERCERA PARTE

MIRA EL MAR

9

Anna y su madre tuvieron que emplearse a fondo para lograr ponerle a Lydia un vestido estampado de flores con cuello bebé y un pañuelo para disimular su columna encorvada. Vestirse con elegancia para ir a visitar al doctor Deerwood era una cuestión de tradición y orgullo: las mujeres de la avenida Park compraban vestidos hechos a medida en Bergdorf's y zapatos de ciento veinticinco dólares en Lieberman's, pero a Lydia no le quedaba bien la ropa de mujer y Anna tenía la impresión de que su silenciosa resistencia a sujetadores, medias y ligas expresaba exactamente lo que todas sentían en el fondo.

Inspirándose en Nell, Anna le había prendido los rizos a su hermana mientras dormía y ahora le peinaba el pelo dorado para que el flequillo le cayera sobre la cara desde debajo de su boina azul.

—Ay, Anna, ¡está guapísima! —dijo su madre, poniendo unas gotas de Mille Fleurs detrás de las orejas de Lydia—. Se parece a Veronica Lake.

Los niños del barrio, vestidos para ir a misa, jugaban cautelosamente en la calle mientras Anna se dirigía a la Cuarta Avenida para parar un taxi. En cuanto lo encontró, desanduvo el camino y pasó por la tienda de comestibles del señor Mucciarone para recoger a Silvio, que ya estaba esperando muy bien peinado y con las mangas arremangadas. Silvio era un chico simplón: ni siquiera podía devolver el cambio en la caja de su padre. Cogió a Lydia en brazos y, con mirada de ferviente concentración, bajó con ella los seis tramos de escalera que separaban su piso de la calle. El esfuerzo no se notaba tanto en su cara como en sus bíceps, crispados bajo las mangas remangadas mientras Lydia gemía y lanzaba patadas. Detestaba que Silvio la llevara en brazos. Anna sospechaba que el problema era su olor a cebolla, que empeoraba con cada giro de la escalera. Era el olor de un chico de dieciséis años, el único que había cogido a Lydia en brazos y seguramente el único que iba a hacerlo en toda su vida.

Los niños pululaban como palomas alrededor de las piernas de Silvio cuando éste salió del edificio y depositó a Lydia en el interior del taxi. Anna se había adelantado e instalado en el asiento trasero para cerciorarse de que el taxista no huía. Su madre aseguró a Lydia desde el otro lado mientras el taxista metía su silla plegada en el maletero. Era un bello día de mediados de noviembre. El taxi cruzó el puente de Brooklyn y cogió East River Drive.

Ahí, al otro lado del río, estaba la bahía de Wallabout: barcos, chimeneas y grúas de martillo.

—¡Mira, mamá! —exclamó Anna—. ¡El arsenal naval!

Para cuando se volvió, el arsenal ya había quedado atrás, pero daba lo mismo: a ella no le interesaba demasiado. Apenas parecía importarle la guerra, aunque guardaba la grasa que le sobraba después de cocinar para devolvérsela al carnicero (y que con ella se fabricaran explosivos) y ayudaba a coser tensiómetros. Anna tenía la impresión de que su madre se pasaba el día escuchando seriales como *Guiding Light*, *Against the Storm* o *Young Doctor Malone*, en compañía de varias vecinas. Era Anna quien, a la hora de la cena, sintonizaba el boletín del *New York Times*, ansiosa por oír noticias sobre desembarcos estadounidenses en los territorios franceses del norte de África. Hacía ya una semana que habían empezado y desde entonces el arsenal bullía de optimismo y de nervios. Anna incluso había oído a algunas personas hablar de un punto de inflexión en la guerra: el tan esperado segundo frente.

Anna también se sentía nerviosa, pero por un motivo bien distinto: Dexter Styles. En las dos semanas transcurridas desde que se había topado con él, su imaginación había ido aventurándose, paso a paso, por diversos escenarios aciagos y emocionantes. ¿Y si su padre no se había marchado de casa? ¿Y si había caído bajo una lluvia de balas de la mafia y había muerto con el nombre de Anna en los labios, como el «Rosebud» de *Ciudadano Kane*? Anna había leído un montón de libros de Ellery Queen. Las historias que narraban cómo una serie de difusos peligros se cernían sobre un alma solitaria y corrompida habían sido siempre una fuente de placer inagotable para ella. Y ahora su propia vida parecía haberse adentrado en el mundo de aquellas novelas de misterio. Las alargadas sombras de noviembre, sugestivamente inclinadas, y la luz de las farolas reflejada sobre los muros de ladrillo del arsenal naval le producían un ominoso cosquilleo en el estómago. Aquel presentimiento entrañaba tal dinamismo y vitalidad que se sentía como si acabara de despertar de la anestesia.

La consulta del doctor Deerwood estaba situada en la primera planta de un bloque de pisos de la avenida Park. La madre de Anna describía su sala de espera, llena de alfombras orientales y sofás con tapizados de brocado, como «victoriana». Las cortinas tenían borlas doradas y las paredes estaban cubiertas de pequeñas pinturas encerradas en gruesos marcos. A veces había otros pacientes: hombres y mujeres encorvados, hundidos en sillas de ruedas o caminando con bastones. Todos guardaban un parecido con Lydia, como si

fueran primos en el infortunio. Pero aquel día era domingo y la sala de espera estaba vacía. Anna y su madre se sentaron juntas en un sofá con Lydia al lado, en su silla. Para Anna, esperar al doctor Deerwood con la seguridad de que iba a aparecer era el punto álgido de aquellas visitas semestrales: la anticipación («¡Va a venir el doctor! ¡Va a venir el doctor!») tenía un efecto efervescente bajo sus costillas.

Oyó el chirrido de una puerta y acto seguido la voz del médico:

—Buenos días, buenos días. Bienvenidas. —Era un hombre bajo, de formas redondeadas, con un bigote blanco y encerado que parecía encajar más con un sombrero de copa que con una bata de médico. En primer lugar saludó a Lydia, apartándole delicadamente el flequillo—. Hola, señorita Kerrigan —dijo—. Es un placer volver a verla. Y también a la mayor de las señoritas Kerrigan —añadió, dándole la mano a Anna—, y, naturalmente, a la señora Kerrigan.

El paradero del señor Kerrigan era un asunto que nunca habían abordado.

La consulta tenía lugar en una sala contigua, de decoración más sencilla pero cálida y agradable. En un rincón había una cascada de poleas y correas, aunque nunca las había usado con Lydia. El médico la levantó de la silla de ruedas y la colocó encima de una báscula. Anna ajustó los pesos hasta que la barra quedó en equilibrio, una tarea de la que se encargaba gustosamente desde que era una niña. Enseguida, el doctor depositó a Lydia encima de una mullida camilla para examinarla. Le cogió la cabeza con las manos y la movió suavemente de lado a lado. Lydia se quedó muy quieta, se diría que medio dormida, mientras él le miraba dentro de la boca, le olía el aliento y le auscultaba el corazón y los pulmones con un estetoscopio. Después le examinó el pelo y las uñas y manipuló sus brazos, piernas, torso, pies y manos, desenroscándolos cuidadosamente para poder medirla. Lydia le habría sacado a Anna cinco centímetros de estatura.

—¿Se muestra más inquieta por la noche? —preguntó—. Les daré unas gotas de alcanfor que la calmarán. ¿Le cuesta deglutir? Comer puede ser un problema, ya lo sé. De hecho, estoy gratamente sorprendido de que no haya perdido peso: muchos de mis pacientes empiezan a adelgazar más o menos a estas alturas. No se alarmen si de pronto la ven más delgada, es completamente normal.

En su día, Lydia solía reírse, solía mirar por la ventana, solía repetir lo que oía a su alrededor con sus balbuceos sin sentido, solía mantenerse alerta durante largos períodos de tiempo, pero aquellos placeres y hábitos habían ido desapareciendo. Ante cada capacidad perdida, Anna y su madre respondían

con resignación: procuraban dejar de esperar que se manifestara hasta que la olvidaban por completo.

Pero en su nuevo estado de receptividad, Anna se descubrió pensando de otra forma. ¿Quién no quedaría reducido al estupor si se pasara el día oyendo seriales románticos? ¿Qué motivos podía tener Lydia para mantenerse alerta?

Completado el examen, el doctor Deerwood acercó una silla a Lydia para incluirla en el coloquio.

—Debo felicitarlas a ambas —dijo a Anna y a su madre—: sus esfuerzos siguen dando unos frutos asombrosos.

A su madre, como era costumbre, se le saltaron las lágrimas en ese momento, aunque nunca lloraba abiertamente.

—¿Usted cree que es feliz? —preguntó.

—¡Cielo santo! Desde luego que sí. Lydia ha vivido siempre rodeada de amor y de atenciones. Me temo que muy pocas personas en su situación pueden darse ese lujo.

A veces, Anna pensaba que estaba enamorada del doctor Deerwood, aquel mago capaz de convertir su larga lucha en algo luminoso. Pero aquel día, tal vez porque se había percatado de que llevaba botas de montar bajo la bata de médico y se había preguntado si tendría un caballo en Central Park, se descubrió pensando: «Le pagamos un montón de dinero para que nos diga que somos maravillosas.» Y acto seguido, como si otra voz se hubiera impuesto: «Menudo trabajo, ya me gustaría a mí tenerlo.»

—¿Por qué está empeorando? —preguntó Anna, y sintió cómo su madre se encogía.

—La enfermedad de Lydia no tiene cura —contestó el doctor Deerwood—, eso ya lo sabe.

—Sí —admitió Anna.

—Está siguiendo el curso natural de estos casos. Lo que nosotros consideramos «mejor» o «peor» no es enteramente trasladable a su situación.

—¿Podríamos hacer más por ella? —quiso saber Anna—. ¿Sacarla a la calle más a menudo? Nunca ha visto el mar, ni una sola vez en su vida.

—La novedad y los estímulos son buenos para todos, también para Lydia —dijo el doctor—. Y la brisa marina está cargada de minerales.

—¿Y si coge un resfriado? —preguntó la madre de Anna con tono severo.

—Bueno, yo no la llevaría en invierno, pero un día como hoy, si va vestida de forma apropiada, sería ideal.

—Preferiría esperar a la primavera.

—¿Por qué? —preguntó Anna a su madre—. ¿Por qué esperar?

—¿Por qué correr tanto?

Ambas se quedaron mirando.

—Coincido con la señorita Kerrigan —dijo el doctor Deerwood con voz suave—: *tempus fugit*, al fin y al cabo. Antes de que se den cuenta, será mayo y volverán a estar aquí; ¿por qué esperar?

Normalmente, las visitas al doctor Deerwood dejaban a Anna y a su madre flotando en una nube de bienestar que duraba horas: las más agradables que pasaban juntas. Ahora, en cambio, evitaban mirarse mientras llevaban a Lydia de vuelta a la avenida Park. Ya en la calle, Anna ajustó la silla de su hermana mientras su madre le quitaba el pañuelo del cuello.

—Bueno, ¿y si la llevamos al parque? —preguntó su madre.

—¿Y por qué no a la playa?

—¿A qué playa, Anna?

Anna no se lo podía creer: ¿no había oído su madre lo que acababa de decir el doctor?

—¡Coney Island, o Brighton Beach! Podemos ir en taxi.

—Tardaremos una eternidad y nos costará una fortuna —dijo su madre—. No tenemos para pañales ni para comida. Además, ¿a qué viene esta fijación con que Lydia vea el mar? Si apenas puede ver...

—A lo mejor es que no tiene nada interesante que mirar.

Bajo la luz otoñal, su madre tenía una tez sumamente pálida, exacerbada por las brillantes plumas verdes que se había cosido al sombrero la noche anterior.

—¿Qué mosca te ha picado, Anna? —le preguntó con aire triste—. ¿No podemos disfrutar del día, como hacemos normalmente?

Anna se ablandó. Su madre tenía razón en lo de la comida y los pañales: no podían hacer algo de aquellas dimensiones sin planificarlo. Fueron caminando a Central Park, lleno de madres con hijos y de soldados que comían salsichas teniendo cuidado de no mancharse el uniforme de mostaza. Anna intentó disfrutar de los placeres del día como quien come caramelos: los relinchos y resoplidos de los caballos, el olor a palomitas, las hojas que caían planeando de los árboles. Lydia se había dormido con la cabeza colgando. El pelo le cubría la cara: parecía una chica con problemas en las piernas, nada más. Aquella imagen despertaba una compasión más benigna que la que solía provocar su verdadera enfermedad. Anna casi podía oír el murmullo de los soldados: «Qué pena, una chica tan guapa.»

Pero Anna siguió pensando tercamente en la playa y luego en Dexter Styles.

—¿Tú crees que papá volverá? —preguntó mientras admiraban la escalinata de la fuente de Bethesda.

Hacía un año, si no más, que no lo mencionaba, pero su madre no se mostró en absoluto sorprendida. A lo mejor también ella había estado pensando en él.

—Sí —dijo—, tengo la sensación de que sí.

—¿De verdad lo buscaste? ¿En los muelles? ¿En las oficinas del sindicato?

—Sí, claro que sí. Ya te lo dije en su momento, pero los irlandeses nunca cuentan nada. «Lo siento mucho, Aggie querida. Qué pena...» Siempre esos ojitos azules brillantes; es imposible saber qué están pensando.

—¿Y si fue un accidente en los muelles?

—No, eso no lo esconderían: las viudas y los huérfanos son su especialidad. Lo que les causa problemas son las esposas.

—Pero... ¿y si alguien le hizo daño?

A Anna se le aceleró el corazón al pronunciar aquellas palabras. Vio el asombro en el rostro de su madre.

—Anna —respondió su madre—, tu padre nunca tuvo un solo enemigo en todos los años que estuve con él.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Su madre pareció buscar una respuesta con desesperación.

—Dejó todos sus asuntos perfectamente en orden —dijo por fin—. Efectivo, libretas bancarias... No quedó un solo cabo suelto. La gente que... desaparece de la forma en que tú dices no tiene tiempo para prepararse.

Anna había perdido de vista todo aquello. La desazón que le provocó recordarlo en aquel momento fue tan profunda que tuvo que apoyarse en la balaustrada.

—¿Tú crees que está lejos? —preguntó al cabo de un largo silencio.

—No creo que pueda estar por aquí y no estar con nosotras.

—¿Haciendo qué?

—No tengo ni idea.

—Pero ¿tú qué crees?

Su madre se la quedó mirando.

—Yo ya no pienso en él, Anna; la verdad.

—¿Y en qué piensas?

La cara de su madre enrojeció. Estaba enfadada. Anna también lo estaba, y su enfado le daba fuerzas, como si quisiera plantarle cara.

—Sabes perfectamente en qué pienso —dijo su madre.

Poco después de que Silvio subiera a Lydia (que siempre se mostraba más relajada durante el trayecto de vuelta), Brianne llamó mecánicamente a la puerta y enseguida abrió de un empujón. Se sentó en una silla, resollando por la subida, y se quitó el abrigo. La sala se llenó de un olor a rosas y jazmín con un toque medicinal que tal vez era hamamelis. Lady of the Lake: su tía llevaba el mismo perfume desde que Anna podía recordar. «Ningún hombre puede resistirse», le gustaba decir en tono sarcástico, aunque hasta cierto punto todavía era verdad.

Cuando hubo recuperado el aliento, se levantó, dio sendos besos a Anna y a su madre y saludó a Lydia con un cariñoso gesto de cabeza.

—¿Cómo va la vida en las minas de sal? —preguntó a Anna—. ¿Sigues engrasando la maquinaria para el belicista de nuestro presidente?

—Y yo que esperaba poder venderte un bono de guerra.

—Sí, claro. Cuando las ranas críen pelo.

—Vamos por detrás de Filadelfia y Washington. Mamá no me deja unirme al Club del Diez Por Ciento.

—Habla en el idioma de la guerra —dijo Brianne a la madre de Anna, que estaba dando de comer a Lydia—, me temo que no entiendo una palabra.

—Quiere que le paguen el diez por ciento del sueldo en bonos de guerra —dijo su madre sin emoción. Ella y Anna llevaban horas casi sin hablarse.

—Y supongo que cuando compras no sé cuántos bonos te regalan algún tipo de cacharro, ¿no? —dijo Brianne—. Cuenta la verdad.

—He firmado en un rollo de papel que zarpará a bordo del *uss Iowa*.

A Anna la enorgulleció decirlo, aun a sabiendas de que a su tía le parecería una tontería.

—Pero ¿tú la oyes hablar? Te han embrujado, querida. Ni siquiera era nuestra guerra: fueron los japoneses quienes la pusieron en manos de Roosevelt. No me sorprendería descubrir que les pagó para ello, el muy sabandija.

—Hablas como el padre Coughlin —dijo la madre.

—No deberían haber apartado al padre Coughlin de la radio. Y Lindbergh tendría que haberse presentado contra Roosevelt y darle la paliza que se merece.

—Ahora Lindbergh apoya la guerra, tía.

—¡Ja! Porque sabe que lo echarán de la ciudad si dice lo que piensa.

—El padre Coughlin es un perro rabioso —dijo la madre.

—Hitler necesita que alguien le dé unos azotes, eso es todo —dijo Brianne—: no es más que un abusón, pero ¿nuestros chicos tienen que morir por eso? Y no me refiero sólo a los soldados y los marineros; ¿qué me decís de los chicos de la Marina Mercante? Están por toda la bahía Sheepshead, donde han instalado una nueva estación de entrenamiento marítimo. ¿Quién creéis que lleva comida, armas, mantas, tiendas... todo eso al campo de batalla? Los buques mercantes se hunden a decenas, torpedeados, y los chicos que van a bordo ni siquiera tienen con qué defenderse.

Se había puesto colorada.

—Para eso sirven los bonos de guerra, tía: para darle una paliza a Hitler.

—Vale. ¿Cuánto?

—¿Un dólar? ¿Dos?

—Que sean cinco. —Brianne se sacó un billete de cinco dólares del bolso, junto con una botella de chartreuse. Hacía años que tenía un «amiguito», un comerciante de bogavante al por mayor, que estaba forrado y gracias al cual podía ir de compras a Abraham & Straus y beber chartreuse a diez dólares la botella. Pero le daba vergüenza presentárselo a Anna y a su madre—. ¿Y cuándo vas a volver a estudiar?

—¡Gracias, tía!

Anna intercambió una mirada con su madre: Brianne las hacía sentir más parecidas la una a la otra. Tenía cuarenta y siete años y era una mujer corpulenta, de voz áspera; su lápiz de labios carmesí era un recuerdo de otros tiempos, como la sonrisa incorpórea del gato de *Alicia en el País de las Maravillas*. A los diecisiete años se había rebautizado con el nombre de Brianne Belaire y había entrado en las Follies. La madre de Anna se había incorporado ocho años más tarde, pero casi no habían coincidido; poco después, Brianne había reñido con el «señor Z.» y había pasado a hacer espectáculos de variedades más arriesgados: *Scandals*, de George White, y *Vanities*, de Earl Carroll. Según contaba ella misma, su vida había sido una larga serie de aventuras amorosas, situaciones extremas, matrimonios fallidos, pequeños papeles en siete películas y varios encontronazos con la ley por culpa del alcohol o por salir desnuda al escenario. Le gustaba decir que «lo único que nunca le había fallado era el whisky escocés», lo que significaba que ninguna de las experiencias insustanciales y volubles que el mundo podía ofrecerle podía competir con la satisfacción infalible de un buen whisky con soda. Los hombres eran la principal de sus desgracias: unas ratas, unos piojos, unos inútiles. Aunque tampoco era culpa suya: los habían fabricado con los pies. Lo mejor que se podía sacar de un matrimonio era una viudez

acomodada y sin hijos, y Brianne sólo había conseguido la parte de no tener hijos.

Brianne sirvió las bebidas y acercó un vaso a la madre de Anna.

—Oye, ¿no va siendo hora de que te tomes uno de éstos? —le preguntó a la chica—. Yo a los diecinueve ya bebía.

—A los diecinueve estabas casada —señaló la madre de Anna.

—¡Divorciada!

—No, gracias, tía.

Brianne soltó un suspiro.

—Qué virtuosa. Debe de ser tu influencia, Agnes.

—La tuya seguro que no es.

A veces, Anna se sentía tentada de aceptar una copa sólo para ver la reacción de su madre y de su tía. Su papel, tan consolidado que ya ni recordaba sus orígenes, consistía en mostrarse inmune a los vicios que la rodeaban; en ser buena a pesar de todo, buena hasta los huesos, el corazón y los dientes. El hecho de que no fuera tan buena como creían (había dejado de serlo a los catorce años) debería haber sido fácil de olvidar en su compañía, pero la propia Anna nunca llegaba a olvidarlo del todo.

Su madre le puso una mano en el hombro: una ofrenda de paz. Anna puso su mano encima de la de ella.

—Vamos a cambiarla y a meterla en la cama —dijo su madre.

—Siéntate y tómate la bebida, Aggie —le ordenó Brianne—. Lydia no se va a ir a ninguna parte.

Su madre se sentó, extrañamente dócil, y brindaron. Al otro lado de la mesa, Lydia estaba encorvada en su silla. Brianne no colaboraba en sus cuidados físicos: era demasiado para ella. Anna tenía la sensación de que su tía consideraba una locura tener a Lydia en el piso, en pañales, cuando era ya prácticamente una mujer adulta. Pero si su madre intuía eso mismo, se mostraba impasible.

—¿Quieres oír una historia triste? —dijo Brianne después de dar un largo trago—. ¿Te acuerdas de aquel acomodador, Milford Wilkins, el del tupé, que quería ser cantante de ópera?

—Sí, claro —dijo la madre de Anna.

—Lo vi en el Apollo el otro día, recogiendo las entradas. Iba hasta las cejas de heroína.

—¡No!

—Se lo noté en los ojos: es inconfundible.

—Ay, qué horror —dijo la madre de Anna—. Tenía una voz preciosa.

—¿Era acomodador y cantaba? —preguntó Anna.

—No, pero a veces cantaba para nosotras después de la función —le explicó su madre.

Brianne bajó la vista mientras negaba con la cabeza, pero Anna casi podía oír cómo se devanaba los sesos tratando de recordar otra historia trágica sobre alguna bailarina o alguna otra persona que conocieran de la época de las Follies. Cuando se les agotaban las desgracias nuevas, siempre podían recurrir a las historias de siempre: Olive Thomas, que bebió cloruro de mercurio después de una pelea con el vago de su marido, Jack Pickford (el hermano de Mary Pickford). Allyn King, que había saltado desde la ventana de un quinto piso al darse cuenta de que había engordado demasiado para su vestido. Lillian Lorraine, seductora de leyenda y amante del señor Z. durante muchos años, que se había vuelto alcohólica y aún se arrastraba por los bares. De niña, Anna imaginaba que aquellas bellezas malditas vivían en el mismo mundo mágico que Blancanieves, la reina Ginebra y la Bella Durmiente. Poco a poco, otro dato había ido tomando cuerpo: aquellas mujeres famosas habían sido estrellas, mientras que Brianne y su madre eran simples chicas del coro que se dedicaban a cantar y bailar en segundo plano.

—Hace dos semanas fui a un club nocturno con una chica del arsenal naval —dijo Anna. Lo dijo de forma despreocupada, aunque hacía días que deseaba tener ocasión de hablar sobre Dexter Styles con su tía—. Se llama Moonshine; ¿has estado?

—Es ilegal entrar en un club nocturno con mi aspecto —contestó Brianne—: me pondrían las esposas en la puerta.

—Ya basta, tía.

—Lo dirige un *pasador*, eso sí lo sé. Suele ser así en los mejores clubes. ¿Os acordáis del club de Owey Madden, el Silver Slipper? —Las preguntas iban dirigidas a la madre de Anna, que le había preparado un cóctel a Lydia con gotas de alcanfor y leche caliente y la estaba ayudando a tomárselo—. ¿O de El Fay, donde Texas Guinan presentaba el espectáculo? —continuó Brianne—. «¡Hola, bobos!» —añadió, y soltó un suspiro—. Pobre Texas: disentería, ni más ni menos.

Anna empezaba a impacientarse.

—¿A qué *pasador* te refieres?

—Dexter Styles. ¿Coincidiste alguna vez con él, Aggie? —preguntó su tía—. Es más joven que nosotras.

—Yo soy más joven que tú —le recordó la madre de Anna—, ocho años.

—Vale, pues entonces tendrá más o menos tu edad. Hace tiempo salí con un tipo que tocaba la trompeta en uno de sus clubes.

—Dexter Styles —repitió su madre, y negó con la cabeza.

—¿Qué significa «*pasador*» exactamente? —preguntó Anna.

—Bueno, antes eran los que se dedicaban al contrabando de alcohol —explicó Brianne—, pero ahora todo el contrabando corre a cargo del gobierno.

La madre de Anna se levantó y agarró los mangos de la silla de Lydia.

—La llevo a la cama —le dijo a Anna—, tú calienta la cena.

Su madre había preparado chuletas de cerdo con chucrut la noche anterior y las había dejado en la nevera debajo de un paño. Anna encendió el horno y metió el plato; luego vertió dos latas de judías verdes en una cazuela para calentarlas. Hablando en voz baja, para que su madre no la oyera, preguntó:

—¿Y papá lo conocía?

—¿A quién? ¿A Styles? Lo dudo.

—¿No tenían negocios juntos? ¿Algo relacionado con el sindicato?

—Con el sindicato, imposible. Todos son irlandeses y Styles es espagueti.

—¿Con ese nombre? No es muy espa... no es muy italiano.

Sentía una curiosa reticencia a pronunciar aquella palabra.

Brianne se rió.

—Styles es espagueti, créeme. O medio espagueti. Los nombres están para cambiarlos, cariño. ¿Ni siquiera has aprendido eso de mí? Aunque fijate si era tonta: no quería un nombre irlandés y Brianne es más irlandés que Kerrigan; ¡ése es el que tendría que haberme cambiado!

—¿Por cuál?

—Betty, Sally, Peggy: uno de esos nombres típicamente estadounidenses. Anna no está mal, pero Ann estaría mejor... y Annie sería insuperable.

—Puaj.

—Oye, ¿a qué vienen todas esas preguntas?

Su tía tenía la mirada astuta de quien parece haber visto todo lo que existe en el mundo por lo menos una vez: ya sólo era cuestión de reconocer de qué se trataba. Anna se dio la vuelta para echar un vistazo a las chuletas.

—Me suena el nombre —dijo sin volverse.

—Suele aparecer en las columnas de sociedad —dijo Brianne—. Styles es uno de los Cuatrocientos, prácticamente. Aunque en realidad no lo es: la gente sólo lo quiere para conseguir una mesa cerca de las estrellas de cine.

La madre de Anna volvió. Se había puesto un vestido sin faja ni medias.

—¿De quién hablamos? —preguntó.

—Ten cuidado, Aggie: a tu hija le van los gánsteres —dijo Brianne, provocando las risas de la madre de Anna—. Aunque es cierto que necesita un vicio —añadió, pensativa—. Aparte del belicismo, quiero decir.

Durante la cena, Anna trató de ordenar sus bulliciosos pensamientos. Su padre conocía a Dexter Styles, ése era un hecho incontestable; pero ni su madre ni Brianne estaban al corriente de su relación, ni existía una razón evidente que la justificara. Eso significaba que debía de ser secreta. ¿Por qué se habrían reunido?

Brianne relató una nueva historia de infortunio: la gran Evelyn Nesbit se dedicaba a hacer cazuelas de barro en California.

—Menudo derrumbe —gimió.

—¿Y si le gusta hacer cazuelas de barro? —preguntó la madre de Anna.

—Aggie —dijo Brianne dejando su vaso—. ¿Evelyn Nesbit, una belleza de leyenda, la razón por la que Harry Thaw asesinó a Stanford White, alfarera?

—Es una sorpresa, sí.

La madre de Anna decía siempre lo justo para que Brianne siguiera hablando: era el mayo alrededor del cual la tía de Anna trenzaba las cintas de sus conocimientos, sus chismes y sus revelaciones macabras.

—De todas esas chicas con las que bailabais, a alguna debe de haberle ido bien —dijo Anna.

—Adele Astaire es lady Cavendish y vive en Escocia —indicó su madre—, imagino que debe de ser divertido.

—He oído que Escocia es un lugar frío y oscuro —señaló Brianne rebañando una chuleta—, y los escoceses son raros.

—Bueno, también está Peggy Hopkins Joyce; ¿no es más rica con cada divorcio?

—Sí, y también está más gorda y más desesperada —añadió Brianne con alegría—: es prácticamente una prostituta.

—Ruby Keeler se casó con Al Jolson.

—Divorciada. Está criando a sus hijos con un don nadie.

Su madre se quedó pensativa unos instantes mientras Brianne apartaba el chucrut.

—¿Y qué me dices de Marion Davies y Bill Hearst? ¿No siguen juntos?

—Viven aislados del mundo, acosados por el escándalo —canturreó Brianne.

El Rey del Bogavante, como Brianne llamaba cariñosamente a su «amiguito», le había permitido regalar algo de dinero a Anna y a su madre (si

es que se creían su promesa solemne de que su novio estaba al corriente y aprobaba aquellos regalos). A sabiendas o no, él había pagado las tasas de Anna en el Brooklyn College y había comprado una silla nueva para Lydia cuando la antigua le había quedado pequeña. Brianne les había ofrecido más ayuda de la que la madre de Anna estaba dispuesta a aceptar.

—Por favor, tráelo a cenar —imploraba mientras comían piña en almíbar—. Volveré a preparar chuletas. Estaban buenas, ¿no?

—Es pescador —dijo Brianne, como si eso fuera una objeción irrefutable.

—¿Pero lo de «al por mayor» no significa que en realidad él no pesca? —preguntó su madre.

—Huele a pescado. —Brianne siempre había sido muy pícara en lo que respectaba a sus novios: desaparecía con ellos en yates y vagones de tren privados y años más tarde los presentaba como «viejos amigos». Os prometo que es un tipo muy normal —siguió—, y no el dechado de inmoralidades que ésta se imagina —añadió refiriéndose, naturalmente, a Anna.

—Eso no es verdad, tía.

—¡Sólo porque no tienes ni idea de qué imaginarte!

Antes de acostarse, Anna se echó junto a Lydia en su cama. A lo lejos, podía oír a su madre y a su tía en la cocina, hablando en voz baja de las rodillas de Ann Pennington, célebres por sus hoyuelos, con sendos vasos de whisky en la mano.

—... totalmente arruinada —decía su tía—. Lo perdió todo en las carreras, pobrecita...

—Liddy —susurró Anna—, te voy a llevar a la playa. —Bajo la débil luz que se filtraba por la cortina de la ventana, vio que su hermana tenía los ojos abiertos. Sus labios se movieron como si contestara—. Vamos a ir a ver el mar —añadió.

Ver el mar el mar el mar el mar.

Sintió que una vibración emanaba del interior de Lydia como una radio que sintonizara una frecuencia lejana. Su hermana conocía todos sus secretos: los había vertido en sus oídos como quien echa monedas a una fuente. Había sido a Lydia a quien había acudido cuando su padre había dejado de llevársela a las reuniones del sindicato. Anna había intentado obligarlo a rendirse con argumentos, amenazándolo y portándose mal, pero por la noche se abrazaba a su hermana y lloraba con el rostro hundido en su pelo. Detestaba tener que

quedarse con los demás chicos del barrio, sin ningún lugar especial al que ir. A los doce años había muy pocas cosas interesantes que hacer. Las chicas se reunían en la banda mientras los chicos jugaban a *stickball*, *stoopball* o a fútbol americano (la pelota era un trozo de madera envuelto con papel de periódico). Anna aprovechaba la excusa de Lydia para ausentarse de aquellas reuniones tan aburridas mientras esperaba a que su padre entrara en razón y se diera cuenta de que su hija era indispensable. Fingía que no le importaba. Y poco a poco, con el paso de los meses, y finalmente de todo un año, cada vez le importó menos.

El ringolevio (una combinación de pilla-pilla y escondite con prisiones y por equipos) era el único juego que todavía unía a las chicas y a los chicos del barrio, incluso a los que ya iban al instituto. Un día de marzo, en octavo curso, Anna estaba escondida en el sótano de una casa, entre unos barriles de manzanas, cuando oyó un susurro:

—Aquí te van a encontrar.

La voz procedía de una especie de caseta con altos laterales de madera que se usaba para almacenar cosas. La puerta estaba cerrada con candado, pero Anna logró encaramarse a un barril y saltar por encima de uno de los laterales. Cayó sobre lo que parecía una montaña de troncos, pero que en realidad (lo supo por el tacto, pues estaba demasiado oscuro) eran alfombras enrolladas.

—No hagas ruido, ya vienen.

En ese momento se dio cuenta de que era un chico. Mirando por una rendija entre los tablones de madera, Anna distinguió a tres miembros del equipo rival. Uno era Seamus, el hermano mayor de Lillian, que siempre era muy cariñoso con ella. Se acercó a los barriles de manzanas donde Anna se había escondido inicialmente y luego a la caseta donde se hallaba ahora. Palpó los tablones buscando una forma de entrar. Anna notó el olor a naftalina de su ropa y el del chicle que estaba mascando y temió que él también la oliera a ella. Se quedó muy quieta por miedo a que la descubrieran con un chico en un lugar cerrado, algo que sin duda alimentaría todo tipo de burlas despiadadas. Acababa de cumplir los catorce. Los del equipo contrario se marcharon a investigar otras partes del sótano y Anna soltó un suspiro de alivio. Esperó a que el chico tomara la iniciativa y la alentara a salir, tal como había hecho en el momento de entrar, pero cuanto más tiempo pasaba allí dentro, menos prisa tenía por irse. Era bastante agradable estar ahí, echada en esa oscuridad calurosa, oyendo el tamborileo distante de la caldera y la respiración de aquel chico a su lado.

Entonces él le cogió la mano. Anna esperó: no deseaba reaccionar de un modo exagerado. Al cabo de un rato todavía no la había apartado y le pareció embarazoso hacerlo entonces. ¿La asustaba que le cogieran la mano? Desde luego que no. La mano cálida del chico latía alrededor de sus dedos como un corazón. «Quizá debería salir de aquí», pensó Anna mientras él llevaba su mano a su entrepierna, donde la tela de sus pantalones empezaba a tensarse. Podría haber apartado la mano, desde luego, pero esperó, pensando: «No puede saber quién soy.» El aroma a manzanas fermentadas se mezclaba con el olor a polvo y a trigo de las alfombras. Mientras el chico le movía la mano, la curiosidad de Anna sobre lo que iba a ocurrir dio paso a la certeza de saber qué estaba ocurriendo, y de desearlo. Finalmente, el chico se convulsionó como si acabara de tocar un cable eléctrico. Se acurrucó y se puso de lado, como dando por hecho que aquello era el final, pero se equivocaba: lo que fuera que había pasado entre ellos también había calado en Anna, que le cogió la mano y la puso encima de su falda plisada, moviéndose contra sus dedos calientes hasta que un placer violento le atravesó todo el cuerpo.

En aquel momento se dio cuenta de que el chico era Leon. A lo mejor lo había sabido desde el principio.

—Saldré yo primero —dijo Leon.

Se reincorporaron al juego por separado. Él tenía dieciséis años. La cosa no pasaría de ahí, pensó Anna, pero no fue así.

Leon trabajaba para su padre, tallando lápidas después de la escuela, pero el negocio se había estancado, como todos los negocios, y podía escaparse a menudo. De vez en cuando, Anna se daba cuenta de que Leon se había ausentado de un juego al que estaban jugando y lo encontraba esperando en la caseta. A veces ella lo esperaba en vano, o descubría que él había estado esperándola a ella. Una vez dentro, se movían con la rapacidad de los ladrones; al principio, para repetir los arrebatos de su primer encuentro, pero bien pronto las capas de ropa empezaron a ceder ante las maravillas de la piel al desnudo. Leon robó del baúl de su madre un edredón de plumas que extendía encima de las mantas. Después de cada pequeño progreso, Anna se prometía que habían llegado lo bastante lejos: a partir de entonces se limitarían a repetir. Pero la lógica superior a la que iban cediendo contenía una voluntad inexorable de progreso. Anna no era consciente de lo que estaban haciendo, prueba de su inocencia. A pesar de que pasaba los días anhelando una nueva ocasión de renovar aquel sueño oscuro, sentía como si éste tuviera lugar en otro sitio, como si le sucediera a otra chica. En la oscuridad del establo se escabullía de su propia vida como una aguja perdida

entre los tablones del suelo. «No sé a qué se refiere, no he hecho nunca esas cosas —se imaginaba diciéndole, sinceramente, a un acusador sin rostro—. Ni siquiera sé de qué habla.»

Hubo veces en que estuvieron a punto de pescarlos, por culpa de las inesperadas visitas al sótano del casero del edificio, de una lavandera o de los miembros de la familia italiana que guardaba las manzanas para hacer vino de frutas. Pero lo que estaban haciendo era tan extremo que resultaba relativamente fácil de esconder: nadie habría podido imaginarlo. Había habido magreos en el barrio, besos robados o arrancados a la fuerza, y un episodio en un armario de la casa de Michael Fasso que involucró a tres chicos y una chica y del que se había hablado sin parar durante semanas; había novios vigilados con lupa por padres recelosos que no los dejaban a solas ni un minuto, pero planificar encuentros a lo largo de varios meses y yacer totalmente desnudos en el calor del verano... era absolutamente impensable. Si Anna hubiera intentado contárselo a Lillian o a Stella, habrían creído que mentía o que se había vuelto loca, por eso sólo se lo contó a Lydia.

El día en que perdió la virginidad, Anna llevó consigo una regla de madera. Stella, que tenía una hermana casada, le había contado que aquello dolía horrores, así que, cuando el dolor empezó, mordió la regla como un perro y hundió los molares en la madera. No soltó ni un gemido.

Leon sabía que tenía que salir a tiempo, desde luego: todos los chicos lo sabían.

Había momentos en los que aquel secreto resonaba con tanta fuerza en su interior que habría querido cubrirse las orejas y gritar. Su padre renegaría de ella: Anna notaba que la miraba con una atención en la que ella creía ver recelo, y temía que de algún modo lo hubiera adivinado. Pero él no podía saberlo, era imposible. Su trabajo lo consumía, a menudo pasaba toda la noche fuera de casa. De vez en cuando intentaba hablar con ella como en los viejos tiempos, pero Anna había perdido el hábito de hablar con él y ya no quería hacerlo. Percibía su decepción, pero no podía hacer nada: él la había decepcionado primero.

Cuando su padre desapareció, Anna se sintió aliviada. Una semana o dos después, cuando la gravedad de su ausencia había empezado a provocarle accesos de náuseas, fue al establo con Leon y se olvidó de todo.

En su nuevo instituto corrían rumores sobre chicas que habían tenido que marcharse de un día para otro a «vivir con parientes». Una de esas chicas, Loretta Stone, iba ahora un curso por debajo de sus antiguos compañeros de clase: escarmentada y solitaria, su supuesta desgracia era un plato succulento

con el que el resto de los alumnos se deleitaba. Pero Anna tenía suerte: era la única de sus amigas a la que todavía no le había venido la maldición.

En noviembre, ocho meses después de su primera visita a la caseta del sótano, el casero llevó a una brigada de primos suyos para que lo demolieran y construyeran una taberna. La única forma que quedaba de hacer dinero, dijo. Entre todos llenaron sacos de arpillera con piedras y tierra, barriles rotos y partes de hornos de carbón, y los depositaron en medio de la acera. Anna los observaba en compañía de otros chicos que casualmente estaban en la calle. Bajo la luz implacable del día, vio una montaña de alfombras infestadas de polillas coronada por una colcha sucia y manchada de sangre. Anna entró en su edificio, se encerró en el lavabo de la planta baja y vomitó.

Ella y Leon se vieron asediados por la vergonzosa intimidad de los dos desconocidos que habían irrumpido en sus respectivos sueños. Ella se fijó en las uñas sucias del chico y en sus dientes separados. A esas alturas hacía ya dos meses que su padre había desaparecido, pero Anna no lograba quitarse la sensación de que lo de Leon lo habría dejado consternado. Nunca volvieron a tocarse. De hecho, continuaron sin conocerse y al año siguiente el padre de Leon se llevó a la familia al oeste.

El bar nunca se llegó a construir.

Durante el resto del instituto y en su primer año en el Brooklyn College, Anna intentó interpretar el papel de chica que no sabía nada. ¿Cómo reaccionaría una chica así si un chico la empujara contra la pared y tratara de besarla? ¿Se asustaría cuando le tocara los pechos por encima del suéter? El alcance de su experiencia era un peligro: si los chicos hubieran intuido lo que había hecho, se habría convertido en una marginada, como Loretta Stone. Tanta cautela la ponía tensa, y los chicos la acusaban de ser fría, incluso frígida. «Sé que tienes miedo, pero no voy a hacerte daño —le dijo una de sus citas—. Sólo quiero darte tu primer beso de verdad.» Pero Anna sabía que un beso de verdad podía desencadenar mucho más. Aquellos encuentros solían terminar con el chico alejándose malhumorado. Mucho después de haberse resignado a que su padre no regresara, Anna todavía apelaba a él como si fuera un testigo abstracto de su virtud. «¿Lo ves? —le decía—. En realidad no soy una golfa.»

Pero su único testigo auténtico, ahora lo mismo que entonces, era Lydia. Y su hermana sólo podía escuchar. No podía darle consejos, ni responder a las preguntas que más preocupaban a Anna: ¿cuándo sería lo bastante mayor para saber lo que sabía, o cuándo lo habría olvidado?

10

El miércoles por la mañana, justo antes de Acción de Gracias, Dexter aguardaba junto a Henry Foster bajo los árboles pelados de la Academia Alton. Se oían voces de chicos, aunque no se veía a ninguno.

—Lamento la espera —dijo su cuñado sin dejar de mirar nerviosamente su desvencijada casa de madera, situada en medio de un jardín modesto y rodeada de residencias de estudiantes—; Bitsy ha tardado más de la cuenta con su *toilette*.

Como la mayor parte de sus correligionarios protestantes, Henry era físicamente incapaz de expresar sus sentimientos, pero, por su expresión, Dexter entendió que las cosas en casa no habían mejorado.

—No te preocupes —le dijo, y le dio una palmada en el hombro al tiempo que miraba disimuladamente el reloj. El viejo había sido tajante: no podían hacer esperar al comandante del arsenal naval—. ¿Cómo está el bebé?

—Es una monada —dijo Henry—. Lloro mucho. Bitsy no lo soporta.

Dexter se dio cuenta de que al maestro de escuela le temblaban las manos.

—Todo saldrá bien —dijo.

—¿Tú crees?

Henry clavó sus bondadosos ojos azules en Dexter con una intensidad inusitada, como si considerara que su respuesta era fundamental.

—Claro que sí —respondió Dexter.

Finalmente, Bitsy salió con un modelito que, de haber sido Tabby, habría obligado a Dexter a mandarla de vuelta a casa a cambiarse. Con su suéter de angora escotado y su falda de seda con volantes parecía una estenógrafa que tuviera una aventura con su jefe, o que ansiara tenerla. Tenía el mismo pelo rojizo y los mismos ojos felinos que Harriet, pero el hecho de que Bitsy fuera tan presumida siempre había impedido que las dos hermanas se parecieran más. Ahora llevaba el pelo suelto, sin alfileres, sujeto sólo por un sombrerito. Dexter dirigió a Henry (el pobre Henry, tan mojigato) una mirada con la que le dio a entender que, si bien censuraba la falta de decoro de Bitsy, tenía muy claro que no era asunto suyo. ¿Por qué iba a serlo? Habían quedado con el viejo: que disciplinara él a su hija si le parecía necesario.

Cuando cerraron las puertas del Cadillac, Dexter estuvo a punto de asfixiarse por el penetrante olor a almizcle del perfume de Bitsy. Mientras aceleraba por la autopista tratando de recuperar el tiempo perdido, su cuñada

se encendió un cigarrillo que lo aturdió. De haber sido un hombre, Dexter se lo habría arrancado de la boca y lo habría tirado por la ventana: no se podía encender un cigarrillo dentro del coche de otro sin pedirle permiso, y menos aún si el coche en cuestión era un Serie 62 nuevo con tapicería de piel de borrego de color crema. Cuando ella le ofreció el paquete, él lo rechazó con un gesto brusco de cabeza.

—¿Lo has dejado? —preguntó ella con tono de decepción.

—Hace años.

—No lo apruebas. Henry ha hablado contigo.

—Ni una palabra.

—Típico de él.

—Henry te adora, ¿lo sabes?

—Se merece algo mejor —declaró ella, soltando una nube de humo.

—¿Y por qué no se lo das?

Bitsy no respondió. Cuando se volvió hacia ella, Dexter vio con consternación que tenía las mejillas surcadas de lágrimas y se le había corrido el rímel.

—Bitsy... —dijo.

—Lo he echado todo a perder.

—No seas tonta.

—Soy una mala madre. Sólo quiero que me dejen en paz. Ojalá pudiera largarme corriendo y empezar de nuevo como otra persona.

Comenzó a sollozar. Dexter detectó un gorjeo histérico en sus llantos. Habría querido parar el coche para calmarla, pero no tenían tiempo. Al cabo de varios minutos, y viendo que el llanto no remitía, decidió intervenir.

—Escúchame bien, Bitsy —le dijo en tono severo—. Tienes que recuperar la compostura y tratar de pensar con claridad. Eres una chica maravillosa, tienes el mundo entero en tus manos. Es sólo que estás...

Bitsy se había callado y parecía escucharlo con atención. Dexter tuvo la sensación de que, al igual que Henry, Bitsy esperaba su veredicto. El problema era que no tenía ni idea de qué le pasaba.

—... ansiosa —dijo. Una conclusión más bien decepcionante.

Ella soltó una carcajada cargada de amargura.

—Es lo mismo que dice Henry. Has acabado como él, Dexter. Jamás lo habría imaginado: tú y Hattie, los dos. Supongo que nunca fuisteis tan audaces como parecíais.

—El tiempo no pasa en balde —dijo él, pero aquella observación le había dolido. Mientras conducía, su irritación fue en aumento y se descubrió

argumentando mentalmente su posición mientras daba gas a fondo: ¿la mujer de un maestro lo acusaba de falta de audacia? ¿Había olvidado con quién estaba hablando? ¡Por Dios!

Apenas se dirigieron la palabra durante el resto del viaje. Bitsy fumó sus Lucky Strikes (catorce en total, aunque ninguno de los dos llevaba la cuenta) y se recompuso meticulosamente el maquillaje con la ayuda de una polvera. Cuando Dexter aparcó frente a las puertas del arsenal naval tres minutos antes de la hora convenida, tenía la sensación de haberse fumado un paquete entero él solo. Estaba seguro de que la tapicería se había oscurecido.

Cuatro marines los recibieron en la puerta y repartieron a los miembros de la familia en varios vehículos. Dexter movió hilos rápidamente para que a Bitsy le tocara en uno distinto. Él subió en el mismo que el viejo, que iba sentado en el asiento delantero con Tabby y el marine que conducía. El entusiasmo con el que su hija se había tomado aquella visita, que había mencionado con considerable excitación en diversas ocasiones, devolvió a Dexter la fe en su seriedad. Aunque las comparaciones son odiosas, Tabby, con aquel moño tan adulto y su expresión serena e interesada, no le pareció menos impresionante que Grady, que iba sentado al lado de Dexter, en el asiento de atrás, ataviado con su uniforme azul de la Marina.

La primera parada fue el hospital del arsenal naval, donde un grupo de hombres y chicas hacía cola en la puerta para donar sangre. Una banda de armadores tocaba *Remember Pearl Harbor*. Dexter inspeccionó a las chicas por si reconocía a la que había conocido en el club unas semanas antes, pero o no estaba allí o no la recordaba con suficiente claridad para identificarla. A continuación todos bajaron de los coches para admirar cómo la grúa martillo levantaba una torreta del tamaño de un tranvía, la trasladaba por encima del agua y la depositaba en la cubierta de un acorazado. Bitsy se cogió del brazo de George Porter, que gracias a Dios había ido sin Regina. «Eso: que George se ocupe de Bitsy un rato», pensó Dexter.

—¿Cuánto falta para la graduación? ¿Tres semanas? —le preguntó a Grady mientras contemplaban la grúa.

—Sí, señor. Tres y media.

—Grades, cuando me llamas «señor» me da la sensación de que le hablas a un militar que está detrás de mí.

—Ya se lo he dicho varias veces —dijo Cooper un poco mareado.

—Es la fuerza de la costumbre, s... —respondió Grady, que se detuvo con una sonrisa en los labios. Era alto y apuesto, con un brillo travieso en los ojos, que tenía muy separados.

—¿Tienes idea de cuándo te van a mandar para allá?

—Cuanto antes mejor —respondió el joven—. Estoy harto de escribir ensayos sobre las Guerras Púnicas cuando podría estar luchando en nuestra propia guerra.

—No tenemos ninguna prisa por verte partir —dijo Cooper arrastrando las palabras, y pasó un brazo alrededor de los hombros de su hijo, visiblemente más anchos que los suyos—. Todavía quedará mucha guerra por delante.

Grady se puso tenso al notar el contacto de su padre.

—Es para lo que me han entrenado, papá —dijo.

El edificio 128, su siguiente parada, era un inmenso taller que albergaba un entramado de pistones, turbinas y poleas que se sacudían en pos de un objetivo misterioso. El viento que soplaba procedente del río levantaba las hojas secas como si fueran confeti. Tabby estaba temblando. Dexter no había cogido un abrigo, pero Grady, que llevaba el gabán de su abuelo doblado sobre un brazo (el viejo era extrañamente inmune al mal tiempo), se acercó a Tabby y se lo puso encima de los hombros, pero se quedó allí por un momento, sujetando el gabán alrededor de Tabby (sujetando a Tabby), que volvió la cara y lo miró con una discreta sonrisa en los labios. Dexter se quedó inmóvil, los ojos fijos en su hija y su sobrino, mientras los sonidos mecánicos le martilleaban los oídos. «¿Qué estoy viendo?», se preguntó. De repente se acordó de la cajita del deseo de Tabby, lacada en rojo y con un secreto en su interior.

De vuelta al coche, intentó apartar aquella idea de su mente. Grady tenía casi veintiún años, y los últimos siete, desde que había ingresado en la Choate Rosemary Hall, los había pasado casi siempre fuera de casa. Era un hombre hecho y derecho, mientras que Tabby era una niña de apenas dieciséis años. Pero los dos habían estado en Newport el verano anterior, donde habían navegado en el yate de Cooper y holgazaneado en el club después de jugar al tenis. ¿Habría pasado algo entre ellos? Grady era un chico responsable, pero también algo pícaro: formaba parte de su encanto. A Dexter le costó mucho sustraerse a esa espiral de pensamientos: que unos primos se besuquearan no era nada nuevo, siempre y cuando la cosa no fuera a más.

¿Serían todo imaginaciones suyas?

Había ochocientas chicas trabajando en el edificio 4, un taller de construcción, el último que iban a visitar. Costaba distinguirlas de los hombres, en especial a las soldadoras, con sus guantes gruesos y sus máscaras. Sólo podías guiarte por su estatura, pero a medida que pasaban por los distintos módulos, Dexter le fue cogiendo el tranquilo. Chicas con

sopletes en las manos, chicas cortando planchas de metal, chicas fabricando moldes de madera para producir partes de barcos. Incluso las más guapas actuaban con total indiferencia: «Si nos miráis o no, no nos importa.» Se cubrían la cabeza con pañuelos. Dexter solía lamentarse de que las chicas actuales fueran tan blandas, pero aquéllas le parecían más que capaces de llevar un revólver: podías esconder una pistola en una funda sobaquera debajo de uno de aquellos monos y que nadie se enterara.

—Impresionante, ¿no? —le dijo a Tabby.

Ésta se volvió hacia él, colorada.

—¿Cómo?

—Las chicas. ¿No era eso lo que querías ver? —preguntó enfáticamente—. ¿No es por eso por lo que estamos aquí?

Pero eran palabras vacías. Ya conocía la respuesta: Tabby se había emocionado porque iba a ver a Grady, no el arsenal naval. Todo había sido por él.

—No me acuerdo, papá —dijo ella, arreglándose el pelo con gesto distraído—. Creía que eras tú quien quería venir.

Cuando llegó al principio de la cola para donar sangre, Anna oyó cómo Deborah, una mujer casada a la que Rose había bautizado como el Grifo, preguntaba si había alguna forma de garantizar que su sangre le llegara directamente a su marido.

—Lo siento, pero no es posible —dijo la enfermera—. Además, quizá ni siquiera tengan el mismo grupo sanguíneo.

—Sí lo tenemos —gimió Deborah—: estoy segura.

—Menuda monserga —susurró Rose.

—¿Está segura, de verdad? —preguntó la enfermera mientras clavaba la aguja en el brazo de Deborah—. Porque una cosa que jamás hay que hacer es dar a una persona un tipo de sangre que no sea el suyo. Sería peligrosísimo. A menos que él sea AB, entonces puede recibir de cualquier tipo. ¿Sabe cuál es el grupo sanguíneo de su marido?

La respuesta de Deborah salió entre sollozos ahogados. La enfermera le sujetó el brazo hábilmente mientras la sangre iba saliendo a través de un tubo de plástico. La banda de los armadores tocaba *Don't Sit Under the Apple Tree*.

—Cinco años de matrimonio y dejará de lloriquear —le dijo Rose a Anna en voz baja—, te lo prometo.

Rose, de veintiocho años, era mayor que la mayoría de las casadas y tenía los exuberantes rizos oscuros que todas envidiaban a las judías. Hablaba de su marido entre bromas y poniendo los ojos en blanco, y aseguraba que dormía mucho mejor ahora que no estaba. Se refería a Melvin, su hijo menor, como el Fastidio, pero lo hacía con tal embeleso en la mirada que Anna no tenía más remedio que restar importancia a sus palabras.

—¿Por qué es tan roja? —preguntó Anna mientras veía su propia sangre bajando por el tubo.

La enfermera se rió.

—¿Y de qué color iba a ser?

—Es muy... brillante.

—Es por el oxígeno. Lo malo sería que no fuera así.

Anna echó un vistazo a la hilera de sillas y a los tubos idénticos de color rojo intenso que salían de unos brazos de diverso grosor. Estaba buscando a Nell. Su amiga había desaparecido sin avisar la semana anterior. Anna había esperado fuera del edificio 4 cinco mediodías seguidos antes de subir al departamento de molduras a preguntar. Le daba vergüenza no saber el apellido de su amiga, pero todo el mundo conocía a Nell. Al mencionar su nombre se produjo un silencio incómodo entre las chicas, la clase de silencio que Anna había experimentado varias veces en su propio taller. El supervisor le contó que Nell no había ido a trabajar en toda la semana y que no esperaba que volviera.

No es que fuera algo sorprendente, pero Anna no lograba aceptarlo. A lo mejor era que se había malacostumbrado a usar la bicicleta, pero de repente se sentía atrapada dentro de las callejuelas de ladrillo del arsenal, donde, a la hora de comer, los rayos sesgados del sol apenas iluminaban los tejados. O a lo mejor era la monotonía de su taller, ahora que las casadas se habían vuelto en su contra. Con excepción de Rose, todas la trataban con la cortesía de quien se siente herido, como si sus maridos susurraran su nombre en sueños. Anna se consolaba imaginando que conseguía huir de su taller y convertirse en submarinista. Cada tarde, después de trabajar, se acercaba corriendo al embarcadero C a buscar la barcaza antes de que se fuera la luz. Quería preguntarle al señor Voss si podía presentarse como buceadora voluntaria, pero no sabía cómo hacerlo sin parecer desagradecida.

Después de donar sangre y de tomar el descanso preceptivo, Anna y Rose cogieron un autobús de vuelta a la puerta de la calle Sands. Iban ya vestidas con ropa de calle: después de donar sangre las chicas podían marcharse a sus casas. Les dijeron que bebieran zumo de frutas y Rose decidió que aquello

significaba que ella y Anna tenían que tomarse un vaso de vino mientras comían.

—Es zumo de frutas, ni más ni menos —dijo.

Anna propuso ir a la calle Sands, con aquellos bares de marineros que tanto la intrigaban, pero Rose compartía la opinión general según la cual las chicas decentes no podían pasear por allí ni siquiera durante el día. Tomaron un tranvía al Hotel St. George, en la calle Henry, y subieron en ascensor a la terraza Bermuda, que ofrecía vistas de todo Brooklyn y donde había bailes por la noche. Pidieron espaguetis (el plato más barato de la carta) y un jarrón pequeño de vino tinto. Anna había probado el vino en casa de Stella Iovino y no le había gustado, pero se dijo que tal vez beber vino con Rose abriría la puerta a otro tipo de conversación. Efectivamente, cuando el camarero les hubo llenado los vasos, Rose dijo:

—Tienes que saber lo que cuentan las chicas sobre ti y el señor Voss.

—Me lo puedo imaginar.

—Dicen que ha dejado a su mujer y que el motivo eres tú.

—No lleva anillo.

—Lo llevaba al principio, o por lo menos eso dicen. Yo no me fijé. ¿Es verdad, Anna?

—Pues claro que no.

—¡Lo sabía! Se lo dije: «Anna no es una de éstas.»

—Me pregunto si el señor Voss estará al corriente de los rumores —dijo Anna.

—¡Son culpa suya!

—Pero ¿podrían causarle problemas?

Rose le dirigió una mirada que hizo que Anna se sintiera al mismo tiempo ingenua e hipócrita.

—La que se va a meter en un problema eres tú, Anna —dijo—. Eso de que te llame a su despacho y te mande a hacer encargos no terminará ahí. Tarde o temprano querrá algo a cambio: me sorprende que no te lo haya pedido ya. Oí esa misma historia una decena de veces cuando trabajaba para la compañía telefónica: tarde o temprano querrá su recompensa, y entonces te encontrarás en una situación horrible. Si lo rechazas se sentirá resentido; es posible que te despida o que se dedique a propagar rumores por su cuenta. Y si cedés... En fin, querrá decir que eres otra clase de chica.

—Pero ¿cómo me van a afectar los rumores si no son ciertos?

Rose la miró, estupefacta.

—Que sean ciertos o no es irrelevante —dijo—: si una chica tiene mala reputación, los chicos buenos no quieren saber nada de ella.

—¿Porque creen que ha pecado?

—Yo no lo diría así, pero, sí, supongo que sí. Ay, Anna, es muy difícil hablar de esto.

—Miraré a otro lado.

Anna se volvió hacia las ventanas. El East River, tan concurrido, estaba silencioso desde aquella altura. Había algo que quería contarle a Rose, pero no sabía cómo hacerlo sin parecer excesivamente experimentada o una tonta sin remedio. El señor Voss no estaba interesado en ella en ese sentido: no había rastro de ese tipo de sentimiento entre ellos, Anna estaba segura.

—Si una chica no es buena, la gente cree que es problemática —dijo Rose en voz baja mientras Anna contemplaba el río—. La miran a ella, miran a su marido y piensan: «Pobre chico, se ha casado con un problema.» Ningún hombre que se respete a sí mismo quiere pasar por eso.

—Pero casi todos los hombres están en la guerra —respondió Anna—; ¿cómo recordarán quién es supuestamente decente y quién no cuando todo esto termine?

—La reputación es para siempre —dijo Rose—. Te persigue. Puede interponerse en tu camino cuando menos te lo esperas y no hay forma de borrarla. El mundo volverá a ser un lugar pequeño cuando la guerra termine. Todo el mundo lo sabrá todo, como antes.

Sus miradas se habían vuelto a encontrar. Anna vio toda la seriedad y el esfuerzo que se reflejaban en el rostro de Rose y sintió una profunda oleada de afecto hacia ella.

—No te preocupes —le dijo—, yo ya tengo a un buen chico.

—¡Oh!

—De mi barrio —añadió Anna—. Fuimos juntos a la escuela. Hace mucho tiempo que lo tenemos claro.

—¡Ay, Anna! No lo habías mencionado nunca.

Hacía años que no se inventaba una historia que fuera pura fabulación. Tuvo la sensación de que volvía a una época anterior, cuando se sentía cuestionada más a menudo y tenía menos evasivas a su disposición. Además, pensó al ver la cara de alivio y felicidad de Rose, la gente prácticamente te dicta las mentiras que quiere oír.

—Debe de estar en el extranjero —dijo Rose.

Anna asintió, y estaba a punto de añadir «en la Marina» cuando se le hizo un nudo en la garganta y sintió que le ardían los ojos. Los clavó en la rosa

roja que había en la mesa y vio cómo se nublaba.

—No te gusta hablar de él, ya lo veo —dijo Rose, y cogió la mano de Anna—. No les diré nada a las otras chicas.

Rose se excusó para ir al baño. Anna se enjugó los ojos con un pañuelo, perpleja ante aquel estallido de emoción. Debía de ser el vino.

Esperaron el tranvía y se dirigieron al piso de Rose para que Anna pudiera conocer al pequeño Melvin. Durante el viaje, pensó en el señor Voss. Le daba un trato especial, cierto, pero no por la razón que todas creían. ¿Cuál era la verdadera razón? Mientras Anna daba vueltas a aquella pregunta, se le ocurrió que la respuesta no tenía importancia: él quería algo de ella y ella, algo de él.

Sirvieron la comida en el comedor oval del cuartel de comandancia, un gran edificio amarillo de estilo colonial con un invernadero, construido en lo alto de una verde colina desde la que, en su día, se debía de divisar una costa prístina, pero que ahora ofrecía una espléndida panorámica de varias chimeneas humeantes. Había jarras de agua con rodajas de limón, bucles de mantequilla sobre cubitos de hielo y saleros individuales: los jefazos de las fuerzas navales sabían cómo organizar una comida. Arthur Berringer se sentó a la derecha del comandante. Habían servido juntos en Filipinas, en 1902. Cada palabra de su conversación tenía como objetivo edificar a los veintitantos invitados al banquete, un puñado de banqueros y funcionarios estatales, algunos de los cuales iban acompañados de sus esposas.

—Estaría muy bien recuperar esas islas —dijo el viejo con una carcajada. Se refería a Filipinas.

—Estoy convencido de que así será —respondió el comandante.

Era un contraalmirante reservista repescado, un hombre voluble y orondo. Dexter se fijó en que el peso de las responsabilidades recién adquiridas no había hecho menguar su capacidad de gozar de un capón.

—El general MacArthur difícilmente acepta un no como respuesta, eso es verdad —añadió el viejo.

Dexter y George Porter intercambiaron miradas. Ambos sabían que su suegro menospreciaba a MacArthur, a quien llamaba Dugout Doug (o sea, Douglas el del Búnker) desde que los japoneses lo habían echado de Filipinas el marzo anterior sin que él se hubiera dignado a salir de su escondite subterráneo durante la batalla.

Tabby y Grady estaban sentados frente a Dexter y se ignoraban mutuamente de una manera ostentosa. Dexter sospechaba que tenían los pies

entrelazados debajo de la mesa y se planteó hacer como los personajes de comedia y dejar caer la servilleta para echar un vistazo.

—Noviembre ha sido el mejor mes para los Aliados hasta la fecha, gracias en gran parte a chicos como éste —dijo el comandante, levantando la copa hacia Grady—. Tenemos Stalingrado rodeado y hemos desembarcado en el norte de África. Nuestros enemigos han empezado a sufrir de verdad: ¡veinte mil japoneses muertos en el Kokoda Trail de Nueva Guinea! Malaria, infecciones en los pies... Se les hinchan tanto que no pueden ni ponerse las botas y tienen que marchar descalzos por el barro.

—El barro es un auténtico vivero de parásitos —dijo George Porter, ofreciendo su perspectiva médica—. Las bacterias penetran en el organismo a través de la más mínima brecha y, antes de que te des cuenta, tienes disentería, solitaria...

Varios comensales dejaron los tenedores, pero el viejo añadió con evidente placer:

—¿Y qué me dices de las moscas picadoras en Tobruk? Los alemanes están acostumbrados a los bosques: nunca habían visto una mosca del desierto. ¡Las picaduras se infectan y al cabo de unos días están arrastrando miembros gangrenosos por la arena!

—¡Y el invierno en Rusia! —exclamó el comandante al tiempo que pedía otro capón—. ¡A esos nazis los dedos congelados se les rompen como si fueran de yeso!

La señora Hart, una de las pocas mujeres presentes, se había puesto pálida.

—Por cierto —dijo Dexter, viendo que se imponía un cambio de tema—, me ha encantado ver a tantas chicas trabajando en su arsenal naval, almirante.

—Me alegra que se haya dado cuenta —respondió el comandante—. Las chicas han superado nuestras expectativas. Y le sorprenderá saber que emplearlas tiene ventajas. Al menos a mí me sorprendió. Son más pequeñas y ligeras y pueden trabajar en espacios donde los hombres no caben. Además, las tareas de la casa las vuelven muy hábiles, ya sea coser y tejer, remendar calcetines, cortar verduras...

—Tratamos demasiado bien a nuestras chicas, eso es evidente —declaró un tipo de aspecto dispéptico, sentado al otro extremo de la mesa—. En el Ejército Rojo, trabajan como paramédicos y se llevan a los heridos del campo de batalla a hombros.

—También pilotan aviones —dijo alguien—. Bombarderos.

—¿Eso es verdad? —preguntó Tabby.

El viejo se rió en voz baja.

—Las chicas soviéticas han recibido una educación un poco distinta a la tuya, Tabatha.

—Y no olvidemos —añadió el comandante— que el Ejército Rojo tiene una división completa cuya misión es colocarse detrás de los soldados y dispararles si intentan desertar: no son gente afable.

—Espero que aquí no permitan a las chicas hacer las mismas cosas que los hombres, almirante —dijo Cooper.

—Por supuesto que no —afirmó el comandante—. Las tareas que requieren fuerza física o soportar condiciones extremas les están vedadas. En el resto de los empleos, las chicas son lo que denominamos «asistentas»: ayudan a un hombre que es su superior. Y tienen prohibido subir a los barcos.

—¿Las chicas no pueden subir a los barcos? —preguntó Bitsy, que todavía no había abierto la boca—. ¿Es una norma?

—Desde luego. Somos inflexibles al respecto.

—¿Las chicas no pueden subir a los barcos en un *arsenal naval*?

Todos se volvieron hacia Bitsy. Las mejillas coloradas y el pelo revuelto por el viento le daban un aspecto de lo más atractivo, como si su infelicidad y su inquietud hubieran avivado un fuego en su interior. Dexter miró al viejo de reojo preguntándose si haría algo para apaciguarla, pero Arthur escuchó impasible las explicaciones del comandante sobre la falta de espacio a bordo. «Ustedes ya me entienden», repitió en más de una ocasión, a lo que sus invitados (todos excepto Bitsy, que le dirigía una mirada de resentimiento) asentían con la cabeza como muñecos recién salidos de una caja sorpresa.

Después de un bol de melocotones en salsa Melba, la esposa del comandante ofreció una visita guiada a la casa, donde el comodoro Perry había vivido cien años atrás. Tabby y Grady aceptaron, junto con varios comensales. Dexter iba a unirse al grupo cuando vio que Cooper se levantaba: lo último que necesitaba en aquel momento era escuchar cómo presumía de su hijo. El comandante sacó brandy y puros y la conversación volvió a centrarse en cómo recuperar Filipinas, ante la embelesada atención de algunos invitados.

Dexter se sentía aletargado tras una comida tan pesada, y decidió echarse agua fría en la cara. Una camarera negra lo acompañó hasta un aseo que resultó estar ocupado y luego a un segundo, más alejado, cerca de la cocina. La puerta también estaba atrancada, pero Dexter le dijo a la mujer que esperaría. Se disponía a abrir las puertas batientes que daban al invernadero cuando oyó ruidos a su espalda. Se acercó a la puerta del baño y aguzó el

oído. Susurros, gruñidos, suspiros... Lo que estaba sucediendo detrás de aquella puerta no admitía dudas. Su primer pensamiento (que se trataba de su hija y Grady) lo hizo ponerse completamente pálido.

—Oooh..., oooh..., oooh...

Dentro del baño, los gemidos de mujer fueron subiendo de volumen y de intensidad. Dexter salió dando tumbos a través de las puertas batientes y por la hierba seca. El vértigo convertía el arsenal naval en un parque de atracciones y Dexter se apoyó jadeando en el invernadero. Finalmente se agachó, con los codos y las rodillas apoyados en el suelo, mientras la sangre le volvía a la cabeza. Había estado a punto de desmayarse.

—¿Papá?

Se levantó rápidamente, parpadeando. La voz de Tabby llegaba de arriba. Echó la cabeza hacia atrás. Ahí estaba, saludándolo desde una ventana en la parte superior de la casa. La intensidad del alivio de Dexter le provocó una nueva oleada de debilidad. Le temblaban las rodillas. Algo tenía que estarle pasando para que se le hubiera ocurrido una idea tan horrible.

—Papá, ¿qué sucede?

—Nada —contestó él con voz débil—, estoy fresco como una rosa.

—Ven a echar un vistazo: desde aquí arriba se ve todo.

—Ahora voy —exclamó él, y volvió a entrar en el mismo momento en el que se abría la puerta del baño. De dentro salió George Porter, con una media sonrisa y ajustándose el chaleco con las manos todavía húmedas de habérselas lavado. Reaccionó con la misma sorpresa que Dexter. George cerró de forma apresurada la puerta del baño (la mujer debía de seguir dentro) y en ese instante, como si hubiera reconocido el timbre de sus llantos histéricos en los gemidos que había oído a través de la puerta, Dexter supo que se trataba de Bitsy. Su asombro fue tan violento que resultó imposible de disimular, y George se percató de ello. Le dirigió una sonrisa incómoda y Dexter se la devolvió, esforzándose por responder con la sana neutralidad que siempre había mostrado ante las indiscreciones de su cuñado. Mientras regresaban en silencio al comedor, Dexter sintió la necesidad de decir algo que le quitara hierro al suceso terrible del que acababa de ser testigo, pero no se le ocurrió nada.

Se sentaron separados. Al cabo de un rato regresó Bitsy. Su aspecto era tranquilo por primera vez en todo el día. Se sentó junto a su padre, le pasó un brazo por la espalda y apoyó la mejilla en el hombro del viejo. Poco a poco, el alivio de Dexter por la inocencia de Tabby fue dando paso a una sensación de mal augurio. Que George hubiera traicionado a su suegro de aquella forma

(que hubiera comprometido a su hija mayor y a su hija menor en sus propias narices, en casa de un almirante que los había recibido como invitados de honor) era una transgresión tan atroz que parecía ponerlos a todos en peligro. ¿Qué pasaría si Arthur Berringer lo descubría? ¿Y cómo no iba a descubrirlo, si había sabido de los desembarcos en el norte de África antes de que tuvieran lugar? Dexter sólo podía pensar en que George Porter era hombre muerto.

Pero estaba mezclando sus dos mundos: sólo en el mundo de las sombras los hombres morían por algo así. En la esfera del viejo eso no pasaba, excepto tal vez metafóricamente. Pero Dexter no lograba sacudirse la sensación de amenaza inminente. Recordó los gemidos que había oído a través de la puerta del baño. Para su vergüenza y turbación, su cadencia lo excitó y se descubrió rememorándolos una y otra vez: un placer tan explosivo, tan embriagador, que justificaba incluso el riesgo de aniquilación.

Dexter conocía los peligros de perseguir un placer prohibido. Se lo debía a una mujer que, ocho años atrás, en un tren a San Luis, había llamado discretamente a la puerta de su compartimento de primera clase pasada la medianoche. Antes no los conocía. Se habían fijado el uno en el otro en el vagón restaurante y habían intercambiado unas palabras en el pasillo. Ella llevaba anillo de casada (igual que él) y una crucecita de oro en el cuello, pero desprendía una sensualidad tan inequívoca que todos aquellos símbolos parecían poco menos que amuletos. Aquella visita nocturna había abierto un intervalo de desenfreno que se había prolongado hasta el día siguiente y que se había fundido en la memoria de Dexter con los campos helados que iban pasando al otro lado de las cortinitas abiertas de la ventanilla del tren. Incluso ahora, si en enero conducía por Nueva Jersey o Long Island, a menudo se sentía conmovido ante la vista de los campos cubiertos de escarcha.

Bajaron del tren esa misma tarde en Angel, Indiana, con la intención de... ¿De qué? Con la intención de continuar. Se alojaron en un hotel cerca de la estación, bajo los nombres de señor y señora Jones. De inmediato, Dexter percibió un cambio: ahora que, en lugar de pasar pintorescamente de largo, el sombrío paisaje invernal lo rodeaba, descubrió que aquello no le gustaba tanto. A ése le siguieron otros motivos de irritación: una súbita aversión al perfume de aquella mujer, una súbita aversión a su forma de reír, la chuleta de cerdo reseca que le sirvieron en el restaurante del hotel, una telaraña que colgaba de la lámpara, encima de la cama. Después de hacer el amor, ella sucumbió a un sueño letárgico, pero Dexter permaneció despierto, escuchando los aullidos de los perros (o tal vez eran lobos) y el viento que hacía traquetear los cristales sueltos de las ventanas. Todo lo que conocía le

parecía lejano de un modo irreversible: Harriet, los niños, el negocio por el que le habían encargado velar en nombre del señor Q... Todo quedaba tan lejos que parecía irrecuperable. Sintió la facilidad con que la vida podía escapársele a un hombre, separada de él por miles de kilómetros de espacio vacío.

Bajo la luz esquiva que anunciaba el amanecer, se vistió, cogió su maleta y cerró cautelosamente la puerta del hotel. Se dirigió hacia la estación bajo los cables del teléfono y los semáforos oscilantes y compró un billete para el siguiente tren. Iba en la dirección contraria, hacia Cincinnati, pero lo tomó de todos modos. Había dejado un billete de veinte dólares encima del secreter, una decisión que había lamentado nada más poner un pie en la calle y que todavía lamentaba cada vez que se acordaba: aquella mujer no era una prostituta; era alguien como él.

Al llegar a San Luis, con casi dos días de retraso, encontró varios telegramas urgentes de Harriet: Phillip había estado a punto de morir de apendicitis. Un socio del señor Q había realizado el trayecto de ida y vuelta en vano, sin encontrarlo. Dexter alegó que le había subido la fiebre y había sufrido alucinaciones en el tren. Después de perder el conocimiento, lo habían trasladado a un hospital. Era el tipo de historia con la que podías irte de rositas una vez en la vida, como mucho, si nadie tenía motivos para dudar de ti. En realidad, reflexionó Dexter más tarde, la historia tampoco estaba tan lejos de la verdad.

Varios coches conducidos por marines esperaban en el camino circular que daba acceso a la residencia del comandante para devolver a los invitados a la salida del arsenal antes del cambio de turno. Los barcos flotaban impasibles en los muelles. Bitsy había decidido que iba a pasar la noche en Sutton Place, lo que significaba que Dexter se había librado de ella, gracias a Dios. Desde luego, George y Regina vivían a cuatro pasos del viejo, lo que era de lo más conveniente. «Has acabado como Henry», le había dicho Bitsy; a lo mejor tenía razón.

Tabby también quería ir a Sutton Place a hornear algo para la comida de Acción de Gracias del día siguiente. Dexter accedió y ella se despidió con un beso. Ahora su coqueteo con Grady le parecía tan inocente (tan sano, incluso, en comparación con lo que acababa de presenciar) que casi le despertaba ternura.

Ya a solas, de pie en la entrada de la calle Sands, Dexter sintió la necesidad de desahogarse. Decidió llamar a Harriet antes de dirigirse al club y se metió en el Richard's Bar and Grill, en la esquina. Un marinero estaba echando moneda tras moneda en el teléfono, suplicando una cita. Dexter se removió inquieto mientras miraba por una ventana. De pronto una gran masa humana emergió por las puertas del arsenal: miles de hombres con mono de trabajo y alguna chica con vestido inundaron la calle Sands como los aficionados que salían del Ebbets Field después de un partido de béisbol. Dexter los observaba sin ser visto, envidiando su camaradería. Ellos contribuían a ganar la guerra, y aquella certidumbre se reflejaba en su manera distendida y relajada de caminar. A lo mejor intuían el futuro resplandeciente que el viejo había descrito durante la comida y sentían que formaban parte de él.

Con la misma rapidez con que se había reunido, la multitud se dispersó. El marinero también se había marchado y el teléfono había quedado libre, pero a Dexter se le habían pasado las ganas de hablar con su mujer. Harriet tenía mucha sangre fría: en la época en que Dexter se dedicaba al contrabando de ron, ella lo esperaba en el coche con una risita nerviosa mientras las balas zumbaban al otro lado de las ventanillas, pero si le contaba lo de Bitsy y George la obligaría a guardar un horrible secreto o a derramar todo ese veneno sobre otras personas. No, contárselo a Harriet era lo peor que podía hacer. ¿En qué demonios estaba pensando? No debía decírselo a nadie: lo mejor era esperar a que la aventura siguiera su curso y terminara pronto, sin demasiados moratones ni heridas por ninguna de las dos partes. Dexter estaba acostumbrado a guardar secretos.

Ya había empezado a anochecer cuando salió del bar. Mientras iba por la acera en dirección a su coche, una chica que le sonaba pasó caminando apresuradamente en dirección contraria.

—Señorita Feeney —le dijo Dexter: era la chica que había estado buscando, la que le había dicho que trabajaba en el arsenal naval. —La chica se dio la vuelta con cara de susto—. Soy Dexter Styles —dijo él—. ¿Va a trabajar?

—No —respondió ella sonriendo por fin—. He donado sangre y he salido pronto.

—¿Puedo acompañarla a casa?

Él ansiaba tener compañía.

Anna miró a Dexter Styles. Había pensado tanto en él desde que se habían visto por última vez que su cara le resultaba extrañamente familiar,

impregnada de un oscuro significado. Se detuvo junto a su automóvil de gánster.

—Gracias, pero no puedo. Tengo que hablar con mi supervisor —dijo ella, agradecida de tener una excusa que encima era verdad. Quería decirle al señor Voss que deseaba presentarse como submarinista voluntaria. Había estado esperando al cambio de turno.

—No hay de qué. Buenas noches, señorita Feeney.

Él le dedicó una inclinación de sombrero. Un deseo repentino, visceral, de no perderlo de vista invadió a Anna.

—¿Sería posible aceptar su oferta en otro momento? —dijo sin pensarlo.

A Dexter casi se le escapa un gruñido. Tener un buen automóvil que insistía en conducir personalmente significaba que a menudo se reclamaban sus servicios. Había acompañado a un chico del barrio con dolor de muelas al dentista, llevaba a Heels a una farmacia que abría toda la noche cada vez que su madre necesitaba pastillas para la presión. En cuanto alguien se lo pedía, le costaba decir que no. Tenía que aprender a escurrir el bulto con antelación.

—Sin duda, me encantaría si volvemos a coincidir —dijo, a punto de abrir la portezuela.

—Mi hermana no está bien. Le he prometido que la llevaría a la playa.

—Si está enferma, mejor esperar a la primavera.

—No está enferma, sino paralítica. Hay un chico que carga con ella escalera abajo.

Paralítica. Un chico. Escalera. Dexter sintió que los elementos de aquella historia deprimente iban cayendo a su alrededor como piedras. La señorita Feeney llevaba un sencillo abrigo de lana con los puños raídos... Era una debilidad de Dexter, reparar en las desgracias de los demás.

—¿Y tiene alguna fecha pensada? —preguntó con pesadez.

—Un domingo. Cualquier domingo: tengo el día libre.

Últimamente su madre pasaba los domingos fuera y Anna se quedaba a solas con Lydia.

La mente de Dexter ya se había puesto en marcha: si ayudaba a aquella chica paralítica en lugar de ir a misa, evitaría al nuevo sacerdote (que ahora pretendía pegarle un sablazo para reparar los bancos de la iglesia) y regresaría a casa a la hora de la comida. Además, ayudar a una paralítica sería una buena forma de recordar a los malcriados de sus hijos la buena suerte que tenían.

—¿Qué le parece este domingo? —dijo él—. Antes de que llegue el invierno.

—¡Perfecto! —respondió ella—. No tenemos teléfono pero, si me dice a qué hora vendrá, avisaré al chico para que la baje a la calle.

—Señorita Feeney —dijo él en tono de reprimenda, y aguardó. Ella levantó la mirada, pero la silueta de Dexter se recortaba contra la luz de la farola y no se le distinguía la cara—. ¿Usted cree que necesito a un chico que la baje a la calle?

11

—Así pues, está usted interesada —dijo el teniente Axel levantando los ojos para mirar a Anna, que estaba de pie frente a su escritorio. No se había levantado cuando el marine que le hacía de secretario había invitado a pasar a la chica a su despacho.

—Sí, señor —dijo ella—, muy interesada.

—¿Y qué le ha hecho pensar que bucear sería interesante?

Ella dudó, no muy segura de lo que iba a responder.

—He estado observando a los buzos en la barcaza —dijo—. Desde el embarcadero C, a la hora de comer. Y al terminar mi turno.

Pronunció cada frase seguida de una pausa, esperando alguna señal que indicara que el teniente la entendía.

—Entonces ha estado observando a los buzos a la hora de comer —dijo éste finalmente.

Como aquello no era una pregunta, y además, en boca del teniente Axel, sus palabras habían sonado ridículas, Anna no respondió. Durante el silencio que se produjo a continuación, se dio cuenta de que para mirar al teniente tenía que bajar la vista. A lo mejor él se dio cuenta también, pues se levantó de pronto: un hombre bajito y de pecho prominente ataviado con el uniforme de la Marina; un rostro castigado por el clima y, al mismo tiempo, extrañamente infantil, sin atisbo de barba.

—Si no le importa que se lo pregunte, señorita Kerrigan, ¿de quién ha sido la idea?

—Mía —dijo ella—, enteramente mía.

—Enteramente suya... Pero por una idea enteramente suya el comandante no me habría llamado ayer para pedirme que la recibiera.

—Mi supervisor, el señor Voss...

—Ah. Su supervisor, el señor... Voss. —Pronunció el apellido como si aquella sílaba fuera el último resto de carne en un hueso que estaba rebañando. Después se rió.

»Imagino que estará tan ansioso de complacerla como usted de complacerlo a él.

Aquella burla cogió a Anna por sorpresa, pero la brutalidad del insulto se manifestó lentamente, como una quemadura, e hizo que el teniente pareciera un hombre inestable. Anna se percató del trémulo silencio que los rodeaba en

aquel edificio pequeño y se preguntó si aquel hombre estaría actuando para un público oculto.

—¿Hay alguna prueba para saber si una persona puede bucear?

—No hacemos ninguna prueba. Sólo el traje. Probaremos a ver si le va bien.

—¿A quién? ¿A mí?

—No, a aquel esquimal de ahí.

El señor Voss había intentado disuadirla para que no fuera: «No la quieren —le había dicho después de hablar por teléfono con el comandante—, me temo que no serán amables.» Anna había pensado, estúpidamente, que no quería perderla.

Siguió al teniente por un pasillo lleno de puertas sugerentemente entreabiertas y luego ambos salieron al exterior. El edificio 569 estaba pegado a un muro perimetral al oeste del taller de construcción, un área del arsenal naval que no había visitado ni siquiera en bicicleta. La planta Edison quedaba justo encima, sus cinco chimeneas vomitaban un humo de aspecto húmedo.

El teniente Axel la condujo hasta un banco situado al final del muelle de la calle Oeste, donde había un traje de buzo doblado. Su grosor y rigidez le daban una apariencia animada, como si fuera una persona agachada. Anna apretó el paso nada más verlo.

—El señor Greer y el señor Katz serán sus asistentes —dijo el teniente Axel señalando a dos hombres que aguardaban cerca de allí con estudiada despreocupación: seguramente habían abandonado a toda prisa el lugar desde donde espían su conversación para llegar allí antes que el teniente—. Caballeros, la señorita Kerrigan está interesada en bucear. Vístanla, por favor.

La orden parecía muy clara, pero algo en los términos empleados («asistentes», «vístanla») hizo que Anna se preguntara si eran auténticos o si habían sido acuñados especialmente para confundirla. Se sintió aliviada cuando el teniente Axel volvió a entrar en el edificio.

—Le probaremos el traje encima de lo que lleva ahora, querida —dijo el que respondía al nombre de Greer. Era un tipo menudo y flaco, con una barbilla pequeña, el pelo ralo y una alianza—. Sólo tiene que quitarse los zapatos.

El otro tipo, Katz, tenía aspecto de fanfarrón.

—¿Qué talla es? ¿La uno? —preguntó mientras los dos sostenían el traje de buceo delante de Anna, que ya iba descalza—. ¿Tú qué dices, Greer, lleva la misma talla que tú?

Greer entornó los ojos. La lona recauchutada desprendía un olor a cereal y a tierra que a Anna le recordó la granja de sus abuelos en Minnesota. Metió los pies a través del ancho collar de goma negra y luego por las perneras rígidas que terminaban en una especie de calcetines. Tuvo que sujetarse en los dos hombres para poder meterse en el traje, una operación incómoda que, no obstante, Katz y Greer se tomaban como si fuera algo rutinario. Le pasaron el collar de goma por el torso y los hombros y ella metió los brazos en las mangas, que terminaban en unos guantes de tres dedos. Enseguida le ataron a las muñecas unas correas de piel.

—Hay que apretar más las correas —señaló Katz—, tiene las muñecas tan estrechas que los guantes podrían salirse. Aunque tú, Greer, parece que te apañas con tus manos de mujer.

—El señor Katz está muy orgulloso de su estatura —le dijo Greer a Anna en tono conspirativo—; hace que no se sienta tan mal por no ser apto para el servicio.

Anna quedó horrorizada con el comentario, pero Katz apenas titubeó un instante.

—A Greer le gusta mencionar ese detalle: tiene envidia de mi barbilla.

—Incluso con esa barbilla, no encuentra a una chica que quiera casarse con él —repuso Greer.

—Si viera lo calzonazos que es Greer, entendería por qué me lo estoy tomando con calma.

Anna trató de disimular su consternación ante aquel aluvión de insultos, pero los hombres parecían casi ajenos a ellos. Los tenía detrás, ajustando los cordones de la parte posterior de las perneras de lona.

—¿Por qué eres no apto, por cierto? —preguntó Greer a Katz.

—Tengo un tímpano perforado. El maestro me golpeó en la oreja cuando estaba en segundo.

—Ya entonces hablabas demasiado, ¿no?

—Debe de haber sido horrible —dijo Anna, pero inmediatamente se dio cuenta de que habría sido mejor que no hablara: por primera vez, Katz parecía avergonzado.

—Es una ventaja para bucear —señaló al cabo de un rato—: la presión no me afecta en ese lado.

Ayudaron a Anna a ponerse los «zapatos», dos bloques de madera y metal recubiertos de piel. Sus gestos meramente instrumentales tenían un aire íntimo. Katz se arrodilló junto a ella para ajustar las correas de uno de los zapatos.

—Estos zapatos pesan quince kilos —le contó a Anna—. El traje entero pesa noventa. ¿Cuánto pesa usted?

—No me extraña que no encuentres novia —murmuró Greer negando con la cabeza.

—A ojo, yo diría que la mitad de eso —siguió diciendo Katz, ignorando a su colega—. Para que se haga una idea, yo peso ciento diez kilos y apenas puedo andar con ese traje puesto.

—Pero eso es porque tienes un equilibrio de pena —intervino Greer—. Por el tímpano, tal vez.

—En realidad, peso bastante más de cincuenta kilos —dijo ella, pero sonó quisquillosa y, una vez más, se arrepintió de haber hablado.

Estaba sentada. Los hombres le colocaron un peto de cobre por la cabeza y sus bordes afilados se le clavaron entre los hombros y el cuello.

—Caramba —dijo Greer—, no le hemos puesto el...

Una sonrisa malvada iluminó el rostro de Katz.

—¿El qué?

—Ya sabes... —contestó Greer, que se puso colorado hasta las entradas del pelo—. Vamos, Katz, ten un poco de compasión.

—Ah, te refieres a la «almohadilla para mariquitas» —dijo finalmente Katz—. Tienes razón, se nos ha olvidado. Es una almohada especial —añadió, hablando con Anna sin mirarla a los ojos— que protege de los bordes afilados del cuello del traje. Querrá llevarla cuando le pongamos la escafandra: juntos pesan veinticinco kilos.

Anna no tenía intención de pedir una almohadilla, y menos aún si tenía ese nombre. Para entonces, Greer ya tenía el cuero cabelludo de color escarlata. Ambos hombres empezaron a tirar del collar de goma del traje de lona para hacerlo pasar por encima del peto y fueron introduciendo unos largos pernos de cobre por una serie de agujeros en la goma. Cuando cada agujero tuvo su perno, los cubrieron con unas abrazaderas también de cobre que finalmente sujetaron con tuercas de mariposa usando llaves T para apretarlas. Greer estaba delante de Anna y Katz detrás, y hablaban a gritos mientras iban ajustando el collar hasta que la goma quedó sellada firmemente entre el cobre y la lona.

—Y ahora el cinturón —dijo Katz con una sonrisa—: cuarenta kilos más.

El cinturón tenía varias piezas de plomo. Se lo colocaron alrededor de la cadera mientras estaba sentada y se lo ajustaron a la espalda. Entonces le cruzaron dos correas de cuero sobre el pecho y se las pasaron por encima de los hombros.

—Ahora levántese y agáchese para que podamos acabar de equiparla — dijo Katz.

Levantarse resultaba mucho más difícil con el peso del peto y el cinturón. Se agachó y sintió cómo le pasaban unas correas entre las piernas y se las ajustaban a las ingles. No tenía ni idea de si se trataba de la forma habitual de hacerlo, o si era una variante humillante ideada tan sólo para ella. Desde lo de la almohada para mariquitas, Greer no la había vuelto a mirar a los ojos.

—Siéntese —dijo Katz—. Ha llegado la hora de ponerle el sombrero.

El «sombrero» era la escafandra esférica de latón, que vista de cerca se parecía más a una pieza de fontanería o de maquinaria que a algo que pudiera ponerse un ser humano. Anna sintió un estremecimiento de incredulidad cuando Katz y Greer agarraron la escafandra entre los dos y se la colocaron encima de la cabeza. Y de pronto estaba dentro, encerrada y rodeada de aquel olor metálico y húmedo que era casi un sabor. Enroscaron la base de la escafandra sobre el peto como una bombilla encajada en un portalámparas. Anna notó un gran peso enterrándole los afilados bordes del collar. Se retorció, intentando apartarse o quitárselo de encima. Notó dos golpecitos en la parte superior de la escafandra, la visera frontal esférica se abrió y dejó entrar una bocanada de aire frío. Greer estaba ante ella.

—Avísenos si se siente mareada —le dijo.

—Estoy bien —contestó ella.

—Levántese —dijo Katz.

Intentó levantarse, pero el peto, la escafandra y el cinturón de plomo la mantenían adherida al banco. La única forma de levantarse suponía empujar con todas sus fuerzas sobre los dos puntos donde el collar se le hundía en los hombros. Sentía como si le estuvieran clavando agujas en la carne viva. El dolor le anegó los ojos y el peso amenazó con doblarle las rodillas, pero aun así se levantó; cada instante suponía volver a negociar si sería capaz de soportar aquel peso un segundo más. Y sí. Y otra vez sí, sí, sí y sí.

Katz se asomó a la abertura de la escafandra. Anna se fijó en que tenía una pequeña cicatriz blanca sobre la parte derecha del labio superior y experimentó un escozor de odio hacia él que se sumó al dolor atroz que sentía en los hombros. Katz se lo estaba pasando bien.

—Camine —le dijo.

—Se va a desmayar.

—Deja que lo intente.

—Yo no me desmayo —dijo Anna—: no me he desmayado en mi vida.

Mantuvo el peso de la escafandra en equilibrio sobre aquellos dos castigados puntos de dolor, y dio un paso arrastrando un zapato sobre los ladrillos como si llevara grilletes. A continuación, dio otro. Notaba el sudor en el cuero cabelludo. Noventa kilos. La escafandra y el collar pesaban veinticinco, los zapatos quince y el cinturón cuarenta más. ¿O eran quince kilos por zapato, treinta en total?

Otro paso. Y otro más. Deslizaba los zapatos sin tener idea de adónde iba ni por qué. El dolor había dejado todos esos factores en un segundo plano.

Alguien le puso un objeto en los guantes de tres dedos.

—Desátelo.

—¿Mientras camino?! —gritó ella.

Greer apareció en la abertura de la escafandra.

—Puede dejar de caminar —dijo en tono amable. Parecía preocupado; Anna supuso que su cara tendría una expresión crispada. Levantó el objeto hasta que logró verlo: era una cuerda y estaba llena de nudos. Recolocó las manos dentro de aquellos guantes de tres dedos (el pequeño y el anular en el primer dedo, el corazón y el índice en el segundo, y el pulgar en el tercero) y agarró los nudos con todos los dedos. Sus dedos exploraron los contornos a través de la tela caliente y húmeda de los guantes y de repente el dolor que sentía en los hombros pasó a un segundo plano. Cada nudo tenía una parte que cedía si la empujabas con suficiente fuerza y durante suficiente rato. Anna cerró los ojos y sus manos accedieron a un ámbito puramente táctil que parecía ajeno al resto de la vida. Fue como empujar una pared y encontrar un cuarto oculto al otro lado. Fue palpando e investigando con los dedos hasta encontrar el punto débil de cada nudo, como la maca de una manzana. Deshacer un nudo siempre parecía imposible hasta que de pronto se descubría inevitable: Anna lo sabía tras años de pelos enmarañados, lazos, combas, tirachinas y otras cosas que los niños del barrio le llevaban para que se los desatara. El nudo hizo un último esfuerzo para conservar su integridad, y su reticencia a ceder hizo que por un momento pareciera casi vivo, pero finalmente se rindió y las cuerdas quedaron sueltas entre sus dedos.

Anna las sostuvo hasta que alguien se las quitó de las manos. Katz miró por la abertura. Anna esperaba hostilidad, pero cuando éste habló, lo hizo con admiración evidente.

—Muy bien —dijo.

Pero aún más sorprendente que su admiración palpable fue el éxtasis de orgullo que experimentó Anna. Después de todo, lo que ella quería no era derrotar a Katz, sino impresionarlo.

Los dos hombres desenroscaron la escafandra y se la quitaron de encima de los hombros, seguida del cinturón y el peto. Libre de aquel peso, Anna se sintió flotar, incluso volar. Su entusiasmo se contagió a sus asistentes como si su éxito fuera compartido, como si la colocara en una categoría próxima a la de los dos hombres. La ayudaron a quitarse los zapatos, el cinturón y el traje con idéntico ánimo que al inicio, sólo que, si de entrada su entusiasmo había sido a costa suya, ahora, en cambio, la incluía. Pronto estuvo de nuevo en el muelle, ataviada con su mono de trabajo. Había anochecido sin que ella se diera cuenta.

—¿Se lo quieres comunicar tú? —le preguntó Greer a Katz.

—¿Crees que nos echará la culpa a nosotros?

—A alguien se la tendrá que echar.

—Ve tú —dijo Katz—, le caes mejor.

—A él y a casi todo el mundo —afirmó Greer guiñándole un ojo a Anna.

El teniente Axel escuchó con una mueca en el rostro mientras Greer lo ponía al corriente de los logros de Anna, y al final lo invitó bruscamente a salir de su despacho. Al pasar por delante de la chica, Greer se levantó un poco la gorra, como incluyéndola en una especie de conspiración.

—Siéntese, señorita Kerrigan —dijo el teniente.

Anna estaba tan entusiasmada que le costaba reprimir una sonrisa, pero logró refrenarse, decidida a no parecer petulante. El teniente la observó un rato tamborileando con los dedos sobre el escritorio.

—Ha sido capaz de llevar el traje —le dijo, empleando un tono conciliador que la alarmó—, pero eso no es lo mismo que bucear.

—Usted ha dicho que ésa era la prueba.

El teniente respiró profundamente, como armándose de paciencia.

—Trabajar bajo el agua es enormemente agotador para el cuerpo —explicó—. Entiendo que le cueste creerlo: usted ha visto las olas, la espuma del mar; seguro que le gusta nadar..., pero el fondo submarino no es así. El agua pesa, la presión de todo ese peso puede ser tremenda y no tenemos ni idea de cómo va a reaccionar el cuerpo de una mujer.

—Déjeme intentarlo —dijo ella, y de pronto se notó la boca seca.

—Es usted una chica fuerte, señorita Kerrigan, ya lo ha demostrado. Pero mi conciencia no me permite dejarla bajar, como no dejaría bajar a mi hija.

Se mostraba protector, cercano, un poco avergonzado, nada que ver con el hombre sarcástico que la había recibido. A Anna le gustaba más la primera versión: sentía que con ese hombre tenía alguna oportunidad.

—Déjeme intentarlo —repitió ella—. Si fracaso, lo tendremos claro.

—¿Ha visto alguna vez a un hombre con síndrome de descompresión? —preguntó el teniente, inclinándose hacia delante como si compartiera una confidencia—. Las burbujas de nitrógeno atrapadas en su sangre deben encontrar una salida, de modo que se abren paso a través del tejido blando. Se sangra por los ojos, la nariz y las orejas. ¿Sabe lo que es la muerte por presión? La presión del océano reduce al buzo, el hombre entero, al tamaño de la escafandra que acaba de probarse. O sea que cuando usted dice «si fracaso...» Fracasar a quince metros de profundidad no es lo mismo que hacerlo en la superficie.

—Todas esas cosas pueden pasarle a cualquiera que cometa un error, no sólo a una chica —dijo Anna, pero se sintió abrumada por una sensación de fracaso inevitable.

El teniente sonrió: dientes blancos, piel bronceada, barba afeitada.

—Me cae usted bien, señorita Kerrigan. Está llena de energía. Mi consejo es que vuelva a su taller, sea lo que sea que haga aquí en el arsenal, y se entregue con todas sus fuerzas a su trabajo. Ayúdenos a ganar esta guerra para que cuando se termine no tengamos que cenar filete vienes y pulpo deshidratado los domingos por la noche —añadió, y dio una palmada sobre su escritorio. Parecía estar convencido de que estaba todo dicho.

Pero Anna no podía moverse. Había estado tan cerca... ¡Había logrado desatar todos los nudos! El tiempo pareció dilatarse y brindarle la ocasión de considerar todas las salidas posibles y su resultado. Una reacción furiosa sublevaría al teniente; las lágrimas despertarían su simpatía pero harían que la viera débil, y si se mostraba coqueta volvería al punto de partida.

El teniente estaba esperando a que se marchara.

—Teniente Axel —dijo finalmente Anna con voz neutra—. He hecho todo lo que me ha pedido; ¿cómo puede rechazarme? No tiene ningún fundamento.

—Ya que estamos hablando con franqueza, señorita Kerrigan, le diré que nunca ha existido la menor posibilidad de que usted buceara. —El paternalista lisonjero había desaparecido y ahora el teniente hablaba en un tono simple y sin adornos, como Anna—. Su señor Voss debe de estar ciego de amor si en algún momento ha creído que iba a mandar a una mujer bajo el agua. Cuando el comandante me ha llamado por teléfono, le he dicho que era imposible, pero él ha insistido en que le pusiéramos el traje y le diéramos la oportunidad de comprobarlo por usted misma.

—Pues me he puesto el traje —dijo Anna—, he caminado y he desatado los nudos.

—Me ha sorprendido, debo admitirlo —dijo él—, pero nunca ha tenido ninguna posibilidad de bucear y sigue sin tenerla. Lo siento. Imagino que debe de ser frustrante, pero los hechos son los que son.

Se miraron a través del escritorio conscientes de que ambos entendían perfectamente lo que estaba pasando. Anna se levantó de la silla.

De pronto se encontró en el exterior del edificio 569, aunque no recordaba haberse puesto el abrigo, ni si había visto a Katz y a Greer al salir. A oscuras, emprendió el largo camino de vuelta a la puerta de la calle Sands. El viento frío arrastró el recuerdo del placer vertiginoso que le había producido su victoria. Pasó junto a las naves de construcción, cuya luz artificial exageraba las dimensiones de los cascos vacíos de los barcos que había en el interior.

La respuesta era que no.

Era la primera vez en la vida en que Anna veía su camino obstruido por un prejuicio tan descarado. «Los hechos son los que son», había dicho el teniente, pero no había hechos.

Mientras Anna caminaba, su decepción y su tristeza dieron paso a una fría hostilidad que incluía el odio que había sentido inicialmente hacia Katz. El teniente no iba a derrotarla: sería ella quien lo derrotara a él. Aquel hombre era el enemigo. En ese instante, a Anna le pareció que siempre había querido tener uno.

Imaginó el nudo en sus manos, la tensión que parecía infundirle vida. Siempre existía un punto débil, sólo había que encontrarlo.

«Los hechos son los que son.»

No había hechos. Sólo estaba él: un hombre, y ni siquiera tenía barba.

12

En los cuatro días que transcurrieron desde que accedió a llevar en coche a la playa a la hermana paralítica de la señorita Feeney hasta el domingo en cuestión, el mínimo entusiasmo que aquella aventura había suscitado en Dexter se había disipado del todo. Sus hijos no lo acompañarían. Durante la cena de Acción de Gracias, Beth Berringer había desvelado un plan para que la familia al completo asistiera al servicio religioso de la iglesia de Santa Mónica, en la avenida York, como preludeo a presentarse voluntarios a Fardos para Gran Bretaña. Fardos era el proyecto de una chica de la avenida Park, pero Dexter lo consideraba un club de la alta sociedad disfrazado de organización de apoyo a los esfuerzos bélicos. Había muchas como ésa.

El viejo parecía tan ansioso como él por eludir aquellos planes, y lo había invitado a comer y a jugar al billar en el Knickerbocker. Era una oferta tentadora, tanto por la belleza del mural pintado en la pared del bar como por las miradas horrorizadas que le dirigirían los puritanos que lo reconocieran. Si la señorita Feeney hubiera tenido teléfono, habría aplazado su cita como paso previo a olvidarla por completo. Pero no tenía, y con las festividades tal vez una carta tampoco llegaría a tiempo. La única salida posible era no presentarse, pero entre las muchas cosas que podían decirse de Dexter no estaba ser un sinvergüenza. Finalmente, le dijo a su suegro que le había prometido a una empleada que acompañaría a su hermana paralítica a la playa aquella mañana y quedó en reunirse con él en el club en cuanto terminara.

Así pues, no estaban Tabby, ni los gemelos, ni Harriet. Era un día apacible, inusualmente cálido para finales de noviembre, lo que también descartaba la excusa del mal tiempo. La calle de la señorita Feeney tenía el aspecto que había imaginado y su Cadillac quedó rodeado de niños antes incluso de aparcar. No debían de ver un Serie 62 muy a menudo, si es que alguna vez habían visto uno. Dexter bajó del automóvil y levantó la vista mientras se sujetaba el sombrero. Entornando los ojos a causa de la luz distinguió, en una de las ventanas más altas, una mano que lo saludaba al tiempo que daba al traste con su última esperanza: que fuera la señorita Feeney quien se hubiera olvidado.

Dexter abrió la chirriante puerta de la calle y se encontró en un portal que aún olía al pescado del viernes. Todo en aquel edificio le resultaba familiar, sobre todo el eco de sus pasos en la escalera. Por Dios, ¿cuántas plantas

habría? Le pareció una salvajada tener a una paralítica viviendo en la planta más alta.

El pisito, abarrotado, era sofocante. Todas las superficies rezumaban feminidad, incluido el revestimiento de madera barato de las paredes. Perfume, pelo de mujer, uñas, el período: todo concentrado en una nube íntima y densa que lo envolvió haciendo que la cabeza le diera vueltas. En medio de aquel miasma, casi lo sorprendió encontrarse con las cejas arqueadas de la señorita Feeney, que lo recibió dándole un apretón de manos más propio de un hombre, un gesto que no parecía tener relación alguna con aquel lugar.

Ella lo acompañó a través de la cocina oscura hasta el salón, donde se exhibían todos los objetos valiosos que su familia había logrado salvar de la Depresión. No quedaba gran cosa. Había, por ejemplo, un plato de vidrio emplomado con una representación de san Patricio expulsando a las serpientes y un abanico de plumas (colgado en la pared junto a un calendario de las quintillizas Dionne). También había varios rectángulos vacíos, cada uno con la correspondiente alcañata que evidenciaba que un cuadro o un retrato había sido retirado. Estuvo a punto de preguntar por qué, pero la respuesta estaba en aquella nube de feminidad: allí no había ningún hombre; habría muerto o se habría marchado. Y a juzgar por los huecos de las paredes, debía de ser lo segundo; ¿a quién no le gustaba recordar a un familiar muerto?

Los gritos de los niños en la calle se mezclaban con el tictac de un reloj antiguo, con ángeles dorados en la base, que marcaba la hora con veinte minutos de retraso. El tesoro de la casa, lo que todos tratarían de salvar en caso de incendio. Como la campana de su madre. «Déjame ver mi campana», solía decir ella, y Dexter corría a por ella y se la alcanzaba sujetando cuidadosamente el badajo. Su madre se la había llevado consigo de Polonia y su sonido argentado lo ayudaba a evocar su infancia y a describirla: iglesias, montones de nieve, horas patinando en estanques helados, en la oscuridad. Hogazas de pan caliente sacadas de hornos rojos y crepitantes. No estaba acostumbrado a pensar en su madre. La culpa era de aquel piso familiar y del eco de sus pasos en la escalera. O a lo mejor de la presencia de una chica paralítica.

—¿Dónde está su hermana? —preguntó.

Anna lo condujo hasta una habitación en la que apenas cabían dos camas estrechas. Una persiana cubría la única ventana de la estancia. Encima de una de las camas había una chica atractiva que parecía ser víctima de un desmayo erótico; sus rizos rubios caían sobre la colcha como monedas esparcidas. La

imagen desconcertó a Dexter, que se acercó más, parpadeando para distinguirla en la penumbra. Entonces vio que la chica tenía la expresión de alguien que está muy asustado o transido por un dolor casi agónico. Sus extremidades se sacudían de un modo que evidenciaba una falta de control permanente. Llevaba un vestido de terciopelo azul y medias de lana, y parecía estar dormida. Dexter imaginó el esfuerzo que debía de haber costado vestirla y se sintió aliviado de haber cumplido con su promesa acudiendo allí.

—Tiene... buen aspecto —dijo, pues tenía la impresión de que se esperaba algún tipo de comentario por su parte.

—¿Verdad que sí?

Su hermana contempló a la criatura malformada que tenían ante ellos con tal expresión de amor y orgullo que Dexter se arrepintió de haber irrumpido en el dolor de aquella familia. Pero la decisión no había sido suya: todo era obra de aquella chica.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó, ansioso por ponerse de nuevo en marcha.

—Voy a por los abrigos.

Dexter estuvo a punto de salir con ella, tal era su reticencia a quedarse a solas con aquella chica paralítica. Se acercó a la ventana y levantó la persiana para echarle un vistazo al Cadillac, después se volvió hacia la cama y comprobó aliviado que la chica seguía con los ojos cerrados. Pensó en el padre de la chica, que debía de haber cuidado de ella un día tras otro, en la agonía de su situación. Y en aquel pelo tan bonito, que insinuaba lo que ella podría haber sido. ¿Se habría largado por eso, si es que se había largado? A Dexter le agradaban los irlandeses, sentía afinidad con ellos aunque una y otra vez le demostraran que no eran de fiar: no se trataba tanto de hipocresía como de una debilidad innata cuyo origen estaba en el alcohol o en lo que los empujaba a beber. Valía la pena contar con un irlandés para fabular y hacer planes, pero al final se necesitaba a un espagueti, un judío o un polaco para hacerlos realidad.

La señorita Feeney volvió, se inclinó sobre la cama y metió los brazos insensibles de su hermana en un abrigo de lana azul marino de corte elegante. Su habilidad no dejaba dudas acerca del tiempo que llevaba cuidando de ella: toda su vida, supuso Dexter.

Éste cogió a la joven paralítica en brazos y la levantó de la cama. Sólo cuando su olor le entró por la nariz se dio cuenta de que había estado temiendo aquel momento, el de inhalar el olor rancio que desprendían los cuerpos que vivían en habitaciones poco aireadas. Pero olía bien, incluso de

maravilla: a esa fragancia floral propia de las cremas y los champús femeninos. Olía como una chica que se hubiera bañado esa misma mañana, quizá asomando los dedos de los pies por entre la espuma para afeitarse las piernas. Le protegió la cabeza para evitar el marco de la puerta y ladeó el cuerpo para salir a la sala mientras la melena dorada le caía sobre las mangas del abrigo.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Es verdad, lo siento. Se llama Lydia. Lydia, te presento al señor Styles. Se ha ofrecido generosamente a llevarnos a la playa.

«No exactamente», pensó Dexter, que se permitió una sonrisa irónica mientras seguía a Anna hasta la puerta principal llevando a su hermana en brazos. Cuando volvió a mirarla, Lydia tenía los ojos abiertos, fijos en su cara. Aquel contacto le produjo un sobrecogimiento físico, como si unas manos acabaran de agarrarlo. La chica tenía unos ojos de un azul luminoso que lo miraban sin pestañear, como las muñecas con las que Tabby solía jugar de niña.

Mientras bajaban, se fijó en las paredes sucias al tiempo que, con un pie, intentaba anticiparse a los giros de la escalera. No era fácil.

—Qué tranquila está —comentó desde detrás la hermana sana, sorprendida. Cargaba con una silla plegable que parecía más pesada aún que Lydia—. Cuando la lleva Silvio gime y llora.

—Me siento halagado.

Ya en la calle, la chica saludó a uno o dos de los niños por su nombre. Tras ajustar el peso de la joven paralítica, Dexter se disponía a abrir la portezuela de atrás cuando Anna dijo precipitadamente:

—Preferiríamos ir delante, si no tiene inconveniente.

—Tendrán más espacio atrás.

—Es que no quiero que se pierda nada.

—Como prefiera.

Las prisas de la muchacha lo habían contagiado y dio rápidamente la vuelta al vehículo para abrir la portezuela del acompañante. Anna entró y Dexter dejó a la chica paralítica en sus brazos. Cabrían justos, a pesar de tratarse de un Serie 62. Al cerrar la portezuela se dio cuenta de hasta qué punto había confiado en poder asumir simplemente el papel de chófer de las chicas en lugar del de acompañante.

«Las buenas obras no necesitan justificación», así solía tranquilizarlo su padre cuando Dexter se resistía, avergonzado, a llevar un plato lleno con los restos de albóndigas a los vagabundos e indigentes que se amontonaban junto

a las casetas de feria que había cerca de su restaurante. Dexter murmuró aquella frase en voz baja mientras metía la pesada silla plegable en el maletero: «Las buenas obras no necesitan justificación.»

Dejó atrás a los niños y puso rumbo a Flatbush, más animado al caer en la cuenta de que si seguían a aquel ritmo no iba a tener problemas para llegar al Knickerbocker a la hora de comer. Oyó susurros en el asiento del acompañante.

—¿Puede hablar? —preguntó.

—Antes podía. Bueno, no hablaba, pero repetía cosas.

—Eso es hablar, ¿no? ¿Cuánto entiende?

—No lo sabemos.

«Sabemos», plural. La madre, supuso. ¿Cómo iba si no la hermana sana a trabajar en el arsenal naval y acudir por la noche al Moonshine? Una joven paralítica como aquella necesitaría atenciones constantes; de hecho, sospechaba, en condiciones normales estaría en un asilo. Dexter se acordó de las prisas de la chica en la calle y tuvo que morderse la lengua para no preguntarle si su madre estaba al corriente de aquella aventura. No era asunto suyo, ya había intimado tanto con aquella familia como deseaba hacerlo.

Dejaron atrás el Grand Army Plaza y Prospect Park, a toda velocidad, rumbo a la avenida Ocean. Dexter no lograba sacarse a su madre de la cabeza, como si después de haberlo llamado con su campana, se resistiera a dejarlo partir. Había sido una mujer sana hasta que dio a luz a un bebé muerto, su hermano, cuando Dexter tenía siete años. El corazón de su madre nunca había vuelto a ser el mismo: algo que antes era sólido se había vuelto terriblemente frágil, como un reloj hecho de azúcar. Su debilidad interior hacía que fuera distinta al resto de las madres, entregadas a una prole de hijos berreantes a los que a menudo ignoraban o abofeteaban sin más. Ella lo abandonaría prematuramente: he ahí el secreto que ambos fingían ignorar. Había dejado de trabajar en el restaurante que su marido había abierto (su propio restaurante, por fin) para dedicarse en exclusiva a Dexter. Se pasaba casi todo el día durmiendo: lo que para Dexter era la hora de la comida, para ella era el alba, que empezaba con el ruido de los zapatos de su hijo maltratando los peldaños de las cuatro plantas que subían hasta el piso. Si los demás niños volvían a sus casas y encontraban pan, leche y restos de jamón, a Dexter lo esperaba una comida completa, que su padre había llevado del restaurante la noche anterior, calentada en el horno. Su madre lo saludaba fresca y cargada de preguntas, y reía y lo besaba hasta que llegaba la hora de volver al colegio, momento en

que ella volvía a echarse en su alcoba (llena de almohadas que su padre había mandado hacer especialmente para ella) a recuperarse para su regreso.

Dexter le profesaba una adoración inaudita entre los chicos del barrio: su madre era una persona que podía desaparecer en cualquier momento, aunque estuviera siempre allí. Era inalcanzable y al mismo tiempo ejercía sobre él una posesión absoluta: una mezcla fascinante. ¿Cómo lo había hecho? ¿Brujería? ¿Polvos mágicos? Más adelante, su padre le contó que les habían dicho que su corazón no aguantaría ni un año después del parto fallido. No obstante, seis años más tarde, cuando Dexter cumplió los trece, su madre seguía con ellos. Él empezó a estar resentido y se quedaba en la calle jugando a béisbol hasta después de que anocheciera. Robaba manzanas, caramelos de menta y tizas, pequeños actos de rebelión que temía que su madre pudiera ver cuando con aquellas manos tan suaves y delicadas le sujetaba la cara, en la que había una expresión culpable. El declive de su madre se producía a una velocidad despiadada, que parecía retroactiva, como si el reloj se hubiera desmoronado hacía tiempo, pero su cuerpo no se hubiera percatado de ello hasta aquel momento.

—Por cierto, no se lo he preguntado —dijo Anna tras un largo silencio—. ¿Adónde vamos exactamente?

—A Manhattan Beach —dijo él—. Está cerca de Coney Island, pero la playa es más limpia y recóndita. Mi casa está justo enfrente del mar; de hecho, si quiere puede sacar a su hermana desde el porche trasero y así evitar la arena.

—Me parece buena idea —dijo Anna, esforzándose porque su voz sonara jovial. Regresar a Manhattan Beach ponía una presión intolerable sobre la pregunta alrededor de la cual se debatía desde hacía cuatro días, cuando había ideado aquel plan: ¿debía revelar a Dexter Styles la conexión que existía entre ellos? En el último momento había decidido que no: su objetivo era recabar información, no divulgarla. Apresuradamente, había descolgado de las paredes las fotografías de su madre y de Brianne vestidas de baile y de sus padres el día de su boda, además de un fotograma de *Let a Bullet Fly* en el que aparecía Brianne encogida ante una puerta con la sombra de un hombre cerniéndose sobre ella.

No obstante, callar mientras se dirigía en el automóvil de Dexter Styles hacia el mismo lugar donde lo había conocido años atrás le parecía de una hipocresía insostenible. Quería contárselo todo, mostrar sus cartas... No es verdad: temía contárselo. Lo que realmente quería era habérselo contado ya.

Anna apretó el cuerpo esbelto de Lydia contra el suyo sintiendo cómo su corazón empujaba suavemente los frágiles huesos del torso. Lydia tenía los ojos abiertos y parecía contemplar por la ventanilla los árboles grises y puntiagudos de Prospect Park. Ver que su hermana estaba en estado de alerta inflamó sus expectativas: ¡iban a ver el mar! ¡Y lo verían juntas! Se lo había pedido a Dexter Styles casi sin pensar, buscando cualquier excusa para volver a verlo, pero ahora que estaban de camino, y sabiendo que su madre y Brianne habían salido a comprar y que luego irían a Schrafft's y a la sesión matinal del musical *Star and Garter*, sintió la fuerza de lo que había puesto en marcha. No podía ponerlo en peligro, y eso implicaba no revelarle quién era hasta que terminara el día.

—¿Le gusta trabajar en el arsenal naval? —preguntó de pronto el señor Styles—. ¿Qué hace exactamente?

—Mido piezas pequeñas que luego irán en barcos —respondió Anna, y tuvo la sensación de que cada palabra estaba a punto de estallar bajo la presión de todo lo que se callaba. Pero él parecía interesado, o a lo mejor tan sólo se había cansado del silencio. Cuanto más hablaba, más natural le parecía hacerlo. Le contó lo mucho que odiaba medir y le habló de su deseo de bucear. Finalmente, y ante la insistencia de sus preguntas, terminó revelándole lo que había pasado con el teniente Axel la tarde anterior.

—Vaya fantoche —dijo él con un enfado aparentemente verdadero—. Menuda panda de peleles; ¡dícales que se vayan a la porra!

—Me quedaría sin trabajo.

—Al diablo con su trabajo patético en el arsenal: venga a trabajar para mí.

Anna se quedó muy quieta, abrazada a Lydia, que también parecía estar escuchando.

—¿Que deje el arsenal naval?

—¿Por qué no? Yo le pagaría mejor que ellos.

—Cobro cuarenta y dos dólares a la semana más horas extras.

Él pareció impresionado.

—Bueno, pues le pagaría lo mismo.

Anna sintió una proximidad extraña e inesperada con su padre. No era que lo imaginara (seguía sin poder evocar su aspecto), pero tenía la impresión de encontrarse en una estación por la que éste también había pasado en su momento y tratara de adivinar qué tren debía de haber tomado él. Por primera vez en años, parecía haber un vago rastro de su presencia en el aire.

—¿Y qué hace la gente que trabaja para usted? —preguntó con prudencia.

—Pues tengo muchos negocios. Uno de ellos ya lo ha visto, el club nocturno, y tengo más en esa misma línea, aquí y en otras ciudades. Y luego tengo otros negocios... relacionados. Que interaccionan con éstos, podría decirse.

—Ya veo —dijo Anna, aunque no veía nada.

—No todos esos negocios son legales en el sentido estricto de la palabra. Soy de la opinión de que la gente debe poder decidir por sí misma cómo quiere divertirse y no dejar que la ley decida por ella. Es posible que usted lo vea de otro modo, desde luego: no todo el mundo tiene el estómago necesario para dedicarse a esto.

—Mi estómago es muy resistente —contestó Anna. Se sentía como Alicia en el País de las Maravillas, pasando por puertas cada vez más pequeñas sin tener la menor idea de adónde conducían.

—Por eso se lo he propuesto —dijo él—. Considérelo una oferta en firme. Si está interesada, le encontraré un hueco.

Anna recordaba la casa del señor Styles como un castillo en el extremo de un acantilado rodeado por la nieve y el mar. Lo que vio cuando el coche se detuvo fue un bloque rodeado de casas aisladas; lujoso, sí, pero no más que algunas de las residencias que había visto cerca del Brooklyn College. Sintió un atisbo de decepción.

—Traeré la silla —dijo el señor Styles. El coche se balanceó cuando la sacó del maletero.

—Ya hemos llegado, Liddy —dijo Anna en voz baja—. Ya casi estamos en el mar.

La portezuela del coche se abrió y el señor Styles cogió a Lydia entre sus brazos. Anna salió del coche. Al final de la calle, bajo el cielo encapotado, percibió el océano como un ser dormido. El viento le arrancó del pelo ensortijado varios pasadores que tintinearón sobre el asfalto. Cargó con la silla y siguió al señor Styles hasta su casa. Éste dio la vuelta al pomo con Lydia todavía en brazos y abrió la puerta.

La joven paralítica esperó sin hacer ruido mientras su hermana empujaba la hoja y preparaba la silla en el portal de la entrada. Dexter se estaba acostumbrando a su expresión crispada y a que lo mirara sin pestañear. Cuando la silla estuvo a punto, la sentó, y su hermana la ató con cinturones y correas. Un soporte en forma de U le sujetaba la cabeza. Tenía las manos

retorcidas y dobladas por las muñecas; Dexter sintió un impulso enorme de ponérselas rectas.

—¿Por qué está así? ¿Qué le pasó? —preguntó él.

—Nació así.

—Me refiero a cuál fue la causa.

—Le faltó aire.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué le faltó?

Era incapaz de reprimir su curiosidad: los problemas que no podía resolver lo enervaban.

—No lo sabe nadie.

—Alguien lo sabe, de eso puede estar segura. Imagino que tendrá un médico.

—El mismo desde hace años.

La chica estaba haciendo justamente lo que él habría querido: ponerle las muñecas rectas a su hermana para poder atárselas a la silla. Sus gestos eran decididos y dulces al mismo tiempo.

—¿Y la ha ayudado, el médico?

—No tiene cura.

—¿Qué tipo de médico acepta que su paciente sólo pueda empeorar?

—Supongo que cumple haciendo que mi madre y yo nos sintamos mejor.

—Menudo trabajo, ya me gustaría a mí tenerlo —murmuró él, y se dio cuenta de que ella se sobresaltaba. Debía de haber oído ese tipo de comentarios un millar de veces.

—¿Podemos sacarla al exterior? —preguntó ella.

—Sí, desde luego —contestó él aturullado—. El porche está ahí mismo.

La guió al salón y luego hasta la puerta del porche. Al otro lado de las ventanas, el mar era una iridiscencia gris, plana. Parecía estar en calma, pero en cuanto él abrió una puerta irrumpió un viento helado. Lydia se revolvió en la silla como si acabaran de darle un bofetón.

—¡Hace demasiado frío! —exclamó su hermana, sorprendida—. No la he abrigado lo suficiente.

—No se preocupe, tenemos mantas de sobra —dijo él, aunque no estaba del todo seguro de dónde las guardaba Milda. Como siempre, ésta había ido a pasar el domingo con su familia en Harlem, desde donde cada lunes por la mañana volvía justo a tiempo para prepararles el desayuno. Mientras abría armarios y rebuscaba en los cajones tratando de encontrar las mantas, agradeció brevemente que su familia no estuviera en casa: aquella situación

era demasiado dolorosa y Lydia, demasiado inquietante. Prefería que sus hijos no tuvieran que verla.

Ignoraba la existencia de un armario para la ropa de cama en la segunda planta, pero ahí estaba, lleno de mantas pulcramente dobladas. Vio la inmensa manta de lana Landrace que George Porter les había llevado de Laponia después de ir de cacería. La cogió, junto con cuatro más, y bajó apresuradamente a la planta de abajo. Él y la hermana procedieron a envolver a Lydia con las mantas. Lydia llevaba un sombrero que resultaba ridículamente insuficiente, así que Dexter le puso sobre los hombros una de las mantas más pequeñas y usó la de lana Landrace para envolverle la cabeza, sombrero incluido. Para ello, tuvo que levantarle la cabeza del soporte y sujetársela entre las manos. Tenía el peso sorprendente que tienen todas las cabezas; el pelo era increíblemente suave y el cráneo, blando como el de un bebé, estaba lleno de pequeñas protuberancias. Mientras le sujetaba la cabeza, Dexter sintió que la parte de su personalidad más inclinada a protestar (la que estaba furiosa, ansiosa por terminar) se alejaba de forma abrupta. Se comprometió con el proyecto de brindarle a aquella criatura desventurada la experiencia de ver el mar. Asumió toda la importancia del momento, la singularidad de la tarea. Fue un alivio.

Cuando Lydia estuvo envuelta en mantas, Anna empujó la silla por segunda vez hasta el porche. Los ojos de su hermana se abrieron como platos con la primera ráfaga de aire. Anna se agachó hasta que sus cabezas quedaron una junto a otra, y unió su mirada a la de su hermana. Sólo se veían el agua y el cielo, el punto donde el océano se encuentra con la tierra no: el muro de piedra y cemento lo impedía; en otras palabras, no había playa.

—Señor Styles —dijo Anna—. Me gustaría llevarla hasta la arena, si es posible. Puedo hacerlo sola.

—Ni hablar. Al final de esta escalera hay un camino que conduce a una playa privada.

Agarraron la silla de Lydia entre los dos y bajaron los peldaños. El camino era de gravilla, ancho y liso, y Anna podía empujar la silla fácilmente. Su hermana tenía los ojos cerrados: a lo mejor se había dormido. Anna se preguntó si después de tantos esfuerzos Lydia iba a ser capaz al menos de apreciar la playa o si pasaría aquel interludio en el limbo de somnolencia en el que transcurría gran parte de su tiempo. La asaltó un doloroso instante de frustración, un deseo de que su hermana hiciera algo más, de que fuera algo más.

Unos peldaños conducían desde el camino hasta la arena. Dexter levantó la silla y la llevó a peso inhalando grandes bocanadas de aire de mar. La silla, con Lydia sentada en ella, era pesada y difícil de manejar, pero a él le gustaba poner sus músculos a prueba. La arena tenía el tono blanco grisáceo de los huesos. Cuando volvió a dejar la silla, la arena pareció subir de nivel y tragarse la parte baja de las ruedas.

—Yo la agarraré de un lado —dijo la hermana, aunque Dexter dudaba mucho que pudiera empujarla hasta muy lejos por la arena y el agua quedaba todavía bastante lejos. Pero lo hizo, y Dexter quedó impresionado de su fuerza física.

Anna le pidió que esperara un momento y se quitó los zapatos, que puso uno junto al otro sobre la arena. Como su sombrero era inútil, lo dejó bajo los zapatos. Rápidamente se trenzó el pelo y remitió la trenza dentro del cuello del abrigo. Al ponerse de nuevo en marcha, sintió la arena, áspera y fría, a través de las medias. El viento los provocaba y azotaba, como retándolos a seguir adelante.

Se detuvieron un instante más para descansar. Dexter cubrió la mitad inferior del rostro de Lydia con la manta de lana Landrace, de modo que sólo sus ojos quedaran expuestos al viento. Los tenía abiertos, pero parecían vacíos, como las ventanas de una casa donde no vive nadie.

Finalmente, detuvieron la silla cerca del agua. Jadeando por el esfuerzo, Anna apoyó su cabeza en la de su hermana y contempló cómo una ola alargada se iba estirando cada vez más hasta adquirir un aspecto translúcido y entonces rompía y estallaba en lenguas espumosas que se arrastraban hacia ellos por la arena hasta casi tocar las ruedas de la silla de Lydia. Acto seguido, otra ola tomó impulso, alargándose, estirándose, mientras una mancha plateada se expandía sobre su superficie, tocada por los rayos débiles del sol. El mar, tan extraño, tan violento y hermoso: aquello era lo que Anna quería que viera Lydia. Alcanzaba todas las partes del mundo, una resplandeciente cortina extendida sobre un misterio. Anna abrazó a su hermana.

—Liddy —dijo, hundiendo la boca en las mantas, donde creía que debía de estar la oreja de su hermana—. ¿Ves el mar? ¿Lo oyes? Está justo ahí: es tu oportunidad. ¡Ahora, Liddy, ahora!

Mira el mar el mar.

Tajusstaí. ¡Liddy! ¡Liddy!

¿Looyes?

Shaaar shaaar shaaar el mar.

—Mire ese barco —señaló el señor Styles apuntando con el dedo—. Fíjese en lo grande que es.

Sin soltar a su hermana, Anna lo miró. Vio los remolcadores y las barcazas habituales, y también algunos cargueros y petroleros que parecían estar inmóviles. Y detrás de todos ellos, con tales dimensiones que de entrada su mirada no logró registrarlo, un barco gigantesco, de color gris claro, que se desplazaba a una velocidad vertiginosa junto a Breezy Point. Anna estaba segura de que un minuto antes no estaba ahí.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un buque de transporte de tropas —dijo—. Antes era un transatlántico de línea; el *Queen Mary*, diría yo. Cubrieron todas aquellas lujosas maderas y lo llenaron de soldados. Puede albergar a quince mil, una división entera. —Después de la boda, Dexter y Harriet habían abordado el *Queen Mary* para reunirse en Southampton con el viejo, cuya tía, lady Hewitt, criaba caballos en Kent. La tarea de Dexter era ganarse la bendición de la tía, y lo había conseguido—. Es tan rápido que no puede llevar escolta —siguió diciendo, aunque, trabajando en el arsenal naval, ella ya debía de saber esas cosas. Pero quería contárselo, hablarle del transatlántico mientras podía verlo—. Los buques escolta tienen que navegar a la velocidad del barco más lento; eso son once nudos si el convoy incluye un Liberty, incluso menos si hay alguna embarcación a carbón. Pero el *Queen Mary* puede navegar a treinta nudos. El Fantasma Gris, lo llaman. Los submarinos no pueden alcanzarlo.

Aquel barco le provocaba un anhelo extraño, como si deseara estar a bordo. Aunque no con los soldados. ¿Antes de la guerra? No, tampoco era eso. A lo mejor sí quería que hubiera soldados a bordo, después de todo.

—¿Sus negocios cumplen con algún tipo de misión bélica? —le preguntó ella cuando el barco se hubo perdido de vista.

—Si considera que mantener a los mandamases distraídos y aliviar el dolor de los racionamientos es una misión bélica, cumplimos con creces con nuestro deber.

Ella se rió.

—Es usted un especulador —dijo. No parecía que su intención fuera censurarlo, pero a él no le gustaba aquella palabra.

—Prefiero pensar que velo por el optimismo general —dijo él—: mantengo a la gente animada a pesar de la guerra.

—¿Y no le gustaría hacer más?

Qué cosa tan extraña: una pregunta auténtica, formulada por simple curiosidad.

Ella lo miraba muy erguida desde debajo de aquellas cejas arqueadas, con las manos sobre los hombros de su hermana. Tenía una mirada clara, luminosa.

—Sí —dijo él—, sí me gustaría.

Y de pronto le pareció que lo deseaba desde hacía tiempo. Estaba lleno de impaciencia por no haberlo logrado aún.

Anna sintió un estremecimiento bajo las manos, como si acabara de cerrarse un cajón. Alarmada, se fijó en el rostro de Lydia y se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos como platos, fijos en el vaivén de las olas.

—¡Liddy! —exclamó—. ¿Sabes dónde estás?

Mira el mar. Mira el mar el mar el mar.

—¡Está hablando! —dijo Anna—. ¡Escuche!

Dexter se había olvidado por un instante de Lydia, perdido en la pregunta de Anna sobre su compromiso bélico. Volvió a fijarse en ella. Con sus ojos azules asomando por encima de la manta Landrace y los mechones de pelo que escapaban entre sus pliegues, parecía una belleza velada, una mujer misteriosa. Se acercó y la oyó murmurar algo a través de la lana.

—He notado cómo despertaba —dijo su hermana—. Ha dado un respingo, como si alguien la hubiera sacudido.

Dexter dirigió la mirada hacia el oleaje plateado. El viento le agitaba el abrigo y las gaviotas daban vueltas en el cielo.

—Es precioso —dijo—. No me extraña que esté prestando atención: todo el mundo debería verlo una vez en la vida.

—Yo también lo creo —dijo ella.

Quería que vieras el mar. Mira el mar el mar el

¿Estalobashtantabriada?

Pájaro pi pi craaa pi craaa ya sabes lo que son los pájaros, ¿te acuerdas de los pajarillos que veníalfeizardetuntana?, ¿te acuerdas?

Pi pi pájaro

—Se está levantando viento.

—Se nota que se está fijando.

—Sí, lo está viendo todo. Parece feliz.

Peliz. Perdiz. Pájaro pi pi.

Besito

—¡Ay, Liddy!

Besito

Cariño, hacía tanto tiempo quenodeciseso.

—Fíjese, si le aparto la manta me lanza un beso.

Tú besisisito.

—Esto es un beso, ¿lo ve?

—Sí, supongo que sí. Pobrecilla.

—Tiene los labios tan suaves...

Anna

—Escuche, está hablando. Intenta hablar. El aire libre le hace bien.

Anna papá mamá Liddy

—Está hablando con usted. Lo está mirando.

—No tiene ni idea de quién soy: seguramente se esté preguntando «quién es este desconocido».

¿Quiestesconcido? ¿Quinsyo? Papá

—Gracias por traernos aquí, señor Styles —exclamó Anna abrumada. Nadie había hecho eso por ellas, nadie las había llevado a la playa—. Gracias por traernos aquí, le estamos enormemente agradecidas.

Juntó las manos y se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla, pero sólo alcanzó la mandíbula.

—No es nada —murmuró él, aunque, por raro que pareciera, estaba conmovido. Aquella chica paralítica había experimentado un cambio extraordinario. La había encontrado tendida e inconsciente, como si acabara de caer del cielo, y ahora en cambio estaba sentada por sí sola, con la cabeza tan erguida que ni siquiera tocaba el soporte. La manta Landrace se le había apartado de la cara mientras contemplaba el mar moviendo los labios como una criatura mítica que conjurara tormentas y dioses alados con sus imprecaciones, con los ojos azules fijos en la eternidad.

Había perdido la noción del tiempo. Las doce y media. No era tan tarde como temía, pero sí demasiado como para comer con el viejo. Bueno, en realidad no le importaba. Se alegraba de no tener que ir con prisas. Se quedó contemplando el mar junto a las chicas. Nunca era el mismo: si sabías mirar, nunca se repetía dos días seguidos. Bien pensado, llevar a aquella pobre chica a la playa. Respirar aquel aire le haría bien a cualquiera.

Besito Anna

Pájaro pi pi

Mira las olas shaar shaar shaar

Mira el marel marel mar

Besito Anna

Pájaro azul fuuu

Respira

Faaaaa laaaaa

Mira el mare mare mira marel mirmar

No quiero...

Cuando ella porá

—Papá.

¿Quinsyo? ¿Quiestesconcido?

Anna besito

Liddy besito

Papá ¿Quiestesconcido?

—Temo que si nos vamos ella ya no...

Shaar shaar haar

—No hay prisa. Quedaos tanto tiempo como queráis.

CUARTA PARTE

LA OSCURIDAD

13

La madre de Anna regresó de su expedición dominical a última hora de la tarde. Abrió la puerta bruscamente y se acercó corriendo a Lydia. Su evidente alarma no dejaba lugar a dudas de que, mientras subía por la escalera, la habían informado de todo: del coche, de aquel desconocido y de la larga ausencia. Lydia estaba sentada junto a la ventana, contemplando un pájaro en la escalera de incendios. Se volvió hacia su madre y le sonrió.

—¡Dios mío! —exclamó su madre abrazándola—. ¿Adónde demonios te la has llevado?

—Mira —dijo Anna.

El asombro de su madre ante el cambio de Lydia hizo que le resultara más fácil ir poniendo sobre la mesa, como si del contenido de una cesta de pícnic se tratara, todas las mentiras que Anna había estado urdiendo cuidadosamente durante el trayecto de vuelta a casa: que su supervisor, el señor Voss, había pasado a visitarla de forma inesperada en su coche. Que las había llevado a dar una vuelta por Prospect Park, donde Lydia (bien abrigada, desde luego) había pasado un rato sentada al aire libre. Y de repente, espontáneamente, se le había ocurrido una floritura: ¡el señor Voss tenía una hermana que estaba igual que Lydia! Por eso se había tomado la molestia de ir a verlas y por eso Anna había dejado que cargara con ella escalera abajo.

—Hace frío para ir al parque —dijo su madre tocando la frente de Lydia—, pero parece estar muy despierta.

—A lo mejor le gusta el frío.

La mirada de Lydia mostraba que era plenamente consciente no sólo de las mentiras que estaba soltando su hermana en ese momento, sino también de que ésta no había cumplido con su propósito de revelarle al señor Styles la conexión que existía entre ellos. Durante el trayecto de vuelta desde Manhattan Beach, Styles había puesto las noticias: el hundimiento intencionado de la flota francesa en Tolón había quedado en segundo plano tras el horrible incendio acontecido la noche anterior en un club de Boston, el Cocoanut Grove, después de que una palmera artificial se incendiara. El señor Styles parecía estar ya al corriente del desastre, pero los detalles lo perturbaron: trescientos muertos y cientos de heridos, y todo a causa del pánico de las coristas y de los clientes que se habían dirigido en estampida hacia salidas de emergencia.

—Idiotas —había murmurado él—. Criminales. ¡Por Dios! ¿Para qué necesitamos a los alemanes si nos dedicamos a quemar viva a nuestra propia gente?

—¿Era uno de sus clubes? —preguntó Anna.

Él le dirigió una mirada fulminante.

—Nunca ha muerto nadie en uno de mis clubes —dijo.

Después de cargar a Lydia hasta el piso, el señor Styles parecía tener prisa por marcharse, por eso Anna no había mencionado nada sobre su padre, y no se arrepentía: al contrario, estaba orgullosa de no haber soltado prenda. Pero Lydia no le quitaba el ojo de encima: no le avergonzaba hacerlo, como a otra gente. Si Anna quería apartar la vista, era cosa suya. Finalmente lo hizo, con la esperanza de que su hermana perdiera interés, pero cuando de nuevo se dio la vuelta, Lydia seguía mirándola.

El lunes y el martes, mientras Anna estaba trabajando, Silvio cargó a Lydia por la escalera y su madre la llevó a Prospect Park y de vuelta a casa, una excursión de varias horas con un tiempo frío y ventoso, aseguró ésta. Por la noche, Lydia seguía con su parloteo incesante sobre pájaros y besitos y Anna y mamá.

—No para de mencionar el mar —le dijo su madre—, me pregunto a qué se referirá.

Anna y Lydia intercambiaron miradas.

El miércoles, al volver del trabajo, Anna encontró a su madre y a la tía Brianne bebiendo whisky con soda en el salón con un hombre llamado Walter Lipp, al que Brianne presentó como «un viejo amigo». A Anna, su tez cetrina y su bigote delgado le hicieron pensar en Louie, el amigo de Nell del Moonshine Club. Resultó que Walter Lipp había llevado a Agnes, Brianne y Lydia en su Ford sedán hasta un lugar de pícnic debajo del puente George Washington. Lydia se había sentado en su silla, envuelta con varios abrigos, y se había dedicado a contemplar el continuo desfile de embarcaciones. Había reído y parloteado y se había comido gran parte de un boniato que habían comprado en un puestecito ambulante. Walter Lipp escuchaba con gran atención mientras la madre de Anna contaba todo aquello, asintiendo de vez en cuando como para confirmar su versión. No tenía el aire jovial de la mayoría de los «viejos amigos» de Brianne y no se terminó la copa.

—Ya era hora —susurró Brianne en tono teatral mientras los pasos de Walter Lipp desaparecían escalera abajo.

—Pues a mí me ha caído muy bien —dijo la madre de Anna—: tiene un sentido del humor muy fino.

—Sí, como cuando alguien dice: «Es una chica muy interesante.»

—¿Por qué lo habéis invitado? —preguntó Anna.

Los hombres que eran una buena compañía eran fatales como chóferes, le explicó su tía.

—Con la guerra no pueden conseguir neumáticos nuevos, de modo que tienen que poner parches en los viejos.

En el coche de Walter podían confiar en que no iban a estrellarse con Lydia a bordo.

Lydia estaba sentada en su silla, animada y como florecida. Estaba claro que aquella segunda salida a ver el agua le había venido bien. Se quedaron despiertas hasta muy tarde, con las ventanas abiertas al frío de diciembre, mientras la ciudad, a media luz, se cocinaba a fuego lento con el serpenteante clarinete de Benny Goodman de fondo. Lydia deseaba que la estimularan, era evidente; ahora sólo faltaba mantenerla estimulada. Brianne tenía en mente a otros amigos plastas y aburridos que podían hacerles de chófer en el futuro. Hablaron de qué podía pasar si las cosas seguían evolucionando; ¿y si Lydia aprendía a caminar y a hablar? ¿Y si llegaba a casarse y a tener hijos? Anna observó a su tía preguntándose si realmente creía en todas esas cosas, pero inmediatamente se preguntó por qué se lo estaba preguntando. La respuesta llegó de forma gradual: ella y su madre eran las que imaginaban y se recreaban, Brianne apenas decía lo justo para incitarlas. Su tía no era más que su eje gravitatorio; creía en pasarlo bien, y eso era lo que estaban haciendo.

A la mañana siguiente, Lydia se había replegado un poco y Anna y su madre coincidieron en que se habían acostado demasiado tarde. ¡Nunca más! Pero aquella noche, al regresar del trabajo, Anna encontró a su hermana todavía más letárgica e incluso tuvieron problemas para obligarla a comer. No tosía, ni temblaba ni estornudaba. No tenía fiebre, simplemente estaba inmóvil, distante.

—Tengo miedo —dijo su madre—; no tiene buen aspecto.

—¿Por qué no la sacas a pasear mañana?

—Tengo miedo de que la hayamos perjudicado con tanta salida.

—No le hemos hecho daño, mamá —replicó Anna, pero sintió un cosquilleo de pánico en el corazón.

A la mañana siguiente, Lydia apenas se despertó. En el arsenal, Anna estaba demasiado angustiada para salir a comer; incluso la difícil convivencia con las casadas le pareció menos siniestra que comer a solas entre las sombras alargadas de diciembre. Después del trabajo se marchó rápidamente a casa, entre plegarias febriles para que su madre la recibiera con una sonrisa y Lydia

estuviera en su silla, también sonriendo. Pero antes de llegar al último tramo de escalera, la puerta se abrió y su madre salió corriendo al rellano.

—Todavía ha empeorado más —le susurró por encima del pasamanos—. ¡No sé qué hacer!

A Anna se le encogió el corazón.

—Debemos llamar al doctor Deerwood —dijo Anna con la voz más tranquila que pudo en cuanto estuvieron dentro del piso.

—¡No hace visitas a domicilio en Brooklyn! —aulló su madre.

Temblando, Anna fue hasta su dormitorio, donde Lydia yacía en la cama. Su madre se quedó un instante en el umbral y finalmente se marchó. Anna la oyó sollozar. Se echó junto a su hermana como tantas otras noches, miles de noches desde que eran niñas.

—Liddy —le susurró—, tienes que despertarte. —Lydia entreabrió los ojos: tenían un brillo brumoso. Su quietud parecía antinatural, como si se le hubieran ralentizado la respiración y los latidos del corazón—. Liddy —insistió Anna—, mamá y yo te necesitamos.

Cada una de sus palabras resonó con la conciencia plena de que, fuera lo que fuese lo que había pasado, era culpa suya. Anna estaba a punto de vomitar de miedo. Pero Lydia estaba viva: respiraba, le latía el corazón. Se enroscó alrededor de su hermana y se concentró en la vida que se movía en su interior, como si quisiera anclarla para que no se perdiera; como si absorbiera a Lydia o se dejara absorber por ella. Se perdió en los recuerdos: la granja de sus abuelos en Minnesota, donde ella y su madre habían llevado a Lydia dos veces en verano mientras su padre se quedaba en la ciudad. Una turba de primos que la evitaban como si fuera una atracción circense: Anna había tenido que quedarse con ella mientras los niños se perseguían por el bosque gritando como indios. Los primos parecían existir en plural: los mayores hablaban con ellos como si fueran una única persona; los reñían, atizaban y recompensaban en grupo, y entonces tenían que luchar entre ellos por la recompensa. Se acercaban a Lydia todos juntos y estudiaban su pelo y el cuello de encaje que Anna le había cosido en el vestido. «¿No hace nada?», preguntaban. «No —respondía Anna detestando a su hermana—. No hace nada de nada.»

Pero la semana siguiente empezó a pasar algo inesperado: algunos de los chicos se alejaban del grupo como si lo hicieran por primera vez y se sentaban en silencio junto a Lydia. Suplicaban pasar más tiempo con ella. Anna empezó a sentirse importante y a planificar aquellas visitas. Los chicos aseguraban que Lydia les contaba cosas: que le gustaba el pastel, que le daban

miedo las arañas, que los conejos eran sus animales preferidos..., no, las cabras. Los pollos. Los caballos. Los cerdos. «¡No ha visto un cerdo en su vida, zoquete!»

«Echa de menos su casa», dijo Freddie, el niño más pequeño del grupo después de haber sujetado la mano de Lydia durante un cuarto de hora. «¿Y qué es lo que echa de menos?», preguntó Anna esperando que Freddie dijera: «A su papá.» Pero, aunque Freddy vivía a casi cien kilómetros del lago más próximo, dijo: «Echa de menos el mar.»

Fue la primera vez que Anna cayó en la cuenta de que su hermana no había visto nunca el mar.

Esa noche la madre de Anna llenó la bañera y Anna le lavó el pelo a su hermana. Esperaba que el placentero contacto con el agua caliente la reavivara, pero sucedió todo lo contrario: Lydia se quedó flotando con los ojos cerrados y una vaga sonrisa en los labios. Anna tuvo la sensación de que el cuerpo lánguido que sujetaba entre las manos ya no contenía a su hermana, o no por completo. Era como si Lydia se estuviera desvaneciendo en el misterio donde siempre había habitado, como si éste ejerciera una atracción demasiado potente como para resistirse.

A la mañana siguiente, Anna se quedó dormida y luego tuvo que correr para llegar al taller antes de las ocho. La imagen de Lydia inmóvil en la cama la atormentó todo el día. Se dedicó a medir piezas sumida en un ensimismamiento próximo al trance, casi como si rezara una plegaria, mientras todos sus temores y esperanzas se combinaban en un nimbo ardiente alrededor de su corazón. «Por favor, que hoy sea un punto de inflexión. Por favor, que hoy mejore.»

Al llegar a casa, encontró un abrigo y un sombrero que no conocía colgados en la puerta del piso y un bastón apoyado en la pared. Dejó el bolso, se quitó los zapatos y se dirigió de puntillas hacia el dormitorio sólo con las medias. El doctor Deerwood estaba sentado en una silla de la cocina, junto a la puerta; su madre, en la cama de Anna. Lydia estaba acostada con el cuerpo extrañamente rígido. Había un vacío desconocido alrededor de sus ojos cerrados. La manta subía y bajaba sobre su pecho como un péndulo que oscilara muy muy despacio.

El doctor Deerwood se levantó de la silla y le estrechó la mano a Anna. Fuera de su lujosa oficina, parecía un doctor cualquiera haciendo una visita a domicilio. Aunque su maletín negro de médico estaba cerrado y él no estaba haciendo nada que tuviera relación alguna con la medicina, su sola presencia

allí generaba una sensación de orden y seguridad. Anna recuperó la confianza en él al instante: nada podía ir mal mientras el doctor estuviera presente.

Anna se arrodilló en el estrecho espacio que quedaba entre las dos camas y, con la cabeza apoyada junto a Lydia, inhaló el aroma floral del champú de la noche anterior.

—No debería haberla sacado a la calle —dijo su madre—, hacía demasiado viento.

—Bobadas —dijo el doctor Deerwood.

—Ha empeorado todavía más.

—Debe dejar de pensar así, señora Kerrigan —dijo él con serena autoridad—. No es sólo que no sea cierto, es que es nocivo. Le ha ofrecido a Lydia otra experiencia agradable en una vida llena de ellas.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó su madre—. ¿Cómo puede estar seguro?

—Fíjense en su expresión —dijo el doctor, y las dos lo hicieron. Anna levantó la cabeza para admirar la tez radiante de su hermana, los delicados huesos de su cara, su pelo exuberante. Sus ojos parecían moverse bajo sus pestañas largas como si las estuviera observando a través del cortinaje sedoso de sus párpados.

Algo se le rompió por dentro a la madre de Anna, que se dobló y empezó a aullar como un animal. Anna nunca la había oído hacer aquel ruido y se aterrorizó, como si su madre pudiera volverse loca o arrojarla por la ventana. Tuvo un acceso de pánico: ¡todo era culpa suya! Pero no, ella no había hecho nada malo. El doctor lo había dicho claramente y su presencia allí lo reafirmaba.

El doctor Deerwood tomó las manos de su madre entre las suyas. Tenía unas manos grandes, anchas y curtidas, como las de un obrero. Anna las observó fascinada: ¿cómo era posible que nunca se hubiera fijado en aquellas manos tan enormes?

—Tiene que creerme, señora Kerrigan —dijo—. Ha hecho todo lo que era humanamente posible.

—No ha sido suficiente. —Su madre lloró.

—Ha sido más que suficiente.

Sus palabras resonaron como si tuvieran eco. Incluso después de rechazar la taza de café que solía seguir a una visita domiciliaria, para coger su abrigo y su bastón mientras Anna se fijaba en el desorden de sus cejas canosas; incluso después de estrecharse las manos, conscientes todos de que no volverían a verse, y de que el sonido de sus pasos se perdería escalera abajo;

incluso después de que Anna y su madre regresaran a la habitación a ver a Lydia, la voz del médico seguía resonando: «Ha sido más que suficiente.»

Su madre tenía la mirada vacía.

—Ni siquiera ha abierto el maletín —dijo.

El funeral tuvo lugar un domingo frío una semana antes de Navidades. Anna se sentó en el banco del frente, entre Stella Iovino y Lillian Feeney; su madre, entre la tía Brianne y Pearl Gratzky, que desde la muerte de su marido, dos años antes, era más amiga que jefa. Pearl había pagado los lirios blancos del altar. El aroma de las flores flotaba en el ambiente mientras el padre McBride comparaba a Lydia con corderos, ángeles y otros seres inocentes.

Una bendita insensibilidad se había apoderado de Anna desde la muerte de su hermana, lo que le había permitido encargarse de las numerosas tareas necesarias: tomarse unos días de permiso del arsenal naval, organizar el funeral, el entierro y el posterior convite, comprar un ataúd y una parcela. La cuestión de dónde debía descansar Lydia había paralizado brevemente a Anna y a su madre: todos los familiares de su madre estaban enterrados en Minnesota, pero se les hacía intolerable la idea de dejar a Lydia sola entre desconocidos. Como último recurso, habían optado por el New Calvary, donde Pearl Gratzky cedió a Lydia una parcela que había comprado junto a su marido y que a los lados tenía espacio suficiente para Angés y Anna. Pearl se había mostrado eufórica con aquella solución: «¡Pueden recibir visitas juntas!», había exclamado con el avaricioso alivio de quien cree que acaba de prolongar su estancia en este mundo.

Mientras salían de la iglesia detrás del ataúd de Lydia, a Anna la sorprendió ver cómo se habían llenado los bancos durante la misa. ¿Quién era toda esa gente? Había esperado la presencia de un puñado de personas, los Mucciarone, los Iovino, los Feeney, pero había decenas de personas más, rostros que le sonaban pero que le costaba ubicar. Las viejecitas del edificio del otro lado de la calle, que espiaban al vecindario con los codos apoyados en sendas toallas de baño. Vecinos a los que Anna conocía sólo de darse los buenos días. Silvio Mucciarone sollozaba en brazos de su madre; el señor White, el farmacéutico, lloraba sin ninguna vergüenza sonándose la nariz con un pañuelo. Decenas de mujeres se habían levantado el velo de sus sombreros de misa para enjugarse los ojos. Naturalmente, no estaban los chicos del barrio, pues se habían alistado o los habían llamado a filas, pero los padres de muchos de ellos tampoco habían podido asistir porque estaban de viaje por

tareas relacionadas con la guerra o trabajando en el turno dominical. Bajo el cielo gris, y rodeada de todas aquellas mujeres, Anna empezó a comprender su duelo colectivo: para todas ellas, Lydia era un último elemento estable entre tantos cambios violentos.

Brianne se encargó de supervisar la comida posterior al funeral, de distribuir los platos y cubiertos que habían llevado los vecinos y de servir cantidades generosas de la cerveza y el whisky que había comprado ella misma. Los invitados llenaron el piso, incluido el rellano y la escalera, y algunos tuvieron que poner la comida en unas servilletas de papel que, al parecer, Brianne había birlado de un bar de la bahía de Sheepshead, llamado El Pretendiente Mareado. Las servilletas estaban decoradas con la caricatura de un pastor con corazones en los ojos y ovejas a sus pies, un garfio en una mano y una coctelera en la otra.

Anna, Lillian y Stella se pusieron los abrigos y sombreros, salieron a la escalera de incendios y se acurrucaron sobre el hierro helado de la barandilla. Era agradable estar entre sus viejas amigas, con quienes se había escondido en armarios y había compartido un colchón en las noches calurosas en las que sus familias subían a dormir al tejado. Se habían trenzado mutuamente el pelo, se habían hecho la permanente las unas a las otras y habían usado la navaja de la señora Iovino para rasurarse las axilas. Lillian, que con su cara redonda y cubierta de pecas aparentaba catorce años, trabajaba como taquígrafa y vivía con una tía en Manhattan; Stella, la guapa, acababa de comprometerse: no paraba de estirar los dedos para admirar el pequeño diamante en forma de lágrima que su prometido le había entregado, rodilla en el suelo, antes de partir al centro de entrenamiento del ejército.

—Le debo una carta a Seamus —le dijo Anna a Lillian.

—Mi hermano cree que te casarás con él si vuelve a casa convertido en un héroe —dijo Lillian.

—Y lo haré —respondió Anna—. Por un héroe, lo que haga falta.

La señora Feeney había organizado un proyecto de carteo cuando Seamus se había alistado, y ahora Anna se escribía largo y tendido con chicos del barrio a quienes apenas había conocido cuando todavía vivían en casa.

—Mamá no quiere que mencionemos que Stella está prometida en las cartas —dijo Lillian, impostando el acento envarado de las películas que a menudo imitaban cuando hablaban entre ellas—. Para no quitarles la ilusión a los chicos.

—No está bien robar los sueños a los soldados —opinó Anna con el mismo acento, pero sin entusiasmo.

—De verdad, chicas, vais a hacer que la cabeza se me hinche como un globo —declaró Stella arrastrando las palabras, pero la broma estaba agotada y se quedaron mirando la calle en silencio.

—¿Alguna noticia de tu papá? —preguntó Lillian.

Anna negó con la cabeza.

—Es terrible que no lo sepa —murmuró Stella.

—Yo creo que está muerto —dijo Anna.

Las dos se volvieron hacia ella desconcertadas.

—Pero ¿has oído algo? —preguntó Lillian.

Anna intentó encontrar una respuesta. Apenas había visto a sus amigas desde que había empezado a trabajar en el arsenal naval: la guerra las tenía muy ocupadas. Se sintió incapaz de hablarles de Dexter Styles o de explicarles su cambio de opinión: habría tenido que retroceder demasiado.

—¿Por qué otro motivo no habría vuelto? —preguntó al fin—. ¿Cómo podría haberse... olvidado?

Stella le tomó la mano. El anillo de compromiso parecía una astilla de hielo sobre la piel cálida de su amiga.

—Lo que quieres decir es que está muerto para ti —afirmó.

A media noche, la madre de Anna la despertó.

—¡No conocemos al señor Gratzky! —le susurró al oído—. ¿Y si no es buena persona?

—Seguro que sí lo es —dijo Anna, medio dormida aún.

—Eso es lo que dice Pearl, pero no lo conocimos. ¡Nunca salía de su cama!

—Yo sí lo conocí.

Su madre se quedó perpleja.

—¿Conociste al señor Gratzky?

—Y me enseñó su herida —respondió Anna.

A la mañana siguiente, lunes, Anna despertó en medio de la oscuridad propia de los años de guerra. La encimera de la cocina estaba cubierta de servilletas de El Pretendiente Mareado. Brianne se había quedado a dormir, y Anna oyó sus ronquidos escandalosos procedentes de la cama de su madre.

Anna montó en el tranvía con una sensación peculiar en las extremidades, como de flojera, pero para cuando se unió a la muchedumbre que esperaba

frente a la puerta de la calle Sands, se sentía ya más fuerte. El sol invernal proveniente de la avenida Flushing la deslumbraba y las ráfagas de aire salado resultaban estimulantes. Lydia nunca había estado en el arsenal naval. Aparte del señor Voss y de Rose, nadie más sabía de su existencia.

Esa tarde, mientras volvía a casa, Anna descubrió que su llave no encajaba en la cerradura. Su madre le abrió la puerta y le entregó una llave nueva, cubierta aún de limaduras metálicas.

—Si a tu padre se le ocurre volver —dijo— ya no es bienvenido en esta casa.

Anna reaccionó con incredulidad.

—¿Lo esperas?

—Ya no.

Su madre pasó los dos días siguientes vaciando el armario y el escritorio de todas las prendas de su padre. Los primorosos trajes que Anna había ayudado a confeccionar y ajustar, los zapatos y abrigos de corte elegante, las corbatas pintadas y los pañuelos de seda: lo metió todo, doblado ignominiosamente, en cajas de copos de avena H-O y de jarabe Bosco con sabor a chocolate. Anna rescató una chaqueta de una de las cajas antes de que su madre la cerrara. Estaba pasada de moda, sin los hombros cuadrados y el corte militar que todo el mundo llevaba ahora. Silvio llevó las cajas a la iglesia para que el padre McBride repartiera la ropa entre los pobres.

En apariencia, la vida de Anna apenas había cambiado. Se marchaba de casa cuando aún estaba oscuro (su madre dormía) y regresaba al ocaso. Las Navidades quedaron atrás y empezó 1943. Las dos cosían para tener algo que hacer por las noches: una bata con solapas bordadas como regalo de bodas para Stella, vestiditos de bautizo para los futuros hijos de los primos mayores de Anna (aquellos chicos embarrados y agitados de la granja, que ahora estaban en el ejército), algunas de cuyas mujeres estaban ya embarazadas. Escuchaban *Counterspy*, *Manhattan at Midnight* y *Doc Savage*. Los vecinos les llevaban comida que ellas calentaban para cenar. Aquella rutina les permitió tender un puente frágil e improvisado sobre el abismo. La madre de Anna pasaba los días dentro de aquel abismo: actuaba con una inercia y un letargo que Anna temía que se apoderara también de ella. Lo único que la protegía era ir a trabajar. Realizaba sus mediciones en un estado de silencioso retraimiento. Todo el mundo sabía que había habido una muerte en su familia y las casadas volvían a portarse bien con ella, pero a Anna le fue imposible recuperar el papel de hermana menor que solía interpretar cuando estaba con ellas.

Curiosamente, el piso parecía más pequeño ahora que Lydia no estaba. Anna y su madre chocaban al ir de una habitación a otra, se volvían al mismo tiempo hacia la heladera, la ventana y el fregadero. Algunas tardes, Anna regresaba a casa y se encontraba a su madre todavía durmiendo, sin señal de que se hubiera levantado para nada más que visitar el baño del rellano. En una ocasión, su madre no estaba en casa y Anna recorrió las pequeñas habitaciones respirando profundamente, aliviada de estar a solas, aunque luego se sintió culpable por su alivio. Resultó que su madre había salido para usar el teléfono público de la droguería de White y llamar a sus hermanas en Minnesota. A partir de ese día las llamaba cada vez más a menudo, utilizando para ello las monedas que reunía en una lata de café para satisfacer la voracidad de las operadoras.

Una noche Anna encontró varios de los vestidos de bailarina de su madre esparcidos encima de la cama: una minifalda de plumas amarillas, un corpiño con alas verdes, un chaleco rojo cubierto de lentejuelas; pero a la noche siguiente ya habían desaparecido.

—Pearl me va a hacer el favor de venderlos —le dijo su madre mientras cenaban los canelones de la señora Mucciarone y escuchaban *Easy Aces*—. Al parecer, ahora que las Follies han dejado de existir, han ganado valor. A lo mejor alguien los quiere para un museo —dijo, y soltó una risa llena de incredulidad.

—¿Te los has probado?

—Estoy demasiado gorda.

—Si bailaras, adelgazarías.

—¿Con cuarenta y un años? Cualquiera puede ver que estoy acabada.

Anna tenía claro cómo tenía que sentirse ante el dolor de su madre, una nube de cariño y de lástima que flotaba lejos de su alcance, pero en vez de eso se retrajo: su madre era débil, ella no. Por las mañanas se marchaba al trabajo en cuanto podía y agradecía la indiferencia que la envolvía cuando cruzaba la puerta de la calle Sands. Intentaba olvidarse del piso y de todo lo que había en él.

En enero, tres semanas después de volver al trabajo, el señor Voss la llamó a su oficina y le preguntó si todavía estaba interesada en bucear.

—Sí, claro —contestó ella lentamente—. Por supuesto.

El teniente Axel necesitaba más voluntarios civiles, pues muchos habían sido incapaces de completar el entrenamiento.

—Y se ha acordado de usted —añadió el señor Voss—. Debe de haberlo impresionado.

—Yo también me acuerdo de él.

Unas noches más tarde, mientras subía por la escalera, le llegó el olor a comida de verdad que salía del otro lado de la puerta de su piso por primera vez desde principios de diciembre. Al abrir, miró instintivamente hacia las ventanas delanteras, donde habría estado Lydia. La silla vacía estaba doblada y apoyada en la pared. Anna apretó el estómago como si alguien le hubiera pegado un rodillazo.

—Hola, mamá —quiso decir, pero lo que le salió fue un sollozo.

Su madre le tendió los brazos y la abrazó durante un buen rato. Había preparado un festín: bistec con puré de patatas, zanahorias y judías verdes y zumo de uvas.

—Llevamos tanto tiempo comiendo lo que nos preparan los vecinos que tenemos cupones de racionamiento para dar y vender —le dijo—. Esta tarde les he llevado algunos a los Feeney y a los Iovino.

—¿Qué ha pasado, mamá?

—Primero disfrutemos de la comida.

Cenar en la cocina tibia hizo que a Anna le entrara modorra. Su madre se terminó las cerezas enlatadas con helado de vainilla, dejó la cuchara y le dijo:

—Creo que ha llegado el momento de volver a casa.

—¿A casa...?

—A Minnesota, a pasar un tiempo con mis padres y mis hermanas; y con tus primos, claro.

—¿A la granja?!

—Has estado cargando con un peso enorme, Anna, y te estoy muy agradecida, pero ya es hora de que puedas soltarlo. Que nuestra familia se ocupe de nosotras durante un tiempo. Además, en una granja siempre hay cosas que hacer —añadió en voz baja.

—¡Pero si tú odias la granja!

—Eso era hace mucho tiempo, y a ti siempre te gustó.

—Sí, cuando íbamos de visita, pero esto... No puedo marcharme, mamá —dijo Anna, sacudiéndose de encima la mezcla de satisfacción y modorra—. Van a permitirme bucear.

—¿Bucear?!

Anna nunca le había comentado nada para proteger aquella ilusión del frío de su indiferencia.

—No puedo marcharme —repitió.

La aparición de un obstáculo, incluso de uno que no era capaz de identificar, provocó la consternación inmediata de su madre.

—Ya he hablado con todo el mundo —dijo con voz fina y aguda—. Tienen muchas ganas de que vayamos.

—Ve tú. Yo me quedo.

Su madre se levantó con tanto ímpetu que derribó la silla.

—Ni hablar —dijo, y Anna se dio cuenta de que era el temor a la negativa de su hija lo que había motivado el bistec, las patatas, las cerezas y tal vez incluso aquel abrazo tan largo.

¿Sabía Anna de alguna chica soltera que viviera sola, sin contar las viejas solteronas como la señorita DeWitt, de la segunda planta, que los niños creían que era una bruja? No, no sabía de ninguna porque las chicas solteras no vivían solas a menos que fueran una clase de chica que Anna no era. ¿Qué iban a pensar los vecinos? ¿Quién la recibiría cada noche? ¿Quién le prepararía el desayuno y la cena? ¿Y si un intruso se colaba por la escalera de incendios? ¿Y si se ponía enferma o tenía un accidente? Anna dijo que podía mudarse a un hotel para mujeres, como había hecho su madre al llegar a Nueva York. Sí, pero eso había sido en otra época: ahora los alemanes podían lanzar un bombardeo aéreo; ¿cómo escaparía Anna? ¿Y si había una invasión por mar? ¿No habían cerrado el puerto en noviembre por una amenaza similar? ¿Acaso los alemanes no habían desembarcado en la playa de Amagansett el verano anterior? Además, en aquellos hoteles para mujeres pasaban más cosas de las que podía imaginar.

Como su madre estaba desesperada por marcharse y Anna estaba decidida a quedarse, nunca hubo dudas reales sobre el resultado del debate. Anna se dio cuenta de buen principio y aquello le proporcionó la calma necesaria para tranquilizar a su madre y disipar todos sus temores: tenía a los Feeney en la tercera planta, a los Iovino y los Mucciarone en su misma calle, a Pearl Gratzky cerca de Borough Hall y a Lillian Feeney en Manhattan. Podía dejar un mensaje para tía Brianne en su piso de la bahía de Sheepshead. Su supervisor, el señor Voss, la ayudaría si era necesario. Bucear implicaría jornadas más largas, de modo que volvería a casa básicamente para dormir. Además, Brooklyn estaba lleno de chicas cuyos maridos estaban en la guerra; ¿por qué era tan distinto que Anna viviera sola?

Y así, un domingo por la tarde de finales de enero, cinco semanas después de enterrar a Lydia, Anna ayudó a su madre a subir dos maletas en un taxi. Iba a viajar en el Broadway Limited, un tren nocturno, hasta Chicago, y luego cogería el 400 (un auténtico derroche, cortesía del Rey del Bogavante) hacia Minneapolis a última hora del día siguiente.

Pennsylvania Station estaba abarrotada de soldados cargados con idénticos petates de color marrón. Anna agradeció el estruendo de sus voces y las espirales de humo de sus cigarrillos. Se sentó junto a su madre en el vestíbulo principal y contempló el batido de alas de paloma contra el techo en forma de panal. Anna tenía la sensación de que tenían que decirse algo, pero todo lo que se le ocurría estaba de más. Esperaron, haciendo tiempo, y luego tuvieron que correr por el vestíbulo ventoso hasta las escaleras que conducían a los andenes. Dos soldados les llevaron las maletas. Anna los siguió escaleras abajo con excitación creciente, como si también ella fuera a subirse a un tren. ¿Quería ir a Minnesota, después de todo? No. Lo que quería era que se fuera su madre.

Agnes también parecía anhelar una conversación trascendente, por eso se había despedido de Pearl y de Brianne la noche anterior y había ido a la estación sólo con Anna.

—No soporto la idea de que estés sola —balbució ya en el andén.

—No estaré sola —dijo Anna. Ciertamente, con lo independiente que era, resultaba difícil imaginar que fuera a sentirse sola.

—Te escribiré cada día. Mandaré la primera carta mañana mismo, desde Chicago.

—De acuerdo, mamá.

—Y tú llámame siempre que quieras. He dejado una lata llena de monedas. El teléfono está en la casa principal, pero me avisarán con la campana si no estoy.

—Sí, lo recuerdo.

Nada de aquello tenía mucho sentido, pero parecía que Agnes no podía parar.

—La señora Mucciarone estará más que encantada de cocinar para ti. Ya le he pagado esta semana. Puedes recoger la comida mañana mismo al volver a casa.

—Muy bien, mamá.

—Y le devuelves el plato por la mañana.

—Sí.

—Le tienes que dar tus cupones de racionamiento.

—Sí, claro.

—¿Irás a visitar a Lydia?

—Cada domingo.

Sonó el silbato del tren. Agnes percibió la impaciencia de su hija para que se marchara y le entraron ganas de aferrarse a ella, como si abrazándola

podiera despertar la necesidad de que la abrazaran. La estrechó desesperadamente, intentando abrir por la fuerza aquella parte de Anna que llevaba tanto tiempo cerrada sobre sí misma, inalcanzable. Durante un momento, los hombros fibrosos que tenía entre las manos le parecieron los de Eddie. Con aquel abrazo, Agnes se despedía de toda su vida: de su marido, de su hija mayor y de aquella hija menor tan frágil a la que había amado más que a nadie. Subió al coche cama de segunda clase y enseguida se asomó por la ventana del vagón para seguir diciéndole adiós a su hija. El tren empezó a moverse, levantando toda una bandada de brazos que se agitaban. Agnes cayó en la cuenta de que aquélla era la misma estación (y tal vez incluso el mismo andén) adonde, con diecisiete años, había llegado buscando fortuna. Mientras agitaba la mano, Agnes pensó: «Éste es el fin de la historia.»

El tren se perdió tras una curva y los brazos de todos cayeron a la vez, como si alguien hubiera cortado de pronto el hilo que los mantenía levantados. La gente se marchó rápidamente para dejar sitio a una nueva oleada de viajeros que debían subir al tren del andén contiguo y a los seres queridos que habían acudido a despedirlos. Anna se quedó donde estaba, contemplando la vía desierta. Luego subió por las escaleras hasta el vestíbulo de la estación, apartándose para dejar paso a soldados y familias. Poco a poco, fue imponiéndose una conciencia nueva: no la esperaban en ninguna parte. Hacía apenas unos minutos se apresuraba a bajar las escaleras rodeada de gente, pero de repente no tenía motivos para correr, ni siquiera para caminar. La extrañeza de aquella sensación se acrecentó todavía más cuando Anna se encontró de nuevo en la Séptima Avenida. De pie en la penumbra, se preguntó si debía enfilarse hacia la izquierda o hacia la derecha. ¿A la parte alta o baja de la ciudad? Llevaba dinero en el monedero, podía ir a donde quisiera. ¡Cómo había anhelado la libertad de no tener que preocuparse por su madre! Y, no obstante, ésta había llegado como una especie de flojera similar a la que, momentos antes, había invadido los brazos de los familiares que se despedían haciéndolos caer al mismo tiempo en cuanto el tren se había perdido de vista.

Se encaminó hacia el norte, rumbo a la calle Cuarenta y dos, decidida a ver una película en el New Amsterdam. Cuando llegó a la puerta del cine hacía sólo diez minutos que había empezado *La sombra de una duda*. Podía sentarse en la misma sala (tal vez incluso en la misma butaca) donde, de niña, había visto bailar a su madre. Pero a esas alturas Anna ya no tenía ganas de sentarse sin más a ver una película de miedo, quería la determinación que parecía impulsar a todo el mundo en la calle Cuarenta y dos: grupos de

marineros risueños, chicas con el pelo recogido y fijado con laca, parejas mayores, mujeres con abrigos de piel, todos caminando a paso presuroso en la semioscuridad. Anna los observó inquisitivamente. ¿Cómo sabían adónde ir?

Decidió volver a casa. Caminando por la Sexta Avenida hacia la estación del Sistema Independiente del Metro, pasó junto a un circo de pulgas, un restaurante de *chow mein* y un cartel que anunciaba una serie de conferencias sobre quién había matado a Rodolfo Valentino. Poco a poco, empezó a detectar a otras figuras solitarias en los portales y debajo de los toldos, personas que no tenían un lugar concreto al que ir. A través de las ventanas de Grant's, en la esquina con la Sexta Avenida, vio a soldados y marineros comiendo a solas, e incluso a una chica o dos. Observó a todas aquellas personas a través del cristal mientras, a su espalda, los vendedores de periódicos anunciaban a gritos los titulares de la noche: «¡Cae Trípoli!», «¡Los rusos avanzan en Rostov!», «¡El Reich amenazado, dicen los nazis!». Para Anna, aquellas frases eran los subtítulos que acompañaban a aquellas figuras solitarias de los restaurantes. La guerra enviaba a gente a la deriva. Aquellas personas solitarias del interior de Grant's habían quedado a la deriva, y ahora también ella. Sintió la facilidad con la que podía escabullirse en un recoveco cualquiera de la ciudad oscura y desvanecerse. Lo percibió como una posibilidad física, semejante a la sensación vaga de verse arrastrada por la marea. Se asustó y se dirigió con paso presuroso a la boca del metro.

Pero al llegar a la escalera, y ante la curiosidad que le producía su nueva situación, Anna decidió no bajar todavía. Siguió por la Quinta Avenida, una caverna oscura apenas iluminada por las débiles farolas. La biblioteca pública se alzaba como una morgue: su padre había presenciado la construcción de aquel edificio en el lugar donde, cuando él era un niño, había habido un embalse. Anna recordó aquel dato apenas un momento antes de que le llegara la voz de su padre, un murmullo tan desenfadado que parecía como si siempre hubiera estado ahí: «Sombreros de copa yendo y viniendo por la calle..., caballos mimados que no te aceptaban una zanahoria ni aunque se la ofrecieras..., una única mansión donde hoy se alza el Hotel Plaza; ¿te lo puedes imaginar?» Su voz, tranquila, confiada, ronca de cansancio y tabaco. Su voz en el coche, incluso cuando ella no escuchaba.

Después de años de distancia, el padre de Anna había vuelto junto a ella. No podía verlo, pero notó en las axilas el dolor que sus manos nudosas le producían cuando la levantaba del suelo para llevarla en brazos. Oyó el tintineo apagado de las monedas que llevaba en los bolsillos del pantalón. Su mano era un hueco donde ella encajaba siempre la suya, fueran a donde

fuesen, incluso cuando no le apetecía. Anna dejó de caminar, aturdida ante la fuerza de aquellas sensaciones. Sin pensar, se llevó los dedos a la cara, como si esperara encontrar el olor cálido y amargo de su tabaco.

Uno de los hechos más curiosos de su larga relación con el señor Q —casi treinta años, si uno contaba desde el día en que Dexter se había quedado fascinado con los secuaces que frecuentaban el restaurante de su padre— era lo poco que lo veía. Cuatro veces al año como máximo, a menos que hubiera problemas. No obstante, el señor Q era omnipresente: el socio silencioso y el inversor principal en todas las maquinaciones de Dexter y también el primero en beneficiarse de ellas. El flujo de dinero entre ambos era constante y complejo. Adoptaba la forma de cheques legítimos y de paquetes subrepticios que circulaban en ambas direcciones. La tarea final de Dexter consistía en proteger los colosales ingresos ilegales de su jefe del arácnido apetito del fisco. No había un solo hombre con suficiente poder para intimidar al señor Q, pero los poderosos engranajes del cobro de impuestos y las auditorías eran otra historia. Incluso el gran Al Capone había terminado sucumbiendo ante aquella maquinaria: era la mafia a la que ninguna mafia podía derrotar.

A ojos de un observador externo, el señor Q participaba de una economía agrícola propia del siglo anterior, el siglo en el que, siendo todavía joven, había llegado a Estados Unidos a bordo de un clíper y se había encontrado con un Brooklyn lleno de granjas. Producía vino, conservas, leche y quesos en su casa de Bensonhurst y los vendía en un establecimiento discreto situado a un kilómetro de allí y regentado por sus cuatro hijos.

Dexter aparcó delante de ese establecimiento, como hacía cada lunes por la mañana (el único día en que se levantaba con el resto del mundo), con un talonario de cheques en el bolsillo de la camisa y varios fajos de billetes cuidadosamente enrollados en las otras. Cuando empujó la puerta, sonó una campanita. Frankie, el hijo mayor del señor Q, que aparentaba casi sesenta años (aunque nadie conocía su verdadera edad), estaba detrás del mostrador. Al igual que sus hermanos, Giulio, Johnny y Joey, Frankie llevaba el pelo fino cubierto de gomina y tenía un rostro inexpresivo. Los cuatro olían a clavo o a pimienta: un olor como de droguería, aunque tal vez era la propia tienda. Dexter casi nunca coincidía con ellos fuera de ese lugar.

—Buenos días, Frankie.

—Lo mismo digo.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, muy bien.

- Mucho frío, ¿no?
—Ahora que lo mencionas, sí, es cierto.
—¿La mujer bien?
—Tirando.
—¿Y los nietos?
—De maravilla.
—Estarán creciendo mucho, supongo.
—Ni que lo digas.

Con variaciones puntuales en función de la temperatura, la estación del año y la configuración familiar (Joey, el menor, todavía no tenía nietos), aquella conversación era idéntica a las que Dexter mantenía cada lunes por la mañana sin importar a cuál hijo del señor Q encontrara detrás del mostrador. De hecho, los cuatro representaban los intereses de su padre con tal fidelidad que uno no podía evitar verlos como sus siervos, hombres cuyos movimientos alguien controlaba desde lejos. No obstante, de vez en cuando, Dexter creía detectar en sus miradas vacías un poso de recuerdos, conocimientos y opiniones.

Dexter escribió un cheque a nombre del señor Q por valor de mil ochocientos dólares: sus ingresos legítimos de la semana anterior.

—Hay que reconocer que la guerra es buena para los clubes nocturnos —dijo Dexter mientras agitaba el papel para que se secase la tinta.

—Papá se alegrará de saberlo.

—A los bares de carretera, en cambio, no les va tan bien por la escasez de gasolina, pero los clubes de la ciudad lo compensan con creces.

—Caramba.

—Oye, me gustaría hablar con tu padre esta tarde, si tiene un momento.

—Ya sabes dónde encontrarlo.

—Qué te parece si me paso por aquí sobre las tres.

Aquel plan, tan despreocupado que apenas podía considerarse una cita, no habría sido más firme si una graduada de la escuela de secretarías experta en taquigrafía lo hubiera apuntado en una agenda oficial.

Antes de despedirse de Frankie, le pasó tres sobres llenos de dinero en efectivo: los beneficios no registrados de la semana. El más grueso era siempre el que correspondía a las apuestas, marcado a lápiz con un «N.º 1» en el exterior.

—Oye, ¿no habrás visto a Badger últimamente? —preguntó Dexter mientras se daba la vuelta para marcharse.

—Sí, casi todos los días está por aquí —dijo Frankie.

—¿Y le va bien, teniendo en cuenta que es nuevo en la ciudad y todo eso?

—Yo diría que le va bastante bien —contestó Frankie con una sonrisita que sólo podía significar que Badger aportaba dinero. ¿Cómo? ¿Robando carteras en el hipódromo? Incluso eso parecía demasiado complicado para él. El chico había sorprendido a Dexter: después de que lo echara del coche en octubre, no había regresado. Más tarde había oído que se había unido a Aldo Roma, un estafador a la antigua usanza y uno de los capos de segunda fila del señor Q, con quien Dexter mantenía una distancia cordial pero cautelosa.

De vuelta en el Cadillac, camino a casa de Heels, empezó a prepararse para la visita al señor Q. Otros capos pasaban los días en clubes sociales, intercambiando rumores con sus subalternos, pero el señor Q era distinto. Desde que Dexter tenía memoria, la gente murmuraba que estaba acabado, que era un viejo chocho que se dedicaba a jugar con semillas de pepino y que iba de aquí para allá en una carreta cargada de tarros de mermelada de tomate ataviado con sus pantuflas de estar por casa. Sin embargo, la red de su poder llegaba hasta Bensonhurst y Albany, pasando por las cataratas del Niágara, Kansas City, Nueva Orleans y Miami. Que un sistema nervioso como ése funcionara correctamente era todo un logro y exigía dosis de magia considerables. ¿O acaso el negocio funcionaba solo? ¿Cuándo (y cómo) se encargaba el señor Q, que debía de rondar ya los noventa años, de supervisarlos? ¿Habría otro hombre detrás de él, un potentado de quien el señor Q se había convertido secretamente en representante? ¿En qué gastaba su dinero? ¿Era cierto que había adquirido un pequeño país sudamericano?

Dexter había tenido una visión, uno de esos momentos de inspiración que lo asaltaban cada pocos años y con los que el señor Q contaba. Le había llegado mientras estaba en la playa con la chica paralítica, justo después de Acción de Gracias, y se había ido solidificando y ramificando durante las semanas posteriores: un dividendo imprevisto de aquel acto de caridad.

Heels vivía con su madre enferma en la misma casa de Dyker Heights donde había crecido, un lugar lleno de baratijas, piezas de cristal tallado y cortinitas de encaje indistinguibles de las telas de araña que las adornaban. Era un soltero empedernido, como solía decirse. Abrió la puerta ataviado con un batín de Rangún con solapas de terciopelo, su último mechón de pelo rubio levantado con brillantina sobre una coronilla tan reluciente que parecía de cerámica. Llevaba un cigarrillo con una larga boquilla de marfil.

—Lo siento, jefe —dijo—: mi madre ha estado de lo más quisquillosa desde esta mañana, no he tenido tiempo ni de vestirme.

—¿Es de Sulka? —preguntó Dexter, señalando el pijama con ribete turquesa visible bajo la bata. Heels tenía buen gusto, ésa era una de las muchas cosas que a Dexter le gustaban de él. En su armario había varios abrigos de vicuña.

—Hecho a medida —dijo Heels—: los de Sulka me parecen un poco ásperos.

—Menuda flor estás hecho —repuso Dexter secamente.

—¿Café, jefe?

Mientras Heels iba a buscar el café, Dexter se sentó en un sofá del salón. Había una partitura abierta en el piano vertical: Chopin. Dexter siempre había dado por sentado que quien tocaba era la madre de Heels, pero ahora la mujer llevaba varias semanas en cama.

—Heels —dijo Dexter cuando éste volvió con el café—, no me digas que tocas Chopin.

—Sólo cuando estoy tenso.

Heels regentaba el Pines personalmente, pero en los últimos años se había convertido también en la mano derecha de Dexter en el resto de los clubes de Nueva York. Cada día a media mañana, cuando ambos habían logrado dormir unas horas, revisaban la lista de asuntos pendientes; o de quebraderos de cabeza, que era como Dexter pensaba en ellos. Aquella mañana el primer elemento del orden del día era la redada policial de la noche anterior en el Hell's Bells, en los Flatlands. Tres repartidores de cartas y un crupier estaban encerrados en las Catacumbas. Heels pagaría la fianza.

—¿El mismo teniente? —preguntó Dexter.

—El mismo de siempre.

—¿Has hablado con él?

—Lo he intentado, pero dice que no entiende nuestro idioma.

—¿Se hace de rogar o quiere hacerse ver?

—Yo diría que lo último, porque no me ha pedido nada. Además, habló de «hacer limpieza», de «bajeza moral» y de «escoria humana».

Dexter miró al techo.

—¿Irlandés?

—Se llama Phelan —dijo Heels con una sonrisa. Él en realidad se llamaba Healey.

—Déjalo en mis manos —dijo Dexter.

Los pactos con la ley eran fundamentales, naturalmente, y representaban, con diferencia, el principal coste comercial. Las componendas eran necesarias en todos los niveles, ya fuera con los agentes que patrullaban las calles, que

acostumbraban a recibir una botella y algún sobre de vez en cuando, o con los comandantes de distrito, incluso más allá. Era en ese ámbito, en el que los jefazos de policía convivían con líderes sindicales y politicastros estatales, donde los negocios de Dexter y su vida familiar casi se tocaban. Sin lugar a dudas, la sangre azul de su suegro y el hecho de que fuera amigo íntimo del presidente proporcionaban a Dexter un grado de protección superior al que le correspondía teniendo en cuenta lo que pagaba. Era tan intocable como podía serlo alguien que se dedicara a su línea de negocio, pero siempre habría tenientes jóvenes e idealistas con ganas de forjarse un nombre. A la mayoría se los podía convencer con la combinación justa de halagos; a los puristas, como Phelan, sus superiores los destinaban a otros distritos.

Siguiente problema: la esposa de Hugh Mackey. Por segunda vez aquella mujer se había presentado en el Pines acompañada de la policía y exigiendo a gritos una investigación sobre la desaparición de su marido.

—Hay hombres que se largan de la ciudad cada día —dijo Dexter—, incluso cuando no intentan hacer chantaje a sus antiguos jefes.

—Dice que Mackey no se habría marchado nunca, que era un marido devoto, un padre admirable. Estaba hecha un mar de lágrimas.

—¿Qué quiere?

—Lo mismo que él, supongo.

—Eso tiene fácil solución. Compénsala.

Un camarero que parecía estar metiendo mano en la caja; un mánager que posiblemente había caído en las drogas; una pelea entre las chicas que trabajaban en las mesas de apuestas del Wheel, en las Palisades...

—Chillando, arañándose, tirándose del pelo... —manifestó Heels—. Deberíamos cobrar un suplemento.

—¿Qué les pasa?

—Que se roban mutuamente los clientes, o eso dicen. Pero sé que hay un tipo rico por en medio.

—¿Te encargas tú?

Dexter estaba inquieto.

—Tengo chokolatinas y champán en el coche; si eso no funciona, las meteré en cintura a hostias.

—¿Qué más?

Treinta minutos más tarde, Dexter se metía en el Cadillac en un estado de impaciencia clamoroso. Las chicas, la pasma, la pedigüeña de la señora Mackey... Todo eso eran chorradas, insignificancias, comparado con su nueva visión. Se moría de ganas de sentir que ésta avanzaba, que aparecían

cosas nuevas al tiempo que las viejas quedaban atrás. Tenía la impresión de que hacía demasiado que no se sentía así.

A las tres en punto aparcó el Cadillac enfrente de una modesta casa de madera de color amarillo que se apoyaba en el edificio contiguo. Hacía muchos años que el señor Q no acompañaba a una novia al altar ni besaba a un niño que lloraba, aún mojado, después de que lo bautizaran. Actualmente sólo salía de casa para visitar su establecimiento. No tenía timbre en casa, ni teléfono, y le gustaba decir que nunca había mandado (ni aceptado) un telegrama. Si querías hablar con el señor Q, llamabas a la puerta de su casa y esperabas a que su terrier escocés, *Lolly*, amplificara la noticia de tu llegada.

Tres minutos después de que empezaran los ladridos, el señor Q abrió la puerta y envolvió a Dexter en un abrazo cálido y afrutado. Era un hombre a un tiempo corpulento y frágil, tan bronceado que parecía de caoba. El tiempo lo había hecho crecer de un modo orgánico, mineral, como sucede con los troncos de los árboles o con las estalactitas y estalagmitas que se van formando en el interior de una cueva. Su avanzada edad se dejaba entrever en su respiración difícil y arenosa, que iba y venía como el oleaje.

—Siéntate —susurró mientras *Lolly*, excitada, caracoleaba entre sus pies haciendo que se agitaran las cintas blancas que llevaba en la cabeza— mientras preparo... el café.

Desde el momento en el que Dexter, con casi dieciséis años, había aprendido a interpretar las señales codificadas que oía en el restaurante de su padre con suficiente precisión como para seguirles la pista hasta aquella casa donde luego se había presentado como un perro callejero, cada visita había empezado con un café preparado en esa misma cocina de carbón. La operación parecía requerir una precisión incalcanzable para las manos aparentemente torpes del señor Q, pero Dexter nunca lo había visto derramar una gota.

Durante el intervalo silencioso que el señor Q pasó inclinado sobre el horno, Dexter (como todos los visitantes, seguramente) se dedicó a mirar por la ventana trasera mientras ordenaba sus pensamientos. La pila de madera para pájaros estaba todavía cubierta de la nieve de la semana anterior. El melocotonero y el peral (vestigios de un huerto de frutales) estaban todavía envueltos y recordaban a dos boxeadores petrificados en pleno puñetazo. Las seis vides que el señor Q se había llevado consigo en el barco a Nueva York estaban todavía más mimadas, con las raíces hundidas en un tiesto de barro envuelto en arpillera envuelta, a su vez, con papeles de periódicos sicilianos. Las vides de su juventud. El señor Q sólo pedía ayuda para la vendimia a

aquellos hombres a quienes consideraba parte de la familia. Dexter lo había ayudado en numerosas ocasiones. Todavía podía evocar el olor seco y agrio que desprendían los racimos al cortarlos de la parra, y el peso y el tacto aterciopelado de las uvas calientes por el sol en la palma de la mano. El rendimiento de la cosecha era simbólico: el vino que el señor Q elaboraba en su propia bodega, almacenado en barricas de roble, era una mezcla hecha sobre todo con uvas que compraba y que le mandaban en cajas.

Cuando el café silbó en el hornillo, el señor Q lo sirvió en dos tacitas y las llevó a la mesa.

—Tienes buen aspecto —dijo en voz baja, y le dio un leve cachete en la mejilla—, pero ésa es la ventaja de... ser guapo. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió Dexter—. Muy bien.

—¿Te sientes bien? Yo te veo... fuerte.

—Sí. Estoy fuerte.

Aunque era apenas más que un suspiro, la voz del señor Q resonaba con la fuerza densa, atronadora, de una exhalación primitiva. Todo en él emanaba una calidez volcánica a pesar de no sonreír casi nunca, un hábito que quienes lo rodeaban tendían a imitar en su presencia. Cuando el señor Q hacía una observación o elogiaba la observación de otro, ésta adquiría de inmediato naturaleza de verdad. Dexter era fuerte: lo había sabido desde siempre y ahora lo sabía todavía más.

—Eres el... hombre más fuerte que tengo —dijo el señor Q, que se paraba a respirar a mitad de cada frase—. Espero que no te importe... ayudarme con unas conservas.

—Será un placer, jefe.

Ya había ayudado al señor Q en una ocasión a preparar conservas con los melocotones de sus árboles. En el rango de tareas posibles, preparar conservas quedaba más o menos por la mitad: era más laborioso que recoger verduras en el gran invernadero (ya fuera mediante alquiler o por decreto, el señor Q controlaba las parcelas de terreno de la parte trasera de todas las casas de su manzana, lo que le confería algo más de una hectárea de tierra de cultivo), pero preferible a esparcir a paladas el estiércol de *Apple*, su caballo de tiro. Aunque la peor tarea de todas era ordeñar, ya fuera su vaca, *Adelina*, en cuyas ubres gomosas palpitaban las venas y los tábanos, o, peor aún, sus cabras, que soltaban coces, te mordían los tobillos y apenas producían leche por mucho que te esforzaras. Las tareas del señor Q eran una fuente de bromas discretas entre sus capos las pocas veces en que se reunían, pero se trataba de bromas siempre cautelosas, pues nadie quería reírse más que los demás.

Aquel día iban a preparar judías amarillas del invernadero en conserva.

—Prueba una —le dijo el señor Q a Dexter, que ya había empezado a cortar los rabitos encima de un bloque de mármol gastado. Tenía gusto de judía, más o menos, pero dijo que era prodigiosa y se la terminó.

—Como ya habrá oído —empezó a decir Dexter sin dejar de trabajar—, tuve que echarle una bronca a Badger hace unos meses.

—Badger —dijo el señor Q, y respiró— tiene mucha energía.

—No lo he vuelto a ver.

—Tiene audacia, *chutzpah*, como dirían mis amigos judíos.

—Si usted lo dice...

—Ha montado un pequeño... negocio de apuestas.

Dexter se alegró de estar ocupado con las judías, pues aquella noticia lo sorprendió. ¿Badger tenía su propio negocio de apuestas apenas tres meses después de llegar a Nueva York? Lo dudaba: debía de estar supervisando alguna de las partidas de Aldo Roma. El señor Q concedía a sus capos preferidos un grado de autonomía e independencia poco habitual. Dexter prefería mantener las distancias respecto a sus colegas: no quería tener nada que ver con los muelles de Red Hook, por ejemplo, donde los hombres se comportaban como animales, pero la naturaleza del imperio del señor Q, siempre «ciego» y en continua expansión, dejaba muy poco margen para la curiosidad mutua entre capos, y menos aún para los cotilleos. Por eso Dexter se alegró cuando su jefe dijo:

—Quiero que Badger lleve... su negocio a... un par de tus clubes.

—Desde luego; ¿a cuáles?

—Tú decides.

Dexter asintió, satisfecho. Quería tener a Badger controlado.

Había un cazo de agua hirviendo en el fuego y la pequeña cocina estaba llena de vapor. El señor Q recogió las judías con manos temblorosas y las echó dentro.

—Tengo una idea nueva, jefe —dijo Dexter—. El siguiente paso, a mi modo de ver.

Un estremecimiento de vivacidad sacudió al señor Q como un trueno y se instaló en sus ojos marrones y húmedos.

—Ya sabes que... cuento contigo para eso —dijo.

Había sido Dexter quien había intuido, antes incluso del fin de la Ley Seca, en 1933, que en lugar de aullar como perros escaldados, como tantos en los bajos fondos, debían abrir una serie de clubes legítimos que les permitieran blanquear los beneficios exorbitantes que generaba el negocio de

venta de alcohol del señor Q. Además de inocular su fortuna contra la Administración de Hacienda, aquella decisión también les había permitido sacar tajada de una serie de chanchullos complementarios, legales e ilegales, desde la gestión del guardarropa hasta la venta de cigarrillos, pasando por lo que, a ojos de Dexter, eran contactos amorosos. Su propio papel como testaferro había sido crucial: no lo habían arrestado nunca, se había emparentado matrimonialmente con una familia con pedigrí y además había tenido la previsión de cambiarse su enrevesado apellido por uno más corto y «moderno» mucho antes de que nadie se interesara por saber cómo se llamaba.

Y el plan había funcionado, ¡vaya si había funcionado! Los mantenía a los dos a flote en una marea de legitimidad que había llevado a Dexter a conocer a estrellas y directores de cine al igual que a líderes políticos, estatales y nacionales, en cuyos bolsillos había podido deslizar toda la influencia del señor Q: un arreglo magnífico se mirara por donde se mirase. Dexter había cometido un solo error: Ed Kerrigan, su único fallo de juicio en veintisiete años en aquel negocio. Algunas personas habían salido mal paradas, como solía decirse, pero al final el problema se había saldado con el fin de uno de sus rivales y el señor Q había salido indemne. Desde luego, aquel desenlace feliz había sido lo que tres años antes había empujado al señor Q a declarar con voz susurrante: «Está olvidado. No volveremos a hablar del asunto.» Más tarde, en la intimidad de su automóvil, Dexter había llorado de alivio.

Cuando las judías hubieron hervido lo suficiente (algo que el señor Q parecía detectar de forma innata), correspondió a Dexter coger un cucharón e ir metiéndolas en botes de cristal. Cuando éstos lucieron como ascensores abarrotados, el señor Q le indicó que echara agua hirviendo encima de las judías hasta llenar el bote.

—Ahora cerramos las tapas..., no demasiado fuerte..., y los ponemos... en el envasador a presión —dijo el señor Q, tan agotado que parecía exagerar, teniendo en cuenta lo poco que había hecho—. Y luego... me cuentas tu... idea.

Dexter habría preferido presentársela de forma gradual, con lentos pasos de vals, hasta que no quedara más alternativa que la conclusión inevitable, pero hervir las judías había borrado todos esos pasos de su mente. Seguramente era de lo que se trataba: en aquella atmósfera de calidez y verdad, los preámbulos pasaban a un segundo plano y terminabas yendo al grano. Ayudó al señor Q a cerrar las tapas de los botes y a meterlos con mucho cuidado en un cazo cubierto de brea que parecía que acabara de salir

del fondo del océano. El señor Q tapó el cazo y prendió la llama. Por fin se dejó caer en una silla respirando laboriosamente.

Dexter se secó la cara con un pañuelo, volvió a sentarse al otro lado de la pequeña mesa de la cocina y empezó a hablar.

—Quiero acercarme al Tío Sam y poner nuestros servicios y negocios en los esfuerzos de guerra.

No hubo una respuesta inmediata. No la había nunca: era responsabilidad de Dexter iluminar todas las capas del lecho de roca que había debajo.

—Los Aliados ganarán la guerra, es tan sólo una cuestión de tiempo —dijo—, y cuando eso suceda Estados Unidos será más poderoso que nunca. Más poderoso que ningún otro país en toda la historia de la humanidad.

Estaba citando a Arthur Berringer intencionadamente: a Dexter le gustaba sentir la proximidad entre aquellos dos hombres. En el momento de casarse, su posición todavía era demasiado humilde como para invitar al señor Q a la boda. Hasta donde sabía, su jefe y su suegro no se conocían, pero percibía en ambos una indirecta curiosidad mutua y no era descabellado pensar que sus caminos se hubieran cruzado sin ellos saberlo. Era una idea que le gustaba.

—¿Y el señor Stalin no... esperará una recompensa? —preguntó el señor Q.

—La recibirá, pero su país estará asolado. —El señor Q bajó la barbilla, que en su caso equivalía a asentir—. Y los países europeos —siguió diciendo Dexter—, en ruinas y arruinados. Sólo quedará el Tío Sam. Quiero que nos llevemos... que usted se lleve una parte legítima de esa victoria, que tenga una silla en la mesa.

El señor Q se despabiló para el toma y daca socrático que invariablemente se producía a continuación, y que a veces se extendía hasta la siguiente visita.

—Mientras tengamos... dinero en mano —dijo—, tendremos nuestra... silla.

—En la mesa —insistió Dexter—, no debajo.

—¿Y cuál es la ventaja?

—Poder: poder legítimo.

—El poder es siempre... legítimo.

—Muy bien, pues legitimidad, lo que nos permitiría usar nuestro poder en ámbitos a los que ahora no tenemos acceso.

Se sintió tentado de expresar su sospecha de que un Estados Unidos más fuerte podía utilizar la ley para acabar con su forma de vida. Tammany Hall ya no existía, algo que nadie había creído posible en su día. Pero al señor Q

no le gustaban las preocupaciones y Dexter tenía la sensación de que su idea ya había empezado a interesarle.

—Lucky hizo un pacto —dijo el señor Q refiriéndose a Luciano—: ayudó al gobierno a precintar... el puerto.

—Y probablemente lo sacarán de Comstock.

—Lo fueron a buscar.

—Nosotros los buscaremos a ellos.

—¿Y qué... les ofreceremos?

Había llegado el momento de la verdad. Dexter respiró hondo y se inclinó encima de la mesa.

—Compraremos una emisión de bonos de guerra con descuento y los revenderemos a través de todos los tentáculos de nuestro negocio. Invertiremos todo el dinero en efectivo del que disponemos en la compra. Venderemos todo lo que no queremos y también lo invertiremos. Transformaremos nuestro negocio para dedicarnos a los bonos de guerra.

—Seremos... un banco.

—En cierto modo, sí. Temporalmente. Cuando la guerra se termine, nuestro dinero estará limpio. Podremos hacer con él lo que queramos.

El envasador a presión había empezado a silbar y el vapor a escaparse a través de un agujero diminuto de la tapa. El señor Q se levantó de la silla con gesto tambaleante y ajustó una abrazadera que cerró la válvula y fijó la tapa en su sitio. La aguja del manómetro instalado en un lateral del aparato empezó a moverse. Volvió a mirar con sus tiernos ojos marrones a Dexter, que sintió que había llegado el momento de jugar su baza.

—Si trabaja para el Tío Sam, jefe, Hacienda no podrá ir a por usted. Nunca más, seguramente. —La olla sellada empezó a temblar sobre el fogón, justo detrás de la cabeza de Dexter—. ¿Cuánto rato tiene que estar en marcha? —preguntó en voz baja.

—Lo bastante para... matar las esporas de botulismo —dijo el señor Q—. No basta con que hierva, hay que someter el tarro a... una cierta presión.

Se quedó de pie sujetando el envasador con una manopla floreada que había sido de Annalisa, su difunta esposa.

—Eres un... patriota —dijo el señor Q mirándolo con expresión cariñosa.

—Ahora mismo es lo apropiado —señaló Dexter—. ¿Cuántas veces podemos decir algo así?

—Nuestros intereses y... los del Tío Sam están... alineados.

A Dexter lo sorprendió lo fácil que se lo estaba poniendo el señor Q. ¿Habría estado pensando ya en esa dirección? El envasador se agitaba como

si hubiera una ardilla atrapada dentro del horno de hierro forjado, amenazando con librarse de la presión del señor Q. Dexter se levantó, temeroso de que aquel aparato le vertiera su contenido ardiente por la cabeza.

—Todos queremos ganar —dijo el señor Q con un hilo de voz en medio de aquel escándalo.

Dexter se dio cuenta de que estaba sonriendo. No había podido evitarlo, y el señor Q le devolvió la sonrisa. Pero había algo en su rictus que no encajaba: le faltaba algo. Los dientes, eso era siempre lo primero que uno pensaba; pero no, los tenía todos en su sitio, sólo que eran muy muy pequeños. El resultado era un hueco oscuro y asimétrico, más cercano a una cuchillada que a una boca. A Dexter se le marchitó la sonrisa.

—¿Has hablado... con el Tío Sam... de esto? —preguntó el señor Q.

—Naturalmente que no —exclamó Dexter, y dio gracias de que el estruendo del envasador ocultara su asombro. ¿De verdad el señor Q lo consideraba tan estúpido, tan desleal o loco, como para acudir a los federales sin su bendición?

El señor Q cubrió la llama y la cacofonía quedó reducida a un silencio tan profundo que a Dexter le dieron ganas de destaparse los oídos.

—El problema —susurró el señor Q—, cuando abres un canal... es que luego es muy difícil controlar... qué circula por él o... en qué dirección... se mueve.

Dexter no dijo nada. ¿Adónde quería ir a parar?

—Puede que ése sea... tu punto ciego.

Kerrigan. Era la primera alusión del señor Q a aquel error desde que le había dicho que estaba olvidado: al parecer, no lo estaba.

Y ahora su jefe le estaba sujetando las mejillas con sus manos suaves, torpes y manchadas de sangre.

—Tenemos muchos planes de futuro —dijo—. Muchos, muchos planes. —Dexter se puso tenso. Las declaraciones del señor Q seguían un código: toda repetición invocaba una ley de contrarios. «Muchos planes» dicho dos veces significaba que aquel plan no iba a realizarse—. Muchos planes —volvió a decir el señor Q arrastrando las palabras mientras miraba tiernamente a los ojos de Dexter.

Ningún plan.

Las reuniones con el señor Q obedecían a una discreta eficiencia y al cabo de un momento Dexter se encontró frente a la puerta. Su jefe lo abrazó como cuando había llegado: su afecto no había disminuido, al contrario, había aumentado. Dexter le caía muy bien, lo adoraba. Y Dexter lo sabía.

—¡Ah! Casi se me... olvida —dijo el señor Q, golpeándose la frente con la palma de la mano—. ¿Cuántos... tomates maduros has... comido esta semana?

—No saben a nada —logró articular Dexter, tratando todavía de asimilar lo que acababa de suceder. Se quedó en el porche mientras su jefe desaparecía otra vez dentro de la casa. La luz del sol se reflejaba débilmente en los montículos de nieve recogida a paladas. Los niños del barrio jugaban lejos de aquella manzana. Aparte de los balidos del ganado del señor Q, sólo se oían los sonidos lejanos del puerto. La carreta del señor Q estaba aparcada junto a la acera: todavía la usaba para llevar productos a su tienda, una rareza excepto en el caso de los lecheros, que aún no habían encontrado un automóvil que siguiera avanzando hacia la siguiente parada mientras ellos repartían las botellas en la última.

Finalmente, el señor Q volvió a salir y puso una bolsita marrón llena de tomates maduros en las manos de Dexter, junto con un tarro de mermelada de melocotón sin etiquetar. Si Dexter no estaba equivocado, era la mermelada que él mismo lo había ayudado a envasar años antes. Por Dios, ¿cuánto tiempo duraba la esterilización contra el botulismo?

—Gracias, jefe —dijo.

—Me ha alegrado verte —dijo, sibilante, el señor Q, que se apoyó en el marco de la puerta resollando por el esfuerzo de su recado. A Dexter le pareció que el hombre había decaído notablemente en los meses transcurridos desde su última visita. Bajo la desnudez de la luz invernal, parecía estar casi pálido—. Deberías visitarme... más a menudo. Ven... más a menudo. No... dejes solo a este viejo.

Es decir: había agotado su tiempo con el señor Q para varios meses. Dexter aceptó las verduras y las conservas, besó a su jefe en ambas mejillas y se dirigió al coche.

Arrancó sin tener demasiada idea de adónde iba. Quería pensar, pero su necesidad de moverse, de actuar, hacía que le costara pensar a menos que condujera. Que el señor Q hubiera rechazado su idea sin más lo había dejado atónito. Porque era eso lo que había pasado, ¿no? ¿Estaba seguro? ¿Una espera de varios meses (porque no podría volver a ir antes, a menos que lo llamaran) era lo mismo que un rechazo? ¿El señor Q había comprendido lo que le estaba proponiendo?

Pronto se encontró en Coney Island; era invierno y no había nada abierto, los restaurantes de almejas y de perritos calientes estaban cerrados a cal y canto. De niño, aquélla era su época preferida del año: los turistas ocasionales

se habían marchado y ya sólo quedaba la gente que vivía allí o la que llegaba de todas partes para comer en el restaurante de su padre.

Aparcó y bajó a la acera desierta. Había agentes de la guardia costera patrullando las orillas. Las olas, revueltas y marrones, llegaban desde la bahía Lower y rompían en la arena cubierta de nieve. Dexter pensó en su padre, un hombre cuya pasión era cocinar, servir a los demás. Él lo había venerado más o menos hasta la muerte de su madre, cuando tenía catorce años, momento en el que, sin previo aviso, su adoración se había invertido por completo y le había presentado una caricatura de su padre como un hombre rastrero y servil que nunca más consiguió sacarse de la cabeza.

No había dicho nada a su padre acerca de su primera visita a la casa amarilla del señor Q, pero el recuerdo se había instalado en su estómago como una serpiente que se enroscaba y se desenroscaba de un modo exuberante. Meses más tarde, su padre, al enterarse, había agarrado a Dexter por la oreja y se lo había llevado a su oficina, aunque por entonces su hijo tenía ya dieciséis años y era más alto que él. Luego se lo había quedado mirando, respirando ruidosamente por la nariz.

—Esto era lo que más miedo me daba en la vida —le dijo.

—¿Más que la muerte de mamá? —replicó Dexter, encogiendo los dedos de los pies dentro de los zapatos nuevos que se había comprado con el dinero del que de pronto disponía.

—Más.

—¿Más que arruinarte?

—Más. Si aceptas dinero de ese hombre, serás suyo de por vida.

—Prefiero aceptar su dinero que darle el mío.

Normalmente, un descarado como aquél le habría costado un bofetón, pero en esta ocasión su padre se inclinó hacia él con actitud desesperada.

—Todavía no eres mayor de edad —le dijo—. Si te retiras ahora, te dejaré marchar.

—¿Retirarme?!

—Hazlo de prisa y sin medias tintas, échame las culpas a mí.

Dexter vio que su padre estaba asustado. Por él. Y empujado por un primitivo deseo de tranquilizarlo, dijo:

—El señor Q es un vejestorio, papá. No vivirá eternamente.

Su padre lo abofeteó con tal fuerza que sus lágrimas saltaron como el jugo de una manzana cuando la muerde un caballo.

—No te voy a decir que no hables así —dijo su padre en voz baja—. No pienses así, o lo va a intuir: se lo va a oler.

—Tú no lo conoces, papá —aseguró Dexter, pero le tembló la voz.

—El señor Q lleva muchos años rondando por aquí. He visto a personas desaparecer de un día para otro como si nunca hubieran nacido. ¿Crees que me lo invento? ¿Crees que no es más que un viejecito que ayuda a su mujer a envasar fruta fresca? ¡Ja!

—Nunca lo has conocido.

—Alguien desaparece de un día para otro y nadie vuelve a mencionar su nombre, como si Dios no lo hubiera creado.

—A lo mejor quien debería tener cuidado eres tú.

—No aceptes su dinero.

—A lo mejor te leerá los pensamientos a ti.

—Le diré lo que pienso a la cara.

—A lo mejor quien desaparece eres tú, papá. ¿Lo habías pensado alguna vez?

Quería que su padre sintiera todo el alcance del poder del señor Q y su propia fragilidad en comparación. Pero su padre había perdido el miedo y en su lugar sólo le quedaba asco.

—Lárgate de aquí.

Dexter se marchó del restaurante y, en cierto modo, ya no volvió más, aunque desde luego iba y venía. Aquellos años trabajando para el señor Q fueron míticos gracias al congresista Andrew Volstead, de Minnesota, y a otros como él, que creían que el alcohol iba a arruinar Estados Unidos. Dexter tenía apenas diecinueve años cuando se aprobó la Ley Seca, y pronto descubrió que desafiarla le provocaba una euforia delirante. Le encantaba conducir vehículos caros por carreteras secundarias y se le daban muy bien las persecuciones. En el peor de los casos, siempre le quedaban los bosques y Dexter corría que se las pelaba, o se echaba en la orilla de un arroyo, para que la corriente ocultara sus jadeos, envuelto en el aroma de musgo, pino y fresno, con las estrellas salpicando el cielo: una belleza y unas emociones que superaban lo que jamás hubiera podido imaginar.

Dexter subió al coche y condujo varias calles hacia el norte, hasta la esquina de Mermaid con la Diecinueve Oeste. El restaurante había cerrado en 1934. Dexter podría haberlo salvado, pero su padre sólo había aceptado que le descontaran parte del dinero que pagaba a cambio de protección. El cáncer se lo había llevado a los cincuenta y ocho años, aunque Dexter nunca lo había oído toser antes de perder el restaurante.

Hacía años que no se detenía en aquella esquina, pero el lugar le pareció idéntico hasta un punto inquietante: aquellas persianas ridículas y la barra

cubierta de polvo, las letras doradas de su apellido impronunciable medio desconchadas al otro lado del ventanal. Una mesa rota, colocada boca abajo. Dexter debía de haber servido los célebres espaguetis *pescatore* de su padre en aquella mesa, llenando las copas de vino con una servilleta blanca impoluta sobre el brazo y electrizado por el paisaje invisible que acababa de descubrir: un entramado de códigos y conexiones que relegaban el mundo cotidiano a la inexistencia. A veces le parecía oír el latido del poder del señor Q en el pulso de la vida diaria, inaudible como un silbato para perros. Nada podría haberle impedido buscar el origen.

—Lo que espero de ti, Dexter —le había dicho el señor Q durante aquella primera visita—, es que seas tú mismo. Tú mismo —había añadido, sujetándole las mejillas imberbes con aquellas manos grandes y calientes, escrutando su mirada extasiada—. Sé tú mismo, ¿comprendes?

Dexter había comprendido sus palabras y se las había creído, pero sólo ahora, a la luz de aquel código de repeticiones y contrarios, entendió realmente lo que el señor Q había querido decir.

«Es un vejestorio —pensó Dexter, recordando la respiración pesada de su jefe en los peldaños de entrada de su casa, esa misma tarde—. No vivirá eternamente.» Y volvió a notar el bofetón de su padre y el escozor húmedo en los ojos.

El motivo por el que el teniente Axel había mandado llamar a Anna se hizo evidente la primera mañana de entrenamiento, cuando, dirigiéndose al grupo de treinta y cinco voluntarios, dijo:

—El traje pesa noventa kilos. Sólo la escafandra ya pesa cincuenta y cinco. Las botas, treinta y cinco más. Antes de que pongan los ojos en blanco ante la mera idea de tener que cargar con todo ese peso, deben saber que aquella chica de allí, que es alta, cierto, pero no un tanque Sherman, como muchas otras mujeres que se ven por aquí, no sólo se lo puso sin quejarse, sino que además fue capaz de desanudar un ballestrinque por seno llevando unos guantes de tres dedos. ¿Cuántos de ustedes son capaces siquiera de hacer un nudo ballestrinque, caballeros?

Se levantaron dos manos. El resto de los hombres dirigió una mirada recelosa a Anna, que sintió que se ruborizaba de vergüenza, pero también por las falsas pretensiones. No conocía el nombre del nudo que había desanudado, y menos aún cómo se hacía. Por otro lado, la mayoría de los voluntarios (la mayor parte procedentes de oficios manuales, a juzgar por su corpulencia) no parecía haberse encogido ante la perspectiva de tener que cargar noventa kilos. El teniente Axel disfrutaba incomodando a los demás. Con su rostro lampiño y avellanado, hacía pensar en un niño sádico. A lo largo del día, había logrado llamar la atención a Del Banco por su sobrepeso, a Greer por su delgadez, a Hammerstein por tener asma, a Majorne por «cuatro ojos», a Karetzky por sus pies planos, a Fantano por su leve cojera, a McBride por su falta de equilibrio, a Hogan por su flatulencia, etcétera. La mayoría de aquellos hombres eran demasiado mayores para el ejército, pero el teniente Axel, que se había retirado siendo un buzo naval de primera, los trataba como si el ejército los hubiera rechazado por algún defecto físico; ¿y qué mejor forma de espabilarlos que amenazándolos con fracasar allí donde una chica había triunfado?

Todos menos Anna tuvieron que ponerse el traje. Cada futuro buzo necesitaba a dos asistentes, los Katz y Greer de turno. El teniente Axel, que se había subido a un banco, daba instrucciones gritando bajo la nieve que caía en el exterior del edificio 569. Anna era la asistente trasera de un operador de maquinaria llamado Olmstead que tenía las muñecas tan gruesas que apenas pudo atarle las correas de las mangas de su traje de la talla tres. Cuando Anna

logró cerrar la primera, Olmstead soltó un rugido de alivio, sin duda para llamar la atención de los demás, y lanzó a Anna una mirada taimada. Anna mantuvo la cabeza gacha y fingió no haberse percatado de nada, aliviada al constatar que su impresión de que el otro asistente (un tipo de pelo claro con una cara inexpresiva y dispéptica) era ajeno a lo que sucedía era auténtica. Juntos, él y Anna le pusieron el cinturón a Olmstead, que acto seguido se levantó para que terminaran de aparejarlo.

—Más ceñido, cariño —dijo melosamente Olmstead mientras Anna le apretaba las correas de la entropierna para que el otro asistente pudiera ajustarle la hebilla del cinturón—. Un poquito más. Ahhh, eso es, cariño. Eso es, sólo un poquito más... ah...

—Como vuelvas a llamarme «cariño», colega —dijo el otro asistente, arrastrando las palabras pero hablando en tono neutro—, te parto la cara.

—¡No te lo digo a ti! ¡Se lo digo a ella! —exclamó Olmstead muerto de vergüenza.

—No es ella quien tira de la correa.

El asistente tenía los ojos pequeños y metálicos como dos anzuelos. No miró a Anna ni una sola vez en todo el proceso. Olmstead escupió sobre el muelle y se quedó en silencio. Anna y el otro levantaron la enorme escafandra para colocársela en la cabeza.

—Un momento —dijo Olmstead, y se volvió hacia Anna—. ¿Podré respirar ahí dentro?

—Sí, por supuesto —contestó ella con frialdad, tratando de disimular el temblor en los brazos a causa del peso de la escafandra que sostenía en alto con ayuda del otro asistente—. Huele a humedad, pero se puede respirar perfectamente.

—Un momento —volvió a decir Olmstead.

—Vamos con retraso —dijo el asistente delantero—, venga.

Bajaron la escafandra haciendo coincidir sus costuras con las del peto antes de atornillarla. El asistente delantero dio unos golpecitos en la parte de arriba, un gesto que significaba que Olmstead debía levantarse para que lo inspeccionara el teniente Axel. El hombre se levantó del banco y empezó a revolverse. El traje le dificultaba los movimientos y las botas lo mantenían clavado al suelo, por lo que parecía un árbol en medio de una tormenta. Cuando el asistente delantero logró abrir la visera, un alarido resonó por todo el muelle:

—¡Me ahogo! ¡Sacadme de aquí! ¡No puedo respirar!

El teniente Axel y Greer llegaron al momento donde estaba Olmstead y con gran habilidad le quitaron la escafandra, el cinto, el collar, las botas y el traje. El maquinista se escabulló del muelle. Con un placer que rozaba el regocijo, el teniente Axel se dirigió al grupo:

—Esto, caballeros, es lo que se conoce como «claustrofobia»: el miedo a los espacios cerrados. Generalmente hay un claustrofóbico en cada grupo, y me alegro de habérmelo quitado de encima tan pronto. No tiene sentido que este tipo de hombres intenten convertirse en submarinistas.

—Vaya, hombre —murmuró el asistente delantero, para sí mismo, supuso Anna, pues no parecía reparar en su presencia—. Con lo bien que lo habíamos vestido y no ha servido para nada.

La segunda prueba tenía lugar en la cámara de recompresión, que permitía simular la presión que experimentaba una persona bajo el agua. Los hombres con las trompas de Eustaquio taponadas por haberse dañado los oídos o por alguna infección tendrían problemas para equilibrar la presión en sus tímpanos. Los pobres infelices que decidieran «hacerse el héroe» (advirtió el teniente con una risita) y sufrir en silencio sentirían un dolor penetrante e incluso podían llegar a estallarles los tímpanos. Los voluntarios con problemas pulmonares podían tener dificultades a la hora de respirar dentro del tanque. Y luego había hombres que, al encontrarse expuestos al oxígeno puro bajo presión, sufrían convulsiones, aunque nadie sabía por qué.

Cuando los tuvo a todos bien tensos, el teniente Axel los hizo pasar a la cámara de recompresión en grupos de seis. Era un cilindro del tamaño de una habitación dividido en varias secciones. En la más espaciosa había un banco donde cinco hombres se apelotonaron como palomas en un cable de la luz para dejar sitio a Anna; el indolente asistente delantero era uno de ellos. Cuando todos se presentaron, Anna descubrió que se llamaba Paul Bascombe.

—¿También pasó esta prueba brillantemente? —preguntó Bascombe, mirando hacia donde estaba Anna.

—No, es mi primera vez —respondió ella, y su propia voz le sonó excesivamente jovial—. Y tampoco se me dio tan bien con el traje: sólo intentan utilizarme como acicate.

—Ya lo suponía.

Aquella respuesta la molestó.

—Aunque sí desaté el nudo.

Un silencio se apoderó del grupo a medida que el aire se iba calentando y enrareciendo.

—Intenten silbar —dijo Bascombe.

Todos lo intentaron, incluida Anna, pero nadie logró emitir ningún sonido.
—Pero qué demonios... —dijo alguien.

—Es por la presión. Escuchen sus propias voces —dijo Bascombe—: les aseguro que normalmente la mía no es tan chillona.

Anna probó su propia voz, pero no pudo oírse porque los otros se habían puesto a imitar a Piolín y Bugs Bunny. Cuanto más capaces eran de olvidarse de ella, más a gusto parecían estar.

La cámara de recompresión había reducido el número total de aspirantes en cuatro personas más, informó un eufórico teniente Axel antes de despedirse de ellos al final del primer día. Sacco y Mohele habían tenido dolor de oído, Hammerstein había empezado a resollar y McBride se había «sentido mareado» y habían tenido que sacarlo rápidamente.

Los cuatro días siguientes los pasaron en el aula, donde el teniente los instruyó acerca de la física del buceo, el equipo estándar y su mantenimiento, la composición del aire, etcétera, y les mostró varias tablas de descompresión: por cada hora que pasaran a una profundidad de diez metros o más, debían pasar hasta ocho horas en cubierta para volver a estar «limpios» y en condiciones de bucear otra vez.

—No hay atajos que valgan, chicos —los advirtió—. No se hagan los duros a menos que quieran ver cómo les salen burbujas de nitrógeno por las orejas, los ojos y la nariz mientras todos los tejidos blandos de su cuerpo se desangran. El tiempo máximo que pueden pasar a doce metros de profundidad sin sufrir recompresión es de dos horas; a quince metros son setenta y ocho minutos. Esos números les tienen que salir sin pensar, tienen que resultarles tan familiares como su cumpleaños, su aniversario o el 7 de diciembre de 1941, cuando los japos atacaron Pearl Harbor.

Axel se extendió particularmente en la información sobre peligros potenciales.

—Como buzos ganarán dos dólares con ochenta y cinco centavos la hora —dijo el teniente Axel—, pero tengo comprobado que a veces los submarinistas civiles olvidan que cobrar un «plus de peligrosidad» implica que el trabajo es peligroso.

Con el succulento deleite de un hombre que lee en voz alta una carta de postres, les habló de mangueras de aire defectuosas; de buzos que, al ser accidentalmente arrastrados por alguna embarcación, «estallaban» y subían a la superficie flotando como un corcho; de la narcosis por nitrógeno y, por supuesto, de la infame «muerte por presión». Littenberg y Maloney, ambos casados y con varios hijos, no aparecieron al día siguiente.

—Al volver a casa, hablaron con sus mujeres —se regodeó el teniente Axel—: siempre perdemos a un par de esta forma. —Entonces, un pensamiento inquietante frunció visiblemente su ceño pueril—. A ver, Katz —dijo en voz baja—. ¿Cuántos nos quedan?

Sólo había un negro: un soldador llamado Marle que parecía tener más o menos la edad de Anna y que había completado todas las pruebas con facilidad. Anna era muy consciente de la presencia de Marle, pero procuraba evitarlo a toda costa, una conducta que la avergonzaba, aunque tenía la sensación de que Marle hacía lo mismo. Se sentaban en rincones opuestos del aula: Anna en la parte trasera, donde no tenía la sensación de que la observaban por la espalda; Marle enfrente, donde tomaba notas con letra diminuta y meticulosa escribiendo con la mano izquierda. En las raras ocasiones en que sus caminos se cruzaban, se producía un destello de reconocimiento entre ambos, pero rápidamente apartaban la mirada.

Al final de cada jornada, los buzos ya entrenados regresaban al edificio 569 después de trabajar en la bahía de Wallabout o en el conducto de agua dulce que iba de Staten Island a un centro de monitorización naval situado en otro punto del puerto. Anna y los demás aspirantes, en cambio, salían al atardecer, algunos a través de una puertecita que había cerca del tanque de submarinismo, otros tomando el camino más largo, por la puerta de la calle Sands. Anna siempre elegía el camino más largo para buscar a Nell, aunque en realidad ya no tenía esperanzas de encontrarla.

Al final del quinto día de entrenamiento, divisó a Rose saliendo del edificio de inspección. Se abrazaron y caminaron cogidas del brazo hacia la puerta de la calle Sands.

—El taller no es lo mismo sin ti —le aseguró Rose—. Lo dicen todas las chicas.

—No saben sobre quién cotillear.

—Dicen que el señor Voss te echa de menos, que está pálido y algo flaco.

—Parece que son ellas quienes están enamoradas de él.

Rose sofocó una carcajada. Anna la acompañó hasta la avenida Flushing y se quedó con ella mientras aguardaba el tranvía con la esperanza de que la invitara a cenar, pero cuando el atestado convoy apareció, Rose subió a bordo de un salto, se agarró a una de las correas que colgaban del techo y le dijo adiós por una ventanilla.

Anna vio cómo el tranvía se alejaba hacia el este, rumbo a Clinton Hill. Cuando dio media vuelta para dirigirse hacia su parada de tranvía en la calle Hudson, la soledad se la tragó. Durante el día ésta retrocedía hasta el punto de

que, en las clases de submarinismo, intentaba en vano recordar la sensación, pero al anochecer volvía a invadirla con la macabra familiaridad de una amiga íntima. Tenía un pulso, un latido propio. Su abrazo expulsaba a Anna del mundo donde las madres arrastraban a sus hijos tirándolos de la mano y los hombres regresaban apresuradamente a sus casas con el periódico vespertino bajo el brazo. Subió a su tranvía, las puertas de acordeón se cerraron a su espalda y ella se dedicó a contemplar la oscuridad que iba pasando al otro lado de las ventanillas. La noche estaba llena de peligros contra los que su solitaria rutina formaba una última y frágil línea de defensa, pero ¿en qué consistía esa amenaza?

La cena la estaba esperando, todavía caliente, en el mostrador de la tienda de ultramarinos del señor Mucciarone. Cuando Anna cogió el plato cubierto que le ofrecía Silvio, un recuerdo apareció como un gato que se le enroscaba en los tobillos: Lydia gimoteando en brazos de Silvio. Ya en su edificio, abrió el buzón y encontró la carta habitual de su madre junto con otras dos de chicos del barrio, enviadas a través del Correo de la Victoria. Subió la escalera con las cartas en una mano y la cena en la otra y pasó por delante de los dos pisos de los Feeney, que en su infancia habían sido como una extensión del suyo. En su soledad, no se atrevió a llamar a la puerta. «Mejor no —pensó—. No te esperan.»

Lo mismo le sucedía cuando se imaginaba utilizando el teléfono público de White's para llamar a Stella, a Lillian o a su tía Brianne. Había ido a ver *Casablanca* con Brianne y a patinar con sus amigas al Empire Roller Dome, pero al final de aquellos interludios ellas se marchaban a sus casas y Anna volvía a un aislamiento del que nadie podía protegerla.

Abrió la puerta del piso, bajó las persianas y encendió todas las luces y la radio. Primero escuchó las noticias, luego música. Había renunciado a sus preferidos, Count Basie y Benny Goodman: su sonido bullente hacía más notoria la oscuridad de la ciudad replegándose a su alrededor. Hacía girar el dial buscando a Tommy Dorsey, Glenn Miller o incluso a las Andrews Sisters, cuyas melodías empalagosas solían darle arcadas en otra época; ahora, en cambio, le producían el mismo efecto tranquilizador que silbar mientras caminaba por la calle. Leyó la carta de su madre. Sus misivas eran cortas y casi siempre se ceñían a los hechos: el invierno implacable de Minnesota, la salud de vacas y ovejas, además de dar noticia de los primos de Anna que se encontraban en centros de entrenamiento o en el extranjero.

En todas las cartas llegaba un punto en que su madre parecía olvidarse de sí misma (y de Anna) y divagar por un territorio más introspectivo:

Sigo esperando despertarme una mañana y saber lo que tengo que hacer del mismo modo que supe que debía irme a Nueva York después del instituto, pero todas mis decisiones parecen durar veinticuatro horas, en el mejor de los casos.

Y en otra ocasión:

Los chicos de mi juventud están gordos y calvos; tres han muerto ya (un tractor volcado, un accidente de equitación y un cáncer de garganta). Yo me miro al espejo y me veo igual que siempre; ¡es obvio que me estoy engañando a mí misma!

Y en otra:

Aquí la luna es demasiado brillante.

Cuando se terminó la cena, Anna limpió y secó el plato de la señora Mucciarone y lo apartó para devolvérselo a la mañana siguiente. Luego se puso a escribirle una carta a su madre regodeándose en los detalles que sabía que no le habrían interesado lo más mínimo si hubiera estado allí. Le habló del gozo del teniente Axel cada vez que lograba asustarlos. Escribió hasta que se sintió lo bastante cansada para acostarse, entonces selló la carta y apagó la radio y las luces excepto la de su dormitorio. Se echó en la cama y se abrazó a la almohada de Lydia. Hasta donde podía recordar, siempre había dormido junto a otra criatura que respiraba e irradiaba calor. Se abrazó a la almohada como si tratara de taponar una herida e inhaló el aroma de su hermana, que todavía se percibía débilmente.

Por último abrió su tomo de Ellery Queen. A pesar de sus variados y exóticos escenarios, todas aquellas novelas de misterio parecían transcurrir en el mismo lugar, un paisaje que a Anna le resultaba vagamente familiar desde hacía mucho tiempo. Siempre que terminaba una le quedaba mal sabor de boca, como si algo se hubiera torcido, como si esa novela en particular no hubiera cumplido las expectativas. Su descontento explicaba el número de novelas de misterio que leía: a menudo devolvía varias a la biblioteca en una misma semana. Desde la marcha de su madre, aquellas novelas se habían convertido en trampillas que daban acceso a los recuerdos de cuando acompañaba a su padre siendo niña. Cogerlo de la mano en un ascensor mientras un viejo con el pelo desordenado accionaba una manivela, caminar junto a él por un pasillo desierto lleno de puertas con letras doradas sobre

cristal esmerilado mientras el sonido de sus pasos resonaba en las paredes, contemplar por la ventana de un rascacielos los taxis amarillos que revoloteaban como abejas bajo verdosas nubes de tormenta. Anna sabía que debía mirar a otro lado hasta oír un crujido de papeles, el sonido de un paquete al deslizarse por encima de un escritorio, un cajón que se cerraba con un susurro; entonces se produciría un suspiro de alivio y de pronto todo el mundo se mostraría jovial.

¿A qué se dedicaba su padre exactamente? ¿Era peligroso? Ahí estaba el misterio que ahora Anna sentía que le había estado mandando señales codificadas en cada libro de Agatha Christie, Rex Stout y Raymond Chandler. Desde que había vuelto a ser consciente de aquella historia oscura y soterrada, ésta ardía bajo la superficie alegórica del argumento de lo que estuviera leyendo hasta traspasarla y ella, en vez de leer, simplemente sujetaba el libro entre las manos, desconcertada, recordando. El señor Styles era parte del misterio, pero aquel señor Styles (el que había conocido a su padre) parecía un hombre distinto al que las había acompañado a ella y a Lydia a Manhattan Beach. Aquel acto de generosidad le había proporcionado a Anna uno de sus recuerdos más felices. Volver al otro señor Styles, propietario de clubes y gánster (o antiguo gánster), le parecía que significaba renunciar a aquel día glorioso, casi místico. Se negaba a hacerlo. Volvió a su libro y leyó hasta quedarse dormida. Se despertó en medio de la noche y apagó la luz.

A la mañana siguiente, en clase, Anna oía un leve murmullo que se diferenciaba claramente de la voz del teniente Axel. A su izquierda, Bascombe estaba sentado mirando al frente. Tenía una expresión ausente, pero Anna supo que quien murmuraba era él. ¿Hablaba solo? El tema de la clase eran reglamentos y normativas: la importancia de abstenerse de tomar cerveza veinticuatro horas antes de una inmersión.

—Te cuentan un montón de chorradas que no son verdad —oyó murmurar—: las burbujas en sangre no tienen nada que ver con las bebidas espumosas. Aunque no es que me importe, que conste: soy abstemio. —Anna clavó la vista al frente, convencida de que el teniente Axel lo oiría y le echaría la culpa a ella—. No deje que le llenen la cabeza con esas tonterías. Crean que se lo tragará todo porque es una chica. Y no tienen intención de dejarla bucear, por cierto.

—¿A qué se refiere? —susurró Anna, incapaz de contenerse.

—Esperan que se rinda cuando pasemos al agua la semana que viene —añadió él en tono monótono—: los oí por casualidad mientras hablaban.

A Anna se le aceleró el pulso. Miró fijamente al teniente Axel y recordó su primera reunión, la desesperación que había sentido mientras intentaba convencerlo después de haberse puesto el traje. ¿Seguía empeñado en frustrar sus intenciones? Estaba tan distraída que se olvidó de ponerse la chaqueta al salir del edificio 569 para dirigirse a la nave donde estaba la cafetería. Bascombe la alcanzó y se la dio.

—Subir por la escalera de mano con el traje mojado es lo más difícil —murmuró, mientras caminaba junto a ella, como si todavía estuvieran en el aula—, especialmente para los buzos que pesan poco.

—¿Ha hecho submarinismo antes? —preguntó ella sin volverse para mirarlo.

—No, pero trabajé de asistente en el estrecho de Puget.

—¿En Canadá?

—En la costa Oeste, cerca de Seattle, Washington. Trabajábamos con cadáveres: un buzo contratado los iba sacando uno a uno de dos buques de transporte de tropas para que pudieran trasladarlos al dique seco. Fue en enero de 1942. Sí, es justo lo que está pensando, ni más ni menos: los remolcaron directamente desde Hawái.

Ella se lo quedó mirando, llena de incredulidad.

—Es alto secreto. Ninguno de los que trabajábamos allí pertenecíamos a la Marina.

—¿Y había un segundo asistente?

—No, señora. Sólo yo. El buzo me enseñó lo que tenía que hacer. Él metía los cuerpos en bolsas debajo del agua y yo tiraba de ellos. Su suministro de oxígeno venía directamente del muelle.

A Anna le gustaba ese modo de conversar: aquel intercambio de información sin la necesidad de contemplar la profundidad húmeda de los ojos del otro.

—¿Y por eso quiere bucear? —preguntó.

—Sí, supongo —contestó él—. He intentado varias veces unirme a la Marina. Lo intenté en Seattle, luego en San Francisco y más tarde en San Diego, pero mis ojos se niegan a leer las letras más pequeñas de la tabla. Dicen que si eres realmente bueno puedes pasar de ser submarinista civil a la Marina.

Anna miró a Bascombe. Por primera vez comprendió que su impaciencia, su ceño fruncido y su furiosa concentración eran en realidad una

manifestación de su esfuerzo.

—Y ha venido hasta aquí —dijo.

—Ya lo creo. No hay lugar mejor para bucear que Nueva York. Hemos tenido el *Normandie* panza arriba en el muelle 88 desde que se incendió hace un año: eso es un campo de pruebas de treinta metros de longitud. Han abierto un centro de salvamento sólo para enderezarlo, ¿y sabe adónde lo van a llevar para repararlo cuando esté a punto? Pues a este arsenal naval, ni más ni menos. Y hay algo más —añadió, cerca ya de la entrada del edificio 81—. Aquí la vista no importa un pimiento, porque bajo el agua no se ve nada.

Y dicho esto se alejó de forma tan abrupta que nadie hubiera dicho que habían estado hablando.

Durante la segunda semana de entrenamiento, algunos de los aspirantes a buzo más jóvenes empezaron a abandonar juntos el arsenal naval al final de la jornada. Los alemanes se habían retirado de Stalingrado y la moral estaba por las nubes. Anna los oía hablar de bares: Leo's, Joe Romanelli's, el Oval Bar y el Square Bar (estos dos últimos situados uno junto al otro en la calle Sands y propiedad de dos hermanos rivales), pero cada vez que empezaba a cuajar un ambiente de camaradería a su alrededor, Anna procuraba perderse de vista justo en el momento en que podía parecer de mala educación no invitarla. Dada la distracción que suponía su presencia, resultaba extraño que pudiera desvanecerse con tanta facilidad. Marle, el negro, había perfeccionado aquel arte: a pesar de lo imponente que era físicamente, tenía una habilidad especial para apartarse de modo que los otros continuaran sin él. Sólo Anna era consciente de ello, pero lo ocultaba: cualquier muestra de lealtad entre ella y Marle habría puesto en peligro los frágiles vínculos que los unían al grupo. Y así, su distanciamiento compartido los distanciaba todavía más a uno del otro.

La mayoría de las noches una chica rubia esperaba a Bascombe delante de la puerta de la calle Sands. Por las conversaciones entre Bascombe y los demás submarinistas, Anna se enteró de que era su prometida, Ruby, a la que había conocido justo después de llegar a Brooklyn el verano anterior. Para tratarse de una chica de Brooklyn, Ruby parecía estar bien poco preparada para el invierno: llevaba un abrigo muy fino, así que tenía que meterse entre los fibrosos brazos de Bascombe y colgarse de su cuello, pegando su frente a la de él. A Anna le gustaba Bascombe, lo que en parte quería decir que se gustaba a sí misma en su compañía: sus intercambios planos y desprejuiciados eran lo más cerca que había estado nunca de sentirse como un hombre.

Rodeado por aquellos brazos golosos, Bascombe sería otra cosa, pero Anna no sentía envidia: ella ya tenía al Bascombe que quería.

En la mañana de su primera inmersión, doce buzos cargaron la barcaza y el teniente Axel la pilotó alrededor de la nave de construcción, abriéndose paso entre témpanos de hielo que parecían de cera, navegando pegado a los muelles para mantenerse lejos del tráfico de las embarcaciones. Había hombres observando desde los muelles, como Anna había hecho en su día. Estaba nerviosa, pues sabía que el teniente Axel quería que fracasara, aunque en el fondo quería que fracasaran todos, no era ningún secreto.

El teniente Axel ancló la barcaza cerca del extremo del dique seco número 1. Los buzos bajarían de dos en dos, explicó, cada uno con dos asistentes, mientras el resto ayudaría a hacer girar los enormes volantes de los dos compresores de aire que proporcionaban oxígeno a los buzos. Irían rotando posiciones a lo largo del día hasta que todos hubieran buceado.

En un alarde de arbitrariedad, decidió que Anna y Newmann fueran los primeros en bajar, pero Anna había pasado ya suficiente tiempo estudiando su cara de bebé anciano para reconocer en ella una expresión traviesa: el teniente tramaba algo. A lo mejor ella tendría nuevamente la misión de ridiculizar a los demás. Esperaba que así fuera, pues eso significaría que había tenido éxito. El teniente le asignó a Bascombe y a Marle, el negro, como asistentes. Sólo entonces Anna se dio cuenta de que algo no encajaba: Marle, que era soldador, no debería haber estado en la barcaza. Los soldadores y operadores de soplete realizaban sus primeras inmersiones en el muelle de la calle Oeste, en el nuevo tanque de submarinismo: un cilindro de seis por cinco metros con ojos de buey a través de los que Katz y Greer podían ver lo que pasaba dentro. De pronto entendió qué sucedía: la pillería del teniente consistía en imponer aquella proximidad precisamente a los dos *outsiders* que tanto se habían esforzado para no relacionarse; el objetivo era desconcertarlos para así reducir sus opciones.

Anna vio su propia inquietud reflejada en el rostro de Marle. La expresión de Bascombe no revelaba nada, pero tenía los músculos de la mandíbula tensos como las agallas de un pez fuera del agua. El fracaso era el enemigo de Bascombe, que lo evitaba a toda costa. Un tremendo malestar los envolvió a los tres mientras los dos hombres sujetaban el envoltorio de lona y Anna se metía dentro cautelosamente intentando no tocarlos. El trabajo de los asistentes consistía en sujetar y guiar al buzo, pero estar en manos de aquellos

dos hombres, uno de ellos negro, despertaba en Anna una timidez que estaba segura de que todos percibían. Los tres completaron los primeros pasos a duras penas: le pusieron el cinturón y los zapatos y le ajustaron las correas de las piernas, pero a medida que Bascombe y Marle fijaban la pechera de goma sobre las abrazaderas de cobre, la rutina empezó a neutralizar su incomodidad. Apretaron las tuercas de mariposa comunicándose entre ellos por encima de los hombros de Anna. Finalmente, le colocaron la escafandra sobre la cabeza y Anna quedó envuelta por aquel olor metálico. Cuando se levantó, notó todo el peso de aquellos noventa kilos. Recordaba lo mucho que pesaba, pero no la sensación brutal de aplastamiento. ¿Podía soportarlo? Sí. ¿Y ahora? Sí. Era como si alguien llamara constantemente a una puerta esperando cada vez una respuesta diferente. ¿Y ahora?

Bascombe miró a través de la visera; Anna nunca lo había visto tan satisfecho. En otras palabras, no tenía el ceño fruncido.

—En menos de cinco minutos —le dijo—. A Newmann todavía ni le han sellado el collar.

Tratando de no tropezar, Anna se dirigió hacia la escalera de inmersión. Marle comprobó su cordón umbilical (que era su manguera de aire y su cordón de salvamento, todo en uno) y Anna oyó el silbido del aire entrando en la escafandra. Ya en la escalera, le dieron media vuelta hasta que quedó de espaldas al agua. Marle se colocó enfrente de la escafandra y le dirigió una mirada vivaz y traviesa.

—Un placer haberla conocido, señorita Kerrigan.

—Lo mismo digo, señor Marle.

—Buena suerte ahí abajo.

—Vaya, muchas gracias.

Marle le cerró la visera y la selló. Acababan de tener su primera conversación.

Anna, agarrándose a la barandilla curva de la escalera de mano, empezó a descender lentamente buscando cada peldaño con la punta metálica de la bota antes de apoyarse con todo su peso. El agua helada se arremolinó alrededor de sus piernas, succionando las arrugas de su mono y pegándole la tela a la piel. Trozos de hielo chocaban contra el traje. Pronto, el nivel del agua le llegó al pecho y luego a la parte inferior de la pechera. Anna miró por última vez a Bascombe y Marle, que la observaban desde lo alto de la escalera. Dos peldaños más y quedó sumergida, el agua marrón verdoso de la bahía de Wallabout visible a través de las cuatro ventanitas de la escafandra. No se oía más que el silbido del aire.

Al llegar al último de los catorce peldaños de la escalera, se detuvo un instante para incrementar el suministro de aire. En efecto, el traje se hinchó levemente, lo que disminuyó la presión del agua sobre sus piernas. Cogió la cuerda de descenso a tientas, pasó la pierna izquierda alrededor de la cuerda de cáñamo y dejó que ésta se deslizara por el interior del guante izquierdo mientras el peso del traje tiraba poco a poco de ella hacia el fondo y el agua se iba oscureciendo a medida que se alejaba de la superficie. Finalmente, sus zapatos se posaron sobre el fondo de la bahía de Wallabout, aunque Anna no lograba distinguirlo: apenas veía sus piernas como briznas que desaparecían en la oscuridad. Experimentó una oleada de bienestar cuyo origen no logró identificar de inicio, hasta que cayó en la cuenta: el dolor que le provocaba el traje había desaparecido. La presión de aire interior era suficiente para equilibrar la presión exterior al tiempo que mantenía una flotabilidad negativa, es decir, que impedía que regresara flotando a la superficie. El mismo peso que la había castigado en la superficie ahora le permitía estar de pie y caminar bajo diez metros de agua que, de otro modo, la habrían expulsado como una pepita.

Notó un tirón del cordón umbilical: «¿Todo bien?» Devolvió el tirón para indicar que había comprendido la pregunta y que todo iba según lo previsto. «Todo bien.» Se dio cuenta de que estaba sonriendo. El aire que le entraba por la nariz era una delicia; incluso el silbido que producía, que el teniente Axel había descrito como «un mosquito que no se puede matar», era dulce y agradable. Les habían dicho que no iban a tener que mover la válvula de escape de las dos vueltas y media a la que estaba situada, pero Anna no pudo resistirse a accionar la boquilla en forma de estrella para dejar entrar un poco más de aire dentro del traje. Empezó a flotar levemente, aunque el lodo le hacía ventosa en las suelas de las botas. Notó un estallido de placer en su interior. Era como volar, era mágico: como estar dentro de un sueño. Anna abrió la válvula de escape y expulsó el aire sobrante hasta que sus pies volvieron a asentarse en el fondo de la bahía.

Un saco de herramientas con unos agujeros que resultarían ridículos en tierra firme apareció flotando frente a ella, unido a una maroma que iba atada a la cuerda de descenso. Dentro había un martillo, clavos y los cinco trozos de madera con los que debía construir una caja. El reto consistía en evitar que los trozos de madera (y la caja) se alejaran flotando prematuramente. Desde luego, cronometrarían a cada submarinista.

«El tictac del reloj se oye más fuerte bajo el agua —los había advertido el teniente Axel—. Si tienen que regresar a la superficie para recuperar algún

fragmento de madera, habrán perdido un tiempo precioso de inmersión.»

Anna abrió el saco de herramientas lo suficiente para meter una mano dentro. Los trozos de madera chocaban contra su muñeca, ansiosos por escapar, pero logró extraer sólo dos antes de darse cuenta de que se había olvidado el martillo y los clavos dentro. Sujetó las piezas sueltas bajo el brazo izquierdo y palpó en el interior del saco buscando el martillo. Un trozo de madera salió disparado del interior del saco y, en su intento por agarrarlo, se le soltaron los dos que llevaba bajo el brazo. Anna consiguió detener y agarrar los tres fragmentos errantes por los pelos, justo antes de que se elevaran fuera de su alcance. El corazón le latía a cien por hora y se sentía mareada. El pánico o cualquier gesto brusco debajo del agua hacían que exhalaras más dióxido de carbono, lo que a su vez te debilitaba cuando lo respirabas otra vez. Anna volvió a meterlo todo dentro del saco y lo cerró. Respiró hondo, cerró los ojos e inmediatamente notó una sensibilidad nueva en las yemas de los dedos, como si éstas acabaran de despertar. Claro: mantendría los ojos cerrados. Abrió el saco y dejó que dos trozos de madera salieran flotando hasta que los tuvo en la mano derecha. Con la izquierda recuperó el martillo y un único clavo. Se colgó la bolsa al hombro y colocó los trozos de madera en ángulo recto, apoyados sobre los bloques de plomo del cinturón. Con soñolientos movimientos submarinos, golpeó el clavo con el martillo hasta que éste perforó la madera y unió las dos lamas. Sus manos se ocupaban de todo, ella apenas tenía que mirar. Pronto se descubrió clavando el culo de la caja y deseando haber tardado un poco más: no quería volver a la superficie.

Sin comunicárselo a sus asistentes, metió la caja dentro del saco de herramientas y ajustó la válvula de escape hasta que flotó levemente y pudo dar una serie de pasos ligeros. Notó escombros bajo las botas, la topografía oculta de la bahía de Wallabout. ¿Qué había exactamente ahí abajo? Le habría gustado arrodillarse y palparlo con las manos. Sosteniendo el cordón umbilical en alto para que no se enredara, Anna dio una vuelta entera y sintió la presión de las mareas y corrientes del río y del océano que se abrían más allá.

Tres tirones bruscos en su cordón umbilical pusieron punto final a la diversión. «Prepárese y suba.» Las burbujas debían de haberla delatado: imaginó la expresión molesta de Bascombe al ver que se alejaban de la escalera. A él sólo le importaban el tiempo y el resultado: que completara la tarea antes que el otro equipo. Buscó la cuerda de descenso, pero la cuerda de cáñamo de seis centímetros de grosor había desaparecido. Apenas se había movido, o eso le parecía, y sin embargo se había alejado lo justo para que la

cuerda quedara fuera del alcance de sus brazos extendidos, caminara hacia donde caminase.

Siete tirones: se habían percatado del problema y habían pasado a las señales de búsqueda para guiarla. Anna les devolvió los siete tirones y a continuación recibió tres tirones: «Gire a la derecha.» Aunque ¿cómo podían saber hacia dónde estaba mirando ella? Giró a la derecha, obedientemente, y empezó a caminar barriendo el agua con los brazos abiertos con la esperanza de encontrar la cuerda. Oyó el chapoteo del latido de su corazón en los oídos al tiempo que imaginó el bochorno que sentiría si tenían que sacarla del agua tirando de la cuerda salvavidas.

Entonces se le ocurrió que podía volver a la superficie sin utilizar la cuerda de descenso, simplemente ajustando las válvulas de control y de escape. Dejó que el traje se hinchara lo suficiente para empezar a elevarse poco a poco, las botas se despegaron del lodo. No apartó las manos de las dos válvulas, la de entrada de aire y la de escape, y las ajustó para que el traje se hinchara para elevarse a través del agua cada vez más luminosa sin llegar a «estallar» y hacerla emerger con los brazos y las piernas en cruz.

La escafandra salió a la superficie del agua y la luz entró a raudales por la visera. Tenía la grúa de martillo justo enfrente, lo que significaba que estaba de espaldas a la barcaza. Agitando los brazos bajo el agua, logró darse la vuelta y vio la barcaza a apenas seis metros de distancia. No podía nadar con el traje, pero descubrió que pedaleando con las piernas como si fuera en bicicleta podía propulsarse lentamente hacia delante. Pedalear con aquellas botas era agotador. Le caía un reguero de sudor entre los pechos y se le empañó la visera. Sabía que debía detenerse y liberar el dióxido de carbono, pero decidió emplear toda la energía que le quedaba en salvar la distancia que la separaba de la escalera. Por último se agarró con un guante a cada barandilla y se volvió a sumergir, apoyando las botas metálicas en el peldaño inferior mientras trataba de recobrar el aliento.

Boqueando en el ambiente sofocante de la escafandra, Anna comprendió el precio de su innovación: se había quedado sin energías. Intentó subir por la escalerilla, pero cuando la escafandra estuvo fuera del agua tuvo que detenerse una vez más, abrumada por el peso que encontrarse quince centímetros por encima del nivel del mar ponía sobre su columna y sus hombros. Finalmente logró reunir la energía necesaria para subir otro peldaño. Poco a poco subió tres más hasta que tuvo el agua a la altura de la cintura, pero no pudo pasar de ahí.

Su visera se abrió de golpe y Bascombe la miró desde lo alto de la escalera. Su expresión era tan sombría como Anna había temido.

—Siéntese en cuclillas y deje que se vacíe el traje —le dijo—, así será más ligero.

Anna se llenó los pulmones con el aire fresco que entraba a través de la visera abierta.

—Tengo que... volver a bajar —dijo jadeando.

—No me diga. En cuclillas.

Anna se puso en cuclillas y notó cómo el traje se iba drenando, pero la escafandra y el collar todavía pesaban demasiado.

—Dé un paso —le ordenó Bascombe, apartándose para dejarle espacio. Anna logró colocar la bota izquierda en el siguiente peldaño, pero cuando intentó que el resto de su cuerpo subiera los mismos diez centímetros le falló la rodilla y estuvo a punto de caer de espaldas al agua. Bascombe la agarró por los brazos y se los sujetó con fuerza contra la barandilla de la escalera. Juntos asimilaron lo que había estado a punto de suceder: caer al agua con la escafandra abierta habría significado hundirse directamente hasta el fondo.

—¿Quiere que Marle y yo la saquemos del agua? —preguntó Bascombe—. Muy bien, la sacaremos, pero entonces esos cretinos dirán: «Adiós y muchas gracias: que vuelva a casa con su mamá.» Que los jodan. —Le clavó la mirada a través de la abertura de la visera: tenía los ojos de un azul intenso, duros como el cuarzo. A Anna le pareció que era la primera vez que los veía—. Encuentre la fuerza, Kerrigan —le dijo—. ¡Encuentre la fuerza!

Se dio cuenta de que estaba desesperado.

—A usted no lo va a afectar —dijo resollando— si no lo consigo.

Pero él soltó un resoplido.

—No me afectará en absoluto —dijo—. Newmann ha estallado. Savino ha perforado la pernera del traje con un clavo. La madera de Fantano está flotando río abajo. Morrissey todavía está subiendo, pero dudo mucho que haya logrado montar la caja. Si seguimos así, Marle y yo seremos los únicos que pasaremos.

—Yo he terminado la caja. —Anna jadeó.

Su mirada reflejó su sorpresa.

—Muy bien —dijo—. En ese caso, termine de subir esta maldita escalera y apúntese el tanto. ¡Levante una bota! ¡Eso es! Y ahora la otra. ¡Arriba, arriba! —Se había inclinado desde los peldaños superiores como un murciélago y le sujetaba las muñecas para que no dejara de aferrarse a las barandillas—. La veré arriba —dijo, y volvió a cerrarle la visera.

Sus palabras de aliento tuvieron en Anna el mismo efecto que unas sales aromáticas. O tal vez se trataba del descanso. O del aire fresco. Fuera por lo que fuese, logró subir. Primero un paso, luego otro. Era más fuerte de lo que creía.

De vuelta en la barcaza, Marle la condujo hasta el banco de buceo, donde se desplomó. Cuando Marle le abrió la visera, Anna vio al teniente Axel inspeccionando dos cajas completas. Todos se detuvieron a escuchar, Anna y Morrissey todavía con la escafandra puesta.

—No nos han faltado dificultades esta mañana —le dijo el teniente al grupo con tono afectado—, pero me complace comunicarles que tenemos entre nosotros a dos verdaderos submarinistas.

—Uno de ellos es Kerrigan, señor —exclamó Marle para hacerse oír pese al fuerte viento.

A pesar del cansancio, Anna supo que nunca olvidaría la mirada de horror y desconcierto que empañó el rostro pueril del teniente. Negando con la cabeza, Axel volvió la mirada hacia los bancos de los submarinistas.

—No —dijo—, no puede... —Y entonces preguntó—: ¿Cuál de los dos?

El teniente Axel expulsó del programa en términos bastante desagradables a los tres hombres que no habían logrado completar con éxito la inmersión en la bahía de Wallabout, pero como por el momento no tenían adónde ir (la barcaza estaba rodeada de agua) y todavía se requerían sus servicios como asistentes y como operarios de los volantes de los compresores de aire, permanecieron a bordo. A medida que avanzaba el día, la mirada del teniente, que no les quitaba el ojo de encima, fue haciéndose cada vez más recelosa. Tenía menos buzos de los que necesitaba. Parecía que, de sus dos deseos irreconciliables (montar un sólido programa de buceo y expulsar a todos los submarinistas que lo componían), el segundo era el que llevaba ventaja.

Cuando el resto de los aspirantes hubo completado la prueba de forma satisfactoria, el teniente ofreció a regañadientes a Newmann, Savino y Fantano la posibilidad de redimirse. Esta vez los tres lograron armar sus cajas y regresar a bordo de la barcaza. El grupo lo celebró con entusiasmo mientras la barcaza a vapor los devolvía al muelle del West End. La euforia se desató mientras descargaban los arcones de submarinismo, los compresores de aire y los pesados trajes mojados, y cargaban con ellos de vuelta al edificio 569.

—Hicimos un buen trabajo librándonos de las manzanas podridas de entrada —les dijo el teniente Axel en tono vagamente elogioso—; los que quedan son los hombres más fuertes y capaces para el submarinismo. Todavía caerán algunos por el camino —añadió con un atisbo de emoción en la voz—, habrá accidentes, lesiones, contratiempos... todo eso es inevitable, pero de momento, caballeros, mis felicitaciones.

Cada vez que pronunciaba la palabra «hombres» o «caballeros», el teniente parecía mirar de soslayo a Anna, como si quisiera conjurar su desaparición. A ojos del teniente, su presencia allí era el único inconveniente residual de un experimento fallido, y Anna lo sabía. El edificio 569 ni siquiera tenía un baño para mujeres: para que pudiera ir al lavabo, Katz y Greer tenían que echar a todo el mundo y montar guardia en la puerta, algo que los incomodaba visiblemente. Anna temía la llegada del período. En su antiguo taller, las casadas solían quejarse de que los guardias vieran sus compresas cuando les inspeccionaban los bolsos en la puerta de la calle Sands; ¡le gustaría oír qué pensaban de su situación actual!

Anna había improvisado su vestuario en un cuarto de limpieza. Mientras se ponía la ropa de calle, oyó a los demás buzos bromeando en el vestuario del fondo del pasillo: estaban planeando reunirse en el Eagle's Nest. Era sábado por la noche, al día siguiente tenían fiesta. Anna se quedó escondida mientras pasaban parloteando por delante de su armario en dirección a la salida.

Cuando el edificio se quedó en silencio, asomó la cabeza y vio a Marle caminando solo hacia la salida. Como ella, debía de haber estado esperando a que los demás abandonaran el edificio. Anna tuvo el impulso de unirse a él. Ya estaba a punto de salir cuando oyó la voz de Bascombe, que gritaba desde fuera:

—¡Oye, Marle, ¿sigues ahí dentro?!

—Aquí sigo —respondió Marle, aminorando la marcha.

—Los chicos ya están de camino. Te espero.

Marle dudó un instante y echó un vistazo al reloj de pulsera. Entonces Anna tuvo la extraña sensación de encontrarse dentro de su cabeza: podía percibir su timidez y sus dudas ante la posibilidad de sentirse incómodo al acompañarlos junto con el júbilo de haber sido incluido. Excusarse ahora, cuando Bascombe ya lo estaba esperando, sería de mala educación, y a lo mejor no volvían a invitarlo.

—De acuerdo —dijo Marle, y se dirigió hacia la puerta con paso decidido.

Anna oyó el crujido de las botas sobre el muelle de ladrillo y sus voces perdiéndose poco poco entre el estruendo de las construcciones y el tráfico de embarcaciones. El silencio reverberó a su alrededor como preludeo al tranvía, al plato cubierto y a su piso vacío. La perspectiva la repelía. Había pasado todo el día ayudando a los demás buzos o dejando que éstos la ayudaran de una forma que le había recordado la infancia: cómo forcejeaba con otros niños notando su aliento, sus manos pegajosas, el olor a pan de su cuero cabelludo. Después de haberse nutrido de tanta proximidad, no soportaba la idea de volver a la soledad del piso.

Se encaminó apresuradamente al edificio de inspección para buscar a Rose e invitarla a cenar. Si Rose no podía aceptar (que era lo más probable, teniendo al pequeño Melvin en casa), quizá, a cambio, ella fuera la que la invitara a su casa. Pero el cambio de turno ya había pasado, y cuando Anna llegó a la segunda planta Rose y las demás casadas ya se habían marchado y los taburetes estaban ocupados por desconocidas.

La puerta del supervisor estaba abierta de par en par. Anna llamó, aunque no sabía si contestaría el señor Voss o el jovenzuelo de la noche.

—Adelante.

—¡Señor Voss! —exclamó Anna.

Voss llevaba ya el abrigo puesto y tenía el sombrero en la mano.

—Señorita Kerrigan —respondió sonriendo—, qué sorpresa tan agradable.

—He venido a... quería... —balbució Anna, tratando de justificar su presencia—. He buceado en la bahía de Wallabout esta mañana.

—¿Con ese traje enorme?

—De noventa kilos.

—Magnífico. ¿Y el teniente ha quedado satisfecho?

—Ni mucho menos —dijo ella—: esperaba que fracasara. Pero he tenido el placer de decepcionarlo.

Aquella forma de hablar no era enteramente suya: era el tono de chacoteo que en su día solía emplear con el señor Voss; lo había recuperado súbitamente.

—Eso hay que celebrarlo —dijo él—; ¿me permite invitarla a cenar?

—Tengo que bañarme.

Anna estaba cubierta de sudor seco, mientras que el señor Voss vestía un elegante traje gris.

—¿Por qué no la acompaño a su casa y espero abajo mientras se arregla?

Ahora que ya no era su supervisor, a Anna no le importaba dejarse ver junto al señor Voss. El *Shipworker* publicaba a menudo breves sobre matrimonios entre trabajadores del arsenal. Caminó junto a él por la calle Sands y por fin pudo satisfacer su curiosidad por las tiendas de uniformes, los establecimientos de tatuajes y las ventanas sucias con cartelitos que anunciaban HABITACIONES. Pero su soledad la acechaba detrás del bullicio como un mastín en una ventana. En el tranvía, clavó los ojos en el señor Voss y evitó mirar la oscuridad.

Ya en su piso, se preparó una bañera. Nell le había contado que existían unos grandes almacenes adonde las chicas podían ir después de trabajar para que las bañaran, las peinaran y las maquillaran antes de una cita. A Anna, la idea de transformarse le resultaba atractiva: estaba cansada de sí misma. Rebuscó entre la ropa que su madre no se había llevado y encontró un vestido de satén verde con escote de barco y sin tirantes. Retocó las costuras antes incluso de que la bañera estuviera llena. Una vez dentro del agua caliente, se frotó con láminas de jabón y se afeitó las axilas. Después de secarse, se empolvó los pechos y el cuello, se pintó los labios y buscó un colorete entre los cosméticos de su madre. Cogió también un collar de perlas y unos

pendientes de gota; era bisutería, naturalmente, pero de lejos las dos cosas parecían buenas. Dio con unos guantes plateados de satén falso hasta los codos. Se levantó el pelo del cuello y se lo recogió como pudo (era demasiado abundante y fino para que pudiera usar pasadores), y finalmente añadió un sombrerito redondo a conjunto con el vestido. Cuando se miró en el espejo de la cocina, la chica glamurosa que le devolvió la mirada le arrancó una carcajada. ¡Era un disfraz! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Intercambió un guiño con aquella cómplice nueva y elegante.

El señor Voss estaba apoyado en la pared del portal de la entrada, donde hacía un frío helador, leyendo la edición vespertina del *Tribune*.

—Señorita Kerrigan —dijo cuando Anna llegó al final de la escalera ataviada con la capa de abalorios de su madre—, me ha dejado estupefacto.

—¿Y eso por qué, señor Voss?

—Charlie, por favor: hábleme de tú.

—Sólo si tú me llamas Anna —replicó, y sintió una punzada de preocupación: ¿seguro que no estaba interesado en ella?

—Tenía pensado llevarte a Michael's, en Flatbush —dijo—, pero ahora me parece que por lo menos tendremos que ir a Manhattan. Cojamos un taxi.

—No sé si sentirme halagada o insultada —respondió ella adoptando una de aquellas voces de película que ella, Lillian y Stella solían usar.

Pararon un taxi en la Cuarta Avenida y en nada estaban cruzando el puente de Manhattan. El East River era un vacío negro azulado con puntos luminosos que sugerían un tráfico denso de embarcaciones. Anna respiró hondo. Sin el lastre habitual de su soledad, se sentía como si pudiera abandonar el puente en cualquier momento para adentrarse en el agua oscura.

—Dime una cosa, Charlie —dijo Anna—, ¿tu mujer no estará en casa ahora mismo preguntándose dónde estás?

Él se volvió y le respondió con expresión seria.

—No hay ninguna mujer esperándome —dijo—, tienes mi palabra.

—Las chicas del taller...

—Ah, les encanta hablar.

—¿Y lo que decían podría haberte perjudicado?

—Sólo si hubiera sido cierto.

Ella había vuelto a acertar: eran amigos, nada más.

—¿Ni siquiera tienes una hija esperándote en casa? —volvió a preguntarle.

—De momento no tengo hijos.

—Un tipo apuesto como tú, Charlie —lo reprendió ella, volviendo al tono de las películas—. ¿Cómo es posible?

—Mala suerte, supongo. Hasta esta noche. Hoy, por fin, la providencia me ha sonreído.

—Has usado esa misma frase un centenar de veces. Y la tomaste de una galletita de la suerte.

—Setenta veces, ochenta como máximo.

Se reían juntos, regodeándose con cada nueva escalada de ingenio en la conversación. Anna siempre había querido flirtear y resultaba que se le daba bien.

Fueron a Chandler's, en la Cuarenta y seis Este, y comieron filetes de hamburguesa con cebollas rehogadas y patatas fritas, y pastel de manzana de postre. Bebieron champán. Charlie Voss tenía una forma de preguntar las cosas que hacía que la conversación discurriera siempre en el terreno seguro en el que Anna quería moverse: su examen de submarinismo, las excentricidades del teniente Axel, el avance de los rusos frente a los alemanes en Ucrania... No mencionaron en ningún momento la oscuridad que rodeaba aquel camino bien iluminado. Anna percibía una oscuridad simétrica en Charlie Voss. Había momentos en los que sentía que estaba a punto de comprenderlo, de captar una verdad sobre él que casi estaba a la vista de todo el mundo, pero al final se quedaba simplemente perpleja.

Después de cenar, mientras caminaban hacia la Quinta Avenida, Anna lo cogió del brazo. Se sentía como aquella mañana bajo el agua: no quería volver a la superficie. Charlie Voss debía de sentir lo mismo, ya que dijo:

—No nos vayamos a casa todavía. ¿Cuál es tu club favorito?

—Sólo he estado en uno —contestó ella.

El portero del Moonshine, con su sombrero de copa, estaba eligiendo a dedo clientes de entre la multitud agolpada frente a la puerta lacada. A Anna se le ocurrió que, sin faltar del todo a la verdad, podía decir que conocía a Dexter Styles, pero al final no fue necesario. El portero los admitió rápidamente. Al entrar, Anna tuvo la impresión de que nada había cambiado en aquel lugar, como si esa noche fuera una continuación de la última vez que había estado allí. Sobre el suelo reluciente de baldosas en damero de la pista, buscó la mesa donde se habían sentado ella y Nell, pero estaba ocupada por desconocidos, y no vio a Dexter Styles por ninguna parte. Tras un instante de

decepción, Anna se sintió aliviada de no verlo: así, aquel día con Lydia en Manhattan Beach quedaría intacto.

Un camarero los acompañó hasta una mesa en el extremo del local y Charlie pidió champán. Los metales y tambores de la orquesta sonaban amenazantes, como una tormenta o un ejército aproximándose. Una cantante con aspecto de vagabunda silenció por unos momentos la sala con su voz trémula, y Anna y Charlie corrieron a la pista de baile, donde había ya decenas de parejas. Anna estaba nerviosa: todavía recordaba lo mal que había bailado con Marco en octubre, pero Charlie Voss se lo puso fácil.

—Gracias a Dios que eres buen bailarín —dijo ella.

—Sólo intento estar a la altura.

—¡Ja! Mentir tampoco se te da nada mal.

Estaba mareada por el champán y por el placer de que alguien la abrazara. Sentía cómo una corriente de aire cálido pasaba sobre sus hombros.

—¿Anna, eres tú?

Se dio la vuelta y vio a Nell. Llevaba un vestido de raso de color melocotón sin tirantes y bailaba con un hombre mayor vestido de traje. Anna soltó a Charlie y abrazó a su amiga.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó—. Te he buscado por todas partes.

—Casi no te reconozco —dijo Nell—. ¿Qué ha pasado? ¡Estás guapísima!

Nell estaba cautivadora, como siempre, acaso un poco más afectada de lo habitual. Sus rizos presentaban un tono rojizo nuevo y tenía la piel extremadamente blanca, como si nunca saliera a la calle.

—Seguro que os han sentado en Siberia; hay sitio en nuestra mesa —dijo—. Éste es Hammond, mi prometido.

Hammond esbozó una sonrisa forzada e hinchó las aletas de su nariz aguilina. Tenía unos gélidos ojos verdes. Anna supuso que debía de ser apuesto. Les presentó a Charlie Voss y los cuatro se alejaron de la orquesta sorteando a las parejas de bailarines.

—En realidad él y yo no estamos comprometidos —murmuró Nell—, sólo lo digo para chincharlo.

—¿Es... el de la otra vez?

—El mismo. Me ha puesto un piso pequeño y monísimo en Gramercy Park South. ¡Tengo la llave del parque! Ven a visitarme un día, es el número veintiuno. Repítelo, así sé que te acordarás: veintiuno.

—Veintiuno —repitió Anna obedientemente. Su amiga estaba acelerada, seguramente borracha—. ¿Has encontrado un trabajo mejor?

—No tengo trabajo —dijo Nell—, a menos que cuente como trabajo estar siempre despampanante para que Hammond no me dé la patada.

Se sentaron con un grupo que ocupaba varias mesas cerca de la pista de baile. Anna reconoció a Marco y se ruborizó cuando éste se volvió hacia donde estaba ella, pero en realidad estaba buscando a Nell.

—¿En serio te echaría? —preguntó Anna con un susurro.

—Hammond es un cerdo —repuso Nell.

Anna se quedó perpleja: Hammond estaba a pocos centímetros de ella y le rodeaba los hombros con un brazo. Anna evitó la mirada de Nell como si acabara de cometer una indiscreción.

—Pero ¿entonces por qué...?

—Por el dinero —contestó Nell animadamente—: le sale por las orejas y me lo paga todo. Vive en una mansión de ocho habitaciones en Rye, con su mujer y sus cuatro hijos. No los dejaré nunca, fue una estupidez pensar que lo haría. Verdad, ¿cariño? —le dijo a Hammond—. Anna trabajaba conmigo en el arsenal naval. A Hammond no le gusta hablar de este tema, cree que las chicas no deben trabajar, que tienen que pasarse el día pensando en formas nuevas de extasiarlo.

Besó la mejilla pálida de Hammond y le dejó una mancha de pintalabios fucsia. Como si pudiera verlo, Hammond se lo limpió con la mano, frotando aquel punto repetidas veces. Mostraba una pasividad antinatural, como un hombre caminando muy rígido para disimular su ebriedad; pero no iba borracho: lo que intentaba disimular era otra cosa.

—Vamos al baño —exclamó Nell, cogió a Anna de la mano y la puso en pie—. Llévate el bolso, Anna: ¡las chicas nos tenemos que maquillar!

La actitud de Nell era tan exagerada que a Anna le costaba tomársela en serio. ¿Quién era su público? Desde luego, no Charlie Voss, con quien Anna ya había intercambiado una mirada irónica por encima de la mesa. Eso reducía las posibilidades a Hammond, pero éste, paralizado en un punto entre la ira y el pánico, estaba demasiado abstraído como para preguntarse a qué venía aquella comedia por parte de su amante.

—No vamos al baño —dijo Nell en cuanto dejaron atrás la mesa—, allí todo el mundo escucha a escondidas y las chicas son como víboras; a muchas les gustaría echarle el anzuelo a Hammond.

Se detuvieron junto a una columna. Una sombra de temor había empezado a teñir la imagen que Anna tenía de su amiga.

—¿Eres feliz en ese piso? —le preguntó.

—Más o menos —contestó Nell—. Hammond trabaja demasiado y no puede venir a verme muy a menudo. —Entonces le dirigió una sonrisa cargada de secretismo—. Pero hay alguien más que me visita.

—¿Marco?

Horrorizada, Nell agarró a Anna por los hombros con manos calientes y temblorosas.

—Si alguien te lo ha contado, tienes que decirme exactamente quién ha sido —pidió.

Anna tragó saliva, asustada ante la incoherencia de Nell.

—Era sólo un presentimiento —dijo—. Marco se sentó con nosotras la otra vez, ¿te acuerdas? Cuando vinimos en octubre...

Nell la miró fijamente un instante y luego la soltó.

—Lo siento. A veces... no sé qué me pasa.

—¿Te asusta que Hammond pueda descubrirte?

—Pues sí. Aunque no debería. Si me echara, llamaría a su mujer, se lo contaría todo y entonces lo echarían también a él. Pero la pregunta es: ¿qué haría Hammond entonces? Eso sí sería interesante saberlo.

—No parece que Hammond te guste demasiado.

—Lo odio. Y él me odia a mí. Somos como un matrimonio horrible e infeliz, pero sin los hijos. Bueno, podríamos haber tenido uno, pero ya no tendremos.

Anna estudió la cara dulce de Nell, asombrada de que la situación hubiera llegado tan lejos.

—Lo siento —dijo.

—No me arrepiento de nada: no quería un hijo de un cerdo, no lo habría querido nunca y habría perdido mi figura por nada.

—Ay, Nell —dijo Anna, presa de un temor, una sensación de mal augurio respecto a su amiga. Las historias tristes que había oído toda su vida (Olive Thomas, Lillian Lorraine) le parecían reales por primera vez. Al principio, aquellas chicas condenadas también eran simplemente chicas, como Nell—. ¿Por qué no lo dejas todo? El piso, a Hammond, a Marco... ¡Vuelve al arsenal naval! Yo ahora soy submarinista. A lo mejor tú también podrías bucear. Con esos trajes enormes, ¿te acuerdas? ¿Los que vimos en la barcaza de entrenamiento?

Nell soltó una carcajada, pero Anna insistió, aun a sabiendas de que sonaba como una tonta.

—¿Qué me dices de la guerra, Nell? ¿Piensas alguna vez en eso?

—¿Cuál? ¿La que hay entre Hammond y yo o la otra?

Anna no pudo evitar reírse.

—¿Qué quieres que haga? Hammond no quiere que trabaje. Siempre me decía que olía a arsenal, aunque me hubiera bañado dos veces y rociado con Sirocco de pies a cabeza.

Anna esbozó una sonrisa indefensa. De pronto, Nell la abrazó y sus hombros y brazos desnudos hicieron que aquel gesto resultara chocante, íntimo. Anna percibió el olor acre de las axilas de Nell y el movimiento animal de sus costillas.

—Tú eres distinta —le dijo Nell al oído—. Es maravilloso.

—Tiene gracia, yo habría dicho que la que es diferente eres tú.

—Eso significa que podemos ser amigas —añadió Nell, apartándose y mirando a Anna a los ojos—. Amigas de verdad, no como las víboras que circulan por aquí. Trabajas duro y vuelves a casa agotada, pero yo soy alérgica a esa vida. Mamá dice que me creo demasiado buena para trabajar, pero no es eso: yo sólo quiero una vida diferente, aunque parezca absurda.

—Lo que parece es... peligrosa.

—Me gusta no saber lo que va a pasar, no despertarme siempre a la misma hora y poder tomar champán a las diez de la mañana si me apetece. Y no creo que esto sea el final para mí: tengo grandes planes, no te confundas.

Anna se fijó en lo acelerada que iba su amiga. «¿Qué planes?», le habría gustado preguntarle, pero quería volver junto a Charlie Voss.

—Ahora que nos hemos puesto al día ya podemos ir al baño —concluyó Nell, que entrelazó sus dedos con los de Anna y la guió a través de la multitud.

El espejo alargado del tocador estaba lleno de caras de chicas que estudiaban su aspecto con placer atónito, como si no esperaran encontrarse consigo mismas en un lugar como aquél. Nell intercambió saludos entusiastas con varias de ellas. Anna le guiñó un ojo a su amiga, la saludó con la mano y volvió a salir.

Pero antes de que pudiera llegar a la mesa, un camarero la interceptó.

—¿Señorita Feeney?

Aquel nombre, al mismo tiempo familiar y extraño, pareció abrirse camino hasta Anna a través de un espacio vasto y tortuoso.

—Sí... —dijo finalmente.

—El señor Styles la está esperando en su despacho.

—Bueno, es que... ahora mismo no puedo ir, tengo que...

Pero el camarero ya había dado media vuelta con la clara intención de que lo siguiera. Vio a Charlie Voss al otro lado de la sala y trató de saludarlo por

gestos, pero no consiguió llamar su atención. Anna sintió con una sacudida que había sucedido lo inevitable. Naturalmente que el señor Styles estaba allí, y naturalmente que quería verla: ella misma lo había decidido al cruzar la puerta lacada.

Siguió al camarero a través de una cocina ruidosa y turbulenta, y luego por una escalera pelada y roñosa que iba a dar a otra puerta, tras la que se abría un silencioso pasillo. Era como si se encontrara en un local distinto: alfombras mullidas, pinturas iluminadas por pequeñas lámparas montadas sobre los marcos. Anna oyó carcajadas apagadas detrás de las puertas. El aire olía a humo de puro y pipa.

Su guía llamó a la puerta del fondo del pasillo y la abrió. Anna entró en una oficina con paneles de madera y encontró al señor Styles recostado en una silla detrás de un escritorio de aspecto lujoso.

—Señorita Feeney —dijo con voz fuerte y afectada, al tiempo que se ponía de pie—, qué estupendo que haya venido a visitarnos.

Anna se sintió acusada, como si la hubiera pescado tratando de evitarlo.

—Lo he buscado, pero creía que no estaba —dijo ella.

—Yo siempre estoy aquí —afirmó—. Si no, este lugar se convertiría en humo. ¿Verdad, chicos?

Repartidos por la sala había cuatro jóvenes con las expresiones hostiles de las gárgolas. Todos asintieron entre murmullos, aunque parecían reconocer la naturaleza retórica de su papel en aquella conversación.

—En ese caso —señaló Anna—, supongo que tenemos suerte de que no se haya ido.

Aquel canal que le permitía ser ligera seguía abierto en su interior. Anna orientó su discurso en esa dirección y escuchó con placer cómo tintineaba. El señor Styles la contemplaba con una seriedad que no guardaba relación alguna con la despreocupación de su voz.

—Chicos —dijo—, saludad a la señorita Feeney, una chica excepcionalmente encantadora.

Un murmullo de saluciones. Su guía se había marchado y cerrado la puerta al salir. Anna se fijó en el apuesto gánster, con su traje a medida, y sintió que el día que habían pasado con Lydia en Manhattan Beach se disolvía como una aspirina en un vaso de agua. Habría querido irse, conservar aquel recuerdo intacto, pero el señor Styles parecía detentar todo el poder de convocar y despachar a los demás. Anna sintió una punzada de rabia.

—Ya os podéis ir, chicos —dijo el señor Styles; y mientras éstos recogían sus sombreros añadió—: Yo acompañaré a la señorita Feeney a la salida.

Cuando se hubieron marchado, el señor Styles se quedó detrás de su escritorio contemplando un puñado de papeles sueltos. Finalmente se volvió hacia Anna; cuando habló, lo hizo con una voz completamente distinta.

—Me alegro mucho de verla. ¿Cómo está su hermana?

Anna se quedó helada y clavó la mirada en sus propias manos vacías.

—Ésa es una historia para otro día —contestó con toda la ligereza que fue capaz de reunir—, debo volver con mi acompañante.

—Al carajo su acompañante —dijo Dexter Styles, sonriendo.

—Es posible que él piense de otro modo.

—No lo dudo.

Anna notó un zumbido que le llenaba la cabeza. Estaba furiosa con Dexter Styles y percibía que él también lo estaba, aunque no tenía ni idea de por qué.

—La acompañaré a su casa en coche —dijo.

—Gracias, pero no está en mis planes marcharme ahora mismo, y tampoco necesito que me acompañe. Además —añadió en tono socarrón—, ¿este lugar no se convertiría en humo?

—¡Un incentivo añadido! —exclamó él soltando una carcajada.

Anna pasó junto a él y llegó a la puerta que daba al pasillo enmoquetado. Sin tratar de seguirla ni levantar la voz, el señor Styles dijo:

—Mi coche está afuera. Alguien la recogerá junto al guardarropa.

Ella fingió no haberlo oído, pero mientras avanzaba por aquel pasillo silencioso y lleno de curvas se descubrió a sí misma tratando de decidir qué excusa iba a dar a Charlie Voss. Darse cuenta de ello la enojó todavía más. ¿Quién se había creído que era el señor Styles?

Tras dar varias vueltas por pasillos y escaleras, fue a parar de nuevo al local, aunque por una puerta distinta a la de hacía un rato. Hammond estaba sentado a solas a la mesa, contemplando la pista de baile con una mirada lívida de rabia. Siguiendo su mirada, Anna descubrió a Nell y Marco bailando muy pegados.

La alivió encontrar a Charlie Voss unas mesas más allá entre un grupo de hombres a quienes parecía conocer.

—Me he topado con un viejo amigo de mi madre —le dijo—. No aprueba que esté aquí e insiste en llevarme a casa, espero que no te importe.

Si Charlie se sorprendió o, más aún, si se sintió dolido, logró que su voz no lo reflejara.

—Siempre y cuando me prometas que estás en buenas manos.

—Gracias por una noche maravillosa, Charlie. Repitémosla pronto.

—Estaré contando las horas.

Había cola en el guardarropa, pero el anciano camarero que la había acompañado al despacho del señor Styles la estaba esperando. Cogió los resguardos de Anna y al cabo de un momento volvió con su abrigo y su sombrero. Los dos abandonaron el club por una salida que los dejó en la misma manzana, pero unos números más abajo de la puerta lacada. El coche del señor Styles esperaba discretamente en punto muerto.

Mientras el camarero abría la portezuela del acompañante, un hombre se acercó a la ventanilla del conductor. El señor Styles la bajó.

—Hola, George —dijo, y los dos hombres se dieron la mano a través de la ventanilla al tiempo que Anna se sentaba en el asiento contiguo.

—¿Ya te marchas? —preguntó George.

—Sólo acompaño a la señorita Feeney a su casa. Señorita Feeney, éste es el doctor Porter, mi cuñado. La señorita Feeney trabaja para mí.

El doctor le echó un vistazo a Anna en el interior del coche oscuro. Ella distinguió una mirada achispada encima del destello de un bigote. Un mujeriego, sin duda.

—Pide una botella, gentileza de la casa —le dijo el señor Styles—. Luego te busco. Si no nos encontramos, te veo mañana en Sutton Place.

Subió la ventanilla y arrancó.

—Cuénteme lo que pasó —dijo mientras el coche se dirigía hacia la parte alta de la ciudad y los faros empañaban el aire gélido.

Anna le explicó todo lo sucedido después de aquel día en Manhattan Beach. Era la primera vez que contaba la historia y lo hizo con todo detalle. El olor a piel del interior del coche la transportó de nuevo a aquel día: el peso cálido de Lydia, los latidos de su corazón reverberando desde las profundidades. Se sintió arrasada por la pérdida, como si acabaran de arrebatarle a su hermana de entre los brazos. Recordó el caudal de vida que rugía bajo la piel de Lydia, incluso en su inmovilidad, y aquel recuerdo le provocó un anhelo que la debilitó.

—Lamento mucho oír lo que me cuenta —dijo el señor Styles con voz compungida cuando Anna hubo terminado.

Siguieron hacia la parte alta de la ciudad y luego volvieron a bajar. En la Quinta Avenida, dejaron atrás la biblioteca pública frente a la que Anna había pasado caminando después de despedirse de su madre en Pennsylvania Station. Allí había notado por primera vez el poder de succión de la oscuridad y sus peligros. Desde entonces había estado eludiendo aquel peligro. «Otra clase de chica.» ¿Cómo podías saber qué clase de chica eras si no tenías a

nadie a tu alrededor? A lo mejor «esa clase de chicas» eran simplemente chicas que no tenían a nadie que les dijera que no eran esa clase de chicas.

La noche estaba por todas partes, vasta y oscura; llenaba el coche y rodeaba a Anna, pero su miedo a la oscuridad se había desvanecido. Sin saber ni cuándo ni cómo, ella se había librado de ese miedo y había desaparecido a través de una grieta en la noche. Nadie sabía dónde encontrarla, ni siquiera Dexter Styles.

Éste conducía con la vista al frente, pero Anna percibió la inquietud que emanaba de él. La nuez de su garganta se movía como los nudillos de una mano cada vez que tragaba. Él debía de sentir que lo estaba observando, pero esperó un rato antes de devolverle la mirada. De pronto compartían un nuevo entendimiento mutuo.

—Está distinta —dijo él en voz baja—. De verde.

—Por eso me he puesto este vestido —dijo ella.

Dexter abrió la ventanilla del coche y dejó que el aire invernal le golpeará la cara. Sentada a su lado tenía a una persona inteligente, a una chica que no era tonta, que entendía todo lo que él le daba a entender y que lo intrigaba por su combinación de atributos físicos y fortaleza mental, aunque en realidad tenía que tratarse de lo segundo, porque pasaba el día rodeado de atributos físicos que apenas le suscitaban emoción alguna. No obstante, había un problema con la chica que llevaba en el coche, aquella chica lista, moderna y con los valores correctos, que se había unido a los esfuerzos bélicos y a quien aquellos tiempos difíciles, sumados a la tragedia familiar, habían hecho madurar. El problema era que lo único que podía pensar concretamente respecto de ella era tirársela. Todo lo demás, todas las ideas vagas de que podía trabajar para él, de que su dureza podía resultarle útil, de que seguramente sabría disparar con una pistola (sus brazos, que el vestido que llevaba aquella noche dejaba a la vista, eran delgados y fibrosos), la confusión acerca de cómo se habían conocido (¿los había presentado alguien?), parpadeaba a media distancia, muy por detrás de su necesidad de poseerla. Y aunque aquella necesidad hacía que incluso conducir el maldito coche le resultara difícil, Dexter pensaba también en que precisamente ése era el problema entre hombres y mujeres: por eso la armonía profesional que él imaginaba era tan difícil de conseguir. Los hombres dirigían el mundo y querían follarse a las mujeres. «Las chicas son débiles», decían, cuando la verdad era que las chicas los volvían débiles a ellos. Al mismo tiempo, otra línea de pensamiento empezó a abrirse paso en su interior: ¿por qué aquello? ¿Por qué ahora? ¿Por qué ella? ¿Por qué arriesgarse cuando George Porter acababa de verlos? Pero todas éstas eran preguntas teóricas sobre las que iba a tener que reflexionar en el futuro; en aquel momento, el descontento creciente que se había ido acumulando en el interior de Dexter desde que había visitado al señor Q dos semanas antes había encontrado por fin un objetivo. Y todavía fluía otra línea de pensamiento en su cabeza: ¿adónde podían ir? A algún lugar privado, reservado. El deseo convertía en un idiota a todo aquel a quien tocaba. Dexter sentía que la estupidez le envolvía la cabeza como una capucha en forma de capirote. ¿Adónde? ¿Adónde? ¿Adónde?

Lo más curioso era que apenas había vuelto a pensar en la señorita Feeney desde que la había acompañado en coche a Manhattan Beach justo después de

Acción de Gracias. Le había costado unos días quitarse a la hermana paralítica de la cabeza: el fulgor de sus ojos por encima de las bufandas hinchadas había vuelto ocasionalmente a su memoria durante tal vez una semana. Pero no podía decir lo mismo de la hermana sana. Sin embargo, al verla aquella noche con su vestido verde se le había hecho un nudo en el estómago. La había observado a través de su ventana oculta esperando a que se le pasara, pero la sensación no había hecho más que agravarse al tiempo que Dexter estudiaba con desaprobación a sus acompañantes: aquella cocainómana, amante del marido de otra mujer; el tipo que la acompañaba, que él se habría jugado algo a que era un mariposón. Viéndola con aquel vestido, le habían venido a la cabeza los gemidos de Bitsy al otro lado de la puerta del baño.

Mientras cruzaban el puente de Brooklyn, ella le dijo que se había hecho submarinista. Se lo contó sin más, «para romper el silencio», supuso él, y se lo agradeció. Resultó ser interesante, tanto el tema como la sensación de hablar con la misma chica y en el mismo coche, pero con un propósito completamente distinto ante ellos. Él le preguntó por el equipo, por cómo respiraba bajo el agua y si se había topado con algún cadáver, pero podrían haber estado hablando de cualquier cosa.

Mientras seguía las curvas de la costa rumbo a Bay Ridge, Dexter enlazó sus dedos con los de ella, finos y calientes. Cuando ella le hundió el pulgar en la carne de la palma, tuvo la sensación de que lo atravesaba un relámpago, como si le hubiera metido la mano en los pantalones. El ambiente dentro del coche era tan vibrante que casi se podía oír. La situación tenía un único remedio, y pasaba por beberla hasta el fondo.

El viejo cobertizo para embarcaciones era una elección peculiar para un encuentro amoroso teniendo en cuenta que, a lo largo de los años, había sido escenario de varias operaciones comerciales de Dexter, no todas agradables. Pero las mismas ventajas valían en ambos casos: se trataba de un lugar aislado, privado y cerrado con candado. Se encontraba a apenas un kilómetro y medio al este de su casa y hasta la fecha no se había visto afectado por las reconfiguraciones bélicas de la guardia costera. Cada vez que se acercaba hasta allí, Dexter se preguntaba si iba a encontrarlo completamente arrasado.

Aparcó en la calle desierta y el coche chasqueó y soltó un suspiro antes de detenerse. La oscuridad era absoluta. Se inclinó y la besó por primera vez. El delicioso sabor de su boca le dejó la mente en blanco. Al parecer era la única chica de Nueva York que no fumaba. Percibió el apetito que latía en el interior de ella, como un segundo corazón, más grande y más tierno que el

primero, y su impulso (desde luego adolescente) fue ponerse manos a la obra en ese preciso instante y lugar. Pero habría sido demasiado peligroso. Abrió la portezuela, salió y rodeó el coche para abrir la de ella.

—Echemos un vistazo —dijo Anna.

Él tardó un instante en entender que se refería al mar. Sólo entonces se dio cuenta de lo ruidoso que era. Caminaron hasta el final del callejón sin salida y contemplaron la procesión de olas. Había algo fantasmal en ellas: parecían hileras de personas de sombrero blanco cogidas de las manos y sumergiéndose en el olvido. Dexter hizo lo que se había prometido que no haría: besarla en la calle. De no haber hecho tanto frío, la habría acostado en el suelo allí mismo, como había hecho debajo de la pasarela marítima de Coney Island con más de una chica en su juventud mientras la arena que los pies de los bañistas escurrían entre los tablones les caía encima. Pero no tenía prisa. Se habían marchado del club antes de la una y el apagón duraba hasta las ocho: tiempo suficiente para hacer todo lo que había que hacer.

El cobertizo estaba a una calle de allí, junto a un embarcadero pequeño. Dexter abrió el candado con su llave y empujó la puerta, que se encallaba. Inmediatamente tuvo la sensación de que alguien había ocupado aquel lugar desde su última visita, hacía unos meses. Encendió una cerilla con la suela del zapato y prendió la mecha del quinqué que siempre colgaba al otro lado de la puerta. Su luz ondulante confirmó sus sospechas: una botella de whisky, unas colillas... Dadas las circunstancias, no le dio importancia. Primero debía calentar el lugar. No había electricidad, tan sólo una estufa de leña que, sin embargo, funcionaba de forma eficiente una vez encendida. La llenó. La madera menuda había desaparecido, pero encontró un periódico y lo encendió; demasiado tarde cayó en la cuenta de que debería haberse fijado en la fecha para saber exactamente en qué momento alguien había estado allí sin su consentimiento.

Se apartó de la estufa en llamas esperando, de algún modo, que Anna hubiera desaparecido en el tiempo que él había pasado absorto en aquellas labores de intendencia. Pero ella seguía allí, quitándose los pasadores del pelo. Su melena oscura se derramó sobre las manos de Dexter cuando éste la abrazó dejando de lado otras cuestiones prácticas (¿debían echarse sobre los abrigo?, ¿trepar a uno de los botes de remos que colgaban de unos soportes fijados en las paredes?). Le pasó las manos por debajo de las nalgas, la levantó del suelo y se la llevó hasta una mesa que había junto a la pared detrás de la estufa. La sentó en el borde. Casi no había luz. La besó en la boca y en el cuello, le abrió el abrigo y le levantó el vestido y la combinación, dejando a

la vista medias y ligas. Se quitó los pantalones de un puntapié y se echó sobre el vientre plano de la chica con la crepitación de leños en la estufa de fondo.

—¿Seguro que quieres? —susurró Dexter.

—Sí —dijo ella, y la parte estúpida y ciega del cerebro de él se abalanzó como un perro de presa en una cacería del zorro. Le apartó las bragas y se introdujo en su interior; oyó su propio jadeo de alivio como si procediera del otro extremo del cobertizo. Un instante después, Dexter tembló como si le hubieran pegado un tiro, se le doblaron las rodillas mientras la acercaba a él con fuerza y terminó. Su respiración entrecortada llenó el cobertizo. Cuando pudo volver a andar, echó sus abrigos delante de la estufa, donde el calor ya había empezado a acumularse, y la ayudó a quitarse el vestido y los guantes largos. Le desabrochó el sujetador y el ligero y le bajó lentamente las medias. A la luz de las llamas parecía muy joven. Ella se echó de espaldas sobre los abrigos y cerró los ojos. Ahora ya podían empezar, sin mediar una palabra. Él recorrió todo su cuerpo con la boca hasta quitarle el aliento. Le abrió las piernas; sabía como el mar, que se oía incluso entonces: un batir de olas al otro lado de las paredes. Cuando ella alcanzó el clímax fue como si le hubiera dado un ataque y él la volvió a penetrar antes incluso de que hubiera terminado.

Ambos durmieron a ratos, con Dexter levantándose cada tanto para echar más madera a la estufa. A altas horas de la noche, ella lo despertó con las manos, tocándolo bajo la luz rojiza con tal resolución que él pensó que la tenía a ambos lados de la piel, que lo habitaba: si no, ¿cómo podía saber qué sentía él con cada uno de sus gestos? Ella tenía los ojos cerrados y él también cerró los suyos, abandonándose a una agonía dulce que pareció durar horas. Cuando finalmente lo dejó terminar, se dejó ir por completo, y apenas recuperó el sentido estalló en una carcajada: en cuarenta y un años, nunca había sido mejor. Al mismo tiempo, otra parte de él estaba pendiente del avance del alba, ansioso por terminar antes de que amaneciera. ¿Iba a durar mucho más? Ella se le había colocado encima, temblando como una cuerda de arco y esperando que la tocara, y él notó que volvía a ponerse duro. Aquello no iba a acabar nunca, pensó; no habría más que esto, para siempre. Aunque en el fondo sabía que no sería así.

—Anna. —El susurro atravesó varias capas de sueño y llegó bruscamente a sus oídos. Anna abrió los ojos. Una luz tenue se filtraba a través de las ventanas cerradas. En la estufa ya sólo quedaban ascuas. Tenía frío y

necesitaba hacer pis. Él la había tapado con una manta rasposa; debajo, notó su piel desnuda pegada a la de ella—. Anna —repitió él, más cerca de su oreja—. Tengo que llevarte a casa.

Se quedó muy quieta, con los ojos entornados. Le daba miedo moverse. Se acordó del acompañante de Nell, la noche anterior, y de su pasividad antinatural. De pronto, ella se sentía igual: apatía para aplazar el desastre.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él.

—Sí —dijo ella—, estoy bien.

Pero no era verdad. El amanecer, que normalmente suponía un alivio tras la tristeza de sus noches, amenazaba ahora con una revelación catastrófica. El corazón le latía de forma irregular y le pitaban los oídos.

Él se levantó y cruzó la sala. Era el primer hombre desnudo que veía en su vida: un desconocido altísimo con una mata de pelo rizado que parecía bajarle por el pecho y el torso hasta acumularse alrededor de una colección de partes íntimas que le hicieron pensar en un par de botas colgando de un farol por los cordones. Anna nunca había experimentado las secuelas de la pasión, puesto que siempre había llegado en secreto al escondrijo del sótano y luego ella y Leon se escabullían por separado. No sabía lo que era recoger la ropa bajo la luz del día o una pistola que colgaba dentro de su funda del respaldo de una silla. La inmoralidad de lo que había sucedido entre ella y aquel gánster la horrorizaba. ¿Estaba borracha? ¿Había perdido la cabeza? Intentó conjurar el pánico por vías racionales: su madre no se iba a enterar, y además era su día libre del arsenal naval, de modo que no iba a faltar ni a llegar tarde. Pero ¿cómo iba a volver a entrar en su edificio vestida con la misma ropa que la noche anterior sin delatarse? Tenía que marcharse de inmediato, antes de que amaneciera por completo; hacer pis, bañarse y meterse en la cama antes de que empezara el día propiamente dicho. Aquel momento tenía que convertirse en la última fase de una noche que ya debería haber empezado a borrarse de su memoria.

Anna esperó hasta que él tuvo los pantalones puestos antes de levantarse con gestos inseguros. Dándole la espalda, se puso las bragas, se abrochó el sujetador y se enfundó la combinación. Todavía llevaba las joyas puestas. Una de las medias de nailon se había quemado en la estufa y se había encogido a causa del calor. Decidió dejarse las piernas desnudas y se puso el vestido. Su postura retraída daba a entender que no quería ayuda, aunque lo cierto era que él tampoco se la ofrecía. Parecía igual de ensimismado que ella mientras estudiaba la etiqueta de una botella de licor. Recogió dos colillas del

suelo para examinarlas y acto seguido las volvió a tirar. Anna se abotonó el abrigo hasta el cuello y se puso el sombrero; tenía la piel de gallina.

Anna esperó al lado de la puerta mientras él rebuscaba en sus bolsillos. Ahora que volvían a ser dos personas con abrigo y sombrero se sintió más tranquila. Cuando se juntó con ella en la puerta, Anna le sonrió aliviada. Él le tomó la barbilla con los dedos y le dio un beso rápido (un beso de despedida) antes de abrir la puerta. Entonces volvió a besarla con más pasión y Anna sintió que, a pesar de todo, volvía a abrirse una ventana en su interior: el deseo de volver a empezar, a pesar de la proximidad del alba. El deseo que él le había despertado de nuevo disipaba cualquier escrúpulo: ya pensaría en ellos más tarde. Adentrarse de nuevo en el ensueño hacía que la vergüenza que había sentido hacía un momento se desvaneciera.

Él cerró el pestillo, se quitó el sombrero y empezó a desabrocharse el abrigo. Anna sintió lo fácil que habría sido que todo aquello siguiera y siguiera y siguiera. ¡Y cómo deseaba que fuera así!

—Nos conocimos hace tiempo —dijo, percibiendo el impacto de aquellas palabras casi al mismo tiempo que salían de su boca—, aunque dudo que te acuerdes.

—¿En el club? —murmuró él.

—No, en tu casa.

Eso atrajo su atención. Sus manos se detuvieron sobre los botones de su abrigo y, aunque deseaba con todas sus fuerzas que continuara, Anna se dio cuenta de que acababa de pararlo todo.

—¿En mi casa?

—Hace años, cuando yo era pequeña.

Él negó despacio con la cabeza, mirándola fijamente.

—¿Cómo es posible?

—Fui con mi padre —dijo—: Edward Kerrigan. Es posible que trabajara para ti.

El nombre llenó la estancia como si ella lo hubiera gritado, o como si lo hubiera gritado otra persona. Porque oírlo, oír el nombre de su padre, pareció propulsar instantáneamente a Anna fuera de sus sórdidas circunstancias. Su padre era Eddie Kerrigan. De pronto era como si todo lo sucedido entre ella y Dexter Styles la hubiera conducido a aquella revelación.

Él no pareció reaccionar ante aquel nombre, como si no lo hubiera oído o no lo hubiera reconocido. Hizo girar el anillo de oro que llevaba en el dedo y se alisó las solapas del abrigo, pero Anna reconoció en su pasividad el mismo temor y la misma cautela que ella misma había sentido al despertar.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —le preguntó en voz baja.

—No he encontrado el momento.

—Dijiste que te llamabas Feeney.

Más que acusarla parecía estar confuso, como si se estuviera palpando los bolsillos, buscando algo que había perdido.

—Desapareció —explicó Anna—, hace cinco años y medio.

Dexter Styles volvió a ponerse el sombrero, echó un vistazo al reloj y entreabrió un postigo para mirar fuera.

—Tenemos que salir de aquí —dijo. Caminaron hacia el coche por separado. El amanecer era frío, de un azul destellante. Él le abrió la portezuela del acompañante y Anna entró en el perfumado interior. A continuación, él cerró de golpe su propia portezuela y arrancó. Tras unos minutos conduciendo en silencio, añadió—: Enterarme de esto ahora me pone en una posición muy incómoda.

—O sea que sí lo recuerdas —dijo Anna—. Trabajaba para ti.

Ella se dio cuenta de que nunca se había terminado de creer del todo aquel recuerdo: se parecía demasiado a un sueño o un deseo.

—Te lo habría contado si me lo hubieras preguntado.

»¿Te acuerdas de cuando me llevó a tu casa?

—No.

—Era invierno, como ahora. Me quité los zapatos.

—Puedes estar totalmente segura de que si me acordara de algo de eso, no estaríamos sentados juntos en este coche —dijo él.

—¿Qué le pasó? —preguntó Anna—. ¿Qué le pasó a Eddie Kerrigan?

—No tengo la menor idea.

Anna lo miraba esperando a que él le devolviera la mirada, pero Dexter no apartó los ojos de la carretera.

—No te creo —dijo.

Frenó tan bruscamente que los neumáticos chirriaron y toparon con la acera de una calle tranquila llena de casas.

—¿Tú no me crees a mí?

—Lo siento —balbució ella.

—Aquí la que ha estado contando una mentira tras otra eres tú. No tengo ni idea de quién eres. Ni de qué eres. ¿Eres una prostituta? ¿Alguien te ha pagado para que me eches un polvo y me preguntes estas cosas?

Ella le soltó un bofetón (la mente le iba medio segundo por detrás de la mano) y le dejó un verdugón rojo en la mejilla.

—Ya te he dicho quién soy —respondió, con voz temblorosa—. Soy Anna Kerrigan, la hija de Eddie Kerrigan. He sido yo desde el principio.

Por un momento Anna pensó que a lo mejor le devolvía el bofetón. Las manos con las que agarraba el volante estaban cubiertas de cicatrices, como las de un boxeador. Finalmente se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres? ¿Dinero?

Le faltó poco para atizarle de nuevo, pero la rabia pasó a través de ella y la dejó relajada y más lúcida de lo que se había sentido en semanas.

—Quiero saber adónde se fue —dijo—. Y si está vivo.

—Yo con eso no te puedo ayudar.

—¿Tú no querrías que tu hija te buscara si desaparecieras? —le preguntó ella—. ¿No lo esperarías?

—Es lo último que querría.

Aquella respuesta la cogió por sorpresa.

—¿Por qué?

—Querría que se mantuviera tan lejos como pudiera —dijo—, para no ponerla en peligro.

Él volvía a tener la mirada clavada al frente. Anna se fijó en sus manos de púgil sobre el volante mientras las palabras se movían en su interior; abrió la portezuela y salió del coche, aunque no tenía ni idea de dónde estaba. Empezó a caminar alejándose por la acera, esperando en parte que él avanzara y frenara a su lado, oír su voz hablándole. Pero Dexter Styles pasó junto a ella sin ni siquiera darse la vuelta.

QUINTA PARTE

EL VIAJE

Cinco semanas antes

El día de Año Nuevo de 1943, Eddie Kerrigan subió por Telegraph Hill hasta la Coit Tower (o tan cerca como los soldados que montaban guardia lo dejaron llegar) para echar un vistazo a los muelles del embarcadero. Distinguió tres buques Liberty que los estibadores estaban cargando. Eran idénticos, naturalmente, pero él sabía que el de en medio era el *Elizabeth Seaman*, donde debía presentarse al servicio en menos de una hora. Eddie temía aquel momento. De hecho, había subido Telegraph Hill con la esperanza de que la altura, y el correspondiente cambio de perspectiva, hicieran disminuir sus reticencias.

Había hecho el examen de tercer oficial la semana anterior, durante cinco días consecutivos, en ese edificio inmenso con columnas de la aduana de San Francisco. Sólo subir por la escalinata (como quien se dirige a una biblioteca o un ayuntamiento) ya lo había amedrentado. Había recibido una educación muy escasa y antes de embarcarse sólo leía periódicos, pero en los barcos todo el mundo leía: no había mucho más que hacer si no jugabas a cartas o al *cribbage*. Poco a poco, Eddie había empezado a leer y había descubierto que se le daba bien. Todavía leía despacio, pero su mente resultó ser como un perro que esperaba a que alguien le lanzara un palo para salir corriendo y resollando a buscarlo. Había memorizado fragmentos enteros del *Manual para oficiales de la Marina Mercante* y se había quedado muy cerca de la nota máxima en el examen de tercer oficial.

Escudriñó el *Elizabeth Seaman* tan a conciencia como pudo sin prismáticos. Las botavaras del puerto estaban introduciendo unas cajas enormes en la bodega número dos: aviones, supuso. Mientras observaba, experimentó un ataque de celo inesperado, una predisposición a irritarse ante cualquier paso en falso, como si ya fuera responsable de lo que sucediera en un barco en el que todavía no había puesto los pies, incluso a un kilómetro de distancia. Se reprendió a sí mismo: el servicio mercante no era la Marina, por el amor de Dios. Los oficiales mercantes ni siquiera llevaban uniformes regulares. Pero ahora que se había convertido en oficial, aunque fuera de

forma abstracta, Eddie sentía tambalearse la serenidad pasiva que había cultivado durante cinco años y medio en alta mar.

No era que no hubiera trabajado duro. Al contrario, se había matado a trabajar: eso había sido esencial para su paz de espíritu. En sus primeros empleos, en la «brigada negra» de la sala de máquinas, se había dedicado a mover carbón a paladas, a alimentar los hornos y a apagar fuegos; había limpiado y lubricado las entrañas hirvientes y sudorosas de los barcos a temperaturas de cincuenta grados mientras soportaba un ruido de motor que le había dejado un silbido permanente en los oídos. Pero el cansancio le vaciaba el alma. Al cabo de ocho meses, había salido arrastrándose de la sala de máquinas para unirse a la tripulación de cubierta, donde, al principio, el sol lo había acosado sin piedad. Cuando finalmente sus ojos se acostumbraron, había levantado la vista y contemplado el mar como si fuera algo nuevo por completo: una extensión infinita e hipnótica que podía parecer que estaba cubierta de escamas, de cera, de plata repujada o de piel arrugada. Tenía una estructura y unas capas que no se distinguían desde tierra. Fijando los ojos en aquel mar desconocido, Eddie había aprendido a flotar en un estado de semiinconsciencia, alerta pero nunca totalmente despierto. La sangre estallaba en destellos dorados dentro de sus globos oculares. Un vacío resonante le llenaba la mente. Para no pensar, para no sentir; para simplemente ser, sin dolor. Recordaba su vida anterior, pero aquellos recuerdos ocupaban tan sólo una habitación en su mente, y había otras, más de las que Eddie hubiera imaginado. Aprendió a evitar aquella habitación en concreto y al cabo de un tiempo se olvidó de que existía.

En los inicios había llegado a compartir camarote con veinte hombres en los barcos no afiliados a los sindicatos, antes de verse expulsado de la costa Oeste a raíz de la Gran Huelga. Criminales, drogadictos con agujas hipodérmicas en sus petates de marinero, boxeadores aficionados con lagunas mentales, cada uno en su saco, pero tan amontonados que cuando alguien tosía, se tiraba un pedo o gemía, Eddie creía que había sido él. En una ocasión se había topado con dos hombres encerrados en un cuarto de calderas que gruñían entregados a un escurridizo abrazo. Aquella imagen lo había enfurecido. Aunque primero había decidido hacer algo (protestar, encontrar a un abogado naval y presentar una denuncia), cuando su guardia se hubo terminado eso ya no le importaba. El incidente ya formaba parte del pasado, había quedado atrás, anclado en la posición náutica donde había tenido lugar. En 1937 cada cual tenía sus secretos. Nadie hablaba más que quienes

trabajaban a bordo de un barco, pero el objetivo de las historias que contaban era siempre ocultar aquellas que no podían revelar.

Pearl Harbor había truncado la deriva de Eddie. Había una necesidad apremiante de marineros con experiencia para transportar suministros de guerra, y lo ascendieron (sin que él tuviera que hacer ningún esfuerzo) de marinero corriente a marinero de primera. A estos últimos les aconsejaban encarecidamente estudiar para el examen de tercer oficial. Eddie se resistió durante meses, empeñado en conservar aquella paz flotante cuyo elemento esencial era su propia pasividad. Pero no le sirvió de nada: la ociosidad en tiempo de guerra (aunque se tratara de una guerra invisible para él) se le hacía intolerable. Empezó a aburrirse, a estar inquieto. Finalmente, después de no haber pasado más de dos semanas consecutivas en tierra firme durante más de cinco años, cobró su parte en San Francisco y cogió un tren a Alameda, donde pasó dos meses en el curso de entrenamiento para oficiales.

Consciente de la hora que era, Eddie empezó a bajar Telegraph Hill. La bahía estaba atestada de buques de guerra. Las colinas que la rodeaban estaban salpicadas de casas de color claro que recordaban huevos de pájaro. Constató, decepcionado, que aquella vista no había mitigado la angustia que le provocaba la obligación, nueva para él, de tener los ojos bien abiertos. Aunque en realidad no era una sensación nueva, sino una reliquia de su vida anterior, sólo que a Eddie se le había olvidado qué se sentía.

Treinta minutos más tarde ya estaba subiendo por la pasarela inclinada que conectaba el muelle 21 con el *Elizabeth Seaman*. Antes de llegar a cubierta, le hirió los oídos una voz familiar, florida y vociferante dentro de unos nítidos márgenes británicos. Eddie se quedó helado en la pasarela. Intentó imaginar que aquella voz salía de la boca de otro hombre (de cualquier otro hombre) que no fuera aquel contraestre que tanto lo detestaba, pero no pudo: sólo había un hombre en todo el mundo que hablara de aquella manera.

En la cubierta principal, echó un vistazo a través del tumulto de botavaras, piezas de cargamento y estibadores del ejército en pleno ajeteo intentando entrever la piel oscura del contraestre, pero el nigeriano no estaba por ninguna parte y Eddie ya no lo oía. No habría sido la primera vez que imaginaba su presencia.

Fuera de la caseta de entrecubierta, Eddie se presentó ante el señor Farmingdale, el segundo oficial. Las maneras refinadas de Farmingdale y su barba nívea le daban un aire nobiliario, como el de alguien que aparece de perfil en una moneda, pero Eddie lo identificó enseguida como un alcohólico.

Lo que delataba a Farmingdale no era sólo esa forma de andar exageradamente prudente (al fin y al cabo era Año Nuevo y muchos de los hombres caminaban de puntillas), sino también el olor a tierra mezclada con mondas de naranja podridas que se desprendía de sus poros. Eddie notó una punzada de aversión.

En la cámara de oficiales, él mismo presentó su novísima licencia de tercer oficial, con la tinta todavía húmeda, por así decirlo, al maestro de armas. El joven capitán Kittredge era rubio y muy atractivo; parecía más una estrella de cine que interpretaba a un capitán que un capitán de verdad. Eddie se sintió viejo a su lado; de hecho, era viejo para ser un tercer oficial.

—¿Ha abandonado el retiro? —preguntó el maestro de armas, pensando claramente en ese mismo sentido.

—No, señor. Ya estaba embarcado.

El capitán asintió en silencio. Sin duda había encasillado a Eddie en la categoría de los inadaptados que uno solía encontrar a bordo de los buques mercantes antes de la guerra. Kittredge desprendía un aire americanísimo de optimismo intimidante: esperaba lo mejor y estaba seguro de conseguirlo, y si no que se prepararan los demás. Aquél iba a ser su tercer viaje a bordo del *Elizabeth Seaman*, le contó a Eddie. En los dos primeros se había dedicado a navegar de isla en isla por todo el Pacífico sin mayores sobresaltos.

—La señora Seaman es una chica muy especial —dijo con un guiño—. Hemos estado navegando a doce nudos.

—¡Doce! —exclamó Eddie. Los Liberty eran famosos por su lentitud. Si alcanzaba los doce nudos, debía de ser a toda máquina, o a lo mejor el capitán había contagiado parte de su energía y optimismo típicamente estadounidenses al barco.

Una brisa suave entraba por los tres ojos de buey abiertos en la pared frontal. Al otro lado, Eddie pudo atisbar los colores de San Francisco: azul, amarillo y rosado. Era una ciudad luminosa. En las reuniones de sindicatos y en las iglesias a las que solían asistir los marineros, los hombres compartían historias de la costa Este: petroleros que habían recibido un torpedo y habían estallado como bengalas; hombres que habían muerto congelados, con los remos de sus botes salvavidas todavía en las manos, en una de esas expediciones tan temidas a Murmansk, en el Báltico. No era fácil imaginarlo desde allí. Desde lo de Pearl Harbor, los viajes de Eddie se habían parecido mucho a los descritos por el capitán Kittredge: descargas cerca de la costa; pocas libertades, pero también pocos peligros aparentes, más ahora que la temporada de tifones se había terminado.

El camarote del tercer oficial estaba situado en la cubierta del buque, en la popa de estribor, junto a la enfermería. Era un espacio pequeño y sin pretensiones: una cama con cajones integrados, un armario pequeño, un escritorio y un lavamanos. Pero para Eddie, que estaba acostumbrado a vivir con un único armario en un camarote compartido con al menos otro hombre, y a menudo varios, el lujo que suponía disponer de tanto espacio en solitario lo intimidaba.

Mientras vaciaba su petate de marinero, encontró un sobre cerrado en el que alguien había escrito en el frontal con pulcra letra de maestra: «Abrir más tarde.» Debía de haberla dejado allí Ingrid, una joven viuda a la que había conocido tres semanas antes en San Francisco. Con una punzada de irritación, metió el sobre en el cajón del escritorio y se dirigió a la timonera para asumir sus funciones como tercer oficial. Comprobó los cuadernos de bitácora y las banderas de señales. Había navegado en dos ocasiones en barcos Liberty, de modo que ya conocía el *Elizabeth Seaman*: los Liberty se producían en masa y eran idénticos hasta el último armario de impermeables. Desde la ventana de la timonera, vio cómo seguían cargando en la bodega número dos aquellas cajas grandes que ya había avistado desde Telegraph Hill. Tal como había imaginado se trataba de avionetas del modelo Douglas A-20. Las cajas iban marcadas con caracteres cirílicos.

Eddie dejó la caseta de entrecubierta y volvió a la cubierta principal. En la popa del barco, la bodega número tres estaba recibiendo cargamento general: sacos de cemento, carne enlatada, huevos en polvo y cajas de botas. Subió a la cubierta de artillería trasera y saludó al artillero de guardia, un tipo dolorosamente joven y orejón como todos, con esos cortes de pelo raso. Ningún marinero quería encargarse de la protección de un buque mercante, pero todos los cargueros requerían la presencia de artilleros navales capaces de operar los cañones y las metralletas en caso de ataque.

Mientras bajaba de la cubierta de artillería, Eddie vio que la escotilla del cuarto de servomotor, bajo cubierta, estaba abierta de par en par. A aquella sala sólo tenían permitida la entrada los oficiales, pero la tripulación de cubierta siempre encontraba la forma de conseguir las llaves, algo que Eddie sabía perfectamente, pues él también lo había hecho. Aquel cuarto era el lugar ideal para tender y secar la colada. Curioso por descubrir al responsable de la infracción, empezó a bajar por la escalera de mano y pronto se encontró, bañado en sudor, en las entrañas del barco, que tan familiares le resultaban. Estuvo a punto de chocar con el contraamaestre nigeriano, que subía por la misma escalerilla.

—Pero... ¿usted...? —balbució el contraмаestre, inusualmente mudo de sorpresa y acritud—. ¿Qué es esto? ¿Un truco absurdo para colarse entre mi tripulación de cubierta?

Eddie aprovechó la ventaja de haberlo visto antes.

—Ni mucho menos, contraмаestre. Ya tengo el título de tercer oficial —dijo, disfrutando del primer momento de placer auténtico que le proporcionaba su ascenso.

Como la mayoría de los contraмаestres, éste despreciaba a los oficiales, pero todavía más a los antiguos marineros de primera que se convertían en oficiales. «Escobenes», los llamaba. Eddie detectó el efecto que aquel desprecio tenía en el rostro oscuro y expresivo del contraмаestre.

—¡Un escobén! —observó finalmente en un tono melifluido y burlón—. ¡Felicidades, señor! ¿Va a ser su viaje inaugural ostentando ese rango?

—Pues sí, mire por dónde —dijo Eddie, y se le aceleró el corazón, como le pasaba siempre que trataba de igualar el ingenio del contraмаestre. La verborrea de aquel hombre lo dejaba aturdido. Además, tenía un tono arrogante, algo a lo que Eddie no lograba acostumbrarse procediendo de un negro—. Y no tiene por qué llamarme «señor», contraмаestre; pero creo que eso ya lo sabe.

—Soy consciente de ese hecho, tercero —exclamó el contraмаestre—. Mi «señor» no era más que un gesto de cortesía que pretendía reconocer y celebrar su asombroso ascenso en la jerarquía naval.

—¿Tiene algún motivo para estar en el cuarto de servomotor? —preguntó Eddie.

—Naturalmente que lo tengo, de otro modo no pasaría ni un segundo de mi precioso tiempo en este lugar.

—Me gustaría bajar a echar un vistazo, si es tan amable de hacerse a un lado —dijo Eddie—. Quiero asegurarme de que ese motivo no tiene nada que ver con tender la colada.

El contraмаestre abrió mucho las aletas de la nariz. Por su complexión musculosa y su piel de un tono morado oscuro, parecía más grande que Eddie, aunque lo mirara desde abajo. No se apartó.

—Tal vez éste sea el momento oportuno para recordarle que, como tercer oficial, y encima novato, no tiene la menor jurisdicción sobre mí —dijo, soltando las palabras como latigazos—. En otras palabras, y por decirlo llanamente, no puede darme órdenes.

Tenía razón, por supuesto. El tercer oficial no era nadie, mientras que el contraмаestre estaba al mando de una tripulación de cubierta integrada por

unos trece marineros (seis marineros de primera, tres marineros ordinarios, tres marineros de cubierta, y Virutas, nombre que recibía el carpintero de a bordo) y respondía tan sólo al primer oficial. Eddie, que había trabajado a las órdenes de aquel contraмаestre, sabía que era un tirano a la vieja usanza; las navieras adoraban a los contraмаestres como él, que exprimían al máximo a la tripulación de cubierta a cambio de unas horas extras ínfimas. Como la mayoría de los autócratas, el contraмаestre era un solitario, además de un lector fanático que leía con una atención próxima a la implicación física. Mientras que la mayoría de los marineros hablaba de sus lecturas durante la comida e intercambiaba libros para sacarles el máximo partido a sus exiguas bibliotecas, el contraмаestre forraba los suyos con hule y los volvía boca abajo si se acercaba alguien. Algunos especulaban que se trataba de libros obscenos; otros, que se trataba siempre del mismo libro: la Biblia, el Corán o la Torá, o tal vez los tres. Su secretismo solía irritar a Eddie. Siempre se había tenido por un tipo amable con los negros, pero estaba acostumbrado a tratar con negros que tenían menos que él. Al principio, el revoltijo de razas de los buques mercantes le había supuesto una conmoción. Era habitual que los blancos trabajaran hombro con hombro con negros, sudamericanos o incluso chinos, pero aquel contraмаestre no sólo hablaba mejor que Eddie y tenía más educación que él, sino que además le dirigía una mirada de menosprecio que era el equivalente a la expresión «zoquete irlandés».

En una ocasión, aceptando el reto del resto de los marineros de primera, Eddie había tenido la osadía de acercarse al contraмаestre y, sin poder reprimir una sonrisita, preguntarle qué estaba leyendo. El contraмаestre había cerrado el libro de golpe y se había marchado sin decir palabra. Desde entonces los dos habían estado a la greña. El contraмаestre le había encargado toda clase de trabajos absurdos hasta que Eddie no pudo más: los vapores de la mezcla de aceite de pescado, que se usaba como antioxidante, la pintura roja con plomo y la de color gris acorazado, que tuvo que aplicar sucesivamente a cada centímetro cuadrado del barco, los mástiles incluidos (un trabajo que en general correspondía a los marineros de cubierta), le dejaron la cabeza dando vueltas. Balanceándose de un lado para otro en medio de un vendaval, Eddie había planeado inútilmente su venganza.

—Tengo la sensación, contraмаestre —dijo ahora, con frustración creciente al ver que su camino escalera abajo seguía bloqueado—, de que creo que debo aceptar órdenes tuyas.

—Jamás se me ocurriría soñar algo así —protestó el contraмаestre—, aunque hace apenas nada, en nuestro último viaje, ése fuera justamente el

caso.

—Pues ya no lo es. Y no lo volverá a ser, a menos que uno de esos libros en los que siempre tiene metida la nariz sirva para preparar el examen de tercer oficial.

El contraamaestre soltó una carcajada sonora, un sonido a medio camino entre un redoble de campanas y uno de tambores.

—Con todos los respetos, tercero —dijo sofocando la risa—, si hubiera querido convertirme en escobén ya haría mucho tiempo que sería el dueño de mi propio barco.

Eddie se olió que ahí jugaba con ventaja. El contraamaestre podía pavonearse y fanfarronear tanto como quisiera, pero Eddie nunca había visto un capitán negro en ningún buque mercante estadounidense, y dudaba que el contraamaestre hubiera visto alguno. Ambos parecieron tomar consciencia de ello al instante.

—De acuerdo —dijo Eddie con malicia—, creo que nos hemos entendido.

—Usted y yo no nos vamos a entender nunca —le espetó el contraamaestre en tono hostil, y siguió subiendo por la escalera, obligando a Eddie a retroceder. Eddie tuvo la sensación de haber ganado jugando sucio, y eso era peor que perder. Ya en cubierta, el contraamaestre lo apartó con el hombro y se fue.

Cuando finalmente pudo bajar al cuarto de servomotor, no encontró ropa tendida por ninguna parte.

Más tarde, Eddie bajó a la sala de máquinas, a la que se accedía por una puerta situada al fondo de la cocina. Aunque los tres pistones gigantes que hacían girar la hélice estaban detenidos, la temperatura subía a medida que él descendía a través de un laberinto de tuberías y pasarelas, rejillas y conductos de ventilación, hasta llegar al vientre del buque.

El tercer ingeniero, el homólogo de Eddie bajo cubierta, tenía un acento que no concordaba con su apellido.

—¿O'Hillsky? —preguntó Eddie con escepticismo—. ¿Irlandés?

El ingeniero se rió.

—Polaco: es O-c-h-y-l-s-k-i. —Fumaba en pipa, algo inusual en un lugar tan sofocante como la sala de máquinas—. ¿Ha oído el rumor? —le preguntó Ochylski—. Nos dirigimos a Rusia.

Eddie se acordó de las cajas de los aviones, marcadas en cirílico.

—Eso no tiene ningún sentido desde el punto de vista geográfico.

El tercer ingeniero se rió sujetando la pipa. Eddie percibió aquel melancólico humor europeo que había llegado a apreciar con el tiempo.

—Las máquinas no piensan —dijo Ochylski—, y la Administración de Transportes de Guerra es una máquina.

—Entonces ¿vamos hacia Murmansk? —preguntó Eddie, notando la extrañeza de aquel nombre.

—Sólo si nos reparten el equipamiento ártico. ¿Sabe si lo van a hacer?

—Lo averiguaré.

Durante los siguientes ocho días, el *Elizabeth Seaman* fue desplazándose de un muelle a otro por todo el litoral de San Francisco, cargando las bodegas. La número cuatro iba llena de bauxita; la número uno, de cajas de raciones individuales de comida y de armas cortas. En la última parada, en el muelle 45, subieron tanques y jeeps que colocaron alrededor de las escotillas atrancadas y aseguraron con cadenas a unos cáncamos fijados en la cubierta. El primer oficial, un experimentado danés de unos sesenta años, supervisó la operación junto al contramaestre y su tripulación de cubierta. Las responsabilidades portuarias de Eddie eran nebulosas, así que decidió centrarse en evitar al contramaestre. Por suerte, oficiales y tripulación comían por separado (la comida era idéntica, pero las mesas de los oficiales tenían manteles blancos). Por la noche, solo en su camarote, Eddie trataba de evitar leyendo los pensamientos que lo acosaban. Sus libros preferidos eran de temática náutica, y finalmente había logrado echarle el guante a un ejemplar de *El barco de la muerte* que había corrido de mano en mano entre los marineros en uno de sus viajes antes de Pearl Harbor.

Durante la última noche que el *Elizabeth Seaman* pasó anclado en el puerto, Eddie estaba en el puente volante con Roger, el nervioso y entusiasta cadete de cubierta. Junto con Stanley, el cadete de la sala de máquinas, Roger volvía de completar tres meses de entrenamiento para oficiales en la academia de la Marina Mercante en San Mateo y se disponía a iniciar los seis meses preceptivos en alta mar. Los cadetes se acuartelaban juntos en la cubierta del puente, cerca de Chispas, nombre con el que se conocía al radiooperador.

—¿Qué tipo de hombre es nuestro chispas? —preguntó Eddie. Los radiooperadores no se dejaban ver casi nunca: o estaban en la caseta de la radio o durmiendo en el camarote contiguo con una alarma que los despertaba si llegaba una transmisión de emergencia.

—Suelta muchos tacos —dijo Roger.

—Pronto tú lo harás también.

El cadete se rió. Era un chico escuálido de nariz aguileña al que todavía le faltaba un poco para hacerse adulto.

—A mi madre no le gustará.

—Aquí no hay madres.

—Hoy he visto algo raro —dijo Roger tras una pausa.

Había abierto la puerta de una sala de almacén y había encontrado a Farmingdale, el segundo oficial, ocupado en algo. Al acercarse, había visto a Farmingdale vertiendo el contenido de una lata de pintura gris en un tarro de cristal al que había encajado un pan en la boca. Al echar el chorrito de pintura encima del pan, éste absorbía el viscoso pigmento y lo que llegaba al fondo del tarro era un líquido turbio. Entonces, para sorpresa de Roger, Farmingdale se había llevado el tarro a los labios y había bebido tranquilamente.

—Parecía muy enfadado —dijo—, pero se lo ha bebido todo.

—Imagina cómo tendrá el estómago.

—¿Va a poder navegar así?

—Si puede beber así, es que está acostumbrado —dijo Eddie.

—¿Quién se encargará de la navegación si el segundo oficial está borracho?

—Yo —dijo Eddie, aunque sus dotes náuticas eran todavía rudimentarias. Estaba disgustado con el segundo oficial por haber permitido que el cadete presenciara su degeneración—. Y tú, chaval. Así sabrás lo que es trabajar con el acimut.

El anochecer caía de mala gana sobre la ciudad; puntos de luz diamantina parpadeaban en Telegraph Hill. La niebla todavía no había hecho acto de presencia.

—Voy a echar de menos Frisco —dijo Roger.

—Yo también —repuso Eddie—, aunque da la casualidad de que sólo los marineros la llaman «Frisco».

—San Francisco —dijo Roger, pronunciando aquellas palabras con una voz que todavía estaba cambiando— es una ciudad cojonuda.

Se soltaron amarras a las seis de la mañana del día siguiente, el 10 de enero, y un capitán local los condujo hasta el área de desmagnetado, donde desmagnetizarían el casco del *Elizabeth Seaman* para que no hiciera estallar las minas. Eddie dirigió un simulacro de incendio a bordo, pues los protocolos de seguridad eran una de las pocas responsabilidades claras del tercer oficial,

pero fue bastante superficial: ni siquiera sacaron los pescantes y menos aún arriaron los botes salvavidas. El capitán Kittredge estaba ansioso por zarpar y el contraataca se mostró indiferente, tal vez decidido a minimizar las competencias de Eddie.

En cuanto quedó atrás el Golden Gate, el capitán reveló su destinación: el canal de Panamá. Eso significaba casi con toda seguridad que el destino final era el Golfo Pérsico. Desde ahí, transportarían el cargamento por vía terrestre hasta Rusia, donde el Ejército Rojo, que parecía infinito, seguía obligando a los alemanes a retroceder. El *Elizabeth Seaman* no había recibido el equipamiento ártico requerido para atravesar el mar Báltico en enero, para gran alivio de la tripulación. La frase «mejor que Murmansk» resonó a través de las pasarelas y en las mesas del comedor durante el resto de la noche. Pero Eddie no compartía aquel alivio: el Caribe también entrañaba peligros, y además estaba furioso por aquel simulacro tan poco entusiasta.

Cuando relevó al primer oficial de su guardia, a las ocho de la mañana siguiente, Eddie lo convenció de que era necesario un segundo simulacro. Esa misma tarde, y con los motores en punto muerto, se dio la orden de simulacro de abandono de la embarcación: seis tañidos cortos seguidos de un tañido largo con la campana de alarma general. Mientras los hombres se dirigían hacia la cubierta de la embarcación, el contraataca se encaramó por la escalera a toda velocidad y abordó a Eddie.

—Tercer oficial —dijo, chascando los labios al pronunciar el grado—, ¿es usted consciente de que hace más de un año desde la última vez que un submarino japonés hundió un buque mercante en la costa de California?

—Lo soy, contraataca.

—En ese caso, ¿puede explicarme por qué vamos a realizar un segundo simulacro cuando apenas llevamos dos días en el mar?

—El primero fue una chapuza. Si éste también lo es, ordenaré otro mañana.

—Imagino que le encantaría poder hacerlo —dijo el contraataca, sonriendo para el público cada vez más numeroso: la campana había reunido a todos los tripulantes en la cubierta—. ¡Al fin y al cabo, los simulacros de seguridad le brindan una rara oportunidad de alardear de su recién descubierta autoridad!

—¿Eso es lo que le parece que hago? ¿Alardear?

—Cada uno alardea a su manera —dijo el contraataca.

Eddie detectó sonrisas burlonas y carcajadas incipientes entre los hombres que había a su alrededor. El primer oficial y el capitán aparecieron a su lado.

Si Eddie los dejaba intervenir ahora, jamás recuperaría su autoridad.

—¿Se niega a participar en el simulacro, contra maestro? —se apresuró a preguntar, percatándose de que había llegado tarde al punto por el que debería haber empezado.

—¡Jamás se me ocurriría negarme! —protestó el contra maestro—. Al contrario, soy masilla en sus manos, tercero. Todos lo somos. ¡Denos instrucciones, por favor!

Eddie tuvo que echar mano de toda su templanza para ignorar el sarcasmo y seguir con el simulacro. Las provocaciones de aquel hombre le producían un picor casi insoportable. En esta ocasión al menos arriaron y abordaron los cuatro botes salvavidas de forma satisfactoria. Eddie decidió que ordenaría un simulacro de salvamento cada semana, exactamente como estipulaban las normas, aunque tuviera que liarse a mamporros con el contra maestro. De hecho, casi deseaba tener que hacerlo.

A un día de distancia de Panamá, cuando llevaban ya diez de viaje, el identificador del *Elizabeth Seaman* apareció en un mensaje de radio, un acontecimiento altamente inusual. Chispas descifró el mensaje con la ayuda de sus libros de códigos y llevó el resultado mecanografiado a la oficina del capitán. Después de todo, no debían cruzar el canal, sino seguir hacia el sur, rodear el Cabo de Hornos y cruzar el Atlántico Sur hasta Ciudad del Cabo, en Sudáfrica: un viaje de unos cuarenta días, aunque el capitán Kittredge estaba convencido de que podían hacerlo en menos tiempo.

Se produjo una desazón generalizada por no poder comprar ron panameño en las barcas de provisiones que aguardaban como un enjambre en ambos extremos del canal, pero esta sensación duró poco, dando paso a la monotonía típica de las travesías largas. En un primer momento se resistieron, sintiéndose aburridos, frustrados, inquietos; sin embargo, al cabo de unos días la paz atravesó el barco como un suspiro: los alivió saber que aquello era lo único que había y que habría durante semanas. Los hombres se entregaron a sus proyectos marítimos, ya fuera tallar silbatos de madera o elaborar cinturones de nudos cuadrados. Dieciocho días después de zarpar de San Francisco, Farmingdale logró controlar el temblor de sus manos y hacer dos muñecas de cáñamo. Esa noche, cuando relevó a Eddie tras su guardia de ocho a doce, éste lo felicitó por las muñecas y le preguntó cómo había aprendido a hacerlas.

—Me enseñó un viejo lobo de mar —dijo Farmingdale—. Ha hecho quinientas sesenta, ¡imagínese! Las guarda en un almacén de Rincon Annex.

Los lobos de mar eran hombres que de jóvenes habían navegado en barcos de madera: que habían navegado cuando «navegar» significaba realmente navegar.

—¿Sigue vivo? —preguntó Eddie.

—Pues hace años que no lo veo, ahora que lo pregunta —dijo el segundo oficial.

—Los lobos de mar están desapareciendo —apuntó Eddie.

Cinco años antes, había uno o dos (siempre con cera de palma, aguja y bramante en el bolsillo) a bordo de casi cualquier barco. Eddie sospechaba que la Administración de Transportes de Guerra se estaba deshaciendo de ellos.

—Tenemos a uno a bordo —dijo Farmingdale—: Pugh, el tercer cocinero.

—¡Vaya, qué suerte!

Farmingdale inclinó la cabeza con gesto evasivo. Era un tipo distante e impenetrable incluso cuando estaba sobrio; a Eddie no le caía bien. En cambio, saber que había un lobo de mar a bordo del *Elizabeth Seaman* lo reconfortaba enormemente. «Hombres de hierro en barcos de madera», los llamaban, por oposición a los hombres de madera en barcos de hierro de la actualidad, como Kittredge, Farmingdale y el propio Eddie. Los viejos lobos de mar participaban de un mito original, estaban cerca de la raíz de todas las cosas, incluido el lenguaje. Eddie nunca antes se había fijado en cuántas expresiones de las que utilizaba en su día a día procedían de la marinería, desde «hacer aguas» hasta «irse a pique», pasando por «periplo», «echar por la borda», «escorarse», «llegar a buen puerto», «ir viento en popa», «estar boyante», «luchar contra viento y marea», «ser una rémora», etcétera, pero utilizarlas en su contexto natural lo hacía sentirse más cerca de algo fundamental, de una verdad profunda cuyos contornos creía percibir, alegóricamente, incluso estando en tierra firme. Navegar acercaba a Eddie a esa verdad, y los viejos lobos de mar estaban todavía más cerca.

Eddie dejó a Farmingdale en el puente y apuntó las notas de su guardia en el cuaderno de bitácora: su rumbo era 170, con una brisa fresca y la marea levemente a favor. Se detuvo en la cámara de oficiales para su «comida nocturna», consistente en un bocadillo frío y un café, y a continuación sirvió una taza de leche para Chispas, el radiooperador, que llevaba una férula metálica en la pierna (polio, suponía Eddie) y por tanto tenía problemas con las escaleras de mano. Eddie había adquirido el hábito de visitar a Chispas

después de cada guardia para aplazar el momento de encerrarse en su camarote solitario.

—Joder, qué detallazo, tercero —dijo Chispas cuando le dio la taza.

Eddie comprobó que la persiana estaba totalmente bajada antes de encender dos cigarrillos. Chispas tenía cerca de cincuenta años y era un tipo pequeño y flaco con ojos caídos y pestañas casi invisibles. «Soy medio tritón: si se me cae la cola, me vuelve a crecer», decía con su fantasmagórico acento irlandés. Eddie sabía que era homosexual, pero no tenía claro cómo se había dado cuenta. Chispas había crecido en Nueva Orleans y había empezado a navegar a los veintitantos años. Era abstemio, algo nada habitual en un irlandés.

—Ah, ¡soñaba con esto! —dijo, mirando la taza de leche antes de bebérsela voluptuosamente—. Podría arrastrarme sobre cristales rotos por un vaso de leche, igual que un adicto al opio por una pipa.

—A lo mejor el opio te gustaría incluso más.

Chispas resopló.

—Como si no me bastara con tener que comer, dormir, fumar y arrastrar esta pierna de los cojones de aquí para allá. No puedo permitirme una adicción como ésa.

—He visto a paralíticos en fumaderos de opio.

—No lo dudo: ¡tratando de olvidar que son paralíticos! ¡Qué listos, joder! Tienes una férula de los cojones en la pierna y encima tienes el mono, pero crees que has resuelto todos tus problemas cuando lo único que has hecho es meterte la cabeza en el culo.

Chispas agitó el tazón para apurar las últimas gotas de leche y Eddie sintió una oleada de simpatía hacia él. El tipo era un desviado y encima paralítico; no era guapo, ni particularmente afortunado, ni fuerte. ¿Cómo se lo había montado Chispas para soportar aquella vida? Sin embargo, había hecho algo más que soportarla: siempre estaba de buen humor.

—Tu madre debió de quererte mucho, Chispas —dijo Eddie.

—Dios, ¿se puede saber a qué viene eso?

—Una intuición.

—Pues te aconsejo que cojas tus intuiciones y te las metas donde te quepan. Mi madre era la borracha del barrio: ¡una vez fue a darme un beso de buenas noches y vomitó en mi cama! ¡Por Dios! Mi madre era una cerda, una cerda absoluta.

—Hablar así de tu propia madre da mala suerte —dijo Eddie.

—La mala suerte fue tener una madre como la mía —reviró Chispas—: como era imposible vivir con ella, mi padre tuvo que meterme en un internado. Mi hermana, Lily, sí que era un encanto. Diente de León: así me llamaba. Joder, no te rías o te clavo en la puta pared —dijo, pero también se reía. Siempre estaba riéndose. Lo único capaz de hacerlo callar eran los BAMS, como se conocían las transmisiones a los buques mercantes aliados. Llegaban cada día a una hora establecida, tiempo medio de Greenwich, que era el que marcaba la segunda manecilla de su radio reloj. A las tres en punto, Chispas cambió el receptor de la frecuencia de quinientos kilociclos a una más alta y se puso los auriculares por si sonaba el identificador del *Elizabeth Seaman*. Como todos los barcos mercantes aliados mantenían silencio de radio, la única tarea de Chispas consistía en escuchar. Se quedó en silencio absoluto, con el cuerpo inclinado hacia el radiotransmisor como si él mismo, o tal vez la férula metálica de su pierna, fuera la antena receptora.

Eddie lo dejó y se llevó la taza vacía de vuelta a la cocina. Reacio aún a acostarse, salió por la puerta que había junto a su camarote. La noche era tranquila y las nubes envolvían la luna, cuyo brillo difuso aleteaba como miles de polillas sobre el agua del mar. El vaivén del barco suponía un alivio agradable y reconfortante comparado con la terca dureza de la tierra. Eddie se sentía más cerca de aquella conciencia vacía que lo había sostenido durante sus años de viajes de San Francisco a China, Indonesia y Birmania, pasando por Honolulu y Manila. En las lóbregas calles del puerto de Shangái había escuchado, tras los muros de las casas, los sonidos de la vida cotidiana: bebés llorando, ruido de cazos... Y de vez en cuando, a través de una puerta abierta, había atisbado a una mujer «de pies de loto» caminando con el paso rígido y titubeante de un flamenco.

Misterios del mundo: él nunca había creído que fueran reales: pensaba que tan sólo existían en los libros leídos en voz alta por damas caritativas.

Finalmente volvió a su camarote. Sin el lastre de unos compañeros de catre sentía que iba a la deriva. Sin pensar, abrió el cajón de su escritorio y lo sorprendió encontrar el sobre que había dejado allí el primer día, después de firmar el contrato de enrolamiento. Se le había olvidado: se había olvidado de Ingrid, apenas lograba evocar ya su imagen. Cuando quedaban lejos, las cosas se volvían primero teóricas, luego imaginarias y finalmente difíciles de imaginar: dejaban de existir.

Encendió la lamparita que tenía junto al catre y abrió la carta: la primera en más de cinco años que llevaba en el mar. Estaba escrita en una caligrafía rotunda, nada sentimental. «Querido Edward», empezaba,

Ha hecho bueno, aunque después de tantos días de neblina agradeceríamos un poco de sol. Mis alumnos están plantando sus «jardines de la victoria», aunque me preocupa que se lleven una desilusión: la guerra ha cambiado muchas cosas, ¡pero creo que los tomates todavía necesitan luz para crecer! Los chicos y yo hablamos de ti a menudo y con mucho cariño. Me he ofrecido a llevarlos de nuevo a Playland, pero no quieren: prefieren que nos acompañes.

El tono era comedido, incluso insulso, pero aquellas palabras tuvieron un efecto vigorizador en Eddie. Lo inundó el recuerdo de cuando había visto a Ingrid por primera vez, en la cafetería Foster's: una mujer con bufanda azul comprando un único trozo de pastel para sus dos hijos, que lo habían compartido con embeleso y sin peleas. Eddie le había pedido la hora. Resultó ser alemana: había logrado conservar el trabajo después de denunciar a Hitler y su patria ante un comité. Además de los niños, había tenido una hija que había muerto. Stephan y Fritz, de siete y ocho años, hablaban de su hermana como si hubiera desaparecido la noche anterior. «Pequeña Helen», la llamaban, y bendecían su recuerdo antes de cada comida. Su padre había muerto más recientemente, en un accidente en la fábrica, pero apenas lo mencionaban: era a la pequeña Helen a quien recordaban.

En Playland, Eddie y los chicos se habían lanzado por unos larguísimos toboganes de madera metidos en sacos de arpillera, pese a los cuales se habían pelado las rodillas y los codos; Ingrid había rehusado, entre bromas, entrar en la casa de la risa porque el suelo estaba lleno de agujeros por los que salían ráfagas de aire para levantar las faldas de las chicas.

En el tranvía de vuelta, Eddie había sujetado a los chicos poniéndoles una mano encima del pecho. Lo había sorprendido notar sus corazones, como ratones desbocados, en las yemas de sus dedos.

Allí seguían Ingrid y sus chicos, pensando en él, esperándolo. Eddie notó aquella verdad en su cuerpo como si se tratara de una capa de tierra a la que se ha dado vuelta. Todo seguía allí, todo lo que había dejado atrás: su desaparición no había sido más que un truco.

19

Eddie estaba en el catre, medio dormido. Habían entrado en los Rugientes Cuarenta, ante la costa de Chile, y el *Elizabeth Seaman* navegaba con gran ímpetu. Tal vez fue aquel movimiento lo que despertó el viejo ritmo familiar en el interior de Eddie: un pulso discreto pero insistente, como una pelota botando.

—¿Existen los gánsteres de verdad?

—No se los han inventado las películas, eso seguro.

—¿Y se parecen a Jimmy Cagney?

—Ni Jimmy Cagney se parece a Jimmy Cagney: es más bajito que mamá.

—¿Es amigo tuyo?

—Lo he saludado alguna vez.

—¿Tiene aspecto de gánster?

—Tiene aspecto de estrella de cine.

—¿Cómo se reconoce a un gángster?

—Generalmente, cuando entran en algún sitio, todos hablan más flojito.

—¿Por qué tienen miedo?

—Si no tienen miedo, es que no es un gánster de verdad.

—A mí no me gusta tener miedo.

—Mejor, así no acabarás agachando la cabeza.

—¿Tú agachas la cabeza?

—¿Me has visto agachar la cabeza?

—Pero hablas con ellos, ¿no?

—Los saludo. A algunos los conozco desde hace años.

—¿Te gustaría ser como ellos?

—Si puedo elegir, no.

Ella metió la manita dentro de la suya. Estaba siempre ahí, aquella mano, como un piscardo en su grieta.

—¿Vamos a ver al señor Dunellen?

—Tiene gracia que lo menciones, bichito.

—Me dio caramelos.

—El señor Dunellen es goloso, como tú.

—¿Es tu hermano?

—Por así decirlo.

—Lo salvaste de las olas.

—Es verdad.

—¿Y te dio las gracias?

—No, pero yo sé que me está agradecido.

—¿Y por eso me dio caramelos?

—Puede ser, bichito.

—¿A ti también te dio?

—No, pero yo no soy goloso.

Anna había regresado después de años de ausencia: el golpeteo de su vocecilla, la sensación de tener su manita dentro de la de él. De la mano lo llevó por los pasillos de su memoria hasta la habitación donde había guardado cuidadosamente su vida anterior. Una vez allí, lo encontró todo tal como lo había dejado.

Misa dominical. Lydia se puso a llorar: un sonido ahogado, más fuerte y desgarrador del que parecía posible en un bebé. Pero ya no era un bebé: tenía tres años; ya casi no cabía en el cochecito, donde más o menos se la podía ocultar. Agnes la sacó para calmarla exhibiendo su cuerpo marchito ante la iglesia abarrotada. La vergüenza golpeó a Eddie con la fuerza de un puñetazo en el cráneo. Se agarró al banco de enfrente para tratar de calmarse. Lydia seguía aullando y desgañitándose, no había forma de oír al cura. Los hombres, también avergonzados, fingieron que no pasaba nada mientras sus esposas acompañaban a Agnes fuera de la iglesia, una empujando el cochecito y la otra sujetando las inquietas piernecitas de Lydia. Anna se disponía a seguir las, pero Eddie la agarró de la mano. De pronto, todo lo que lo rodeaba parecía extrañamente distante, como si algo se hubiera rasgado en su mente. Clavó los ojos en el cura, pero sólo oyó un zumbido.

Después de la misa, un grupo de hombres fueron al piso de alguien para darle un trago a aquella cerveza horrible que Owey Madden elaboraba, a la vista de todos, en la fábrica de galletas de la calle Veintiséis Oeste. Eddie los acompañó con la idea de quedarse sólo un minuto: no había logrado librarse de la sensación tan desagradable que había tenido en la iglesia y quería quitársela de encima antes de volver con Agnes. Dios sabía que la gracia de beber la N.º 1 de Madden no era el sabor, sino tratar de determinar a qué sabía: ¿a serrín?, ¿a periódicos mojados?, ¿a las palomas que Owey criaba con tanto mimo? Los niños se lanzaban bolas de nieve por la calle, apartándose de vez en cuando para dejar pasar algún coche. Al mirar por la ventana, Eddie vio a Anna, de apenas seis años, atacando a los chicos desde detrás de un lomo de nieve. Observarla lo hacía sentirse bien. «Tengo una hija sana —pensó—. Gracias a Dios, gracias a Dios.»

El prematuro atardecer del invierno teñía ya la nieve cuando se marcharon a toda prisa a casa a través de Hell's Kitchen. Eddie se tambaleaba ligeramente a causa de la cerveza. Se había quedado más rato del que tenía previsto, Agnes iba a tener que correr para llegar a tiempo al ensayo. Las Follies estaban de parón desde el crac de la bolsa, pero el señor Z. le había conseguido un contrato en otro espectáculo.

—Quiero quedarme un rato más jugando fuera —lo informó Anna con un castañeteo de dientes.

—Estás mojada y tienes frío. Dame la mano.

—No quiero.

Pero se la dio de todos modos, con los mitones húmedos, después de pasarse algo de una mano a la otra.

—¿Qué llevas ahí, si se puede saber?

Era una bola de nieve dura y compacta, con restos de paja y estiércol.

—Me la quiero guardar —dijo Anna.

—La nieve se derrite dentro de las casas, ya lo sabes.

—La guardaré en la heladera.

—Nos vas a contagiar el tifus a todos. Déjala fuera, en la escalerita.

—¡Se la llevará alguien!

—Lo dudo, bichito.

Eddie abrió la puerta del piso preparado para la furia de Agnes y los gritos de Lydia, pero se encontró con una escena de lo más tranquila: Lydia, echada en el sofá con el pelo húmedo. Anna se acercó corriendo a su hermana. La bañera de la cocina estaba llena de agua.

—Necesitaba un baño, nada más —dijo Agnes agotada y pálida. Eddie se preguntó cuánto rato debían de haber durado los llantos.

—Y has tenido que bañarla sola —dijo—. Lo siento.

Agnes se limpió apresuradamente, aprovechando el agua que había quedado en la bañera. Eddie se inclinó sobre el sofá y besó la mejilla aterciopelada de Lydia. Lo que fuera que se había roto en su interior en la iglesia parecía haberse arreglado, por lo menos momentáneamente.

Cuando las niñas estuvieron dormidas, se sentó en la escalerita de la entrada a fumar (vivían en un piso de planta baja en Hell's Kitchen), ajeno al frío. Había oído hablar de niños patizambos, mongoloides, retrasados y tullidos; niños que se habían caído por la ventana, a los que habían atropellado caballos o que se habían golpeado la cabeza con un pilón sumergido saltando al Hudson desde algún muelle; ¿por qué lo suyo era peor? No podía explicarlo. La combinación de belleza y contorsión de Lydia sugería

un traspié grave por parte de él. La niña no era como tenía que ser, ni de lejos, y la sombra de lo que debería haber sido estaba siempre presente, como una gemela recriminadora. A menudo, cuando estaba a solas, Eddie recordaba el momento en que el médico había ido a verlo directamente desde la sala de partos: la mirada sombría, el modo en que le había ofrecido un cigarrillo, el terror de Eddie a que el bebé (quería un niño) estuviera muerto. A veces imaginaba de nuevo la situación, pero con el médico comunicándole la noticia que más hubiera temido hasta entonces: «Lo siento mucho: su bebé ha nacido muerto.» Y entonces se veía catapultado a la vida tal como habría sido en aquellas circunstancias: se habrían mudado a California, donde se suponía que todo era mejor. Agnes se habría convertido de nuevo en la víbora perezosa con la que se había casado, que lo provocaba con abanicos de plumas en la cama y apagaba los cigarrillos en montañas de puré de patata. Pero Eddie pagaba caros aquellos castillos en el aire cuando la cruda realidad se abalanzaba de nuevo sobre él: no habría mudanza ni cambio, aquello no tendría fin.

Entró a ver cómo estaban las chicas y a echar más carbón a la estufa. Lydia dormía en una cuna en la cocina, donde hacía más calor. Incluso respirar le suponía un esfuerzo. *Inhalar... exhalar. Inhalar... exhalar.* La pausa entre alientos parecía más larga de lo normal, como si después de haber conseguido inhalar tuviera que hacer acopio de energías para volver a empezar. Eddie volvió a experimentar el curioso desapego que lo había asaltado en la iglesia y aquella distancia anestésica supuso un alivio a su desesperación. Era un observador, nada más: alguien que observaba a un hombre que levantaba una almohada y la ponía sobre la cara de su hija dormida. La respiración de ésta se ralentizó mientras intentaba acostumbrarse a aquel peso nuevo. Eddie vio cómo aquel hombre apretaba con la almohada. El esternón de la niña se dobló bajo el cuello del camisón. La niña empezó a mover la cabeza, como si intentara apartar la cara. El hombre apretó con más fuerza. Eddie asistió con asombro a los esfuerzos frenéticos de la niña por respirar. Nunca iba a caminar ni a hablar, pero aun así se aferraba a la vida y luchaba con todas sus fuerzas. La ferocidad de su instinto mandó a Eddie de vuelta a su interior con la violencia de una puerta que se cerrara de golpe. Dejó caer la almohada y sacó a Lydia de la cuna. Quería llorar, pero eso la habría asustado, de modo que le besó la carita, mojándola con sus propias lágrimas, hasta que la niña abrió los ojos y le sonrió. Entonces la abrazó, sollozando en voz baja, y la acunó hasta que volvió a dormirse. En su imaginación, se tiró desde una azotea o debajo de un trolebús, castigos que

merecía e incluso deseaba. El suicidio era de cobardes: un pecado tan grave como el que había estado a punto de cometer, pero aquellas fantasías lo fascinaban: no era capaz de detenerlas.

Cuando Agnes volvió a casa, muy tarde, miró a Eddie de reojo y se acercó corriendo a la cuna, como si hubiera notado el roce sutil del ala del ángel de la muerte. Con mucha calma, él le dijo que no podía volver a quedarse en casa con Lydia. Fue la última vez que Agnes bailó en un espectáculo. Nunca regresó, a pesar de las súplicas del señor Z. para que terminara aquella semana. De un día para otro, abandonó el trabajo que tanto adoraba, que la había llevado a Nueva York once años antes, cuando tenía diecisiete, y que los había unido. Y Eddie, sin ahorros ni perspectivas de futuro, volvió a los muelles del West Side para encontrarse con los amigos de su juventud.

Después del pase de revista matutino, cuando el responsable de contratación hubo comunicado su decisión irrevocable sobre quién iba a trabajar aquel día, los menos afortunados apagaron sus cigarrillos y se dispersaron con aire acongojado para ir a meterse en la taberna, visitar al usurero, al camello o una casa de juego ilegal. Gracias a Dunellen, Eddie tenía un puesto garantizado, si no en el turno de mañana, en el de tarde. A menudo optaba por pasar el tiempo deambulando entre la multitud misérrima: polacos, italianos, negros, e incluso estadounidenses: hombres blancos nacidos allí. La variedad de tentaciones que se les ofrecía a los rechazados ocultaba el objetivo común de todas ellas: exprimirles el dinero a unos hombres a quienes se había negado injustamente la posibilidad de ganarlo. A Eddie lo sorprendía que los negros siguieran acudiendo a los muelles cuando los únicos trabajos a los que podían aspirar eran los que nadie quería, por ejemplo descargar plátanos, que se magullaban con cualquier cosa y estaban llenos de arañas venenosas.

Eddie no tardó mucho en darse cuenta de que los juegos de azar cerca de los muelles de Dunellen estaban todos trucados: cartas marcadas, dados cargados e incluso (sobre todo en el «golf africano», como se conocían los dados) perdedores que en realidad estaban compinchados para desplumar al resto. La indignación ante aquel descubrimiento puso de manifiesto un idealismo que Eddie pensaba que ya no existía dentro de él. Quien le pedía dinero a un usurero ya sabía dónde se metía, y los que se drogaban o se emborrachaban se merecían todo lo que les pasara, pero un hombre que decidía probar suerte con la esperanza de poder llevar algo a su esposa se

merecía por lo menos una oportunidad de ganar. La suerte era lo único que podía reequilibrar las cosas, abrir una puerta donde no la había. Un juego trucado era peor que una injusticia: suponía una violación cósmica.

Eddie empezó a avisar a los negros de que evitaran los juegos de Dunellen. «Encontrarás juegos más justos en otra parte», les decía enigmáticamente, o «los forasteros nunca ganan en esa sala», y siempre con una sensación de riesgo vertiginosa, pues estaba desafiando no sólo a Dunellen, el único dispuesto a darle trabajo, sino también a sus hombres, a quienes no conocía. Seguramente ese nerviosismo de Eddie resultaba sospechoso y explicaba las recelosas reacciones que suscitaban sus advertencias: «yo juego donde me apetece», le decían, o: «podemos cuidarnos de nosotros mismos, gracias», aunque de vez en cuando también había algunos que optaban por hacerle caso y no entraban a jugar. En esas ocasiones, Eddie se sentía eufórico, como si acabara de salvar un alma.

En 1932, cuando el negocio del transporte marítimo se hubo secado del todo, Eddie se había convertido en lacayo de Dunellen a tiempo completo. Anna lo acompañaba después del colegio y los fines de semana, y Eddie mezclaba los «recados» de Dunellen con visitas al Hippodrome Theatre, a la feria de Central Park y al acuario de Castle Garden. Sólo lograba relajarse en compañía de Anna: esa niña era su tesoro secreto, su única fuente de felicidad verdadera.

—Vamos a parar aquí un momento: tengo que hacerle un favor a un amigo. Vas a tener que comportarte.

—¿Tú te vas a comportar?

—Haré lo que pueda, bichito.

—¿Quién se enfadará si no nos comportamos?

—No podemos llamar la atención, eso es todo.

—¿Qué favor tienes que hacer?

—Tenemos que saludar a un hombre de parte de otro, pero es un saludo secreto.

Aquella idea la entusiasmó.

—¡Yo también quiero saludar a alguien en secreto!

—Vale. Si me das un beso, yo se lo daré a mamá de tu parte.

Anna pensó un momento.

—Quiero darle un beso secreto a Lydia.

—Lydia no lo entenderá, bichito.

—Que sí.

Se pararon en un semáforo. Anna le cogió la cara y le dio un beso en la mejilla con gran ternura. Eddie notó un escozor en los ojos.

—Este beso —dijo Anna— es para Lydia.

En casa, ella lo vigiló mientras transmitía el beso. Eddie lo hizo con gran ternura, exactamente como se lo había pedido Anna: al fin y al cabo, era un mensajero.

Eddie era consciente de que ayudaba a perpetuar la corrupción entregando los sobornos a los asesores del alcalde, a los senadores del Estado, a los superintendentes de policía y a los jefes de muelles rivales, y lo mismo en sentido contrario, según el momento. Sin embargo, se mantenía en una postura de observador: no hacía lo que hacía, tan sólo era testigo de ello. Aquella distinción era fundamental para aplacar su sensación de fracaso y desesperación: la imagen terca y seductora de una rueda de trolebús que se disponía a atropellarlo. Poco a poco, sus rutas empezaron a alejarse de los muelles de Dunellen para centrarse en las salas de juego, donde Dunny tenía algún interés, pero no el control. Allí también se timaba a los jugadores, aunque nunca cuando un superior estaba presente. Eso quería decir que las trampas no estaban autorizadas por la empresa, sino que todo era un chanchullo orquestado por crupieres y corredores de juego para sacar más tajada sin incurrir en el riesgo suicida de robar a la casa. En otras palabras, el timo podía detenerse si Eddie sabía a qué superior debía acudir.

Cuando Dunellen no tenía trabajo para él, a veces Eddie se hacía pasar por un jugador cualquiera para estudiar las trampas en general y las trampas dentro de las trampas. Se imaginaba que era un detective, pero uno de verdad, no uno de esos pelagatos corruptos que eran los únicos policías a los que conocía. No tomaba nota de nada, registraba las trampas tan sólo en su cabeza: quién, cuándo, cómo y cuánto. Lentamente, empezó a emerger una estructura más amplia; en cierto modo, saber quién pagaba a quién era saberlo todo. Resultó que a finales de 1934 un único hombre controlaba la mayor parte de las apuestas en Nueva York. El flujo de los beneficios hasta llegar a aquel personaje incluía virajes y curvas cerradas, de manera que sólo alguien encargado de realizar y recibir entregas podía seguirle la pista. Siempre había un hombre detrás del hombre, y otro hombre detrás de éste..., y así hasta llegar a Dios, suponía Eddie.

Dos días después de Navidades, Eddie se lustró los zapatos, se cepilló el sombrero y lo adornó con una pluma verde irisada que le había sobrado a

Agnes de uno de sus encargos. Fue a visitar a aquel desconocido todopoderoso al Nightlight, en la Cuarenta y tantos Oeste, un local que había sido un bar clandestino. La nostalgia le tendió una emboscada nada más cruzar el umbral: ya había estado allí, seguramente con Agnes, Brianne y el resto de las bailarinas, en una época que ahora catalogaba como «antes».

Según el tipo que vigilaba la entrada, el jefe no estaba. Eddie dijo que esperaría, pidió un whisky con soda y colocó su reloj de bolsillo de plata abierto encima de la barra. De pronto se dio cuenta de que había sido un incauto sintiendo nostalgia: eso era justamente lo que perseguía el local; su sordidez era buscada, o al menos consciente. Tuvo la sensación de que había alguna partida en marcha en alguna parte y prestó atención hasta que localizó la puerta; se hizo una idea de cuál debía de ser el nivel de las apuestas estudiando a los hombres y mujeres que entraban, ataviados con alhajas y sombreros del año anterior. Estaba claro que el juego no era el verdadero negocio del Nightlight. Tenía que tratarse de otra cosa; por lo visto, era una forma de ganar dinero que implicaba aparentar que se estaba perdiendo.

Transcurridos veinticuatro minutos, otro hombre se le acercó y le preguntó si quería ver al jefe. Eddie lo siguió hasta una sala trasera donde había un tipo con mandíbula a lo Dick Tracy rodeado de matones italianos. Eddie se llevó una sorpresa: así que, fuera del alcance de sus muelles, Dunellen tenía negocios con la mafia. Eso sólo podía significar que no le había quedado más remedio.

Styles pidió a sus lacayos que se marcharan.

—¿Es de la policía? —le preguntó a Eddie cuando estuvo sentado al otro lado de su escritorio.

Eddie negó con la cabeza.

—Sólo soy un ciudadano preocupado.

Styles se rió.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Kerrigan?

Eddie empezó a exponer sus descubrimientos, juego por juego: ubicación, métodos de las trampas, botín. Styles lo escuchó en silencio. Una o dos veces dijo «Ése no es nuestro», pero por lo general se limitó a escuchar.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —le preguntó cuando Eddie hubo terminado.

—Si yo fuera usted, querría saberlo.

—Claro que quiero saberlo, pero ¿qué quiere usted? —Eddie no se esperaba llegar a aquel punto tan pronto. No estaba seguro de qué debía decir: qué quería de Styles exactamente—. Puedo darle algo ahora mismo. Muchas

cosas, de hecho —dijo Styles, que estudiaba a Kerrigan tratando de adivinar su debilidad.

No podía tratarse de dinero, ya que en ese caso se lo habría pedido antes de sentarse. ¿De qué se trataba, entonces? En el caso de los irlandeses solía tratarse de alcohol, pero Kerrigan no tenía ojos de borracho. Sus brazos delgados tampoco apuntaban a una inclinación a la violencia, aunque seguramente sabría defenderse con uñas y dientes. ¿Mujeres? Los irlandeses eran célebres por su mojigatería y por ser fieles a sus desaliñadas esposas, tal vez porque les recordaban a las niñas huesudas que habían sido antes de empezar a producir hijos en cadena, o por miedo a sus curas borrachos y pendencieros.

—¿Chicas? —preguntó, estudiando la expresión de Kerrigan, esperando el respingo instintivo que lo delataría—. Porque aquí tenemos chicas para dar y regalar.

—Tengo una esposa guapísima, señor Styles.

—Yo también —dijo Dexter—: somos afortunados. —En ese caso se trataba de dinero. Se sintió decepcionado por Kerrigan: iba a llevarse mucho menos que si se lo hubiera pedido antes de empezar—. ¿Qué consideraría un precio justo por la información que me acaba de proporcionar?

Eddie se ordenó las ideas, insatisfecho.

—A mi modo de ver —empezó diciendo—, usted podría sacar más provecho de su negocio y, al mismo tiempo, hacer que fuera más limpio, más justo para los hombres que prueban suerte.

Aquellas palabras sonaron falsas, incluso estúpidas. Eddie percibió el desconcierto de Styles, pero también que a Styles le gustaba que lo desconcertaran.

—¿Tiene usted la impresión de que dirijo una organización benéfica, señor Kerrigan? —preguntó, y Eddie no pudo evitar una sonrisa—. Piensa como un policía —añadió—, ¿por qué no se une al cuerpo?

—Seguiría trabajando para usted.

En ese momento, Eddie comprendió cuál había sido el objetivo que lo había llevado hasta allí: quería trabajo.

—Para algunos hombres, trabajar para mí supone un trago amargo —dijo Styles—: no soportan los horarios.

Eddie interpretó que no era el primer irlandés de los muelles que acudía a él por pura desesperación.

—Supongo que depende de para quién trabajaras antes —respondió.

Styles se reclinó en su silla y lo estudió. Eddie hizo lo mismo con aquel hombre más joven que había al otro lado del escritorio: el apellido falso que pretendía ocultar un nombre *espagueti*, su inquietud e insatisfacción que se manifestaban como curiosidad y energía. Y por debajo de todo eso una tristeza lo bastante profunda como para servir de cimiento a aquel hombre. Eddie tenía frente a él a una persona con la que se identificaba, que le agradaba. Sentía afinidad hacia Dexter Styles, un afecto tanto más poderoso por el hecho de que caía fuera de su grupo natural, que lo desafiaba. Una lealtad totalmente voluntaria.

—Resulta que tiene razón —dijo Styles—: me gustaría limpiar todos esos juegos que ha mencionado. Y también quiero saber qué otras fugas tengo, pero tienden a desvanecerse cuando aparecen mis chicos.

—Necesita a un *ombudsman* —dijo Eddie. Era una palabra que había descubierto hacía años en un periódico. Desde entonces había estado esperando una oportunidad para usarla.

Styles sonrió, desconcertado.

—De acuerdo, un *ombudsman*, pero no podemos reunirnos aquí ni dejarnos ver juntos.

—Naturalmente.

—Traiga a su familia a mi casa y allí hablaremos más. ¿Tiene hijos?

—Dos hijas.

—Yo también tengo hijas, pueden jugar juntas. ¿Qué le parece este sábado?

Lloviznaba cuando Eddie salió del Nightlight, pero su estado de euforia era tal que apenas lo notó. Se alejó por la Quinta Avenida, donde ya sólo quedaban pordioseros que hurgaban en las alcantarillas buscando colillas aprovechables. Pronto pasó por delante de los campamentos de Madison Square. Las hogueras crepitaban y sacaban humo en la oscuridad. Notó el olor a café y a leche condensada hirviendo en latas, un aroma metálico y dulzón que siempre le ponía la piel de gallina porque lo único que se interponía entre él y aquellos sintecho que hervían café era John Dunellen, aquel monstruo inflado y caprichoso.

Pero había encontrado una brecha, una salida. Lydia tendría su silla y, a lo mejor, pensó Eddie deslumbrado por las gotitas de agua que brillaban en los árboles, a lo mejor eso la ayudaría de un modo que, sumido en la melancolía, ni siquiera había sabido imaginar. A lo mejor, después de todo, Lydia empezaría a curarse.

Durante todo aquel paseo húmedo, oscuro y eufórico, Eddie no pensó una sola vez en su objetivo original: brindar a los hombres una audiencia honesta con la diosa Fortuna. Lo que sentía era un alivio absoluto por haberse salvado.

SEXTA PARTE

LA INMERSIÓN

A lo largo del mes que había transcurrido desde la charla decepcionante con el señor Q, Dexter había maniobrado sin éxito para mantener una conversación privada con su suegro después de una de sus comidas dominicales. Pero que le costara tanto conseguirlo había resultado ser una ventaja, pues con cada semana que pasaba más seguro estaba de lo que deseaba proponerle. Finalmente, durante una cena seguida de baile en el club de caza, el viejo lo miró por encima de una mesa llena de trozos de pudín helado a medio comer y le dijo:

—No me vendría mal un poco de aire fresco, ¿y a ti?

Dexter se levantó en medio de la luz humeante de las velas. La orquesta había empezado a tocar *Blanca Navidad*, una canción definitivamente agotada a mediados de febrero, y él se sintió más que dispuesto a suspender su vigilancia de los aficionados al foxtrot. Había estado buscando a Tabatha y a Grady toda la noche, pero en lugar de ellos a quien veía todo el rato era a su mujer en brazos de Booth Kimball (conocido como Boo Boo), un campeón de polo del que ésta había estado enamorada de jovencita. Boo Boo se había casado con lady Nosecuántos y se había mudado a Londres poco después de la boda entre Dexter y Harriet. Después de más de una década, Dexter apenas lo reconoció: Boo Boo tenía el pelo blanco como la nieve. «Te salvaste de una buena, cariño», le había susurrado a Harriet durante el cóctel, apuntando hacia Boo Boo con la barbilla, a lo que ella, en tono sepulcral, había respondido: «Pippa murió de cáncer el año pasado.»

El viejo lo guió, abriéndose paso entre las gruesas cortinas de terciopelo, y al salir se encontraron en medio de un vendaval ártico.

—Aire fresco —dijo éste en tono afectuoso por encima del viento cortante—, qué bien sienta.

Su suegro llevaba una fina bufanda de seda (poco más que un pañuelo) y bombín, pero su robustez era tal que casi parecía una parodia. Dexter nunca lo había visto sudar, ni siquiera cuando se vestía de etiqueta en pleno verano. Caminaba con un paso rápido y decidido que obligaba a Dexter a apurarse para no quedar atrás a pesar de sacarle varios centímetros.

Una capa de nieve antigua del color y textura de la luna cubría las calles del campo de golf, pero los caminos que usaban los *caddies* estaban prácticamente limpios. Cogieron uno hasta la orilla, aprovechando los

momentos en que el viento amainaba para comentar lo apuesto que estaba Grady con su uniforme y el terror que su partida producía en su pobre madre. Aquel fin de semana era su último de permiso antes de embarcarse. Con los hijos de tres familias de la zona en una situación similar (dos en el ejército y uno alistado en la guardia costera), aquella cena-baile se había convertido en una fiesta de despedida. Cooper estaba muerto de miedo por su hijo, pero Dexter estaba seguro de que ni siquiera una guerra mundial podría acabar con el prometedor Grady.

Llegaron a Crooked Creek, un brazo de mar gélido y verdoso que discurría cansadamente alrededor de Long Beach, a través de Broad Channel y varias ciénagas pantanosas. Dexter habría preferido seguir adelante (le gustaba hablar mientras caminaba), pero el viejo se detuvo.

—Me gusta estar cerca del agua siempre que puedo, ¿y a ti? —le dijo, contemplando la oscuridad—. Melville fue quien mejor lo expresó: «Nada contenta a los hombres excepto el límite más extremo de la tierra.» No, no es así, ahora no recuerdo la cita. Forma parte de nuestra naturaleza buscar los límites, incluso en un campo de golf.

—Especialmente en un campo de golf —dijo Dexter, y los dos se rieron. Entre sus irreverencias compartidas había un profundo desdén por el golf. En el caso de Dexter, porque no había tenido la paciencia para aprender un juego que los expertos habían mamado de pequeños; en el del viejo, porque le parecía una muestra de pereza camuflada de deporte.

Dexter reconoció aquel lugar: era el mismo donde le había pedido la mano de Harriet, hacía ya unos cuantos años. Entonces era verano, los árboles languidecían con el peso de las hojas y el césped recién cortado de las calles desprendía un olor que siempre le había recordado el del dinero fresco. Ahora, mientras contemplaba el horizonte oscuro, se descubrió rememorando una versión de aquella antigua conversación:

—Creo que es justo decir, señor Styles —le había dicho su futuro suegro sobre el chirrido de las cigarras—, que sus amigos y mis amigos no se caerían demasiado bien.

Aquel eufemismo extremo parecía flirtear con el humor, pero Dexter prefirió tomárselo literalmente.

—Supongo que no tendrían mucho en común, señor —dijo él.

—Pues yo creo que tienen bastantes cosas en común, pero no les gustaría admitirlo, o quizá no tienen un idioma común para poder hacerlo. —Aquella afirmación extraordinaria había dejado a Dexter sin habla—. Puede parecerle

extraño lo poco que me importa quiénes sean o dejen de ser sus amigos, señor Styles.

—Me... alegra oírlo, señor.

—Harriet está loca por usted, para mí eso es lo único importante. Y ahora debe considerar seriamente cuán loco está usted por Harriet: mi hija será la única mujer para usted, eso es lo único que voy a considerar, señor Styles. Ni sus amigos, ni su ocupación, ni su reputación, ni su historia, sino la fidelidad: eso es lo que quiero que me prometa.

—Se lo prometo —dijo Dexter, como resultado de la reflexión ponderada de un joven ansioso por seguir follándose, pero ahora de forma legal, a la hija del banquero a la que llevaba ya tiempo follándose.

—Quiero que mi hija sea feliz —añadió el señor Berringer, estudiándolo con detenimiento— y pienso velar por su felicidad con energía y esmero.

—Lo entiendo, señor.

—No, no lo entiende —replicó él con cordialidad—. No puede. Pero espero por su propio bien que aun así mantenga su promesa. Una promesa no admite excepciones, ¿estamos?

Naturalmente que no lo había entendido. Y más tarde, cuando empezó a entenderlo, Dexter se maravilló ante el truco que había permitido a su suegro deshacerse de una camisa de fuerza y lograr una situación lo bastante ventajosa como para arrancarle promesas. Ni Houdini lo habría superado: a su hija le habían hecho un bombo y se negaba a deshacerse de él. Si Arthur no hubiera dado su consentimiento, la chica se habría escapado con Dexter; un escándalo. El viejo no tenía espacio de maniobra ni siquiera para rascarse la nariz, sin embargo había negociado como si contara con todas las ventajas, intuyendo con una perspicacia inquietante que, aunque era un delincuente, Dexter era también un hombre de palabra. La monogamia era algo poco menos que exótico en el mundo en el que se movía, pero en cuanto una corista le pasaba un brazo sedoso por el cuello Dexter se sentía observado: ¿sería aquél el desliz definitivo? ¿El extremo incisivo de una cuña? Era más eficiente que una ducha de agua fría. Luego siempre se sentía aliviado, incluso agradecido: las mujeres eran tan malas como la droga a la hora de volver a un hombre en contra de sus propios intereses. Además, Harriet era más guapa que todas ellas.

La mujer del tren, su único desliz (en el momento y el lugar equivocados), había reforzado su determinación de no volver a descarriarse.

Pero ahora, después de haber roto su promesa por segunda vez hacía exactamente dos semanas, Dexter se vio obligado a considerar la posibilidad

de que su suegro lo hubiera llevado hasta allí para echárselo en cara. Aunque ¿cómo iba a saberlo? Lo que George Porter había visto no era nada. Y aunque George tuviera sospechas, el pecado de Dexter palidecía en comparación con el suyo. De hecho, a partir de aquella noche el doctor había vuelto a mostrarse natural y amistoso con Dexter, como si hubieran renovado un pacto entre caballeros.

Al abandonar aquel estado de meditación melancólica, encontró al viejo observándolo.

—Hace semanas que te veo un poco extraño —le dijo—; ¿qué te ronda por la cabeza?

Dexter tragó saliva. ¿Cómo lo hacían los adúlteros de verdad? Pero en el fondo sí le rondaba algo por la cabeza, naturalmente: llevaba un mes tratando de hallar la forma de convencer al viejo.

—Siento que necesito un cambio, señor —dijo aliviado.

—¿«Señor»?

Dexter se sonrojó.

—Arthur.

—¿Qué tipo de cambio?

—Profesional.

—Tienes ya una serie de intereses muy diversos, ¿no es cierto?

—Es cierto, pero estoy en el lado equivocado.

Cada nueva ráfaga de viento glacial les llevaba una crepitación de música que parecía salida de un gramófono. Era como si estuvieran al borde de la tierra, en medio de un paisaje negro y gris, de agua y hielo.

—El bien y el mal son términos relativos en tu línea de trabajo, ¿no? —preguntó el viejo.

—Es lo que siempre he defendido.

Arthur soltó un silbido.

—Es un poco tarde para un ataque de idealismo...

—Parece haber una epidemia —apuntó Dexter, que se sintió sonreír.

—Es lo que tiene la guerra, uno de sus muchos efectos secundarios positivos.

—Quiero participar de forma honesta en lo que venga a continuación —dijo Dexter—, no seguir chupando la sangre como una sanguijuela.

El viejo respiró hondo en lo que sonó casi como un suspiro.

—Es una pena que tengamos que tomar las decisiones que marcarán toda nuestra vida cuando todavía somos tan jóvenes.

—Si fueron decisiones equivocadas, debemos tomar otras —señaló Dexter—, aunque sea tarde.

Una ráfaga de viento lo hizo lagrimear, pero el viejo ni siquiera se sujetó el sombrero. Cuando el viento amainó, dijo:

—A juzgar por mi conocimiento limitado de tus socios y sus prácticas comerciales, diría que no te resultará fácil cambiar de lado.

—Ya está pasando de forma natural —explicó Dexter—: tengo intereses legítimos aquí, en Chicago, en Florida. Tengo amigos por todas partes.

—No lo dudo, eres un tipo agradable; pero ¿es consciente tu jefe de esta... divergencia natural?

Que Dexter recordara, era la primera vez que el viejo se refería directamente al señor Q. Su asombro dio paso a una embriagadora sensación de convergencia, como si de pronto hubiera aparecido un puente entre dos mundos irreconciliables. Y un puente era precisamente lo que él necesitaba.

—Estoy seguro de que es consciente de ello, sí —dijo Dexter—. Pero dar el paso decisivo depende de mí.

El viejo era demasiado astuto como para no intuir hacia dónde se dirigía aquella conversación: seguramente lo sabía desde el «profesional», o incluso desde el «señor». Dexter se puso firme y respiró hondo.

—Había pensado —dijo, reprimiendo otro «señor» que se había elevado hasta su garganta como una burbuja— que podría confiarte mis activos e intereses legítimos. Llevarlos a tu banco.

—Una absorción —dijo el viejo.

—Exacto.

El silencio de su suegro le pareció una buena señal, un signo de que lo estaba considerando seriamente. Dexter observó las espirales del mar helado a sus pies. Su vida ya había cambiado de curso en una ocasión en ese mismo lugar; ¿por qué no podía volver a hacerlo?

—No piensas con claridad —dijo entonces el viejo, empleando el mismo tono apacible con el que lo decía todo—. Y eso me preocupa por tu propia seguridad y por la de mis seres queridos que se encuentran bajo tu protección.

Dexter sintió que algo en su interior se encogía como si acabara de escaldarse, pero aun así logró responder con despreocupación.

—¿Por qué lo dices?

—Vives bien, Dexter. Y tienes una familia hermosa. La gente te conoce, te respeta... Acude a ti. Tu nombre está en los periódicos. Eso es el doble, el triple de lo que la mayoría de las personas consigue en toda su vida. Pero no

es trasladable: tu fortuna está en una divisa que no puede utilizarse en ningún país que no sea el tuyo.

—No veo por qué no.

—Pues despéjate el cerebro, hijo, despéjate.

«Hijo» era un diminutivo: el nombre que el viejo tenía reservado para Cooper.

—Yo creo que está del todo despejado —dijo Dexter.

—¿Sabes qué? —dijo el viejo en tono afable—. Después de la Gran Guerra, cuando fundamos sindicatos para suscribir las emisiones de bonos necesarios para construir vías de ferrocarril y fábricas, no teníamos un contrato con ninguno de nuestros socios, ni con las sociedades más próximas, ni siquiera con los grupos de adquisición que vendían los bonos al público. No había ninguna ley que controlara esas transacciones. Confianza, reputación..., eso era lo único que necesitábamos. ¡No teníamos nada más! Y hasta hoy todos mis negocios se basan en eso.

—Pero tú confías en mí —afirmó Dexter—: me lo has demostrado una y otra vez.

—Confío totalmente en ti. Habrías sido un banquero excelente, Dexter. Habrías acabado como socio, ni más ni menos. —Aquello era una alusión a Cooper, un empleado de la empresa que difícilmente llegaría más lejos a pesar de su pedigrí—. Tengo una confianza absoluta en tu intuición, por eso me parece increíble que no te des cuenta de que tu reputación y tu historial son restrictivos.

Dexter intentó reorganizar la estrategia. ¿Cómo no había previsto aquella objeción? Pero sí la había previsto, había sido lo primero que había previsto. Simplemente, había contado con que el poder y la independencia del viejo bastarían para superarla.

—No imaginaba que te importaran las opiniones de los demás —dijo.

—No, personalmente, no me importan —señaló el viejo—, pero en los negocios no tengo otra opción. Sé con exactitud hasta dónde puedo llegar. ¿Estoy diciendo que ningún banco de Nueva York puede aceptarte? No, ni mucho menos. Hay bancos donde la reputación importa menos. Pero ¿por qué? ¿Por qué convertirte en un banquero de segunda en una institución de segunda y pasar el resto de tu vida intentando demostrar que te has reformado?

—Es que no es eso lo que quiero.

—Es lo máximo a lo que puedes aspirar si insistes en ir por este camino. Yo que tú me quedaría justo donde estás. Reconoce las ventajas de tu

posición y disfrútalas. Lo más probable es que tratar de cambiar a medio camino sólo te sirviera para perder esas ventajas sin lograr otras nuevas.

La sabiduría en las palabras de Arthur era manifiesta, irrefutable, pero Dexter sabía que no podía hacerle caso. Algo había cambiado en su interior.

—He pagado demasiado caras mis ventajas —dijo, sorprendiéndose a sí mismo con aquella revelación. Se refería a la sangre que le manchaba las manos.

Su suegro lo agarró por los hombros con delicadeza. Su concisión era una fuente de autoridad, mientras que la corpulencia de Dexter parecía un signo de torpeza juvenil.

—Todos pagamos por nuestras ventajas —dijo el viejo con una entonación cargada de significado—. No hay un hombre en este mundo que no lo haya hecho, incluidos los curas. Todos los hombres tienen sus secretos y pagan costes por hacer negocios. No creas que en mi línea de trabajo es distinto. No te dejes engañar por las columnas de mármol: los romanos también tenían columnas de mármol y aun así echaban a sus prisioneros a los leones. Instituciones como la mía esconden una buena dosis de brutalidad camuflada bajo una cantidad igual de hipocresía.

A Dexter se le humedecieron los ojos, y no a causa del viento. ¡Cuánto quería a Arthur Berringer justamente por creer que eran parecidos! Aunque, pensara lo que pensase el viejo, la «brutalidad» a la que aludía no era la misma a la que se refería Dexter, desde luego. Pero aquellas palabras transmitían tal intensidad que le habría encantado ver la cara de su suegro. No obstante, la oscuridad era una parte esencial de aquel intercambio.

Obedeciendo a un acuerdo tácito, se encaminaron hacia el sonido de la orquesta, de vuelta al club de caza hasta que finalmente lo vieron: su columnata sobrenatural vertía un ambiente festivo en aquel gélido paisaje lunar.

—No se ha escrito lo suficiente sobre la traición de la mediana edad —dijo el viejo, en un tono reflexivo, luchando por hacerse oír a pesar del viento—. Dante fue al infierno para escapar de ella y yo mismo he visto a muchos otros hacer lo mismo, metafóricamente hablando. Ten paciencia, Dexter: las guerras alteran el terreno y dejan una configuración imposible de prever de antemano, por mucho que nos esforcemos. No es el momento de gestos valerosos.

«Configuración», a Dexter le gustó aquella palabra. Sin duda, se había producido un cambio de tendencia en la guerra: lo que el viejo había anticipado el otoño anterior había empezado a materializarse, pero en las

extremidades de Dexter se acumulaba una insatisfacción de semanas (meses) y tenía que hacer algo. Incluso la decisión equivocada le parecía más atractiva que no tomar ninguna.

George Porter merodeaba justo al otro lado de las cortinas sin dejar de atusarse ansiosamente el bigote.

—¿Dónde os habíais metido? Estaba empezando a preocuparme —les dijo inquisitivamente, pero Dexter estaba demasiado ensimismado para tranquilizarlo.

Todos los Berringer, excepto los chicos, que estudiaban fuera, estaban presentes y ocupaban cuatro mesas del comedor abarrotado. A Dexter lo habían sentado junto a Bitsy. Dexter aprovechó la cena para interrogarla mientras el pobre Henry les lanzaba miradas siniestras desde el otro lado de la mesa. Sí, el bebé lloraba menos. No, no estaba tan infeliz como antes. Su serenidad hizo sospechar a Dexter que ella y George habían encontrado un rincón tranquilo durante el cóctel: había muchos en el club de caza, tal como Dexter sabía desde la época en que Harriet lo llevaba allí como acto de rebelión. El carisma y un bolsillo lleno te abrían las puertas de muchos sitios del mundo, pero no las del Club de Caza de Rockaway. La frialdad con que lo habían recibido los vejstorios de turno y su remilgada progenie le había parecido divertida en su día: ¿qué le importaba a él? Podían darle la espalda, negarse a acoger su boda (algo que había provocado las iras del viejo), pero él les había arrebatado a una de las suyas y por la noche paseaba con ella cogida de la mano junto a la piscina buscando un lugar donde echar un polvo. El estímulo de la reprobación colectiva encendía su deseo como un cuchillo golpeando contra el cristal: sus reverberaciones llenaban los árboles y hacían temblar la luz de la luna hasta que ninguno de los dos podía pensar en nada más. Habían alcanzado el éxtasis conyugal en un búnker del campo de golf, detrás de un cobertizo del jardín, debajo de un mostrador donde se exhibían fotografías y trofeos de famosas carreras hípicas de saltos. Harriet, embarazada de ocho meses, le había hecho una paja debajo del mantel durante la entrega de unos trofeos de un campeonato de tenis sobre hierba.

Pero ahora la configuración había cambiado. A Tabby y los gemelos los habían aceptado de buen principio y Harriet había regresado como hija pródiga; un retorno más celebrado, si cabía, teniendo en cuenta la distancia que había tenido que recorrer. Dexter era el único que seguía siendo un *outsider*. Su propia generación se mostraba cordial con él, al menos lo suficiente; las mujeres incluso coqueteaban apresuradamente con él cuando coincidían, pero la vieja guardia lo trataba con un desdén cuyo principal

ingrediente era el aburrimiento. Aunque era un rostro demasiado familiar para provocarles indignación, lo odiaban de todas formas.

Grady y los demás chicos que estaban a punto de partir empezaron a bailar un vals con sus madres, orgullosas y asustadas a partes iguales. Los chicos estaban impecables con sus elegantes uniformes: ya eran héroes. Dexter decidió buscar al señor Bonaventura, que regentaba la cocina (incluso los puritanos sabían que, en cuestiones de comida y bebida, no había nadie mejor que un brasileño), para hablar del proveedor que le había conseguido aquella ternera en el mercado negro. El estofado le había parecido correoso. Dexter sabía que podía conseguirle carne mejor y le encantaba la idea de cerrar un negocio mientras los puritanos bailaban. Pero de camino a la puerta batiente de la cocina una parte de él perdió interés en el asunto: era más de lo mismo (lo mismo, lo mismo), y en apenas un instante la idea de discutir con el señor Bonaventura acerca de la ternera que servía en el club pasó de parecerle vagamente prometedora a miserablemente mala. Si los vejestorios estaban hartos de él, él lo estaba de sí mismo.

Paralizado en plena pista de baile, Dexter comprendió la naturaleza del atolladero en el que se encontraba: cualquier acción de las que estaban en su mano lo empujaría todavía más en la dirección que deseaba evitar. No podía hacer nada al respecto, literalmente.

No obstante, en aquel descubrimiento intuyó un atisbo de posibilidad: si *hacer* era una mala idea, a lo mejor había algo que pudiera *deshacer*.

Dexter vio a su esposa saliendo del salón de mujeres y la cogió de la mano. Al ver que la llevaba a la abarrotada pista de baile, Harriet le dirigió una mirada entre sorprendida y encantada. Él la había estado evitando desde la noche con la hija de Kerrigan. Le había costado superar aquel episodio, sobre todo la conmoción al descubrir la identidad de la chica, pero también el olor, el sabor, la suavidad de la piel de la chica. Dos días más tarde, había regresado al cobertizo del embarcadero para examinar las botellas vacías y averiguar quiénes habían sido los intrusos, pero en cuanto estuvo rodeado por los objetos de aquella noche (la mesa, el horno, una media arrugada en el suelo) se llevó una mano a la entrepierna y tuvo que apoyarse en la pared. Desde entonces no había vuelto al cobertizo y tampoco había hecho el amor con Harriet, una anomalía que ella había aceptado con sorprendente ecuanimidad. Ahora, después de haberla visto en brazos del recientemente enviudado Boo Boo, Dexter estaba decidido a recuperar el ritmo habitual de sus relaciones. La abrazó con fuerza, se empapó del olor almizclado de su

pelo y percibió en sus caderas sinuosas la memoria muscular de su afición infantil a montar a caballo, una actividad que había abandonado hacía años.

—¿Te acuerdas de lo que solíamos hacer aquí? —le preguntó él.

—Sí, claro.

—Esperemos que para Tabby y Grady no sea lo mismo.

Lo había dicho en broma, pero ella se puso tensa entre sus brazos.

—Tiene dieciséis años.

—¿Qué edad tenías tú?

Harriet no era virgen cuando se habían conocido. En su momento, a Dexter no se le había ocurrido pedirle detalles sobre el quién ni el cuándo. Tal vez había sido con Boo Boo, diez años mayor que ella. Muy probablemente se habría casado con él si se lo hubiera pedido, pero era demasiado joven y desenfrenada. Ni siquiera un padre como el suyo podía compensarlo, puesto que todos tenían padres como el suyo.

—Los chicos se están portando muy bien —dijo Dexter en tono conciliador.

—Son muy buenos chicos —dijo ella—, no se lo valoras lo suficiente.

—Se lo valoraré más.

—¿De verdad?

Notó su aliento cálido en el oído y supo que esa noche harían el amor. Lo acontecido en el cobertizo retrocedió hasta el horizonte de sus pensamientos, aunque sin disiparse del todo.

—Si eso te hace feliz.

—Muy feliz.

La orquesta cerró con *Tangerine*, el tema de aquella película tirando a mala protagonizada por Dorothy Lamour. Las familias empezaban a irse, alejándose con paso tambaleante en la oscuridad. El viejo, junto con Cooper, Marsha y las hermanas de Grady (chicas normales y corrientes que hacían lo que podían, invisibles bajo el resplandor de su hermano), iba a despedir a Grady a Pennsylvania Station. Para todos los demás, aquél era el momento de decirle adiós.

Dexter salió del club de caza con un brazo sobre los hombros de George Porter, en un intento de disipar la tensión del doctor, a todas luces preocupado por si él había estado confabulando con el viejo. George tenía que saber que él estaba claramente por encima de esas cosas.

Grady parecía más alto que unas semanas atrás: su mirada estaba casi al mismo nivel que la de Dexter. La luz de la luna se reflejaba en los botones metálicos de su uniforme. A Dexter se le hizo un nudo en la garganta cuando

le dio la mano a su sobrino. Pese a estar convencido de que Grady sobreviviría, tenía el presentimiento de que no iba a verlo nunca más.

Tabatha se lanzó al cuello del joven y se quedó allí colgada, sollozando. Dexter no quiso alejarse demasiado, temeroso de que aquella demostración de afecto pudiera considerarse impropia. Sin embargo, su suegra se limitó a decir con voz ahogada:

—Siempre han sido tan íntimos...

Dexter intentó distinguir sus rasgos a la luz de la luna. ¿Era posible? Al abrigo de la oscuridad, unas lágrimas solitarias se habían escapado de los ojos de Beth Berringer y ahora brillaban subversivamente entre sus arrugas caleidoscópicas.

—Grady tiene que despedirse también de los demás, cariño —la reprendió Harriet dulcemente, apartándola de su primo.

Tabby se refugió en los brazos de Dexter.

—Chist... Tabby, bonita —le dijo abrazándola fuerte—. Vamos, todo irá bien.

—Pero ya no será igual —dijo—, nunca más volverá a ser igual.

—Grady volverá fuerte como un roble, te lo prometo.

Ella se apartó, intentando verle la cara.

—Eso no lo puedes prometer, papá.

Tenía razón, aquello era un disparate.

—Te lo puedo prometer porque es lo que creo: Grady Berringer no me preocupa nada, cero.

Le había soltado una chorrada en toda regla, pero Dexter percibió el efecto balsámico de sus palabras, como si el corazón de su hija se calmara dentro de su propio pecho. Sintió la semejanza de su cuerpo, su olor común, su forma idéntica de moverse. Era sangre de su sangre, y viceversa.

Harriet los adelantó de camino al Cadillac con un brazo alrededor de cada uno de los gemelos. Dexter los siguió, todavía abrazando a Tabby. Nadie hablaba, sólo se oía el crujido de sus pasos sobre el camino de grava. Y justo entonces, mientras acompañaba a su angustiada hija a la luz de la luna, Dexter comprendió qué debía hacer.

Anna rememoraba a menudo el momento en que había subido por la escalera con aire triunfal el día del examen. Una película habría terminado allí, con la promesa de que, finalmente y contra todo pronóstico, se había ganado el respeto del irascible teniente. Pero la realidad era que éste la toleraba menos que nunca. Se refería a sus buzos como «chicos», «hombres» o «caballeros», y guardaba silencio cada vez que Anna pasaba por ahí, como si fuera un gato negro. Ella había comprendido ya que su única esperanza de complacerlo pasaba por renunciar al puesto, y él no le daba motivos para seguir.

Habían transcurrido dos semanas desde el examen y Anna no había vuelto a meterse en el agua ni una sola vez. Los hombres buceaban a menudo: Bascombe y Marle habían trabajado juntos, reparando el casco sumergido de un destructor aliado. A Anna la habían nombrado oficialmente armadora, de modo que su especialidad era el rescate de elementos hundidos. El *Normandie*, en el muelle 88, era objeto de una operación de salvamento, como lo habían sido las embarcaciones de la flota alemana hundidas en Scapa Flow, pero no había barcos hundidos en la bahía Wallabout. Lo que sí había, en cambio, eran varios miles de traviesas de ferrocarril que se habían caído de una barcaza una década antes y que ahora impedían el paso de algunos barcos de gran calado. Con excepción de Anna, todos los hombres destinados a la retirada de esas traviesas eran los buzos más robustos y menos cualificados; por ejemplo, Savino, que había agujereado su traje de buzo con un clavo durante el examen. Anna había tenido que remendar el agujero; a Savino, mientras tanto, lo habían elegido para recibir lecciones de soldadura en el tanque de submarinismo. Allí había seguido con sus percances: hacía tan sólo dos días había reventado la visera de su casco contra la esquina del panel de acero que intentaba soldar. Lo habían izado rápidamente a la superficie (Marle era uno de sus asistentes), y de entrada parecía que estaba bien, aunque a causa de la presión le salía sangre por los oídos y la nariz. Pero, una vez en el tanque de descompresión, se había desmayado. El teniente Axel sospechaba que se trataba de una embolia gaseosa, lo que significaba que Savino había contenido la respiración mientras lo subían a la superficie. A medida que se acercaba al nivel del mar y la presión a su alrededor iba disminuyendo, la presión en sus pulmones se había ido elevando como una burbuja hasta que el aire había salido expulsado al riego sanguíneo. En esas

situaciones, el aire avanzaba por venas y arterias hasta quedar alojado en un punto demasiado estrecho por el que ya no podía pasar. En el caso de Savino, dicho punto estaba situado en el flujo sanguíneo al cerebro. Las embolias gaseosas solían ser mortales, pero Savino había sobrevivido. Todavía no había vuelto al trabajo.

Anna se había pasado todo el día limpiando los filtros de esponja de los diez compresores de aire. La mayoría de las tareas que le encargaban tenía un componente doméstico: remendar trajes de buceo con cemento de caucho, impermeabilizar las juntas de piel de las escafandras con aceite de pata de buey, separar mangueras que llevaban demasiado tiempo unidas... Tenía la sensación de estar aún más lejos de la guerra que cuando trabajaba en el taller de medición: allí por lo menos salía a hacer recados a otras partes del arsenal. Ahora, cuando volvía a ponerse la ropa de calle y cerraba su taquilla, Anna regresaba a su habitual estado de abatimiento: era débil, se sentía débil. Las traviesas de ferrocarril eran demasiado pesadas para ella, el teniente Axel había hecho bien al no encargarle aquella misión. Aquel amedrentamiento aplacaba el cáustico sentido de justicia de Anna: sentirse indigna de algo era, al parecer, menos horrible que sentirse engañada. Esto le daba una imagen nueva de sí misma, la de una chica vacilante y frágil, que le recordaba a las casadas del taller. Pero entonces un rugido de furia incineraba aquella visión como si fuera una efigie. ¡Cómo detestaba al teniente Axel! ¡Cómo le habría gustado que desapareciera! Odiarlo así la cargaba de energía, pero tenía que disimular su rabia y reabsorberla, aunque al hacerlo tuviera la sensación de estar tragando lejía. La menor infracción se habría convertido en motivo de despido y entonces el teniente habría ganado.

Sus momentos preferidos eran aquellos en los que algún oficial de rango superior visitaba el edificio 569. En presencia de los mandamases de la Marina, el teniente Axel adoptaba una actitud solícita y sumisa, y Katz, su asistente, parecía fascinado casi hasta el éxtasis. Cuando estaban así, se les olvidaba su desdén hacia Anna. Era el único momento.

Anna salió del arsenal con el resto de los buzos y se dirigió al Oval Bar. Bascombe había logrado que la incluyeran en su ritual nocturno tan astutamente como cuando logró que incluyeran a Marle: poco después del examen de buceo, su novia se había aproximado a Anna cerca de la puerta de la calle Sands y le había dicho con una voz ronca de acatarrada:

—Basky quiere que salga con los chicos, pero tú nos acompañarás, ¿verdad? No quiero ser la única chica.

Aquella noche, todo el mundo quería oír la historia de la embolia gaseosa de Savino por boca de Marle, que había estado con él dentro de la cámara de recompresión. Después de que Savino cayera inconsciente, contó Marle, el teniente Axel había incrementado la presión hasta los cincuenta y cuatro kilos, equivalente a una profundidad de más de noventa metros, con la esperanza de que la burbuja fuera reabsorbida por el flujo sanguíneo de Savino. Bajo tal presión, la pluma del teniente había explotado y un chorro de tinta azul los había manchado a ambos. Marle había sostenido las piernas de Savino en alto mientras el teniente Axel le masajeaba las manos y los pies, intentando incrementar la circulación en su cerebro.

—Durante todo el tiempo, el teniente no paró de hablar —aseguró Marle mientras todos engullían, regada con cerveza B&H, la comida que el bar regalaba con la intención de atraer a los marineros—. Le decía: «Todo irá bien, hijo. ¿Sabes cómo lo sé? Porque si tuvieras que morirte ya estarías muerto.»

—Suenan como un Axel de otros tiempos —murmuró Bascombe entre sorbos de Coca-Cola.

—Como un hombre tranquilizando a un caballo. Aunque Savino estaba inconsciente, siguió: «Un día les contarás a tus hijos que arriesgaste tu vida para que los domingos no tuviéramos que cenar algas y chucrut.»

—Le estaba dorando un poco la píldora, para mi gusto.

—Y lo hizo volver en sí: lo vi con mis propios ojos, aunque este cínico no se lo crea —añadió, mirando a Bascombe de reojo.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Savino había recuperado la consciencia. Habían necesitado cinco horas más para descomprimir la cámara, y entonces, pasada la medianoche, Savino se había montado en la ambulancia que lo esperaba.

—Me sorprende que Axel no haya estado sonriendo sin parar desde entonces —dijo Bascombe—: se muere de ganas de hacerse el héroe desde el primer día.

—Sea como sea —dijo Marle—, si pierde un solo buzo le cierran el garito.

—Qué pena me da.

Marle negó con la cabeza. Él y Bascombe solían estar en desacuerdo, pero eran inseparables. Como Bascombe no era bienvenido en casa de Ruby (su padre lo consideraba un bala perdida y se negaba a darle la mano), Bascombe había adquirido el hábito de cenar cada domingo con Marle y sus padres en Harlem.

Anna cogió el tranvía con Ruby y Bascombe. Éste siempre acompañaba a Ruby hasta Sunset Park, donde ella vivía (su casa estaba en la planta de arriba de la tienda de comestibles de su familia), y luego regresaba a su pensión, cerca del arsenal naval: una hora y media de trayecto. Ambos habían decidido mantener su compromiso en secreto hasta que él lograra convencer a su futuro suegro. Aquella campaña de Bascombe, como la de incorporarse a la Marina después de haber suspendido tres exámenes oculares, parecía condenada al fracaso. Sin embargo, él la encaraba con tanta determinación que Anna estaba casi convencida de que iba a lograrlo. Ambas campañas estaban entrelazadas: Bascombe estaba seguro de que si conseguía entrar en la Marina, el padre de Ruby lo vería con otros ojos.

Anna se apeó en la avenida Atlantic. Estaba sola por primera vez desde la mañana, pero ya no sentía el aislamiento que había experimentado las semanas anteriores. Estaba demasiado angustiada. Se sentó a la mesa de la cocina con un periódico vespertino y el correo por abrir y pensó en Dexter Styles. Casi nunca se acordaba de él en el trabajo, como si los guardias del arsenal impidieran la entrada a su recuerdo; en casa, en cambio, se encontraba de nuevo frente a frente con la certeza de que éste sabía lo que le había pasado a su padre. Styles le había aconsejado que no hurgara demasiado en aquel asunto, incluso se lo había advertido.

Anna abrió la ventana de la escalera de incendios y salió al frío invernal. Intentó evocar a su padre, verlo como veía a los demás hombres, como alguien sin relación alguna con ella. Una noche tras otra, se había sentado donde ella estaba sentada en aquel momento a fumar y a contemplar la calle; y a pensar..., ¿en qué? A pesar de los años que había pasado con él, Anna no tenía ni idea. Era como si ser su hija la hubiera cegado, como si cualquier otra persona (cualquiera) lo hubiera podido ver y conocer de una forma que ella no podía.

Algo más pasaría: ella y Dexter todavía no habían terminado. Aquella inevitabilidad provocaba dentro de Anna un torbellino de excitación que la hacía olvidarse de su padre. Era a Dexter Styles a quien deseaba: no al gánster, sino al amante. La chabacanería de la escena a la que se había visto abocada se había desvanecido y en su lugar habían quedado sólo sensaciones. Había momentos en los que incluso se arrepentía de haberle contado quién era: no quería renunciar a él. Entró en el piso, se bañó y se metió en la cama sin abrir la carta de su madre. En la oscuridad, se entregó al recuerdo de Dexter Styles.

¿La había amenazado? ¿O tan sólo la había advertido?

Dos días más tarde, mandaron a Anna a la barcaza con el traje de submarinista para que asistiera a Majorne. Ya había llegado así de lejos en dos ocasiones, pero en ninguna de las dos había terminado sumergiéndose. Aun así, después de días trabajando bajo techo o aislada en los muelles del West Side, agradeció encontrarse en mar abierto. Mientras contemplaba las burbujas de Majorne, la luz del sol iluminaba la bahía de Wallabout como la llama de un soplete de soldador.

—¡Kerrigan, despierte!

Era Katz, acercándose al ralentí a la barcaza en una lancha a motor. La necesitaban. Un asistente la ayudó a meter la caja que contenía las partes pesadas de su traje en la lancha, que se bamboleó por el peso. Mientras Katz guiaba la embarcación a través de las aguas heladas, le explicó que se había atascado un ventilador (así llamaban a los propulsores) del acorazado que recientemente habían botado del dique seco 6 al muelle J. Los barcos aliados no estaban identificados, pero por sus visitas a la oficina del capitán del arsenal Anna sabía que se trataba del *USS South Dakota*, el Acorazado X, tal como lo llamaban los periódicos por seguridad, y que éste había derribado veintiséis aviones japoneses en la batalla de Santa Cruz.

El acorazado tenía unas dimensiones espectaculares que empequeñecían todo lo que lo rodeaba, incluida la grúa de martillo. Savino y Grollier estaban ya manos a la obra con un compresor de aire en el borde del muelle J. Savino no había vuelto a bucear desde su embolia gaseosa; Grollier, que ya había realizado una inmersión aquella mañana, iba parcialmente vestido. La tarea de Anna consistía en inspeccionar los cuatro propulsores del acorazado, localizar el problema, volver a la superficie y explicar qué solución había que adoptar. Grollier, que hacía poco había recibido entrenamiento como operador de soplete, sería el encargado de la reparación.

—¿Y no debería repararlo yo, si puedo? —preguntó Anna, revelando más impaciencia de la que habría querido.

—Si va a bucear es sólo porque no tenemos a nadie más —dijo Katz.

Anna se ruborizó.

—Yo no he preguntado eso.

—Limítese a obedecer las órdenes.

Habían preparado un escenario (una plataforma que descendía con cuerdas) para su inmersión. A medida que el agua la iba rodeando, Anna redescubrió la sensación de ingravidez. Notó la infame fuerza de succión de las corrientes del East River incluso a sotavento del barco. Fue descendiendo

a través de las delicadas frondas de luz junto al casco imponente. Sólo su tamaño ya sugería violencia. Anna quería tocarlo. Agarrándose a una cuerda de la plataforma, se inclinó hacia el casco del acorazado y dejó que su mano enguantada se deslizara sobre el metal mientras descendía. Se le puso la piel de gallina. El barco parecía estar vivo, alerta. Emitía una vibración que le atravesaba los dedos y le subía por el brazo. Era como un rascacielos vuelto de lado.

Finalmente logró atisbar los espirales de la hélice de la popa estribor e hizo una señal a Katz para indicarle que había llegado. Habían echado cabos para ayudarla a maniobrar y Anna los aprovechó para llegar flotando hasta el propulsor. Medía cinco metros de altura y sus cinco palas estaban curvadas como el interior de una concha de mar. Anna avanzó entre ellas, pasando los guantes por los bordes de cada paleta hasta llegar al punto donde se reunían. No tenían nada enredado. Procurando que no se liaran sus propios cabos, dio la vuelta al propulsor hasta llegar al eje que lo conectaba al motor. Lo siguió hasta el propulsor de proa estribor, que tenía cuatro palas en lugar de cinco. También estaba despejado. Entonces se agarró al borde de proa del timón de la embarcación (que parecía la puerta de acero de la cámara acorazada de un banco) y lo usó para pivotar hasta el costado de babor del casco, orientado al río. Notó el vaivén de las corrientes y del oleaje provocado por el paso de otras embarcaciones. En el propulsor de proa de babor encontró el problema: se había enredado en las paletas un cabo grueso como su brazo que además estaba enroscado a una de aquellas infames traviesas de ferrocarril que yacían en el fondo del puerto.

Katz dio un tirón y Anna se lo devolvió. Se suponía que en ese momento debía regresar a la superficie y dejar que Grollier cortara el cabo con su soplete de oxihidrógeno. Pero ¿qué necesidad tenía de acudir a buscar refuerzos? ¿Por qué no podía cortar la cuerda ella misma, usando la sierra que llevaba en la bolsa de herramientas? Anna tomó la decisión a sabiendas de que era la errónea. Seguir las normas no la había llevado a ninguna parte, aprobar exámenes no la había llevado a ninguna parte, pero en el proceso de ir a ninguna parte había renunciado a la convicción de que tratar de complacer a los demás servía de algo. ¿Por qué no tomar lo que podía mientras aún tenía oportunidad de hacerlo?

Se movió alrededor de las palas enredadas tirando del cabo. La parte más tensa estaba en el centro, un nudo atrapado entre las dos palas verticales. Anna sacó la sierra que colgaba de la cuerda de cáñamo de Manila y empezó

a serrar. Era un trabajo laborioso. Katz le hizo otra señal y otra más. Cada vez, ella respondía con un tirón («estoy bien») y seguía trabajando.

Katz le indicó por señales que le mandaba una pizarra. Anna repitió la señal, pero no fue a estribor para escribir en ella. En cuanto leyeron sus hallazgos, le ordenarían que volviera a la superficie. Como de todos modos ya se había metido en un lío, ¿por qué no permanecer ahí abajo y terminar lo que había empezado? Anna serró en la semioscuridad, como un ladrón tratando de abrir una caja fuerte antes de que se disparara la alarma, poseída por una determinación férrea, a sabiendas de que era egoísmo puro y que terminaría por volvérselo en contra. Pero no le importaba. El cabo empezaba a partirse por el punto donde lo estaba serrando. Anna sentía cómo toda la fuerza iba pasando a los pocos cordones que seguían intactos hasta que éstos se tensaron como las cuerdas de un violín. Entonces la cuerda se partió con un tañido que resultó audible incluso por encima del siseo del oxígeno. Los dos extremos se agitaban en la oscuridad, deshilachados y oscilando como tentáculos. Anna se encaramó a la hélice para tirar de los otros segmentos de cabo e intentar redistribuir la tensión. El esfuerzo la dejó medio mareada. De pronto, todas las partes del cabo empezaron a escurrirse: el peso muerto de la traviesa del ferrocarril tiró de ellas, alejándolas de las paletas. Finalmente, el amasijo de cuerda se hundió y los extremos fibrosos desaparecieron en la oscuridad, agitándose.

De vuelta a la plataforma, Anna experimentó el primer pinchazo de arrepentimiento. Su modesto logro, que Grollier habría podido replicar sin ninguna dificultad con su soplete, empequeñecía ante la enormidad de su ofensa. Antes incluso de que la plataforma llegara al muelle, vio la cicatriz encendida en el labio superior de Katz.

—Ya está —dijo en cuanto éste le abrió la visera—: la hélice está despejada.

—¿Cómo se atreve a contradecir mis órdenes?! —rugió Katz antes de que ella pudiera bajar de la plataforma.

—Ya está —repitió ella y tragó saliva—. Listo.

—¿Quién coño se cree usted que es? Le he mandado una pizarra y la ha ignorado.

Un olor animal, como a amoniaco, emanaba del interior de su traje. Estaba asustada.

—Quiero salir de aquí —dijo.

Pero Katz estaba fuera de sí.

—¡Espere a que se lo cuente al teniente, maldita perra! —bramó, y agitó la cabeza de tal forma que ella distinguió los implantes de oro y el olor a salchichón en su aliento—. Le pegará tal patada en el culo que verá las estrellas.

Quería matarla, ella notaba sus ganas de hacerlo. Anna se inclinó hacia atrás, agarrándose a las cuerdas de la plataforma.

—¡Se va a caer! —gritó alguien—. ¡Agarradla!

El traje desestabilizado pesaba demasiado como para que pudiera compensarlo y el guante izquierdo le resbaló por la cuerda. Anna se desplomó como un árbol, consciente de que la gravedad la estaba derribando, pero incapaz de detener la caída. Vio un fragmento de cielo que viraba y debió de gritar. O tal vez quien gritó fue Katz.

Y de pronto estaba colgando. Katz había pescado su cuerda salvavidas al vuelo y detenido la caída en el último momento, apenas un instante antes de que sus botas abandonaran la plataforma. Anna se puso muy rígida e intentó hincarla en el suelo. Si sus zapatos resbalaban y perdía pie, el peso del traje la arrastraría hasta el fondo de la bahía..., junto con Katz, si no la soltaba. La cuerda salvavidas estaba sujeta a la parte trasera del casco y pasaba por los ojales de la pechera. Delicadamente, aterrorizada ante la posibilidad de caer, Anna levantó una mano e intentó cerrar la visera.

—No. No —dijo Katz con voz ronca desde más arriba—. No se mueva.

Poco a poco, con brazos temblorosos, Katz empezó a tirar de la cuerda logrando progresos mínimos, pero devolviendo los casi ciento cincuenta kilos de Anna a una posición vertical. Tenía la cara cubierta de sudor y clavó los ojos en Anna como si todo su esfuerzo se concentrara en ellos. Ella hizo un esfuerzo por no doblarse, un imperativo que le provocó un incendio de dolor en la espalda. Temía vomitar dentro del casco. Deseaba cerrar los ojos, pero le parecía esencial mantener el contacto visual con Katz. Lentamente, la gravedad empezó a redistribuir el peso del traje hacia las botas. Finalmente, Anna dobló las rodillas, se balanceó hacia delante y se dejó caer boca abajo encima de la plataforma. Katz la recogió, la puso de pie y la guió despacio hasta el muelle.

Savino y Grollier la acompañaron al banco de buceo y le desenroscaron la escafandra. Anna se arrodilló, todavía pensando que iba a vomitar. Un silencio profundo los envolvía a todos. Si se hubiera caído al agua helada de la bahía con la visera abierta, Anna se habría ahogado antes de que logran devolverla a la superficie. Echó un vistazo a las nubes grises que habían cubierto el cielo mientras ella estaba bajo el agua. Por un lado, no sentía nada

especial: estaba allí, todo iba bien, pero por otro era como si todavía pudiera caerse en cualquier momento.

Katz se mantuvo a cierta distancia. Se pasó las manos por el pelo, sacudió la cabeza y finalmente fue hasta la pasarela para hablar con el marinero de guardia. Grollier y Savino le quitaron el cinturón, la pechera y las botas a Anna. Ésta se aferró a los ruidos habituales del arsenal (motores, máquinas, gritos) como si éstos pudieran evitar su caída.

Al rato Katz regresó y empezaron a cargar el equipo al camión. Anna estaba aflojando los volantes del compresor de aire cuando tres oficiales de la Marina se acercaron por la pasarela del barco con abrigos azules de doble pechera, botones dorados y charreteras de oro.

El oficial de rango superior era alto y esbelto. Incluso su pelo entrecano tenía un aspecto severo bajo la gorra azul brillante con galón dorado.

—Quería darles las gracias, caballeros..., señora... Darles las gracias personalmente —dijo, estrechando las manos de todos sin mostrar la menor sorpresa ante la presencia de Anna—. Buen trabajo, señor Katz, eficiente y efectivo.

Katz recibió los elogios con compunción, como si aquellas palabras lo hiriesen. Había empezado a caer una nieve húmeda, pero Anna apenas se percató de ello en presencia de los oficiales. Habían salido de aquel barco que parecía un rascacielos, pronto partirían hacia la batalla. Al tocar el casco, Anna había tocado la guerra directamente por primera vez y había percibido la vehemencia de su pulso.

Cuando los oficiales se hubieron marchado, el día gris los engulló de nuevo. Anna se sentía serena; Katz, en cambio, tenía un aire grave y distraído. Sus ojos vagaron hasta los de ella y, aunque no tenía intención de hacerlo, Anna le sonrió. Katz le devolvió una sonrisa indecisa. Los dos cogieron a medias el compresor y lo cargaron en el camión.

Anna estaba cruzando la calle Navy cogida del brazo de Ruby cuando reconoció el Cadillac de Dexter Styles estacionado delante del Richard's Bar and Grill. Lo había buscado cada noche.

—Disculpadme. Tengo que hablar con alguien —les dijo a sus amigos. No quería que conocieran, ni siquiera que vieran, a Dexter Styles. Cruzó la calle Sands seguida por sus miradas.

Dexter Styles bajó de su coche y abrió la puerta del acompañante. La rodeó aquel olor a cuero tan familiar. En cuanto Dexter se sentó a su lado se

dio cuenta de que estaba distinto, presa de un mutismo nada habitual en él. Su barba gris de un día resaltaba sobre su piel. Arrancó y empezó a avanzar en paralelo a la multitud de trabajadores y marineros del arsenal. Un minuto antes, Anna había sido una más entre ellos, riendo con sus amigos. De pronto sintió como si hubiera caído en un pozo e ido a parar a un lugar sombrío y cavernoso.

—Está muerto —dijo Anna cuando llevaban una manzana avanzando en silencio—. ¿Verdad?

—Sí.

Ella tragó saliva.

—¿Dónde?

—Lo puedo averiguar.

Anna fijó la vista en los limpiaparabrisas que, con su ir y venir, transformaban las luces de los semáforos en un sirope de color viscoso. El deseo por Dexter Styles seguía vivo en su interior: un campo de energía febril sin ninguna relación con el hombre que tenía junto a ella. Aquél era un hombre distinto, frío y retraído, pero era Anna quien había cambiado: había vuelto, eso era lo que sentía; como si tras un rodeo largo e inconexo hubiera regresado finalmente a un paisaje conocido.

—¡Pues hazlo! —dijo ella levantando la voz—. ¡Averígualo! ¿A qué estás esperando?

Styles aparcó junto a una acera desierta de la calle Navy. El muro de ladrillo del arsenal podía verse desde la ventanilla de Anna.

—Vas a necesitar el traje de buzo —dijo él mirándola fijamente.

—¿Qué?

Sus palabras eran absurdas. Cuando el sentido por fin se abrió paso hasta Anna, ésta se abalanzó contra su cara. Dexter le agarró las manos con la velocidad y la destreza de alguien acostumbrado a desarmar a los demás.

—Ya basta —le dijo en voz baja—, o no muevo un dedo.

Lo había acorralado contra la ventanilla. Le salía sangre de un arañazo que Anna le había dejado en la sien. Ella respiró su aliento familiar y sintió cómo su deseo se inflamaba. A través del abrigo, notó cómo a él se le aceleraba el corazón. Sus caras estaban casi tocándose. Estaba a punto de besarla y ella se moría de ganas de que lo hiciera. Pero también sabía que iba a morderlo, que iba a golpearlo y arañarlo, que gritaría hasta no poder más.

Él también debió de intuirlo, pues la apartó despacio, todavía inmovilizándole las manos.

—Sí o no —dijo.

Anna respiró entrecortadamente.

—No es tan sencillo —murmuró por fin—. Hacen falta un montón de aparatos para bucear.

Él señaló el muro de ladrillo con la cabeza, sin soltarle las manos.

—¿Cuántos puedes conseguir de ahí dentro?

—No lo sé. Algunos.

—Lo que no puedas conseguir tú, lo conseguiré yo.

A Anna aquella confianza le pareció un insulto.

—¿En serio? Una barca, un compresor de aire, mangueras, una escalera de buceo...

—La barca es fácil. Y conozco a gente que puede conseguir el resto.

—Tú conoces a gente que puede conseguirlo casi todo, ¿no es verdad?

—Más o menos.

—Necesitaremos a un segundo buzo —dijo Anna—. Normalmente son tres, pero supongo que podemos pasar sólo con uno más.

Con una mirada de advertencia, Styles le soltó las manos.

—¿Tienes a alguien en mente?

Anna intentó imaginar la reacción de Bascombe ante una propuesta como aquélla.

—Sí, pero no le gustan los problemas.

—Ni a él ni a nadie.

Sus ojos se encontraron en una mirada fría, pragmática. Al fin y al cabo, iban a trabajar juntos.

—¿Es muy peligroso? —preguntó él—. Bucear en un lugar desconocido, quiero decir.

—No lo sé, no me importa.

Anna recordó el instante que había pasado suspendida bajo aquel cielo que giraba, convencida de que iba a hundirse hasta el fondo de la bahía. En aquel momento tuvo la sensación de que había caído y sobrevivido.

—Pero a mí sí —dijo Dexter Styles.

El capitán Kittredge llegó, con el *Elizabeth Seaman*, a Ciudad del Cabo el 25 de febrero, ocho días antes de lo previsto, haciendo bueno su alarde tras haber mantenido una velocidad constante de doce nudos. Tenía un aspecto tan pintoresco, comandando el puente con su mata de pelo claro y sus manos de patricio, que Eddie a veces imaginaba que el *Elizabeth Seaman* era uno de los yates que había admirado, mientras se preparaban para las regatas en la entrada del estuario de Long Island, desde los muelles del Bronx donde él y los demás chicos del internado iban a nadar en verano. Kittredge era como una versión adulta de aquellos chicos que solía ver retozando por Central Park equipados con sus raquetas de tenis o sus fustas de montar. El capitán tenía muchísima suerte, suerte para dar y vender, se dijo Eddie. Suerte suficiente, esperaba, para cincuenta y seis hombres.

La impaciencia del marinero se apoderó de ellos días antes de que avistaran tierra, y los proyectos marítimos fueron dando paso a una anticipación difusa sin objeto claro. Farmingdale guardó sus muñecas de cáñamo y adquirió el hábito de darle cuerda a su reloj tan a menudo que Eddie estaba seguro de que iba a cargarse los engranajes. Finalmente los cabos de amarraje llegaron del almacén y se levantaron las botavaras para vaciar el cargamento.

Pasada la cuarentena, el *Elizabeth Seaman* atracó en Table Harbor, donde descargó la bauxita y cargó comida y agua. Ciudad del Cabo era una de las escalas preferidas entre los marineros, y todos los que se habían librado de hacer guardia en el puerto abandonaron el barco precipitadamente con la puesta de sol: la tripulación mercante y los artilleros navales fueron al barrio malayo, a pesar de que el agente portuario les había advertido explícitamente contra sus prostitutas; y los borrachos, como Farmingdale, se dirigieron a las tabernas más baratas. Los oficiales navales ocupaban una esfera diferente en el puerto. Al teniente Rosen, comandante de la guardia armada, y a su oficial subalterno, el alférez Wyckoff, los estaba esperando un coche en la pasarela para llevarlos a cenar a una residencia privada.

Roger y Stanley, los cadetes mercantes, vestidos con sus planchados uniformes de la academia, miraban con cara de pena cómo se llevaban a los oficiales navales. Demasiado inexpertos para los burdeles, no estaban seguros

de cuál era su lugar. Eddie les prometió que antes de que se marcharan de Ciudad del Cabo los llevaría a un club nocturno.

Los radiooperadores tenían pocas obligaciones en puerto y a menudo desaparecían, pero Chispas decidió permanecer en el barco.

—¿Qué coño voy a hacer yo en Ciudad del Cabo? —le preguntó a Eddie, que la primera noche se quedó a bordo para hacerle compañía—. ¿Arrastrar la puta pierna de aquí para allá mientras voy repitiendo: «Me pone un vaso de leche, por favor»? Veo la Montaña de la Mesa de los cojones desde mi ojo de buey. Mira, está ahí mismo. No tengo por qué mover una extremidad para hacer el turista. Además, ahora puedo utilizar la radio con el objetivo que Dios le dio.

El silencio de radio implicaba que hacía semanas que no oían las noticias, y toda la información que daban con voz susurrante los locutores de la BBC era básicamente positiva: los tanques de Rommel huían de forma atropellada de Túnez, los rusos se imponían en Járkov, los Aliados en Messina.

—Joder, estamos ganando la guerra, tercero —dijo Chispas—. ¿Qué opinas?

—Quién sabe; con esas voces —dijo Eddie— podrían decir que estoy muerto y me parecería una buena noticia.

Chispas se volvió hacia él con gesto desdeñoso.

—Tercero —dijo—, nunca habría dicho que ibas a dejarte impresionar por un acento sofisticado.

—Yo tampoco —repuso Eddie, conjurando la réplica cortante del contraamaestre.

Se adentró en el barco vacío para devolver la taza de Chispas a la cocina, donde encontró al contraamaestre bebiendo café y leyendo. Al ver a Eddie, se levantó y cerró el libro de golpe, marcando el punto con dos dedos. Eddie también se quedó de una pieza.

—Me sorprende que no haya dejado el barco, contraamaestre —dijo.

—¿Qué motivo puede tener para estar sorprendido, tercero? —dijo el contraamaestre en tono desagradable. Era evidente que no esperaba toparse con nadie y parecía malhumorado.

—No es la primera vez que viajamos juntos —le recordó Eddie—, y recuerdo que bajaba a tierra firme siempre que tenía ocasión.

—Lo mismo que usted, si la memoria no me falla —respondió el contraamaestre—. A lo mejor su vertiginoso ascenso pueda explicar su cambio de rutina. Nótese que simplemente estoy especulando: no es asunto mío lo

que haga o deje de hacer con su libertad, lo mismo que no es asunto suyo lo que yo haga con la mía.

—No hace falta que se sulfure —dijo Eddie—, sólo pretendía conversar un poco.

El contraamaestre le dirigió una mirada de escepticismo sin apartar el dedo que le servía de punto de libro. Eddie se fijó en el sorprendente contraste entre su palma rosada y la iridiscencia negro azulada de su piel. Cuando había trabajado a las órdenes del contraamaestre, aquellos destellos rosados solían fascinar a Eddie como un batido de alas.

—Conversar tiene su gracia, no lo niego —dijo el contraamaestre—. Sin embargo, en el presente caso la explicación me parece insincera por el simple motivo de que ignora nuestra acrimonia. Estamos, por así decirlo, más allá de toda conversación posible. *Ipsa post facto*, no puedo tomarme su dicho al pie de la letra.

—¿Habla así con todo el mundo?

—¿Qué propósito puede tener esa pregunta, tercero? —estalló el contraamaestre, levantando las manos con desesperación y perdiendo el punto—. ¿La formula de manera retórica o literal?

—Literal —dijo Eddie, aunque no estaba muy seguro de la diferencia.

—De acuerdo, muy bien. Es usted un hombre literal, tercero, y le daré una respuesta literal y, si me lo permite, rotundamente franca. —El contraamaestre dio un paso hacia él y bajó el tono de voz—. No, no hablo así con todo el mundo: los hombres que se encuentran tan alejados de mi ámbito intelectual no suelen ansiar interacciones tan dilatadas y constantes como hace usted. Sus motivos para persistir en el intento se me escapan, lo confieso. Podría especular, por supuesto, pero sería un ejercicio absurdo, en parte porque requeriría un mínimo de cercanía entre nuestros mundos interiores, algo de lo que dudo sinceramente, pero también porque daría a entender que me importa lo que a usted lo mueve y lo motiva, tercero, lo cual es falso.

Eddie hacía ya rato que se había perdido, pero sabía que lo estaba insultando. Notó que le subía la sangre a la cara.

—Pues muy bien —dijo—. Buenas noches.

Acto seguido dio media vuelta y se marchó de la cocina mientras a duras penas conseguía regocijarse de la cara de sorpresa que había puesto el contraamaestre. Eddie se sentía como un perro apaleado, pero sabía que la culpa era suya. ¿Qué quería del contraamaestre? No lo sabía.

Al día siguiente por la tarde, dejó el barco con los cadetes y bajó a explorar Ciudad del Cabo. Era más grande de lo que había esperado: una

verdadera ciudad agazapada bajo la mirada de arcilla de la Montaña de la Mesa. Los cadetes compraron chocolate y naranjas *satsuma*; Eddie compró cigarrillos Player's Navy Cut y se los fumó caminando por la calle Adderly, una ancha avenida flanqueada de edificios con columnatas. Al cabo de veinte minutos comprendió por qué el contraamaestre había permanecido a bordo: los negros vivían separados de los blancos en todos los ámbitos; en los autobuses, en las tiendas, en los teatros, en los cines... Eddie estaba acostumbrado a ver cómo maltrataban a los negros: en los muelles del West Side, a los italianos los trataban como a negros, y a los negros como a algo peor; aun así, se quedó estupefacto al ver cómo un policía le ordenaba a una anciana negra que abandonara el banco donde se había sentado para descansar con sus bolsas de la compra. Por pura dignidad, el contraamaestre no iba a poner un pie en un lugar como aquél. Eddie no podía sino admirar la templanza de un hombre que renunciaba a pisar tierra firme después de cuarenta y siete días en alta mar simplemente por principios.

Cuando cayó la noche, Eddie llevó a los cadetes a un club nocturno que había oído mencionar al teniente Rosen durante la comida. Tal como Eddie esperaba, Rosen también estaba allí, junto con el alférez Wyckoff. Ambos invitaron a Eddie y a los cadetes a su mesa. Rosen era un judío apuesto, un reservista que trabajaba en publicidad; Wyckoff, que aparentaba diez años menos, era un tipo entusiasta, rollizo y pecoso. Con gran euforia le contó a Eddie cómo esa misma tarde él y Rosen habían visitado unos viñedos en compañía de sus anfitriones sudafricanos. Habían asistido a la vendimia y Wyckoff había comprado dos cajas de vinos.

—¿Vino? —dijo Eddie—. Me toma el pelo.

Pero Wyckoff hablaba en serio. Al terminar la guerra, esperaba convertirse en comerciante vinícola.

—A mí el vino no me ha interesado nunca —admitió Eddie, aunque le gustaba el champán mezclado con Guinness, una bebida conocida como «terciopelo negro».

—Lo haré cambiar de opinión, se lo prometo —dijo Wyckoff ya en el papel de vendedor.

Una gran orquesta interpretaba *Blanca Navidad*, que combinaba mal con el olor a cítricos maduros. Había mulatas sentadas a las mesas de los oficiales aliados y bailando con ellos. No eran prostitutas, ni siquiera chicas de compañía a quienes el bar pagara por animar a los marineros a invitarlas a beber. Lo más probable era que fueran oficinistas o dependientas. Si en algún caso había dinero que cambiaba de manos, se trataba de un regalo, en

absoluto del pago de honorarios. Eddie había tomado parte en numerosos arreglos de aquella índole a lo largo de los años, pero de pronto se sorprendió contemplando la escena que tenía ante él con desdén. Entonces se dio cuenta de por qué: la estaba viendo con los ojos del contraamaestre.

El día antes de zarpar, Farmingdale no se presentó al servicio y no hubo forma de encontrarlo. El *Elizabeth Seaman* no podía zarpar sin su segundo oficial, de modo que perdió el convoy con el que debía atravesar el canal de Mozambique, una zona marítima entre Madagascar y la costa africana donde numerosas embarcaciones habían sucumbido a las jaurías de submarinos nazis. Farmingdale apareció tres días más tarde en la prisión militar. Su ofensa era tan grave que el ejército se negó a ponerlo en libertad hasta que el *Elizabeth Seaman* estuvo preparado para soltar amarras.

El 9 de marzo, la policía militar depositó al segundo oficial en la pasarela y desde allí fue llevado directamente al despacho del capitán. Por mucho que Kittredge pareciera un niño bonito, nadie dudó que le cantarían las cuarenta a Farmingdale: si algo no soportaba el capitán era quedarse atrás. El *Elizabeth Seaman*, ahora rezagado, se vio obligado a navegar por su cuenta siguiendo un curso evasivo (veinte grados a la derecha durante diez minutos, luego veinte grados a la izquierda y de vuelta al curso original diez minutos más, etcétera) no sólo por la noche, cuando los submarinos estaban más activos, sino también durante todo el día. El buque navegó hacia el canal de Mozambique con los pescantes extendidos y los hombres preparados para arriar los botes salvavidas si un torpedo alcanzaba el barco.

Farmingdale se había convertido en un paria. Dos días seguidos se presentó tarde a la comida y tuvo que sentarse a la mesita de los cadetes. Lucía una sonrisa quijotesca, como si su ostracismo fuera una suerte de privilegio. El tercer día, Eddie intentó dar muestras de indulgencia cuando Farmingdale fue a relevarlo de la guardia matutina, y lo saludó efusivamente e incluso le dio una palmada conciliadora mientras le comunicaba su rumbo y posición, pero Farmingdale soltó un suspiro de impaciencia ante aquella maniobra tan obvia y apartó la mirada acariciándose la barba cana, como si allí residiera su fuente secreta de fuerza.

Aquella tarde, Chispas recibió un segundo mensaje de radio dirigido al *Elizabeth Seaman*, que modificó el rumbo. Poco antes de la medianoche, en un punto de encuentro situado a ochenta kilómetros al noreste de Durban, setenta y siete embarcaciones se materializaron alrededor de ellos como por

intervención divina. Fue necesario un gran esfuerzo para lograr que el *Elizabeth Seaman* maniobrara hasta su posición sin colisionar con el resto de las embarcaciones. Excepto por una luz débil en la popa, todas estaban completamente a oscuras. Eddie se colocó junto al capitán en el puente volante, usando el telégrafo de la sala de máquinas para comunicar la velocidad y la dirección a los ingenieros. No pudo evitar atribuirle poderes casi sobrenaturales a Kittredge: su buena suerte típicamente estadounidense había sido de gran ayuda. Eddie llevaba toda su vida anhelando aquella suerte y la buscaba de todas las formas posibles, aunque a lo mejor tener suerte suponía, precisamente, no tener que buscarla.

El rumbo del convoy se comunicó, por código morse, con unos faros señalizadores cuyo funcionamiento recordaba las persianas venecianas. Desde el barco del comodoro, en medio de la primera fila, la señal se transmitió hacia la parte trasera del convoy pasando por cada columna de embarcaciones, un proceso que requirió prácticamente treinta minutos. De este modo, como una masa invisible, el convoy puso rumbo de cuarenta y tres grados hacia el canal de Mozambique.

A la salida del sol, y mientras se cumplía la orden de zafarrancho de combate, Eddie miró por encima del hombro del primer oficial y contempló aquel océano en el que casi ochenta embarcaciones se habían ordenado, según un diseño de dimensiones inmensas, con el esplendor ritual de un tablero de ajedrez.

—Nunca había visto nada tan hermoso —dijo.

—Es más bonito cuando estás en medio —respondió el primer oficial con una sonrisita, ya que su posición los había dejado peligrosamente cerca de una de las «esquinas ataúd», las más vulnerables a los submarinos. No importaba: aquella convergencia era tan espectacular, tan monumental en tamaño y envergadura, que formando parte de ella Eddie se sentía invencible. Había barcos con bandera de Portugal, de la Francia Libre, de Brasil, de Panamá y de Sudáfrica. En el carguero holandés a estribor, dos niños corrían entre las sábanas colgadas en las cuerdas para la colada. Al parecer, el capitán del barco se había marchado de Holanda con su familia para huir de los nazis.

Quince embarcaciones escolta, más pequeñas y rápidas (destruidores y corbetas), revoloteaban alrededor de los buques en formación como caballos de la policía en un desfile. Si bien el convoy no se detendría por un barco averiado, una embarcación escolta sí se quedaría rezagada y ayudaría a rescatar a la tripulación. Aquel hecho, más que cualquier otro, suponía un alivio para Eddie.

A bordo del *Elizabeth Seaman* había un solo hombre insatisfecho con aquella nueva situación: el capitán. Un convoy siempre tenía que avanzar a la velocidad del barco más lento, y como éste incluía un vapor panameño, todos los barcos se veían limitados a navegar a ocho nudos.

—Avanzábamos más deprisa cuando íbamos en zigzag —se quejó Kittredge al ingeniero jefe, que se sentó a su derecha durante la comida.

Pasada la medianoche, después de que lo relevara Farmingdale (que seguía esbozando aquella sonrisa enigmática), Eddie encontró a Wyckoff, el alférez, esperándolo delante de su camarote con una botella de vino en las manos.

—Nos lo tomaremos fuera —dijo—. Hace una noche perfecta. El lugar donde se bebe importa tanto como el vino.

Se sentaron encima de la escotilla número dos. La noche era fresca y clara, el mar agitado apenas visible bajo una rodaja de luna. Eddie no veía los barcos a su alrededor, pero percibía la densidad del grupo: ciento cincuenta metros por adelante y por detrás, trescientos metros de ancho, todos avanzando juntos a través de las olas como un rebaño espectral. Eddie oyó cómo Wyckoff descorchaba la botella y percibió el olor ácido y amaderado del vino. El alférez sirvió un poco de vino en dos tazas esmaltadas.

—No se lo beba todavía —le advirtió cuando Eddie ya iba a levantar la suya—, déjelo respirar.

La Cruz del Sur pendía sobre el horizonte. Eddie prefería el firmamento meridional: era más brillante y contenía más planetas.

—Vale, ya —dijo Wyckoff pasado un rato—. Tome un sorbo y muévelo por toda la boca antes de tragárselo.

Sonaba a majadería, pero Eddie hizo lo que le sugería. Al principio notó tan sólo la aspereza que siempre lo había molestado del vino, pero ésta dio paso a un sabor agradable de fruta madurísima, casi con un punto de descomposición en el paladar.

—Mejor —dijo sorprendido.

Bebieron juntos contemplando las estrellas. Después de la guerra, dijo Wyckoff, tenía la esperanza de encontrar trabajo plantando vid en los valles del norte de San Francisco. Había habido viñedos allí, pero durante la Ley Seca los agentes los habían incendiado.

—¿Y usted, tercero? —preguntó—. ¿Qué planes tiene para después de la guerra?

Eddie sabía exactamente lo que quería decir, pero esperó un buen rato hasta estar seguro.

—Volveré a casa, a Nueva York —dijo—: tengo una hija allí.

—¿Cómo se llama?

—Anna.

Aquellas sílabas, que Eddie no había pronunciado desde hacía años, parecieron chocar entre ellas con el estruendo de unos platillos y dejar atrás un eco metálico. Apartó la mirada, avergonzado, pero a medida que fueron pasando los segundos sin reacción por parte de Wyckoff, Eddie comprendió lo mundana que resultaba su revelación. A esas alturas, la mayor parte de los hombres que viajaban en los buques había dejado atrás su vida: la guerra lo había convertido en alguien perfectamente ordinario.

—¿Qué edad tiene su hija? —preguntó Wyckoff.

Eddie necesitó un momento para calcularlo.

—Veinte años —dijo sorprendido—: cumplió los veinte la semana pasada.

—¡Ya es mayor!

—Sí, supongo que a los veinte ya se es mayor.

—Yo tengo veintiuno —dijo Wyckoff.

Algunas noches, en el canal de Mozambique, los barcos escoltas soltaban cargas de profundidad que estallaban produciendo un sonido parecido al de la crepitación del fuego. La sirena que llamaba a zafarrancho de combate sonaba y sonaba hasta que estaban todos en cubierta y el convoy avanzaba en zigzag un buen trecho. Eddie permanecía en el puente volante, con los ojos abiertos como platos, tratando de mantener la posición del *Elizabeth Seaman* entre las filas y columnas de barcos oscuros que viraban sin parar. Cuando se dejaba caer en la cama, dormía mal, con Anna merodeando por sus pensamientos como un fantasma.

—Quiero ir contigo.

—Los niños no pueden entrar, bichito.

—Yo siempre iba contigo.

—Estos lugares son distintos.

—Hasta hace nada yo siempre iba contigo.

—Lo siento.

—¿He cambiado?

—Bueno, has crecido.

—¿He crecido de repente?

—No, crecer no funciona así: es gradual.

—Pero ¿tú te has dado cuenta de repente de que he crecido?

—Puede ser.

—¿Y de qué te has dado cuenta?

—Por favor, Anna...

—¿Cuándo te has dado cuenta?

—Por favor.

—Me desquitaré de ti —dijo ella con voz dura después de una pausa larga.

—No te lo recomiendo.

—Seré una vaga.

—Eso sería castigarte a ti misma.

—Comeré demasiados dulces.

—Terminarás sin dientes, como la señora Adair.

—Me ensuciaré la ropa.

—Eso sería castigar a mamá.

—Seré una fresca.
—¿Perdón?
—Una fresca, como la tía Brianne.
Eddie le pegó un guantazo.
—Eso no vuelvas a decirlo nunca más.
Con los ojos secos, Anna se llevó una mano a la mejilla.
—Pues déjame ir contigo.

Pasados siete días, el convoy dejó el canal de Mozambique sin haber perdido una sola embarcación. Oleadas de buques empezaron a separarse: unos partían al oeste, hacia Mombasa, otros hacia Ceilán e Indonesia. El *Elizabeth Seaman* quedó ubicado dentro de un convoy más pequeño, formado por dieciocho buques y cuatro barcos escolta. Todavía tenían que cargar con el peñazo del vapor panameño, que para colmo había quedado situado justo enfrente de ellos. Varias veces al día, cuando el vapor limpiaba sus chimeneas, el *Elizabeth Seaman* quedaba completamente cubierto de polvo de hollín. El capitán Kittredge se lo sacudía de las mangas y maldecía aquel ritmo glacial al que avanzaban. Mientras surcaban las aguas del océano Índico, encalmadas y azulísimas, Eddie reparó en la impaciencia creciente del capitán con una curiosidad igualmente creciente. Kittredge no estaba acostumbrado a que le negaran lo que deseaba; ¿cómo iba a soportar varias semanas más a ritmo de vapor?

Eddie no tuvo ocasión de averiguarlo. Antes de llegar a las Seychelles, una señal por banderas les indicó que el convoy debía dispersarse. Los buques empezaron a alejarse unos de otros en lo que parecía una versión onírica, a cámara lenta, de una bandada de pájaros. Su progreso era tan pequeño que en un primer momento dio la impresión de que nunca iban a perderse completamente de vista. Sin embargo, al cabo de apenas tres horas, incluso el vapor se había desvanecido.

Como nuevo *ombudsman* de Dexter Styles, Eddie visitaba moteles de carretera, casinos, restaurantes y partidas de póker. Adoptaba el aspecto de un forastero con dinero en el bolsillo: a principios de 1935 nadie rechazaba a un hombre así. Si coincidía con alguien que conocía, lo saludaba con entusiasmo, lo invitaba a una copa y acto seguido se marchaba para regresar al día siguiente. Necesitaba más de una visita para introducirse bajo la superficie de

un negocio, y Styles le daba dinero suficiente para gastos. Ésas eran las únicas bolsas que Eddie todavía cargaba.

Al principio se reunía con Styles más o menos cada dos semanas en el cobertizo del embarcadero de Manhattan Beach para darle el parte de sus hallazgos. Las partidas apañadas eran el pan de cada día, pero también observaba otras cosas que intuía, a menudo correctamente, que serían del interés de Styles: un chef que hacía de chulo para las cigarreras, crupieres drogadictos que amañaban partidas a cambio de un pico, bailarinas a las que sospechaba que alguien estaba chantajeando.

—Está usted en todo, señor Kerrigan.

—¿No era ésa mi misión?

—No invente historias para distraerme.

—No sabría ni por dónde empezar.

Al final de cada visita, Styles le proporcionaba un par de direcciones más.

—¿No tendría que anotarlas?

—No es necesario.

—Es usted muy listo, ¿no?

—No fui a Harvard, si se refiere a eso.

Styles se rió.

—Si hubiera ido, lo echaría ahora mismo.

—Ya conoce el dicho —dijo Eddie—: «No lo escribas si puedes hablarlo, no lo hables si puedes decirlo por señas.»

—Eso lo dijo un irlandés —respondió Styles encantado.

Eddie le guiñó el ojo.

Le había dicho a Dunellen que había encontrado trabajo en un teatro, como antes de la Depresión. Era un mundo demasiado alejado del de Dunellen como para que éste se diera cuenta de lo absurda que era su historia. De hecho, pareció aliviado de poder sacar a Eddie de la nómina, porque los sentimientos que los unían le hacían que le fuera imposible mostrar toda su crueldad. Traspasó las responsabilidades de cobrador de Eddie a otro hombre desesperado, O'Bannon, pero pronto empezó a lamentarlo porque éste no sabía hacer el trabajo.

—No tiene tu mano izquierda, Ed —le lloriqueó en el Sonny's, donde Eddie todavía se dejaba caer con cierta regularidad—. Banny entra en un local y atrae todas las miradas. Dejó caer un sobre en Dinty Moore's, ¿te lo puedes creer? Los billetes se desperdigaron por todas partes, pero era como si tuvieran la lepra: no los quiso nadie, o al menos eso me contaron. Los

camareros se furraron. «Banny —le dije—, otra como ésa y te tiro del muelle yo mismo: se lo podrás contar a los peces.»

Dunellen movió como pudo su corpachón y se encogió de hombros con un gesto que denotaba un prolongado sufrimiento.

—Pero su mujer se está quedando ciega y tienen cinco niños pequeños... No puedo dejarlo colgado.

Levantó sus ojillos hacia el cielo y echó un vistazo a sus matones, que estaban apostados en la puerta.

—Eres demasiado bueno, Dunny —dijo Eddie casi riéndose—, demasiado bueno. Pero ten cuidado, amigo mío: el mundo intentará aprovecharse de tu buen corazón.

—Ahora que sacas el tema, Ed —dijo Dunellen bajando la voz—, seguí tu consejo sobre el espagueti.

Había tantos espaguetis que habían ofendido a Dunellen que Eddie no estaba seguro de a cuál se refería.

—¿Y...?

—He llegado a un acuerdo con Tancredo.

Eddie se acordó: los pesos superligeros de Dunny. Tancredo le había estado apretando las tuercas para que lucharan.

—Me humillé delante de aquel espagueti, rodilla en tierra. Le dejé que me restregara la cara por el barro.

Eddie escuchó con preocupación. La imagen de Dunellen postrado delataba una situación que fácilmente podía derivar en violencia, pero entonces una sonrisa débil acudió a los labios de Dunellen.

—Ha sido el mejor consejo que me hayan dado nunca.

—¿En serio? —dijo Eddie, respirando aliviado.

—Mis chicos están ganando, Ed —dijo Dunellen con el sonrojo de quien revela un secreto—. Están que se salen: sólo necesitaban una oportunidad, un trato justo.

—Me alegra oírlo, Dunny.

—Haríamos cualquier cosa por nuestros hijos, ¿verdad, Ed? Dejaríamos que nos pisotearan, que nos escupieran, que se nos cagaran encima, que nos machacaran. Todo vale la pena con tal de que sean felices.

El masoquismo no le pegaba a Dunellen; Eddie quería acabar con aquello.

—Claro que sí, Dunny —dijo—, pero tampoco te pases: busca una salida y aprovecha para largarte.

Dunellen asintió y miró fijamente a Eddie. Se encontraban una vez más en el horizonte de aquella historia que siempre estaba entre ellos como el mapa

de un tesoro enterrado: las aguas revueltas, el pánico, el rescate; el esfuerzo de avanzar nadando en paralelo a la costa buscando la forma de volver a tierra. Al mismo tiempo, Eddie le estaba explicando a Dunellen por qué lo había dejado de lado; por qué «lo había jodido», tal como seguramente habría dicho Dunny si se hubiera olido para quién trabajaba ahora Eddie. La alineación precisa de esas esferas hizo que Eddie tuviera la sensación de estar viendo en todas direcciones a la vez.

—Tancredo no tiene por qué saberlo —lo advirtió Eddie—. Es mejor que no lo sepa nunca. Tú cuida tus intereses.

Dunellen asintió con la cabeza, atento.

Eddie tomó prestado el Duesenberg y llevó a toda su familia a una tienda de suministros médicos en Paramus, Nueva Jersey, donde le tomaron las medidas a Lydia para la silla. El resultado fue una auténtica transformación: a las nueve, se incorporó al mundo vertical por primera vez en su vida. Ahora se sentaba a la mesa para comer, Agnes se la llevaba a pasear, Anna la llevaba a la ventana y miraban cómo los gorriones picoteaban las migas de pan que había dejado en el alféizar. Desde detrás, Eddie no percibía ninguna diferencia evidente entre ambas.

Una vez, mientras Agnes le cambiaba el pañal a Lydia, el repartidor de hielo no quiso esperar y se marchó. Eddie le compró a su mujer un refrigerador eléctrico que pagó íntegramente al contado: estaba harto de poseer cosas que en realidad no eran suyas. Durante días, los vecinos pasaron por la cocina para admirar aquel artículo de lujo mientras Lydia les sonreía desde su silla nueva.

El refrigerador emitía un zumbido lúgubre que impedía que Eddie conciliara el sueño. Cuando por fin lograba dormirse, soñaba que lo desenchufaba.

«Dale las gracias al señor Dunellen de mi parte», decía Agnes.

Y también: «¿Qué haríamos sin el sindicato?»

Y: «Caray, qué suerte tenemos, Ed. Fíjate en los demás.»

Ella decía todas esas cosas y Eddie sonreía y asentía en silencio, pero también detectaba un doble fondo en el entusiasmo de su esposa: una especie de cámara secreta que contenía todo lo que ella no quería decir. Agnes no era ninguna tonta. Evidentemente, se había dado cuenta de que de pronto trabajaba más horas, apenas cogía el Duesenberg prestado y ya nunca se llevaba a Anna con él. Pero Agnes, aparte de aquellas expresiones anodinas

relativas a su buena fortuna, no mencionaba nada de todo eso. Eddie experimentaba un placer mórbido observando la insinceridad de su mujer. Pero por la noche, cuando la abrazaba y examinaba su expresión preocupada, no veía rastro de traición.

Styles lo mandaba a Albany, a Saratoga y a Atlantic City. Quería conocer todos los negocios hasta el último detalle, como si Eddie fuera una cámara de cine. Nunca usaban nombres: parte del trabajo de Eddie consistía en fijarse en un detalle clave que permitiera reconocer a un hombre en cuestión. Las cicatrices eran el recurso más fácil, pero siempre había algo más: un exceso de brillantina en el pelo, un anillo, unos pantalones arrugados por los tobillos, una forma peculiar de caminar. Con las chicas era más difícil: «Rubia», «morena» y «guapa» era a lo máximo que llegaba. Lo importante eran los hombres a quienes acompañaban.

A Eddie lo fascinó la precisión con la que Styles había diagnosticado su profunda indiferencia. «Tú eres mis ojos y mis oídos», le decía a menudo, una descripción que a Eddie le gustaba mucho. Era un canalizador de los hechos, nada más. Transmitía conversaciones enteras sin saber quién las mantenía, e incluso cuando se enteraba, algo inevitable en el transcurso de dos años, no tenía una opinión al respecto. «No tiene nada que ver conmigo —se decía—. Sucede igual, tanto si yo estoy como si no.» Las consecuencias no eran cosa suya.

—Eres una máquina, Kerrigan. Una máquina humana. —Styles se maravillaba. Era un elogio. Con Eddie como sus ojos y oídos, Styles podía estar en cualquier lugar en cualquier momento: sólo tenía que ser curioso.

Poco a poco, la curiosidad de Styles sobrepasó el negocio que controlaba y se extendió también a mafiosos rivales e incluso a sus socios. En enero de 1937, Eddie acudió con su maleta de cartón (de las de «por favor que no llueva») a la taquilla de Easter Airlines de la avenida Vanderbilt. Allí subió con varios hombres más a una limusina rumbo al aeródromo de Newark. Se iba a Miami a vigilar a un hombre sobre el que Styles quería información. Iba a ser la primera vez que viajara en avión.

En el aeródromo, Eddie se quitó el sombrero con el corazón palpitando y agachó la cabeza para pasar por la portezuela del avión plateado. Cuando todos los pasajeros estuvieron a bordo, los propulsores empezaron a girar al otro lado de las ventanillas y el avión se desplazó por la pista, entre los campos nevados, acelerando hasta ese momento impresionante en que las

ruedas se separan del suelo y el aparato se eleva como una mota de ceniza llevada por el viento. Por un ojo de buey, Eddie contempló asombrado aquella réplica en miniatura de la ciudad de Nueva York: coches diminutos en calles diminutas, casas y árboles y campos de béisbol cubiertos de nieve, y finalmente el mar, una extensión de peltre abollado..., infinita incluso desde aquella altura. Una mujer lloraba junto a él, las manos unidas en gesto de plegaria. Admirando la grandiosidad indiferente de la tierra, Eddie tuvo la sensación de estar a punto de hacer un gran descubrimiento.

El aeroplano hizo escala en Washington D. C., Raleigh, Charleston, Jacksonville y Palm Beach antes de llegar a Miami, donde una luna a la altura de los ojos vertía plata sobre un mar de terciopelo negro. El aire olía a miel. Incluso en el aeropuerto, reinaba el estilo Palm Beach: esmóquines blancos y pálidas faldas de seda. A las nueve, Eddie ya había localizado al hombre de Styles: estaba sentado en la parte trasera de un casino. De rostro ceniciento y párpados pesados, tenía más aspecto de contable que de promotor de boxeo. Eddie intentó cubrir pérdidas a la ruleta mientras memorizaba la secuencia de visitantes que aquel tipo recibía en su mesa. Estaba tan concentrado que tardó un rato en percatarse de que la chica que se apoyaba en él frente a la rueda de la ruleta no lo hacía por error. O eso se dijo. Para cuando su objetivo se hubo marchado del casino, la decisión de Eddie de llevarse a la chica a su habitación de hotel parecía estar tomada.

Cuando se despertó al alba, las sábanas olían a un perfume desconocido. Lo invadieron el asco y la desolación. «No pasa nada —se dijo—, los hombres suelen hacer este tipo de cosas. Nadie se enterará.» Pero aquellas perogrulladas lo hicieron sentirse como si lo estuviera reconfortando un idiota. Salió del hotel y paseó por la arena de color cemento echando las colillas a las olas. Su único alivio provenía del hecho de repetirse que no había sido él quien se había acostado con la prostituta: él era los ojos y los oídos de Dexter Styles, ni más ni menos.

«Yo ni siquiera estoy aquí», se dijo Eddie en más de una ocasión, una frase que le provocaba cada vez un estallido analgésico.

Esa noche, en una mesa de póker que le ofrecía una nueva perspectiva de su objetivo, a Eddie le llamó la atención cierta forma de caminar que le resultaba familiar, algo así como el paso de una mujer con callos en los pies y cargada con demasiadas bolsas de comida. Era John Dunellen. Éste atravesó el casino con una cojera que Eddie no le había visto antes, aunque hacía bastante que no lo veía. Su presencia allí lo sorprendió hasta el punto de que tardó un rato en caer en la cuenta de que debía esconderse. Si Dunellen

hubiera estado en su elemento, habría sido demasiado tarde, pero estaba muy lejos de su elemento. Se acercó tambaleándose a la mesa que Eddie había estado vigilando (la de Tancredo, comprendió de pronto, aunque a lo mejor ya lo sabía), se dejó caer en la silla e inclinó la cabeza con una expresión de abyección en el rostro que a Eddie le resultó doloroso presenciar, aunque fuera a escondidas. ¿Cómo era posible que su viejo amigo hubiera caído tan bajo? La reunión fue insultantemente breve. Tancredo se despidió de Dunellen con un gesto de cabeza hasta tal punto seco y desconsiderado que Eddie se estremeció. Dunellen se puso de pie y salió dando bandazos entre las mesas de juego con paso vacilante. Eddie temió que fuera a caerse encima de una mesa mandando a volar fichas y sillas. A Eddie le daba pánico aquella posibilidad, más aún sabiendo que tendría que quedarse sentado sin hacer nada.

Dunellen estaba ya cerca de una lejana salida cuando su cojera disminuyó y a Eddie le pareció detectar un destello de diversión en su mirada. En aquel momento, Eddie comprendió, con vertiginoso placer, que la pantomima de su amigo lo había cegado también a él. Su cojera era fingida. Su actitud suplicante era fingida. Dunellen le estaba dorando la píldora a Tancredo casi con exageración, pero lo cierto era que había logrado engañar a Eddie. Dunny no se había rendido a los espaguetis, ¡por Dios! Había seguido el consejo de Eddie y había encontrado una salida. Pero todavía más sorprendente que el espectáculo de la farsa de Dunellen fue el placer que éste le produjo a Eddie. ¡Cómo quería a Dunny! ¡Y qué ganas tenía de que ganara! Le habría encantado acercarse corriendo a su viejo amigo y besarle esas mejillas caídas.

En su parte a Styles, Eddie no mencionó a Dunellen.

Eddie se confesó en una iglesia donde nunca había estado para que el cura no lo reconociera, y éste le mandó rezar un rosario como penitencia. Demasiado fácil. La desesperación lo envolvía con su manto negro y la imagen de una rueda de trolebús volvió a atravesar sus pensamientos. ¿Qué sentido tenía todo lo que había hecho, y lo que estaba haciendo, si al final terminaba retozando con prostitutas? Todo era un medio para alcanzar un fin, pero ¿cuál era ese fin?

En esas situaciones, instintivamente, solía recurrir a Anna.

—Bichito, me apetece una *charlotte russe* —le dijo un sábado en que Agnes había salido con Lydia—. ¿Y a ti?

—No me gustan, papá.

—¿Cómo? Pero si te encantaban.

—Son demasiado dulces.

Eddie miró atónito a Anna, sentada a la mesa de la cocina y rodeada de sus libros de texto, con la sensación de que hacía bastante tiempo que no se fijaba en ella. Tenía catorce años y era alta y encantadora, pero también menos singular que un tiempo atrás: cada vez se parecía más a las mujeres que él intentaba describirle a Dexter Styles.

—Acompáñame de todos modos —le dijo—, pide otra cosa.

Anna se levantó y se puso el abrigo. Mientras bajaban por la escalera, Eddie detectó en ella un aire taciturno, como si hubiera preferido estar haciendo otra cosa. Aquello lo intrigó. ¡Anna siempre quería ir con él! ¡Con lo que había protestado cuando había dejado de incluirla en su trabajo! Aunque, desde luego, de eso hacía bastante tiempo, casi dos años ya, se dijo con sorpresa tras contar los meses que hacía que trabajaba para Styles. Durante todo ese tiempo, Eddie había supuesto que él y Anna podrían volver a su situación anterior en cuanto él quisiera, pero ahora, por primera vez, dudaba que así fuera.

Se sentó al mostrador de White's. Anna pidió un refresco de chocolate, Eddie se mantuvo devotamente en la *charlotte russe*, que el señor White le sacó del escaparate. Mientras esperaban, Eddie se encendió un cigarrillo y le entregó a Anna el cupón del paquete. Ella lo miró de soslayo.

—Papá —dijo entonces con una carcajada de incredulidad—, ya no los colecciono.

—¿No? ¿Y qué hiciste con los que tenías?

—No me alcanzaban para ninguna de las cosas que quería.

—Pero a lo mejor ahora sí te alcanzarían.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Y qué importancia tiene?

No la tenía, pero quería que le importara a ella.

—Me parece una lástima tirarlos sin más.

—Te los habrías fumado de todos modos —dijo ella—, ¿o es que fumabas de más por mí?

Anna le lanzó una sonrisa cariñosa e indulgente, una sonrisa de mujer. Eddie se sintió profundamente incómodo.

—¿Cuándo dejaste de coleccionarlos? —Ella se encogió de hombros, un gesto que a él no le gustaba—. ¿Hace poco? —insistió Eddie bruscamente.

Anna evitó su mirada.

—No, hace mucho.

Un espectro élfico apareció de pronto junto a Eddie: era la vivaracha Anna de pequeña. ¿En qué lugar, en el interior de aquella chica lánguida e indiferente que tenía sentada a su lado y que se obstinaba en no mirar por la ventana, se escondía aquel espíritu parlanchín? El trabajo de Eddie consistía en percatarse de esas cosas. ¿Quién tenía que pasar para que ella levantara los ojos?

El señor White le pasó el refresco de chocolate por encima del mostrador y comieron en silencio. A Eddie no se le ocurría qué decir. Su mente sólo era capaz de volver al pasado: la bola de nieve, el beso secreto. Le habría gustado preguntarle a Anna si recordaba aquellos momentos, pero temía que ella le dijera que no; o, peor aún, que ya no significaran nada para ella.

¿Y qué ocurría con el resto de los días? Los cientos de días que habían pasado juntos, ¿por qué Eddie no lograba recordarlos?

—Tenías razón con la *charlotte russe* —dijo finalmente—: es demasiado dulce.

Más tarde se detuvieron delante de una droguería. Anna dijo que se iba a casa de Stella, pero Eddie percibió que le estaba mintiendo y empezó a sudar a pesar del frío. Algo en Anna había cambiado de forma profunda y definitiva, estaba seguro de ello. Había perdido a su hija de vista (para concentrarse en lo que Styles le pagaba por observar) y ésta se había extraviado.

El duendecillo espectral saltaba y brincaba, sacudía la mano de Eddie para llamar su atención, mirándolo desde abajo, charlando sin parar: horas y horas de conversación serpenteante e irreflexiva, como la cola de un perro, de un lado para otro, de un lado para otro.

Eddie contempló los ojos oscuros de Anna, sus espesas pestañas, intentando encontrar a aquel duendecillo, pero lo había desatendido durante demasiado tiempo y se había desvanecido: su lugar lo ocupaba una jovencita que apenas se acordaba de él y que sólo quería largarse.

A Dunellen le dispararon enfrente del Sonny's, quince veces, desde un automóvil en marcha, poco después de la medianoche. Era abril de 1937, tres meses después de que Eddie lo viera en Miami. Naturalmente, había testigos (Dunellen no estaba solo ni cuando iba a hacer pis), pero nadie dijo nada. Tenía un montón de enemigos, viejas rivalidades a causa de las contrataciones y el control de los muelles, pero todas aquellas diferencias se habían ido

cociendo a fuego lento durante años sin generar conflictos graves. Era una ejecución con sello italiano.

Dunellen pasó dos días en el hospital de Saint Vincent. La pasma iba y venía, aunque nadie esperaba arrancarle una sola palabra ni siquiera en caso de que lograra salir del coma y hablar.

Los viejos amigos del internado se reunieron en grupos de dos o tres en el vestíbulo del hospital, todos rondando ya los cuarenta, con el pelo ralo y las dentaduras incompletas. Eddie lloraba en brazos de sus amigos. «Tú lo conocías mejor que nadie», admitían todos. «Eras su preferido, y no es de extrañar: le salvaste la vida. Eso un hombre no lo olvida.» Eddie necesitaba aquellos testimonios que, sin embargo, lo consolaban sólo fugazmente. Tenía la sensación de que él mismo le había disparado a Dunny.

Reconoció a Bart Sheehan al instante, aunque hacía veinte años que no veía a su viejo amigo. Sheehan todavía conservaba todo el pelo, aunque ahora lo tenía entrecano y le hacía falta un buen corte. Parecía un hombre que vivía en mangas de camisa.

—En su día nos salvaste, Ed —dijo llorando, su rostro moreno transido de dolor—. Nos rescataste de las olas. Dios sabe que, de no ser por ti, hoy no estaría aquí.

El hecho de estar muerto no impidió a Dunellen presidir su velatorio, que duró dos días. En su ataúd, excesivamente grande, parecía una montaña de mineral: desde allí vigilaba la sala. Pese a los polvos y la capa de maquillaje, los agujeros de bala resultaban visibles en la sien, la frente y el cuello. Su esposa, Maggie, lloraba desconsoladamente, pero no recibía demasiadas muestras de simpatía. La mayoría interpretó su aflicción (lo mismo que su hábito de llevarse a su marido de los bares antes de hora) como otra manifestación de su negativa a «dejar que Dunny se divirtiera un poco».

Eddie pudo hablar con más calma con Sheehan en el velatorio. Su viejo amigo era viudo, tenía tres hijos y todavía vivía en el Bronx con su hermana soltera.

—He oído que eres abogado —dijo Eddie.

—Sí, en la oficina del procurador del Estado; ¿y tú, Ed?

—Bueno, hago un poco de todo.

—Son tiempos difíciles —dijo Bart, que por la respuesta vaga de Eddie interpretó erróneamente que no tenía trabajo—, yo tengo la suerte de trabajar para el Estado.

—¿En qué consiste tu trabajo? ¿Es como ser policía?

—Pero más limpio —dijo Bart, y se rieron los dos.

Un maremoto de dolientes entró en la iglesia del Ángel Guardián el domingo por la mañana para el funeral de Dunellen, muchos todavía borrachos, el resto con resaca. Eddie oyó susurros en otro banco: «Joe Ryan está en la iglesia.» ¿Qué mejor testamento al poder de Dunny que contar con la presencia del líder más corrupto de todos, el presidente de la Unión Internacional de Estibadores, en su funeral?

Agnes agarró a Eddie por el brazo. Un gaitero empezó a tocar en la escalinata de la iglesia y Eddie notó que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Qué significa esto para nosotros, cariño? —le preguntó Agnes con tal cara de angustia que Eddie se dio cuenta de que debía de sospechar menos de lo que él había creído. A lo mejor no sospechaba nada.

—Todo irá bien —murmuró él.

Sheehan se puso al otro lado de Eddie y los tres subieron por la escalinata cogidos del brazo. Una vez dentro, Eddie se acercó al oído de su viejo amigo.

—Hace tiempo, un pajarito me contó que estabas investigando al sindicato del crimen —susurró, y notó que Sheehan retrocedía sorprendido.

—Hay algo de cierto en ello —respondió éste con cautela.

—Es posible que pudiera... colaborar.

Bart le dirigió una mirada escéptica.

—¿Qué sabes tú de ese asunto?

—Lo sé todo —dijo Eddie.

Veinte minutos al sur del astillero de Red Hook donde se habían encontrado, el anciano al que todos llamaban «el capitán» empezó a hacer sonidos que parecían querer ser palabras. Apoyado en el exterior de una pequeña timonera con la cara desfigurada vuelta hacia el cielo como si alguien le estuviera tirando del pelo, gemía y plañía ante aquel rocío de estrellas, más estrellas de las que Anna hubiera visto jamás, incluso desde la cuesta durante los apagones.

—Ponto... chío... alcelo...

Anna se volvía hacia el capitán, alarmada, cada vez que éste abría la boca. Nadie más parecía hacerle caso, con la única excepción del timonel: un hombre de mirada vacía que ajustaba el timón de forma infinitesimal con cada nueva exclamación. Parecía menos un ser humano que una palanca que el capitán podía controlar con la mente.

Eran las once. La noche era clara y estaban a siete grados (una temperatura menos fría de lo esperable a principios de marzo), la luna baja y puntiaguda. Los focos reflectores perforaban el cielo en busca de aviones. El puerto estaba lleno de barcos invisibles. De vez en cuando, una forma gigantesca se aproximaba a la gabarra y el capitán soltaba un alarido al timonel que los apartaba del peligro, ágil como una mariposa, justo antes de que las olas de la estela de la embarcación los sacudieran. La Estatua de la Libertad era una silueta negra con una luz débil en la llama.

Incluso el capitán se quedó en silencio cuando se acercaron a los Narrows, la entrada de la bahía Lower, controlados por Fort Hamilton al este y por Fort Wadsworth, en Staten Island, al oeste. Dexter Styles le había asegurado que había «intercambiado unas palabras» con alguien de la guardia costera que intercedería a su favor si detenían la gabarra, pero nadie quería tener que llegar a eso. Durante tal vez diez minutos, lo único que se oyó en la embarcación fue el ruido del motor. Anna se preguntó si el calado sería lo bastante poco profundo como para no enredarse en las redes antisubmarinos, pero entonces se dio cuenta de que la puerta debía de estar abierta. Habían penetrado en la bahía Lower siguiendo a otros barcos (un convoy, quizá). Las bocinas y sirenas sonaban ahora más distantes y Anna notó que se levantaba una brisa que espoleaba el oleaje. Los cinco «canallas» (el término que había empleado Bascombe) de Dexter Styles estaban inclinados sobre la borda

sujetándose los sombreros. Estaban allí para operar los volantes del compresor de aire, pero su presencia en la gabarra tenía un efecto ominoso.

Sólo Marle y Bascombe seguían trabajando, inspeccionando y preparando el compresor que Dexter Styles había subido a bordo. Era un Morse Air Pump N.º 1 idéntico a los compresores del arsenal naval. Lo habían anclado en la proa y ahora estaban limpiando los tanques de aire, engrasando las bielas y lubricando las asas del cañón de la bomba con una mezcla de aceite y grafito. Les había costado sorprendentemente poco llevarse un par de cajones del arsenal naval (en cada uno había un traje de buzo de cien kilos), junto con seis mangueras de aire de quince metros, una bolsa de herramientas llena, dos cuchillos de buceo y una lata de piezas de repuesto. Había sido «casi demasiado fácil», habían dicho pavoneándose cuando Anna se había reunido con ellos en el exterior del astillero de Red Hook. Había tantos buzos que salían a trabajar al conducto de agua dulce que los guardias del arsenal apenas habían comprobado el material que habían sacado por la puerta de la calle Marshall y cargado en una camioneta que Marle le había pedido prestada a su tío.

Pasados los Narrows, la gabarra viró al este y pronto la silueta vaga del Parachute Drop se materializó a mano izquierda, junto con otros esqueletos del parque de atracciones: la Wonder Wheel y el Cyclone. Luego viró al sur y después al oeste; finalmente, Anna se desorientó. Pensó que a lo mejor habían salido del puerto de Nueva York y ya se adentraban en el Atlántico. ¿Hasta qué profundidad tendría que descender?

Dexter Styles estaba de pie en la zona de popa sujetándose el sombrero con una mano, y su semblante adusto intensificó los temores de Anna. Apenas habían intercambiado palabra durante el trayecto a Red Hook, y desde entonces ella no se había separado de Marle y Bascombe. La jovialidad de sus dos colegas mantenía a raya los malos presagios. Había acudido a ellos con ciertas reservas para exponerles el proyecto, temiendo que se lo tomaran a broma o llamaran a la policía, pero parecía que sumergirse en el puerto de Nueva York buscando un cadáver (en ningún momento le habían preguntado de quién se trataba) era exactamente el tipo de aventura cafre que echaban de menos en sus vidas. Anna se había sentido obligada a señalar posibles riesgos y obstáculos, pero ninguno de los dos había reaccionado. O a lo mejor era que la gracia estaba ni más ni menos en los riesgos y los obstáculos.

Cuando finalmente la gabarra empezó a reducir la velocidad, Anna se quitó el abrigo y los zapatos, se puso un conjunto de lana encima del mono y un gorro para mantener caliente la cabeza. Se enfundó el traje de lona sin

ayuda de nadie, mientras Bascombe y Marle probaban las escafandras y los acoples de las mangueras de aire. La luna proyectaba un camino de plumas que se abría débilmente hacia ellos sobre el agua. El timonel realizó una serie de ajustes y correcciones, dio un grito que a Anna le puso los pelos de punta y por último el motor se apagó. Los dos marineros de la gabarra, con los petos negros a causa del carbón que habían estado introduciendo en la caldera situada bajo cubierta, echaron la primera de las dos anclas dobles: una en cada extremo de la embarcación, para mantenerla inmóvil.

—¿Vosotros sabéis dónde estamos? —preguntó Anna a sus amigos.

—Ni idea —respondió Bascombe.

—En Staten Island —aseguró Marle—. Costa suroeste.

—Ya lo sabía —dijo Bascombe—, estaba poniéndote a prueba.

Su risa había adquirido un tono desafiante, como si sostener su exuberancia les supusiera un esfuerzo. Vistieron a Anna: primero las botas, anudadas y abrochadas; luego el cojín amortiguador de la escafandra. Tenían todos aquellos pasos tan interiorizados que ejecutarlos hizo que aquel entorno desconocido se volviera reconocible. Peto, pechera, abrazaderas, collar, juntas... Cuando ya estaba todo en su sitio excepto la escafandra, Marle llamó a los matones a los volantes del compresor. Éstos se pusieron a hacerlos girar obedientemente, apartándose entre sí con los codos en una demostración de entrega incansable. Dexter Styles lo observaba todo desde lejos; su expresión era el espejo de los miedos de Anna. Ella evitaba mirarlo.

Cuando ambas anclas estuvieron tensas y la barcaza estable, Marle realizó un sondeo de profundidad. Los nudos húmedos del cabo indicaron una profundidad de casi doce metros y la presencia de un fondo blando de arena y barro. Entonces Bascombe y Marle pasaron el cabo de descenso, y sus cincuenta kilos de peso, por encima del costado de estribor de la embarcación, cerca de la escalera de buceo. Anna y Marle ayudaron a Bascombe a colocarse el segundo traje; sólo la lona, sin los pesos. El entusiasmo de sus amigos se había evaporado y ahora se comportaban de forma profesional y competente. Anna se sentó en el taburete ya con todo el equipo, excepto la escafandra.

—Tengo que hablar con el señor Styles —dijo ella.

Éste llegó junto a ella al cabo de un instante y se arrodilló para mirarla a los ojos. Los de él tenían un aspecto cavernoso.

—¿Qué tengo que buscar? —preguntó.

—Ya lo sabes.

—Qué más, quiero decir.

Él necesitó un momento.

—Cuerdas, supongo. Algún tipo de peso. Una cadena, seguramente.

Entonces Anna levantó la voz para que Marle y Bascombe la oyeran.

—Estoy preparada —dijo.

Se levantó del taburete y se dirigió a la escalera con pasos pesados. Ellos le colocaron y enroscaron la escafandra, conectaron la manguera de aire y las cuerdas salvavidas a los pivotes cuello de cisne y comprobaron el suministro de aire. Marle le colocó la cuerda salvavidas debajo del brazo derecho y la manguera de aire bajo el izquierdo, y las amarró a los ojales metálicos de la parte delantera de la pechera. Cuando ya estaba a punto de subirse a la escalera, Bascombe la miró a través de la visera abierta y clavó sus ojos entornados en los de ella con una fijeza inusual.

—Esto no me gusta —dijo.

—Lo siento.

Él resopló.

—Bueno, no soy yo quien va a bajar.

—¿Qué puede salir mal? —preguntó ella, y sus palabras provocaron una carcajada.

Él le selló la visera y el frío silbido químico del aire llenó la boca y la nariz de Anna. Ésta descendió de espaldas por la escalera y, sin soltar el cabo de descenso, dejó que el puerto se la tragara. Había una corriente tremenda que la arrastraba con la fuerza de todo un océano. Entonces recordó la lección del teniente Axel sobre corrientes y se colocó de tal forma que ésta la empujara por la espalda, acercándola al cabo de descenso en lugar de separarla de él. Fue deslizándose, deslizándose. Había supuesto que no habría diferencia entre bucear de noche y hacerlo en la bahía de Wallabout, con su visibilidad escasa, pero resultó que en la opacidad fangosa de la bahía por lo menos veía un poco; allí, en cambio, no había diferencia alguna entre abrir los ojos y cerrarlos. Aquello producía una sensación inquietante, como si estuviera deslizándose hacia la nada o flotando en el vacío. Cuando finalmente llegó al fondo, agarró el cabo y parpadeó en la oscuridad, preguntándose si habría bajado demasiado rápido. Notó un tirón en la cuerda salvavidas que la sujetaba y lo devolvió. La corriente era más leve en el fondo. Anna cerró los ojos e inmediatamente se sintió más relajada. Aquélla era una ceguera que podía tolerar.

Sacó una cuerda de veinte metros de la bolsa de herramientas y rodeó con ella la cuerda de descenso, justo por encima del peso. Entonces, recordando un truco que le había enseñado el teniente Axel (le pareció increíble haber

prestado atención, incluso con Bascombe murmurándole al oído), encajó los dedos enguantados debajo del peso y le dio la vuelta, de modo que la cuerda de inspección quedaba encajada debajo del peso y podía deslizarse más cerca del fondo del puerto. Hizo un lazo con el otro extremo, se lo colocó alrededor de la muñeca y se alejó del peso hasta que la cuerda estuvo tensa. Entonces dejó la bolsa de herramientas en el suelo para marcar el inicio del círculo, se puso a gatas y empezó a arrastrarse por el suelo en dirección contraria a las agujas del reloj. Inmediatamente, la cuerda topó con protuberancias indefinidas del fondo marino. En un primer momento, Anna se sintió obligada a investigar cada interferencia, pero poco a poco empezó a ser capaz de distinguir los objetos de la simple orografía. Manteniendo los ojos cerrados, se esforzó por no pensar en la inmensidad que la rodeaba y que albergaba su diminuta soledad. Los buzos que habían trabajado en el conducto de agua dulce de Staten Island hablaban de barcos hundidos en el fondo del puerto, ostreros de cien años de antigüedad con ostras de un tamaño monstruoso, anguilas de quince metros de longitud... todas aquellas apariciones parecían insinuarse apenas fuera del alcance de los dedos de Anna. Se calmó pensando en cómo Marle debía de estar sujetando la cuerda salvavidas y la manguera de aire, reuniéndolas y soltándolas lentamente mientras ella se movía. La podían devolver a la superficie en cualquier momento, sólo tenía que dar cuatro tirones bruscos.

Dexter observó a sus chicos operando la bomba de aire como figuritas de un reloj. Desde que había empezado aquel trayecto, le estaba costando mucho hacer lo único que no se le daba bien: nada. Su inactividad hacía que todo lo que lo rodeaba se situara en una escala que iba de lo fastidioso a lo intolerable: los colegas de Anna sujetándole los tobillos para ayudarla a ponerse las botas, la mano del negro debajo de su barbilla mientras le colocaban el arnés, o lo que fuera. El aislamiento de aquellas tres figuras le daba envidia; no sólo de los hombres, sino de los tres. Trabajaban codo con codo, dos hombres y una chica, claramente a gusto. Incluso después de que le colocaran el traje de buzo y dejara de parecer una chica, Dexter seguía resentido por todos sus conocimientos compartidos, su terminología y su pericia. Mientras la ayudaban a meterse de espaldas en el agua, Dexter cogió un cigarrillo por primera vez en cinco años y se lo puso entre los labios. Enzo apareció inmediatamente entre las sombras para encendérselo.

Mareado por el humo tras aquella larga abstinencia, Dexter dispuso una silla junto al capitán y echó la cabeza hacia atrás en solidaridad con el viejo y su cuello paralizado. Una apoplejía. Incluso con aquel frío, al capitán le brillaba la cara de sudor. Dexter estaba lo bastante cerca como para percibir el olor del zumo de tomate que bebía casi constantemente (derramándose a mansalva sobre la ropa); para las úlceras, aseguraba, aunque a él le parecía que tanto zumo de tomate podía ser precisamente el motivo de dichas úlceras. Ahí estaba, en un cubo de latón a su lado. Un motín de estrellas brillaba en el cielo.

—Qué cosas, capitán —dijo Dexter—; quién habría dicho que había tantas estrellas justo encima de Nueva York.

El capitán tosió, nada impresionado. Era un capitán neoyorquino, acostumbrado a navegar orientándose por los edificios emblemáticos y las luces de la costa. Las estrellas lo confundían. Pero dentro del muelle, con sus vientos, corrientes y pasos estrechos, se conocía cada hueco y cada irregularidad, la posición de remolinos ignorados por las corrientes, lugares donde los objetos se hundían y nunca volvían a la orilla. Y sabía encontrar de nuevo aquellos lugares, o eso aseguraba.

—No se preocupe, capitán. Ya se acostumbrará a las estrellas. —El capitán emitió un ladrido de inconformidad que Dexter interpretó como que la guerra se terminaría, las luces volverían y Nueva York recuperaría su aspecto de siempre—. Tiene razón, naturalmente —dijo—. Pero dígame —añadió entonces, bajando la voz—: ¿está seguro de que es aquí? —El capitán soltó un gruñido de resentimiento ante la insinuación—. ¿Cómo puede saberlo, con lo distinto que es todo en la oscuridad?

El marinero se puso un dedo en la sien justo debajo del gorro blanco que siempre llevaba a bordo, cuya pulcritud almidonada contrastaba de un modo peculiar con la suciedad de las manchas de tomate.

—Nada se mueve —dijo, sorprendiendo a Dexter con la claridad de su dicción— aquí dentro.

—Ya veo.

Pronto la inquietud volvió a apoderarse de él. Se planteó intentar hablar con Nestor, el timonel, pero no habría servido de nada. Había sido un tipo parlanchín en su día, pero había dejado de hablar hacía años, después de un susto. Así pues, Dexter se acercó a la proa de la embarcación, donde sus chicos sudaban junto a la bomba de aire. Ahí estaba otro de los hombres del arsenal naval, un tipo rubio cuya cara de pocos amigos reflejaba una desaprobación tan densa que se habría podido untar pan con ella.

—¿Hacen girar las manivelas lo bastante rápido? —le preguntó Dexter.

—De momento, sí.

—Supongo que no dejarán de hacerlo.

—Más les vale.

Una provocación. La descarga eléctrica que produjo en Dexter le resultó tan tonificante y agradable que se abstuvo de recordar a aquel memo quién mandaba allí. En lugar de eso, se acercó al otro hombre del arsenal naval, el negro, que estaba de pie en el extremo opuesto de la gabarra, cerca de la escalera. Las cuerdas que habían atado a Anna le corrían entre los dedos y se enroscaban en el suelo de la barca. Tenía la vista fija en el agua.

—¿Qué está mirando exactamente? —preguntó Dexter.

—Las burbujas —dijo el negro sin mover los ojos—. ¿Ve cómo estallan? La corriente las arrastra, o sea que Anna no tiene por qué estar justo ahí.

Parecía amable, neutro, difícil de leer, cómo solía suceder con los negros; excepto para los otros negros, suponía.

—¿Cómo sabe dónde está?

El negro levantó las cuerdas que tenía en la mano.

—Las voy soltando y recogiendo a medida que ella se mueve, para que nunca queden demasiado sueltas. Así, si pega un tirón de aviso, lo noto.

—¿Es peligroso lo que está haciendo?

—Si todos hacemos bien nuestro trabajo, no.

Contemplaron las burbujas, un bullicio tenue sobre la superficie oscura del puerto.

—Y su compañero —dijo Dexter—, ¿por qué lleva puesto el traje de buzo?

—Siempre hay un segundo a punto por si las cuerdas se enredan o hay algún otro problema.

—¿Quién vigilaría la bomba de aire si él se sumergiera?

—¿Se presentaría voluntario, señor?

Dexter se rió, impresionado. En tan sólo cuatro palabras, el hombre había logrado generar un ambiente de familiaridad y a la vez asegurarle que comprendía perfectamente quién estaba al mando. Un diplomático.

—¿Esas máquinas pueden proporcionar aire suficiente para dos buzos? —preguntó Dexter.

—Están diseñadas para ello. En el arsenal usamos una por cada buzo, pero ésta ha demostrado una gran eficiencia. Con esos caballeros en las manivelas, podríamos sacarle el máximo rendimiento.

Dexter sonrió, satisfecho de haber recibido por fin el elogio que andaba buscando.

—Y pongamos que la máquina deja de funcionar —dijo—. Entonces ¿qué?

—Eso no tiene por qué suceder —dijo el negro sin cambiar el tono de voz, aunque Dexter percibió una punzada de recelo—, pero si sucediera, le quedarían unos ocho minutos de aire dentro del traje. Más que de sobra para sacarla.

En ese momento el negro debió de recibir una señal a través de la cuerda, ya que dio varios tirones, esperó un momento y volvió a tirar. Entonces caminó de espaldas por la borda hacia la popa, donde estaba su colega, soltando cuerda a medida que avanzaba y con los ojos todavía fijos en las burbujas. Tras una conversación breve, el rubio dejó la bomba de aire, levantó la cuerda de los pesos y tiró de ella rápidamente hacia la popa de la embarcación, donde estaba la bomba. Dexter se acercó al negro, que le explicó que «la submarinista», como la llamaba, había trazado un círculo completo con la cuerda sin encontrar nada y que se disponía a describir un segundo círculo en otra ubicación.

—Esto puede ser eterno —dijo Dexter—; ¿cuánto tiempo puede pasar ahí abajo?

—Dos horas sin ningún problema. A partir de ahí, tendría que descomprimirse al subir. Sólo tenemos una guindola para ello, pero nos apañaremos. —El negro echó un vistazo a su muñeca y Dexter vio que llevaba tres relojes—. Lleva treinta y ocho minutos ahí abajo.

—Me gustaría bajar y ayudarla a buscar —dijo Dexter. Lo había soltado impulsivamente; era una expresión de impaciencia, más que una propuesta como tal, pero en cuanto pronunció aquellas palabras, su mente se aferró a la idea—. Lo digo en serio.

El negro inclinó la cabeza educadamente.

—¿Ha buceado antes, señor?

—Aprendo rápido.

—Con todos los respetos, desde el punto de vista de la seguridad eso estaría fuera de discusión.

—No hay nada fuera de discusión —dijo Dexter amablemente—, siempre y cuando haya alguien dispuesto a discutir.

El negro volvió a clavar la vista en las burbujas. Dexter esperó, consciente de que el hombre era demasiado educado para ignorarlo durante demasiado tiempo. Efectivamente, pronto volvió a hablarle en su tono amable, razonable.

—Recibimos dos semanas de entrenamiento antes de la primera inmersión.

—Y, aun así, hubo una primera vez —dijo Dexter—. No lo habían hecho nunca y de pronto lo hicieron.

El negro inclinó la cabeza tratando de comprender sus intenciones.

—Hoy es ese día para mí.

El buzo blanco seguía observando los indicadores de la bomba y no daba señal de estar oyendo su conversación. Dexter se acercó a él y se aclaró la garganta. Habló en voz baja, para que pudiera oírlo el buzo pero no los chicos que operaban las manivelas.

—Me gustaría que me prestara ese traje para bajar yo mismo.

—Esto no funciona así —aseguró el buzo sin apartar los ojos de los indicadores.

—Puede funcionar de muchas maneras —señaló Dexter—. Como todo.

El tipo ni siquiera lo miró.

—Quiero ayudar, nada más. Le ahorraría tiempo. Y a usted lo necesitan aquí.

—No sería en absoluto una ayuda.

—¿Ve? Eso ha herido mis sentimientos.

—Sería tan sólo un riesgo y una distracción.

—¿Es el aire lo que lo preocupa? ¿Que una sola máquina tenga que abastecer a dos personas?

—Entre otras cosas.

—Si hay algún problema, córteme el aire —dijo Dexter—. Subiré flotando a la superficie. Tendría ocho minutos, ¿no?

Ahora sí tenía la atención de los dos buzos.

—¿Con su tamaño? —dijo el negro—. Menos.

—Háganlo de todos modos.

El buzo blanco soltó un resoplido de desprecio.

—No nos estaremos haciendo ningún favor si terminamos con su cuerpo en las manos.

—No habría ningún cuerpo.

Los dos hombres intercambiaron miradas.

—¿Por qué dice eso? —preguntó el negro.

—Capitán —llamó Dexter. El marinero se levantó más rápido que si le hubieran tirado un cazo de agua a la cara—. Venga aquí, hágame el favor.

El capitán se acercó cojeando penosamente como un insecto aplastado.

—Necesito tranquilizar a estos señores acerca de algo —dijo Dexter—. Si estirara la pata buceando en este puerto, ¿puede garantizarles que podrían marcharse sin ningún tipo de compromiso? ¿Que no tendrían ningún problema con la ley, el forense o el cartero?

El capitán asintió, respirando con dificultad. Dexter no estaba del todo seguro de que el anciano lo hubiera entendido.

—Con todos mis respetos —dijo el negro—, los cuerpos no desaparecen.

—Desde luego que sí —dijo Dexter—. Sí desaparecen. Ahora está en un mundo diferente, amigo mío. Puede que se parezca al que usted conoce, que tenga los mismos olores y sonidos que el que usted conoce, pero lo que sucede aquí no pasa al otro lado. Cuando se despierten mañana, nada de todo esto habrá pasado.

Se lo quedaron mirando como si estuviera trastornado. ¿Cómo podía explicarles el funcionamiento del mundo de las sombras de forma que pudiera persuadirlos? No tenía por qué hacerlo, naturalmente, pero Dexter siempre había preferido los argumentos a la fuerza bruta.

—Lo único que digo es que tenemos normas diferentes —dijo—, prácticas diferentes. Cosas que parecen imposibles en su mundo, en el mío suceden. Que los cuerpos desaparezcan, por ejemplo.

—¿Y qué me dice de nuestra buceadora? —preguntó el negro—. ¿Y si le pasa algo?

—No le pasará nada. En eso estamos todos de acuerdo. Pero yo soy diferente. Yo soy como... un reflejo. Una sombra —dijo Dexter, que andaba buscando articular algo que nunca antes había articulado y que ni siquiera terminaba de entender.

—Todo eso está muy bien —dijo el buzo blanco mirando a Dexter a la cara por primera vez. Una mirada dura, vuelta hacia dentro—, pero a mi modo de ver sólo hay un mundo, y sin oxígeno ninguno de nosotros dura demasiado. Los principiantes que intentan hacerse los héroes son un estorbo, pero los tontos que les permiten cagarla tienen la culpa de todo lo que luego salga mal. Le he dicho que no, colega. No le proporcionaré el material necesario para bucear en el puerto.

Dexter respiró hondo.

—He intentado razonar con usted —dijo—, pero parece que no funciona.

—Todavía es hora de que oiga una palabra razonable.

—Pues se lo ordeno: quítese el traje de buzo.

—Yo me debo a la Marina estadounidense, no a usted.

Un estallido de furia hizo burbujear los nervios de Dexter.

—La Marina estadounidense no está aquí ahora mismo —dijo en voz baja—, por lo menos yo no la veo.

—Sí está: controla el puerto, está por todas partes.

Dexter se volvió hacia el negro.

—¿A su amigo le falta un tornillo? —le preguntó lo bastante alto como para que el rubio lo oyera—. ¿No entiende que mis chicos pueden pegarle un tiro en la cabeza y tirarlo por la borda para que se lo coman los peces como quien pisa una cucaracha?

No había alzado mucho la voz, pero una descarga eléctrica, perceptible a pesar del viento, recorrió la embarcación. Enzo se aproximó dando zancadas.

—¿Tiene algún problema, jefe?

—No lo sé —dijo Dexter, mirando al negro—. ¿Lo tengo?

¿Quién mejor que un negro para saber cuándo el mundo te acaba de mandar a la lona? Tranquilamente, éste se acercó a su colega y empezó a hablarle al oído. Dexter sólo cazó algunas frases sueltas.

—... tampoco será tan difícil si...

—... el hecho de que Savino haya...

—... la Marina lo hace de forma rutinaria...

Dexter sabía que había ganado: el negro estaba a cargo. Efectivamente, volvió junto a Dexter y dijo:

—No queremos problemas, señor.

—Yo tampoco —dijo Dexter—, por eso le daré a su colega una última oportunidad de evitar la parte donde lo acojono tanto que se caga en los pantalones. Le aseguro que no es agradable.

El buzo blanco se había quedado lívido. Reflexivamente, volvió a concentrarse en los indicadores de la bomba de aire. Dexter se imaginó a sí mismo dentro de la mente de aquel hombre, experimentando la descompresión craneal que debía de estar sufriendo. Le disgustaba saber qué sentían los demás.

—Por Dios —le dijo el buzo blanco a su compañero con voz ronca de puro horror.

—Tampoco lo veo por aquí —le espetó Dexter.

Cuando Anna recibió la señal de que bajaba un segundo buzo, se preguntó si lo habría pedido por error. Entonces se le ocurrió que había pasado algo, más allá del hecho obvio de que había movido la cuerda ya en tres ocasiones (la última hasta el lado opuesto de la gabarra) y no había encontrado más que

un tonel roto y un tocón de árbol. Anna siguió arrastrándose por el suelo mientras el segundo buzo descendía, luego notó cómo éste levantaba la cuerda, la seguía hasta su posición y la obligaba a levantarse. Instintivamente abrió los ojos, pero por supuesto no vio nada.

Recordaba haber aprendido en clase que dos buzos podían oírse debajo del agua si sus escafandras se tocaban. Bascombe era más alto de lo que esperaba y tuvo que tirarle del brazo para que se agachara.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, pegando su escafandra a la de él.

La respuesta sonó distante, metálica, como una radio debajo de una manta. Lo que oyó fue:

—... Dexter.

—¿Qué pasa con Dexter?

—Soy yo, soy Dexter.

Pensó por un instante que Bascombe le tomaba el pelo, pero no podía imaginarlo bromeando en un momento como aquél.

—Eso es imposible.

—Parece que no lo es.

—Es... peligroso —balbució ella.

—Los caballeros de arriba ya se han encargado de dejármelo claro.

Anna intuyó vagamente lo feas que debían de haberse puesto las cosas justo antes de que Dexter Styles se pusiera el traje de buzo de Bascombe. Su mente dio un vuelco: tenía que centrarse.

—¿El compresor puede producir suficiente aire para los dos?

—¿Te cuesta respirar? —preguntó él.

Anna inspiró con fuerza y eso la calmó un poco. Había oído que la Marina a veces metía a hombres directamente en el agua con traje de buzo como primer paso en su proceso de selección. El aire que entraba en su escafandra era frío y seco, y tenía la mente clara.

—No —dijo—. Tengo aire suficiente; ¿y tú?

—Jamás he respirado mejor.

Era la verdad. Una vez que había ajustado la válvula de aire tal como le había indicado el negro quitándole el arnés de los hombros, Dexter había experimentado una euforia inexplicable mientras las botas lo hundían en el agua pesada, opresiva. Era como si un esfuerzo titánico que no era consciente de haber hecho estuviera finalmente a punto de dar sus frutos. Podía respirar. Podía respirar y caminar por el fondo del mar.

—Tengo miedo de que no encontremos nada —oyó decir a Anna—. ¿Cómo sabemos que estamos en el lugar correcto?

Su voz sonaba débil, como una llamada telefónica de larga distancia. El resultado era la singular combinación de intimidad y distancia que Dexter sentía cuando hablaba por teléfono y una persona en la lejanía parecía susurrar directamente en sus pensamientos.

—Lo encontraremos —dijo, y su propia voz sonó estruendosa en comparación—. El capitán conoce el lugar. Está aquí.

Aquella frase confundió a Anna. ¿El capitán estaba allí? La voz que llegaba a través de las escafandras carecía no sólo de volumen, sino también de sentimiento: sonaba como lo habría hecho una máquina si hubiera podido hablar. Pero aquellas palabras seguían presentes: «Está aquí.» De pronto, a Anna le vino una imagen enormemente vívida de su padre saliendo del agua en Coney Island, después de uno de sus baños matutinos, con el cuerpo mojado y reluciente. Un guiño y un saludo a los socorristas (lo miraban sorprendidos porque su turno había empezado después de que él se metiera en el agua) antes de secarse con la toalla que había dejado al lado de Anna en la arena, junto con su ropa y su billetera. Recordó la radiante felicidad que su padre desprendía después de aquellos chapuzones, como si se hubiera quitado de encima la melancolía que siempre lo acompañaba.

—Estoy aquí —dijo ella en voz baja—, yo también estoy aquí.

Dexter Styles pegó su escafandra a la de ella.

—Si tienes otra cuerda, podemos sujetarla entre ambos y así cubrir más terreno —dijo la versión mecánica de la voz de Dexter.

—Sí, tengo una.

Lo tomó de la mano y lo guió hasta el punto donde había empezado unos minutos antes, donde había dejado la bolsa de las herramientas. Dentro había una cuerda de diez metros con un acollador en cada extremo. Se pasó uno por la muñeca que le quedaba libre, la izquierda, y pasó el otro por la muñeca derecha de él, justo debajo de la muñequera. Con la escafandra pegada a la de él, dijo:

—Aléjate de mí hasta que la cuerda quede tensa, entonces arrástrate en la dirección en la que notes que me arrastro yo. Mantén la escafandra siempre más elevada que el cuerpo, no la dejes caer.

—De acuerdo.

Hizo lo que le había pedido, arrodillándose torpemente en el suelo cuando la cuerda se tensó. Notó lo mullido del fondo marino a través de la tela de caucho del traje de buzo. Acercó los guantes al suelo, teniendo cuidado de no bajar la cabeza, aunque se le había olvidado preguntar qué pasaría si lo hacía. La idea de gatear le resultaba grotescamente antinatural: ¿cuándo lo había

hecho por última vez, por el amor de Dios? Pero la cuerda le tiraba de la muñeca, de modo que gateó, primero de forma vacilante, con temor a agachar la cabeza. Cada vez que la cuerda presentaba la menor resistencia creía que habían encontrado algo, pero pronto se dio cuenta de que no eran más que montículos naturales y algas. Poco a poco, la naturaleza primaria del movimiento le fue vaciando la cabeza. Estaba gateando en la oscuridad. Gateando en la oscuridad. Estaba gateando. Gateando. Al cabo de un rato ya no recordaba por qué.

La obstrucción, cuando llegó, se produjo en la cuerda exterior que unía a Anna y a Dexter Styles. Ella soltó la cuerda del círculo interno (que la unía al peso) para poder gatear hacia él. Sólo entonces se dio cuenta del defecto de su plan: la cuerda que iba a soltar era su único vínculo con la embarcación. Se acordó de la primera vez que se había sumergido: la confusión que sintió tras vagar, desorientada, bajo el agua. Incluso en la bahía de Wallabout, tan luminosa y poco profunda en comparación, había sido incapaz de encontrar la cuerda de cáñamo de ocho centímetros. En el peor de los casos, Marle y Bascombe podrían rescatarla tirando de la cuerda salvavidas, pero ¿podrían sacar también a Dexter Styles?

No encontró alternativa, de modo que se soltó la cuerda del puño y gateó por la cuerda externa hasta llegar al obstáculo: una cadena gruesa conectada a un bloque de cemento. Notó cómo Dexter Styles se acercaba desde la dirección opuesta y lo sintió junto a ella. Anna encendió la linterna, su luz cetrina hizo que medio metro de bahía turbia cobrara vida. Los tres eslabones de la cadena estaban resbaladizos y cubiertos de flora subacuática, como si llevaran mucho tiempo sin moverse. Anna acercó el haz de luz, temerosa de lo que iba a encontrar. Acercó la escafandra a la de Styles y dijo:

—¿Tú qué crees?

—Sí, creo que es esto —contestó a un volumen apenas perceptible.

De pronto Anna sintió muy próxima la corazonada que la había estado angustiando toda la noche.

—Tengo miedo —dijo con el mismo tono monótono que la voz de él adquiriría cuando pasaba de un casco a otro. Aquel tono plano tuvo el extraño efecto de sofocar cualquier emoción que pudiera haber sentido. Sólo quedaron las palabras—. ¿Por qué lo mataron? —preguntó.

—Es lo que hacen cuando se enfadan.

—¿Era un criminal?

—No.

—¿Y por qué se enfadaron?

—Eso sólo lo sabe él.

—Voy a seguir buscando sin luz.

Sintió cómo Dexter se levantaba, tal vez para respetar su intimidad o porque prefería no saber qué encontraría. La cadena estaba tan enredada y ensortijada que parecía una masa sólida. Con gesto vacilante, Anna empezó a deshacer los pliegues y a tirar de ellos. Un candado enorme unía varios eslabones y los conectaba mediante un cáncamo al bloque de cemento. Anna metió los dedos entre los eslabones, buscando algo orgánico: tela, piel, hueso. No guardaba ningún recuerdo de cómo iba vestido su padre el día en que no había vuelto a casa, pero desde luego debía de llevar traje, corbata y sombrero; y zapatos, por supuesto. Notó una presión en el esternón, algo así como un huevo negro; dentro tan sólo había horror y repugnancia. Anna les tenía pavor a aquellas sensaciones, pero anhelaba un descubrimiento que pudiera liberarlas: alguna prueba de que él no se había ido, de que no la había abandonado. La necesidad de Anna de obtener aquella certeza la empujó a hundir los dedos en el barro, en la arena y entre los resbaladizos eslabones de la cadena. Pero no encontró ni zapatos, ni tela, ni huesos. ¿Era posible que se hubiera desvanecido por completo?

Al notar que estaba a punto de desfallecer, Anna se recordó lo cerca que estaba. Su mera presencia allí era un milagro: su única oportunidad. Esta toma de conciencia provocó un frenesí de nuevas excavaciones. Maldijo en voz baja como lo hacían los hombres del arsenal: «¡Joder! ¡Me cago en todo!» Siguió hundiendo los dedos hasta que un brillo detrás de sus párpados la distrajo. Quiso abrir los ojos para ahuyentarlo, pero se dio cuenta de que ya los tenía abiertos. El brillo llegaba de fuera, del agua misma, e iba cobrando intensidad a medida que Anna excavaba: naranja metálico, morado, verde, colores que no eran exactamente colores, como los tonos de un negativo fotográfico que había visto en una ocasión. Emanaban del lodo recién excavado y brillaban en el agua que la rodeaba.

Anna tiró de los cordones del traje de Dexter hasta que éste se agachó. Apoyó su casco en el de ella.

—¿Qué coño es esto?

—Fosforescencias. Seres acuáticos.

Lo había aprendido en una clase de buceo.

Él empezó a cavar también. La fosforescencia formó una nube a su alrededor, iluminando débilmente a Dexter Styles a su lado. Anna notó calor

en sus dedos, bajo la arena. Encontró un objeto redondo encajado en un eslabón enterrado de la cadena; hurgando con los guantes intentó liberarlo sin romper la cadenita que lo sostenía. Finalmente logró desencajar el disco y le dio la vuelta entre las manos. Más metal: qué decepción. Había una protuberancia o un tornillo que sobresalía del borde redondeado. Entonces, con un destello glacial, el objeto se hizo reconocible: un reloj de bolsillo. Anna soltó un grito que resonó dentro de su escafandra. Se acercó el reloj a la visera mientras Dexter Styles seguía cavando. En medio de aquella incandescencia, Anna apenas logró distinguir ese grabado intrincado y familiar con las iniciales de un desconocido.

Era el reloj de su padre.

Se puso a llorar. A pesar de los guantes, pudo seguir los surcos suaves del grabado. JDV: Jakob De Veer, el hombre que había ayudado a su padre cuando éste era un niño. Con el reloj en las manos, lloró hasta que empezó a sentirse aturrida por la humedad dentro de la escafandra. Abrió la válvula de aire y también la válvula suplementaria para renovar el aire de casco y traje. Todavía llorando, apoyó el casco en el de Dexter, consciente de que éste sólo oiría el eco mecánico de sus palabras y nada más.

—Lo he encontrado —dijo—. Está aquí.

Cuando empezaron a buscar la cuerda que habían soltado, Dexter hacía ya rato que sentía que le faltaba el aire. Gatear le costaba cada vez más, lo dejaba aturrido y con las piernas adormecidas. Sujetando la cuerda bien tensa entre ellos, se dirigieron lentamente hacia donde Anna creía que había quedado la cuerda vertical. Por suerte, la encontraron.

Dexter esperó mientras ella ascendía. Tenía una mano sobre la cuerda, así que notó cómo Anna se detenía unos minutos a medio camino para descomprimirse. Sintió un tirón cuando pasó de la cuerda a la escalera, y luego nada. Dexter seguía con la cuerda en la mano, pero tan sólo notaba las corrientes meciéndolo. Con cuidado, hizo girar ligeramente la válvula de aire de su escafandra en la dirección de las agujas del reloj, tal como le había indicado el negro, y respiró con voluptuosidad: el placer de atracarse de aire era similar al de beber agua fresca cuando estabas muerto de sed. Se le pasó el mareo y sintió cómo se le afilaban los sentidos. Estaba solo en el fondo del mar. La radicalidad de su situación lo fascinó: siempre le había gustado la oscuridad, pero la única versión que había conocido hasta entonces era la noche. Aquélla, en cambio, era la oscuridad primaria de las pesadillas, una

oscuridad que cubría secretos demasiado atroces para ser revelados: niños ahogados, barcos hundidos. Soltó la cuerda y se alejó unos pasos, imaginándose solo y aislado en aquel lugar abandonado. Algo largo y liso se deslizó por encima de su traje de buzo. ¿Una anguila? ¿Un pez? Experimentó la posibilidad real de un ataque de pánico.

Pero lo que sobrevino, en medio de la oscuridad asfixiante, fue el primer recuerdo claro de Ed Kerrigan en años: una sonrisa irónica, asimétrica, bajo el ala del sombrero. Siempre un sombrero bueno, una pluma exquisita: el hombre sabía vestirse. Lo vio sujetándose el sombrero bajo el viento mientras paseaban por Manhattan Beach. ¡Y lo bien que le caía! La actitud cortés de Kerrigan; su forma discreta de hacer las cosas, sin revelar jamás cuánto esfuerzo le había costado. Todo un irlandés. Dexter había percibido de inmediato que se entendían. Aunque más tarde se había preguntado qué era eso que creía entender.

La naturaleza indescifrable de Kerrigan había sido parte esencial del trabajo. Podía ir a todas partes, descubrir lo que fuera. A través de él, Dexter había experimentado la libertad frente a las limitaciones que imponían el tiempo y el espacio. Podía aparecer donde no se suponía que estaba, escuchar lo que no le estaba permitido saber. Proximidad: eso era lo que Kerrigan le había brindado. Omnisciencia. Invisibilidad. Y Dexter se había acostumbrado a ello, se había vuelto dependiente. Se había relajado en exceso y se había vuelto codicioso con el flujo de la información. Y había perdido de vista que el acceso a esa información, como todo, tenía un precio.

En el negocio de Dexter, a quienes rompían las reglas descaradamente «se los llevaban a dar una vuelta», para emplear la expresión al uso. Todo el mundo sabía lo que había pasado y ya nadie volvía a mencionar su nombre. Y Kerrigan era consciente de ello, desde luego.

Entonces ¿por qué? Aquélla era la pregunta que perseguía a Dexter desde que su empleado había cantado y había terminado pagando por ello. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por dinero? Dexter le pagaba bien, y si Kerrigan se lo hubiera pedido le habría pagado todavía mejor.

Ahora, después de haber visto la humilde casa de aquel hombre y a su hija paralítica, Dexter comprendía aún menos su decisión. ¿Por qué arriesgarse a que se lo cargaran cuando su familia lo necesitaba tanto? ¿Por qué exponerse a que alguien (la hija sana, tal vez) investigara?

No había respuestas, sólo el hombre esbozando su sonrisa de medio lado mientras contemplaba el mar. «Ni un barco a la vista», había dicho en su día, pero era tan parco en palabras que Dexter no había sabido decir si era una

buena o una mala noticia. Había echado un vistazo y era cierto: no había un solo barco.

Dexter agarró la cuerda con la que había bajado, se enganchó el brazo y la pierna derechos tal como le había indicado el negro y abrió la válvula de aire para hinchar el traje. Efectivamente, empezó a elevarse como por arte de magia. Durante un instante de euforia, Dexter se sintió como un dios. Estaba volando, flotando, respirando bajo el agua: todo lo que un ser humano no podía hacer. Una cegadora comprensión lo asaltó. «Sí», pensó, y entonces lo gritó:

—¡Sí!

Por fin había entendido algo esencial que subyacía a todo lo demás. Estaba ganando velocidad, el traje se hinchaba de forma incontrolada y le impedía doblar los brazos mientras él se elevaba por la cuerda, de modo que no podía tocar los diales de la escafandra y ni siquiera la cuerda, pero no le importaba, estaba demasiado fascinado. «Por supuesto», pensó, y la necesidad de fijar en su mente el elemento crucial que acababa de comprender lo distrajo de la velocidad vertiginosa del ascenso.

Su figura hinchada apareció en la superficie a cinco metros de la gabarra. Marle pegó un grito a los matones y dos de ellos fueron corriendo hasta la borda y empezaron a tirar de su cuerda salvavidas. Bascombe no quitaba el ojo a los indicadores de la bomba de aire, maldiciendo a diestro y siniestro. Un frenético ambiente de concentración había impuesto la armonía entre sus filas; aunque heterogéneas, ahora todos se movían al unísono. Anna bajó por la escalera, todavía con el traje puesto pero ya sin botas, y esperó a que los matones acercaran a Dexter Styles, boca abajo y con las piernas y los brazos extendidos, hasta donde se encontraba ella. Parecía muerto. Cuando lo tuvo suficientemente cerca, intentó darle la vuelta con la idea de abrirle la visera, pero Marle le gritó que no lo hiciera.

—Tenemos que subirlo a cubierta —dijo—: si pierde presión, se hundirá.

Era cierto. Anna estaba tan asustada que no pensaba. Ayudó como buenamente pudo a cargar su figura abotargada por la borda y sobre la cubierta, donde dos de los matones lo cogieron por las axilas mientras otros dos ayudaban a subirlo. Anna saltó por encima de la escalera y se acuclilló junto a él mientras los hombres le daban la vuelta. El agua abandonaba el traje por los pies. Le abrió la visera con manos temblorosas. Tenía los ojos vidriosos, abiertos como platos.

—¿Me oyes? —preguntó Anna.

Él parpadeó y sonrió. Una oleada de alivio estuvo a punto de hacerlos caer a todos.

—¿Has... contenido el aliento mientras subías? —le preguntó, recordando la embolia gaseosa.

—Pues claro que no —dijo él—. Tu amigo el negro me ha dicho que no lo hiciera.

SÉPTIMA PARTE

EL MAR, EL MAR

Hasta que volvió a su coche, aparcado en el exterior del astillero de Red Hook, Dexter no gozó de la tranquilidad y la soledad necesarias para rememorar su descubrimiento. La piel fragante de los asientos del Cadillac lo esperaba con los brazos abiertos, y él, exhausto, se fundió en su abrazo. Su vuelta a la superficie había sido accidentada: se había visto envuelto en una agotadora disputa no sólo con los hombres del arsenal naval y la hija de Kerrigan, sino incluso con sus propios hombres y con el capitán. Aquellos extraños compañeros de cama se habían unido en la convicción de que debía regresar al fondo del mar para volver a subir despacio y parando por el camino para no sufrir el síndrome de descompresión. Dexter se los había quitado de encima. Se sentía bien, no le dolía nada; de hecho, estaba de puta madre teniendo en cuenta que la había pifiado y que los mismos hombres a quienes hacía un rato había obligado a obedecerlo lo habían tenido que pescar del agua como si fuera un muñeco de trapo. Pero no le importaba. Detrás de todo eso, su descubrimiento latía como un tatuaje. Había sido consciente de ello a medida que iban desmantelando aquel operativo; en cada momento, hasta que se había despedido estrechando la mano de la hija de Kerrigan y sus colegas y había notado sin rencor que los hombres lo miraban a los ojos, como a un igual.

Se acercaba su hora preferida, el momento en que el alba se anunciaba sin aparecer aún. Puso el motor en marcha para que se calentara y dejó que su mente se concentrara en la revelación que lo había bombardeado durante el ascenso, pero lo único que logró recordar fue el estallido de comprensión, de iluminación.

Mudo de sorpresa, Dexter regresó mentalmente al instante en el que había realizado el descubrimiento, cuando se elevaba por el agua oscura cada vez más y más rápido sin poder evitar que la fricción con la cuerda dejara una marca de abrasión en sus guantes. Mientras tanto, el alba se iba filtrando por el borde inferior del cielo de Brooklyn y el silencio se adueñaba del puerto. Gabarras, remolcadores y barcasas para vagones de carga se quedaron en silencio bajo aquella luz tenue y repentina como desconocidos en un ascensor.

¿De verdad se le había olvidado?

Todavía podía volver a casa antes de la salida del sol. Su deseo (hacer de aquel día un día como cualquier otro) se convirtió en urgencia. Arrancó y

aceleró a través de Sunset Park y de Bay Ridge, compitiendo contra el sol. Cada vez parecía haber más en juego, hasta que finalmente se convenció de que si era capaz de empezar a la hora de siempre, en el lugar de siempre, algo se habría arreglado. El éxito dependía tan sólo del ritmo y el *timing*, como en el viejo juego de lanzar peniques rodando por debajo de tranvías en marcha: tenías que saber exactamente cuándo debías soltar el penique para que éste cruzara hasta el otro lado.

Un resplandor punzante se había acumulado sobre las Flatlands cuando llegó a Manhattan Beach. Había derrotado al sol. Respiraba con dificultad, inexplicablemente aliviado por haber penetrado en el silencio de su casa. Calentó el café que le había dejado Milda, se sirvió una taza y se la bebió en el porche con el viento en la cara, tal como lo había imaginado. El sol salió humildemente, proyectando su luz débil sobre el mar. Los dragaminas que operaban al alba parecían bedeles encerrando el suelo de un vestíbulo. Una procesión de embarcaciones se abría paso mar adentro, más allá de Breezy Point. Las gaviotas planeaban inmóviles como cometas. Todo parecía más saludable, como si la proximidad del mar lo hubiera reducido todo (la hija de Kerrigan, la inmersión, incluso su revelación) a la insignificancia.

Se preguntó si Tabby aparecería por ahí en algún momento. Apenas había hecho más que quejarse y lloriquear desde que Grady se había embarcado, hacía casi tres semanas, como una desconsolada viuda de dieciséis años. Dexter también habría echado de menos a su sobrino si no se hubiera sentido tan aliviado al perderlo de vista.

Se rellenó la taza dos veces y bebió café hasta que la luz del sol le reveló su necesidad de dormir. Descendió hasta su dormitorio imaginándose a Harriet dormida y soñando en la cama que compartían, y anhelándola (deseando específicamente a su mujer) de una manera inaudita en él desde hacía semanas.

Encontró las persianas del dormitorio levantadas. Por contraste con la penumbra amable que esperaba, aquella cuchillada de luz lo ofendió. Oyó agua corriente tras la puerta del baño. Era sábado, ¿qué diablos hacía despierta tan pronto?

Ya iba a llamar a la puerta para preguntárselo cuando algo lo hizo detenerse. Fue a su vestidor, se quitó la pistola y la guardó bajo llave, desabrochó las ligas que le sujetaban los calcetines y se quitó los gemelos, que había llevado incluso debajo del traje de buzo. Cuando oyó que se cerraba el grifo, se acercó a la puerta.

—Te has despertado pronto, cariño.

—Tengo una partida de bridge en el club —dijo ella—. Tabby también va.

Quiso girar el pomo con gesto delicado, pero lo encontró cerrado. Los gemelos tenían el hábito de entrar de sopetón en cualquier lado.

—¿Está despierta? —preguntó Dexter.

—Ha pasado la noche en casa de Lucy con otras chicas: una fiesta de disfraces de Carmen Miranda —dijo, y Dexter la oyó lavarse—. Hacen sombreros con frutas, se colocan aros de cortina en las orejas y bailan «al estilo sudamericano». O eso me pareció entender.

Aquel exceso de detalles tuvo el mismo efecto desagradable que la luz del sol.

—Me sorprende que esté con ánimos —dijo finalmente, a través de la puerta—. Lo digo por la marcha de Grady.

—Ah, diría que ya lo está superando.

La oyó salir de la bañera. Al cabo de un instante abrió la puerta del baño ataviada con su salto de cama de raso de color coral y seguida por un vapor lánguido de aroma sofisticado. Dexter había conocido a Carmen Miranda durante el estreno de *Serenata argentina*, y podía decir que no estaba a la altura de su esposa. Se acercó a Harriet, excitado por las gotitas de humedad que se le acumulaban en el nacimiento del pelo. Ella pasó junto a él y se metió en su vestidor, entornó la puerta y colgó el salto de cama encima. Por segunda vez, Dexter se encontró hablando con ella a través de una tabla de madera.

—¿Desde cuándo Tabby juega al bridge?

—Se ha aficionado por Felicity.

—¿Felicity?

—La hija de Booth.

—Ah —dijo Dexter, echándose en la cama en pantalones y mangas de camisa. El sol lo hirió en los ojos—. No habías mencionado a Boo Boo.

—Te lo dije hace días. Vamos a jugar una partida de desempate, comeremos y luego llevaré a las chicas al edificio Squibb a envolver abrigos para enviarlos a Gran Bretaña.

Había algo en aquella letanía de planes que olía irrefutablemente a coartada. Dexter se reclinó en la cama y esperó a que Harriet saliera, ataviada con el conjunto que solía ponerse siempre que iba al club. Apareció con su capote nuevo, que tenía una franja de visón alrededor de la cara. Presumiblemente sólo quería ver cómo le quedaba, pues todavía no iba a marcharse.

—Me alegro de que Boo Boo le dé un buen uso a nuestra gasolina —dijo Dexter.

—Se llama Booth.

—Pero tú lo llamas Boo Boo.

—Porque lo conozco mejor.

—Y más que lo vas a conocer. Usando mi gasolina.

—Qué divertido es hablar contigo.

Dexter se incorporó. Harriet había empezado a abrir ventanas dejando entrar el aire y la luz. Él se levantó de la cama y se acercó a su mujer. La tomó de las manos e interrumpió su frenesí.

—Harriet —dijo—, ¿qué insinúas?

Ella evitó su mirada.

—Tengo que ir a buscar a Tabby.

—¿En qué estás pensando?

Seguía sujetándole las manos, esperando a que lo mirara a los ojos. «Deja que salga», pensó él. Fuera lo que fuese lo que se olía, era mejor que lo soltara.

—Estoy pensando que quiero un cigarrillo.

—¿Y qué más?

—Que tengo que echar gasolina en el coche.

—¿Y qué más?

—Hoy estás raro, Dex. Me estás poniendo nerviosa.

Finalmente le devolvió la mirada enmarcada en aquel óvalo de visón.

—¿Y qué más? —insistió él en voz baja.

—Estás inquieto. Infeliz. Llevas meses así.

—¿Y qué más?

—¿No te parece suficiente? —preguntó ella impaciente, pero él le sostuvo la mirada.

—Sólo si no hay nada más.

—Estás en baja forma. Papá también lo dijo.

Se soltó, sacó un cigarrillo de la pitillera plateada de su secreter y se lo colocó entre los labios pintados.

—¿En serio? —preguntó Dexter, encendiéndoselo con su mechero de ónix.

—Se suponía que no debía contártelo —añadió ella a través de una nube de humo—, pero me has obligado.

—¿Eso dijo tu padre?

—Prométeme que no me delatarás.

—No lo haré.

Él volvió a sentarse en la cama intentando disimular una oleada de inquietud. Que el viejo pensara así no importaba: se lo había dicho personalmente, pero que lo hubiera expresado delante de Harriet, que hubieran discutido sobre ello, era harina de otro costal; implicaba una conversación familiar en torno a su persona.

Inhaló el humo de Harriet, anhelando también un cigarrillo.

—¿Cuándo?

—Lo dijo de pasada.

—¿Hace poco?

—No me acuerdo. Olvídalo.

—Y un carajo no te acuerdas.

Desde el día en que había conocido al viejo en el club de caza, hacía años, su comunicación había sido siempre franca y directa. ¿Qué circunstancias habían requerido una conversación sobre él? Se sentía herido, pero no quería que su mujer lo viera.

—¿Por qué no nos acompañas? —le dijo ella, sentándose a su lado en la cama.

Él soltó una carcajada burlona.

—¿Para jugar al bridge con Booth?

—La que jugará es Tabby, yo no tengo por qué hacerlo.

Ella le había cogido la mano. Su mirada tenía un halo escurridizo.

—Estás nerviosa —le dijo.

—Antes te gustaba ir.

—¿Por qué estás nerviosa?

—No me gusta verte dolido, eso es todo.

—Sólo estoy cansado.

No estaba seguro de qué estaba pasando entre ellos, ni si se trataba de algo importante o intrascendente. No lo sabría hasta que hubiera dormido.

Se levantó y empezó a bajar las persianas. Harriet apagó el cigarrillo.

—Yo también me voy a echar —dijo, se acercó a él y le pasó sus largos dedos por el pecho. Él notó su esbeltez fría a través de la camiseta. Harriet se había quitado el sombrero y soltado el pelo castaño.

—Creía que te tenías que ir.

—A Tabby no le importará que llegue tarde.

Su sonrisa de medio lado tenía un aire travieso. ¡Cómo le había gustado desde siempre aquella sonrisa! Dexter se empapó del olor de su pelo y sintió un prurito de desconfianza. Era una desconocida atractiva que se le había

acercado demasiado en un intento desesperado por seducirlo. «Nunca más volveré a tocar a esta mujer», pensó.

—No, ve tirando, querida —logró decir en tono cariñoso. El asco repentino que le provocaba su mujer le pareció peligroso: un veneno que sólo se mantendría inactivo hasta que ella lo percibiera.

Se quedó echado con los ojos cerrados, atento a la puerta de casa. Cuando estuvo seguro de que ella se había marchado, se durmió, aunque descansó mal y tuvo sed. Se despertó al mediodía, como siempre, se vistió y se preparó para ir a casa de Heels. Aunque le dolía la cabeza, se sentía mejor. ¿Qué había pasado con Harriet, exactamente? Ahora no le parecía tan grave.

Al sacar el abrigo del armario, sintió u oyó que había alguien más en casa.

—¿Hola? —dijo.

Recibió una respuesta débil: los gemelos. Era sábado. Dexter subió a la primera planta y abrió la puerta de su habitación sin llamar, como siempre, con la intención de pillarlos desprevenidos. Sus caras de sorpresa lo avergonzaron. Phillip estaba intentando ponerse una camiseta. Dexter se fijó en el tajo de la cicatriz del apéndice; lo invadió una pena tan profunda que se abalanzó hacia su hijo con intención de abrazarlo. El chaval lo miró con recelo.

—¿Nos hemos metido en un problema?

—No —dijo Dexter—. No, por Dios.

Llevaba semanas evitando el dormitorio de los chicos en protesta por los premios superfluos que estaban empeñados en ganar en competiciones sin sentido, pero la habitación había cambiado desde su última visita: los patines, clarines, acordeones y tirachinas habían desaparecido.

—¿Dónde están todos vuestros cachivaches?

—Los llevamos a Santa Margarita —dijo John-Martin.

—Para los hijos de los soldados —añadió Phillip.

Una vez más, Dexter se descubrió persiguiendo acontecimientos que parecían haberse escapado. La imagen del sacerdote, siempre tan insistente, con las manos extendidas para recibir aquellos regalos caídos del cielo cruzó su mente.

—¿Cuándo?

Los chicos se miraron.

—Últimamente —dijo John-Martin.

—Querrás decir recientemente.

—Recientemente —asintieron los dos.

Había una mesa estrecha entre sus camas, convertidas de pronto en bancos. John-Martin estaba sentado en la suya, frente a unos fragmentos de madera de balsa, tubos de cemento de caucho, papel encerado y unos panfletos de instrucciones sacados del manual Bluejacket.

—¿Aviones? —preguntó Dexter.

—¿Por qué todo el mundo pregunta lo mismo? —bufó John-Martin.

—Barcos. Acabamos de empezar —le explicó Phillip—. Recientemente —añadió.

Dexter se percató por primera vez de que el latigazo desafiante del tono de John-Martin se veía compensado por la caricia de disculpa del de Phillip. ¿Eso era nuevo?

—¿Y por qué no aviones? —preguntó.

Los chicos se lo quedaron mirando como si se le hubiera pasado por alto algo evidente.

—Por Grady —dijeron.

—Nosotros también nos embarcaremos cuando tengamos dieciséis años —anunció John-Martin en tono despreocupado.

—Si nos das permiso —dijo Phillip—, y si la guerra sigue.

Dexter se fijó en que los ojos castaños de los chicos evaluaban rápidamente su reacción. Estaba claro que habían sido más conscientes de la adoración colectiva que había recibido Grady de lo que él suponía.

—A los dieciséis años se es muy joven —dijo.

—Estaremos preparados.

—Si dejamos de imitar al personal.

—¡No lo hacemos desde la semana pasada!

—Con la excepción de esta mañana.

Su ventana daba al mar. Por puro hábito, los ojos de Dexter buscaron la procesión de barcos que pasaba por Breezy Point.

—Mirad —dijo—: ahí viene un petrolero.

—La vista es mejor desde el porche.

—¿Miráis los barcos desde el porche?

Dexter estaba sorprendido: nunca los había visto hacerlo.

—Cuando nadie está en casa —dijo John-Martin.

—Que es muy a menudo —añadió Phillip.

—Vayamos a echar un vistazo —dijo Dexter—, a mí también me gusta hacerlo.

El teléfono sonó mientras bajaban por la escalera y Dexter descolgó el suplitorio del recibidor de la entrada. Era Heels.

—¿Todo en orden? —preguntó Dexter.

—Frankie Q ha llamado al Pines esta mañana —dijo Heels—. Ha mencionado que había actividad en el cobertizo del embarcadero. A lo mejor deberías ir a ver qué ocurre de camino hacia aquí.

Era extremadamente inusual recibir una llamada de un hijo del señor Q.

—Alguien estuvo allí hace unas semanas —dijo Dexter.

—Frankie se ha mostrado... sorprendido de que yo no supiera dónde localizarte —añadió Heels—. Le he dicho que el nuestro era un matrimonio forjado sobre la confianza.

Dexter se rió.

—¿Y qué te ha contestado?

—Silencio sepulcral.

—Vale. Salgo ahora mismo.

Los chicos estaban junto a la barandilla del porche. John-Martin le pasó los prismáticos.

—Echa un vistazo, papá —le dijo—. Siéntate —añadió al cabo de un rato.

—Te relajará las manos —explicó Phillip.

—¿No están relajadas?

—Te tiemblan.

Dexter nunca tenía temblores. Se preguntó fugazmente si tendría que haber bajado de nuevo al fondo del mar, como le habían suplicado todos.

—A mí también me tiemblan. —Phillip lo tranquilizó.

Dexter apoyó los codos en la barandilla del porche y miró por los prismáticos. Los chicos le pasaron un brazo por la espalda sin pensar. Era consciente de que sentía un amor físico hacia ellos, una afinidad a nivel óseo. A Harriet le habría encantado aquella escena: Dexter estaba cumpliendo una promesa. Esperó, dejando que se le nublara la vista contra los prismáticos, aplazando el momento en que les diría a sus hijos que se tenía que ir.

Dexter empezó a sospechar algo incluso antes de llegar al cobertizo. Era una trampa, lo sabía sin saber por qué, y le complació constatar que sus facultades seguían tan afiladas como siempre, a pesar del temblor de manos y del dolor descarnado y destellante que sentía detrás de los ojos. Normalmente él habría reunido a unos cuantos de sus chicos para que lo acompañaran, pero la pista procedía de Frankie Q. De hecho, quien estaba detrás era el señor Q en persona, y eso quería decir que no se trataba de una trampa en el sentido tradicional: era más bien teatro. Dexter iba a tener que interpretar un papel y

el señor Q sabía que no tenía necesidad de prepararlo con antelación, a Dexter le gustaba pensar en caliente.

Aparcó a una manzana de distancia, se sacudió el polvo de los zapatos nuevos, se ajustó la corbata y se dirigió hacia el cobertizo del embarcadero. Había un sedán negro aparcado justo enfrente y reinaba un silencio absoluto. Era todo más sospechoso que una fiesta de cumpleaños sorpresa.

Su placer se disipó abruptamente cuando empujó la puerta y se encontró con Badger jugando a las cartas con dos tipos. Dexter había estado controlando desde lejos a su antiguo protegido desde que éste había empezado a organizar sus propias partidas en clubes de poca monta. Ahora Dexter se fijó en su corbata pintada, su alfiler de perla y su sombrero Borsalino. Badger había prosperado desde su llegada a Nueva York, pero al parecer todavía necesitaba algunas lecciones.

Badger y sus hombres tenían un aspecto impoluto: iban duchados y afeitados y se estaban tomando el té del desayuno. Eso era extraño: si no habían pasado la noche allí, ¿a quién había visto Frankie Q el día anterior en el cobertizo?

—Badger —dijo Dexter—. Me alegro de verte.

—Siéntate —dijo Badger con el tono magnánimo de un hombre que cree estar a cargo de la situación. Dexter prefirió dejarlo pasar. Se quedó mirando a aquel pariente imberbe del señor Q, esperando que las afrentas siguieran acumulándose. Los chicos de Badger se confundieron con las paredes y Dexter cogió una de sus sillas.

»¿Una copa? —preguntó Badger.

Había una botella de whisky Haig and Haig encima de la mesa.

—No, gracias.

—No es muy educado dejar a un hombre bebiendo solo.

—Pues no bebas.

Dexter se reclinó en la silla y cruzó las piernas, tanto para demostrar lo tranquilo que estaba como para tener la funda de pistola del tobillo más a mano. En el momento de cruzarlas experimentó lo que se conoce como un *déjà vu*: se vio a sí mismo, en ese mismo cobertizo, sentado frente a Kerrigan y mirando cómo éste cruzaba sus largas piernas de títere. Se había sentado justo donde ahora estaba Dexter, pero Kerrigan había aceptado la copa.

—Soy todo tuyo, Badger —dijo Dexter—: dime qué tienes en mente.

—Ahora me llaman Jimmy.

—¿No me digas?

—Badger sonaba más a Chicago, Jimmy suena más a Nueva York.

Acercó la mano izquierda a la derecha e hizo el gesto de exprimir las ciudades como dos pomelos.

Kerrigan no había exteriorizado su miedo, aunque por fuerza tenía que intuir lo que le esperaba. Dexter era capaz de oler el pánico a través de una pared: un olor animal, parte mofeta parte sexo. Algunos hombres se excitaban y tenían erecciones bajo los pantalones mientras las víctimas lloraban y pedían clemencia, pero Dexter sólo sintió alivio cuando Kerrigan levantó la copa con mano firme, con su habitual sonrisa de medio lado. «Por un futuro mejor», dijo, un brindis estándar en aquella década. Dexter descubrió en ese momento que no podía mirar a su amigo a los ojos mientras éste vaciaba la copa.

—Creía que te encantaba Chicago —le dijo a Badger.

—Sí, bueno, no está mal para principiantes.

Era incorregible: un chaval con bombachos que imitaba a un mafioso de cine. Una víctima andante.

—Has crecido —dijo Dexter, dirigiéndole por fin una mirada serena—, Jimmy.

Ante aquella muestra de respeto, Badger se volvió efusivo.

—Me echaste de tu coche hace unos meses, tal vez lo recuerdes.

—Vagamente.

—Fue lo mejor que pudiste hacer.

Dexter se puso en guardia: las zalamerías eran una forma de anestesia y casi siempre presagiaban algo no tan agradable.

—Me enseñaste a no hablar tanto —dijo Badger.

—¿Y ésta es tu forma de agradecerme lo?

—Supongo que sí.

—Bueno, estoy conmovido, pero ahora *tempus fugit*. Tengo una cita.

—Puede esperar.

Dexter se lo quedó mirando un buen rato.

—Tú no me dices cuándo puedo marcharme, Badger —dijo mascando las palabras—, soy yo quien te lo dice a ti.

—Jimmy.

Dexter se levantó, impaciente por hacer avanzar la situación. Tal como esperaba, los chicos de Badger se colocaron frente a la puerta con barras de hierro en las manos y le lanzaron una mirada turbia.

Aquél era el momento en que debía hacer acto de presencia la inspiración de la que Dexter siempre había hecho gala en encerronas similares a aquélla a lo largo de los años. ¿Cómo restaurar el orden y la autoridad (castigar,

humillar y corregir) sin infligir un daño mortal? Un dedo torcido, eso valía. Un tobillo roto. Pero nada más serio que eso.

Dexter dedicó una sonrisa a Badger.

—Antes te he preguntado qué podía hacer por ti —dijo—; ¿no puedes contestar sin sacar la artillería pesada?

—Yo también quiero enseñarte algo —explicó Badger—: devolvarte el favor, por así decirlo.

La copa había afectado a Kerrigan al instante; por lo delgado que era, tal vez. Se había mostrado sorprendido, luego desorientado y finalmente se había quedado quieto, mirando a Dexter en medio de un silencio confuso. Dexter ni siquiera se había molestado en fingir sorpresa: la mirada que habían intercambiado era toda la conversación que necesitaban, sin recriminaciones ni explicaciones. Las reglas eran claras para todo el mundo. La cabeza de Kerrigan había caído encima de la mesa antes de que pasaran cinco minutos de haberse tomado aquel trago. Había algo en la posición de sus hombros que hacía pensar a Dexter que podía incorporarse en cualquier momento. Esperó, escuchando la respiración lenta de su amigo mientras los leños crepitaban en la estufa. Cuando le sacudió los hombros y el cuerpo de Kerrigan amenazó con deslizarse hasta el suelo con el sueño gelatinoso de los drogadictos, Dexter se levantó de la silla y dio unos golpecitos en la ventana para llamar al capitán y a sus chicos, que esperaban en la embarcación.

—Crees que no hay nadie por encima de ti —dijo Badger.

—Todo el mundo menos Dios tiene a alguien por encima —dijo Dexter—, pero eso no quiere decir que seas tú, Badger.

—¡Jimmy! —bramó Badger, golpeando la mesa con las dos manos—. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir, joder? ¿Codearte con estrellas de cine te ha ablandado el cerebro?

—Badger te pega más.

Dios sabía que había salido en estampida de salas llenas de barrotos de hierro, pero eso había sido hacía tiempo, cuando era más joven y más rápido, cuando pesaba unos kilos menos y no tenía mucho que perder si alguien le apagaba las luces antes de tiempo. En este caso no se trataba de supervivencia, sino de dejar las cosas claras: se trataba de dar una respuesta ejemplar sin matar a nadie.

—Crees que nadie puede tocarte —dijo Badger—. Te lo veo en la cara.

—No tienes ni idea de lo que pienso.

Pero era verdad, Badger no podía tocarlo.

Entonces Dexter se percató de una incongruencia: la llamada de Frankie Q había llegado a primera hora de la mañana, cuando Badger todavía estaba durmiendo plácidamente. ¿Cómo había sabido el señor Q que Dexter no acudiría al embarcadero inmediatamente? ¿Era posible que se hubiera enterado de lo que Dexter estaba haciendo?

Si ése era el caso, Dexter había interpretado la situación al revés: era a él a quien le iban a dar una lección, y lo que el señor Q esperaba de él no era que dejara las cosas claras, sino una disculpa. Aquella trampa chapucera tenía como objetivo su propia protección: mantener aquello en familia, evitar una reprimenda pública o cualquier peligro real. El hecho de que Dexter no hubiera considerado aquella posibilidad era impropio de él, consecuencia tal vez de su jaqueca. ¿Era posible que la inmersión hubiera mermado sus capacidades mentales? De pronto, el desenlace de aquel encuentro le parecía una evidencia: él se humillaría ante Badger y los rumores de su humillación apaciguarían al señor Q mientras destapaba sus vides para la llegada del buen tiempo. Dexter seguiría como hasta entonces, acaso lo ataran más corto. Y Badger se convertiría en Jimmy y pasaría a ser su igual.

Todo apuntaba en una misma dirección, predecible como la salida del sol. En la otra había algo menos definido: un paisaje insondable, parpadeante y oscuro, lleno de polvo brillante; un misterio.

El señor Q era un hombre mayor, muy mayor a esas alturas.

Dexter estaba harto de humillarse. Había pasado la mayor parte de su vida haciéndolo. Y el hecho era que no tenía por qué hacerlo más. Lo sabía, y el señor Q también.

Con una velocidad que ignoraba poseer todavía, agarró a los chicos de Badger por la garganta, uno con cada mano, y apretó hasta que se oyó el crujido del cartílago. Dispararon al tuntún. Uno debió de darle a Badger, porque alguien gritó y el cobertizo se llenó de dolor. Acto seguido Dexter estaba en el suelo, agarrándose el estómago y recordando que el negro lo había advertido sobre retortijones de estómago.

Pero no era un mareo. Badger le había disparado por la espalda.

El chaval se inclinó sobre él, su rostro se inundó del asombro de quien contempla una fogata. En ese momento, Dexter supo que su asesinato había sido autorizado. Pero ¿cómo? ¿Qué reordenación radical del mundo había hecho que aquello fuera posible? La respuesta le llegó con una certidumbre fría: su suegro lo había vendido. El viejo se había deshecho de él.

Badger se irguió sobre Dexter con el revólver a punto. Como un asesino con verborrea, quería que su víctima lo oyera antes de terminar con él.

Mientras Dexter fingiera estar escuchando, viviría. Clavó los ojos en el rostro de su agresor mientras los contornos de lo que sucedía se revelaban como partes de un edificio a través de la niebla: George Porter se había ido de la lengua de forma preventiva, por miedo a verse expuesto. El canal que Dexter había anhelado entre el viejo y el señor Q se había materializado, o a lo mejor existía desde hacía años, y los dos hombres habían acabado con él.

Badger hablaba con entusiasmo, aparentemente halagado por el interés cautivo de Dexter, pero éste no oía ni una palabra. Se deslizó hasta los confines de su mente como un barco alejándose del muelle después de soltar amarras. Pronto se encontró en alta mar, con la noche húmeda en la cara. El capitán estaba junto a él, de pie y con aspecto imponente, antes de que la apoplejía lo derribara. Kerrigan yacía acurrucado en el fondo.

—¿Recordará este lugar? —le preguntó Dexter al capitán.

—Siempre.

—¿Y si le dijeran que no lo hiciera?

El capitán levantó sus dos manos descarnadas y retorcidas como terneros recién nacidos.

—Éstas son tuyas —dijo, y acto seguido se dio unos golpecitos en la cabeza—, pero ésta no.

Los chicos de Dexter rodearon a Kerrigan con la cadena y la ataron al peso. Nadie quería que saliera flotando a la superficie con el deshielo de abril. Ahora, después de haber visto la cadena, Dexter sabía que nada de su amigo se conservaba entre sus eslabones: ni un hueso, ni una prenda de ropa, ni el sombrero, ni la piel de los zapatos. Aquel hecho tan irregular lo llenó de esperanza. Su descubrimiento de la noche anterior regresó con una claridad natural: elevándose a través del agua oscura, había sentido cómo sus propios límites se disolvían y una explosión de corriente salía proyectada de su interior hacia una rutilante insinuación del futuro. ¡Ya había conseguido aquello por lo que tanto se había esforzado! ¡Era estadounidense! El deseo y el anhelo que transitaban por sus venas lo habían ayudado a modelar lo que estaba por venir.

—Te estás riendo —dijo Badger—. ¿Sabes algo que yo ignoro?

Sin apartar los ojos de él, Dexter se hundió en la pausa que se produjo a continuación, la dividió en dos y luego la volvió a dividir, decidido a no alcanzar nunca la otra orilla. Se precipitó en el silencio y la oscuridad lo rodeó como el agua del puerto mientras en la barcaza ayudaba a sus chicos a levantar el cuerpo de Kerrigan, encadenado y unido al peso, para poder echarlo por la borda.

Eddie permaneció inmóvil el tiempo suficiente para que cualquiera que mirara desde la barca lo viera desaparecer. Entonces empezó a fingir las convulsiones espásticas que había estado practicando mentalmente desde el momento en que había fingido caer inconsciente, primero de forma vacilante, esperando en cierto modo que Styles se levantara de golpe y preguntara qué estaba pasando. Eddie se había olido que allí había gato encerrado y se había presentado en el cobertizo armado con varios trucos de su época de vodevil: cuchillas de afeitar en el forro de los pantalones y una ganzúa pequeña encajada entre la mandíbula y la encía. Temía tragarse la ganzúa mientras fingía beber, pero al final no había tenido que fingir: Styles había apartado la vista y él había lanzado la bebida por encima del hombro.

Eddie había dejado todos sus asuntos en orden y había abierto una segunda cartilla para Agnes, que no sabía nada. Ésa había sido la única condición que había puesto a Bart Sheehan: su mujer no podía enterarse, ni siquiera en el caso de que le sucediera lo peor. No, especialmente en ese caso. El saber invitaba a la acción y Eddie prefería resignarse a que lo recordaran como una rata de la peor calaña antes que arriesgarse a que Agnes pusiera toda su tenacidad al servicio de averiguar quién había acabado con él. Era demasiado peligroso. Había hombres que abandonaban a sus familias cada día: bribones que en alguna ocasión él había dicho que deberían terminar en la cárcel. Si lo asesinaban, Eddie pasaría a la historia como uno de esos hombres. Se recordaba a sí mismo aquel hecho tan a menudo que a veces lo sorprendía descubrir que seguía vivo, en casa, donde su presencia se había vuelto superflua. En su día le había importado a Anna, pero ya no era así. Librarse de él tal vez le supusiera un alivio.

La cadena unida al peso tiraba de él a tal velocidad que creía que la presión del agua le aplastaría el cráneo como una nuez bajo una bota. A base de retorcerse logró liberar una pierna, luego un brazo, y finalmente la cadena y el peso se separaron de su persona y siguieron su descenso precipitado hacia las profundidades. Nadie encadenaba a un hombre inconsciente con el mismo cuidado con el que se encadenaría a uno que estuviera despierto.

Eddie empezó a patear con fuerza con los pies, braceando y estirándose hacia lo que esperaba que fuera aire, pero era agua y más agua, hasta que pensó que debía de haber nadado en la dirección equivocada por error. Se le ralentizó el corazón y le pesaban las piernas al tiempo que la inconsciencia trataba de agarrarlo con una mano de tacto romo y peludo. Por fin salió a la superficie respirando débilmente. Ése fue el momento en que estuvo más

cerca de ahogarse, puesto que no le quedaban fuerzas. Hizo el muerto bajo el amarillento cielo nocturno, moviendo las manos como aletas para no hundirse. Respiró y respiró y el agua salada lo mantuvo a flote y lo salvó.

Pasó mucho tiempo antes de que recuperara la fuerza necesaria para buscar la costa. No era la de Brooklyn. Empezó a nadar; el agua conservaba aún un leve dejo veraniego. Eddie nadó hasta después de haber agotado sus últimos recursos, como hurgando en un contenedor vacío con la esperanza de sacar algo más, un poquito más, un poquito más, ¡un poquito más! Y, milagrosamente, cada vez encontró justo lo necesario para dar otra brazada.

Las olas lo depositaron en la costa sur de Staten Island, cerca de un pequeño embarcadero. Un pescador se había quedado faenando hasta más tarde de lo habitual, persiguiendo un banco de lubinas, por eso había luz suficiente para distinguir una silueta humana abandonada por la marea en la orilla poco profunda. El tipo dio por sentado que se trataba de un cadáver y no quiso ni pensar en hacer a pie el largo trecho hasta el teléfono más próximo para informar a las autoridades, pero cuando terminó de atar la barca y volvió a mirar se dio cuenta de que el cuerpo estaba temblando.

Su mujer llenó una bañera y añadió agua hirviendo hasta que el agua estuvo tibia. Entonces metieron a Eddie y el hombre lo sujetó por las axilas mientras su mujer iba añadiendo cazos de agua hirviendo hasta que unas horas más tarde la bañera estuvo casi caliente. Cuando finalmente Eddie dejó de temblar y recuperó el color en las mejillas, lo secaron, lo embadurnaron con lanolina, lo abrigaron con un edredón de plumas y lo colocaron delante de la estufa. El pescador le auscultó el corazón y comprobó que latía más rápido y a un ritmo más regular que antes.

Eddie despertó en un estado febril y buscó un rostro familiar, pero sólo encontró a una mujer con una franja gris en la raya del pelo. A veces había también un hombre, que tocaba la frente y el pecho de Eddie con unas manos que olían a pescado. Eddie despotricó contra aquellas manos: le habían robado el reloj de bolsillo. Ellos hablaron de llevarlo a un hospital. «No — murmuró él—, ¡no!» y se obligó a no volver a mencionar su reloj de bolsillo.

Cuando la fiebre pasó, se sentó en una silla de la cocina envuelto con el edredón de plumas. Harlan, el pescador, sirvió dos vasos de un licor claro que sabía a pan de centeno, uno para cada uno. Su nieto hacía los deberes en la mesa, junto al horno. Harlan era hijo de noruegos, pero había nacido en Estados Unidos. De niño, había pescado con su padre para proveer de langosta a los restaurantes Rector's, Café Martin y Shanley's, donde los pescadores se entretenían cotilleando sobre el desmesurado apetito de

Diamond Jum Brady y Lillian Russell: catorce langostas entre ambos en una noche, hasta el punto de que ella había tenido que quitarse el corsé. Eddie escuchaba con su propia historia a punto («me caí de un barco»), pero la pregunta de qué hacía en el puerto no llegó jamás. Y lo entendió: conocer los problemas de otro hombre hacía que también fueran tuyos, y bastante tenía ya Harlan debiendo pescar e intercambiar pescado por huevos, manzanas y leche con los vecinos para poder alimentar a su familia.

Con cada nuevo día, Eddie sentía la presión creciente de la vida que había llevado hasta entonces, que seguía desarrollándose tan cerca de allí. Estaba demasiado débil para anticipar cuál tenía que ser el siguiente paso. Iban a tener que huir de Nueva York, pero ¿adónde? ¿A Minnesota, a vivir con los familiares de Agnes, que lo despreciaban? Él se moriría en aquel lugar embarrado y lleno de animales berreantes, a cientos de kilómetros del mar. ¿A algún lugar donde no conocieran a nadie? Eddie se aferró a todas las formas posibles de convalecencia, cerrando los ojos e intentando dormir.

Pero Harlan lo caló.

—Ya está recuperado —le dijo—, mañana me dirá adónde debo llevarlo.

Al alba acompañó a Eddie en barca a los muelles del West Side. Un carguero de Brasil acababa de terminar la cuarentena y cientos de hombres ansiosos esperaban el pase de revista matutino rascándose, fumando y vomitando en el río. Dunellen ya no estaba, de modo que Eddie no conocía al responsable de las contrataciones. Era septiembre de 1937.

Se quedó en segunda línea, con las manos en los bolsillos de aquellos pantalones anchos que le había regalado Harlan y la gorra calada sobre los ojos. El casco oxidado del *Sea Cow* rascaba contra el muelle como un chucho frotándose la piel escrofulosa contra un árbol. Un barco vagabundo sin ruta definida descargaba de mala gana su flete de melones, caucho y cocos. Tenía un aire de complacencia perezosa, como una puta vieja que sabe que tiene el monopolio del mercado. Cuando la descarga hubo terminado, Eddie atravesó la pasarela como había visto hacer a numerosos criminales, borrachos y drogadictos a lo largo de los años; nunca había podido dejar de preguntarse qué desesperación podía empujar a un hombre a hacer algo así. Se enroló de forma turbia, sin firmar ningún tipo de contrato, para el trabajo de palero de carbón, la posición más baja dentro de la sala de máquinas, pero mientras descendía por la escalera resbaladiza hasta las entrañas achicharrantes del barco se consideró afortunado. Tal era su temor a volver a casa.

Tres días después de que el convoy se dispersara (días tensos, de cielos despejados y mares tranquilos en los que se vieron obligados a zigzaguear día y noche hasta que la desesperación del capitán se contagió a todo el barco), el barómetro, afortunadamente, empezó a bajar. Chispas redactaba el informe meteorológico diario y se lo llevaba al capitán Kittredge a su despacho. Se preveía una gran tormenta. Eddie oyó el grito de celebración del capitán desde la timonera.

Mientras todos adoptaban sus posiciones de combate, el cielo ya se estaba nublando y soplaban un viento fuerte. El capitán informó al primer oficial de que abandonarían las tácticas evasivas en el rumbo, aunque la tormenta no se esperaba hasta la mañana del día siguiente.

—¿Incluso con el mar así de tranquilo, señor? —preguntó el oficial.

—Precisamente por eso —dijo Kittredge—: el mal tiempo nos frenará; ésta es nuestra única oportunidad de recuperar el tiempo perdido.

Durante la guardia de Eddie, entre las ocho y la medianoche, el *Elizabeth Seaman* realizó su magia habitual y navegó a una velocidad de crucero de doce nudos. El barómetro seguía bajando y se cerraron y atrancaron puertas para impedir que las crecidas llegaran hasta la caseta de cubierta. Farmingdale y Roger, el cadete de cubierta, que ahora compartía las guardias con él, relevaron a Eddie a medianoche. Eddie y el primer oficial habían instigado aquel cambio: desde lo de Ciudad del Cabo, ninguno de los dos confiaba en el segundo oficial.

Para cuando Eddie estaba ya a punto de acostarse, el barco avanzaba empujado por una marea creciente. Subió a cubierta por última vez para hacerle una visita a Roger, que estaba mareado y aterrado mientras el *Elizabeth Seaman* navegaba por los Rugientes Cuarenta.

—Sé que no te gusta el mar picado —le dijo al cadete—, sólo recuerda que a los submarinos tampoco les gusta.

—He cambiado —le dijo Roger con una mezcla de orgullo y timidez—: me he acostumbrado al mar, como dijo usted.

Era cierto, Eddie lo veía cambiado. Roger había dejado atrás su torpeza y su postura desgarbada; ahora parecía más alto, tal vez incluso hubiera crecido durante el viaje. Eddie se colocó junto a él y oteó el horizonte. El viento había barrido los estratos y llevaba consigo torres de cúmulos. Un cuarto de luna

aparecía de forma intermitente, como si les hablara en morse. Eddie cruzó a la parte de babor del puente, donde se encontraba Farmingdale, y notó que el segundo oficial se ponía tenso. Su incomodidad palpable, junto con aquella luna tan inoportuna, dejó una sensación de inquietud en Eddie. Farmingdale contemplaba el mar, pero era difícil saber qué veía, o incluso si veía algo. Llevaba los prismáticos colgando del cuello.

—¿Me los presta, segundo?

Farmingdale se los ofreció. Eddie subió al puente volante y rodeó las chimeneas con los prismáticos pegados a los ojos. La luna desapareció detrás de las nubes, las olas oceánicas levemente tocadas por su halo de luz. Dos puntos hacia popa de la manga de popa, vio un oscuro ángulo recto. Eddie parpadeó, bajó los prismáticos y los volvió a subir. Seguía allí: una forma rectilínea que no existe en la naturaleza. Tenía que ser una torre de mando, la estructura que sobresale de los submarinos, pero Eddie seguía sin poder creérselo incluso mientras se acercaba a la escalera de mano y le gritaba a Roger:

—¡Ve a buscar al capitán, yo daré la orden de llamar a zafarrancho de combate!

El capitán Kittredge se personó en el puente al instante. Apartó bruscamente a Farmingdale y se llevó los prismáticos a los ojos.

—¡Todo a estribor! —gritó a Red, el brigadier que manejaba el timón—. A toda máquina —añadió dirigiéndose a Eddie, que ya tenía la sala de máquinas al telégrafo—, deme todas las revoluciones posibles.

Eddie comunicó la orden a la sala de máquinas y sintió las vibraciones correspondientes bajo los pies a medida que los motores abrían el estrangulador. El brigada giró con rapidez el timón. La alarma de zafarrancho de combate reunió a la tripulación al completo en cubierta y los hombres se dirigieron apresuradamente a las cañoneras ataviados con sus «Mae West», el nombre con el que se conocían los chalecos salvavidas. Usando el teléfono del puente volante, el teniente Rosen ordenó que el cañón de cinco pulgadas de proa disparara contra la torre de mando. Una explosión rasgó la oscuridad ventosa y la torre se sumergió indemne. En todo caso, los submarinos podían navegar como mucho a siete nudos bajo el agua. El *Elizabeth Seaman* podía dejarlo atrás con facilidad.

Eddie se quedó donde estaba, preparado para operar el telégrafo. De pronto tenía a Roger gritándole en la cara. El cadete señaló algo y Eddie vio una segunda torre totalmente visible tres puntos a estribor de la proa. La brusca maniobra a estribor los había empujado hacia ella. Justo en ese instante

una explosión sacudió por entero el barco. Las escotillas salieron volando y las botavaras cayeron con estrépito sobre la cubierta. El *Elizabeth Seaman* se estremeció y la chimenea soltó una bola de fuego cuyo brillo anaranjado los iluminó a todos y se quedó ahí flotando, crepitando como un sol gigantesco disolviéndose encima del mar. Un fuerte olor a aceite quemado se expandió por toda la cubierta, seguido por un silencio profundo cuando se detuvieron los motores.

Eddie bajó por la escalera a oscuras hacia la caseta de entrecubierta y la sala de máquinas. Las luces de emergencia de los mamparos se iluminaban si les dabas un cuarto de vuelta, y encendió varias al pasar, mientras la ceniza de combustible se le iba acumulando en la boca. Descubrió que salía humo de la puerta de la sala de máquinas. Ochylski, el tercer ingeniero, salió dando tumbos, cubierto de sangre y petróleo.

—Ha estallado la caldera —dijo, jadeando.

Eddie pasó junto a él y bajó por la escalera de mano sin apenas tocar los peldaños con los pies, pero no logró llegar hasta la cubierta de la sala de máquinas: las llamas eran demasiado intensas. Era imposible que nadie que hubiera estado de guardia ahí abajo siguiera con vida. Fue corriendo a su camarote, se puso el Mae West y agarró el paquete de emergencia para abandonar el barco y la linterna. Oyó cómo se disparaba el cañón de tres pulgadas de proa, junto con el de cinco pulgadas de popa, e imaginó a los submarinos hundiéndose para evitar las explosiones y siendo arrastrados por el mar agitado, incapaces de volver a disparar. En la cubierta del barco, ató su bolsa (que contenía ropa, el sextante, cigarrillos, coñac y un panfleto titulado «Cómo abandonar el barco») dentro de su bote, el número cuatro. Los pescantes ya estaban desplegados, pero Eddie se resistió a arriar los botes salvavidas con aquellos vientos huracanados cuando todavía no había oído ninguna orden de abandonar la embarcación. Mientras el fuego estuviera contenido bajo cubierta y el *Elizabeth Seaman* se mantuviera estable, estarían más seguros capeando el temporal a bordo que en los botes.

El segundo torpedo pareció estallar contra el esternón de Eddie. Debía de haberlo disparado el primer submarino, o tal vez un tercero que no habían visto, ya que los alcanzó por la parte de babor, por debajo del nivel del agua, a la altura de la popa de la caseta de entrecubierta, entre las bodegas número cuatro y cinco. Le siguió un fragor retumbante en las profundidades del barco. Era un sonido que Eddie nunca había oído, pero sabía que era el océano invadiendo las bodegas del *Elizabeth Seaman*. Casi de inmediato, la popa empezó a hundirse en el agua. El capitán Kittredge dio la orden de abandonar

el barco y una atmósfera onírica se apoderó de la cubierta, una confusión magnificada por la oscuridad y el vaivén de las olas, que empujaban el barco muerto de costado, como un gato tratando de incitar a un ratón agotado. Aunque era un anciano, Pugh, el tercer cocinero, seguía en su puesto del puente volante, operando el cañón de veinte milímetros. Eddie lo cogió por el brazo y se lo llevó a su bote, el número dos. Había memorizado todas las listas de tripulantes de los botes. En la cubierta del puente, echó un vistazo a Chispas, que estaba metiendo los libros de códigos en las maletas de metal perforadas que se suponía que debían hundirlos.

—Tienes que ir a tu bote —le dijo Eddie—, el número uno.

—¿A qué coño viene tanta prisa, colega? —preguntó Chispas con una carcajada—. Ninguno de estos capullos ha sabido contestarme. Joder, voy a enviar el SOS una vez más.

La radio, que funcionaba gracias a un grupo electrógeno, parecía estar viva en medio del barco en llamas. Eddie se ofreció para llevar la radio de emergencia al bote del capitán y Chispas le estampó un beso en la mejilla.

—Bendito seas, tercero. La madre que me trajo... —dijo.

Eddie sacó la pesada radio de emergencia de la timonera. Sentía como si el tiempo se hubiera abierto en abanico y él pudiera moverse de lado además de hacia delante, de tal modo que cualquier actividad era posible incluso a medida que la inclinación de las cubiertas del *Elizabeth Seaman* se hacía cada vez más y más pronunciada. En la abarrotada cubierta del barco, Eddie dejó la radio en el bote salvavidas número uno, el del capitán. Frente a éste, a babor, el bote del primer oficial ya estaba en el agua: dos hombres a los remos y el resto tumbados en el fondo para estabilizarlo en medio del oleaje, que empujaba el bote de vuelta al casco del barco. El contramaestre estaba arrodillado junto a la caña del timón. Eddie lo oyó bramar órdenes por encima del viento furioso y supo que aquel bote lograría salir de allí.

Donde debería haber estado su propio bote, Eddie encontró a Ochylski, su mano derecha, de pie junto a las poleas, mirando hacia abajo. Alguien había arriado el bote vacío y ahora éste pendía inútilmente en la parte de sotavento del *Elizabeth Seaman*.

—¿Qué coño ha pasado?! —preguntó Eddie a su tercer ingeniero, gritando para hacerse oír por encima del viento.

—Pues que... se ha caído —respondió Ochylski. Su rostro tenía una palidez mortal bajo el brillo del fuel, su expresión vacía sin la pipa. «Está conmocionado», pensó Eddie. A lo mejor había soltado el bote por error.

—No pasa nada —dijo, tratando de reprimir su habitual necesidad de hallar al culpable. Los botes salvavidas eran espaciosos y habría sitio más que de sobra para todo el mundo en los dos restantes. Justo enfrente, en el lado de babor, estaban arriando el bote de Farmingdale a las aguas revueltas mientras un grupo de hombres esperaba para bajar por las poleas en cuanto la embarcación estuviera flotando. El primer bote, el del capitán, estaba a punto de ser arriado. Eddie se detuvo bajo la lluvia torrencial. Sentía una extraña reticencia a abandonar el *Elizabeth Seaman*. A través de las suelas de los zapatos, notaba explosiones submarinas a medida que el agua se iba abriendo paso y sacudía la caldera. Entre las rachas de ceniza que salían cada tanto por la chimenea, distinguió el cargamento de cubierta que tanto les había costado subir a bordo y atar: los Sherman, los jeeps... Tantos esfuerzos, preocupaciones y gastos. Salir de aquella tan sólo con sus vidas no parecía suficiente.

Entonces le vino un pensamiento: Chispas. El radiooperador estaba asignado al bote número uno, el del capitán, pero al examinar al grupo que esperaba para deslizarse con las poleas, Eddie no lo había visto. Volvió a meterse en la caseta de entrecubierta, ahora escorada en un ángulo demencial, y subió a la cubierta del puente. Encontró a Chispas en su silla, tan apagado como la radio, y le pegó un tirón para obligarlo a levantarse.

—Déjame en paz —dijo Chispas con voz débil.

—Arriba, tarado de los cojones.

Cabreado, Eddie se puso a Chispas sobre los hombros y bajó lentamente por la escalera de mano hasta la cubierta donde esperaban los botes.

—Cabrón entrometido —murmuró Chispas.

Los cuatro botes habían desaparecido y la cubierta estaba vacía. A través del chaparrón, Eddie vio la popa del *Elizabeth Seaman* sumergida hasta la mitad del palo de mesana, las olas rompiendo por encima de la toldilla. En la parte de sotavento había una balsa de pontón que se había soltado automáticamente de su estante deslizante y ahora flotaba sobre la cubierta. Todavía con el operador de radio a hombros, con la férula metálica de la pierna chasqueando en sus talones, Eddie bajó como pudo por la escalera hasta la cubierta principal y empezó a descender de lado por una pendiente digna de San Francisco, procurando no resbalar sobre la escurridiza cubierta de hierro. Llevó a Chispas hasta donde flotaba la balsa, la acercó a ellos tirando de la amarra y, haciéndolo rodar, lanzó a Chispas por encima de la borda hasta el fondo de madera entramada. Mientras saltaba por encima de la barandilla para subir a bordo de la balsa, se oyó un estruendo más arriba: el

cargamento se estaba descolgando de la cubierta de proa del barco, casi vertical. Tanques y jeeps rompían sus cadenas y caían como rocas derribando mástiles y botavaras, rebotando contra la caseta de entrecubierta y despeñándose violentamente contra la cubierta de popa entre crujidos de partes metálicas antes de caer al agua. Eddie intentó cortar la amarra que sujetaba la balsa al barco, convencido de que él y Chispas terminarían aplastados por la arremetida. Pero la amarra era de cable y no podía cortarla con su navaja. El *Elizabeth Seaman* chirriaba y se sacudía en medio de una angustiada tormenta de acero mientras Eddie trataba de recuperar el hacha que había en cada balsa; pero, antes de que pudiera descargarla sobre el cable, el barco soltó un gemido doloroso, gaseoso, primario, y se hundió arrastrando la balsa consigo. Eddie y Chispas se quedaron en el agua. Eddie pasó un brazo por el pecho del radiooperador y se preparó para el remolino al tiempo que lo asaltaba el recuerdo físico de haber sujetado así a otros chicos en la playa de Rockaway.

—Coge aire —le dijo a Chispas.

Pero no hubo remolino. El mar se cubrió de burbujas y de espuma allí donde había estado el barco y empujó a Eddie y a Chispas lejos de allí. Eddie miró frenéticamente a su alrededor buscando los botes salvavidas, pero la lluvia, la oscuridad y el oleaje le impedían ver. De pronto distinguió un puñado de luces rojas de Mae West: otra balsa, seguramente abarrotada de hombres. Sujetando a Chispas por el pecho, Eddie empezó a nadar de espaldas en esa dirección. El radiooperador era sumamente liviano, un amasijo de huesos y carne sin ni siquiera un abrigo, y menos aún un chaleco salvavidas. Eddie sintió cómo el mar se convulsionaba mientras el barco se hundía. El agua estaba cubierta de petróleo: notaba su sabor, lo notaba también en los ojos y en las fosas nasales. Eddie agitó los pies y el brazo libre, volviéndose de vez en cuando para asegurarse de que avanzaba en la dirección correcta. Finalmente alguien tiró de él; seguía sujetando a Chispas. Se quedó tendido en el fondo del bote. No sabía si Chispas continuaba con vida. Cuando por fin abrió los ojos, vio a Boggles, el artillero naval, a su lado.

—Eres un nadador cojonudo —dijo Boggles.

Eddie se puso a vomitar encima del entramado de madera. Chispas también estaba devolviendo, lo que por lo visto significaba que había sobrevivido. Ni siquiera mientras vertía vómito con olor a petróleo al mar Eddie podía dejar de pensar y devanarse los sesos: había visto a Boggles en el bote de Farmingdale, el número tres; ¿qué hacía ahora en una balsa? ¿Se había hundido el bote número tres? La balsa estaba hecha con dos estructuras

idénticas de madera entramada de metro por metro y medio y unos barriles de acero encajados que la sostenían a flote. Eddie rodeó un madero con un brazo y se agarró con fuerza. Las olas eran enormes, pero la capa de petróleo del barco impedía que rompieran y permitía que la balsa se deslizara sobre las crestas. Eddie no paraba de levantar la cabeza tratando de ubicar el barco, pero no había ningún indicador del lugar donde hacía apenas treinta minutos había habido siete mil toneladas de acero soldado con nueve mil toneladas de cargamento encima: ni una depresión, ni siquiera una mancha efervescente que recordara aquella mágica embarcación que los había llevado por medio mundo.

Por lo que le contó Bogue, que estaba echado junto a él, Eddie dedujo que el bote número tres había quedado destrozado después de que las olas lo estamparan contra el casco del barco. Todos habían logrado pasar a la balsa excepto el ingeniero herido, que había desaparecido entre las olas.

—¿Ochylski se ha ahogado? —preguntó Eddie alarmado, pero el artillero no sabía cómo se llamaba y Eddie se negó a creer que se tratara de Ochylski. Imaginó al tercer ingeniero agarrado a la cuerda salvavidas que rodeaba el perímetro de la balsa, sonriendo sarcásticamente ante su situación. Contando a Eddie y a Chispas, eran veintinueve a bordo, dijo Bogue: cuatro personas más de las que en teoría cabían en la balsa.

La tormenta se cernía sobre ellos con toda su virulencia y trataba de arrancarlos de la balsa como si fueran restos de comida en los dientes. Entre los fogonazos de los relámpagos, Eddie contó las cabezas con la rastrera esperanza de un jugador de dados que necesita un número concreto: cuatro sietes, sí, más él mismo, veintinueve. La balsa se encaramaba a olas tan altas que Eddie temía que volcara, que los hombres salieran disparados y Chispas, al que había atado a los maderos con su cinturón, terminara ahogado. Pero cada vez la balsa lograba deslizarse sobre la cresta de la ola y descender hasta el punto más bajo para iniciar una nueva ascensión. Al cabo de un rato, Eddie dejó de contar hombres y con el pie buscó la férula de la pierna de Chispas. El brazo que se había atado a un tablón de la balsa estaba agarrotado como si le hubiera sobrevenido el *rigor mortis*. Ya no sabía qué era arriba ni qué era abajo. De vez en cuando, un sueño tenso, fragmentario, se apoderaba de él. Desde el mar se elevaba una luminiscencia: era el plancton, Eddie lo sabía porque se había encontrado con ese mismo fenómeno en el Pacífico. De pronto aquel brillo parecía una emanación procedente del fondo marino, del *Elizabeth Seaman* de otros barcos perdidos, cientos a lo largo de los siglos, que emitían señas desde las profundidades.

La mañana llevó una luz sucia sobre un mar confuso. La peor parte de la tormenta había pasado ya. Seis de los hombres habían desaparecido: el primer cocinero, el brigadier llamado Red, un artillero, un limpiador, un encargado de intendencia y el marinero raso Pelemonde, un idealista que se había convertido en uno de los hombres más queridos por la tripulación. Bogue seguía ahí, junto con Farmingdale, los dos cadetes y varios guardias de la Marina, soldados rasos, fogoneros y Chispas, que se había mantenido en su sitio gracias al cinturón de Eddie. De algún modo, Pugh, el viejo lobo de mar, también había logrado llegar hasta allí. «Hombres de hierro en barcos de madera.» En la balsa reinó el silencio durante mucho rato, mientras todos se hacían a la idea de la pérdida de sus compañeros de tripulación. En el caso de Eddie eso incluía a Ochylski, que no aparecía por ninguna parte.

Farmingdale era el oficial de más rango, lo cual lo colocaba al mando de la balsa, con Eddie como su segundo. A pesar de las reservas que le generaba el segundo, Eddie se alegraba de contar con el oficial de navegación a bordo. Y lo que era todavía mejor, Chispas los informó de que había obtenido respuesta a su señal de SOS, de modo que existía la posibilidad de que los rescataran en cuanto la tormenta amainara.

Al mediodía, con la lluvia todavía cayendo de forma intermitente, alguien avistó a lo lejos un bote salvavidas bastante hundido (quizá sobrecargado). Liberaron los remos de la balsa y Eddie improvisó un escámo para cada uno haciendo un lazo con la cuerda salvavidas, un truco que había aprendido de su panfleto. Un artillero y un fogonero se pusieron de rodillas y cogieron un remo cada uno mientras otros hombres los anclaban a proa y a popa. Cuando lograron acercarse lo suficiente al bote, vieron que estaba vacío e inundado. Debía de ser el bote de Eddie, el número cuatro: el que alguien había arriado de forma prematura. Habían tenido suerte. En comparación con una balsa de pontón, el bote salvavidas era un palacio: nueve metros cúbicos a resguardo de la lluvia, herramientas y suministros, por no mencionar la vela y la caña de timón. El paquete de emergencia de Eddie para abandonar el barco estaría atado dentro, junto con un sextante, mantas y varias raciones sumergibles extra. Seguramente los cigarrillos estarían empapados, pero la botella de ron sudafricano sería más que bienvenida.

Unieron la balsa al bote y se turnaron para reparar los desperfectos y achicar agua. Para sorpresa de Eddie, el bote llevaba el número dos (el del primer oficial), no obstante había una bolsa atada en el mismo lugar donde él había dejado la suya. Perplejo, abrió la bolsa y la encontró llena de libros hinchados por el agua y convertidos en una masa empapada. Con un respingo

de miedo, lo comprendió todo: sólo había un hombre en el mundo capaz de rescatar una bolsa que sólo contenía libros de un barco que se iba a pique, y la última vez que había visto al contraestre, éste estaba al timón del bote del primer oficial, el número dos, que había sido el primero en zarpar.

Comunicó su descubrimiento a Farmingdale.

—Había diecisiete hombres en ese bote, todos con chaleco salvavidas — dijo Eddie—. Tenemos que buscar supervivientes.

Farmingdale hizo un gesto de escepticismo, pero Eddie siguió hablando ante la reacción favorable del resto de la tripulación. Farmingdale se encogió de hombros y permaneció en la balsa, con actitud reticente, mientras el resto de hombres preparaba el bote para la búsqueda. Pugh, el viejo lobo de mar, proclamó que todavía soplaba demasiado viento para izar la vela. Se habían perdido un juego de remos y escálamos del bote, pero había otro de repuesto. Remarían en cuadrado, mil golpes de remo en cada dirección, haciendo sonar los pitos de sus Mae West cada cinco golpes. Todos, incluido Farmingdale, se subieron al bote, pero dejaron la balsa atada, pues no podían saber cuántos supervivientes iban a encontrar. Con cuidado, Eddie abrió el cilindro metálico que contenía las raciones de comida de emergencia y repartió una porción de *pemmican* y dos tabletas de leche malteada a cada hombre, además de ciento setenta mililitros de agua del garrafón (cuyo contenido se había renovado hacía tan sólo cuatro días) con una taza de medir esmaltada.

A Eddie empezó a engañarlo el oído nada más ponerse a remar. Cada pausa le parecía plagada de gritos humanos de socorro, pero completaron la parte este del cuadrado sin ver a nadie. Viraron hacia el sur con un cambio de remeros. Cuando llevaban trescientos golpes de remo, varios hombres oyeron un pitido débil y Roger soltó un grito desde la proa. En paralelo a babor, Eddie atisbó la mancha intermitente de lo que parecía un objeto flotante. Se acercaron remando despacio, negociando con la alta mar, y Eddie vio que se trataba del contraestre y de Wyckoff, que flotaban abrazados. Con mucho cuidado, alargaron los remos hasta los flotadores y los izaron a ambos al interior del bote salvavidas. Los dos hombres se quedaron tumbados en el fondo de la barca, temblando violentamente, hasta que al final perdieron la consciencia. Chispas se quitó la férula de la pierna y se echó junto a los dos naufragos para darles calor.

Con el ocaso, el cielo se abrió como una escotilla revelando un cargamento exótico de tonos rosados y anaranjados. Habían pasado el resto del día buscando, pero no habían encontrado a nadie más. Las olas empezaron a menguar y Eddie repartió otra ronda de raciones. Wyckoff y el

contra maestre fueron capaces de comer y beber, aunque el primero apenas hablaba y el segundo no abría la boca. A Eddie le resultaba inquietante ver tan silenciosa a su némesis: era como tener el espectro del contra maestre a bordo.

A medida que fue oscureciendo, el tiempo se fue calmando y todos se animaron un poco. El descubrimiento del bote salvavidas indicaba que se encontraban cerca del lugar donde el *Elizabeth Seaman* se había ido a pique; era probable que al día siguiente acudiera alguien a rescatarlos. Lo mejor que podían hacer era aguzar la vista y seguir la corriente, pues seguro que los rescatadores la tendrían en cuenta para decidir dónde buscarlos. Echaron el ancla de deriva, una bolsa de lona de forma cónica, por encima de la proa del bote para mantenerse en la corriente. Dejaron la balsa atada al bote con la idea de ser más visibles desde un avión. Entonces acordaron las guardias y se turnaron, durmiendo acurrucados en el fondo de la barca sobre los chalecos inflables o sentados en la bancada con la cabeza apoyada en la borda. Eddie hizo, en la bancada donde dormía, una muesca con la navaja que marcaba el paso de veinticuatro horas lejos del *Elizabeth Seaman*.

Se despertaron temblando y con la ropa empapada. Eddie distribuyó raciones de comida y agua. Con el sol despuntando en el horizonte, Wyckoff les contó que una ola errante había volcado el bote dos en medio de la tormenta y había mandado a sus diecisiete tripulantes al agua. Todos habían logrado mantenerse cerca de la barca, pero mientras estaban agarrados a las cuerdas salvavidas de la borda, esperando una oportunidad para voltearla, un tiburón había atacado al segundo cocinero. Algunos hombres se habían alejado nadando, gritando presas del pánico; otros, entre ellos Wyckoff y la víctima del ataque, habían trepado a la barca volcada. Pero eso había sido un error, pues la siguiente ola los había lanzado a un frenético caldero de tiburones. Inexplicablemente, Wyckoff había logrado salir indemne. Apenas podía nadar, pero su Mae West lo había mantenido a flote. Con la salida del sol, había atisbado al contra maestre, que se había acercado nadando hacia él. Los dos habían estado tratando de llegar al bote salvavidas desde ese momento.

Mientras Wyckoff hablaba, Eddie no apartaba la mirada del contra maestre, preguntándose qué horrores podían haber provocado el mutismo en un hombre como él.

Cuando salió el sol, levantaron el mástil del bote salvavidas y Eddie izó la bandera amarilla que había encontrado entre las provisiones de emergencia de la embarcación. Poco después del mediodía, avistaron un avión volando bajo. Todos gritaron y saltaron del bote a la balsa agitando las camisas, excepto el

contra maestre, que se quedó sentado en silencio en el fondo del bote. El avión se alejó aparentemente sin haberlos visto, un golpe que los dejó a todos abatidos. Aun así, ninguno de ellos dudaba que el avión andaba buscando supervivientes del *Elizabeth Seaman*, y todavía quedaban muchas horas de luz. Pusieron a cuatro hombres a hacer guardia, uno mirando en cada dirección. Eddie recorrió la línea del horizonte con la mirada. Ésta parecía siempre a punto de revelar la presencia de un barco, pero pasaron varias horas de clima cálido y claro (perfecto para un rescate) sin que lograran divisar nada más.

A la puesta de sol, la tripulación estaba perpleja, quejosa y hambrienta. ¿Qué coño les pasaba a esos aviones? ¿Acaso sus pilotos eran ciegos? Eddie no dijo nada. Habría deseado tener a Kittredge junto a él: se le hacía imposible imaginar que un avión de rescate pudiera pasar sin ver a su afortunado capitán.

El contra maestre seguía sentado en el fondo de la barca con la mirada perdida.

—Anda que nos has ayudado mucho, vago cabrón —dijo Farmingdale en tono jocosos, mirando a los demás. Eddie intuyó que intentaba provocar al contra maestre para hacerlo hablar, como si eso pudiera cambiar su suerte. Eddie se preguntó si tendría razón—. Sabemos que puedes hablar —lo pinchó Farmingdale—, y el tercero lo sabe mejor que nadie.

Le dirigió una mirada artera a Eddie, una invitación, pero éste esbozó una sonrisa neutra.

El tercer día amaneció con apenas una brisa leve. Farmingdale opinó que debían seguir navegando con la corriente un día más antes de poner rumbo a tierra. Avistaron un barco muy lejano, pero sus gritos y sus saltos no sirvieron de nada. Con los últimos restos de día, se prepararon para iniciar a la mañana siguiente el viaje hacia la alargada costa de arena de África. El *Elizabeth Seaman* había zozobrado mil seiscientos kilómetros al este de la Somalia Británica. Farmingdale calculaba que la corriente los había arrastrado hacia el norte, con lo que la distancia a tierra sería todavía más corta. Navegando con un buen viento del oeste, era posible que recalaran en quince días o menos. Las raciones combinadas de la balsa y del bote salvavidas (suplementadas, esperaban, con pescado y más lluvias) debían permitirles aguantar hasta entonces, y siempre cabía la posibilidad de que los rescataran durante el trayecto.

Cayó la noche, fría y dura. Encendieron bengalas al mismo tiempo en el bote y en la balsa, y prosiguieron con sus guardias con la esperanza de avistar

un barco neutral con las luces encendidas. Eddie se sentó en una bancada, incapaz de dormir. Pensó en el océano tal como aparecía en las cartas de derrotas, lleno de líneas de profundidad, de rutas de transporte y de arcos de corriente. No parecía existir relación alguna entre aquellas imágenes y el vacío que lo rodeaba en aquel momento. Encima de su cabeza había aquel extravagante dosel de estrellas que tanto lo había asombrado cuando se había embarcado por primera vez, excesivo y rutilante como el interior de la cueva de Ali Babá. Visto desde la cubierta de un barco, aquel cielo era un espectáculo reservado a quienes eran lo bastante afortunados para verlo. Ahora, en cambio, las estrellas le parecían aleatorias, accidentales, como el mar. Anna había dejado de aparecérselo en sueños: se había alejado tanto que ella ya no podía alcanzarlo. Comprendió que había atravesado otra capa de la vida y se había adentrado en algo más profundo, más frío e implacable.

Hizo una tercera muesca en la bancada.

Después de la inmersión, Anna giró la cama de Lydia para que el lateral quedara contra la pared, cerró la puerta del dormitorio de sus padres y trasladó la mesa de la cocina y la radio a la sala: quería que el piso fuera distinto, que reflejara el cambio que sentía, el peso del descubrimiento que había hecho.

El reloj de bolsillo de su padre estuvo varios días soltando agua de mar. Cuando finalmente se secó, las manecillas estaban inmóviles a las nueve y diez. Cerró la pieza dentro del puño y sintió en la palma su peso junto con una oleada de energía y protección. Era una reliquia de un inframundo que había visitado un día, en condiciones peligrosas, tan sólo para poder recuperarla. Durmió con el reloj debajo de la almohada.

Pocos días después de la inmersión, ya sabía que quería dejar el piso. A las chicas no les estaba permitido alojarse en la pensión donde vivía Bascombe; había una sede de la YWCA, la sección femenina de la Asociación Cristiana de Jóvenes, cerca de su edificio, pero tenía lista de espera, y además ella quería estar más cerca del arsenal. Había habitaciones en alquiler en la calle Sands: Anna había visto carteles escritos a mano en el ventanal de algún bar o tienda de uniformes. Se preguntaba si sería posible alquilar una sin que nadie se enterara de que estaba viviendo allí, pero eso sólo lo hacían las chicas malas, y el peligro de que te descubrieran era demasiado grande.

Una tarde coincidió con Rose saliendo del trabajo. Mientras atravesaban la puerta de la calle Sands del brazo, Anna le expuso su dilema o, mejor dicho, una versión en la que su madre había tenido que volver al Medio Oeste para cuidar a una hermana enferma y naturalmente Anna no podía vivir sola. Rose aplaudió entusiasmada: la inquilina de su madre, una recién casada, había decidido seguir a su marido a una base naval en Del Mar, en California; ¡iba a quedar una habitación libre en su piso de la avenida Clinton! Anna accedió a alquilarla de inmediato.

Como ganaba dinero suficiente para mantener el piso y alquilar una habitación en casa de Rose, Anna decidió no mencionar su traslado ni a su madre ni a su tía. Requería demasiadas explicaciones. Además, ella y Brianne ya no quedaban casi nunca, y cuando lo hacían generalmente era para ir al

cine. Con que Anna recogiera el correo de vez en cuando, ni siquiera los vecinos la echarían de menos.

Compró una maleta grande de cartón, tipo «por favor que no llueva» (como solía llamarlas su padre), la llenó de ropa, artículos de tocador y libros de Ellery Queen, se terminó lo que quedaba en la botella de leche y envolvió la mantequilla con un trapo de cocina. Se sentó una vez más a la mesa donde de pronto tenía la sensación de haber pasado la mayor parte de su vida comiendo, cosiendo y cortando muñecos de papel de estraza. La escalera de incendios dividía la luz del sol en rodajas en las que el polvo flotaba como las brillantes motas de mica en el agua de la bahía de Wallabout. El edificio se sentía pesado y silencioso. Entró en la cocina y pasó las manos por el fregadero de estaño donde ella y su madre habían bañado a Lydia hasta que ésta creció tanto que ya no cabía. Se miró en el espejo donde su padre solía afeitarse. Entonces salió del piso y cerró la puerta.

Bajó las seis plantas esperando que en cualquier momento un vecino curioso la detuviera y le preguntara adónde iba, pero nadie salió ni se acercó a la mirilla de la puerta, al menos hasta donde ella fue capaz de oír. A lo mejor estaban todos durmiendo. En la calle, inmersa en la agradable brisa de finales de marzo, se dio cuenta de que había caras desconocidas. Un hombre caminaba apresuradamente con una maleta al tiempo que miraba los números cincelados encima de las puertas: un recién llegado.

El nuevo dormitorio de Anna estaba situado en la parte trasera del piso de Rose y daba a un árbol que parecía estar levantando pesas. Un viejecito repartía la mantequilla y la leche con una carreta. En su día había vivido gente rica en la avenida Clinton, y las casas más grandes tenían establos que ahora, o bien estaban vacíos o se usaban como garaje. Dos de los hermanos de Rose estaban en el ejército, pero el más pequeño, Hiram, seguía en casa y forraba sus libros de texto con el mismo hule con olor a regaliz que Anna solía usar de pequeña para forrar los suyos. Le encantaba su nueva casa.

Algunas tardes pasaba a buscar a Rose por la puerta de su antiguo taller y cogían juntas el tranvía de la avenida Flushing, absortas en sus periódicos vespertinos. Apenas unas semanas antes, Anna había contemplado cómo Rose se alejaba en ese mismo tranvía sintiendo que iba a ahogarse en su soledad. Metió la mano en el bolso y acarició el reloj de bolsillo de su padre.

Por las tardes, si le tocaba bucear, trabajaba hasta tarde, y Rose sabía que no tenía que esperarla. Esas tardes, Anna iba a la calle Sands con los otros buzos y, en el tranvía de vuelta a casa, se comía un caramelo de menta para no oler a cerveza cuando les diera las buenas noches a los padres de Rose.

Su nueva situación hacía que pasar tiempo con Charlie Voss, que seguía siendo el supervisor de Rose, le resultara incómodo. Una tarde, después de que las casadas se hubieran marchado, Anna fue a su despacho a explicárselo.

—Lo entiendo, desde luego —dijo él—. Es una pena.

—Te echaré de menos, Charlie.

—Pero ¿me vendrás a ver alguna vez cuando todo esté tranquilo? —preguntó él.

—Te lo prometo.

Por las tardes, al salir del trabajo, buscaba con la mirada el coche de Dexter Styles por la calle Sands. Al no verlo, sentía siempre un pálpito de decepción seguido de una sensación de alivio.

Dos semanas después de su inmersión en el puerto, mientras esperaba a que los demás buzos pidieran comida en el Oval Bar, Anna abrió el *Herald Tribune* y echó un vistazo a los titulares optimistas, a los que ya se había acostumbrado: Rommel estaba a punto de perder Túnez, el ejército ruso obligaba a los alemanes a retroceder hasta Smolensk... Al pasar la página, una noticia en la parte inferior izquierda llamó su atención.

ENCUENTRAN CERCA DE UN HIPÓDROMO EL CUERPO ACRIBILLADO DEL PROPIETARIO DE CLUBES NOCTURNOS DESAPARECIDO

Se fijó en la fotografía. Aunque no era consciente de estar leyendo, las palabras parecieron arrastrarse hasta su interior: «La búsqueda del empresario de clubes nocturnos Dexter Styles, que se inició hace dos semanas, terminó en tragedia el pasado domingo, cuando Andrew Metuchen y Sandy Kupech, dos niños de diez años residentes en la bahía de Sheepshead, descubrieron su cuerpo cerca del viejo hipódromo abandonado...»

Anna apartó el periódico y bebió un trago de cerveza. Se fijó en los buzos que había a su alrededor, engullendo mejillones y hojaldres de salchicha. Tuvo la sensación de que su cabeza era como un globo que flotaba varios metros por encima de su cuerpo. Oyó un ruido de cristal roto y se dio cuenta de que estaba cayendo.

La hicieron volver en sí con sales aromáticas. Estaba echada de costado en el suelo, notó el serrín debajo de la mejilla. Tenía la cara de Ruby justo encima de la suya y la proximidad de su sombra de ojos corrida, junto con su aroma floral y dulzón, le provocó náuseas. Vomitó, pero enseguida trató de levantarse. Finalmente, Bascombe y Marle le pasaron los brazos por el cuello

y la ayudaron a alzarse. La sacaron del bar ante la mirada burlona de los marineros, que suponían que había bebido demasiado.

El frío de la calle le supuso un alivio. Caminaba con los ojos cerrados, renunciando a cargar con la mayor parte de su peso. Tenía la sensación de estar sonámbula. Algo horrible había sucedido en el bar, pero había logrado escapar. Después de doblar varias esquinas, volvieron a entrar en un edificio. Anna reconoció enseguida el olor salobre a goma quemada de los trajes de buzo: la habían llevado al tanque de recompresión.

Marle entró con ella.

—¿Te duele algo? —le preguntó, ajustando el dial—. ¿Te dolía algo antes de desmayarte?

—No es por la descompresión —dijo ella. Entonces se acordó de por qué se había mareado y empezaron a temblarle las manos.

—¿Quién ha sido tu asistente?

—Katz —contestó ella. Le castañeteaban los dientes—, pero no he pasado demasiado rato ahí abajo.

—El que controlaba los relojes era él.

Anna volvió a vomitar.

Al terminar la recompresión, Marle abrió la puerta del tanque y volvieron a salir todos. Bascombe y Ruby los estaban esperando. Bascombe miró detenidamente a Anna, entornando sus ojos plateados, y ella se preguntó si habría leído el titular. No habían hablado de su inmersión ilegal, más allá de señalar que ellos habían podido devolver sin incidentes el equipo que habían sacado del arsenal. Anna había temido que sus amigos la evitaran después de aquella noche, pero había sucedido justo lo contrario: entre ellos se había forjado un complejo vínculo familiar.

Marle accedió a no hacer constar los síntomas de recompresión de Anna en el registro de buceo si ella prometía ir directamente al hospital a que le comprobaran las constantes vitales. Uno de los guardias del arsenal naval la acompañó en moto. Anna le contó a la enfermera de la recepción lo que había pasado y le pidieron que esperara. El titular del periódico flotaba absurdamente en la mente de Anna. No podía ser verdad, pero descartarlo la agotaba.

Al rato, una enfermera naval la despertó: se había dormido en la silla con la cabeza apoyada en la pared. Según su reloj de pulsera eran las nueve pasadas. La enfermera, que no parecía mucho mayor que Anna, llevaba el pelo rubio recogido en un moño detrás de la gorra. Le puso un termómetro y le colocó el brazaletes para tomarle la tensión; lo hacía con una concentración

tan absoluta que impresionó a Anna. Luego miró dentro de los ojos y los oídos de Anna con una luz potente. Le colocó un estetoscopio frío sobre el corazón y fue anotando los resultados en un sujetapapeles.

—Todo está en orden —anunció—. ¿Cómo te sientes?

—Bien —dijo Anna—, un poco cansada.

—El médico me ha pedido que te pregunte si estás casada.

—No —dijo Anna, sorprendida—, ¿por qué?

—Si lo estuvieras, te recomendaría una prueba de embarazo. Algunas chicas sufren desmayos durante los primeros meses.

—Ah.

—Pensó que a lo mejor te habías quitado el anillo para bucear.

—Pero... ¿me has hecho la prueba?

—No, claro que no: tendría que sacarte sangre.

—No hace falta.

Anna salió del hospital, pasó entre las columnas blancas y bajó por la corta escalinata que iba a dar al jardín oval con césped donde ella y Rose habían donado sangre el otoño anterior. Se quedó entre las sombras, observando fijamente en lo alto de una columna la escultura blanquecina que todavía recordaba de aquel día. Tenía un águila en lo más alto. No le había venido el período desde que se había incorporado al programa de buceo, dos meses atrás. Había dado por hecho que el motivo eran las inmersiones, y se había sentido aliviada pues temía las complicaciones que habría supuesto tenerlo. Pero aquella nueva interpretación no le pareció una posibilidad, sino una certeza.

Anna volvió al piso y encontró al padre de Rose en el salón, leyendo el *Forward* a la luz de la lámpara verde del escritorio. Le pareció detectar un atisbo de desaprobación (o acaso de preocupación) ante su presencia tardía y desaliñada. Ya en su habitación, se echó en la cama con las manos sobre el vientre y contempló el árbol del otro lado de la ventana. Se dijo que no lo sabía seguro, pero sí lo sabía: al final se había metido en un lío.

Al día siguiente por la mañana se marchó pronto y sin desayunar. Se metió el reloj de bolsillo en el bolso con la sensación horrible de que éste había agotado su poder de protección. En el tranvía que debía llevarla a la avenida Flushing le vino una náusea acompañada por un hambre atroz. En la cafetería de la esquina de Flushing con Clinton se unió a la legión de operarios del arsenal naval que hacían cola para comprar huevos, croquetas de patata, café y tostadas solas (había un embargo sobre la mantequilla y otras «grasas comestibles»). Después de comer se sintió mejor y pudo llegar al

trabajo caminando. Pasó por el despacho del teniente Axel para darle los buenos días, siempre era el primero en llegar.

—Kerrigan —dijo—, estaba esperándola. Pase un momento. Tengo cinco nuevos aprendices —añadió cuando la tuvo delante de su escritorio—; ¿qué planes tiene para hoy?

—Hacer de asistente por la mañana y una inmersión por la tarde.

—¿Le parece bien si le mando esos bobos, a ver si aprenden algo mirando?

—Desde luego, señor.

El cambio en su relación con el teniente Axel se había producido unas tres semanas antes. De un día para otro, pareció que éste había cogido cariño a Anna, como si un desgaste fruto del hábito hubiera provocado el derrumbe espontáneo de su andamiaje de prejuicios. Había sido un cambio increíble, casi mágico, y aunque había empezado antes de que Anna encontrara el reloj de bolsillo, tuvo la sensación de que éste había sido el catalizador de la transformación. De pronto se encontraba interpretando el increíble papel de preferida (mimada), como si la animosidad entre ella y el teniente Axel hubiera dado paso a una especie de intimidad. Él le hablaba en clave y ella lo entendía. Sus comentarios desdeñosos hacia las otras chicas eran en realidad halagos hacia Anna, ya que ella no era como las demás.

—Hágame un favor, Kerrigan —le había dicho la semana anterior—. Cúbrase el pelo en la barcaza o vamos a tener a todas las secretarias cabezas de chorlito del arsenal llamando a la puerta, joder.

—Dudo que quieran bucear, señor.

—Tiene razón. Hay poca gente tan chiflada como usted, pero se lo advierto: si empiezan a acudir aquí en bandada, será tarea suya mandarlas a freír espárragos.

—A menos que alguna valga la pena —había contestado ella.

Pero el teniente se había limitado a resoplar, tal como Anna sabía que haría; como quería que hiciera, se dijo Anna más tarde, avergonzada ante su propia insinceridad.

—Mire a ver qué le parecen los nuevos reclutas —le dijo el teniente—. Dígame si hay alguno que sobresalga. Ah, y Kerrigan —añadió, bajando la voz y mirando hacia la puerta—, desconciértelos un poco. Ya sabe a qué me refiero: separe a los hombres de los niños.

Anna salió del despacho eufórica por el halago y sintiéndose culpable por haberlo disfrutado. Se puso la ropa de trabajo y salió al muelle. La luz del sol se filtraba a través de las naves de construcción y ella cerró los ojos y dejó

que le calentara la cara. La presión de su problema se suavizaba poco a poco, como un puñetazo que de pronto empieza a dejar de doler. La solución era evidente: bucear le serviría para ponerle punto final. Un problema como el suyo era incompatible con su trabajo; pronto volvería a tener el período. Esa tarde notó calambres inspeccionando el casco de un destructor torpedeado mientras los cinco aprendices la observaban desde la barcaza. Le preocupaba ensuciar el traje, una inquietud que le arrancó una sonrisa en la intimidad de su escafandra. Cuando finalmente pidió a Greer que montara guardia en la puerta del baño, vio con incredulidad que se había equivocado.

Cada mañana se despertaba convencida de que sus problemas terminarían aquel día, pero por la noche estaba demasiado agotada para mortificarse pensando que no había sido así. El clima era ya lo bastante cálido para que ella y Rose volvieran a casa paseando por la avenida Clinton desde Flushing en lugar de tomar el segundo tranvía. El viernes, que era *sabbat* para los judíos, Rose y su familia encendían dos velas después de la cena y se reunían alrededor de la mesa con una hogaza de pan. Mientras ellos decían sus oraciones, en las que habían incluido a Sig y Caleb, que estaban en el ejército, Anna se concentraba en su propia plegaria: «Por favor, haz que mi problema se termine.» A menos que su problema se terminara, todo aquel mundo desaparecería pronto: las velas, el pan, Rose y su familia. Las chicas con ese tipo de problemas vivían en otro tipo de casas.

En un compartimento separado dentro de la mente de Anna se había puesto en marcha un reloj: si bucear no funcionaba había otro método, pero no podías esperar demasiado. Dos semanas después del mareo, Anna abrió los ojos una mañana y pensó: «Tengo que hacer algo.» No tenía ni idea de por dónde empezar, pero la respuesta le llegó como si hubiera estado planeándola desde el principio: iba a buscar a Nell. Nell sabría qué hacer. Al fin y al cabo, ella también lo había hecho.

Después del trabajo, Anna cogió el metro a Union Square. Había viejos combatientes de la Gran Guerra jugando al ajedrez ataviados con abrigos gruesos, con medallas y alfileres en el sombrero. Sonaba *I've Heard That Song Before* en un fonógrafo portátil y había adolescentes abrazados, bailando al son de la música. Viéndolos, Anna sintió un ataque de nostalgia: ella también había bailado así con chicos en el Brooklyn College, pero nunca se había sentido tan inocente como parecían aquellos adolescentes. Siempre había estado ocultando algo, también ahora.

«Veintiuno de Gramercy Park South.» Qué curioso que Nell la hubiera obligado a repetirlo.

Al mencionar el nombre de pila de Nell (el único que Anna conocía), el portero, ataviado con un uniforme gris de aspecto militar, se acercó a una centralita de pared y conectó un cable. Anna metió la mano en el bolso y acarició el reloj de bolsillo de su padre. Había ido hasta allí con la esperanza de que Nell estuviera en casa arreglándose para salir por la noche y al parecer había acertado. Un ascensorista la llevó hasta la octava planta y la dejó en un recibidor pequeño con dos puertas plafonadas, una frente a la otra, junto a un ramo de rosas rojas cuya magnitud se multiplicaba por el espejo que había tras ellas. Su propio reflejo la sorprendió. Se estaba pellizcando las mejillas para darles más color cuando Nell apareció por la puerta de la izquierda vestida con un salto de cama de raso con las solapas cubiertas de plumas blancas como espuma de jabón. Tardó un instante en acordarse de quién era Anna y entonces la abrazó, apartando el cigarrillo para no quemarla.

—¿Cómo estás, cariño? —exclamó—. No te veía desde hace siglos, sinvergüenza. ¿Dónde te habías metido?

Anna respondió a cada una de sus preguntas estridentes con un murmullo neutro y, tras un rato de toma y daca, Nell pareció darse cuenta de algo. Entonces se apartó y la miró entornando los ojos.

—Pasa —le dijo finalmente—, cuéntame qué problema tienes.

Anna volvió a Gramercy Park un domingo por la mañana. Ella y Nell pasearon hasta la avenida Park, los tacones afilados de Nell repiqueteando sobre la acera como si alguien estuviera clavando clavos. Su pelo oxigenado parecía blanqueado al sol matutino y tenía sombras moradas bajo los ojos: se había convertido en una de esas personas que tienen mejor aspecto con luz artificial.

En cuanto se metieron en el taxi, Anna insistió con el tema del precio, hablando en voz baja para que el taxista no la oyera. No tenía ni idea de cuánto podía costar el procedimiento y esperaba que la dejaran pagar a plazos.

—Pagaré Hammond —contestó Nell con un susurro—: le he dicho que es para mí.

—¿Y si se entera?

—Me lo debe, créeme —dijo Nell.

—Gracias —dijo Anna con un susurro, pero se dio cuenta de que aquello se quedaba muy corto—. También por acompañarme. No me lo esperaba.

Nell se encogió de hombros. Había algo curiosamente impersonal en su actitud. Anna estaba bastante segura de que habría hecho lo mismo por

cualquier chica que hubiera acudido a ella con ese problema.

—¿Has oído lo de Dexter Styles? —preguntó Nell.

Anna fijó la vista en la imponente mancha grisácea de los edificios que se alzaban al otro lado de la ventana.

—Lo leí en el periódico —dijo—, es terrible.

—Nadie habla de otra cosa.

—¿Se sabe quién lo hizo, o por qué?

—Hay un millón de teorías. Hay quien dice que fue la mafia de Chicago. Supuestamente es más implacable que la de Nueva York.

—Pero ¿por qué lo mataron? —preguntó Anna.

—Hay una investigación en marcha, pero nadie dirá nada, a menos que quieran acabar igual que él.

—A lo mejor el propio Dexter Styles habló.

Nell sopesó aquella posibilidad.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó— La gente decía que tres cuartas partes de su negocio eran legales; ¿por qué arriesgar todo eso?

—¿Tenía hijos? —Anna ya sabía la respuesta, pero no quería que la conversación terminara: hablar de Dexter Styles la calmaba.

—Unos gemelos y una hija. Y una mujer guapísima, una chica de la alta sociedad, de familia rica. Dicen que tenía el mundo en sus manos.

—Es muy triste —dijo Anna, y sintió cómo la tristeza se acumulaba en su interior. Volvió a clavar la mirada en la pared por temor a que Nell se diera cuenta.

—La gente lloró en el club.

Su muerte la habían compartido muchos, cientos, pensó Anna, y sintió que se disolvía entre esa multitud. Había conocido a Dexter Styles mucho menos que ellos. Casi nada. Sin embargo, el recuerdo lanzaba dardos contra su determinación: la sensación de tenerlo entre sus brazos, sus susurros roncós..., y también lo que Anna se disponía a hacer.

El taxi las dejó en una esquina de la calle Setenta y cuatro Este, apenas a un par de manzanas de la consulta del doctor Deerwood. La coincidencia asombró a Anna. Acababa de terminar abril: a Lydia le hubiera tocado su visita anual al cabo de unas semanas. Se preguntó si era posible que el doctor de Nell visitara en el mismo edificio que el doctor Deerwood, o incluso en la misma consulta, ¡o que fuera el doctor Deerwood! Una luz fría iluminaba el cruce; el aire estaba lleno de palomas. Nell se puso unas gafas de sol, como una estrella de cine. Su abrigo blanco de lana tenía charreteras con canelones dorados. Las campanas de una iglesia cercana empezaron a repicar.

—¿Dónde está la consulta? —preguntó Anna.

—Un poco más adelante: no le gusta que los taxis paren justo enfrente los fines de semana. Llama demasiado la atención.

Caminaron hacia la avenida Madison. A Anna le dolía la cabeza y sólo deseaba que las campanas dejaran de sonar de una vez. A media manzana, Nell se dirigió hacia una hilera de casas con toldos a rayas y setos esculpidos. Al final de una escalinata corta había una placa metálica rectangular que ponía DR. SOFFIT, OBSTETRA. Nell pulsó el timbre y la puerta se abrió. Las dos accedieron a una sala de espera tan suntuosa como la del doctor Deerwood, aunque con una decoración distinta: ésta tenía una alfombra de tono plateado de pared a pared y un sofá de media luna tapizado de terciopelo negro. Anna se sentía como si las campanas sonaran dentro de su cabeza.

—Que paren ya —murmuró.

Nell dio un respingo.

—¿Quiénes?

Un tenue olor a productos químicos inundaba la sala, como si tras tanta alfombra y terciopelo hubiera una habitación de hospital. Y debía de haberla: no podían operarte en un sofá de media luna.

—Yo también estaba nerviosa la primera vez —dijo Nell. Ahora también lo parecía.

—¿Cuántas veces lo has hecho?

—Tres. Bueno, dos: ésta sería la tercera.

—Y luego, ¿qué?

—Te sentirás adormilada —dijo Nell—. Y dolorida. Pero en el fondo estarás bien. Y mañana estarás como nueva.

Anna no se refería a eso, no exactamente, pero tampoco importaba. Su miedo se mezclaba con un cúmulo de esperanzas, una sensación que le resultaba familiar de todos esos años en los que había llevado a Lydia a visitarse con el doctor Deerwood. El doctor acudiría. ¡El doctor acudiría! Había varias revistas dispuestas pulcramente en abanico encima de la mesita de café lacada: *Collier's*, *McClure's*, *The Saturday Evening Post*. Nell abrió un ejemplar de *Silver Screen* y Anna observó por encima del hombro. Se fijó en las rubias: Betty Grable, Veronica Lake, Lana Turner; todas ellas parecían versiones posibles de Lydia. Clavó los ojos en la puerta que comunicaba aquella sala con la siguiente. La puerta estaba tapizada. Una puerta preciosa. Se dio cuenta de que le estaba apretando la mano a Nell.

—No duele —le dijo—, te dan cloroformo y te duermes.

Nell estaba leyendo un artículo sobre los peinados de varias estrellas de cine (bucles, ondas, rizos), pero sus ojos no se movían por la página. Anna percibió sus ganas de terminar y largarse de allí. Pronto llegaría el doctor. Anna tenía el estómago revuelto por el miedo y el anhelo.

Estaba mirando la puerta cuando ésta se abrió. El doctor Soffit era más joven de lo que esperaba; es decir, más joven que el doctor Deerwood. Era alto, tenía el pelo rubio y llevaba una alianza. Saludó a Nell efusivamente y estrechó la mano de Anna con actitud seria y agradable, mirándola a los ojos. Las acompañó a través de la puerta tapizada hasta una sala que tenía menos aspecto hospitalario de lo que Anna había temido, con unos pequeños cuadros de frutas colgando de las molduras. Había también una cama cubierta con sábanas blancas. En la sala contigua, Anna se quitó la combinación y se puso una bata de algodón sobre el sujetador y los pantis. Su estómago, plano y musculoso, parecía burlarse de aquellos procedimientos. ¿Y si ni siquiera era cierto? ¿Y si no se había metido en ningún lío? ¿Cómo podía saberlo, sin hacerse la prueba?

¿O sí se la habían hecho?

Nell se sentó en una silla, junto al lugar donde iba a quedar la cabeza de Anna.

—La señorita Konopka no verá nada —dijo el doctor Soffit—, pero estará ahí, sujetándole la mano mientras usted duerme, ¿verdad, señorita Konopka?

—Ya lo creo —aseguró Nell. Parecía aliviada de tener al doctor ahí.

Konopka. «Una polaca»; Anna oyó dentro de su cabeza la voz de su padre y se puso a llorar. Se echó encima de la mesa, con las piernas extendidas ante ella, agarrándose la cadera a través de la sábana. Nell levantó una de las manos de Anna y la tomó entre las suyas, que estaban temblando.

—En treinta minutos habrá terminado —le explicó, pero la gravedad del momento había consumido las capas de fingimiento que solían girar a su alrededor y había dejado expuesta una descarnada urgencia—. Ahora te dará el cloroformo y te dormirás.

—Intente relajarse, señorita —dijo el doctor Soffit.

Él estaba detrás de Anna, donde ésta no podía verlo; su voz era indistinguible de la del doctor Deerwood. Anna se irguió, tratando de mirarlo. El corazón le latía con fuerza.

—Relájese —repitió el doctor Soffit con voz tranquila. Se sentó junto a ella con algo en las manos. El doctor acudiría. ¡El doctor había acudido! Estaba allí e iba a arreglarlo todo.

Pero quien se le apareció en aquel momento no fue el doctor Soffit, sino su hermana. Con una inmediatez que no experimentaba desde la noche que había pasado con Dexter Styles, se acordó del olor lechoso, a galletas, de Lydia, de la suavidad de su piel y su pelo. De su cuerpo enroscado, sin terminar. De la insistencia palpitante de su corazón. Y flotando siempre a su alrededor, como una gasa, el sueño de la mujer que podría haber llegado a ser.

Un sueño: una chica guapa corriendo, con las rodillas brillando bajo el sol. Una niña vista con el rabillo del ojo. De pronto Anna tuvo la sensación de que podía dar vida a aquella niña.

El doctor le colocó una mascarilla encima de la boca. Ésta desprendía unos vapores dulzones, una concentración del olor químico que había percibido en la antesala.

—No —dijo Anna.

Nell se inclinó sobre ella y Anna vio su propio terror reflejado en los ojos de su amiga. Los vapores le llegaron al cerebro, una sombra soñolienta que crecía como una nube a punto de descargar lluvia. Imaginó que se marchaba de la consulta sin nadie, sin nada. Un vacío en su interior donde antes había habido algo.

Aquella niña corriendo. Aquel sueño.

—No —dijo una vez más a Nell—. Dile que pare.

La mascarilla le cubría la boca y Anna no podía oír su propia voz, pero de algún modo Nell la entendió, o a lo mejor se lo leyó en los ojos, que ya habían empezado a ponerse en blanco.

—Un momento —dijo Nell bruscamente y le apartó la mascarilla.

A Eddie le preocupaba que, confinados en el bote salvavidas, sin poder echarse en la balsa, estuvieran demasiado apretados. Le preocupaba que Farmingdale se resistiera a dejar que Pugh se hiciera cargo de la navegación. Le preocupaba hasta dónde iban a tener que desviarse de su curso para seguir avanzando con el viento; si lograrían seguir navegando a cuatro nudos usando la vela..., y sobre todo le preocupaba quedarse sin raciones: dudaba si debían seguir con los ciento setenta mililitros de agua diarios o recortarlos un poco; si Chispas iba a pescar algo algún día; si de algún modo lograrían llegar a una isla, tal como el capitán y el oficial del *ss Travessa* habían hecho en 1923. Aquellos caballeros habían guiado dos botes salvavidas a lo largo de cientos de kilómetros a través del océano Índico, pero ellos disponían de instrumental y mapas. Eddie tan sólo disponía de su brújula.

Con lo que él no había contado, sentado despierto la noche antes de izar la vela y deseando fumarse un cigarrillo (sólo uno o, mejor aún, cincuenta), era con que el viento amainara.

El cuarto día, al alba, el tiempo era caluroso y calmo y el mar parecía el sudor que brilla en un rostro. Los artilleros querían remar para sentir que hacían algo y Farmingdale se mostró de acuerdo, lo que obligó a Eddie a señalar, tan respetuosamente como pudo, que remar supondría un derroche inútil de energía y recursos. Se encontraban a más de mil quinientos kilómetros de la costa africana, una distancia insalvable a remo. Otros hombres respaldaron la súplica de Eddie y Farmingdale cedió con un falso aire de inocencia divertida que, tal como Eddie empezaba a comprender, era su forma de enfrentarse a la derrota.

Todos decidieron dar el día por perdido y descansar antes de izar las velas al día siguiente. Los hombres que no estaban de guardia evitaron el sol echándose bajo la cortina del bote salvavidas o bajo la funda, que extendieron como una lona encima de la balsa. Por la noche encendieron las últimas bengalas y siguieron montando guardia. Eddie se despertó muchas veces a causa del frío. Le pareció notar viento, rocío de espuma, pero resultó que estaba soñando.

El día siguiente fue igual, y el otro también. Las únicas horas soportables eran las primeras de la mañana, cuando el sol secaba el rocío del bote y caía deliciosamente sobre sus cuerpos fríos, y el anochecer, cuando los primeros

atisbos de frío aliviaban, como la caricia de una enfermera, sus extremidades abrasadas antes de que el frío se impusiera y los empujara a abrazarse unos a otros, temblando, bajo las seis mantas del bote salvavidas. Eddie aprovechaba los momentos de tregua para repartir raciones y disfrutar de esa sensación de satisfacción pasajera. Era evidente que se habían adentrado en la región ecuatorial, donde no podían confiar en los vientos alisios para avanzar. Aquellos momentos de calma chicha nunca duraban demasiado, les aseguraba Pugh: un día o dos, rara vez más. Pero cada día sin viento parecía que fueran diez. Su desánimo se veía punteado por céfiros traidores que los llevaban a izar las velas, cargados de esperanza, para ver cómo el viento cesaba al cabo de veinte minutos. Se veían obligados a consumir raciones que iban a necesitar si en algún momento tenían alguna oportunidad de llegar a tierra firme. Su mayor esperanza era que los rescatara otro barco, que alguien los encontrara, clavados, tal como estaban, como una muestra sobre una tabla forrada de seda. Vieron tres barcos más en la distancia. Cada vez gritaron, bramaron y saltaron, y a continuación se dejaron caer en el fondo del bote como si estuvieran muertos. No aparecieron más aviones: se encontraban demasiado lejos de la costa. Los primeros aviones de rescate debían de haber despegado de algún portaaviones.

El tercer día sin viento (el sexto desde el hundimiento del *Elizabeth Seaman*) acordaron renunciar a un tercio de sus raciones diarias. A Eddie el peto le bailaba ya sobre las caderas y se había apretado el cinturón tres agujeros más. Hablaban de comida con un vocabulario igual de florido y detallado que el que empleaban los chicos del internado para hablar de sexo, y por el mismo motivo: las palabras eran lo único que tenían.

Sin la dosis de esperanza que les proporcionaba la ración del mediodía se sumieron en la lasitud. Ostergaard, un brigadier, aunque llevaba varias horas durmiendo al sol, apartaba de un empujón a todo aquel que intentaba cubrirlo con algo. Por la tarde estaba ya insolado y con fiebre. Roger sabía administrar primeros auxilios y atendió al brigadier con paños húmedos y loción de calamina extraída del kit de primeros auxilios del bote. El brigadier pedía agua en un tono tan lastimero que Roger y Eddie renunciaron a la mitad de sus raciones nocturnas para doblar la suya. A la mañana siguiente, Ostergaard había desaparecido del bote. A Eddie, que había dormido en la balsa junto con varios más, le costaba creer que ninguno de los trece hombres a bordo del bote hubiera oído cómo el brigadier caía al agua. Los estudió con mirada suspicaz, sobre todo a Farmingdale. Mientras repartía las raciones matutinas, Eddie tuvo la sensación de que la tripulación lo miraba con suspicacia a él,

como si sospecharan que tenía favoritos, o que se quedaba con una porción mayor de la que le correspondía. La moral era crucial para la supervivencia en un bote salvavidas, Eddie lo sabía perfectamente, y les faltaban los mejores recursos para subir la moral de la tripulación: el alcohol y los cigarrillos. Pero Farmingdale, su líder, era el primer responsable. En lugar de velar por mantener la paz era el más quisquilloso, sobre todo con el contraмаestre. Una mañana quiso impedir que Eddie le proporcionara su porción de leche condensada.

—Quien no habla no papea —decretó Farmingdale, mirando a su alrededor en busca de otros que se sumaran a su cacicada—. Ya veremos si aguanta mucho más sin abrir la boca.

Cuando Eddie intentó una vez más repartir su parte al contraмаestre, Farmingdale lo agarró por la muñeca.

—Es demasiado blando, tercero. Él nunca fue blando con usted.

—Necesitamos que todo el mundo esté fuerte —dijo Eddie.

—No mueve ni un músculo. Da lo mismo que esté fuerte o débil. Da lo mismo que esté como que no esté.

Farmingdale estaba ofreciendo a Eddie un papel en una provocación que pudiera satisfacer la necesidad colectiva de hallar un chivo expiatorio. A bordo del *Elizabeth Seaman* no había un solo hombre que no hubiera visto al contraмаestre humillar a Eddie. Ahora el contraмаestre era un hombre acabado, cuyo último vestigio de orgullo se manifestaba en su aparente indiferencia ante aquella conversación. Eddie siempre había querido superar al contraмаestre, pero la idea de hacerlo en aquel momento, en connivencia con Farmingdale, lo repelía.

—Déjelo en paz, segundo —le advirtió Eddie con severidad, y le ofreció su leche al contraмаestre.

La mirada de Farmingdale fue de Eddie al contraмаestre y vuelta atrás, todavía con aquella sonrisa burlona en los labios.

—Ah, ya veo de qué va esto —dijo.

A partir de aquel momento, Farmingdale empezó a seguir a Eddie, si es que tiene algún sentido hablar de «seguir» en un espacio tan reducido. Allí adonde fuera Eddie, al lado estaba siempre el segundo oficial de pelo canoso y ademán elegante. La suya era una persecución de cariz hostil (de vigilancia), y Eddie percibía el miedo de Farmingdale a que él pudiera volvérselo en contra y persuadir a los demás de hacer lo mismo. Esa posibilidad, que no se le había ocurrido antes, empezó a tentarlo.

Aquella tarde cortó la parte sobrante de su cinturón y se la dio a Chispas, que había estado usando un trapo para cebar la caña de pescar del bote. Usando aquel cebo de cuero, Chispas logró pescar un atún pequeño antes de que anocheciera. Eddie lo ayudó a reducir el pez contra el costado del bote y Bogues le clavó un cuchillo de caza en el centro. Eddie saltó por la borda y ayudó a pasar un cabo por la cola del animal, que arrastraron hasta el interior de la embarcación. Farmingdale lo cortó en porciones que se distribuyeron siguiendo un método concreto: un hombre vuelto de espaldas elegía el destinatario de cada pedazo. Había suficiente para que tocaran dos porciones grandes a cada uno y el líquido del interior del pescado les sació la sed. A continuación, la desconfianza mutua pareció menguar. Encendieron la lámpara de keroseno y hablaron hasta bien entrada la noche sobre lo que harían después de la guerra. Cuando todos hubieron sucumbido al silencio, saciados y adormilados, el contramaestre tocó el bíceps de Eddie, señaló los restos del pescado que reposaban sobre una bancada y habló en voz tan baja que nadie más lo oyó. Al cabo de un momento, incluso Eddie tenía sus dudas de haberlo oído.

—Bueno —dijo el contramaestre.

Pasados tres días más sin viento, a excepción de aquellos céfiros crueles y burlones, el hambre y la sed regresaron con brutalidad redoblada. Los hombres se arrancaron los botones de las prendas y los chupaban para generar saliva. Eddie tenía la lengua como una suela de zapato; le habría gustado cortársela. El sexto día sin viento, Hummel y Addison bebieron agua de mar con un gozo tan exuberante que Eddie tuvo que gritar a los demás que no hicieran lo mismo. Al caer la noche ambos tenían ya alucinaciones y a la mañana siguiente Hummel estaba muerto. Addison informó a Eddie de que Hummel le había cedido sus raciones a modo de última voluntad y testamento. Eddie le respondió que eso no era competencia de Hummel, y Addison se le echó encima con los puños en alto. Farmingdale estaba junto a Eddie, como de costumbre, pero no hizo nada para detener a Addison, fueron los artilleros quienes lo ayudaron a retenerlo. Addison murió esa noche. Antes de trasladarse a la balsa para dormir (y de que Farmingdale lo siguiera para roncar a su lado), Eddie hizo otra muesca en la bancada del bote, donde llevaba la cuenta de los días, y añadió una marca especial para registrar la muerte de otro hombre.

Al séptimo día sin viento (y el décimo en total) Eddie se tumbó en la balsa, bajo el sol, saboreando aquel breve instante de alivio entre la agonía del calor y del frío. Sintió el viento en la mejilla durante varios segundos antes de tomar consciencia de la sensación, pero incluso entonces dio por hecho que se trataba de otro sueño. Los miembros de la tripulación llevaban días moviéndose sólo lo justo para que no se les anquilaran las rodillas, y reaccionaron con cierta lentitud, pero aquello era viento, sin duda: la racha se había levantado tan repentinamente que los adormilados tripulantes que montaban guardia todavía no se habían dado cuenta. Se oyó un grito colectivo de júbilo. En el bote salvavidas, Pugh y otros recogieron el ancla de deriva y se apresuraron a preparar la vela. El mar ya se veía picado. Bogues subió al bote de un salto y empezó a agarrar de la mano al resto de los tripulantes que todavía se encontraban en la balsa para ayudarlos a subir al bote y poder desprenderse de la balsa. Mientras Roger saltaba de la balsa al bote, la amarra que los conectaba se rompió y el cadete se cayó al mar con tan mala fortuna que se golpeó la cara con la borda del bote. Bogues le acercó un remo para que se agarrara, pero a Roger le entró el pánico y braceó hasta volver a la balsa. Eddie se levantó de un brinco y lo ayudó a subir. La cara del cadete presentaba una palidez alarmante y tenía un corte en una mejilla.

La balsa, mientras tanto, se iba alejando del bote con una rapidez considerable. No tenía calado. Bogues intentó lanzar otra amarra a Eddie, pero cada vez se quedaba corto. Se rindieron en cuanto empezó a diluviar. Farmingdale estaba inmóvil. Eddie ordenó a los hombres que seguían en la balsa que nadaran hasta el bote por parejas, para que los del bote tuvieran tiempo de subirlos a bordo. Para su sorpresa, vio al contraamaestre ayudando a rescatar nadadores de las olas, su primera muestra de actividad desde que lo habían rescatado a él.

Farmingdale se negó a nadar. Eddie decidió saltar el último en compañía de Roger, que estaba echado sobre la balsa con los ojos cerrados, sangrando del corte en la mejilla.

—Bueno, segundo, pues supongo que usted se quedará en la retaguardia —le dijo Eddie cuando todos los demás se hubieron marchado—. Y tú —añadió, dirigiéndose a Roger—, no hace falta que nades, pero tienes que ayudarme, ¿de acuerdo?

El cadete asintió con la cabeza. La distancia entre el bote y la balsa era de apenas unos quince metros, pero aumentaba con cada segundo. Eddie iba a tirarse ya al agua cuando Farmingdale lo agarró por los hombros y lo arrojó

de espaldas al centro de la balsa. El segundo oficial balbucía incoherencias, desquiciado. Eddie le dio un bofetón, con fuerza, para hacerlo volver en sí.

—¡Sabe nadar, segundo! —le gritó—. ¿Se puede saber qué le pasa?

Farmingdale le soltó un puñetazo en la barbilla a Eddie y empezaron a pelear de rodillas, forcejeando sobre el entramado resbaladizo del suelo de la balsa, bajo una lluvia torrencial. Eddie sentía cómo la balsa se deslizaba sobre las olas como una barquita infantil. Cada vez que lograba atisbar el bote, éste estaba más lejos. Percibió las miradas ansiosas de los hombres de a bordo (Chispas, Wyckoff, el contramaestre), una madeja de conexión tan viva que parecía anular la distancia entre ellos e iluminar la oscuridad creciente.

Eddie logró sacarse la navaja del bolsillo para cortarle el cuello a Farmingdale, pero el segundo oficial se la arrebató y la arrojó al mar. Entonces se abalanzó encima de Eddie y lo inmovilizó con su corpulencia. Eddie no veía nada y sólo notaba la masa empapada y pestilente de aquel hombre que lo aplastaba. Roger se espabiló e intentó arrancar a Farmingdale de ahí. Cuando finalmente el segundo oficial se apartó rodando con un gemido, Eddie apenas conseguía divisar el bote salvavidas. Rompió a llorar, sollozos de rabia y frustración, consciente de que había perdido a sus compañeros para siempre, junto con el registro de días y accidentes. Echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y dejó que la lluvia le mojara la garganta por un momento. Entonces volvió a mirar. Todavía se veía el bote; vio, o creyó ver, los ojos de los hombres fijos en él. Eddie se dijo que éstos todavía estaban a su alcance. Podía nadar, por agitado que estuviera el mar, a lo mejor incluso arrastrando a Roger. Era posible, pero el simple hecho de que aquella idea acudiera a su mente pareció despertar la atención nerviosa del segundo oficial, su terror a que lo dejaran solo. Eddie comprendió entonces que su única esperanza era nadar solo, saltar al agua antes de que Farmingdale pudiera llegar a él. Iba a tener que dejar al cadete atrás. Nadie pondría en duda su decisión: era una cuestión de supervivencia, pero su mente se extravió: no podía dejar a Roger con Farmingdale.

Mientras intentaba atisbar algo a través de la oscuridad, Eddie vio lo que parecía una persona nadando. Se frotó los ojos y volvió a mirar. No. Sí. Una cabeza solitaria oscilando entre las olas como un corcho. ¿Sería Bogues? ¿Quién más tenía la fuerza y las agallas para hacer eso? ¿Y para qué? Roger también se dio cuenta, abrió mucho los ojos y señaló aquella figura cada vez más cercana. Cuando finalmente el nadador llegó a la balsa, Eddie vio con asombro que se trataba del contramaestre. Él y Roger lo ayudaron a subir a bordo. Tras pasar unos minutos recuperándose, se puso de pie, logrando de

algún modo mantener el equilibrio en la balsa inestable. El contramaestre empuñó el hacha del bote salvavidas, que llevaba sujeta a la cintura con un acollador, la levantó por encima de la cabeza y la descargó sobre el cráneo de Farmingdale, que se agrietó y se partió como un plato, esparciendo trozos de cerebro y sangre por los maderos de la balsa. Luego sacó la navaja del bolsillo de Farmingdale y echó su cuerpo por la borda, donde desapareció entre el oleaje. Una cresta se llevó los restos ensangrentados.

Todo eso sucedió en menos de un minuto. Eddie lo habría achacado a una alucinación, pero (con gran alivio) confirmó que, efectivamente, Farmingdale ya no los acompañaba en la balsa. Al cabo de una hora había dejado de llover y la oscuridad era absoluta, el cielo claro y sin luna. En la distancia, Eddie vio un borrón de luz: el farol del bote. La balsa no tenía remos ni nada con lo que hacer señales. Habían trasladado al bote todo lo que tenía algún valor: la comida, el agua, la brújula y cualquier otra cosa que pudiera mantener a un hombre con vida.

Había llovido lo suficiente y con suficiente fuerza como para que el agua acumulada en su ropa empapada fuera sólo salobre. La escurrieron hasta la última gota en sus bocas respectivas y trataron de dormir. Eddie se despertó a menudo, aguardando la primera luz del día con la esperanza de avistar el bote salvavidas, pero cuando por fin llegó el alba el bote había desaparecido. Contemplaron el océano. Eddie estaba muerto de miedo, pero se esforzó en comportarse como si aquella situación tan funesta fuera un simple revés.

El contramaestre se tocó el cuello y negó tristemente con la cabeza.

—Ya lo sé —dijo Eddie—, echo de menos esas frases tan hermosas.

El contramaestre ladeó la cabeza con gesto de incredulidad.

—Lo digo en serio —insistió Eddie—. Ahora que no están, las echo de menos.

El contramaestre se señaló a sí mismo.

—Luke —dijo.

—No, para mí sigues siendo el contramaestre, como siempre. ¿Para ti también, verdad, Roger?

Pero Roger siguió mirando el mar.

El contramaestre abrió la bolsa de las raciones y dentro encontró la funda del bote que el día anterior habían usado para protegerse del sol. Sacó la amarra rota del agua y trató de ensamblar ambos objetos con determinación.

—Está haciendo un ancla de deriva —le explicó Eddie a Roger en un intento por involucrar al cadete. La mejilla se le había hinchado de forma grotesca, tanto que le impedía abrir el ojo derecho. La cicatriz era profunda y

roja—. Lo mejor que podemos hacer es no alejarnos de la corriente —añadió Eddie—. Hasta que tengamos viento a favor, es la forma más probable de llegar a tierra. Buena idea, contraмаestre.

Éste le lanzó una mirada mordaz y familiar que desató una cascada de palabras en Eddie.

—Ya lo sé, es indignante que un ignorante como yo se atreva a halagar a un marinero vastamente superior como tú, contraмаestre, y más aún por tus ideas, ¡por Dios!, pero las jerigonzas con las que te expresas no me dejan otra opción que leerte la mente, aunque esté tan poco preparado para esa tarea como desde luego lo estoy.

El contraмаestre lo miró boquiabierto. Incluso Roger levantó los ojos. Eddie no había hablado así en su vida; tuvo la sensación de que aquellas palabras se habían canalizado directamente de la mente del contraмаestre a su propia garganta. Le encantó la facilidad con la que las palabras le salían por la boca, el placer hasta entonces desconocido de la verborrea.

El contraмаestre sonrió por primera vez desde que lo habían rescatado del mar. A Eddie el hecho de sentirse siempre la víctima de aquella sonrisa le había impedido reconocer la belleza de su dentadura blanca, perfecta, en cuarto creciente.

Usando la navaja de Farmingdale, Eddie comenzó un nuevo registro de días en el borde de la balsa. Empezó por el día uno, pues el tiempo que habían pasado a bordo del bote salvavidas le parecía ya irreal y lleno de fantasmas. En su nueva vida, el viento soplaba con fuerza y el agua era pesada y negra. No disponían de protección contra los elementos: el viento, el sol y la lluvia los manoseaban y maltrataban a voluntad. Las estrellas y la luna parecían cercanas y desguarnecidas, como rocas brillantes o fragmentos de concha entre los que Eddie podría arrastrarse siempre que quisiera. Vieron arcoíris nocturnos. A la mañana siguiente, Eddie y el contraмаestre otearon el horizonte en busca de barcos y de su propio bote salvavidas desaparecido. El segundo día, dos peces voladores aterrizaron dentro de la balsa y los compartieron entre los tres, arrancando hasta la última fibra de carne de las espinas, que acto seguido molieron entre los dientes. El tercer día, otro chaparrón les alivió la sed, pero no tenían dónde almacenar el agua.

Desde que se había golpeado la cabeza en el bote salvavidas, Roger se mostraba apagado y confuso. El ojo del lado de la herida seguía cerrado y la inflamación había empeorado. Eddie se arrancó una tira de la camisa, la mojó con agua de mar y presionó la herida con ella. No podía hacer nada más. El corte se había infectado y una aureola roja se le fue extendiendo por toda la

cara. Por las noches Roger temblaba miserablemente y Eddie y el contraamaestre lo abrazaban uno desde cada lado para tratar de mantenerlo caliente. Cada día al alba, Eddie hacía otra marca en el borde de la balsa: cuatro días, cinco días... Roger empezó a susurrar algo sobre su perro galés; sobre una chica llamada Annabelle, cuyos pechos había tocado por encima de su jersey de Pascua; llamó a su madre. Eddie acercó sus labios resecaos a la cara del chico y murmuró:

—Te queremos, cariño; todo irá bien.

Eddie habría hecho cualquier cosa para que aquel muchacho no sufriera. Había profesado un amor semejante hacia una criatura en otra parte, aunque no recordaba ni dónde ni cuándo.

La sexta noche, Roger yacía lívido de fiebre, respirando con bocanadas agitadas y superficiales. Eddie y el contraamaestre lo rodearon con sus brazos entrelazados. Finalmente, el chico soltó un jadeo largo y se quedó inmóvil. Lo abrazaron hasta que el calor lo hubo abandonado por completo. Con la salida del sol, echaron su cuerpo al mar, pero Eddie se negó a creer que había muerto y siguió intentando alcanzarlo.

Y así se vio lanzado a otra vida más, en la que el cadete se movía bulliciosamente entre la legión de fantasmas que estaban fuera de su alcance. Un sol abrasador, noches heladas y el tormento de un hambre insoportable, invencible. Eddie sentía que su cuerpo se devoraba a sí mismo, una agonía como un chirrido de dientes. Pasaban el tiempo echados boca abajo en la balsa, demasiado débiles para buscar comida u otras embarcaciones. Las lluvias ocasionales les aliviaban la sed. Eddie estaba esquelético y frágil. No recordaba cuándo había orinado por última vez. Era poco más que un cadáver, pero mientras su cuerpo se consumía, sus pensamientos vagaban con una libertad elástica, desconocida. Eddie comprendió lo que había visto en los fumaderos de opio de Shangái: las personas estaban letárgicas y colocadas, pero sus mentes debían de vagar, como la suya en aquel momento, a través de nubes de sonido y color, como espíritus recién liberados.

El encogimiento visible del contraamaestre se asemejaba al suyo propio. Sus melenas y sus barbas desbocadas eran una burla de su carne menguante. El contraamaestre sufría menos los efectos del sol, que laceraba la piel de Eddie a través de sus prendas raídas. Su único alivio provenía del hecho de flotar en medio del mar. Por lo menos una vez entre la salida y la puesta del sol, Eddie se sacudía la parálisis de encima y se metía en el agua agarrándose al cabo del ancla de deriva. Eran los únicos momentos en los que Eddie eludía el acoso de la gravedad, que pesaba sobre sus huesos frágiles como una bota

que lo aplastara contra la acera. El placer de flotar, de estar sumergido, compensaba incluso las secuelas punzantes de sentir la sal secándose en sus llagas. El contraamaestre lo ayudaba a volver a subir a la balsa, Eddie no tenía fuerzas suficientes. No hablaban nunca. Pasaban largos períodos de tiempo echados uno al lado del otro mirándose a los ojos. Eddie lamentaba haber desaprovechado la oportunidad de pedir a su amigo que le hablara de Lagos y de preguntarle por qué había decidido hacerse a la mar, si era católico, y cuáles eran sus mejores y peores recuerdos. Era demasiado tarde para las historias: habían dejado el lenguaje atrás, incluso el protolenguaje del mar.

Un día, mientras estaban tumbados en la balsa bajo el sol, Eddie tomó consciencia de la presencia de algo junto a ellos. Abrió los ojos y vio un albatros blanco y desmañado, con las alas enormes dobladas a los lados como los caballetes de un artista. El contraamaestre estaba durmiendo. Usando un último resto de energía, Eddie atacó al pájaro con la navaja con la intención de cortarle el cuello. El albatros lo esquivó fácilmente, levantó una pata y retrocedió un paso, entonces ladeó la cabeza y lo observó con curiosidad con sus ojitos negros y brillantes.

Al día siguiente, Eddie temblaba a pesar del sol y el calor. El contraamaestre lo abrazó para intentar calentarlo.

—Buen chico —dijo, y Eddie reconoció en sus palabras una versión de las muestras de cariño con que él había tratado de consolar al cadete moribundo hacía tantísimo tiempo.

Eddie habría querido objetar, corregir al contraamaestre con una ristra de hechos que se desvanecieron en colores antes de que pudiera convertirlos en lenguaje. Eddie apenas se movía, apenas respiraba, tratando de conservar sus últimas energías, de ralentizar el mundo casi hasta el punto de la muerte para así poder vivir una hora más. Moriría para seguir viviendo, para saborear el galope sensual de sus pensamientos hacia una verdad que todavía no había comprendido. Ya no sabía si era de día o de noche, si estaba solo o acompañado por el contraamaestre. Se acordó de su hija menor y de su mente encerrada dentro de un cuerpo condenado al silencio. Descubrir su similitud con ella atravesó a Eddie con tanta intensidad que soltó un grito, aunque no emitió sonido alguno. Aplastado contra la balsa, anhelando flotar, se acordó de Lydia en la bañera, recordó el alivio, el placer y las carcajadas que le producía flotar en el agua caliente. Pero Eddie le había dado la espalda, horrorizado por su deformidad. Por primera y única vez, tomó consciencia de la naturaleza criminal de aquel abandono.

—¡Lydia!, ¡Liddy! —gritó, y su voz, estridente y estrangulada, lo conmocionó mientras intentaba alcanzar a aquella niña, a aquella familia a la que había abandonado.

Eddie quedó profundamente afligido, con el nombre de Lydia como una moneda en la boca. Entonces, un sonido leve como una brisa le llenó los oídos, una voz que recordaba vagamente: no era la de Anna, y desde luego tampoco era la del contramaestre, sino una que hablaba con una efervescencia vertiginosa, un parloteo tambaleante como el trino absurdo y alegre de un pájaro. Eddie se apartó del cuerpo que yacía sobre la balsa y siguió aquel sonido hasta su origen, como si fuera música entrando a través de una ventana abierta. Se detuvo a escuchar, esforzándose por apresar aquel balbuceo risueño como unas manos en movimiento tratando de capturar una cinta reluciente que se agitaba al viento. Seguía a Lydia, que estaba sin aliento, riéndose, y cuyas palabras le llegaban no tanto en frases como en olas, en un lenguaje que Eddie había menospreciado en su día pero que ahora, por fin, entendía, *papa Anna corre mama mira el mar mama plas Anna ver el mar papa besito Anna corre a ver el mar el ver el mar el ver el mar el mar el mar elmarelmarelmarelmarelmar*, palabras reducidas a un sonido monocorde, un simple vaivén, el punteo de una cuerda, el latido de un corazón: su corazón, el corazón de ella, un mismo corazón. Ahí estaba, la verdad subyacente a todo lo demás, como ondas procedentes del fondo del mar. Sólo entonces Eddie sintió los brazos del contramaestre rodeándolo. Llevaba un rato allí, nunca se había marchado.

—Ya falta poco —dijo el contramaestre—. Falta poco, amigo mío. Ya casi está. Dios sigue aún con nosotros.

OCTAVA PARTE

LA NIEBLA

—¡Ya te lo podrías haber pensado antes! —dijo Nell, siseando, bajo la luz matutina, a una calle de la consulta del doctor Soffit. Si no hubiera sido por las madres y los niños que paseaban por Central Park con sus sombreros de ir a misa, lo habría dicho gritando.

—Gracias por hacerlo parar —dijo Anna.

—No debería haberlo hecho. Ahora ya estarías y no habría más que hablar. De hecho... —añadió mirando hacia atrás, hacia la Quinta Avenida—, seguramente podríamos volver.

—No, por favor. —Anna sentía como si hubiera estado a punto de perder para siempre el placer que le producía respirar el aire fresco—. Por favor, no.

—¡Para ya!

Anna cogió a su amiga del brazo y experimentó algo próximo al amor hacia aquella protectora malhumorada y glamurosa.

—Gracias, Nell.

Ésta se puso tensa, pero poco a poco se fue relajando. Las muestras de gratitud de Anna parecieron calmarla, o tal vez era que la indignación había empezado a aburrirla, por contraste con la forma tan interesante que había adquirido el problema de Anna.

—Bueno. O sea que vas a llegar hasta el final —dijo Nell en voz baja—. Vas a tener que marcharte. Pero, te lo advierto, los lugares buenos cuestan un ojo de la cara.

—Tengo un dinerillo ahorrado.

Nell soltó una carcajada.

—Cariño, el dinero lo pone él. Se lo tienes que decir a las claras: si quiere que su cómoda vida siga adelante sin que hables con su mujer y se alteren bastante las cosas en su casa, que afloje la mosca. Así de sencillo.

—Se ha ido.

Nell ladeó la cabeza.

—Nadie se va hasta que está muerto. Encuentra al desalmado y oblígalo a pagar o terminarás con las monjas, una solución que no te recomiendo: a las monjas no les gustan demasiado las chicas como nosotras, lo sé de buena fuente.

—Quiero decir que... se ha ido —dijo Anna, y ante las muestras de incompreensión de Nell se sintió obligada a añadir—: al frente.

—Ah, es soldado. ¿Por qué no has empezado por ahí?

Anna no tenía respuesta. Nell tampoco la esperaba; se había quedado pensativa.

—Fue un «interludio robado» —dijo Nell para sí, pronunciando aquella frase como si aquello dejara la situación de Anna en una categoría completamente nueva—. Viviste el momento, lo mismo que él: ninguno de los dos pensó en las consecuencias.

—Así es... —admitió Anna.

—Pero ¿por qué estropearle la figura y perder un año de tu vida cuando podrías resolverlo en treinta minutos? A menos que... él no vuelva...

—No volverá, estoy segura.

Anna había ido demasiado lejos, pero Nell no pareció reparar en la absurdidad de aquella afirmación.

—En ese caso, el niño puede llevar su apellido —caviló ésta—, aunque nadie sepa que es suyo. De esa forma seguirá con vida: habrás mantenido a tu soldado vivo teniendo su hijo, ¿eso es lo que estás pensando!

En realidad, Anna estaba pensando que Nell fracasaba estrepitosamente cuando intentaba ponerse romántica. Era evidente que su amiga había estado escuchando demasiados seriales. Pero el hábito de Nell de formular preguntas como si fueran respuestas resultaba de lo más conveniente.

—Pues entonces sólo quedan las monjas —concluyó—: tendrás que poner al mal tiempo buena cara durante un año, pero al final encontrarán un buen hogar cristiano para tu hijo.

—O hija —añadió Anna.

Después de cenar, Anna se sentó en el salón, junto a Rose y su familia, a escuchar a Mozart en el gramófono. El padre de Rose estaba absorto leyendo *Forward*, un periódico en yidis; su madre hacía otro cuadrado para el mantel de ganchillo que estaba elaborando para celebrar el regreso de sus hijos; Hiram hacía los deberes y el pequeño Melvin hacía rodar su caballito de ruedas por encima del sofá, y después también por encima de Anna, empezando por los muslos y subiendo por un brazo, los hombros y, luego, viendo que ella no se quejaba, por la cabeza.

—No seas incordio, Melly —lo riñó Rose.

—No, si me gusta —dijo Anna. Los bordes redondeados de las ruedas del caballo le proporcionaban un masaje de lo más agradable en la piel y el cuero

cabelludo. En aquella vida frágil y preciosa que se había forjado todo le resultaba agradable.

En los días y semanas siguientes, su satisfacción se hinchó hasta convertirse en éxtasis. Los árboles de la avenida Clinton florecieron de la noche a la mañana. Anna agitaba los brazos mientras paseaba por debajo, pensando: «Pronto ya no veré estos árboles ni oiré el crujido de sus ramas.» Ayudó a la madre de Rose a unir los cuadritos de ganchillo.

—Cuando estrenemos este mantel estarás con nosotros, Anna —dijo la madre de Rose—: ya eres parte de la familia, y tu madre también, cuando termine de cuidar a su hermana y vuelva.

Anna le dio las gracias, embriagada por el placer que le provocaba la proximidad del desastre. Si la madre de Rose descubría su secreto, la echaría de su casa. Pero no lo sabía. ¡No tenía ni idea! ¡Nadie tenía ni idea!

Así pues, Annaapuró los últimos tragos de una vida que se había terminado, pero de la que, ¡oh milagro!, todavía podía disfrutar. Tenía antojo de limonada. Cuando todos estuvieron en la cama, exprimió limones en agua fría, en el fregadero de la cocina, y añadió el azúcar que había comprado con sus propios cupones de racionamiento para que nadie echara en falta nada. Aquella mezcla ácida y dulce a la vez le provocó estremecimientos de placer. Se la tomó en su habitación, mientras el árbol del otro lado de la ventana exhibía sus hojas nuevas como si fueran manos de póker. Era imposible resistirse a la espera de un día más para dismantelar tanta dulzura. ¡Sólo un día más! ¡Y luego otro! Pero los días fueron pasando, pronto llegó mayo y ella seguía sin un plan más definido que en marzo. Se le hinchó ligeramente el abdomen, pero era fácil de ocultar: en el trabajo llevaba su mono holgado o el traje de bucear, y además los hombres se habían vuelto tan indiferentes a su presencia física como a la del resto de sus compañeros. La madre de Rose atribuyó a sus propias dotes culinarias el hecho de haber ayudado a Anna a «rellenar un poco» lo que, en su opinión, era una figura demasiado flaca.

Ahora que había aprendido a soldar, las tareas de inmersión de Anna incluían reparaciones de cascos y mantenimiento, trabajando junto a otros buzos encima de unas alfombras extendidas bajo los acorazados. Esos cascos enormes crepitaban y zumbaban bajo sus manos. La ingravidez nunca le había parecido tan encantadora. Se agarraba a un tornillo y dejaba que la corriente arrastrara sus pesadas botas. A veces todavía se preguntaba si sería posible que su problema desapareciera de forma natural, simplemente por el hecho de bucear, pero ya no esperaba el indulto. Y tampoco lo deseaba, no exactamente. Cuando Bascombe organizó a los buzos para que donaran

sangre a la Cruz Roja, Anna se borró en el último momento alegando dolor de estómago.

Una tripulación de submarinistas de salvamento del *Normandie* visitó el arsenal desde el muelle 88, en Manhattan, y el teniente Axel eligió a Anna para que les presentara su programa de buceo. Publicaron una fotografía suya en el *Brooklyn Eagle*. BUCEADORA DEMUESTRA EL ESTILO BROOKLYN A BUZOS DEL NORMANDIE, rezaba el titular. En la fotografía, Anna salía sonriendo, sin sombrero, con el mono puesto y el viento agitándole el pelo a pesar de los clips. Apenas un día más tarde, la imagen parecía ya un artefacto del pasado. Anna se la guardó en la mesita junto a la cama y la miraba cada noche antes de acostarse. «Nunca volveré a ser tan feliz», se decía, pero siempre podía gozar de aquella felicidad un día más, como quien despierta de un sueño placentero y consigue recuperarlo brevemente.

—¿Qué demonios voy a hacer sin usted, Kerrigan? —comentó una tarde el teniente Axel mientras ella limpiaba los trajes con una manguera.

—¿Sin mí? —preguntó Anna, recelosa—. ¿Por qué lo dice?

—Los rusos han roto la línea del Cáucaso. Túnez y Bizerta serán nuestros en cuestión de días. Los chicos volverán pronto y querrán recuperar sus trabajos.

—Ah, eso —dijo ella aliviada.

—Yo estaré fuera de aquí antes de que usted pueda decir ni pío: de vuelta en mi lancha, esperando a que piquen los bagres. —La miró entornando los ojos—. ¿Y usted qué hará, Kerrigan? Me cuesta imaginarla con un delantal de volantitos.

—Gracias, señor.

El teniente soltó una carcajada.

—No pretendía ser un halago, pero de nada.

Si descubría su secreto la echaría, pero no lo había descubierto. Experimentó un placer robado, peligroso.

La duplicidad de Anna sólo la entristecía cuando escribía a su madre. Sus relatos noticiosos de la vida en el arsenal naval le parecían una coartada, y llegó a plantearse la posibilidad de contarle la verdad: por carta le sería más fácil. Pero la noticia destrozaría a su madre, que se culparía por haberla dejado sola. Además, su madre no podría confiarse a nadie: si los tíos o los abuelos se enteraban, Anna nunca más volvería a ser bienvenida en su casa. Otra hija maldita. No podía verter más oprobio sobre su madre, que tanto había perdido ya.

El primer sábado de junio (el día que Anna tenía libre aquella semana), mientras Rose y su familia acudían a la ceremonia del *sabbat*, pasó por su antiguo edificio por la mañana para recoger el correo. Inclínada en el portal, vio un sobre de correo aéreo cubierto de sellos exóticos mezclado con las cartas habituales y el correo de la Victoria. Su nombre estaba escrito en la parte delantera con una caligrafía ladeada y ondulada que le resultaba inquietantemente familiar: habría jurado que era la letra de su padre.

Anna subió las seis plantas hasta su casa por primera vez desde que se había mudado, consciente de la pesadez de sus pasos sobre una escalera por la que en su día había volado como una libélula. El piso olía a nevera mustia. Anna abrió una ventana y salió con la carta misteriosa a la escalera de incendios. Llevaba el reloj de bolsillo de su padre en el bolso, prueba irrefutable, obtenida en el fondo del puerto de Nueva York, de que no estaba vivo, pero aun así sabía que la carta era suya. Lo sabía.

La había escrito con letra débil y dispersa desde un hospital de la Somalia Británica. Lo habían rescatado en alta mar veintiún días después de que un torpedo hundiera su barco. Llevaba desde 1937 con la Marina Mercante. Todas aquellas informaciones inundaron una y otra vez el cerebro de Anna, como oleadas, hasta dejarlo vacío. Su salud era precaria y no estaba seguro de si iba a recuperarse lo suficiente para volver. «Os echo muchísimo de menos, chicas, y tengo muchas ganas de volver a veros», había escrito, con la dirección de un apartado de correos de San Francisco.

Anna se quedó tan inmóvil, y durante tanto tiempo, que los gorriones empezaron a piar y a reñir en los peldaños de la escalera de incendios que quedaban junto a sus pies. Su padre estaba vivo, siempre lo había estado. Aunque pareciera imposible, no se sorprendió, o no exactamente. Lo que sintió fue, más bien, que caía de cabeza, de forma peligrosa, sin saber adónde iba a parar. Se agarró con las manos a las dos barandillas de la escalera. Con cuidado, como si el edificio se tambaleara a su alrededor, volvió a meterse dentro. El sol se había retirado a los alféizares. Debía de ser ya casi mediodía. En la cocina, encontró el lápiz que su madre tenía colgado de la pared con un cordel para hacer la lista de la compra. Alisó la carta de su padre en la encimera y escribió LYDIA ESTÁ MUERTA con tanta fuerza que la punta del lápiz atravesó el papel. Entonces se fue a su antigua habitación, se echó en la cama y se durmió.

Al despertar, supo por la luz que ya era por la tarde. No podía volver a la avenida Clinton. Tenía que actuar. Encendió la radio, se sentó a la mesa de la cocina e intentó pensar. ¿Quiénes eran las monjas de las que le había hablado

Nell y cómo podía encontrarlas? ¿Tenían teléfono? Le pareció demasiado tarde para ir otra vez a ver a Nell. ¿A quién iba a acudir? Curiosamente, el nombre que le vino a la mente fue el de Charlie Voss, aunque apenas había vuelto a verlo desde que se había mudado a casa de Rose. El instinto le dijo que a lo mejor Charlie se mostraba comprensivo, pero no tenía forma de saberlo con certeza y tampoco podía arriesgarse.

Empezó *The Roy Shields Show*, un programa que solía escuchar en compañía de la tía Brianne. El mero recuerdo de su tía fue suficiente. ¡Pues claro! La virtud y el buen sentido de Anna eran tan axiomáticos para Brianne como para su madre, pero en el caso de su tía la desilusión no acabaría con ella: nada podía con la tía Brianne.

Si llamaba a su tía y le dejaba un mensaje, iba a tener que esperar, y Anna se sentía incapaz de esperar. Decidió acudir directamente a la bahía de Sheepshead, aun sin saber dónde vivía, y llamarla desde allí. Brianne siempre había usado un apartado de correos: su dirección cambiaba a menudo, y a veces no había tenido ninguna, y había dejado maletas llenas de pieles y plumas, y en ocasiones incluso muebles, en casa de los padres de Anna. Ésta echó un vistazo a los objetos dispersos que había encima de su cómoda. Efectivamente, había guardado una de las servilletas de papel que su tía había llevado al funeral de Lydia: «El Pretendiente Mareado, avenida Emmons, bahía de Sheepshead.» Empezaría por ahí.

Echó un vistazo al mapa de tránsito del Banco Marítimo que había colgado dentro del armario de la cocina y vio que el metro de la Brooklyn-Manhattan Transit Corporation llevaba directamente a la bahía de Sheepshead. Salió del piso y fue caminando al metro.

Había ido a la bahía de Sheepshead con su padre a «hacer encargos», y recordaba un caos de embarcaderos putrefactos y pequeñas barcas de pesca. Su padre la había llevado a un tugurio donde había varios hombres sentados a una barra, inclinados encima de sus tazones como animales en un abrevadero. Mientras su padre hacía negocios, el propietario le había dado a Anna un tazón de sopa. Todavía recordaba su textura cremosa, el sabor a mantequilla y los abundantes trozos de pescado. El mero recuerdo hizo que le rugieran las tripas.

La avenida Emmons era más ancha de lo que esperaba, sus embarcaderos caóticos habían sido reemplazados por una serie de muelles monumentales que se adentraban en la bahía describiendo todos el mismo ángulo. Entró en una cantina de la acera norte y le mostró la servilleta de papel al cajero, que llevaba el pelo teñido y un bigote que parecía postizo.

—¿Conoce este local? —le preguntó.

—Sí, claro —respondió éste—. Queda al este de Emmons, puede tomar el tranvía a cincuenta metros de aquí.

A través de la ventana del tranvía, Anna contempló a los oficiales que iban y venían a última hora de la tarde: la insignia del águila de sus sombreros era dorada y no plateada, lo que significaba que eran de la Guardia Costera y no de la Marina. A lo largo de la bahía de Sheepshead, las residencias familiares iban dando paso a edificios militares: debía de tratarse del Centro de Entrenamiento Marítimo del que les había hablado su tía. Cuando Anna se bajó del tranvía, podría haber estado en la calle Sands: bares abarrotados, un estudio fotográfico que ofrecía doce poses por sesenta y nueve centavos y un local coronado por el letrero MADAME LAROUSSE: CARTAS, OUIJA Y BOLA DE CRISTAL. Vio El Pretendiente Mareado desde un bloque de distancia. En su cartel se veía al clásico pastor enamorado, sólo que con una coctelera en la mano.

El Pretendiente se parecía mucho al Oval Bar en su hedor a serrín mezclado con cerveza y marisco. Estaba lleno de hombres sin uniforme que Anna supuso que eran marineros mercantes. Parecía un lugar indigno de su tía; sin embargo, ¡ahí estaba Brianne, en la barra! Anna se dirigió apresuradamente hacia ella, pero resultó que su tía estaba detrás de la barra, ¡era la camarera! Anna se quedó petrificada de confusión; el encuentro era tan increíble que casi esperaba que su tía no la reconociera, pero Brianne soltó un grito de alegría.

—¡Vaya, ya era hora! Parece que tengo que abrir el *Brooklyn Eagle* si quiero saber algo de mi sobrina. Dos semanas sin una llamada, por no hablar de que he dejado varios mensajes en White's, pero no te han visto el pelo. ¿Tienes hambre? Una sopa para mi sobrina, Albert, y no escatimes en almejas.

Aquella bravata de acusaciones joviales dejó a Anna balbuciendo excusas. Albert, que tenía una nuez de Adán que le sobresalía más que la nariz, le indicó que se sentara a la barra y le llevó un tazón de sopa humeante. Anna desmigajó un puñado de galletitas saladas dentro y se llevó una cucharada a la boca. Cerró los ojos: pescado, nata, mantequilla... Era la sopa que recordaba, pero todavía mejor, ya que la tenía en la boca en aquel momento. Un calor agradable le inundó el estómago y se le extendió por las extremidades. Mientras comía la asaltó una sensación extraña, como si tuviera un pez de la sopa nadando dentro de la barriga. Cuando sucedió por segunda vez, se

preguntó si la sopa le estaría provocando una indigestión, pero no era eso: tenía un ser vivo moviéndose en su vientre.

Se le hizo un nudo en la garganta y dejó la cuchara. Por primera vez, una sensación de terror le recorrió todo el cuerpo ante la catástrofe que había dejado que sucediera. Había logrado pasar casi dos meses sin pensar en ello, convencida de que, de un modo u otro, encontraría una vía de retirada, pero de pronto el desastre la asaltó sin ambages: estaba perdida.

Brianne bromeaba con los marineros y les llenaba las copas como una madrina desaliñada. Anna apenas los oía. Se estaba abriendo una distancia infranqueable entre ella y todo lo que amaba: trabajar bajo el agua; Marle, Bascombe y el resto de los buzos; Rose y su familia. La fotografía del *Brooklyn Eagle*: una buena chica, una chica inocente, sonriente, pero Anna no era esa chica; era una farsante perversa que iba de farol por la vida.

Se terminó la sopa sin disfrutarla. La criatura no volvió a moverse, pero la notaba enroscada en su interior, allí donde habitaba una oscuridad que ocultaba desde su infancia y que ahora adquiría forma animada, corpórea. Sólo su padre había sabido adivinar su perversión, su bajeza moral: él había sido el único que había intuido en qué acabaría convirtiéndose. Su desencanto respecto a Anna era lo que lo había empujado a marcharse, ella siempre lo había sabido.

Su tía apareció a su lado y le puso una mano en el hombro.

—Francine ha accedido a empezar su turno antes, así que podremos ir arriba y charlar un poco —dijo Brianne.

Anna le dio las gracias a Francine, cuyo atractivo se concentraba por entero en su escote pecoso, y siguió a Brianne hasta el exterior de El Pretendiente Mareado. Se metieron por una puerta lateral que daba a una escalera cuya barandilla de roble tallado parecía una reliquia de un tiempo mejor. Subieron a un recibidor revestido de madera que olía a cebolla y a patata hervida. El rompecabezas de las circunstancias de su tía distrajo momentáneamente a Anna. ¿Dónde encajaba el Rey del Bogavante en todo aquello?

Después de un segundo tramo de escalera, Brianne se sacó una llave del pecho y abrió una puerta. Anna la siguió hasta una habitación con una única ventana por la que entraba luz indirecta. Su mirada tropezó con una serie de piezas de mobiliario que recordaba de su infancia: un diván tapizado de rojo, un biombo chino, un perchero que parecía escrito en cursiva. Las paredes y el techo de la habitación parecían contraerse alrededor de los muebles, demasiado grandes y apretujados. Su tía encendió un par de lámparas que

revelaron un fregadero pequeño, un hornillo de gas con una cafetera y un tendedero lleno de fajas y sujetadores.

—¿Dónde está el Rey del Bogavante? —preguntó Anna—. ¿Vive por aquí?

—Se ha ido —respondió su tía, que se puso un Chesterfield en los labios y lo encendió con un mechero con forma de lámpara de Aladino—. Un canalla, como todos los demás.

—Y... ¿no tienes otro amigo?

Brianne dio una calada y acto seguido dejó el cigarrillo con cuidado en un cenicero plateado vertical.

—No, pero tengo muchas amigas —dijo expulsando el humo—. Bueno, excepto el casero, el señor Leontakis. Es el propietario de El Pretendiente. Es griego —añadió, como disculpándose.

Se sentó en el diván rojo y dio una palmadita en la tapicería, junto a ella. A Anna le temblaron las piernas al sentarse. Brianne tomó las manos sudorosas de Anna entre las suyas, que eran pequeñas, suaves y regordetas. «Mi único defecto —solía decir refiriéndose a sus manos—. Menos mal que no es mi cara.» Anna miró a su tía a los ojos y comprendió que ya había adivinado de qué se trataba.

—¿Cuándo tuviste la última regla?

—Ni me acuerdo.

—Más o menos.

—Esto pasó el nueve de noviembre.

Brianne soltó un silbido.

—Ya sabía yo que tendría que haberte visitado más a menudo.

Aquella fue su única expresión de arrepentimiento. Cuando volvió a hablar fue para plantear una serie de cuestiones prácticas con la imparcialidad cálida de un doctor. Anna respondió con voz monótona. No, no la habían sorprendido ni se habían aprovechado de ella. Nadie más estaba al corriente de su estado. Prefería no dar el nombre del padre, y no, no lo volvería a ver más. Suponía que iba a renunciar al bebé, pero no estaba segura.

—Pues tienes que tomar esa decisión ya mismo. Hoy —dijo Brianne—. Las dos opciones apuntan en direcciones opuestas.

En caso de que renunciara al bebé, tan sólo se trataba de decidir dónde iba a tenerlo. Brianne conocía varios sitios, todos ellos de monjas.

—Prepárate para una dieta a base de regaños —dijo—, acompañada de unas buenas tajadas de pastel de humildad. Confesión y arrepentimiento, confesión y arrepentimiento, hasta que tengas la cabeza como un bombo.

—¿Cómo lo sabes?

Hubo una pausa.

—Lo sabe todo el mundo —dijo Brianne.

Si quería conservar al bebé, en cambio, debía casarse de inmediato. La idea provocó una carcajada de Anna.

—¿Quién va a querer casarse conmigo, tía?

—Te sorprenderías —afirmó Brianne. El motivo más habitual era el amor no correspondido—. Un hombre que no tendría ninguna opción si no fuera por tu situación podría estar dispuesto a criar al hijo de otro hombre a cambio de tenerte a ti.

Anna le aseguró que no existía ningún pretendiente así, y Brianne introdujo otra posibilidad, que giraba en torno a hombres que eran «diferentes».

—Eso puede funcionar bastante bien —dijo—. Y con el tiempo puede surgir algo parecido al amor entre marido y mujer.

—¿Diferentes?

—Homosexuales, mariquitas, ya me entiendes.

Anna sabía que existían arreglos de ese tipo, pero tan sólo de oídas.

—¿Y cómo diablos se supone que voy a encontrar a un hombre así?

—Hay más de los que crees.

Anna frunció el ceño y negó con la cabeza, pero involuntariamente le vino una imagen de Charlie Voss. ¿Era posible o desvariaba por culpa de la desesperación?

—Puede que conozca a uno —señaló—, pero ¿y si me equivoco?

—¿Y te cae bien? ¿Le caes bien?

—Sí.

—Bingo, ahí tienes tu respuesta, siempre y cuando tenga un trabajo decente...

—Pero ¿qué tengo que hacer?

—... o mejor: que tenga buenas perspectivas. Hoy en día todo el mundo tiene trabajo.

—No puedo ir a verlo y preguntárselo sin más.

—Ve a verlo mañana por la mañana, sin falta. Exponle tu situación, pídele consejo y deja que sea él quien haga la oferta, si se siente inclinado a ello.

—¿Y luego?

—Os casáis de inmediato, en privado. Normalmente os marcharíais para que la cronología no fuera tan evidente, pero con esta estúpida guerra sólo tenéis que mantener la fecha de la boda y del nacimiento del pequeño en

secreto y fijarlas más adelante. Tu hijo... tus hijos, si tienes más, tendrán un padre. Y eso es lo más importante: serán legítimos.

—¿Y hay gente que vive así realmente?

—Conozco a varias parejas. Por lo general viven en las afueras, en Long Island o en Nueva Jersey. El hombre trabaja en la ciudad, alquila una segunda vivienda y se queda allí por trabajo un par de noches a la semana. Dormitorios separados. Es como vivir con una amiga, sólo que en realidad es tu marido.

—Qué triste, ¿no? —dijo Anna.

—¿Triste? ¿Y tu situación?

—Prefiero vivir sola que vivir así.

Brianne dejó su cigarrillo en el cenicero plateado y se irguió como una gélida torre de reproche.

—Sí, estarás sola, eso te lo puedo asegurar —dijo—: serás una paria, para ser más exactos. Y tu hijo, un bastardo. Déjame que te cuente algo, cariño: el mundo es una puerta cerrada para una madre soltera y su hijo ilegítimo. Si tienes ese bebé y no logras casarte vivirás como una sombra, y el pequeño también. Nunca sabré por qué no viniste a verme cuando esto todavía tenía arreglo, pero eres demasiado lista para ser tan tonta, Anna. Piensa en tu amigo homosexual, o posiblemente homosexual. Si tienes suerte y te propone matrimonio, puede ser tu mejor opción de ser feliz. Eso siempre y cuando quieras quedarte al bebé.

Anna se dio cuenta de que iba a tener que renunciar al bebé. Tendría que marcharse un tiempo, pero luego podría retomar su vida. Hizo un inventario mental de lo que le esperaba: una habitación de alquiler, un trabajo que perdería en cuanto terminara la guerra, amigos que se dispersarían. En otras palabras, nada. Su vida era una vida de guerra; la guerra era su vida. Había habido otra vida antes que ésta (su familia, sus vecinos), pero todos los de aquella época habían muerto, se habían mudado o se habían hecho mayores. El último vestigio de esa vida había sido la extraña magia negra de la muerte de su padre.

—Tengo que salir a dar una vuelta —dijo Anna, levantándose de improviso—. Necesito pensar. Y estar a solas.

—Ni hablar —dijo Brianne, que se levantó del diván con un quejido—. Has estado demasiado tiempo sola, eso es evidente. No hace falta que hablemos, pero no pienso apartarme de tu lado hasta que tengamos un plan claro.

Las dos caminaron hacia el este por la avenida Emmons. El sol se había puesto y el cielo, teñido de rosa. Anna percibió el olor a petróleo de la bahía y

sus embarcaderos. Grupos de gaviotas brincaban por la costa como conejos blancos.

—Papá está vivo —dijo Anna, rompiendo un largo silencio.

Su tía la miró de reojo.

—¿Y qué pensabas?

—He recibido una carta. Ha estado navegando con la Marina Mercante.

Al ver que Brianne no lograba mostrarse sorprendida ante aquel giro inesperado, Anna se volvió hacia ella.

—¿Lo sabías?

—Algo me olía, sí —dijo—. ¿De dónde crees que sacaba el dinero para ayudarnos a ti y a tu madre? —añadió acto seguido anticipándose a una explosión por parte de Anna—. ¿Trabajando en un bar?

—Pero... ¿y el Rey del Bogavante?

—Nunca hubo Rey del Bogavante. ¡Venga ya! No puedes estar tan sorprendida: la historia era más falsa que un billete de tres dólares. ¿Una vieja como yo con un hombre sofisticado? Me halaga que te lo creyeras.

Anna estaba ciega de rabia. Había dejado de andar y le estaba gritando a su tía de tal modo que los transeúntes se daban la vuelta para mirarlas.

—¡No le contaste lo de Lydia! ¡Cree que todavía está viva!

—Nunca he tenido una dirección —respondió su tía sin levantar la voz—. Ni siquiera un apartado de correos. Me mandaba un giro postal dos veces al año; me decía que gastara una pequeña parte en mí y que le entregara el resto a Agnes.

—¡Ojalá estuviera muerto! —gritó Anna—: lo prefería así.

—Si los deseos pudieran matar a los hombres, no quedaría ni uno vivo.

Con la misma rapidez con la que se había manifestado, la rabia de Anna se replegó en la náusea.

—¿Tú también lo odias? —preguntó Anna cuando echaron de nuevo a andar.

Brianne soltó un suspiro.

—Es mi único hermano —dijo—. Quién sabe, puede que la guerra lo haya hecho entrar en razón. A veces las guerras tienen ese efecto.

—Tú misma dijiste que la guerra era un chiste: niños abusones que merecerían un azote.

—Quienes provocan la guerra. Pero los que luchan, esos chicos preciosos... son inocentes.

—Papá no es soldado, tía, ¡está con la Marina Mercante!

—¿Acaso no son soldados también? —repuso Brianne acaloradamente—: asumen todos los riesgos sin gloria, ni medallas, ni salvos. Al fin y al cabo, para el mundo no son más que marineros mercantes, poco más que vagabundos, pero para mí son los verdaderos héroes.

El temblor de voz de su tía no dejaba dudas: el heroísmo era algo que Brianne no consideraba ridículo.

—¿Papá es un héroe? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Brianne no contestó. Anna pensó en la carta de su padre: el torpedo, la balsa, el hospital... Iba a contárselo a su tía, pero no en aquel momento. La mente por fin empezaba a funcionarle, como si la rabia hubiera abierto un sendero a fuego a través de sus pensamientos.

Habían llegado a la parte donde la costa quedaba bloqueada por las empalizadas militares, de modo que dieron media vuelta. Ninguna de las dos habló durante el resto del paseo.

—¿Cuánto dinero queda de lo que mandó papá? —preguntó Anna después de subir a la habitación de Brianne y colgar las chaquetas.

—Doscientos dólares, más o menos. ¿Por qué?

—Tengo un plan.

Su tía sirvió un vaso de Four Roses y se lo ofreció a Anna, que lo rechazó: ni siquiera en aquel momento se atrevía a beber delante de su tía. Volvieron a sentarse en el diván. Brianne se encendió un cigarrillo e hizo girar el whisky dentro del vaso.

—Voy a coger un tren a California —dijo Anna—. Por el camino, me pondré una alianza y un vestido de luto. Llegaré como una viuda de guerra, me mudaré cerca del astillero de Mare Island y trabajaré como submarinista. Creo que puedo conseguir que me transfieran desde el arsenal naval de Brooklyn.

Brianne soltó una carcajada sarcástica.

—Eres consciente de que el coche cama Pullman a California cuesta ciento cincuenta dólares, ¿no?

—Tengo quinientos cuarenta y dos en el banco y trescientos veintiocho en bonos de guerra. Además, iré en autocar.

—¿En tu estado? ¡Ni hablar!

—¡He estado soldando a diez metros bajo el nivel del mar, tía!

—Serás pobre —dijo Brianne—. Terminarás convertida en una indigente.

—Puedo vender mis bonos de guerra.

—Vas a terminar en la calle.

—No digas tonterías.

—¿Quién te ayudará? ¿A quién conoces en California?

Anna se rió ásperamente.

—Bueno, si estoy muy desesperada siempre puedo escribir a papá —dijo—. Se ve que ahora es un héroe de guerra.

Después de cenar marisco seguido de pastel de arándanos en el famoso restaurante de Lundy, Anna se puso un salto de cama de terciopelo de su tía, viejo y manchado bajo los brazos. Brianne se vistió con una bata de señora, de rayón peinado y abotonada hasta el cuello. Se acostaron juntas en la cama con dosel, desde donde se oían los gritos de los clientes de El Pretendiente Mareado que habían salido de fiesta: era sábado por la noche. Anna estaba totalmente despierta, observando la lámpara del techo, con su base de rosas de yeso talladas. Estaba electrizada por su plan, por el alivio de tener por fin uno. Creía que su tía se había dormido, por eso su voz en la oscuridad la cogió por sorpresa.

—¿Y el padre...?

—No, tía.

—Sólo una pregunta.

—Que no.

—No hace falta que contestes. Lo sabré sólo con preguntar.

—No sabrás nada.

—¿Era un soldado?

Anna no respondió.

—Esos uniformes —dijo su tía con una risita—, ¿quién puede resistirse?

—Me temo que una carta no le servirá de nada —dijo el teniente Axel—. Debería, pero no servirá.

—Con el efecto de una orden de traslado —explicó Anna—. Del arsenal naval de Brooklyn a Mare Island.

—Las órdenes de traslado son una mierda, y permíteme la expresión. Tardaría una eternidad en ser efectiva, como todo en este nido de incompetencia. Lo que haré —dijo, mirándola por encima de su escritorio— es poner una llamada de larga distancia y hablar con el responsable.

—Vaya, muchas gracias.

—Seguramente lo conozca, si es un submarinista de verdad. —Entonces el teniente puso su cara de dar malas noticias, pero sin el atisbo de placer que solía despuntar por las comisuras—. Siéntese, Kerrigan.

Anna se sentó, inquieta. Ahora que todas sus decisiones tenían como objetivo propulsarla hacia California con su reputación intacta, el temor a que la descubrieran se había convertido en una obsesión.

—Hay un hecho desafortunado del que ha estado protegida mientras trabajaba para mí, pero si se marcha a California no podré seguir protegiéndola. —Respiró hondo y se inclinó hacia ella con aire de confianza—. Muchos de los chicos de más edad están... chapados a la antigua. No querrán a una chica en su programa de buceo. Quizá la mera idea les provoque risas.

La miró muy serio y Anna se sintió cada vez más confundida. ¿Era posible que el teniente estuviera bromeando? ¿Que en una salida nada típica de él estuviera burlándose de sí mismo? Y si no, ¿era posible que se le hubiera olvidado el inicio de su relación?

—Naturalmente, usted no es como la mayoría de las chicas —dijo—, eso lo sabemos los dos.

—No es fácil saber cómo son la mayoría de las chicas —murmuró Anna.

—La cuestión es que necesito una conversación de tú a tú: «Contrate a esta chica. Trabajaré como dos hombres.» Si la mando ahí fuera con tan sólo una carta, la persona que la reciba supondrá que la he escrito por motivos mezquinos. Ésa es una verdad desagradable y lamento tener que ser yo quien se la revele, Kerrigan, pero sus mentes funcionan así.

Anna escuchaba, asombrada.

—De acuerdo.

—De tú a tú: «No estamos hablando de una rubia atontada que quiere confraternizar con los chicos», porque eso es lo que pensarán. Está sorprendida, me doy cuenta, pero el mundo puede ser un lugar bastante feo. «Es la mejor buceadora de mi unidad, o sea que borre esa sonrisita burlona de su mapa y contrátela ahora mismo, por el amor de Dios.» —Se le encendieron las mejillas ante la vileza de las suposiciones de su interlocutor imaginario—. ¡Tenemos una guerra que ganar, maldita sea! Necesitamos a nuestros mejores hombres... Bueno, a nuestra mejor gente. Tengo a un negro trabajando para mí, el señor Marle. Y resulta que es mi mejor soldador. ¿Me importa que sea negro? ¡Si me mandaran una jirafa capaz de soldar bajo el agua como él, la contrataría, diablos!

Su vehemencia pareció tener efecto sobre los recuerdos de Anna. ¿Era posible que ella hubiera exagerado la aspereza con la que el teniente la había tratado en el pasado? ¿Que hubiera sido demasiado sensible? Ya no lo recordaba.

—¿Y cree que lo podrá persuadir? —preguntó.

—Conozco su lenguaje, supongo, y su forma de pensar. Lo suficiente como para hacerme entender.

—Gracias, señor.

El teniente permaneció un instante en silencio con la vista fija en sus manos cerradas encima de la mesa.

—Eso es lo primero —dijo, en tono más calmado—. Lo segundo es que el Pacífico está atestado de tiburones. He oído que se pueden ver ejemplares descomunales de tiburón blanco devorando focas en la mismísima bahía de San Francisco. ¿Puedo preguntarle qué tiene pensado hacer al respecto?

Entre el anuncio de Anna de que debía reunirse con su madre en California y su marcha pasaron tan sólo doce días. Durante ese tiempo (o mejor dicho, después del trabajo y durante el día que tuvo libre en ese tiempo) avisó a su casero, empaquetó y envió la ropa y la mantelería de su madre, llevó el mobiliario a un guardamuebles, cerró su cuenta en Williamsburgh Savings y mandó su saldo por cable telegráfico al Bank of America de Vallejo, California. Visitó la tumba de Lydia y se prometió hacer llevar a su hermana cuando estuviera instalada. Bascombe, Marle, Ruby y Rose (cuya familia quedó devastada ante la perspectiva de perder a Anna) le ofrecieron su ayuda, pero ella no podía arriesgarse a aceptarla. Con su madre y los vecinos

había necesitado recurrir a una historia más radical: tras un noviazgo de dos semanas, había pasado volando por el altar y ahora seguiría a su nuevo marido al astillero naval de Mare Island. Se había comprado una alianza en un prestamista y se la ponía cada vez que entraba en su viejo edificio. Tenía que dar las debidas explicaciones de una forma atolondrada y jadeante, algo que la agotaba mucho más que hacer maletas o mover muebles. Incluso contárselo por escrito a Stella, Lillian, la madre de ésta y los chicos del vecindario que servían en el ejército la dejaba exhausta. Rociaba el papel de carta con perfume de rosas y llenaba sus mensajes de signos de exclamación. Mentir a su madre fue lo más difícil, pero se trataba tan sólo de algo temporal, de una historia que ella pudiera contarle a su familia de Minnesota. Ya le diría la verdad en cuanto se vieran.

Anna decidió bautizar a su marido como Charlie: «¡¡¡el teniente Charlie Smith!!!»

Mantener dos mentiras incompatibles requería no sólo una atención absoluta al momento en que debía ponerse y quitarse la alianza, sino también una separación estricta entre su vida anterior (su madre y el barrio) y su vida actual en el arsenal naval. También implicó no despedirse personalmente de Charlie Voss, al que Anna no creía que pudiera mentirle. Ya le escribiría desde California.

Durante la última ronda de cervezas en el Oval Bar, les dio a sus amigos la dirección del Hotel Charles de Vallejo. Prometió a Bascombe besar la orilla del Pacífico por él y mandar una fronda de palmera a Ruby. A Marle, que esperaba poder mudarse a California una vez terminada la guerra, le prometió averiguar cuáles eran las poblaciones más amables con los negros. Entonces abrazó a Ruby, encajó la mano de dieciséis buzos y se marchó andando hasta el tranvía de la avenida Flushing para la última cena con Rose y su familia.

Brianne llegó en taxi al día siguiente al mediodía. Rose y su padre se habían marchado a trabajar, de modo que fue la madre de Rose quien la despidió, escandalizada ante la cantidad de equipaje que había ya en el taxi: dos cajas de cartón, una maleta, una cartera de mano, un neceser y un baúl de grandes dimensiones, todo de Brianne. La implicación de su tía con la mudanza de Anne había ido escalando posiciones desde la promesa inicial de acompañarla a la estación: primero le propuso acompañarla hasta Chicago; después, viajar con ella a California de camino a visitar a unos amigos en Hollywood; luego le dijo que se quedaría en Vallejo y la ayudaría a instalarse, a lo que añadió más adelante que la acompañaría en el parto, porque ¿cómo iba a abandonarla en un momento así? Y finalmente, tras una revelación que

la había despertado de un sueño profundo (según sus propias palabras) y la había expulsado de su cama con dosel, Brianne había llegado a la conclusión de que estaba harta de Nueva York, anhelaba el clima californiano y hacía tiempo que deseaba mudarse allí de forma permanente. Había guardado sus muebles junto con los de Anna.

La madre de Rose cogió al pequeño Melvin en brazos y ambos le dijeron adiós mientras el taxi se alejaba. Anna vio que la mujer estaba llorando. Los árboles plateados de la avenida Clinton se agitaban con la brisa, impregnada de olor a carbón. En cuanto los perdió de vista, Anna se reclinó en el asiento del taxi y cerró los ojos. Una energía sobrenatural la había empujado a completar los muchos pasos que exigía su partida, pero ahora que ya había terminado, su excitación se derrumbó en el vacío. En ningún momento había deseado marcharse, y seguía sin hacerlo.

Brianne agitaba un abanico chino pintado a mano, propagando con ello un olor a polvos rancios que salía del interior de su vestido. Anna sintió un acceso de repulsión. No quería marcharse, y menos aún en compañía de aquella vieja que olía a antigualla. Bajó la ventanilla para notar el azote de la brisa en la cara. El taxista giró a la izquierda por Flushing y se dirigió al este pasando por delante del arsenal naval: dejaron atrás el edificio 77, desde cuyas ventanas elevadas Anna había observado los barcos del dique seco, y también la puerta de Cumberland y las mansiones de los oficiales, con sus pistas de tenis. Desde una colina, por encima de las chimeneas, atisbó la casa amarilla a dos aguas del comandante.

El taxista giró a la derecha por la calle Navy, pasó por delante de la puerta de la calle Sands y por el edificio 4, donde había trabajado Nell. Anna experimentó un dolor físico en el pecho y en la garganta a medida que se iban acercando al extremo noroeste del arsenal. ¡El edificio 569 estaba justo al otro lado del muro! Un día como otro cualquiera, ¡un tiempo ideal para bucear! Se sintió como si también ella estuviera al otro lado del muro, cargando el equipo de buceo en la barcaza junto con sus colegas, al tiempo que se alejaba de ellos para siempre. La separación era violenta, una expulsión desgarradora. Anna se agarraba a los elementos conocidos del paisaje como quien se agarra a la ladera de un monte para frenar su caída: ¡el edificio Woolworth! ¡Los viejos embarcaderos de Seaport! ¡Los cables de acero como cuerdas de arpa del puente de Brooklyn!

Al otro lado del East River, el arsenal naval se hizo visible una vez más, con la silueta oscura del *Missouri* elevándose entre las naves del puerto. La construcción del acorazado avanzaba más rápido de lo previsto y la gente ya

había empezado a maquinar para asegurarse un asiento cuando lo botaran. Los puestos más deseados eran los del interior de la nave de construcción, y Charlie Voss había prometido uno de éstos a Anna. Se preguntó si podría volver a Brooklyn para la botadura del *Missouri*: perderse aquel acontecimiento sería como no haber estado en el arsenal naval.

Al final, Anna presenció la botadura desde dentro de la nave de construcción: a través de un noticiario cinematográfico, en el Empress Theater de Vallejo, California. Fue a finales de abril de 1944, tres meses después de que la botadura se hubiera llevado a cabo. Anna vio el noticiario tantas veces que a partir de cierto momento la chica de la taquilla ya la dejaba entrar gratis; al fin y al cabo, nunca se quedaba para la película. La proa gigantesca de la embarcación empequeñecía la perspectiva de la cámara y hacía que los marineros que saludaban desde la popa lanzada parecieran minúsculos. La madrina de la embarcación había sido Margaret Truman, la hija de diecinueve años de un senador de Misuri. En las imágenes, la muchacha rompía una botella de champán contra el casco del acorazado y el impacto sonaba como un disparo. Pero Anna sabía por Marle, que se reveló como un excelente amigo por correspondencia, que la señorita Truman había necesitado tres intentos para romper la botella. «Todos dijimos: “Kerrigan lo habría hecho mejor”», le escribió.

En cuanto la botella se rompía, los hombres empezaban a dismantelar el andamiaje de madera que mantenía el *Missouri* en su sitio. En cuestión de segundos, el «acorazado más grande y poderoso jamás construido» se alejaba a través de la nave, deslizándose con una fluidez sedosa que se debía en gran parte al hecho de que, en la pantalla, cualquier resistencia o chirrido que hubiera habido se veían reemplazados por una banda de música y por la voz entusiasta del locutor: «El *Missouri* es un símbolo de la potencia creciente de la Marina estadounidense.» Los hombres se sujetaban el sombrero y corrían tras él, pero el barco estaba ya fuera de su alcance: mientras su popa avanzaba todavía por la vía, la proa se había adentrado ya apartando grandes masas de agua en el East River, que se amoldaba a su presencia como una almohada acogiendo a un gato. Acto seguido el barco se alejaba sobre el agua, el casco medio sumergido, como si nunca hubiera estado en tierra. Era como asistir al nacimiento, crecimiento y emancipación de una criatura, todo en menos de un minuto.

El taxi giró a la izquierda por la calle Cuarenta y dos, rumbo a la estación Grand Central, mientras los rayos del sol se filtraban a través del colador de las vías del tren elevado de la Tercera Avenida, bajo las que circulaban. De

pronto, los rascacielos bloquearon el sol y su sombra abrupta hizo pensar en una tormenta inminente. Los vendedores de periódicos anunciaban los titulares a gritos:

«¡Aviones estadounidenses abaten setenta y siete cazas japoneses en Guadalcanal!»

«¡La mayor batalla del Pacífico! ¡Sólo seis aviones estadounidenses perdidos!»

—A ver ese anillo —dijo Brianne.

Anna había ido al prestamista de la avenida Willoughby, cerca de los juzgados, con la intención de comprar la alianza más barata que encontrara, pero se había quedado merodeando y se había probado una con diamantitos engarzados en oro de catorce quilates y otra de latón con una filigrana de hojas. Cuanto más tiempo pasaba mirando, más crítica le parecía la decisión. Al fin y al cabo se trataba de su anillo de bodas: si iba a tener que llevarlo todos los días, ¿por qué elegir uno de cobre abollado que le dejaría una mancha verde en el dedo? Mientras se lo pensaba y estudiaba las alianzas, irrumpió en su cabeza una imagen vívida de Dexter Styles, de su proximidad impaciente. Lo imaginó burlándose de los diamantitos: «Un diamante tiene que ser lo bastante grande como para que se vea; en cambio, es imposible distinguir el latón del oro si está bien pulido.» Eligió el de latón con filigrana.

—No está mal —dijo Brianne, pasando un dedo por el patrón de hojas que Anna había bruñido esa misma mañana—. Tu soldado tiene buen gusto —añadió guiñándole el ojo.

Cuando estaban a punto de llegar a Grand Central, Brianne se roció el escote con agua de colonia. Momentos después ya estaba coqueteando con el mozo negro de la estación. Éste y Anna se miraron e intercambiaron sonrisas a costa de su tía, que a sus cincuenta años todavía apestaba a Lady of the Lake.

El apresurado ir y venir de uniformes a través de la nube de humo del vestíbulo de la estación bordeaba el tumulto. Los trenes estaban abarrotados. Brianne había tenido que emplear «todas sus artimañas» para conseguir dos billetes en un coche cama de clase turista de Chicago a San Francisco con tan poca antelación. Anna sospechaba que eso implicaba no tanto coqueteos como directamente sobornos. Cruzando las franjas de luz brumosa que caían oblicuamente a través de las lunetas del techo, sintió cómo la sombra de su fracaso empezaba a desvanecerse. Había chicas por todas partes, voluntarias del Servicio de Emergencia, miembros del Cuerpo del Ejército Femenino,

madres que llevaban a sus hijos de la mano. La situación de Anna no tenía nada de extraño: era una parte diminuta de una migración.

Subieron a bordo del Pacemaker, rumbo a Chicago, y se sentaron frente a frente, junto a la ventana. Seis personas más se apretujaron junto a ellas. Libre de la necesidad de ocultar su condición, Anna se relajó y dejó que se le abriera la chaqueta, de tal modo que su barriga prominente quedó a la vista. Al parecer, eso bastó para alterar el equilibrio de la situación, pues tuvo la sensación de que sus compañeros de viaje se mostraban inquietos por sus circunstancias hasta que finalmente descubrían la alianza; sólo entonces suspiraban. Aquel anillo tenía poderes mágicos: le ofrecieron un abanico, un periódico, un vaso de agua. Tanto poder en una simple alianza.

Las conversaciones eran más delicadas. Todos los pasajeros del vagón conocían a alguien en la Marina y la vaguedad de sus alusiones al teniente Charlie Smith sólo servía para suscitar más preguntas. Anna puso remedio a aquel problema leyendo: primero el *Times*, luego el *Journal American* y finalmente *La tragedia de Z* de Ellery Queen.

—¿Has traído el vestido? —le preguntó a su tía en voz baja.

—Varios —respondió Brianne—, cada uno más encantador que el anterior. Pero no hace falta que nos preocupemos por eso aún —le susurró al oído—: disfruta de una semana de matrimonio antes de que empiece el luto.

Una flotilla de buques de guerra navegaba por el río Hudson mientras el Pacemaker avanzaba a gran velocidad hacia el norte. Era la misma ruta que Anna había seguido en sus viajes a Minneapolis con su madre y Lydia, pero no recordaba que aquellos trenes fueran tan rápido. El Pacemaker rugía en los pasos a nivel y la colada aleteaba a su paso como una bandada de estorninos asustados. Los soldados merodeaban por los pasillos, jugaban a cartas y arrojaban cigarrillos por las ventanas. La velocidad del tren provocó un hormigueo de expectación en Anna. Miró por la ventana: los pueblos pasaban volando uno tras otro hasta que finalmente se desvanecían. Los trenes que circulaban en dirección contraria se cruzaban con ellos como un puñetazo.

Al despertarse de una siesta, se dio cuenta de que habían llegado a Schenectady. La luz de primera hora de la tarde teñía de dorado las fábricas de ladrillo junto a las vías. De haber estado en Brooklyn, estaría saliendo con Rose del arsenal naval, o tal vez tomándose una cerveza en el Oval con el resto de los buzos. La sensación de verse arrancada de su vida se había ido debilitando hasta convertirse en un dolor sordo. Y todo ello fruto de la distancia. Una carta enviada desde Schenectady tardaría un día en llegar a

Nueva York; una llamada requeriría numerosas monedas e interrupciones por parte de varios operadores. Estaba ya muy lejos.

El sol se ponía ya sobre Siracusa cuando Anna y Brianne se fueron al vagón restaurante. Repasaron su plan entre susurros mientras comían filetes de pollo rebozado: el teniente Axel le había conseguido un empleo a Anna en el astillero naval de Mare Island, donde podría bucear hasta que ya no pudiera seguir ocultando su condición. Entonces cogería la baja, tendría el bebé y regresaría, viuda, después de haber dado con alguien que cuidara de su hijo.

—Espero que venga mamá —dijo.

Brianne pareció ofenderse.

—¿Algo que decir en contra de tu compañera actual?

—Pero si tú detestas a los niños, tía —dijo Anna riendo.

—No a todos.

—Siempre los llamas «mocosos».

—En casos excepcionales he demostrado que puedo ser maravillosa.

Anna ladeó la cabeza.

—¿Querrías ocuparte de un bebé?

De algún modo, la pregunta se convirtió en una propuesta. Anna vio cómo su tía se lo pensaba: sus rasgos histriónicos adoptaron una expresión contemplativa nada habitual en ella.

—Quizá eso sea lo único que me falta por hacer —respondió finalmente.

Al llegar a Rochester, lo único que quedaba del día era un resplandor anaranjado tras el horizonte. A través de las ventanas abiertas entraba el olor fuerte de los campos sembrados. A la derecha se extendía el lago Ontario, de color morado oscuro. Anna imaginó a Rose y al pequeño Melvin acurrucados en su cama, Rose comiendo nueces mientras terminaba el último capítulo de una novela policíaca de Jack Asher. Bascombe habría dejado ya a Ruby en su casa y estaría regresando a su pensión en un tranvía lleno de los sonidos nocturnos del puerto. Anna imaginó todo eso con resignación melancólica: ¡con qué rapidez había relegado su vida al pasado! Su desaparición progresiva, telescópica, era el precio a pagar por proyectar al futuro cualquier promesa surgida de aquel resplandor anaranjado. Anna lo anhelaba, deseaba el futuro que éste contenía. Mientras el tren rugía hacia el oeste, Anna se incorporó. Acababa de venirle su padre a la mente. Finalmente lo había comprendido: «Así fue como lo hizo.»

Eddie estaba sentado en un banco del parque, enfrente del Empress Theater, y echó un vistazo a las puertas esperando a que saliera Anna. Ésta estaba viendo un noticiario sobre el *USS Missouri*, un acorazado construido en el arsenal naval de Brooklyn donde había trabajado durante casi un año antes de casarse.

Él habría querido entrar con ella, pero su hija se lo había quitado de la cabeza.

—No estabas ahí —le había dicho ella—, no significará nada para ti.

—¿Puedo esperarte?

—Puedes hacer lo que quieras.

Eddie estaba animado. De momento aquella visita iba mucho mejor que la primera, el octubre anterior, cuando había tomado el tren eléctrico desde San Francisco y, ya de noche, había llamado al timbre de un piso deprimente. Había oído los llantos del bebé y aquel sonido lo había deprimido al instante. Estaba a punto de escabullirse cuando la puerta se abrió y ahí estaba: Anna, adulta, mirándolo. «Papa», dijo ella con un hilo de voz, y a Eddie le pareció detectar una mezcla de asombro y estupefacción en su cara. Él estaba sorprendido ante aquella mujer pálida de ojos oscuros que había en la puerta, con el pelo largo y suelto cayéndole sobre la bata.

Anna lo abofeteó con tanta fuerza que Eddie vio las estrellas.

—No vuelvas nunca más —le dijo, y cerró la puerta delicadamente: para no molestar al bebé, comprendió él más tarde.

Su segunda visita había sido en enero, después de un viaje de tres meses a las islas Gilbert como segundo oficial (la primera vez que se embarcaba desde el naufragio del *Elizabeth Seaman* por culpa de sus problemas estomacales crónicos). En aquella ocasión acudió al piso mientras Anna estaba en el trabajo para ver a Brianne y conocer al «señorito», como a su hermana le gustaba llamar al chaval robusto de mirada arisca que lo observaba con aire de reproche desde la cesta.

—¿Cómo era el padre? —preguntó él sin dejar de mirar al bebé—. ¿Tienes una fotografía?

—No —respondió Brianne apesadumbrada—. Todo eso se perdió en la maleta que se extravió en el tren.

Eddie había tenido suerte de que no fuera Agnes quien se encargaba del bebé. Agnes se había largado de la granja de la familia el junio anterior, según

Brianne, escandalizando a sus adustos familiares tal como ya había hecho cuando se había mudado a Nueva York a los diecisiete años. Entonces había llegado a la ciudad haciendo autoestop y se había presentado voluntaria a la Cruz Roja. Ahora estaba en algún lugar del extranjero trabajando como auxiliar de enfermería. Sus cartas llegaban tan censuradas que Brianne no sabía dónde se encontraba con exactitud, pero Agnes había mencionado bosques: imaginaban que estaba en Europa.

Eddie vio al bebé patear como un cachorro inquieto.

—Pobre diablillo —dijo.

—De pobre nada —repuso su hermana—: nunca ha habido un señorito más mimado o adorado.

Se la veía extrañamente cómoda dándole de comer y haciendo eructar al pequeño como si fuera suyo. No había rastro de alcohol en toda la casa. La transformación de su hermana de florero ajado a niñera entregada parecía haber sido casi instantánea, como con un giro de caleidoscopio.

—Oye, ¿dónde has estado escondiendo tu instinto maternal todos estos años? —le preguntó él.

—Más que esconderlo lo he estado malgastando —dijo—. ¡Con ratas y patanes más infantiles que éste! —Cogió al pequeño en brazos y le cubrió la carita de besos hasta que éste soltó una carcajada—. Ven, querido hermano —le dijo—, sujeta a tu nieto.

Eddie lo tomó con gran cautela, temeroso de hacerle daño, pero el fornido bebé se le pegó con tanta determinación y cariño que Eddie tuvo la sensación de que era aquél quien lo sujetaba a él.

—Venga, venga —dijo Brianne—: tan sólo puede llorar uno de los bebés.

Al final de aquella visita, Eddie había ido a la salida de Mare Island a esperar a Anna. A esas alturas había hecho ya algunas averiguaciones y sabía qué calles solía tomar su hija para regresar del astillero al bungalow donde se habían instalado ella y Brianne, entre otros trabajadores de Mare Island.

Decidió esperarla rodeado de eucaliptos, entre aquellas hojas de olor áspero que oscilaban como guadañas. Anna apareció entre el gentío, riéndose con otra chica. Su paso atlético se parecía tanto al de Agnes que por un momento Eddie se quedó desconcertado: ¿quién era aquella mujer que tenía delante? Anna se despidió de su amiga y avivó el paso, las mejillas coloradas bajo el sombrero. Se la veía muy feliz para haber enviudado hacía poco, pero Eddie suponía que había conocido al teniente Smith demasiado poco tiempo para ahora añorarlo en exceso, especialmente cuando tenía a aquel señorito esperándola en casa. Al ver a su hija acercándose, Eddie sintió un vacío

arrollador, como si en realidad hubiera muerto en la balsa y lo que hubiera vuelto fuera sólo su espíritu. Estuvo a punto de abandonar las sombras sólo para ver su expresión, para hacerle saber que estaba allí, pero eso habría arruinado el buen humor de su hija, o sea que permaneció escondido y dejó que se marchara.

Era suficiente con saber que era feliz, se dijo después. Que los tres eran felices. Debería haber sido suficiente, pero no lo era. A instancias de su amante, un término que Ingrid usaba sarcásticamente (pues una maestra viuda era lo último que uno se imaginaría), había vuelto aquella tarde para intentarlo otra vez. Acababa de regresar de otro viaje, esta vez a Nueva Guinea, como parte de un contingente que tenía la misión de obligar a los japoneses a replegarse más cerca de su país, con la esperanza de forzar su rendición. Se había reencontrado con Wyckoff en aquel viaje y se habían tomado otra botella de vino en cubierta, bajo las estrellas. Eddie le estaba cogiendo el gusto al vino. Con la brisa cálida del Pacífico acariciándoles la cara, la agonía del *Elizabeth Seaman* había quedado reducida a algo tan insustancial como una pesadilla.

Pugh, el indomable lobo de mar, había guiado el bote salvavidas hasta la Somalia Británica con Wyckoff, Chispas, Bogues y todos los demás vivos y en un estado de salud aceptable. El bote del capitán Kittredge había sido rescatado mucho antes, con toda la tripulación sana y salva. Eso significaba que aproximadamente la mitad de la tripulación mercante y naval del *Elizabeth Seaman* había sobrevivido al naufragio. Una de las políticas de la Administración de Transportes Bélicos consistía en reembarcar inmediatamente a los supervivientes de naufragios (para impedir que difundieran sus historias de terror, aseguraban los rumores). Todos habían vuelto a subirse a algún barco, excepto Pugh, que se había retirado y se había ido a vivir con su hija, y el contramaestre, que seguía sin poder hablar como antaño. Éste había vuelto a Lagos, adonde Eddie había prometido ir a visitarlo al terminar la guerra. Intercambiaban cartas a menudo, en las que se llamaban mutuamente «hermano» y en las que, con una satisfacción mórbida, Eddie descubrió que, al lado de la prosa extravagante del contramaestre, su estilo no pasaba de un balbuceo de colegial.

Anna no vio a su padre a la salida del cine y supuso que se había marchado. Experimentó una punzada de congoja hasta que vio que se levantaba de un banco del otro lado de la calle y la saludaba con la mano. Ella

le devolvió el saludo, sorprendida por la intensidad de su alivio. Cuando llegó junto a ella, Anna ya volvía a estar enfadada y quería que se marchara, pero ¿por qué? Era evidente que su padre tenía la intención de regresar tantas veces como hiciera falta. No podía soltarle un bofetón cada vez.

Mientras subían juntos por la colina hacia su bungalow, Anna se dio cuenta de lo mucho que había cambiado su padre. Estaba mayor, tenía la cara llena de arrugas y el pelo canoso. Pero no era eso; de hecho, ese aspecto atractivo, aunque un tanto estropeado, era su rasgo más familiar. Había perdido aquel aire abstraído y melancólico que, en su ausencia, había prevalecido en su memoria como su característica más singular. Eso y el olor a humo. Pero ya no fumaba, y transmitía una calma desconcertante. Según le había contado Brianne, cuando lo habían rescatado estaba tan cerca de la muerte que ni siquiera le habían encontrado el latido del corazón.

Su padre se había convertido en un extraño: un hombre al que conocía por primera vez y al que evaluaba como habría hecho con cualquier otra persona. Anna recordaba vagamente que en su día había deseado poder verlo así, pero ver cumplido su deseo los había dejado sin apenas nada que contarse. Él no sabía nada de su vida. No podía apreciar, por ejemplo, el placer que le había producido recibir una carta de Marle el día anterior:

La suerte por fin ha sonreído a nuestro amigo, el señor Bascombe: la Marina lo ha aceptado. Antes de subirse al tren que debía llevarlo al centro de entrenamiento de Great Lakes, en Illinois, la madre de Ruby le preparó la cena y su futuro suegro brindó con él por su salud. Al parecer es cierto que «el uniforme hace al hombre». Me encantaría poder contarte más cosas, pero B se mostró tan reservado como de costumbre: ni siquiera logré sonsacarle el menú. El edificio 569 no es lo mismo sin él.

—¿Sabes lo de mamá? —dijo Anna para romper el silencio, y él asintió con la cabeza.

—Los soldados son muy afortunados de tenerla.

Anna echaba de menos a su madre, que se había incorporado a la Cruz Roja justo después de que Anna se mudara a California y anunciara su embarazo. Su madre todavía creía en la existencia del pobre teniente Charlie Smith, y ahora Anna se preguntaba si algún día le contaría la verdad o incluso si ésta seguiría importando cuando terminara la guerra. Pero una cosa era segura: Rose no había acertado con lo de que el mundo volvería a ser un lugar

pequeño; por lo menos, no volvería a ser el mundo pequeño que había sido antes de la guerra. Demasiadas cosas habían cambiado. Y entre aquellos cambios y realineamientos, Anna se había colado por una grieta y se había escapado.

—Cuando vuelva será enfermera —le dijo a su padre.

—Hace muchos años que es enfermera —dijo él.

Al llegar a lo alto de la colina pararon un momento para recuperar el aliento. El astillero naval de Mare Island se extendía a sus pies, al fondo de la bahía de San Pablo, una península plagada de embarcaderos con un canal lleno de acorazados. A Anna le encantaba poder echar un vistazo desde ahí arriba todos los días antes de empezar a trabajar y saber qué barcos habían zarpado por la noche y cuáles habían atracado. Era un milagro que tuviera trabajo, pues para cuando ella y su tía habían llegado a Vallejo, Anna se sentía demasiado embarazada para bucear: temía que pudiera perjudicar al bebé. Ella y Brianne habían encontrado trabajo en una cafetería (Brianne como camarera, Anna como cajera) y se habían dispuesto a esperar la llegada del bebé en un piso sórdido y atestado. Había sido una época horrible.

El noviembre anterior, seis semanas después del nacimiento de Leon, Anna finalmente se había presentado en Mare Island con sus documentos de traslado. A esas alturas, la llamada del teniente Axel hacía ya tiempo que había caído en el olvido, pero eso resultó irrelevante: tres antiguos submarinistas de salvamento del *Normandie* trabajaban ahora en Mare Island y uno de ellos (un supervisor) había participado en la visita guiada que Anna había dirigido en el arsenal naval de Brooklyn. Los tres recordaban su fotografía del *Eagle*. Le habían ofrecido un empleo con un salario de ochenta dólares semanales y ahora Anna buceaba casi a diario.

—Es curioso que tengáis tantos acorazados —dijo su padre observando el astillero—, teniendo en cuenta los pocos convoyes que salen por el Golden Gate.

—Sólo hay cuatro —dijo ella.

—Seis.

Anna volvió a mirar.

—Te confundes.

Él los fue señalando a medida que los iba contando, pero al llegar al tercero Anna lo detuvo.

—Eso es un dragaminas, papá.

Su padre se fijó mejor y se volvió hacia ella sonriendo.

—Pues sí, tienes razón.

La niebla había empezado ya su avance lento: un zarcillo solitario adentrándose en la tierra desde el Pacífico. Las sirenas de niebla resonaban en la lejanía. El sonido que emitían era más grave y estridente que el de las sirenas de niebla que Anna había oído toda su vida, pero es que aquella niebla también era distinta: lo bastante sólida, se diría, para moldearla con las manos. Se arrastraba tierra adentro durante la noche y engullía las ciudades enteras como la amnesia.

Ahhh ohhh

Ahhh ohhh

Los barcos se avisaban para no chocar unos con otros, pero Anna siempre tenía la sensación de que andaban perdidos y buscaban compañía en aquella blancura sin profundidad. Aquel sonido le causaba una ansiedad que no era capaz de explicar. Por la noche, cuando las sirenas la despertaban, metía una mano dentro de la cesta donde dormía Leon y buscaba el latido de su corazón.

—Mira —dijo su padre—. Ahí viene.

A Anna la sorprendió que su padre estuviera mirando la niebla. Avanzaba a toda velocidad: una silueta salvaje y volátil contra el cielo fosforescente que se elevaba sobre la tierra como un maremoto a punto de romper, o la nube de una explosión silenciosa y distante.

Sin pensar, Anna tomó la mano de su padre.

—Ahí viene —repitió.

AGRADECIMIENTOS

Durante los años que pasé dándole vueltas a *Manhattan Beach*, me alentaba saber que, si de aquel empeño no resultaba nada más que el simple placer de haber investigado tanto, me podría considerar afortunada. Los buenos tiempos empezaron en 2004, en la Biblioteca Pública de Nueva York, como becaria del Centro para Investigadores y Escritores Dorothy and Lewis B. Cullman, dirigido por Jean Strouse. Allí, los bibliotecarios Rob Scott y Maira Liriano me ayudaron a familiarizarme con la preponderancia histórica de la Nueva York costera, un rasgo del paisaje neoyorquino que casi me había pasado por alto en los muchos años que llevaba viviendo allí.

En la Sociedad Histórica de Brooklyn me topé con la abundante correspondencia del período bélico entre Alfred Kolkin y Lucille Gewirtz Kolkin, que se conocieron mientras trabajaban en el arsenal naval. En 2008, tuve la oportunidad de acompañar a Alfred Kolkin, de noventa años, al arsenal en compañía de sus hijas, Judy Kaplan y Marjorie Kolkin.

En el arsenal naval de Brooklyn, recibí el aliento y el estímulo de Andrew Kimball, Eliot Matz, Aileen Chumard y la extraordinaria Daniella Romano, que se convirtió en el ángel protector de este proyecto. Colaboramos con la Sociedad Histórica de Brooklyn para elaborar una historia oral del arsenal naval de esa ciudad. Gracias al tutelaje de Sady Sullivan, especialista en historia oral, pude ayudar a realizar numerosas entrevistas: a Ellen Bulzone, Don Condrill, Lucille Ford, Mary y Anne Hannigan, Pearl Hill, Sylvia Honigman, Alfred Kolkin, Helen Kuhner, Sidonia Levine, Audrey Lyon, Antoinette Mauro, Giovanna Mercogliano, Robert Morgenthau, Ida Pollack, Charles Rockoff y Rubena Ross. He incluido detalles de algunas de sus historias en *Manhattan Beach*. También me beneficié de las visitas guiadas de Andrew Gustafson por el arsenal naval (así como de su ayuda posterior) a través de BLDG 92, el centro de exposiciones y visitas del arsenal naval, a cuya junta de asesores tuve el honor de integrarme. Bonnie Sauer, del Archivo Nacional, me proporcionó acceso físico a la colección *Fotografías de*

la construcción y reparación de edificios, instalaciones y embarcaciones en el arsenal naval de Nueva York (1903-1945).

Tomé consciencia del vínculo existente entre la reparación naval y el submarinismo de profundidad gracias a un artículo de Robert Alan Hay, buceador civil en el arsenal naval de Brooklyn durante la Segunda Guerra Mundial. Dos ángeles guardianes más, el sargento mayor y buzo militar Stephen J. Heimbach y el sargento mayor retirado James P. Leville (Frenchy), me colocaron un traje de buceo Mark V, de noventa kilos, durante una reunión de la Asociación de Buzos del Ejército de Estados Unidos a la que tuve la fortuna de que me invitaran en 2009. Estoy en deuda con James D. Kennedy y Bill Watts, buzos de la Segunda Guerra Mundial, por compartir conmigo sus historias. Este libro recoge algunos detalles de la increíble historia del señor Kennedy. Mis numerosas conversaciones con la primera submarinista de profundidad del Ejército de Estados Unidos, la sargento primero retirada Andrea Motley Crabtree, fueron cruciales para comprender los retos a los que se enfrentaba una buceadora en la época. Gina Bardi, Diane Cooper y Kirsten Kvam, del Parque Histórico Nacional Marítimo de San Francisco, me brindaron acceso a algunos libros técnicos de buceo antiguos y a una auténtica mina de utensilios de inmersión históricos. Edward Fanuzzi, buceador de Staten Island, compartió algunos de sus secretos sobre el puerto.

Las experiencias bélicas de los marineros mercantes llamaron mi atención a través de dos lecturas: *Gallant Ship, Brave Men* de Herman Rosen y *Two Years Behind the Mast: An American Landlubber at Sea in World War II* de Harold J. McCormick (reservista naval). Ambas han enriquecido enormemente *Manhattan Beach*. Repetidas visitas al SS *Jeremiah O'Brien* y un viaje corto en ese buque Liberty operativo que hace las veces de museo en San Francisco, me permitieron conocer a una serie de marineros veteranos de la Segunda Guerra Mundial cuyos recuerdos y conocimientos resultaron vitales para este proyecto: Angelo Demattei, radiooperador; James Rich, oficial de cubierta; Norm Schoenstein, oficial de ingeniería, y John Stokes, guardia armado naval y marinero de primera. En Nueva York abusé considerablemente de la amabilidad de Joshua Smith, director interino del Museo de la Marina Mercante de Estados Unidos en Kings Point, para que me proporcionara bibliografía y verificara datos.

Obtuve más información sobre el litoral neoyorquino en la excelente monografía de Joseph Meany sobre el puerto de Nueva York durante la Segunda Guerra Mundial. Richard Cox, director del Museo de Defensa del Puerto en Fort Hamilton, me ofreció una visita guiada. La familia McAllister,

de McAllister Towing & Transportation, cuyos remolcadores operan en las aguas neoyorquinas desde 1864, demostró una generosidad inmensa: Brian McAllister, con sus recuerdos de la época de la Segunda Guerra Mundial, y Buckley McAllister, con sus conocimientos actuales y las excursiones por el puerto.

Estoy en deuda con John Lipscomb por aportar sus conocimientos y revisiones de todo lo relacionado con embarcaciones pequeñas, además de numerosos consejos sobre lecturas. Muchas gracias a Dick Gallagher, vicealmirante retirado de la Marina de Estados Unidos, por la verificación de datos náuticos. Charles Geisst y Richard Sylla, historiadores económicos, hicieron todo lo posible para ayudarme a comprender cómo funcionaba la banca en Nueva York durante el período bélico. David Favaloro, del Tenement Museum, me brindó una excelente visita guiada, además de mucha información. Alex Busansky me ofreció asesoramiento legal.

He tenido la fortuna de escribir acerca de un período que existe aún en la memoria viva, y aprecio enormemente que neoyorquinos de toda la vida hayan querido compartir sus historias personales conmigo. El pintor Alfred Leslie, de extraordinaria memoria, me concedió varias entrevistas. Muy iluminadoras fueron también mis conversaciones con Roger Angell, Don y Jane Cecil, Shirley Feuerstein, Joseph Salvatore Perri y Judith Schlosser. Marianne Brown, del Archivo Condé Nast, me permitió acceder a un gran número de publicaciones correspondientes al período bélico.

Una bibliografía completa podría tener un efecto sedante, pero quiero mencionar un par de libros que me han resultado enormemente importantes: *Paddy Whacked: The Untold Story of the Irish American Gangster* de T. J. English, y *On the Irish Waterfront: The Crusader, the Movie, and the Soul of the Port of New York* de James T. Fisher. Ambos han sido fundamentales para mi descripción del litoral de Eddie Kerrigan. *Lifeboat* de John R. Stillgoe es una meditación sumamente original acerca de un caso de supervivencia en un pequeño bote. Asimismo, el Centro para la Ficción me proporcionó una lista de libros de ficción de principios del siglo XX ambientados en la ciudad de Nueva York.

Durante mi investigación, he gozado de la ayuda de un grupo de personas extremadamente inteligentes y capaces. Sara Martinovich colaboró conmigo mientras estudiaba en la DePauw University; Peter Carey, del máster del Hunter College, me concedió ni más ni menos que a tres becarios Hertog, empezando en 2005: Jeffrey Rotter, Jesse Barron y Sean Hammer, escritores

los tres; y Meredith Wisner, una investigadora profesional extraordinaria, me proporcionó conocimientos históricos exhaustivos.

La Corporación de Yaddo me brindó una estancia de última hora que resultó crucial.

No habría llegado hasta aquí sin mis lectores: Monica Adler, Ruth Danon, Genevieve Field, Lisa Fugard, David Herskovits, Don Lee, Melissa Maxwell, David Rosenstock y Elizabeth Tippens. Sus opiniones e indagaciones han mejorado ostensiblemente este libro.

Mi agente, Amanda Urban, es una auténtica compañera. Ella y su equipo en ICM y en Curtis Brown (Daisy Meyrick, Amelia Atlas, Ron Bernstein, Felicity Blunt y muchos otros) son lo mejor de lo mejor. Mi editor, Nan Graham, se dedicó a este manuscrito con gran pasión y devoción.

Gracias a mi madre y a mi padrastro, Kay y Sandy Walker, por su cariño.

Gracias a mi marido, David Herskovits (de nuevo y para siempre), y a nuestros hijos, Manu y Raoul, por hacer que mi vida real sea tan divertida.

Finalmente, deseo expresar mi agradecimiento a mi hermano, Graham Kimpton (1969-2016), que me enseñó la necesidad de echar «pólvora» a cualquier obra de arte, y cuya sabiduría y amor reverberan cada día a través de mí.